ALFAGUARA

Julieta Campos

La forza del destino

ALFAGUARA

Julieta Campos

La forza del destino

ALFAGUARA

Julieta Campos

La forza del destino

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Epígrafes
El día en que se instaló la neblina
Las maromas del azar
El gran perezoso
Primer tiempo
- En el vaivén del oleaje
- Me llamo María de la Torre
- Los caprichos de la providencia
- Un lugar bien guarnecido
- Con pedro, recién nacido, en la cuna
- Una ráfaga de juventud
- Sellado con su sello de seda colorada
- Cada uno de ellos en su tiempo
- Muros, miedos y la embriaguez del océano
- Amar demasiado
- De mozo por casar a togado en Salamanca
- Dos pieles que recuerdan
- Instaurare omnia in Christo
- Cumplirle al rey y a Marigutiérrez
- El tiempo de los fundadores
- La vocación de una vida
- Algo que nadie podrá desatar
- Un porvenir bien tasado
- Cartas van y cartas vienen
- En brazos de las musas
- No hay cosa que más despierte
- La marca ominosa y visible
- Toda suya, la isla entera
- En el caldeado bochorno que arrastra la cuaresma
- Una tarde trabajada por el oprobio
- Cuando anda el demonio haciendo sus redes
- “…nadie, sino mi propia soberbia…”
- Deseando, de corazón, exonerarlo de culpa
- Aliñar por dentro el querer
- Un comensal inesperado
- Candelaria supo que a ella le tocaría
- De varón en varón, legítimo o no

Polvos de la vieja España
Una ínsula a su medida
Resistir al naufragio
La llama de ese deseo
Como la luna en menguante
El sustento de sus vidas
Sigilosa encomienda
Un cadáver patricio
Si te agradan los cuerpos
Algún oscuro mandato
Sin sobresaltos mayores
De fuego tan misterioso
El tiempo venidero
Segundo tiempo
Pase lo que pase
Las delicias del café-concierto
Desmerecería grandemente
Un desconocido desamparo
El ritmo de la vida
La suerte del coliseo
Deliciosa ligereza
Como una veleta
Un ronroneo eufórico
La vida perdurable
Una ninfálida dorada
Una partida de ajedrez
El doloroso placer
Una patria en el destierro
Un árbol enorme
Tan enamorado de la muerte
En esta isla sin destino
Águilas mesiánicas
Vasos comunicantes
Nosotros, que nos amamos tanto
Tercer tiempo
Su propio rompecabezas
“Creo que hemos llegado”
Los ojos más tristes del mundo
Un dato curioso
Un prestigio fúnebre y el rumor de la vida
Todo tiempo futuro
La turbulencia del amor
En un abrir y cerrar de ojos
La Cuba secreta

Las arenas del naufragio
Créditos
Grupo Santillana

Para Terina de la Torre
mi madre.

Para Emiliano
mi hijo.

Dos patrias tengo yo:
Cuba y la noche.

JOSÉ MARTÍ

The cradle rocks above an abyss, […] our existence
is but a brief crack of light between two
eternities of darkness.

VLADIMIR NABOKOV, *Speak, Memory*

El día en que se instaló la neblina

Empeñados, siempre, en narrar la Isla. Así seguimos. Como si, de un momento a otro, fuera a desaparecer. Nuestro pecado y nuestra salvación. Nuestra utopía y nuestro naufragio. Mi padre fue coronel. Yo soy poeta. Yo he dicho que nacer en esta Isla es una fiesta innombrable. Yo he dicho que este es el tiempo absoluto: el reinado de la imagen. He dicho que por fin comenzamos a vivir nuestros hechizos. He dicho que podemos empezar. Empezar otra vez. Empezar siempre. Estamos en 1959. Estamos en el principio. Me llamo José Lezama Lima. Tengo treinta y un años y soy bello como un dios griego. Mi perfil circulará en monedas como el de Alejandro. Esta vez nos adueñamos del Destino: la Historia llega para eclipsar el pasado. Hoy se instala, venturosamente, el futuro. No hay vuelta atrás. El presente ha dado un salto prodigioso. Aquí empieza todo y todo termina: nos bastamos y nos sobramos. Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado. Esta vez no se frustrará la Revolución. Lo digo YO, que me llamo Fidel Castro. Estamos en 1959: este año será eterno. No. De ninguna manera. Estamos en 1902. Creo que hemos llegado: lo digo yo que me llamo Máximo: Máximo Gómez. ¿Cómo es posible seguir naciendo aquí, en esta Isla invisible? ¿En esta Isla improbable? ¿En esta Isla imaginaria? ¿En esta Isla que no está en ninguna parte? ¿En esta Isla que sólo fue un espejismo del Almirante? Lo digo yo, que no tengo nombre. Un sueño dorado. Una pesadilla. Somos todas las voces. Somos un torrente. De lujuria y de melancolía. Somos las voces que se derraman sobre el Malecón. Me sucedió al salir de una de esas bocacalles. Me topé con la neblina. Dos patrias tengo yo. Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento. Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche. Lo digo yo, que me llamo José Martí. Entre la utopía y el naufragio. Y así fue por los siglos de los siglos. Entre la languidez de la brisa y el furor del huracán. Entre la oferta del paraíso y la amenaza del infierno. No sabíamos que utopía y naufragio eran una y la misma palabra. Juro que no lo sabíamos. ¿Que qué día empezó la pesadilla? El día en que el tiempo se quedó en suspenso. El día en que Fidel dijo que reencarnaba a Martí y que podíamos abrazarnos al fin de la historia. Claro que no lo dijo con esas palabras. Tú me entiendes. Tú sabes. Me sucedió al salir de una de esas bocacalles que derraman sobre el Malecón torrentes de lujuria y de melancolía. Para que se los trague, un día como cualquier otro, el raz de mar. Cuba, mi secreto. Cuba, mi patria prenatal. Cuba, poesía viviente. Lo digo yo, que me llamo María Zambrano. No importa que

yo esté muerta, porque aquí el tiempo se ha abolido. En Cuba sólo ha habido una Revolución: la que se inició en 1868, la que se continuó en 1959. Hoy es 10 de octubre de 1968 y lo digo *YO,* que hablo por todos. No necesito decir mi nombre. Sin apocalipsis no hay profecía. Ustedes recibieron la revolución como el Santo Advenimiento: ustedes también son responsables. Quisimos revelar los orígenes. Nos atrevimos a profetizar el destino. Nada más. Nada menos. Todos somos desterrados. Unos adentro. Otros afuera. Adentro añoramos la distancia. Afuera soñamos la Isla. No tenemos peso histórico. Lo digo yo, que me llamo Virgilio Piñera. No sabemos definir. No sabemos ordenar. No sabemos relatar. Somos todo. No somos nada. El futuro es irreversible. El futuro es nuestro. La Revolución nos salvará: me llamo José Martí. Otros propagarán vicios. A nosotros nos gusta propagar virtudes. El pueblo cubano es un pueblo sereno. Así es el alma cubana. A Cuba le falta la poesía del recuerdo. La nación: eso es lo que nos falta. Yo, que me llamo Jorge Mañach, y también he muerto, lo seguiré diciendo. El presente es nuestro. El presente es eterno. Somos generosos. Somos honrados. Somos dignos. Somos tolerantes. Somos sabios. Somos viriles. Somos. Vivíamos en la prehistoria: con la Revolución empieza y termina la Historia. No tenemos rostro. Encontramos un camino preparado, una nación formada, un pueblo realmente con conciencia. A la actual generación le correspondió el privilegio. El pueblo, al fin, se constituye en poder. Óiganme lo que les digo porque mi palabra es y será, por los siglos de los siglos, la Ley. Uno es el tiempo de la patria; otro es el tiempo de la traición. El pueblo y el Estado son uno solo. Martí hizo un partido, el precedente más honroso del que hoy dirige nuestra Revolución. Cien años de lucha nos han llevado al socialismo. El gran legado revolucionario de los fundadores: un porvenir cifrado. La gigantesca tarea de construir una nación homogénea. Antes se llamaron reformistas, anexionistas, autonomistas. Hoy los llamamos gusanos. Aquí, en Santiago, YO lo proclamo: Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad a su término. Estamos cumpliendo el sueño de mármol de Martí: lo afirmo hoy, 2 de enero de 1959. Por fin hemos logrado el éxtasis de lo homogéneo. Ya lo dijo don José de la Luz. Una y sólo una doctrina para todos. En suma, una religión. ¿Para qué queremos otra? YO soy la Revolución. YO soy el Pueblo. YO soy la Nación. YO soy la Patria. YO soy Cuba. YO, que me llamo Fidel. YO que les juro que Fidel es fiel. Queremos seguir siendo una Isla. Lo digo YO. Lo dijo el padre Varela: tan Isla en lo político como en la naturaleza. Así la queremos. Por fin solos. Deleitándonos en la certidumbre. Atrapando al destino. El mar no es ningún abismo. No hay que temerle al vértigo. ¿Barco al garete? Reducto invulnerable, rodeado de agua por todas partes. De muros de agua; un bastión de arrecifes y de palmas. Un

paraíso. Aquí se acabó el relajo. Aquí llegó el Comandante y mandó a parar. Aquí se acabó la oligarquía. Aquí se acabó la decadencia. Esto es, ahora sí, el ideal de Martí. Una república con todos y para el bien de todos. Lo dijo Carlos Manuel: Que Cuba sea libre aunque haya que quemar todo vestigio de civilización. Las llamas son los faros de nuestra libertad. ¡Patria o Muerte! Las dos con mayúscula. Por fin hemos expulsado a los mercaderes. No vamos a hacer lo de siempre. Vamos a hacer lo de nunca. Hemos hecho posible lo imposible, llevaremos la tea de Maisí a San Antonio. La misma que le prendió fuego a Bayamo. Purificando esta tierra. La más hermosa. La más mancillada. Democracia es ésta. ¿En qué otro país del mundo hay una provincia llamada Matanzas? Me lo pregunto yo, que me llamo Guillermo Cabrera Infante, pero de seguro no hay quien no se lo pregunte. Así somos nosotros. Ese es nuestro secreto. Ese es nuestro enigma. Esta Revolución es la victoria contra los mismísimos demonios. Lo digo yo, que me llamo Fernando Ortiz. Lo digo en el año de la Liberación: el año de 1959. Empieza un nuevo calendario, igual que en la Revolución Francesa. El primer informe contra mi familia me lo solicitaron en 1978. Los años setenta fueron los peores. No era delación. Era colaborar voluntariamente con la Historia. Lo digo yo, Eliseo Alberto. Uno se acostumbra a todo. A los Comités de Defensa. En cada cuadra un Comité. A que los vecinos te espíen. Nada hay más importante que ser un buen revolucionario. Ellos podían haber sido nosotros, nosotros podíamos haber sido ellos. ¡Silencio! El enemigo escucha. ¡Es la hora de defender los sueños! Algo penoso fue que nunca supimos lo que fuimos a hacer al Congo. A Etiopía. Fue cuando me di cuenta de que mi Revolución no era como la que había soñado. Lo digo yo, que me llamo Dariel Alarcón y me dicen Benigno, que estuve en Bolivia con el Che. Ya son veinte los tomos de discursos. Él si sabe lo que es hacer uso de la palabra. Miami también es una isla. Te expulsaban del paraíso, como a Adán y Eva, con la hoja de parra. Yo, que soy un personaje de Abilio Estévez, inventé a La Habana. Porque La Habana no existe. Aunque hay quien dice que estuvo un día junto al mar, llena de columnas y de encanto, pero condenada a quedar en ruinas, como la infame Babilonia. Hoy, como yo, está sepultada. O más bien sumergida. Se la tragó por fin el mar. Como si dijéramos. Junto conmigo. Abandonada como yo. Como Casta Diva. ¡Pobre Casta Diva que se creía, así de loca como estaba, se creía la Isla, viviendo en una ópera y creyendo que era una tragedia! Te guste o no te guste prefiero una Cuba con Fidel. Él solito lleva nuestro futuro sobre los hombros. Sin ÉL vamos a despedazarnos: ÉL es la única garantía contra la hecatombe. Érase un rey rojo que nos cortaba la cabeza para que viviéramos mejor. Lo soñé yo, Tingo-no-entiendo. Pero yo no soy más que un alma errante. Un alma que deambula en

una fantasmagoría. La que inventó Abilio. Esta Isla siempre anduvo enamorada de la belleza de la Muerte. De la belleza de la Medusa. Cultivamos la tendencia a la inmolación. A mirar de cerca el precipicio. Nos ha gustado asomarnos al abismo. Aquí todo era con mayúsculas. Siempre nos gustaron los héroes que morían jóvenes. El único del que la Isla va a abjurar, te lo prometo, es el que no supo morirse a tiempo. Perdón. Me equivoco. El que se empeñó en no reconocer que ya se había muerto. Tú sabes a quién me refiero. Tú sabes. La Isla es un galeón de maravillas. La Isla es un barquito de papel. Hemos vivido en una ópera, tú tienes razón: *La forza del destino*. Lo hemos cambiado todo. Pero no hemos cambiado nada. Siempre supe cuál era mi destino natural. Siempre supe que vencería. Quizá porque me bautizaron Fidel Alejandro. Estamos ganando. La victoria será nuestra. Eso les dije. Y no había allí nadie más que YO. Y Universo Sánchez y Faustino Pérez. Pero YO me sentía, como me he sentido siempre, Comandante en Jefe. Hubo un momento en que empecé a pensar que Fidel estaba loco. En aquel momento no pensaba que pudiera salir vivo de la Sierra Maestra, de forma que grabé mi nombre en mi fusil. Mi nombre: Faustino Pérez. A ese niño le condenaron a muerte. Era un campesinito muy valiente. Mi ayudante. Diecisiete años. Pero cometió la falta de sustraer de una mochila una lata de leche condensada y tres tabacos. Y Fidel fríamente lo dijo. Hay que fusilarlo para dar un escarmiento. Camilo se negó a presenciar el fusilamiento. Se fue detrás de un árbol. Yo me fui detrás de una casa y me tapé los oídos para tampoco oír la descarga. Lalito me decía el muchacho. Me acusaron de haberme sublevado en Camagüey. De ser traidor. Era la madrugada del 20 de octubre de 1959. El propósito era destruirme moralmente. Me hicieron juicio sumario. Me condenaron a veinte años. Los cumplí. Nunca me flaqueó el espíritu. Nunca se me tambaleó el ánimo. Claro que tuve divergencias ideológicas. El compromiso, en 1959, era restablecer la democracia en Cuba. El cautiverio fue duro, pero no me ha envenenado el odio. Lo digo yo, Huber Matos. Que fui comandante en la Sierra. Que vi cómo el líder se iba convirtiendo en un tirano. Que vi cómo capitalizó más de sesenta años de aspiraciones truncadas. Que le mandé a decir que me defendería con la fuerza de la verdad. Que estaban en juego mi honor y mi vida. La dignidad de mi vida. Yo digo, porque lo creo, que no hay espacio para veleidades. Nosotros tenemos la verdad. La vida ha demostrado que tenemos la verdad. Yo, Carlos Aldana, lo digo en el Cuarto Congreso del Partido. ¿Y ahora qué piensas, Carlos Aldana, ahora que ya te defenestraron? Nos abandonó. Nos traicionó. Basta de traiciones. Ciento catorce fueron los mártires en Bahía de Cochinos. Donde Kennedy nos dejó abandonados, tirados en la playa. Presente. Ciento catorce veces presente. Primero somos cubanos. Cuba es lo que

siempre ha sido. Una lucha constante. Es triste. Cuba, territorio libre de analfabetismo. Con la Revolución todo. Contra la Revolución nada. Nos educaron, sí, pero con anteojeras. Nos adoctrinaron. No querían hombres libres, querían mutantes. Robots programados. Todos a la Plaza. Fidel, dinos qué otra cosa tenemos que hacer. Amo esta Isla. Un caracol vacío. Bulla adentro, bulla afuera. Un discurso sobre la arena. Hablar. Hablablar. Babablar. Todo es triste, profundamente triste. Soy un poeta en Nueva York. Me llamo Octavio Armand. Me acuerdo del cielo, de las noches, de la brisa, de la llovizna, de la demasiada luz. Desde que puse un pie aquí he querido volver. Creo que ya he oído hablar a Fidel bastante para el resto de mi vida. Había estado incomunicado casi un año y me trasladaron a su celda. No me dejó dormir durante semanas enteras. No hacía más que hablar y hablar. Se lo digo yo, amigo Tad Szulc. Se lo digo yo, que me llamo Raúl Castro. Las arengas, como los jefes de Estado, son cosa del demonio. Soy la que pronuncia el vaticinio: Melissa, la pitonisa, la que anuncia la Nueva Era. Me inventó un cubano bellísimo, que no predica ni arenga. Sólo sabe escribir libros. Yo vivo dentro de uno. Se llama *Tuyo es el reino.* ¿A quién se lo dice? ¿De quién es el reino? ¿De quién el poder? ¿De quién la gloria? Sigo aquí metida. Nunca podré salirme. No me lancé al mar en ninguna balsa. Cada cual cumple su destino. Lo que no podrás negarme es que es un hombre excepcional: arriesgado, orgulloso, valiente hasta la demencia, inflexible, duro, cruel, hasta despiadado y, sin embargo, visionario, brillante, seductor, atractivo, cultivado, envolvente. Inspira grandes amores y grandes odios. Nunca indiferencia. Es un anciano patético. Es elegante. Está decrépito. Todavía tiene aire marcial. Senil. Senil. Yo no lo amo. Tampoco lo odio. Alguna vez lo admiré. Hoy lo detesto. Alguna vez dije: es un dictador, no es un tirano. Me arrepiento. *Mea culpa. Mea Cuba,* como diría Guillermo. Y, ¿qué me dices de su capacidad de llegarle a la gente? ¿De eso que establece con la multitud? De su "democracia directa"? Es una relación perversa. Los seduce a todos. Se los templa. Es un gran actor. Un brujo. Un encantador de serpientes. Unos creen que hizo un pacto con Dios. Otros, que lo hizo con el Diablo. La verdad es que quiso abolir el tiempo y el tiempo se está vengando de él. No va a salirse con la suya. Es un esperpento. Una caricatura, lastimosa, de sí mismo. La historia, que es implacable, más implacable que él, no lo absolverá. El tiempo no lo absolverá. Él mismo lo dijo. Los jueces de la posteridad son los más temibles. ÉL mismo se echó la soga al cuello. Fue después de Bahía de Cochinos. Hay que temer a las generaciones futuras que, finalmente, dirán la última palabra. No sabía lo que estaba diciendo. No sabía que se sentenciaba a sí mismo. Él, que detesta la soledad, se está quedando más solo que nunca. En ese país todos odian a Fidel. Todos menos los viejitos, que todavía se

reúnen una vez al año, en las aceras, para celebrar un año más de los Comités de Defensa. Con una bandera cubana y el retrato de Fidel. Cantan el Himno Nacional. Cantan el himno del 26 de Julio. Son los únicos ya. Unos diez por manzana. Todos los demás, nomás están esperando que se muera. Eso es verdad. Pero no es odio. Arrastra ese poder desde la Sierra, desde el Moncada. ¿Miedo? Más bien veneración. Reverencia. Temor reverencial, si tú quieres. Como el que se les tiene a los ídolos. No lo odian. Esperan que se muera para quitarse el fardo de encima. Ya a nadie le importa lo que dice. Por arriba circula la historia, el discurso oficial, pero ya nadie lo escucha, ya nadie cree en esa historia. Ni los que rodean a Fidel, que sólo piensan en salvar el pellejo cuando llegue la hora de la verdad. Porque el día en que se muera esto se cae como un castillo de naipes. ¡Cuidado! Ni dentro ni fuera de Cuba veo un proyecto de nación. Mi temor es que el país caiga en una zona roja. Todo puede suceder. Las peores fuerzas pueden sacar el mejor partido. El narcotráfico, el tráfico de armas, qué sé yo. El poder, cuando se ha ejercido demasiados años, es una bomba de tiempo. Muchas cosas van a salir a la luz. Habrá que hacer una gran fogata en la Plaza de la Revolución. Y, alrededor, tendrán que danzar Silvio y Pablo, y Celia Cruz y Albita. Y tendrá que darse el encuentro: entre la Cuba del exilio y la Cuba de la Isla. Lo digo acordándome de mi padre, que fue un hombre entrañable: se llamó Eliseo Diego. Se llamaba Pepe Abrantes. Era el responsable de la seguridad. De él dependían las Fuerzas Especiales. Era ministro del Interior. Dijeron que había muerto de un infarto. En su celda. Después del juicio de Ochoa. Lo dejaron morirse. Cuando toda aquella vergüenza. Lo habían condenado a veinte años. A lo mejor se lo merecía, pero no fue por eso que lo condenaron. Ese hombre se ha ido devorando a los suyos. A los más cercanos. No tiene escrúpulos. Miami es otro espejismo. No igual, pero también allí el tiempo se congeló. Hay quien sigue hablando de “la lucha”. Los más recalcitrantes. Los que se la han pasado planeando algo. Nerviosos. Tensos. Pensando todavía en volver. En volver para quedarse. Los más obcecados. Los que juraron que se valía poner bombas. Hacer terrorismo. Irse a Nicaragua o al Salvador a apoyar a los contras. Los que no podían parar. Ya habíamos visto esa película. En La Habana, por años y años, después del machadato. Todos armados hasta los dientes y matándose en las calles. Miami es de plástico. Yo sabía que en aquel sitio yo no podía vivir. Pero es cierto que para un desterrado no hay ningún sitio donde se pueda vivir. Tampoco pude en Nueva York. En el exilio uno no es más que un fantasma. Yo no existo desde que llegué al exilio. Desde entonces comencé a huir de mí mismo. O quizá siempre anduve huyendo. Si Cuba es el infierno, Miami es el purgatorio. Yo nunca dejé de vivir en Cuba. Me traje el infierno a

cuestas. Lo digo un poco antes que anochezca, yo que ya me morí pero que me sigo llamando Reinaldo Arenas. Lydia me lo decía siempre. Que yo tenía que irme inmediatamente de Miami. ¿Lydia? Lydia. Sí. Lydia siempre tenía algo qué decir. Tienes razón. También yo la busqué. Cuando este libro era apenas un proyecto vago, un embrión, una fantasía. Un oscuro objeto de deseo. A mí me perseguía el pasado y fui a dar con Lydia. Mi hermano Juvenal, me dijo, murió a los veintiún años de tisis galopante. También eso era La Habana. ¿Tú sabes, Caracolito, lo que era La Habana? Era eso y mucho más. La elegancia siempre fue francesa. A Ferrara lo conocí en Saratoga cuando yo tenía cuatro años. Era un *condottiero*. Mi padre escribió *Cuba y sus jueces*. Luego tuvimos que emigrar. Porque estaba muy señalado. Allá en París se hizo amigo de Betances, ¿sabes?, aquel puertorriqueño que servía de enlace. Entre el exilio de Nueva York y el exilio de Europa. Luego, en Nueva York, mi papá fundó *Cuba y América*. Y conspiraban. Él era muy amigo de Estrada Palma. En la Quinta San José había diamelas, ylang-ylang y jazmín de cinco hojas. En la playa nos bañábamos con vestido puesto en el año 12, en el año 13. Un día yo me puse trusa y todas las viejas del Yacht Club salieron a verme. Primero fue la influencia francesa. Luego vino la americana. Entonces empezamos a admirar los edificios altos y las maquinarias. Queríamos modernizarnos. Antes, lo *chic* era hablar francés. ¿Tu madre aprendió francés en el colegio? ¿Iba al Sagrado Corazón? Yo no, porque mi padre no quería que nos volviéramos ratoncitas de sacristía. Nos educamos, como las hijas de tu tío Carlos, en el colegio de María Luisa Dolz, que estaba en el Prado. Mi padre decía que con la Guerra de los Diez Años se había acabado la colonia. Pero los españoles tardaron en darse cuenta. Yo nací en 1900. En casa, la gente llegaba a comer sin anunciarse. Era una vida patriarcal. A puertas abiertas. La gente venía a pasarse el día. Se nos iba el tiempo en la tertulia. Se hacía teatro. Vivíamos, como si dijéramos, en un cuento de Chéjov. Sólo que el escenario era tropical. Mi hermano se casó con una Duquesne. Se conocieron haciendo comedias. Íbamos mucho a Europa y a Nueva York. En Cayo Hueso se tomaba el tren. Los progresos materiales de los americanos siempre nos admiraron. Pero no había una biblioteca sin Michelet, Victor Hugo, Musset y Chateaubriand. Julián del Casal le dedicó a mi padre un soneto. Luego yo me llevé a París, a estudiar, a su sobrina Amelia. La que pintó, como nadie, el espíritu de nuestros interiores. Amelia Peláez. La que se dedicaba a cazar interiores habaneros como quien caza mariposas. Como tu tío Carlos prendía mariposas, con un alfiler. Vivíamos en Galeano 79. Enfrente, en lo que fue el café La Isla, la Marquesa de Almeyda. La nieta tiene 89 años y está aquí, en Miami. También vivían allí Lila Hidalgo y la Condesa de O' Reilly. Pasaban carritos de

mulas y coches de punto. Se abrieron aquellas tiendas con nombres maravillosos: La Ópera, El Encanto, Fin de Siglo. Hasta que el barrio se puso tan comercial que nos fuimos a la finquita. Que estaba frente a la Universidad, en San Lázaro y Jovellar. Donde se hizo su casa Ferrara. Y también Machado. Entonces le llamaron al barrio "de los apaches". Cuando los menocalistas presumían de aristócratas. Y los liberales de plebeyos. Me acuerdo cuando Machado decía que andar por Cuba era imposible y había que hacer una carretera central. Le llamaron "el asno con garras", pero yo lo recuerdo como muy cubano y muy nacionalista. Quería industrializar a Cuba. Quería que yo hiciera una fábrica de plumas. Mi cuñado Fernando Ortiz también era liberal. ¿Los americanos? Nos regalaron como cochinos en la Bahía de Cochinos. Pero esa es otra historia. Yo vivo aquí porque a dónde más. ¿A dónde más podría ir yo, a mi edad y sin un centavo? Ese hombre se ha apropiado de todo. Se ha apropiado del pasado. Hasta eso nos ha quitado. Se ha apropiado del futuro. No sabes lo que es para mí saber que voy a morirme en Miami. Otro día te cuento de París. Otro día te cuento de los negros viejos que me enseñaron todo. De José de Calazán, que le decían el Moro, y de Calixta Morales y de Baró, y de Francisquilla y de Anón y de la conga Mariaté. Otro día. Hoy ya estoy muy cansada. Ya tengo muchos años encima. Está bien que escribas ese libro, Caracolito. Ahora que hasta el pasado nos quitaron. Pero no vayas a perderte. No vayas a extraviarte en ese monte, espeso y absurdo, que es el pasado. Yo, que sé lo que es el monte, te lo digo. Soy yo la que te lo digo. Yo, que me llamo Lydia, Lydia Cabrera. También yo te lo digo. Yo, Alejo. Tienes que. Tienes que escribirlo. Para que los armarios, los bargueños, las camas, los crucifijos, las mesas, las persianas que salieron volando en la noche, viajando a la semilla, vuelvan a quedar donde estaban. Te lo digo yo, Alejo Carpentier, que di cuenta de las horas que crecen a la derecha de los relojes, las que deben alargarse por la pereza, las que más seguramente llevan a la muerte. Uno de estos días se van a poner de acuerdo. Los americanos y Fidel. Y a todos nosotros nos van a dejar tirados en la playa. Como el 17 de abril. Ellos hablan de derechos humanos. Nosotros también. Pero es evidente que no hablamos de lo mismo. *I know about human rights: I am an eleventh generation american.* La noche del Super Bowl, ese domingo de 1986, el dueño del Longneck Saloon, en la esquina de la Calle Ocho llegando a los Everglades, lo dijo, justo al cerrar la puerta antes de marcharse para siempre: *It was the last American Stronghold in Dade County*. Joan Didion lo anotó. Miami es Cuba, pero descolorida. Miami es la ciudad más septentrional de América Latina. El 21 de abril de 1980 llegaron los primeros. ¡Que se vayan! ¡Que se vayan! ¡Que se vaya la plebe! ¡Que se vaya la escoria¡ ¡Que se vayan los homosexuales! Eso nos

gritaban por todas partes. Irme era precisamente lo que yo quería, pero, ¿cómo hacerlo? Irónicamente, el gobierno cubano a la vez que nos gritaba y nos insultaba para que nos fuéramos, nos impedía marcharnos. Entendí cuál era la mejor manera. De lograr la salida del país. Demostrar que uno era homosexual. Yo no tenía nada que me sirviera para demostrarlo. Pero tenía mi carné de identidad. Y allí constaba. Yo había estado preso por escándalo público. Así fue como yo, Reinaldo Arenas, que desde hacía tantos años sólo deseaba marcharme de aquel horror, pude embarcarme en un bote llamado San Lázaro y llegar, finalmente, a Cayo Hueso. Fue así como me volví un marielito. Esos marielitos creían que todos los cubanos que vivíamos en Coral Gables éramos unos ladrones. Trajeron para acá todo el dinero de Cuba, eso es lo que decían, y si supieran que este exilio, que ahora es tan poderoso, llegó aquí sin un centavo. La hija de Mendieta contaba ropa sucia en una lavandería y el marido manejaba un *truck*. Dinero, sólo los que tenían negocios muy grandes en Cuba, y socios en los Estados Unidos. Los azucareros. Los que se fueron a vivir a Palm Beach. Y algunos politicuchos ladrones, que sacaron el dinero por delante. Y Batista, que se robó todo lo que pudo. Los que llegan ahora odian a Fidel y nos odian a nosotros. No encuentran paz. Ellos no se acuerdan, pero yo sí: las langostas, en Varadero, caminaban por la arena. Así era. Cuando llegamos, nosotros discriminábamos a los americanos. Aunque andábamos con una mano delante y otra detrás. Nos sentíamos orgullosos de lo que éramos. No teníamos de qué hablar con ellos. Creíamos que íbamos a volver en un año o dos. Cuando más tres. Después fue distinto. Ellos empezaron a discriminarnos. Quisieron asimilarnos. Luego se fueron yendo. Ahora nos toleran. Pero nos tienen desconfianza. No nos entienden. Somos híbridos. Estamos flotando. Aunque la verdad es que toda esta ciudad levita. *In the middle of nowhere*. Porque la ciudad somos nosotros. Miami somos nosotros. Hay quienes mandan a sus hijos a colegios cubanos. Yo no. Hacen la comunión con el himno. Creo que hacen muy mal. Esos niños tienen que adaptarse. Tienen que. Ya son americanos. No podremos conservar mucho tiempo la identidad. En Tampa fue otra cosa. Hay familias que llegaron cuando la Guerra Chiquita y siguen hablando como en Cuba. Conservan todas las costumbres. Pero ahora es distinto. Hay que entender que lo americano les llega a los niños adentro de la casa. Les llega por la televisión. Es inútil. Quieren imitar lo que ven. Quieren ser iguales. No podremos evitarlo. Sí podremos. Yo ya cumplí los ochenta. Tenía apenas cuarenta cuando llegué. Éramos once. Ahora somos cien y sólo dos, un nieto y una nieta, se han casado con americanos. Llegamos en el sesenta. Algunos de los bisnietos hablan mejor el inglés. Pero yo les digo que aquí, en mi casa, se habla español. Y todos saben muy bien

que son cubanos. Agradecidos estamos. Pero somos distintos. Los admiro. Pero, al cabo de tantos años, no tengo un amigo americano. Somos distintos de sangre. Somos distintos de espíritu. Vivimos más de un año en un caserón que se estaba cayendo. Toda la familia junta. Un caserón lleno de cucarachas. Durante meses no se deshicieron las maletas. Dormíamos en un colchón viejo. No nos importaba. Íbamos a volver. Esto no iba a durar nada. Hoy, si me regalan la ida para Cuba, no la quiero. Hoy, en Cuba, no hay piedad para nadie. Esa Cuba, esa Cuba con odio, yo no quiero verla. La Revolución fue un engaño cruel. A nosotros no nos engañó nunca, pero a muchos sí. Para el pueblo de Cuba todo está claro. Fue la Revolución Cubana una revolución ejemplar. Si no hubiese sido una revolución ésta, no tendríamos enemigos. No nos habrían atacado. No nos habrían calumniado. Lo dije entonces, el 21 de enero de 1959. Lo sigo diciendo ahora. Han pasado cuarenta años. YO, que mandé detener el tiempo, lo sigo sosteniendo. Nada podrá evitar la marcha de la Historia. Por algo me llamo Fidel Castro. Aquí nadie está libre de culpa. Aquí todos practicamos la doble moral. Todos gritamos consignas y todos nos cagamos en el Granma. Yo no he oído a nadie hablar bien de Fidel. Hace muchísimo tiempo que no he oído a nadie. Y, sin embargo, hay que ver esa Plaza llena de gente gritando consignas. Y hay que ver cómo van a votar el día que hay elecciones. ¿Elecciones? Para la Asamblea Popular y esas cosas. Podrían no votar. Demostrar el repudio con la abstención. Pero en los centros de trabajo les llevan bien la cuenta. Hay presiones psicológicas. Si no simulas, pierdes el trabajo. Te vuelves un apestado. ¿No crees que los sigue seduciendo? Los más jóvenes ya se ríen del viejito. Y todos apagan la televisión cuando empieza a hablar. Pero los sigue manipulando. Como se le antoja. Porque los ha persuadido de que, mientras ÉL viva, no podrán liberarse de su voluntad que todo lo puede. De su deseo que todo lo obtiene. De su autoridad que todo lo doblega. De su omnipotencia. De su omnisciencia. A pesar del tremendo fracaso. Los ha persuadido de que esta pesadilla es preferible a lo que puede ser la otra. La que instalarían los que quieren venir a salvarnos del desastre y a implantar la democracia. Es verdad que ya nadie lo oye. Que si no apagan el aparato es para no perderse la telenovela brasileña que van a pasar después. Ver la telenovela es de las pocas evasiones de este pueblo. Y la ve todo el mundo. Aunque no coma. Todas las mañanas, esa misma gente se levanta con dos ideas solamente en la cabeza. Primero, cómo conseguir unos cuantos dólares para irla pasando. Segundo, cómo irse del país lo antes posible. Esa es la pura verdad. Cuando las palomas revolotearon sobre la Plaza y descendieron a posarse sobre sus hombros, supimos que era el elegido. Obatalá lo señalaba. Obatalá nos lo dio. Fidel tiene un mandato de los orishas. Rojo y negro. Los colores

del 26. Los colores de Eleguá, el que abre los caminos. Fidel es El Caballo. El Número Uno de la charada china. "ÉL", tú sabes. El Loco, le dicen los jóvenes. El Viejito. Con Castro no se puede dialogar. Si yo estoy en el exilio es porque allá dentro no hay diálogo posible. Los dialogueros creen que hay que ir a hablar con Castro. Y él lo fomenta. Lo que quiere es parar el bloqueo. Lo que quiere es que mucha gente "sensata", fuera de Cuba, crea que ese camino es posible. A Castro hay que matarlo. Pero hay quien dice que es inmortal. ¡Somos invencibles! Porque si tenemos que morir moriremos todos. Moriremos los miembros del Buró Político. Moriremos los miembros del Comité Central. Moriremos los delegados al Congreso. Moriremos los militantes del Partido. Moriremos los militantes de la Juventud. ¡Si para aplastar a la Revolución tuviesen que matar a todo el pueblo, el pueblo entero estará dispuesto a morir! ¡Los hombres pueden morir pero las ideas no morirán jamás! Lo digo en Santiago, YO que soy un esclavo del poder, este 14 de octubre de 1991, con los brazos alzados, agitando los índices. Apuntándolos al cielo. Apuntándolos a la tierra. Seremos Numancia. Ya lo ha dicho ÉL. Lo ha dicho enardecido. Nos convocó a todos al suicidio. A once millones al suicidio colectivo. Once millones de mudos. Él hizo ese milagro. Enmudeció a los cubanos. Estábamos con Kennedy porque era católico. Porque iba a invadir Cuba. Aquí te daban un primer entrenamiento. Mi hermano tenía diecisiete años. Los servicios de inteligencia fallaron. Fidel tenía una base de apoyo. Yo quería ser profesor de historia. Mi verdadera pasión es enseñar y escribir. No dieron un apoyo masivo. Había aviones. Camuflados. Como si fueran cubanos. Pero no los usaron. Había barcos americanos allí mismo. Y se fueron. Tenían órdenes de no recogerlos. Los dejaron tirados en la playa. A él lo capturaron y lo metieron en una rastra. No nos metan aquí que nos morimos. Tres horas hasta La Habana. Yo tuve suerte. A mí me trasladaron en un camión que tenía toldo arriba. Yo fui a prepararme a Guatemala porque pensé que había que ser patriota. La rastra era para productos refrigerados. Se cerraba herméticamente. Cuando la fueron cerrando los muchachos gritaban. Pedían que les dejaran un poco de aire. Gritaban que había heridos. Que se iban a morir asfixiados. ¡Qué bueno! Lo dijo Osmany. Así tendremos menos que alimentar. Mi cuñado tenía asma y murió de asfixia. Tenía veintiocho años. Yo sólo tenía trece. Por eso no fui. Mi hermano volvió muy traumatizado. Tenía pesadillas. Nueve se murieron en esa rastra. La ayuda aérea nunca llegó. Llegamos tarde para el desembarco. La cosa duró tres días. Oíamos por radio lo que estaba pasando. Nos habían dicho: "El cielo es nuestro". Íbamos a conquistar una cabeza de playa. Luego entraría la OEA. Todo muy correcto. Tres veces cambió de dirección el barco. Parecía que íbamos a Vieques. Luego nos regresaron a

Nicaragua. Nos volvió el alma al cuerpo. Yo tenía terror. Creímos que nos querían desaparecer del planeta. Para que no quedara huella de la invasión. Yo me acababa de graduar de arquitecto. Trabajé tres meses en la Laguna del Tesoro. Mangles y pantanos. Cocodrilos. Es bonita la Laguna. Empezaron a llamarnos "gusanos". Mi papá tenía una finca en Jaruco. Tenía caña y animales. Sembraba de todo. Había mármol en la finca. Había una plantación de cedros. Pensó que no le iban a quitar la finca. Se la quitaron en tres meses. Creo que eran cuarenta caballerías. En las Escaleras de Jaruco. A una hora de La Habana. Ibamos los *week-ends* y algunos días de vacaciones. Yo vine a Miami a una boda. De unos amigos que se casaban en Palm Beach. Me sentí tan bien que me quedé. Mami y mis hermanos vinieron al mes. A mí me gustaba dibujar. Hacía diseños para el ballet. Para la ópera. En Pro-Arte. A papá no le gustaba mucho. Había que estudiar una carrera. Ser ingeniero. Ser arquitecto. Veíamos a Carlos todos los días. Era lo más maravilloso del mundo. Siempre estaba contento. Cogía su bastón. Partía para la calle a sus paseos en máquina. Por la tarde paseaba. Trabajaba de noche. Se levantaba a mediodía. Se iba a Varadero. Se estaba un par de horas. A mí me estimulaba la vocación. Nunca trató de influirme. Yo quería pintar y él me apoyaba. En la familia, lo importante no era el dinero. Nunca lo fue. Carlos vivía "a la que se te cayó". Su placer era invitar a la gente. Para el teatro, para la ópera, sacaba un palco y lo repletaba todos los días. Mi padre se burlaba del dinero. *Accomplishments, not money:* ése era su lema. Carlos le dejó a Dolores, la gallega, que fue mi manejadora, los diez mil pesos que tenía en el banco. Nunca tuvo dinero, pero se iba de viaje todos los años. Así eran las cosas entonces. Yo dirigí *El Caimán Barbudo.* Me llamo Jesús Díaz. Salí en 1992. Lo viví todo. Yo lo sé: Cuba es una nación en crisis, a punto de despeñarse en el abismo. Fidel Castro cedió a la tentación del absoluto, del abismo que como un imán atrae a los desequilibrados. Consiguió que la revolución muriera y se trocara en dictadura, en el colmo del desequilibrio político. Tenemos héroes y mártires para alimentar la historia de dos continentes, pero estamos más postrados, con más miedo al vacío que nunca. En este mes de mayo de 1994, he venido a Estocolmo y lo digo entre cubanos. Que escriben adentro. Que escriben afuera. Yo, que dirijo en Madrid una revista llamada *Encuentro,* digo lo que tengo que decir. Yo, que nací en Cabaiguán en 1951 y me llamo Senel Paz, también tengo algo que decir. Pertenezco a una generación que, para poder hacer literatura, ha tenido que recomponer su espejo, juntar los fragmentos para abrirle campo a la Memoria dispersa, sin la cual no podíamos continuar ni inaugurar caminos. En los setenta asomamos la cabeza. Por poco nos la cortan. Yo escribí un libro que ganó el Premio Juan Rulfo. Se llamó *El bosque, el lobo y el hombre nuevo.* De ahí salió una

película. *Fresa y chocolate.* Si el comunismo no llevara a la creación de un hombre nuevo no tendría ningún sentido. Hay que cambiar al hombre, no sólo a la economía. Emulación. Desinterés. Solidaridad. Trabajo voluntario. Hoy, 20 de enero del 55, puedo afirmar que abandoné el camino de la razón y me aferré a algo muy parecido a la fe. Hoy profeso un fatalismo militante. Me adhiero a esa religión de la cual Él es el profeta: la mística del sacrificio. Hoy, 9 de octubre de 1967, a los 39 años, cumplo con mi destino. Muero en la fe. Muero por la fe. Mandándole decir a Fidel que verá triunfar la revolución en América. Me crucifican en Bolivia. Resucito. Habito, para siempre, en un sueño. De un socialismo humanista. Habito en Utopía. Soy una efigie. En monedas de tres pesos. Que los niños venden a tres dólares. En las calles de La Habana. A los turistas. El mundo está lleno de camisetas. Con mi efigie. Con mi boina. Me llamo Ernesto Guevara. Los billetes que llevan mi firma se venden más caro. Mi firma breve, emblemática: *Che.* Nos volvieron una sociedad de delatores. Un chivato en cada edificio. Mentiras. Delación. Irresponsabilidad. Brigadas de respuesta rápida. Eso fue después del 94. Cuando tocamos fondo. En el noventa todo se vino abajo. Antes fueron los repudios. Cuando la Embajada del Perú. Una vergüenza. Vecinos iban a gritarles. Compañeros de trabajo. Cerraban las llaves de gas. Les quitaban el agua. Tapiaban las casas. Les tiraban piedras. Les tiraban huevos. Les tiraban mierda. Uno iba por la calle y de repente veía a un montón de gente persiguiendo a un hombre. Duró dos meses en el ochenta. Yo me volví otra persona. Aquel día vi al maestro de la secundaria. Era jamaiquino. Hijo de jamaiquina. Pidió esa nacionalidad. Le reventaron los testículos. Los muchachos, sus alumnos, lo golpearon a patadas. Apareció la policía. Lo "rescató" de la turba. Los muchachos se fueron al parque. Aquí no ha pasado nada. Siempre había policías mezclados con la turba. Él es un genio de la propaganda. Convirtió el afán de salir en "la marcha del pueblo combatiente". Convirtió el revés en victoria. Hoy, 6 de agosto de 1994, vi gente desfilando por el Malecón. Gritaban ¡Libertad! ¡Libertad! Todavía no puedo creerlo. Creo que estaba soñando. He dicho de manera clara y terminante que no somos comunistas. He dicho que habrá libertad, democracia, elecciones. Hoy, primero de enero de 1959. Hoy, 16 de abril de 1961, lo declaro: Somos socialistas. Hoy, 2 de diciembre de 1961, vuelvo a declarar: Somos marxistas-leninistas. Hoy, un día de febrero de 1998, lo afirmo: No habrá transición en este país. Somos unánimes: Quinientos cincuenta y nueve diputados de la Asamblea del Poder Popular. Ocho millones de ciudadanos. El 99 por ciento de las personas con derecho a voto. El socialismo y el sistema político y social revolucionario decretado por esta Constitución es irrevocable. Hoy, 27 de junio de 2002, lo

proclamamos. ¿Voto secreto? No. Aquí el sistema es intocable. La democracia se ejerce a mano alzada. Yo, Delsa Puebla, única mujer con el grado de General de las Fuerzas Armadas, lo apoyo incondicionalmente. Yo, Carlos Lage, reclamo unidad nacional, permanencia del partido, rechazo al capitalismo. Yo, Felipe Pérez Roque, ministro de Relaciones Exteriores, afirmo: aquí no habrá colapso. Aquí no va a descarrilarse el tren del socialismo. Me llamo Osvaldo Payá. Concebimos el Proyecto Varela. Queríamos convocar a un referéndum. Proponíamos cambios pacíficos y graduales. Preservando leyes sociales. Proponíamos una apertura económica. Amnistía política. Proponíamos. En este país donde todo el mundo tiene miedo conseguimos once mil firmas. Una petición con once mil firmas. Se envió a la Asamblea. No le dieron trámite. Es ilegal. Eso dijeron. ¿Qué son once mil firmas frente a ocho millones? Yo, Osvaldo Payá, le digo a Castro: Si usted tiene el apoyo del 99% de los electores, ¿por qué no permite la publicación del Proyecto Varela? Yo que firmé, que me cuento en el 99%, y que soy una de tantas voces anónimas que se derraman sobre el Malecón, digo: ¿No se puede modificar la Constitución? Haremos otra. Te ordeno que enmudezcas. Aquí, y para siempre, soy Yo el que tengo la palabra. YO, Fidel Castro, que repito cuarenta años después: Democracia es ésta: Habrá un juez inapelable y ese juez será la Historia: Nos acercamos, cada vez más aceleradamente, a ese sueño de justicia, de verdadera libertad, de verdadera democracia, de verdaderos derechos humanos. ¿Qué importa que nos condenen en Ginebra? Yo, que soy poeta y tengo nombre de poeta, que me llamo Cintio, Cintio Vitier, me atrevo a recordar, hoy 14 de julio del 2002, aniversario de la Revolución Francesa, que Cuba sigue siendo la Isla de Utopía. Prosigamos. Yo, Eliseo Alberto, escritor, hijo de un poeta que habita en el *oscuro esplendor*, que ha muerto pero vive, que se llama Eliseo Diego, que escribió: *Un huracán susurra "había una vez…*, yo la llamaría *la nueva Atlántida.* Yo diría que la islita se hunde poco a poco, sin esperanzas. Que el espacio se borra. Que el tiempo se diluye. Que, más que trinchera, es un sepulcro para depositar sueños redentores. Era mi primo. Estuvo alfabetizando. Pintaba. Tenía amigos en el teatro. Era un poco poeta. Tenía veinte años. Se tomó 300 pastillas de fenobarbital. Murió sangrando por la nariz. Fue revolucionario. Lo acusaron de homosexual. Empezaron a acosarlo. Un día lo arrastraron por la calle. Lo mandaron a una UMAP. Era muy joven. Muy frágil. A un campo de trabajos forzados. Para marginales. Para parásitos. Iban a reeducarlo. A hacerlo un hombre nuevo. Es todo lo que tengo que decir. Lo peor es que nos hemos acostumbrado a esto. Como si fuera natural e inevitable. Nadie tiene voluntad. Castro nos ha castrado. A este pueblo lo han castrado. Eso no tiene remedio. Nos

acostumbramos a trabajar poco y mal. A simular. A que nos dieran todo. No sabíamos que dependíamos tanto de ellos. Les dábamos azúcar y nos mandaban petróleo. Los ingenios devoran petróleo. Había 156. Hoy queda la mitad. En 89 produjimos siete millones de toneladas. En noventa inventó la zafra de los diez millones. Hoy apenas llegamos a tres. Ahora hay que pagar en dólares. En noventa entraban cinco mil millones. Hoy apenas cuatrocientos. El país se nos desploma. Apagones. Yuntas de bueyes en vez de tractores. Carbón para el fogón. Desnutrición. Dicen que vuelve la tuberculosis. Hasta la sífilis. No lo puedo creer. Pero la gente no paga renta. Casi no cuesta el gas. El agua. La electricidad. El transporte. Ganan dos dólares al mes. Cada día comen menos. Pero se han acostumbrado. A que se lo den todo. Aunque sea en esas condiciones. Deplorables. Los que tienen dólares se salvan. El exilio está sosteniendo la economía. Ochocientos millones de dólares al año. De remesas. ¿Quién nos lo iba a decir? Las remesas bajan. Ya no llegan ni a quinientos. Si uno ve la televisión, los noticieros, en este país no pasa nada. Todo sigue siendo idílico. Pero en todas partes la gente se roba lo que puede. Hasta los almuerzos de los niños en el círculo infantil. La comida de los enfermos en los hospitales. ¿De dónde sale, si no, lo que vienen a venderte a la puerta de la casa, que si una libra de café, que si aceite, que si leche? El mercado negro ha invadido la vida entera. Está en la puerta del supermercado. Son las negras que venden papas, o langostas, y por detrás te venden carne de res. La gente aprecia la carne como si fuera de oro. Y te la venden a la quinta parte de lo que vale adentro. La botica del hospital para extranjeros, para funcionarios, está surtida hasta los topes. Cualquier empleado te consigue lo que quieras a la cuarta parte del precio. Donde están restaurando una casa, el jefe de obra te consigue toda la pintura que quieras, o te dice dónde. Si quieres comprar antigüedades no tienes que ir a las tiendas del Estado. Las compras a muy buen precio y hasta te dan factura y permiso para exportarlas. En Cuba es maravilloso ser extranjero. Puedes tenerlo todo. Y es terrible ser cubano. No tienes acceso a nada. Salvo que te lleguen dólares. O trabajes para extranjeros. En el turismo. El azúcar ya no es el sector más importante de la economía. El turismo se ha vuelto el elemento principal en el esfuerzo nacional para superar la crisis. Lo digo yo, que me llamo Carlos Lage y soy de los que están dispuestos, y preparados, para heredar el futuro. Por fin no dependeremos del azúcar. Por fin se acabó el monocultivo. ¿Quién dice que no somos realistas? Tenemos que ser competitivos para integrarnos al mercado internacional. Lo declaro en París yo, ministro de la Industria. Ellos quieren salvar al socialismo, pero ¿hasta cuándo vamos a aguantar? Tenemos un sistema diferente y queremos conservarlo. Eso es lo que pasa. Nos negamos a tomar como referencia

el modelo capitalista. Yo, que me llamo Eusebio Leal y estoy reconstruyendo la vieja Habana, estoy convencido. Yo, que he vuelto el pasado una preciosa escenografía. Yo, Ricardo Alarcón, que presido la Asamblea Nacional Popular, sigo creyendo que hay principios fundamentales a los que no podremos renunciar. Ahora, también es verdad que el socialismo cubano debe adaptarse. ¿Multipartidismo? ¡Multiporquería! Eso ha dicho Fidel. ¡Resistir! ¡Resistir! ¡Resistir! Esa seguirá siendo la consigna. Cuanto más contactos tenemos con el capitalismo, más aversión siento. Ahora estamos rodeados de microbios, de vicios, de tentaciones. Dependemos como nunca del capital extranjero, pero no me importa reconocerlo. La aversión sigue siendo la misma. No permitiremos que los cubanos se contaminen. Lo digo YO hoy, en julio de 1998. YO, Presidente del Consejo de Estado. YO, Presidente del Consejo de Ministros. YO, Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas. Yo, Secretario General del Partido Comunista de Cuba. YO, que para mi pueblo soy, simplemente, Fidel. A este pueblo lo han castrado. Eso no tiene remedio. Todo hay que rehacerlo. Hay que reinventar ese país desde los taínos y los siboneyes. Hay que volver a armar el rompecabezas que ÉL ha desarmado. Todo ha sido desmontado, pieza por pieza, deliberadamente. Es un país vuelto al revés y alguien tendrá que rehacerlo. Partiendo desde cero que es donde estamos ahora. O en menos cero, diría yo, que estoy afuera pero sigo estando adentro de la neblina. Y lo peor es que esa enfermedad que nos corroe, ese virus que nos ha penetrado y nos está vaciando por dentro, como el comején que se mete en los muebles, es el hábito de mentir. De engañar y de dejarnos engañar. De andar por la calle con una segunda cara. De vivir con la máscara puesta. De abdicar de cualquier capacidad de pensar y de decir lo que pensamos. Nos ha inoculado el virus de la doble moral. La gente ha perdido el respeto que todo ser humano se debe a sí mismo. Quizás ese sea el mayor de sus pecados. Esa pasividad enfermiza que nos ha infiltrado. Esa minusvalía. Ese sometimiento ominoso a la palabra del padre despótico. Esa aceptación del sacrificio sólo para que ÉL sobreviva. Sumió a la Isla en un letargo. En una profunda lasitud. Nos lo creímos todo. Que ésta era una fortaleza inexpugnable. Que éramos nosotros los del Destino Manifiesto. Que íbamos a liberar a América Latina. A la Humanidad. La Cordillera de los Andes: una gigantesca Sierra Maestra. Diez años en Angola y derrotamos a los sudafricanos. En Cuito Canavale. La batalla la ganó el general Ochoa. Arnaldo. Un general glorioso. Un prisionero ajusticiado. ¿Socialismo o muerte? Una consigna redundante, mi hermano. Fidel sabía. Lo enterraron en una tumba sin nombre. Tú lo conociste. Tu viejo amigo, ¿sabes?, fue el único, en el Consejo de Estado, que tenía los ojos húmedos cuando ratificaron la sentencia. ÉL los obligó a hacerlo. Por unanimidad. En

Cuba todo se hace por unanimidad. El UNO se desdobla. El UNO somos todos. Fue para obtener divisas. Todo se valía. Abrantes dio la bendición. ÉL no se ensuciaba las manos. Tony era el playboy de los Servicios. Era de los de Rolex y Ray Ban. Le llovían las novias. James Bond le hacía los mandados. Venía de buena familia. Antes iba al Miramar Yacht Club. La casa de la familia estaba al lado. Fidel lo descubrió en una regata. En el año 61. En Varadero. Con su hermano Patricio. Que ahora está preso. Le echaron treinta años. Los jimaguas. Sí estaba implicado. En el contrabando. En toda clase de negocios. Pero nada personal. Era un instrumento. Cumplía órdenes. No iba sin autorización. A eso de la droga. ¿Cómo crees? Loco no estaba. No era ningún estúpido. Ningún intrépido. En el fondo de todo estuvo la molestia de Raúl. La rivalidad entre el MININT y el MINFAR. Entre la inteligencia, entre comillas, y los militares. Era un pleito que se venía acumulando. La cosa se puso grave de repente. Cuando el hermano de Fidel tuvo sospechas. De que los servicios del MININT estuvieran infiltrados. Por la CIA. El riesgo era grande. Si los americanos se adelantaban y ponían todo al descubierto. El desprestigio de la Revolución. Imagínate. Pero hubo más. Abrantes se estaba pasando. Un día convocó a los intelectuales. Les dio un coctel. Se lanzó contra la cultura oficialista, domesticada, burocrática. Muerta, en una palabra. Había que abrirse. Que los creadores pudieran crear. Cultura libre. Creación libre. Creatividad auténtica. ¿Qué tal si los dólares de las operaciones encubiertas acababan financiando un levantamiento? ¿Qué dónde entró Ochoa? Ochoa. Un guajiro. Un hombre recio. No cultiva orquídeas, como Tony, mientras deciden su suerte en palacio. Lo dice Norberto Fuentes. Tú sabes. No pinta cuadros naïf. Ceba puercos y vacas para mantener a los dulces guerreros que vuelven de Angola. Siempre arrogante. Un poco presumido. Consciente de sus cualidades y sus méritos. Héroe de la República. Ninguno con su historial. Le habla de tú a Fidel. ¿Que le entró a eso del canje de azúcar por diamantes? ¿A la venta de marfil? Nunca se quedó con un centavo. Tenía que vestir a sus soldados. Tenía que darles de comer. Tenía que construir un aeropuerto. A Fidel que no le hablaran de dinero. Como si la gente se mantuviera del aire. Tú sabes. Y luego, el trato que les daban a los veteranos. Una medallita y al desempleo. Se volvió cada vez más crítico. No se cuidaba la boca. Dudaba del futuro de la Revolución. Tenía demasiado prestigio entre la tropa. Entre los oficiales. Nos vemos en el desagradable deber. El comunicado apareció en el *Granma,* el 14 de junio. Del 89. Arrestado y sometido a investigación. Por graves cargos de corrupción. Manejo deshonesto de recursos económicos. No se atrevieron a cargarle lo de la droga. El peso inexorable de la justicia revolucionaria. Les dijeron que todo quedaría en familia. Que cooperaran. Que se declararan culpables.

Que eso podía salvarlos. Yo, Arnaldo Ochoa, me declaro culpable. Uno paga la traición con la vida. Jamás me opuse a la revolución. Mi último pensamiento será para Fidel. General de División Arnaldo Ochoa: Muerte. 10 de julio de 1989. Este proceso se ha caracterizado por su excepcional limpieza. No exagero si lo digo: nunca hubo un proceso así. Con tanta participación. Con tanta información. Con tanta claridad. Con tanta equidad. Tengo el corazón lacerado cuando lo comunico al mundo frente a las cámaras. Ciento cuarenta y un miembros del Comité Central apoyaron la sentencia. ¿Hubo, entonces, diecinueve que se atrevieron a disentir? Hubo. En la Asamblea Nacional sólo uno. La verdad se hizo para no decirse. Yo, Arnaldo Ochoa, te lo digo a ti, escritor, que a lo mejor todavía no lo sabes. A ti, Norberto Fuentes, que has sido testigo y escribirás un libro. Donde yo seré protagonista. Te lo digo a ti que no te privaste de andar rondando, zalamero, los pasillos del poder. A ti, que podrás describir con todo detalle el despacho, forrado de tibias maderas serranas, del Comandante en Jefe. Desde mi lugar en la neblina, desde mi campamento de arriba, yo domino el panorama y ordeno: “Vamos andando”. Yo Régis Debray, lo reconozco: desde esa fecha le llamo “Castro” a Fidel. Empecé a llamarlo así sin animosidad. Con tristeza y en silencio, como ocurre con las derrotas íntimas. Hay que cuidar de no odiarse uno mismo en los padres difuntos. Hoy damos la bienvenida al mensajero de la esperanza y de la verdad. De los balcones cuelga el mensaje. Es el 8 de septiembre de 1998 y desfila, por las calles de La Habana, la primera procesión en cuatro décadas encabezada por una imagen de la Virgen. La Virgen de la Caridad del Cobre. Desde 1964 no habíamos tenido Pascuas. Este año podremos festejar en Nochebuena. El cardenal de La Habana estuvo en una UMAP. Karol Wojtyla, el polaco, el que se dio el lujo de precipitar el desplome del socialismo, dijo misa a lo largo de toda la Isla. Dijo misa en la Plaza de la Revolución. Con el Corazón de Jesús como telón de fondo. El acceso a la Universidad estaba prohibido a los creyentes. El acceso al Partido. Ahora ya no. El Papa libre nos quiere libres. No importa que haya miles de agentes de seguridad en la Plaza. Perdidos entre los fieles. El Líder Máximo también está ahí. En primera fila. Sin decir una palabra. Escuchando, en la mayor compostura, a Juan Pablo II. Fidel para siempre. Yo, que me llamo Raúl Castro, te pregunto, Roberto Robaina, de qué carajo de candidatura has estado hablando con ese hombre. Yo te lo advierto: No voy a permitir que gente como tú jodan esta revolución tres meses después de que desaparezcamos los más viejos. Ni Fidel ni yo lo vamos a permitir. No se te olvide. Aldana quiso ser el Gorbachov de Cuba. Y yo dije que si en Cuba salía un Gorbachov había que colgarlo de una guásima. Eres un desleal, Robertico. Si aquí los ascensos pueden ser meteóricos, mucho más los

descensos. Un trabajo modesto, sin protagonismo alguno. Eso es lo que te mereces. Y la expulsión del partido. Sobrepasaste todos los límites. Ahora vas a morirte en vida. Piérdete en el anonimato. Enmudece. O te guindamos de una guásima. Lo digo hoy, jueves primero de agosto de 2002. Lo único que queda es la pesadilla cotidiana. El cierre de caminos. Atrapada en sus contradicciones, en una utopía sin límites, la Isla. Delirante y descabellada, la Isla. Descalza, hambrienta y en harapos, la Isla. Fragmentada. Quebrada. Solitaria. Pasando de una pesadilla a otra. La Isla no espera una primavera. Espera un milagro. El eco de sus palabras tapa todos los huecos. Llena todos los vacíos. Colma todos los deseos. El milagro ya se hizo. Lo hice YO. Yo, en cambio, trabajo con una máquina de escribir y un teléfono. Me confiscaron la computadora. No buscamos la confrontación. *Cuba Press* nació en 1995. Me llamo Raúl Rivero. He dicho: Los cubanos somos hiperbólicos: / a los hombres que no tienen moral / los acusamos de tenerla doble. Gané el premio de Reporteros sin Fronteras en este diciembre del 97. Me han propuesto un viaje de ida. Prefiero quedarme. Hago lo que tengo que hacer. Tampoco yo, Leonardo Padura, creo en el exilio. Quiero, absolutamente, quedarme. No podría vivir en otra parte. Mi generación vivió treinta y cinco años pensando que el socialismo era un proceso ascendente, ineluctable. El periodo especial ha matado todos los sueños. Hay una enorme incertidumbre sobre el futuro. Este ambiente tan singular, este ritmo, este caos: eso es lo que yo quiero narrar. Yo me llamo Rodríguez Feo. Soy revolucionario. Empecé a trabajar después de la Revolución. Antes nunca lo había hecho. Mi familia tenía ingenios, allá en Contramestre, en Oriente. A mí me mandaron a estudiar a Harvard. Había estado en una academia militar. Cuando cumplimos dieciocho años, mi madre nos repartió nuestras acciones y nos advirtió que no le pidiéramos dinero. Yo le propuse a Lezama hacer *Orígenes*. Mi familia pensó que era una locura. La burguesía cubana era muy inculta. Uno tenía que pagar sus propias ediciones. Quizá por eso yo me hice revolucionario. A nadie le importaba la cultura. Pero en Cuba no hay comunistas. Hay fidelistas. Fidel es un gallego. Como Franco. No va a dejar el poder. Sólo que lo maten o se muera. Fidel odia el dinero. Eso se lo metieron los jesuitas. Por eso suprimió los mercados campesinos. Porque los campesinos podían hacerse ricos. Y eso es algo moralmente inaceptable. Y no se puede cambiar nada porque ÉL no quiere cambiar nada. ÉL quiere que todo siga igual. No quiere ninguna transición ni va a dejar que nadie más decida lo que hay que hacer. Está esperando que haya un golpe militar en Rusia y todo vuelva a ser como antes. Eso es lo que está esperando. Óyeme lo que te digo, como que me llamo José Rodríguez Feo, y estamos en marzo. Marzo de 1992. A esa mujer que es poeta la fueron a sacar de su casa. Le hicieron tragarse

los papeles de aquella carta que había publicado. Le gritaron: "Puta, que te sangre la boca." Todo eso es verdad. María Elena Cruz Varela. Así se llama. ¿Los grupos de respuesta rápida? Eso es fascismo. Eso es lo que es. Viste a los policías de paisano para que parezcan vecinos. Todo eso es horrible. Pero la gente ha perdido toda iniciativa. Se ha corrompido. Se ha acostumbrado a mentir. Aquí, en la neblina, he hecho las paces con Lezama. Con Lezama. Lezama que era un brujo. Un brujo lleno de poesía, como le dijo un día Juan Ramón, paseando con él por el Malecón. Volvemos a encontrarnos en el estudio de Mariano, en la librería La Victoria, que está en Obispo, en La Lluvia de Oro, aquel café de nombre memorable, en una banca del paseo del Prado. El púdico Lezama. Me lleva diez años. Es un solitario. Se lo propongo un día de invierno del 43. En el parque Martí. Lo embullo. Embullar es un verbo que amo. Sólo de cubanos y para cubanos. Le cuento que, en Harvard, ya lo comenté con Pedro Henríquez Ureña. ¿Por qué no hacemos juntos una revista? *Consagración de La Habana* me gustaría llamarla. Y hasta hablamos de *Ciclón*. Cuando se acerca Virgilio. Porque aquí los tiempos no cuentan. En la neblina. *Orígenes* y *Ciclón*, aquí, son contemporáneas. Y se acercan los jóvenes. Diciendo que Cintio es un mojigato. Un gran poeta, sí, pero un mojigato. Y están redactando, en *Lunes*, las diatribas contra *Orígenes*. Y repiten que Lezama, como Saturno, se devoró a sus hijos. Y se arrepienten. Y llega Lorenzo García Vega, como si hablara solo, y se pone a hablar de la grandeza de Lezama. De la risa de Lezama. De que nunca se la perdonaron. Su grandeza. En medio de la implacable pequeñez. La pequeñez del ambiente. Dice: Lezama quiso reír. Ofrecer el altísimo ejemplo moral de su exuberancia. De sus dones. De su rabelesiano apetito por las cosas. Dice que Martí, por esa mismísima pequeñez, a su alrededor, tuvo que suicidarse. Desde París, donde vivo y muero perdido, desorientado en el laborioso laberinto que es la Tierra, entre fetiches y cocuyos, ceibas y colibríes, no dejo de recordar aquella vista, a vuelo de pájaro, del puerto de La Habana, pendiente de una cinta que ondula al fuerte viento de la isla. Me llamo Severo Sarduy. Soplan ráfagas del norte, socarronas y heladas, y un viento vueltabajero y un rumor extraño que viene del sur. "Es que va a nevar" le aviso como apuntador, desde la concha de un escenario, a un negro calesero que yo mismo inventé y que se lo irá a contar enseguida a una dama de alcurnia, también de mi cosecha, que se persigna creyendo que son las ánimas. En el Centro de Artes Plásticas, hoy, en 1989, hacemos *happennings*. Como defecar sobre un ejemplar del *Granma*. Paso seis meses en la cárcel. Por escándalo público. Alguien pone el retrato de Fidel en la mira de un tiro al blanco. Un retrato hecho de pedazos de espejo. Un espejo fragmentado. El que lo mira ve, a la vez, su propia imagen. Retazada. Y arriba dice SUICIDA.

Todos somos suicidas. Todos nos vemos en la imagen de Fidel. Fidel, con su ego desmesurado, obligando a todos a mirarse en él como en un espejo. Y obligando a todos a desintegrarse. A suicidarse. Una mujer. Un perro. Un joven. Todos con la cara de Fidel. Todos idénticos. Todos sin identidad. Todos a la gran concentración. A LA PLAZA CON FIDEL. *Happennings*. O pantomima. Gestos que hablan por sí solos. O el *kitsch* doméstico. La hoz y el martillo fornicando. Un altar de santería. Los funcionarios y los mitos, fusionados, dislocados. Ya casi todos están en México. O en Miami. Prohibido pisar el césped. PROHIBIDO TRANSGREDIR LO SAGRADO OFICIAL. Montaron un sistema sin fisuras. De vigilancia. La GRAN OREJA. Sólo ÉL habla. Todos somos hablados por ÉL. Están ahí para cuidar que ÉL no oiga lo que no quiere oír. ¿Que eso se va a caer? No lo creo. No, mientras Fidel esté vivo. ÉL es el marido de todas las mujeres y el padre de todos los hijos. El estrecho de la Florida es un cementerio. Un cementerio marino. Yo pensé: Cuba es mi patria. Yo no tengo por qué irme. Y me quedé. Los años sesenta fueron difíciles. Los más difíciles. No sólo porque no había nada para comer. Pero también por eso. Entonces a mí se me ocurrió comprar cuatro gallinas Leghorn y puse una granja en el patio. Empecé a vender huevos. A vender pollos. Hice un poco de dinero. Y además tenía para comer. Para toda la familia. Y me puse a enseñar inglés. A hijos de amigos, de vecinos. Luego estudié para bibliotecaria. Ya me retiré. Hago trabajos para las embajadas. Me pagan en dólares. Rento la casa de Varadero. Una de esas casas de antes. De madera. Con portal. A veces son extranjeros, que me dejan algunos dólares. Pero casi siempre son familias, familias de campesinos que tienen algún dinero, que lo han hecho vendiendo en esos mercados. Llegan cargados de cervezas. Se meten al agua diez minutos cada día. Luego se la pasan jugando dominó y tomando cerveza. Hubo casi un raz de mar. Se cayó un muro. Fui a ver al responsable del Partido para protestar. Me puse muy brava: Yo también soy el pueblo, le dije. Y tengo derecho a que me atiendan. Amenacé con acudir al representante de los Poderes Populares. Aquel hombre me dijo: “No, no, señora. De ninguna manera. No vaya a ver a nadie. Ya vamos a ocuparnos de su problema.” Y vino a verme el propio representante y lo arreglaron en dos días. Yo les digo *compañero* y ellos me dicen *señora*. Mis hijos están integrados a la Revolución. No se acuerdan de la otra Cuba. Yo fui a prepararme a Guatemala porque pensé que había que ser patriota. Yo sólo me entrené dos meses. Los americanos nos entrenaban. Y creíamos que iban a apoyarnos. Ahora hago diseños de joyería en Filadelfia. Tengo 42 años. Me casé con una hija de inmigrantes noruegos. De Minnesotta. Colecciono grabados cubanos antiguos. Colecciono mapas. De Cuba y el Caribe. ¿Una historia de familia? ¿Una saga?

¿Buddenbrooks? A mí no me da por escribir. He reproducido la casa del Vedado. La he convertido en una casa de muñecas. Para mis hijas. Todavía no acabo de amueblarla. Las copias diminutas se llevan mucho tiempo. De los viejos muebles. ¿Te acuerdas? Me acuerdo. ¿Es verdad que había pobreza en Cuba? A nosotros nos enseñaron que los comunistas tenían cuernos. Yo no entiendo cómo mi prima decidió quedarse. Ahora sus hijos deben pensar lo mismo de nosotros. Tendrían que venir para darse cuenta. De que somos como todo el mundo. A mi prima Ofelita, que también se quedó, no le fue tan bien. Al principio sí. El marido es francés. Diplomático. Pensionado. Vivían en un palacio, lleno de muebles antiguos y de pintura contemporánea. Ella compraba antigüedades y las revendía a los diplomáticos. Compraba en las diplotiendas y revendía esas cosas. Diez veces más caras. No sé si estaba metida en algo. En 71 la acusaron de conspiración. En el juicio protestó: "Yo no soy burguesa. Soy aristócrata." Tuvo suerte. No le tocó la guillotina. Ahora vive en Madrid, en un departamentico. Sigue yendo a todas las recepciones. Ella nació para eso. Eran *creepy people*. El tío parecía la caricatura del padre. La madre tenía ese color cetrino. Ella le quitó el novio a la hermana. ¿Te acuerdas del otro tío? Tan feo. Tan desgarbado. Desaliñado. Sucio. Pitañoso. Con aquel tic. Y la mancha en el pantalón. Siempre la mancha. ¡Qué asco! Y tan orgullosos del apellido. Carlos Luis vivió siete años en Miami. Murió en 1990. Tenía una pequeña pensión. Vivía en un un cuarto, en la Calle Ocho. Había sido prominente. En el Banco Nacional. Cuando Martínez Sáenz. *Creepy people.* Había algo así como decadente. Era gente rarísima. No había muchas familias como las nuestras. Figúrate. No las había. Un día, en París, queríamos irnos a desayunar a Chartres. Eramos tres o cuatro, las Herrera, Horten, una Morales, una Goizueta. Fuimos a pedirle permiso a la mamá de Horten. Y, ¿sabes lo que nos dijo?: "¿Allí qué venden, niñas?" Así eran. Es que tú andabas con esa gente, los nuevos ricos. Pero las familias de antes, las del Vedado, eso era otra cosa. Yo no quiero a los americanos. Tardé mucho en hacerme ciudadana. Nos hicieron una marranada. Estuve presa tres días. Nos daban de comer en unas cazuelas grandes. Estábamos todas hacinadas. "Ustedes tienen que adaptarse", les dije, "no les queda más remedio." Ellas no podían irse a ninguna parte. Eran mujeres del pueblo. Me dijeron: "Te van a llevar a La Villa. Te van a meter en un cuarto muy caliente. En un cuarto helado". Nosotros tuvimos gente refugiada en la casa. Ayudamos a quienes pudimos. A quienes sí estaban comprometidos. Con la invasión. Vivíamos cerca del laguito. Había embajadas. No me daba cuenta del riesgo que corríamos. De las amigas, *real friends*, quedan pocas. Beba ha dejado un vacío grande en mi vida. Me llevaba cuatro años. Era inteligente. Muy. Pero muy loca. Excéntrica. Muy

fast. Protegía a artistas. A poetas. Se casó con el dueño de los Havana Docks. Un día le pregunté si era verdad que había tenido un romance con Fidel. Era capaz. Pero me juró que no. Figúrate que llegó a Bogotá a encontrarse con un amante y, en el mismo hotel, se encontró nada menos que con Natalia que, ya tú sabes, eran tan *prim and proper*. Murió en Saint Jean de Luz. La hermana de Natalia se casó con un veneciano. Llegó en un yate con Dominguín. A ver a Hemingway. Hemingway. A mi suegro le regaló el original de *El viejo y el mar*. Fue testigo en mi boda. Todos de traje blanco y él de *tuxedo*. Me casé en la Catedral. Tú no estabas en La Habana. El veneciano era despampanante. La dejó con tres hijos. Murió de cáncer. En la pobreza. Los amigos le mandaban cien, doscientos dólares. Beba había sido muy amiga de ella. Andaba en un convertible, con la capota bajada y una sombrilla. ¿Mas Canosa? *Clinton's mafioso*. En Cuba era de clase media. Nadie lo conocía. *You know what I mean?* Aquí, de repente, se enriqueció. Yo pregunto, ¿cómo se enriqueció? Yo, te lo prometo, no quiero que nada de lo que pueda pasar en Cuba, después de, tenga que ver con Mas Canosa. Es lo peor que podría pasarnos. Era bonita, pero picúa. Muy sexy. Y mi primo, que después se ha vuelto un beato, cayó redondito. Mi tío Billy era brillante. Se había graduado en M. I. T. Mi madre no tenía ninguna caridad. Nos infundió un miedo terrible. Todo era pecado. A Billy, que estaba loco, le quitó lo único que le hacía vivir: las prostitutas. Billy se asfixió. Hubo que meterlo en un pulmón de hierro. ¿Yo? Yo viví como prisionera toda mi vida. Mamá nos dominaba a todos. A papi, ni qué decir. Ni las prendas me dejó. Me desacreditaba. Hablaba mal de mí. Ella obligó a papi a hacerme todo lo que me hizo. A mi marido lo destruyó su madre. Le inculcó esa arrogancia. No aprendió a hacer nada. Yo me enamoré mucho. Cuando eso se agotó, no quedó nada. Era bello. Pero estaba vacío. Mi suegro era un *clubman*. Cazaba. Pescaba. Le gustaba la buena vida. Pero no era nada snob. Era muy guapo. La mayoría no era así. Había algo inconsistente. Algo endeble. La gente de sociedad estaba reblandecida. Nos criaron en la molicie. En la indolencia. Los únicos valores eran el dinero y el cómo se lucía. Mi suegra, que lo despreciaba, le daba fiestas a Batista. Era muy descarnado todo. Y él, que tenía mucho talento para la música, que lo había heredado, se avergonzaba. Se avergonzaba de ser músico. El padre de mi abuela fue gobernador de Ellis Island. Aparece en una foto con el general Lee. Mi abuelo hizo la iconografía de la guerra del 95. Y escribió ese libro sobre Máximo Gómez. Mi abuelo me inculcó lo mejor que tengo. Me inculcó el amor a la libertad. Esos viejos amaban a Cuba. El tío de tu madre. Mi abuelo. Eso los vertebraba. Creían en algo. Mi abuelo había sido muy pobre. Vivía en un ingenio. El ingenio de una condesita. Un día, tenía doce años, se puso a recitarle toda la retahila de los

emperadores romanos. Y el *Canto a Teresa*, de Espronceda. Figúrate. La condesita decidió que le iba a dar carrera. Fue el mejor cirujano de La Habana. Mami nunca me perdonó que él me quisiera tanto. Mami está completamente ida. En un *home.* Yeyé se murió cuando yo me fui de luna de miel. La noche que murió yo tuve una pesadilla. Soñé que ella se moría. Yo la quería muchísimo. Más que a mami. Esa negra fue más que mi madre. El día que volví me dijeron: Yeyé se murió. No quisimos echarte a perder el viaje. La carta que me escribió la traigo siempre conmigo. Ya vas a volver a tu Habana querida, me decía. Unos días antes de morirse. Ella ya estaba en la casa antes de que yo naciera. Yo a mami no podía soportarla. A Yeyé la adoraba. A mis hijos, que descienden de un presidente, un presidente que fue general, se los dije el otro día. Que la abuela de papi era mulata. Me siento tan bien de haber podido decirlo. Habíamos llegado al Southernmost Point. Yo le dije al chofer: "*You can see Cuba from here. You can see the lights.*" Él me contestó: " *You can see it with your heart".* Me conmovió mucho. También mi madre era muy poderosa y mi padre era muy débil. Muy simpático, pero muy frágil. Todavía le gusta la ópera. Todavía colecciona porcelanas. En ese pueblito perdido en Colorado. Un pueblito redundante que se llama Pueblo. Todavía tiene esa debilidad proustiana por los títulos nobiliarios. ¿Todavía tiene ese encanto? ¿Todavía tiene esos ojos negros, profundos, turbadores? ¿Esos ojos que enamoraron a una niña de diez años? ¿Fue en París donde conoció a Yousoupov, aquel improbable príncipe ruso que envenenó a Rasputín? ¿Fue en París donde se hizo amigo de Foujita? Mamá nunca entendió nada. Nunca supo por qué mi padre la llevaba, arrastrando, a la tumba de María Vetsera. "¿Por qué visitar la tumba de alguien que uno ni siquiera conoció?" ¿Los hermanos de mi madre? Todos muertos, menos la tía Mercedes. A los primos ni los veo. A mi prima sí. La única, por parte de madre, con la que tengo algo en común. La tía Mercedes tiene ochenta años. Apenas sobrevive. Aquí en Nueva York. En un hospital. Estoy buscando un *nursing home.* No hay nadie que la cuide. Yo en Viena. Ella solísima en ese edificio, con su baúl en el *basement.* Con demencia senil. Con los vecinos protestando porque les molesta. En este noviembre frío de 1991. Y yo aquí, en el Palm Court del Plaza, especulando con este muchacho que quiero mucho, que estudió en Princeton, sobre el futuro de Cuba. Gente como tú tiene que participar. Gente que cree en las conquistas sociales. Hay que intentarlo. Hay que ser partícipe. Van a prevalecer los Mas Canosa, los incondicionales de Bush. Son los menos. Nosotros somos los más. Pero ellos tienen todo el dinero. Nosotros sólo tenemos ideas. No tenemos sostén. Ni financiero. Ni político. Estamos todos dispersos. La Revolución ha hecho una disección del legado nacional. Una lectura jerárquica y autoritaria de nuestro pasado. Nos han

escamoteado el legado espiritual de la nacionalidad, que integran todos los discursos que alguna vez habitaron la isla. Nótese que escribo isla con minúscula. Yo, que nací en Santa Clara, en 1965, y me llamo Rafael Rojas. No lo inventó Castro, lo inventó Martí. A Martí le debemos la invención de Cuba. De esa Cuba que marcha a abrazarse con el Espíritu Absoluto. De esa teleología insular. Yo, que nací y me crié allá dentro, me he propuesto repensarlo todo. Rechazar la fatalidad. Rechazar el encierro de la nación. En el espacio de la isla. El cierre de la historia. En el tiempo de la Revolución. Yo, con el conocimiento del pasado. Yo, sin el peso del pasado. Hay un metarrelato monumental. Nos pesa como una losa funeraria. Hay otro nihilista, que todo lo niega. Que todo lo ironiza. Hagamos una relectura. Más allá de la certidumbre. Más acá del vértigo. Más allá de la exaltación. Más acá de la denigración. Olvidemos el discurso providencial. El discurso de la unanimidad. Olvidemos el discurso de la frustración. Olvidemos para recordar mejor. El lugar del encuentro. Hacia allí hay que ir. Al lugar de lo real. Lo digo yo, que me llamo Rafael Rojas. Yo enseño *Spanish* en la Universidad de la Florida. Vivo solo en una habitación de familia. Cerca de la Calle Ocho. Mi padre fue obrero. Tengo sesenta años. Me llamo Ángel Cuadra. Pasé quince en la cárcel. Conspiré. Mi revolución no era la de Fidel. Mantuve siempre la distancia. En la cárcel la mantuve. No entré en compromisos. No me siento un héroe. Desconfío de los héroes. Los cambios tienen que venir de adentro. A algunos aquí no les importaría ir a hacer una masacre. No puedo hablar de otra cosa. Tendrás que disculparme. Ya voy a estar muy viejo. Se me está acabando el tiempo. Yo crecí en la Beneficencia. Fui dirigente de la Juventud Católica. Fui líder obrero. Estuve en la clandestinidad. Contra Batista. Contra Fidel. Dieciséis años. Leí a Teilhard de Chardin. A Jacques Maritain, a Francesco Vito. Era un trabajo artesanal extraordinario. La familia entera se dedicaba. Sustituían la portada. La contraportada. Por la de algún libro marxista. Si tenían la hoz y el martillo, mejor. Nos movieron a las galeras de castigo. Donde estaban los batistianos. Se levantó una tensión tremenda. Buscaron pinchos, cuchillos escondidos, machetes. Lo de la mojonera fue de un ensañamiento increíble. Era una zanja. Llevaba los excrementos hasta el mar. En Isla de Pinos. Nos metieron allí seis o siete horas. Para limpiarla. Para sacar los objetos que pudieran obstruir la corriente. Golpeaban, pinchaban con la punta de la bayoneta, daban patadas en la cabeza. Hacían chistes. Luego fue la tembladera. Peligrosísima. Muchos ya estaban sangrando. La sangre se les secó con la mierda. Las infecciones fueron sin cuento. No se me borrará jamás la imagen. Un castigo bárbaro. Primitivo. Inhumano. Un espectáculo dantesco, repugnante. Si estoy aquí en Miami, esta tarde de julio de 1984, se lo debo a García Márquez. Tú ya sabes cómo me

llamo: Reinol González. En La Cabaña las requisas eran muy violentas, desnudos, de madrugada. A golpe de bayoneta y patadas. Las noches de fusilamiento eran ominosas. Yo nací en Madruga, en 1930, y soy técnico industrial. Sindicalista. Activista. Aquel 30 de agosto de 1962, la sensación de impotencia y desesperación fue insoportable. Desgarradora. A las once de la noche encendían el reflector que iluminaba el palo. Donde los amarraban. A los condenados a muerte. Usaban cuatro pelotones a la vez. Cada uno fusilaba a cuatro. En el Morro sólo fusilaban a militares. La noche de los 400 fusilamientos se oyó clarito en las galeras de La Cabaña. Me llamo Pedro Pérez Castro. Ya lo dijo Martí: una prisión rodeada de agua. Me avergüenzo. Yo también formé parte de esa izquierda oficial. Yo, Jesús Díaz. Hoy lo lamento. La isla es un Gulag sin nombre. Cuatro décadas. Y todavía hay quien cree. Hay quien celebra. Hay quien canta loas. A la Isla de la Utopía realizada. En Miami también hay intolerancia. Yo, Bernardo Benes, que me atreví a sugerirlo, afirmo que la Derecha intolerante es idéntica a la Izquierda intolerante. Tres estaciones de radio controlan aquí en Miami la opinión del exilio. Yo, amiga Joan Didion, propicié el diálogo en 1978. Luego hubo asesinatos, de gente que había participado, en Puerto Rico, en Union City; hubo atentados, contra un periódico en Nueva York, contra una aeronave de TWA que salía para Los Ángeles. Murieron 150. En Isla de Pinos, el 19 de diciembre de 1953, YO, Fidel Castro, escribo: Creo que un hombre no debe vivir más allá del día en que empieza a deteriorarse, cuando la llama que iluminó el momento más brillante de su vida se ha consumido. Aquí en Isla de Pinos leo mucho. Escribo mucho. Me invade, Naty, el deseo de conocer las obras de todos los escritores, las doctrinas de todos los filósofos, los tratados de todos los economistas, los sermones de todos los apóstoles. Leo a Thackeray y a Marx, a Turguenev y a Somerset Maugham, a Gorki, a H. G. Wells, a Cirilo Villaverde. Aquí, encarcelado, se me pasan las horas como segundos. La parte de ti que me pertenece me acompaña sin cesar, y así será para siempre. Como no vivo en el presente ni puedo saber nada del mundo, vivo en otras épocas que me parecen igualmente interesantes, si no es que más. Cada época ha tenido sus momentos y la historia nos los presenta limpios de impurezas. Me muevo entre ellas de la mano de mi imaginación. Me siento increíblemente libre y feliz hoy, 27 de febrero de 1954. Hoy, 27 de abril, me siento tranquilo, en paz. En cuanto acabe un libro que estoy leyendo voy a dedicarme a un estudio sobre Cuba. Quiero tener, en la punta de los dedos, todo lo que se refiere a ella, al paraíso que puede volverse. Reflexiono. Me encanta pensar en su realidad y en lo que puede llegar a ser. Más que nunca, la amo como un pretendiente que busca ciegamente a una mujer sin importarle los obstáculos. Esto ya no lo escribo, Naty, pero lo pienso:

en algo no me parezco a Martí. Yo no dejaré viuda a Cuba. Yo no estoy pensando en empezar a morir. Yo la imagino viva y enamorada. Mirándose en mis ojos. Adorándome. Dócil. Sumisa, como las mujeres que saben amar. Los sentimientos personales no importan. Tú sabes que a mí eso es lo que menos me importa. Y si no lo sabes deberías saberlo. Ese será mi gran romance. Es a Cuba a la que quiero seducir. A la que voy a abrazar. A la que voy a penetrar. A la que voy a hacer moverse a mi ritmo. Gemir y aullar de amor. Pronto. Pronto. Muy pronto. Como si lo estuviera viendo. Martí vino a morirse, a desposarse con la Noche, a dejar a la Isla viuda. Ese era su destino. No es el mío. El mío es hacer vibrar a esta Isla como nadie lo ha hecho. Ni Martí. Porque él tenía esa afinidad enfermiza. Con la Muerte. Sí, con la Muerte. A mí me gusta, en cambio, el sabor de la vida. El sabor del poder. El sabor de la gloria. La gloria de aquí abajo. Ningún orgasmo como ese. Yo lo sé. Yo lo anticipo. Estoy preparado. Lo que tiene que ser será. Fidel no oye a nadie. Nunca ha oído a nadie. ÉL tiene sus ideas. Y siempre son grandiosas. Proyectos enormes. Delirantes. Que nunca funcionaron. Nunca tuvieron nada que ver con la vida real. Cuando ÉL habla de la vida, no habla de la vida que uno vive todos los días. ¿Me entiendes? En cuarenta años no hemos podido valernos por nosotros mismos. La economía nunca funcionó. ¿La agricultura? Dependía de las semillas, los fertilizantes, los plaguicidas soviéticos. ¿La ganadería? Se criaban las vacas con pienso. En establos. Encerradas. A los pollos se les daban alimentos balanceados. Las gallinas, hacinadas en granjas, produciendo huevos día y noche, con luz artificial. Nos habíamos modernizado. Unidades de producción enormes. Ineficaces. Granjas del Estado. A la soviética. Nos pasamos más de veinte años experimentando. Con esto y lo otro y lo de más allá. Destruyendo frutales. Para sembrar café a pleno sol. Desecando la Ciénaga de Zapata. Cruzando a capricho, sin criterio genético alguno, razas de ganado. Plantando frutales de climas fríos. Criando, sin ton ni son, cocodrilos. Ordenando hacer zafra en temporada de lluvias. Ocurrencias. Arrebatos. Despropósitos. Sin preguntarle nunca nada a los que sabían. A los campesinos. ¿Trascender el monocultivo? Nunca supo cómo. Siempre se equivocó. Nosotros teníamos un terrenito, cerquita de La Habana. Queríamos sembrarlo. Esa muchacha había trabajado años en la casa. Ella y el marido eran campesinos. Les preguntamos. Queríamos saber cómo había que sembrar los nabos, las papas, la yuca, el boniato, el tomate, la cebolla. Él nos dijo: ¿Como dice Fidel o como antes? Le contestamos: Como antes. Y todo se ha dado maravilloso. No te puedes imaginar. Hasta pollos tenemos. Y puercos. Y se alimentan con tallos, con lo que no se come de las verduras. Y con desechos. Pero si las cosas se ponen peor, la gente se va a meter. Y van a matar un día a los dos hombres que cuidan el

terrenito. Eso fue antes. Cuando prohibieron los mercados campesinos. Ahora ya han vuelto a autorizarlos. Los que tienen dólares pueden comprar viandas. Y hasta hay gente que se gana la vida como plomero, como peluquero, como mecánico. Hay quien renta cuartos. Hay quien da servicio de taxi. Hay quienes "inventan". "Inventar" se ha vuelto el gran invento. Nos arreglamos. Vamos tirando. Decimos que el bloqueo tiene la culpa. Pero todos sabemos. El bloqueo no es la causa del gran desastre. ¿Sabes lo que quiere decir "periodo especial"? Economía de guerra. En tiempos de paz. Y que aquí ningún cubano puede ser capitalista. Pero los extranjeros sí. Esto no es China. No se equivoquen. Aquí un abogado no puede poner un despacho. Un médico no puede poner un consultorio. Pero ya pueden trabajar de taxistas. O poner un paladar. Algo es algo. ¿Los disidentes? Son solitarios heroicos. Nadie los conoce. Son islas dentro de la Isla. Los han metido en la cárcel. Los han injuriado. ¿La patria es de todos? La patria no se entrega a cualquiera. La patria es *MI* patrimonio. La patria es *SU* patrimonio. Quien sabe no habla. Quien habla, no sabe. Lo dijo Lao-Tse. No ha parado de hablar en cuarenta años. Lo digo yo, que prefiero permanecer anónimo. Al fin que nos hemos acostumbrado. Aquí todos somos anónimos. No hay quien pueda expresar en público una opinión disidente. Se pierde el trabajo. La vida cotidiana se vuelve invivible. El embargo es un absurdo. Buscando un efecto se ha logrado precisamente lo contrario. El enemigo exterior es el mejor aliado de los dictadores. Nosotros buscamos la reconciliación nacional. Defendemos el derecho a defender los derechos del hombre. Me llamo Elizardo Sánchez Santa Cruz. La sociedad cubana no está madura para un cambio brusco. Nos hemos pasado cuarenta años sentados sobre un volcán. La mitad de la población espiando a la otra mitad. Hay un riesgo enorme de que exploten los odios. De que exploten las venganzas. Hay que evitarlo. Por eso hablamos de reconciliación. El poder tiene que dar el primer paso. A mí me liberaron cuando llegó el Papa. Me llamo Gustavo Arcos. Tengo setenta y cinco años. Unos diez los pasé preso. Fui funcionario del Partido. Fui embajador. Creo en los derechos humanos. Yo enseñaba economía. Me llamo Martha Beatriz Roque. Yo soy abogado. Internacionalista. Me llamo René Gómez Manzano. Me llamo Félix Bonne y soy ingeniero. Me expulsaron de la Universidad por haber firmado una carta. Yo enseñaba física. La carta pedía una apertura democrática. Todos hemos estado en la cárcel. Yo no he salido de la cárcel. Me llamo Vladimiro Roca. No es difícil imaginar por qué me llamo Vladimiro. Mi padre fue Blas Roca. Uno de los viejos dirigentes. Del Partido histórico. Yo piloteaba un avión de caza. Diez años en la aviación militar. Me consideran traidor. Yo diría, si pudiera, que son otros los traidores. Sigo sosteniendo que la patria es de todos. Cuando salí de Cuba tenía 82 años. En febrero del 91.

Nací en 1910. En Matanzas. Como mi padre. Siempre le dijeron Chavito. Enseñaba en una escuela pública de El Cerro. Fue maestro de Martínez Villena: un poeta que se hizo comunista. Cuando la guerra del 95, la familia lo mandó a México. Con el tío Carlos. Para protegerlo. Trabajó en un circo. Mi papá murió el año del Moncada. Fue en el 53. Él murió en Matanzas. Yo era profesor en la Universidad de Oriente. Luego fui al entierro de Carlos. La bahía de Matanzas es profunda. Como a cien metros de la desembocadura se juntan los tres ríos: el San Juan, el Yumurí y el Canímar. Desde la iglesia de Monserrat, el valle del Yumurí es bellísimo. Ahora hay un colegio en la casa donde nació Carlos. Era una casa enorme. En la calle del Río. Allí estudiaron mis dos hijas. Es curioso, ¿verdad? Entonces yo enseñaba en Matanzas. A los dieciséis años volví a Matanzas. Me pasé dos años jugando pelota. Y remando. De *stroke.* En el Matanzas Tennis Club. Entonces empecé a coleccionar mariposas. Fue Pepito Rosinyol, un gran profesor de literatura, el que me embulló a estudiar Ciencias Naturales. Desde niño me había gustado coleccionar. Hojitas. Piedras. Ahora escribo otro libro. Sobre la vida de los insectos. Todos son textos en la Universidad de La Habana. Trabajo en la computadora. Soy profesor emérito. Me dieron la medalla Carlos Finlay. Mi madre nació en Nueva York. El abuelo español tenía un negocio de tabaco en rama. En la calle Maloja. Era próspero. Me acerqué a Carlos en el 34, cuando terminé la carrera. Había sido mi maestro. Entonces fui su ayudante. Batista me había dejado cesante. Un pariente nuestro, hijo de la tía María Luisa, era secretario de Hacienda. Me dio un trabajo allí, por las mañanas. Por las tardes trabajaba con Carlos, en sus colecciones de moluscos. Muchos años enseñé en la Universidad de Oriente. Allí había nacido el abuelo Bernabé. Allí vivía todavía Susana de la Torre, la madre de Carlos Ramsden. Él también fue naturalista. Un museo en la Universidad lleva su nombre. Cuando la conocí tenía más de cien años. Estaba muy lúcida. Yo rentaba un bungalow de madera, rodeado de portales, con teja francesa. En la salida de Puerto Boniato. Teníamos frutales. Vimos pasar a Fidel cuando el Moncada. Nos tocó ver muchas cosas. Cómo los soldados vejaban a la gente. Mientras en La Habana parecía que no pasaba nada, en Santiago había guerra. Fidel tenía todo el apoyo en Oriente. Lo apoyaban los ricos. Lo apoyaba la clase media. Lo apoyaba el pueblo. Yo colaboré en lo que pude. Transportando armas en la máquina. Vivíamos en las afueras. En la subida a la Sierra. Llenábamos el auto de globos y salvavidas. Una vez sacamos a un dirigente de la clandestinidad que había subido a la Sierra. Lo llevamos hasta Matanzas. Fue metido en la máquina, con los niños, como parte de la familia. Los niños vieron pasar aviones que iban a tirar bombas en poblados donde los campesinos colaboraban con la guerrilla. Todo eso hizo que la Revolución fuera,

para nosotros, muy importante. Aquella etapa romántica la vivimos muy intensamente. Luego mis hijas fueron milicianas. Mi hijo, no. Él rechazó el carné del Partido, siendo estudiante, y eso lo perjudicó. Me bautizaron Salvador, como el abuelo del abuelo Bernabé. Yo tenía 16 años cuando entré al preuniversitario especial. Y a la Unión de Jóvenes Comunistas. Así evité ir al África. No pasé al servicio militar. En esa escuela estaba Carlos Lage. Era brillante. Mañana y tarde clases y estudio en la noche. Entrenábamos con armas de palo. Aprendí a desactivar minas. Se trataba de mantener un ambiente de guerra. Y de tener control sobre los jóvenes. Yo nací cuando murió Carlos. Por eso me pusieron su nombre. Habíamos ido a un colegio laico, privado. Mi padre no era creyente y mi madre era bautista. En mi casa nunca hubo imágenes. Pero hice la primera comunión. Me metí a biología para seguir la tradición familiar y porque me gustaba la naturaleza. Pero quería ser antropólogo. Esa carrera no la había. Fui ayudante en Antropología Física. Investigué sobre cerámica taína. De repente, estaba en el Parque Lenin, en un taller, reproduciendo cerámica arqueológica. Cultura afrocubana, la vi por primera vez en casa de Fernando Ortiz. Mis amigos eran sus amigos. Empezamos a ir a Guanabacoa, a los toques de santo. El mundo nuestro era de blancos. Sólo cuando íbamos al trabajo voluntario había negritos. Iban cantando guaguancó. Gente del Partido decía: el problema de Cuba son los negros. Por eso nos está costando llegar al nivel de los países socialistas europeos. Eso decían. Y los guajiros no se mezclaban con los negros. Sin embargo, ahora ya la isla es mestiza. Y cada vez hay menos campesinos en el campo. Los hijos se fueron a estudiar a La Habana. La gente de la ciudad fue a hacer “trabajo voluntario” al campo. El mundo al revés. Yo nunca me sentí comunista. El suicidio de mi primo, que estuvo en una UMAP, me sacudió mucho. Nunca manifesté combatividad revolucionaria. Eso me reprochaban. Pero fue en el ochenta cuando el mundo se me derrumbó. De pronto, en unos días, me doy cuenta de que estoy viviendo en el fascismo. Fue asombroso cómo reaccionó el gobierno cuando lo de la Embajada del Perú. Se rompieron todos los valores. Durante años nos habían inculcado que vivíamos en el país ejemplar. En la democracia perfecta. Y de repente perseguían a gente por la calle. La turba los pateaba. Había linchamientos callejeros. En unos días me llené de canas. La represión, hasta ese momento, había sido con la punta del lápiz. Te controlaban en el CDR, es decir, en tu casa. En el centro de estudio. En el trabajo. Te controlaba el médico familiar. La caldera hervía pero no se había derramado. Si no te volvías activista te dejaban vegetar. Ese año 81 decidí irme del país. Fue un antes y un después. Vendí todos mis muebles. Mi padre tuvo un preinfarto. No era fácil presentar una solicitud para salirse del país. Empezaba el

calvario. Te volvías un apestado. Tuve una especie de derrame cerebral. En el líquido céfalo-raquídeo había huellas de sangre. Diagnosticaron un aneurisma que se reabsorbió. Cuando yo tenía dieciséis años estaban de moda los Beatles. Los policías nos rompían los discos en la calle. Nos cortaban los pantalones de tubo. Anduve dos años con un pantalón anchísimo y el pelo rapado. A las muchachas les soltaban el dobladillo. No podían andar con minifalda. Los setenta fueron dramáticos. Empezó la cruzada contra las desviaciones ideológicas. Había que "parametrarse". Si no cumplías con los parámetros, te marginaban. No te permitían trabajar en tu profesión. En tu oficio. Te mandaban a la agricultura. No te dejaban estudiar. Las "desviaciones" tenían muchos nombres: yoga, santería, homosexualidad, protestantismo, catolicismo. Viví la adolescencia entre prohibiciones. Las UMAPS duraron poco, a fines de los sesenta. Luego vino la militarización de la enseñanza. Fuimos una generación sujeta a experimentos de laboratorio. Pero íbamos a las playas. A Varadero. A Guanabo. A Bacuranao. A Santa María del Mar. No te olvides que Cuba tiene 295 playas. Y cientos de islitas y de cayos. Cayo Largo. Cayo Cocos. Los Jardines de la Reina. Los Jardines del Rey. Es verdad que las playas del norte se echan a perder en el invierno. Por los nortes. Pero las del sur se vuelven paradisiacas. El sur sí es el Caribe. En invierno El Ancón, cerca de Trinidad, es maravilloso. Yo anduve por todas partes. Todo eso se acabó cuando entró el turismo. Te pedían el carné de identidad en la playa. La Revolución, cada uno la vivió como pudo. Tengo un primo que se hizo ingeniero electrónico, se casó con una rusa y vive en el Cáucaso. Su hermano se suicidó. Yo me asfixié en la neblina y opté por el destierro. Me bautizaron Salvador. Cuando Bahía de Cochinos yo no tenía dudas. Fidel me tenía muy convencido. Estuve en Checoslovaquia cuando la invadieron los rusos, en 68. Ya era yo Premio Nacional. De Ciencias Naturales. Cuando la primavera de Praga. Intercambio de universitarios. Antes estuve en Moscú y en San Petersburgo, que entonces se llamaba Leningrado, en Kiev y en Ucrania. Siempre en laboratorios de entomología. Trabajando con el microscopio electrónico. Estudiando el *Trichogramma* y la *Corcyra cephalonica.* En Berlín, en la Universidad Humboldt. En Jena, donde a Carlos le dieron el *Honoris Causa*. En el Instituto de Microbiología. En Jena, ¿sabes?, fabrican los microscopios Zeiss, los mejores del mundo. En Praga, los checos pintaban esvásticas en los tanques rusos y *graffiti:* "Los padres, libertadores; los hijos, invasores". En Bratislava nadé cuatro veces en el Danubio. Yo tenía casi sesenta años. El agua estaba helada. Fue toda una experiencia. Hemos dejado cementerios de cubanos en Angola. Ahora están vendiendo la isla a los españoles, a los italianos, a los canadienses. Estoy en México. Estoy en Miami.

Estoy en Cuba. Tardamos mucho en decidirnos a dejar aquello. Mi mujer seguía creyendo que no estaba bien. Irse no estaba bien. Yo hacía trece años que dudaba. Ella, que era hija de pescadores, había sido muy fidelista. Cuando se cayó el bloque socialista no pudimos más. No hubo medicinas. No hubo qué comer. No me he podido salir de la neblina. Todos los tiempos coinciden. Estoy en 1955. Colectando *polymitas* en ese camino estrecho, entre montañas, que va de Guantánamo a Maisí. Clasificando mariposas en el National Museum. En la Smithsonian. Coleccionando crustáceos, madreporarios cubanos, arácnidos, quilópodos, diplópodos. Ordenando mi colección. De mariposas exóticas. De Java y de Sumatra. De Filipinas, de Formosa, de Japón. Del África. De Borneo. De España. De Checoslovaquia. De Brasil, de México. De Bélgica. De Argentina, de Colombia, de Nicaragua, de Venezuela. De los Estados Unidos. Estoy recorriendo el mundo. Desde la neblina. Estoy en 1945. Tengo un derrame pleural. Por meterme al agua, en la playa, un día nublado, con mucho frío. Aquí en Varadero. Hago reposo. Tomo el sol. Escribo un libro de minerografía. A la vez que nado en el Danubio. Veinte años después. Y no me pasa nada. En San Agustín de la Florida tomo agua de la Fuente de la Eterna Juventud. Es el año de 1939. Estoy en un yate que se llama *Marilda.* Paseando alrededor de la isla de Manhattan. Pensando que así me gustaría darle la vuelta a Cuba. Escuchando el ruido de las cataratas desde mi cuarto del hotel Elsinore, en Niagara Falls. Recitando, de memoria, la *Oda al Niágara* de Heredia. Estoy en Versalles, en la costa de Matanzas. Me paso un año entero. Colectando mariposas. Día con día. Algunos lepidópteros de Cuba varían de apariencia a lo largo del año. Varían de color con las estaciones. Es el año de 1930. Machado ha cerrado la Universidad. Me trazo un horario. Estudio, solo, catorce asignaturas. Me compro un bote de remos. En mi tiempo libre lo hago todos los días. Nadar y remar. Mente sana en cuerpo sano. Siempre lo he creído. Lástima que en esta familia hemos tenido los pulmones débiles. Decía el primo Ricardito que la prima Teodomira lo decía: durante siglos nos casamos entre primos. Somos frágiles de cuerpo. Y sin embargo. Aprendo a boxear. Practico el salto con impulso. Llego a saltar cinco pies. Y fildeo. Juego de *center field*. Ricardito se casó con Clemencia Capablanca, la hermana de Ramiro. El campeón. Ninguno como él en ajedrez. Cuba es un país de campeones. Eso nos lo inculcaron. Estoy en la casa de la calle de Maloja. La casa del abuelo es enorme. Los domingos nos juntamos. Los veinte primos. Nos llevan a Calabazar. Allí tiene el abuelo una finquita junto al río. Nos bañamos en una poceta. Estamos en Jaimanitas. En la playa. Los veinte primos. Y los doce perros del abuelo. Al abuelo le gusta que los nietos le rasquemos la cabeza. Nos promete un peso por cada pulga. Les sacamos las garrapatas a los

perros. Le decimos que las hemos hallado en su cabeza. Él se ríe. Jugamos. Los veinte primos y el abuelo. Tengo seis años. Estoy en Santa Clara. Mi padre enseña en el Instituto. Es el año de 1916. Vivimos cerca del teatro. Se llama La Caridad. Lo fundó Marta Abreu. Desde la casa se oye la música. Se oye el canto. Dice mi papá que es Caruso el que canta. Dice mi mamá que Caruso es famoso. Me llamo Salvador de la Torre. Voy a morir en Miami. Aquí pasé mi primera luna de miel. Siempre pensé que moriría en Cuba. Esto es como Cuba, pero no. Estoy a punto de terminar este libro. Este manual de entomología tropical. Llevo casi mil páginas. Aprendí a usar la computadora. Después de los ochenta. No quiero morirme antes de terminarlo. Hace mucho que dejé de admirar a Fidel Castro. ¿Bernabé? En casi todas las familias de entonces había algún Bernabé. En inglés se dice Barnaby, ¿sabes?, Bernabé se llamaba un tío de Mercedes Santa Cruz, una de mis tatarabuelas. Yo me llamo Juan de Zárraga. Vivo en Amalfi Road. En Miami. ¡Qué remedio! Mi abuelo se llamaba José Ignacio de la Cámara y Morell de Santa Cruz. Por eso desciendo de la Condesa de Merlín. Nació en La Habana. De repente, la familia se arruinó. Había bajado el precio del azúcar. No me preguntes cuándo. Empezó a trabajar en un banco. Ganando 40 pesos al mes. Hubo una consternación horrenda cuando la familia lo supo. El padre se había quedado ciego. Él puso una agencia, en La Habana, de la Bolsa de Nueva York. Ya era muy próspera en 1883, cuando se inauguró el puente de Brooklyn. Entró en el negocio de ferrocarriles. Empezó a comprarlos. En La Habana. En Matanzas. Se trajo muebles y cuadros de París. Mi abuelo se casó con María Francisca O'Reilly y Pedroso, Condesa de O'Reilly, de Buenavista, de Jústiz de Santa Anna, de San Felipe y de Santiago, con Grandeza de España. Se casaron en Guanabacoa, en el 91. La casa que vivían en La Habana Vieja se la rentaron al gobierno de España. Cuando se fueron a Tampa, por miedo al bloqueo. Durante la Guerra del 95. En el Hotel Tampa Bay conocieron a Teddy Roosevelt. Tuvieron dos hijos. El tío José Ignacio, abogado, heredó el Marquesado de San Felipe. Y mi madre, María Francisca. A ella le tocó el de Jústiz de Santa Anna. Mi padre, Marcos Zárraga, venía de españoles. El abuelo había llegado a mediados del XIX, para ayudar al tío. Fue progresando y acabó por comprarle el ingenio a la familia del tío. El Adela. Luego compró el Reforma, el San Agustín, el San Pablo. No los quemaron cuando la Guerra. Luego, en Galeano y Concordia vivió todo el mundo. Desde Máximo Gómez hasta Raimundo Cabrera. Donde estuvo El Encanto vivió Lydia. La casa de mi abuela, junto a un teatro de mala muerte, El Molino Rojo. Así era La Habana. La casa había sido del padre de Catalina Lasa, la que se escapó con Juan Pedro Baró. Una rosa amarilla lleva su nombre, tú sabes. Fue una gran historia. Una historia de amor para

una novela. Su marido la enterró en un mausoleo art déco, de una elegancia suprema, con vitrales de Lalique. A las doce, cada día, el sol que penetra esos vitrales dibuja una rosa amarilla sobre el túmulo. Miss Keagan, la irlandesa, les enseñó inglés a Lydia y a mi madre. Las familias habaneras eran como las romanas. Tenían su clientela. Todavía llegaban los nietos de una abuela que había trabajado en la casa. Que a lo mejor había sido esclava. Ese era el *welfare* de Cuba. A casa de mi madre llegaba Jacinta. Vivía en una casa de las Damas de la Caridad, en Concordia. Cuando estaba frente a la gente decía: "La señora marquesa". Cuando estaban solas, le decía: "Oye, María Francisca." Yo la oí decir: "Miren. Esta bolsa de París me la regaló María Ruiz." Era la Marquesa de Pinar del Río. Y Jacinta era una pordiosera. En el penúltimo vuelo de la libertad llegó a Miami Coralina. Mi abuela le había conseguido, con Ferrara, que la colocara en Comunicaciones. Luego la hizo encargada de una casa de departamentos que era suya. Mamá no heredó el edificio. Pero sí heredó a Coralina. Le daba de comer dos días a la semana. Y la recibió aquí, en Miami. Vivió en esta casa. La Habana era todo eso. Y era El Caballero de París. Un mendigo con sombrero de copa. Con capa negra de terciopelo. En el calor sofocante. Y la Condesa de Jaruco merendando en el Ten-Cent. Con zorro y tocado de velito. Vestidísima. Como si estuviera en París, el año veinte. Oye, te lo digo yo, Severo, ten cuidado con las ramas carcomidas y leñosas de la heráldica insular. No te engolosines. Todo sigue estando ahí detenido. Muy borroso, es verdad, por la neblina. La maldita neblina. La bendita neblina. La neblina siempre fue parte del paisaje. No es verdad que un día llegó y se instaló. No es verdad. A veces no la veíamos. Pero estaba. Que no me vengan. En la ciudad más cosmopolita de América. Como la llamó Humboldt. Que hizo el diseño de la caldera de vapor. Para mejorar los ingenios. Y se lo regaló al Marqués de San Felipe. El padre de mi abuela era, por su madre, Núñez del Castillo. De ahí le venía el derecho al título. El primero fue un alférez que nació en Almuñecar, Málaga, cerca de Motril. Fundó un mayorazgo en Santiago de Bejucal. El tercer marqués, figúrate, se casó con Feliciana Antonia de Sucre y Pardo. Hermana del gobernador de la provincia de Cumaná, en Venezuela. Tía de Antonio José. Del mismísimo Sucre, el libertador. Porque no sólo Bolívar, tú sabes. En la Embajada de México se quedaron cuarenta cajas con los archivos. De los Marqueses de San Felipe. De los Condes de O'Reilly. Incluyendo las memorias de María Micaela. Núñez del Castillo y Sucre. Que murió en los mil ochocientos treinta y pico. Mucho antes de que volviera a La Habana la Condesa de Merlín. Es una libreta gorda, de cuero. Cuenta muchas cosas. Cuenta un viaje a Venezuela. Cuenta un naufragio. En medio de una tormenta. Frente a las islas Barbados. El naufragio nos rondó

siempre. El naufragio es parte de nuestra idiosincrasia. Somos una Isla desafortunada. Somos un galeón de maravillas, naufragado. Un galeón en la neblina. Eso somos. Hay descendientes, sí. Hay descendientes de Vasco Porcallo. Que ni ellos mismos lo saben. Los Zayas Bazán, los Agüero, los Varona, los de la Torre. Los tiempos se cruzan. Se confunden en la neblina. Se traslapan. Es el año 28. Pote está empezando a construir el reparto. Me refiero a Miramar. Ese barrio que le tomó prestado el nombre al castillo de Maximiliano. *Non te fidare. Torna al castello de Miramare.* Se llamaba José López. Le pusieron Pote porque era gallego y decía: *"Ferve el pote"*. Nos burlamos mucho de los gallegos. Pero ellos acaban burlándose de nosotros. Resultó un gran empresario. Empezó de la nada. Puso una imprenta. La Moderna Poesía. Vivía en la azotea, en una especie de bohío. En una casuchita de madera. Se hizo riquísimo. El negocio de impresión dio para más. Varios ingenios. El Banco Español. El Banco Nacional de Cuba. El Matadero. El primer edificio art déco que hubo en La Habana, el López Serrano. El famoso Puente de Pote. Es el año de 1915. Se hunde el Balvanera frente al puerto de La Habana. Es el año sesenta. El año en que llegamos. Ese año llegamos a Miami. Mi marido nació en Camagüey. El padre era notario. Sólo tenían tres generaciones en Cuba. Habían venido de Galicia. Por la madre, que era Varona, muchas más. Me casé con un hombre que me entregó a mí las riendas. Y era brillante. Un espléndido abogado. De empresas. De bancos. Pero muy justo y muy democrático. Los líderes obreros lo respetaban. Y él a ellos. Aquí nunca ejerció como abogado. A él le gustaba mucho la soledad. Yo era como las castañuelas. Me llevaba seis años. Cuando cumplí los quince ya éramos novios. Él murió el año en que cumplimos cincuenta de casados. En el 87. Mi padre me consiguió una beca completa en la Universidad de Miami. Así me hice abogado. Yo quería ser profesor de historia. Él me convenció. Había que ganarse la vida. A papá uno no podía dejar de oírlo. Era convincente. Era respetuoso con sus hijos. Pero también realista. Me encanta, me encanta, me encanta escribir. Apenas tengo tiempo. En vacaciones. Escribo una novela. Sobre la toma de La Habana por los ingleses. En inglés. Llegué a los doce años. Hoy tengo cuarenta y nueve. Ya pienso mejor en inglés. En La Habana, la vida era agradable y protegida. La Salle. El Yacht Club. Y, de repente, milicianos con armas en las calles. Vi un avión ruso en el aeropuerto. Le dije a mi padre que tenía miedo. Él me dijo: "¿Tú sabes cuántos aviones tienen los americanos?" Hasta que un día me enchufaron en un avión de propelas de Pan American, que hacía un ruido espantoso. Vete tú con los niños y yo me quedo, a ver si puedo salvar algo. Eso me dijo. El más chico eras tú, Pedro, que tenías doce. La mayor Conchita, que tenía veinticinco. Teníamos dos años de haber llegado de Cuba cuando

murió. De leucemia. En el Mount Sinai. Yo he leído que a veces el cáncer tiene que ver con los duelos, con las pérdidas. Luego fue mi hermana Nenina, que lo tenía en el pulmón, como tu madre. Fue el cambio total de una vida. Para la generación nuestra, una catástrofe. Pero he sobrevivido. Hoy, 7 de abril de 1998, estoy cumpliendo ochenta y dos. He tenido un burujón de hijos muy buenos. No me siento sola. Ni abandonada. Pero sí con mucha pena. Con mucha tristeza. Porque se quedaron allá tantos cariños. Tantas tradiciones. Todo el pasado se quedó allá. Y a mí me quedó el marido. Que ya se fue. Me quedaron los hijos. Una se me fue demasiado pronto. Siempre es pronto para perder un hijo. Hijos: eso es lo que supe hacer en la vida. La mujer casada, en su casa. Si vieras que fui tan feliz. Hicimos una familia. Esa fue mi vida. Y la disfruté. ¡Cuánto la disfruté! Es un placer tan grande ver crecer a los hijos. A los que vienen después. Se siente que el tiempo no se acaba con uno. Hay cadenas que no apresan. Que son jubilosas. Como la que tiende sus eslabones entre las generaciones. La fabulosa cadena de la vida. Yo amo la vida. Me han quedado muchas penas. Aquello fue una catástrofe. Pero han sido más las alegrías. Somos muchos, en esta familia, los que estamos vivos. En la Navidad pasada contamos cien. La melancolía ya la dejé atrás. Cuando llegamos yo tenía apenas doce. Enseguida me inscribieron en el parroquial. Pasé el puente de Miami Beach y al Saint Patrick. Los niñitos irlandeses nos sonaron. Mordí bastante polvo. Vivíamos en North Beach. La más chiquita dormía en una gaveta. Se la improvisamos como cuna. Cuando mi papá pudo comprar una televisión fue una epopeya. Estábamos cien por ciento con Kennedy. Pudimos ver las elecciones. Era católico y creíamos que iba a invadir Cuba. Mi abuelo trabajó de repartidor de leche, en Nueva York, cuando la Guerra del 95. Aquí todos hicimos de todo. Yo y Conchita cosíamos. Cinco pesos por vestido nos daban. El que fue a la invasión cargaba paquetes en Sears. Mi yerno, que también fue, repartía gasolina. Cuando llegaron los demás éramos quince. Todos me traían lo que ganaban. Yo administraba. Vivíamos varios en un cuarto. Las butacas tenían trapos por arriba, con todos los mondongos por fuera. Los muchachos decían que comíamos sandwiches de aire. Eran de lechuga. El shock del 17 de abril fue tremendo. Mi papá estaba en el Consejo Revolucionario. Preparaba las leyes laborales. Iban a formar gobierno. Después de la victoria. Oíamos por radio que habían liberado Cienfuegos, Matanzas. Creíamos que toda Cuba se iba a levantar. Acuérdate que habían volado El Encanto. Hacía unos meses. Y el mercado de El Polvorín. Había mucha gente en contra. Ya había clandestinaje. Pero había más a favor. No lo sabíamos. Creíamos que los iban a recibir como libertadores. Papi fue a Cuba cinco veces. Presidiendo la delegación. A negociar con la plana mayor. A negociar

con Fidel. Iba y venía. A La Habana y a Washington. Bobby Kennedy y Jack lo recibían en la Casa Blanca. Un día estaban desayunando. Jack con bata de casa. Bobby le preguntó: "Y tú, ¿por qué crees que falló la invasión?" Y papi le dice: "Porque Pedro no la planeó." Bobby le pregunta quién es Pedro. ¿Un guerrillero? "No, mi hijo, que tiene doce años. La hubiera planeado mejor que todos ustedes." Así era mi papá. Siempre con ese humor. A pesar de que mi hermano estaba preso. Condenado a treinta años. A pesar de que el marido de mi hermana se había muerto en la rastra. A pesar de que llevaba a cuestas una angustia terrible. Se reía para no llorar. Cuando la crisis de los cohetes él estaba en La Habana. Y mami, con el corazón en un hilo, viéndolo todo por la televisión. Aquí había barcos de guerra en la bahía y bombarderos atómicos en el aeropuerto. Esa semana no dormimos. Y en eso papá volvió y ella lo fue a esperar al aeropuerto. Y había un tipo haciendo *picketing* contra el canje. Protestando. Y ella se le fue encima y lo golpeó. Con la cartera. Figúrate. Y luego los llamaba a medianoche. A esos tipos. Y les decía, "¿Usted está durmiendo en una cama muy tranquilo, verdad? ¿Usted sabe dónde está mi hijo? Mi hijo está durmiendo entre ratas, en el Castillo del Príncipe." Mi mami es muy fuerte, tú sabes. A todos nos mueve con el dedo chiquito. Así era mi abuela. Carlos le hacía mucho caso. Sí, a mamá Carlos la oía. Ella le llevó al padre Spiralli. Que iba a casa a hablar italiano con papá. Papá aprendió italiano porque le gustaba la ópera. Poco a poco se le fue acercando. Yo soy un hombre de ciencia. Por eso he dudado tanto. Eso decía Carlos. Se murió del corazón, tú sabes, pero ya tenía cáncer. Al final de mi vida, dijo, me doy cuenta de que hay algo más grande que todos nosotros. Me da mucha paz saber que él murió creyente. Viajar con Carlos era como ir leyendo un libro. Parecía que siempre te iba haciendo un cuento. Y uno se quedaba embobado. Le gustaban mucho las mujeres. Fue muy aventurero. Aprendió alemán a los ochenta. Siempre estaba rodeado de jóvenes. Mella, a pesar de todo, lo buscaba. Olivín Zaldivar, su mujer, era prima de mi marido, ¿tú sabías eso? Cuando llegó el rey de Bélgica fue un correcorre. Sacamos la única bandeja de plata que había en la casa. Había dicho que era la única persona a quien quería conocer en Cuba. Lo trajo Raúl de Cárdenas. Sin avisar. Yo voy a Varadero en el coche de don Carlos, dijo. Y se quedó a almorzar. Y se fueron esa tarde en el Dodge negro. Con Sanjurjo manejando. Hablando de caracoles. Del *Megalocnus*. De mariposas. ¿Las tías? Anita era un vinagre puro. Rosita era como Carlos. Siempre tenía algún cuento que hacerte. Todo lo gozaba. Ella, que tenía más de noventa años, se entusiasmó con Fidel Castro. ¡Figúrate¡ Lo comparaba con Agramonte. Con Céspedes. Hasta con Martí. No se perdía un discurso. Pegada a la televisión. Nunca sabrá lo que pasó luego. Se murió creyendo en Cuba libre. Los cubanos somos

así, muy efusivos. ¿Será ese libro tuyo otro viaje en redondo? ¿Otro garabato que se muerde la cola? ¿Conga, ciclón, serpiente enroscada? No te olvides lo que yo descubrí: los garabatos son vilanos caídos de las ramas más altas de nuestro árbol genealógico, el discurso en pañales de una prole remota. Garabatos son los que trazan la historia y la memoria. Te lo digo yo, Orlando: Orlando González Esteva. El tiempo lo he sentido pasar por mi cuerpo. Mi tiempo. El de los míos. Todavía hoy, igual que antes. Igual que en Cuba. Largo y venturoso. A pesar de todo. Más allá de la melancolía. Los años vendrán. Eso me dije. En una caravana larga. Larga y segura. Hoy, 7 de abril de 1998, estoy cumpliendo ochenta y dos. Seis hijos tuve. Tres hembras. Tres varones. De ellos me nacieron diecinueve. Diecinueve son los nietos. Otros veintiséis han nacido de los nietos: veintiséis son los bisnietos. No hay día que no haya boda. O bautizo. Uno que se gradúa. Otro que hace la Primera Comunión. Hay de todo en la familia. Yo he vivido dos vidas: antes y después. Sólo supe hacer hijos. Ponerles nombre a cada uno. Hoy cumplo ochenta y cinco. Los años siguen desfilando. Los años y los años. En una larga y segura caravana. El tiempo sigue vivo. Sólo nosotros nos morimos. El pasado sigue vivo. Es mentira que ese hombre lo haya matado. El pasado sigue hablando. Hay quien dice que el tiempo se detuvo un día. El día en que se instaló la neblina. El día en que ÉL empezó a hablar. De deshacerlo todo para rehacerlo. A su imagen y semejanza. En el breve plazo de seis días. Dicen que fue esa voz la que esparció la neblina. Esa voz ronca. Imperativa. Meliflua. Que se fue engullendo a todas. A las demás voces. A los quejidos, las risas, los llantos, los gritos. El día en que se instaló la grisalla. El día en que ÉL alzó, por primera vez, el índice admonitorio. Morirse es fácil. Apenas un deslizamiento. No me acuerdo qué día es hoy, el día en que me muero. Todo lo que ha sido sigue siendo. Me llamo Carlos María Isidro de la Caridad. He vivido largamente. Vuelvo al vientre de mi madre. La simiente de mi padre la fecunda. Los años se repliegan y me acogen. Mi simiente ha sido pródiga. Mis hijas y sus hijos, y los nietos y bisnietos de las hijas de mis hijas entran y salen. Mientras yo empiezo a morirme, una mariposa amarilla se posa en las persianas, en medio de la luz. Ya no es de noche. Es mediodía. Salgo del tiempo. Entro en el tiempo. El perezoso se columpia entre bejucos. La Isla se mece entre las olas. Le crecen velas y se interna en la neblina. Es un galeón. Medio a flote. Medio sumergido. Del galeón brota una ceiba. Crece y crece hasta tocar el cielo. Brazos de ahogados se le enredan en el tronco. El mar se arremolina. Hay un rumor de mar encabritado. Lo habita un dios voluble. Despiadado. Iracundo. El dios masculla una amenaza. Una vieja amenaza de naufragio. En la neblina rebotan las voces. Retumban. Quiero salirme de la pesadilla. Una Isla envuelta en una red de niebla marina. Por días, meses, años, décadas. Ajena al

pasado y al futuro. Secuestrada. Una neblina que confunde el cielo y el mar. Salgo de una bocacalle y tropiezo con la neblina. La gente, las fachadas, carcomidas por el salitre. Desafiando la cortina de niebla. Me niego a morir así. Quiero morir en paz. Todo en orden. Morir de la demasiada vida. En este galeón cabemos todos. Todas las voces. Un torrente. De lujuria y de melancolía. Las voces que se derraman sobre el Malecón. Me espera una larga travesía. La vida es una alfombra mágica que se desenvuelve. Me gustan las frases sibilinas. Me gusta entrar, mansamente, en la noche de los tiempos. Cubrirme con la sábana ligera. La sábana de hilo. De toda la vida. Echarme encima la sábana tenue, como una noche cualquiera. Para sentirme protegido. Para dormir tranquilo. Atrás queda el día. Atrás queda la vida. Las voces se abren paso en la neblina. También yo tengo dos patrias: Cuba y la noche.

Las maromas del azar
Camagüey, 10 de enero de 1910-30 de diciembre de 1915

Han atravesado la sierra de Jatibonico y tienen enfrente, a corta distancia, la de Matahambre. El machete de los guajiros les va abriendo paso mientras el práctico señala: "Volvió a cerrarse la vereda con las lluvias torrenciales. Con cuidado, porque abajo están los peñascos. Desde aquí hasta las casimbas va a estar erizado." El barranco parece muy hondo y hay que ir descendiendo con tiento por el despeñadero que no tiene ni tres metros de ancho. Pequeñas cavernas, también cundidas de vegetación, se abren entre las piedras. Está en las casimbas de Las Llanadas, en los límites entre Camagüey y las Villas, después de recorrer las sierras de San Juan de los Remedios y los alrededores de Caibarién y Yaguajay, donde un distinguido caballero de apellido Rojas y su hermano Pedro, empeñados en servirle de mentores por aquellos montes, le han mostrado un sitio, en el barrio de Mayajigua, donde el capitán Urrutia encontró unos huesos después de la guerra: "Los ha conservado doña Herminia Lleó su viuda, que ya se fue a vivir a La Habana.", le dijeron.

Sigue el rastro de una mandíbula. Una mandíbula encontrada casualmente en los baños de Ciego Montero, hace medio siglo, por un joven universitario. La Academia de Ciencias recibió de manos del venerable Felipe Poey, el 15 de septiembre de 1861, el fósil de un animal desconocido, de grandes proporciones a juzgar por el tamaño de los dientes, que el estudiante fue a regalarle. ¿Se trataba, pensó Poey, de un gran roedor extinguido y antediluviano? ¿Tendría parentesco, como lo sugería el profesor Leidy, de Filadelfia, con el *Megalonyx Jeffersoni* descubierto en 1797, en una caverna del estado de Virginia, y dado a conocer por el autor de la Declaración de Independencia y tercer presidente de la república confederada?

Carlos de la Torre sabe que sólo quien consagra largos años a interrogar directamente el gran libro de la naturaleza logra arrancarle algunos de sus secretos. Mucho le ha llevado hacer el hallazgo de dos *Ammonites* que atestiguan, en la Sierra de Viñales, rastros del periodo jurásico en la isla de Cuba. "¡Esas jicoteas son las que vengo yo buscando!", ha exclamado lleno de entusiasmo en medio de la Puerta del Ancón, entre un paredón con figura de gorro frigio y otro lleno de estalactitas y de enormes oquedades, testimonios de una inmensa caverna desmoronada en alguna época muy remota.

A aquellas piedras redondeadas, que se pueden abrir en dos pedazos, los lugareños les llaman "jicoteas". A Maisí se fue antes a

buscar cráneos caribes. No encontró, entre los farallones, lo que esperaba. Luego viajó al otro extremo de la isla y se topó con las vetustas murallas de caliza gris, cubiertas de lujuriante vegetación, que anuncian el comienzo de la Sierra Occidental. Vio, en un bloque de mármol negro puesto al descubierto por una explosión de dinamita cuando se construía la carretera, el molde de una concha fósil. Hace un siglo lo intuyó Humboldt y él se propone confirmarlo. ¿Cómo no confiar en la intuición del segundo descubridor de América? "Los *Ammonites* son a la geología", explica, "lo que los monumentos y las inscripciones a las ciencias históricas: los fósiles son las medallas de la creación. El Progreso contribuye a sacarlos a la luz del día." Impregnados de manganeso y de cristales de calcita y de cuarzo, se los descubre en esos nódulos de caliza negra y de mármol, entre capas arcillosas de colores diversos, esparcidos en el abra del Ancón. El corte de la carretera fue providencial para hacer visibles los fósiles marinos en una región seguramente sumergida en el periodo jurásico. Pero lo más sorprendente es que esa formación jurásica de la Puerta del Ancón, en la extremidad occidental de Cuba, se parece mucho a ciertas formaciones de las Sierras de Mazapil y Santa Rosa, en Zacatecas, que tuvo la oportunidad de explorar, donde también encontró *Ammonites*.

Atraviesa El Guao y Ceja del Negro, evocando proezas de Maceo durante la guerra de Independencia, mientras la vegetación tropical va cediendo espacio a pinares altos y encinas añosas que harían irreconocible aquel jirón del territorio cubano si, al llegar a lo más alto de las lomas, no se divisara una inmensa fronda de palmeras deslizándose hacia la costa. Contempla a sus pies, enseguida, el valle sembrado de mogotes calcáreos y, más allá, la fragosa Cordillera de los Órganos.

Se le atraviesa en el recuerdo. Ahora que está a punto de darle un mentís rotundo a las aseveraciones presuntuosas de Mr. Wayland Vaughan. Porque en una revista neoyorquina muy respetada en la comunidad científica, y poniendo en duda su habilidad para determinar fósiles de vertebrados, negó olímpicamente *mister* Vaughan, en los días en que gobernaba *mister* Leonard Wood, la existencia de restos de mamíferos cuaternarios en Cuba.

Mientras desciende por el despeñadero con una agilidad que desmiente los cincuenta y cinco años que pesan sobre sus propios huesos, no duda de encontrar allá abajo los del enorme roedor que su intuición le anticipa. Es difícil no apresurarse y conservar la parsimonia. Lo que se divisa en lo más hondo del barranco es un sedimento espeso, con aspecto de turba, recubriendo el suelo de muchas casimbas que demuestran la presencia del agua a escasa profundidad. Desciende hasta la sima. Remueve él mismo el sedimento

turboso. Afloran, en unos instantes, fragmentos de huesos y dientes fósiles y, por fin, las esperadas uñas del *Megalocnus rodens.* Abajo falta ya la luz y hay que dar por terminada la expedición, no sin antes congratularse por la apreciable ventaja de que, en ese lugar empinado de la sierra, refresque muchísimo por las tardes. Es un día de enero de 1910 y la isla resplandece en la pura luz del invierno.

En una comunicación a la Sociedad Cubana de Historia Natural, el doctor de la Torre advierte: antes de un año será posible reconstruir el esqueleto entero del gran perezoso de uñas grandes que el profesor Leidy de Filadelfia, hace ya casi medio siglo, vio incorporarse frente a él, invocado por el desenfado de su fantasía, a partir de una mandíbula que sólo conocía por unos cuantos trazos dibujados en el minucioso informe que le había hecho llegar el sabio naturalista cubano Felipe Poey. Lo que ofrece a la comunidad científica el discípulo y heredero espiritual de Poey es un hallazgo trascendental. Un mamífero de grandes dimensiones, que no pudo haber atravesado el mar sino un istmo o comunicación terrestre, evidencia una certidumbre: en la noche o en la alborada de los tiempos, en la remotísima época que la ciencia moderna conoce como la era geológica del pleistoceno, Cuba no fue una isla sino que estuvo unida, por algún cordón umbilical desaparecido, al continente americano.

Por el llamado Paso de las Cocinas, en los Paredones del Pazo que atraviesan la Sierra de Cubitas, se encamina Carlos de la Torre, el 30 de diciembre de 1915, a la finca Bainoa del señor Alcides Betancourt y al histórico lugar conocido por Las Trincheras. Ha recogido en el camino a don Gonzalo Sifonte, que lo fue guiando de nuevo, como ya lo hizo en más de una ocasión, por los laberínticos pabellones de la Cueva del Círculo que, por los calores sofocantes que encierran, parecen la antesala misma de los círculos infernales. La abundancia de estalactitas y estalagmitas fuera de la cueva hace especular que el hundimiento del techo de alguna caverna mayor pudo dar origen, quizás, a pasos y paredones. Han saciado la sed en las aguas fresquísimas que brotan de generosos mantos, entre las paredes marmóreas de la Cueva del Indio, donde los dibujos geométricos que reciben al visitante en el vestíbulo abierto a la piscina natural evocan arcaicos ritos propiciatorios de alguna deidad femenina, terrestre o lunar. Entre el recogido y umbroso remanso y el fuego solar que los espera afuera ha recibido, sin transiciones, el mensaje ambivalente que sabe comunicar el cuerpo de la isla a los pocos que se aventuran a explorarlo. Son las cuatro de la tarde.

Desandando los escabrosos caminos que conducen a las cuevas y devuelven a la finca y a Las Trincheras, habrá tiempo todavía, puesto que es larga esa tarde de junio, para desenterrar un cañón y una paila de hierro que, según Betancourt y Sifonte, sirvieron a los insurgentes

en la Guerra de los Diez Años. Con nitro extraído del guano de murciélago, tan abundante en las cuevas, se habría fabricado pólvora en aquella paila cuando no fundían en ella proyectiles para los rebeldes atrincherados en los alrededores. A Pablo Sifonte, hijo de don Gonzalo, se le encomendará el traslado de las patrióticas reliquias a la ciudad de Camagüey.

Mientras almuerza con mucho apetito, al mediodía siguiente, un tasajo de puerco ahumado ofrecido por el hospitalario anfitrión, recibe el naturalista una triste noticia. El más cercano de sus hermanos, Julio, acaba de morir de una pulmonía fulminante en Nueva York. El telegrafista de Banao, poblado cercano, es el portador del fúnebre mensaje. La más joven de las hijas del difunto acompaña el cadáver, en una prolongada travesía, con escalas, entre la isla de Manhattan y la isla de Cuba. Como *si* hablara consigo mismo, sólo que en alta voz, se le escapa un comentario: "Triste misión para los dieciocho años." Tiene que explicar entonces, con lujo de detalles, los antecedentes de la noticia, el porqué del viaje del hermano, el acendrado afecto que los une, la predilección que siente por la sobrina y ahijada. Tras los pésames de rigor se hace un silencio un tanto embarazoso que se va llenando de un creciente rumor de insectos conforme va cayendo la tarde. Lo habría roto con alguna ocurrencia de esas que suelen ganarle el aplauso y la simpatía del auditorio, pero está más apesadumbrado de lo que acostumbra permitirse a sí mismo.

La conversación derivará entonces hacia recuerdos de niñez, nostalgias de la Matanzas natal, reconocimiento de la deuda que tiene con su padre, que le transmitió la vocación y el deseo de enseñar, para recalar en el festivo retrato del abuelo, Bernabé de la Torre y Boza, y de las ya remotas visitas a Santiago que él y su hermano Julio hacían en compañía del padre, en contadas y muy excepcionales ocasiones. Allí se estableció, alrededor de 1825, el abuelo paterno. Pero, va a aclarar con su habitual afán de precisión, fue en Puerto Príncipe donde abrió los ojos por vez primera, entre los brazos de su madre, Luisa Boza y Betancourt, y ante la mirada un tanto distraída del padre, Salvador de la Torre y Cisneros, que recibió al primero de sus retoños sin querer hacerse cargo, todavía, del fardo de la paternidad.

Don Alcides Betancourt, como suele ocurrirle a los caballeros de provincia, no pierde ocasión para enhebrar hilos genealógicos. Recoge al vuelo el apellido Betancourt de la bisabuela de don Carlos y se lanza a sus propias elucubraciones de parentesco. El científico no se anima a contradecirlas aunque, a decir verdad, sólo le despiertan algún interés cuando se menciona el nombre benemérito de un prócer que le simpatiza especialmente por su ímpetu innovador: Gaspar Betancourt Cisneros. ¿Cómo no encomiar que, antes de mediado el siglo decimonónico, hubiera proyectado la construcción del ferrocarril

entre la villa de Puerto Príncipe y Nuevitas, su puerto natural en la costa norte? Carlos de la Torre es un entusiasta del Progreso, escrito con mayúscula, un convencido de los beneficios de la Ciencia y de las capacidades de la Razón para canalizar las conquistas del saber hacia el mejoramiento de las ciudades y del agro. Es, en una palabra, un optimista: "A la ciencia, amigo mío, hay que consagrarle todas las ansias del espíritu", sentencia, mientras le traen un café muy cargado y muy dulce y un vaso que transpira los beneficios del hielo.

Cuando se despide del anfitrión, terminado el almuerzo y digerido ya un poco el adverso mensaje que le hicieron llegar, con demasiada premura, los alambres del telégrafo, le da un abrazo fuerte a Gonzalo Sifonte, asegurándole que no cuenta en la isla con mejor cicerone que él. Otro narrador, que no soy yo, me avisa: Mucho le habría extrañado entrever las maromas del azar que se lo dieron por guía. Ese apellido no le dice nada más que la devoción que ponen don Gonzalo y su hijo en abrirle las sinuosas veredas que conducen a la prehistoria de la isla y de sus habitantes. Lo mismo es cierto del apellido Rojas que, en las inmediaciones de Remedios, se asocia a las felices y frecuentes incursiones del naturalista por los vericuetos de un tiempo que desborda con mucho al que marcan los relojes. Ni el apellido Sifontes ni el Roxas han sido preservados en una memoria familiar que se detiene en el bisabuelo Salvador y en la presunción, seguramente infundada, de que más allá de los papeles amarillentos de *El Fanal de Puerto Príncipe* que guarda celosamente la prima Teodomira, habría que remover hartos polvos para encontrar las huellas de un improbable acompañante de Colón, que habría sido el primero en poner pie en tierra cubana. Acaso en una pequeña deferencia a esos devaneos de féminas fantasiosas, le ha dedicado el científico unas cuantas páginas llenas de colorido, allá por el año de 1895, a las "Primeras noticias acerca de la fauna americana, suministradas por el Almirante Colón en el Diario de su Primer Viaje".

Retomo el hilo: Quién sabe por qué el *Megalocnus,* y los cicerones, y don Alcides en su finca Bainoa, y el Almirante, y Teodomira, y don Salvador, y dos o tres Bernabés, y doña Nicomedes, la abuela matancera, y el vapor *Mascotte de la Ward's Line, connecting at Havana with all the other branches of the Line for all parts of the world over a delightful smooth water route*, y Gonzalo Sifonte, y aquel distinguido caballero de apellido Rojas, todo se le mezcla esa noche, en el tren, en un azaroso sueño donde viaja días interminables en un galeón llamado Nuestra Señora de las Maravillas, rumbo a España, vestido de levita y con la leontina de oro asomándole por el bolsillo del chaleco, muy almidonado el cuello de pajarita, comentando animadamente con una señora elegante que lo acompaña, de rostro en blanco, lo raro que resulta hacer un viaje tan placentero en un galeón que todo el mundo

sabe hundido en el fondo del océano, con un gran tesoro, cuando media el siglo XVI. En eso despierta, con una inexplicable desazón y el propósito, que cumplirá mucho más tarde, de contarle aquella enrevesada fantasía nocturna a la sobrina predilecta que, acompañando el cadáver de su padre, ya navega lentamente hacia el canal de la Florida.

El narrador intruso insiste: Pero lo que importa asentar ahora es que si un Rojas y un Sifonte y una finca llamada Bainoa se le han cruzado en el camino, eso no le proporciona ningún indicio ni tiene por qué. Muchos años habrán de pasar para que alguien, que ya ni siquiera lleva el apellido de don Carlos y de su sobrina, tropiece de una manera fortuita con la certidumbre de que la aparición de esos personajes, colocados aparentemente por el azar, un día de 1915, en las sierras de Remedios y de Cubitas, son en verdad signos todavía ilegibles de un texto que hay que descifrar.

El gran perezoso
La Habana, 26 de mayo de 1916-17 de diciembre de 1921

Parado sobre las patas traseras, con las delanteras apoyadas sobre un tronco de árbol, el esqueleto del perezoso devorado *in illo tempore* por un sanguinario *Crocodilus pristinus,* tiene por qué ocupar un lugar muy visible, esta noche, en el salón de sesiones de la Sociedad Cubana de Historia Natural. Las escaseces financieras provocadas por la guerra europea han retrasado un tanto la restauración pero al fin, el 26 de mayo de 1916, Carlos de la Torre hace la entrega solemne.

Lo presenta como un *gran perezoso* de la familia de los gravígrados que incluye a todos los grandes edentados de América, desde el *Megalonyx* norteamericano hasta el *Eucholoeps* de la Patagonia. ¿Habitarían los bosques del continente, al norte y al sur, y los de la Isla, ejemplares de un género muy parecido de oso, casi idénticos entre sí salvo pequeñas variantes, con grandes patas traseras y uñas enormes y curvas, que les permitirían suspenderse de las ramas y juguetear entre los prados y las frondas? Se lo imagina, y así procura describirlo, con gran amplitud de movimientos y haciendo uso, con mucha libertad, de sus poderosas garras, para cavar la tierra y derribar ramas de árboles. Porque son herbívoros y pacíficos los corpulentos roedores aunque algo torpes, ciertamente, por el exceso de peso, de modo que es fácil suponer que tienden a buscar refugio en sitios poco propicios, que pueden volverse trampas, como ese barranco traicionero de la Sierra de Cubitas que también sirvió de guarida a cocodrilos, cuyos restos aparecen mezclados con los del *Megalocnus*. Una gran marmota juguetona, colgada de las ramas entre papagayos y monos, es su versión moderna, porque hay un perezoso sobreviviente: el *Ay-ay* de las regiones amazónicas. El grabado que lo muestra circula entre la concurrencia, despertando entusiasmos. Advierte el científico, mientras tanto, que no logró hallar más que un tercio superior y otro anterior del cráneo del *Megalocnus*, pero que eso bastó para una reconstrucción muy aproximada de la calavera, dado que también se contaba con la mandíbula y con numerosos dientes. Describe la articulación de la columna vertebral, destacando la pronunciada curvatura de las vértebras lumbares y la fuerte cresta dorsal, señalando la abundancia de costillas que desenterró, las propiedades del cinturón torácico y del esternón y el notable ensanchamiento del húmero, en su parte inferior, como en el hormiguero y en el armadillo. No quiere terminar la exposición sin referirse a la grandiosa teoría darwiniana de la supervivencia de los más aptos en la lucha por

la existencia.

Los fósiles que encontró en el húmedo yacimiento de un escabroso barranco, entre los seborucales de la Sierra de Cubitas, vuelven a Cuba, tras haber sido rearmados, según sus indicaciones, en el Museo Americano de Historia Natural de Washington. La Sociedad que lo recibe fue fundada por él tres años antes. La tarde del 15 de mayo de 1918 el invitado prehistórico parece compartir, en silencio elocuente, los votos entusiastas de quienes le desean a su descubridor, al cumplir sesenta años, una existencia todavía larga y fructífera.

Esfuerzo fecundo ha sido el suyo, le aseguran, admirable para quienes comparten su vocación y tienen la fortuna de disfrutar de su contagiosa bonhomía. Lo llaman "sabio". Hacen el recuento de sus méritos. Evocan una temprana y brillante exposición en la cátedra de Anatomía Comparada. Describen felices incursiones en el campo seductor de los caracoles, desde el encuentro con aquella preciosa *Helix picta* que le obsequió en su adolescencia matancera el doctor Jimeno, hasta el reconocimiento de una nueva especie de molusco, al que Henderson bautizó, en el *Nautilus* de Boston, como *Helicena Torrei.*

"¡Un coro de naturalistas escribirá su nombre!", le auguró Felipe Poey por su erudito estudio del cráneo del manjuarí. Y en este aniversario de su natalicio se evocan esas palabras proféticas. Todos se vuelcan en elogios al paleontólogo, al humanista enamorado de la naturaleza, al lector experimentado de los lenguajes cifrados de las *rerum naturae*. Ha colmado amplias lagunas y ha destruido profundas nieblas con su sed inextinguible de despejar enigmas. Se quitó la muceta amarilla del médico para ostentar el birrete azul de los doctores en Ciencias. Empezó con la clasificación de moluscos vivientes, llenando innumerables vitrinas con colecciones que incluían todas las espacies marítimas y terrestres de la isla, desde la gigantesca *Tridacna,* expuesta en las iglesias como pila para el agua bendita, hasta los microscópicos ejemplares del género *Vértigo*. Su colección de las Antillas es la más acabada y completa del mundo, no superada ni siquiera por la del Museo Británico, donde un día rectificó errores taxonómicos de clasificación y le mostró a un atónito doctor Smith cómo era capaz de determinar con los ojos cerrados, y sólo por el tacto finísimo de los dedos, géneros, especies y lugares de habitación de cada molusco.

Del estudio de los moluscos vivientes pasó al de los fósiles. De la zoología transitó a la paleontología: iluminó a la geología con la comprobación, en Cuba, del horizonte jurásico. Quieren demostrarle esta tarde sus discípulos que también le han aprendido el hábito de ponerle al lenguaje acentos líricos y de matizar la aridez positivista con escarceos literarios. Lo compara así Montané, que le debe la cátedra de Antropología, con el niño Poey, persiguiendo mariposas

color de raso azul, de terciopelo leonado, de tafetán amarillo pálido, en correrías vagabundas entre malezas y arroyuelos y reconoce: "Todo lo que tiene vida le atrae, como a Poey, y disfruta como él el sabor montaraz de la naturaleza virgen." En suma: "En la naturaleza recogió, de niño, la alegría que habrá de iluminarlo en el invierno de la vida."

¿Qué más pueden regalarle? La lectura, en alta voz, de los motivos que tuvo Harvard para conferirle, el 28 de junio de 1912, el doctorado Honoris Causa: *Rerum naturae publicarum que peritum, inter molluscarum Sinus Mexicanus investigatores primum, que conchis priscis effesis historiae subterranearum Cubae partium penitus novavit.* Qué solemnes suenan, en latín, esos elogios que lo ensalzan como hombre público y como naturalista, como el primero en el conocimiento de los moluscos del golfo mexicano, como el descubridor de fósiles que han revolucionado la historia geológica de Cuba.

Trabajando en el National Museum pasará en Washington las vacaciones de verano de 1920. Volverá para asumir el decanato en la Facultad de Ciencias y Filosofía. Desde Cambridge, Massachusetts, le escribirá su amigo el naturalista Thomas Barbour. La Universidad de La Habana puede llegar a ser la primera de Latinoamérica o quedarse estancada: "Usted es la única persona que puede hacer de esa universidad algo más que una buena escuela… allá, como en toda la América Española, todo lo esperan de la generosidad del gobierno. Cuba no ha sufrido la guerra y, en proporción a su población, quizá ha prosperado como ningún otro país en el mundo. Y, sin embargo, los graduados de la Universidad de La Habana, los que ya eran ricos o los que se han hecho ricos, no piensan más que en gastar esas fortunas dándose a la buena vida…" A la Universidad le hace falta la devoción, la lealtad, el apoyo de sus egresados. En la casa de Malecón 93 recibe las albricias de los muchos colegas que tiene en Harvard y en la Smithsonian Institution cuando, el 3 de diciembre de 1921, es designado Rector por el claustro de la Universidad de La Habana. ¿Cómo no sentirse halagado? ¿Cómo no sonreír complacido, esa mañana de norte, al ver descritos con tanto entusiasmo su simpatía, su amplia visión alerta al progreso de los tiempos, un saber tan vasto como pocos lo poseen y, a la vez, un singular conocimiento de los hombres? Benevolencia del corazón y firmeza, coinciden sus corresponsales, coronan tantas virtudes singulares.

Acaba de pasar el frenesí del azúcar: la "danza de los millones". La guerra favoreció un auge inusitado de la caña, que empezó a avanzar por todas partes, mientras ardían los cedros y las caobas en el afán de cubrir con cañaverales todo el país: los horizontes se incendiaban y la isla olía a quemado. Los aliados dependían del azúcar de Cuba y, desde 1914, Cuba Cane compraba ingenios al por mayor, a veces a

poco más de la mitad de su costo. Muchos propietarios cubanos prefirieron el dinero, contante y sonante, con excepción de ciertos políticos astutos que supieron montarse en la fiebre del dulce. Ni el treinta por ciento de la caña se molía en ingenios cubanos y más de la mitad se procesaba en centrales norteamericanas. Se enriquecieron, eso sí, los colonos domésticos, a quienes cada día les redituaba más sembrar caña y convertir sus pingües ganancias en palacetes del Vedado, con pisos de mármol y olor a cedros perfumados, mientras se importaban haitianos, jamaiquinos y chinos para hacer la zafra. El precio del azúcar subió a su máximo histórico en 1920 y luego se desplomó.

Es por estos días cuando, después de múltiples maromas entre el Partido Liberal y el Partido Conservador ("Si uno es malo, el otro es peor..", según se burla una caricatura de *La política cómica*) jura el cargo de Presidente de la República, como candidato de la Liga Nacional (coalición del pequeño Partido Popular que formó al abandonar el Partido Liberal, y del Partido Conservador que encabeza su antecesor el general Menocal), el abogado Alfredo Zayas. Su hermano menor, Juan Bruno, fue una figura gallarda en la Guerra de Independencia. Su padre heredó el colegio El Salvador, fundado a mediados del XIX por el ilustre educador José de la Luz y Caballero. Las primeras letras las aprendió el Presidente en una escuelita que mantenía en El Cerro, aristocrática barriada, una señorita francesa de apellido Bolac.

Su padre, sin duda, le dejó alguna huella. A los treinta años, y siendo todavía partidario del autonomismo, se puso a compilar los escritos de Luz y Caballero. Escribió versos y dirigió una revista llamada *La Habana literaria.* Entró luego de lleno en la actividad conspiratoria. Representó, en los Estados Unidos, al Partido Revolucionario Cubano. Fue descubierto y deportado a Ceuta. Allí se encontraba cuando Juan Bruno, Mayor General de la insurgencia, murió en campaña, en un encuentro con los españoles en Quivicán, el 30 de julio de 1896. Corría el año de 1897 cuando lo pusieron en libertad y en Nueva York lo designó Estrada Palma, que era delegado de la República en Armas, para establecer contacto con los insurrectos en el occidente de Cuba.

El Presidente y el Rector saben, vagamente, que son parientes. Lejanos, pero parientes. Los dos son, además, liberales. A lo largo del XIX, vínculos múltiples ligaron a los Zayas con los de la Torre. Pero a ninguno le preocupa demasiado el pasado. Se precian de estar construyendo un país para el futuro. Una república como la quiso Martí: con todos y para el bien de todos.

¿Se vale echar mano a un libro de genealogías? Supongo que sí, siempre que contribuya, en el cuerpo del relato, a esclarecer los

hechos. Se vale bucear, desde las páginas de ese libro, como el tío abuelo fue descendiendo hasta el fondo del barranco. También tú andas en busca del gran perezoso que dormita entre la neblina. ¿Una metáfora de la Isla? No adelantemos. Por lo pronto, revisemos el catálogo. Alfredo y Juan Bruno Zayas, y Carlos de la Torre, descienden de dos de los siete linajes, o ramas, que le fueron creciendo a un tronco fundador, el de Diego Sifontes y María de la Torre, cuando todavía verdeaban los años de Felipe II. El bisabuelo de los Zayas, Juan Bruno de Zayas-Bazán y Zayas-Bazán, capitán de milicias en La Habana, es un vástago de quinta generación de la progenie de Diego de Zayas, el benjamín de Lope de Zayas y María de Roxas, la primera hembra que parió María de la Torre. El bisabuelo de Carlos de la Torre, Salvador de la Torre Cisneros, es un vástago de quinta generación en la progenie de Gregorio de la Torre y Pardo y Graciana Barreda y Zayas-Bazán, sobrina de Diego de Zayas. Hasta aquí el catálogo de Jaruco que viene en mi auxilio. Los muy diversos rumbos que toman los meandros de un caudaloso río familiar coinciden, por la más imprevisible casualidad, este año de 1921 cuando, el 20 de mayo, entra a Palacio Alfredo Zayas, bajo la mirada vigilante del interventor americano Enoch H. Crowder, que lo observa con binoculares de máxima precisión desde el acorazado *Minnesota,* la residencia extraoficial que le ha permitido estar en La Habana sin “estar” en La Habana y vigilar de cerca las elecciones; y el 17 de diciembre, cuando sube a la empinada acrópolis universitaria el eminente naturalista. A ritmo de charleston se insinúan los ruidosos veinte. Una república harto joven, frágil e inexperta, baila despreocupada a ese son, mientras hace vanos intentos por ejercer el libre albedrío propio de la mayoría de edad. La república, en una palabra, parece trastabillar.

Primer tiempo

Doucement, messieurs les morts,
procédons par ordre, s'il vous plaît.

JULES MICHELET, *Histoire de France*

J. Soriano.

En el vaivén del oleaje

En el vaivén del oleaje empieza a fluir la melodía. Es el vaivén del oleaje que mece a la Isla. Hace demasiado frío para escucharla en este jardín austero, al pie de la sierra. Te llamas María de la Torre. Sueñas la Isla. Tienes dieciséis años. Te embarcarás en Sevilla. Pero la historia no empieza todavía. Empezará cuando alguien pronuncie las palabras que no te toca a ti decir: " De tiempo inmemorial a esta parte…". No te toca a ti decirlas pero sabes que serán dichas por ti, para ti y en nombre tuyo y que entonces no habrá duda de que hubo un tiempo inmemorial ni de que en ese tiempo empezó una historia que tenía que empezar, como corresponde a las historias verdaderas, en el tiempo que llamamos "aquel tiempo" que es como decir, y como dicen, el tiempo del principio, de todos los principios. Así sea.

Me llamo María de la Torre
Puerto Príncipe, 8 de mayo de 1574

Me llamo María de la Torre. Estoy en el jardín de la Cartuja a donde hemos venido a orar, todos juntos los hermanos, antes de emprender Gregorio y yo el principio del camino que aquí empieza, entre frondas tiernas y pinares, a la vera de ese río que llaman Arlanzón; estoy en el galeón que navega turbulencias y bonanzas, días y noches, hacia la distante isla de Cuba: este galeón que me trae y me lleva, sin más prisa o sosiego que el del viento, entre Castilla y ultramar; estoy en la casa de mi padre, entre las huertas y las viñas, a una legua de Madrid; estoy en ésta que fue y es y será la casa mía, la que mi marido supo levantar para él, para mí, para los nuestros, con mil de los ducados que, hasta dos mil y tantos, recibió por la mitad del hato de Caimiabo, cerca del hato otro aquél de la villa del Espíritu Santo, que llaman Sancti Spiritus, vendido y bien vendido para ir juntando, una a una, las piedras de esta casa, que es la nuestra, en el centro de la villa, nuestra villa y de la Virgen, porque también de ella ha de ser si es que se llama, como dieron en llamarla los que nombre le pusieron Santa María, Santa María del Puerto del Príncipe, que no es puerto éste sino río remontado, pero del mar se trajo el nombre cuando aquí la vinieron a traer, la villa nuestra; esta villa donde han ido naciendo, uno por uno, seis de los siete de mis hijos; donde los siete, todos ellos, han recibido de la pila el nombre de bautismo, y donde luego hemos ido a ofrecerlos a la Virgen, encima de las piedras del altar donde duerme, debajo de las piedras y la tierra, encadenado digo yo, y coronado, como encima de las piedras lo han tallado, el león que muerto y enterrado dicen, dirían, que todavía ronda esta villa que suya sigue siendo, aunque nuestra la llamamos, el león que se llama, se llamó, Vasco Porcallo; la villa que dejó a nuestro cuidado, de sus hijos y los nuestros, esta villa que Gregorio repudió, el hermano mío, y a la que sólo supo venir para morirse: Santa María del Puerto del Príncipe.

…

El tiempo de los míos será largo y venturoso. Lo piensas y cierras los ojos. Te invade un aroma dulzón, entre clavo y pimienta de la tierra, del galán de noche que anuncia la proximidad de las lluvias. Entre las pencas de la más alta de las palmas la luna es pletórica y perfecta, como si estuviera allí a propósito, para anunciar con su redondez

impecable el augurio afortunado de los tiempos por venir. Sientes el tiempo encarnado en tu cuerpo. Dibujas, sobre el cielo, la silueta de dos ceibas que crecen, por encima del tejado, en el traspatio. En la mesita que te han acercado las criadas hay trozos de piña, anonas y guayabas y los olores empiezan a mezclarse, por la brisa que apenas sopla desde el río, con el olor a galanes y a jazmines.

Años vendrán, vuelve a decirte esa voz que de repente, con la brisa, se te alebresta en los adentros, como un pájaro recién enjaulado. Miras las hormigas que, en una fila interminable, transportan la tenue verdura de un jazmín de Arabia y fantaseas. Te figuras que así habrá de sucederse, en una larga y segura caravana, el paso de los años. Miras al niño, que ha dejado de llorar, acunado por el vaivén de la hamaca. Años vendrán cuando los nietos y bisnietos de mis hijos serán llamados por el nombre de mi padre, que es el del padre de mi padre y el del padre del padre de mi padre. Esos años que vendrán los veo hormigueando, como si ya fueran pasando: larga, larga procesión de tantos años y más años. A mi niño el más pequeño lo voy meciendo mientras tanto. Mi niño, el más pequeño, el que de pila lleva el nombre de aquel mi hermano que se murió tan pronto de las fiebres, sin dejar de sí ningún varón de su nombre, sin dejar de sí otra cosa que esa niña. Sin dejar otra memoria que la que pudiera o quisiera yo tenerle. Por él miran mis ojos y oyen mis oídos. Amén.

El vaivén de la hamaca es el vaivén de las olas que mecen la Isla. Tener ojos y oídos pero no tener palabras y saber que alguien vendrá un día y pronunciará esas palabras. A ti te ha bastado ver y oír y criar descendencia. Encontrar los nombres de mis hijos, eso supe hacer. Y llamarlos, a cada uno, por su nombre: Juana, la que vino a dejarme Gregorio entre los brazos y a la que nombré como la madre de mi padre, abuela mía, y como esta Isla que llamaron Juana, dicen, y que ya es más mi tierra que la otra de Castilla; María, como la Virgen Santísima y como yo y la madre mía, muerta cuando todavía no crecíamos, cuando Gregorio fue nacido; Diego, llamado por mí como su padre que así uno, por lo menos, debía ser llamado: Diego Sifontes. A todos y cada uno fui poniendo nombre, a ellos y a los que siguieron. A Juan, por mi hermano el mayor, que lleva el nombre del abuelo, el de la Vega de Granada; a Isabel por la reina, que se fue a morir a Arévalo el día mismo en que la abuela, que Isabel de Roxas se llamaba, y fue madrina mía, por sorpresa, antes del debido tiempo, parió a mi madre; a Pedro por el padre nuestro, del que guardo aquella risa y aquel modo de pasearme por la huerta, sentada como en silla en el hueco tan seguro de sus brazos, vigorosos brazos y tan dulces para la nacida en quinto lugar entre sus hijos, tercera de las hijas, que fui yo, mientras revoloteaban de gusto las palomas, palomas que él gustaba de llamar, a cada una, por su nombre, en el palomar de

la huerta de Hortaleza, que fue parte de la dote de mi madre; y a este Gregorio. A este mi pequeño, el más pequeño, el que soñé desde antes de parirlo, mucho antes, envuelto entre lienzos fui a soñarlo, con el rostro de mi hermano y en medio de los dos, de Juan Bautista, el más querido de los que llamo míos, que vino a cuidar de mí en la travesía y a dejarme, como era lo debido, al cuidado de Don Diego mi marido, tantas noches mirándolas conmigo y llamando por su nombre a las estrellas, y de mí. Así lo soñé y aun hoy, de nuevo hoy, porque buen augurio fue, quiero soñarlo. Pedro de la Torre, el padre mío, sabía poner nombre a las palomas, sus palomas. Bautista aprendió, en alta mar, a llamar por su nombre a las estrellas, sus estrellas y las mías. Hacer hijos, seis hijos, supe yo, de la sangre de mi padre y de la sangre de Don Diego y de todos sólo uno recibió, desde la pila, los dos nombres de su padre. Huelen afuera los jazmines. La noche está caliente, demasiado. Ni una rama se mueve. No levanta brisa el río, tan oscuro por las noches, tan callado. Tínima le llaman a ese río. Nombre de indios. Arroyo Manso creo que alguien dio en llamarle, pero nadie ya se acuerda y Tínima le llaman como indios, como ellos. Mi primo y yo yacemos en la cama, en ese sueño que yo sueño, el niño en medio. Cuando duermo en esa cama, cuando sueño, me parece despertar entre las olas, mecida por el viento del océano. Sesenta días, con sus noches, en la mar. Mi primo y yo, y la mar y el viento. Una noche de esas noches vino el sueño. La mar, el viento y las estrellas. Hay cocuyos en el patio. ¿Tú te acuerdas? Yo me acuerdo. Me dijiste: "Mira: mira como vuelan las estrellas." Y me diste una, de regalo. Jugamos a pasarnos los cocuyos, juntas las dos manos. ¡Tantos años en Castilla, sin cocuyos! Dieciséis cumplía yo cuando embarcamos. ¡Tantos sin saber nada de la mar! Había amapolas en los campos, en verano. Brotaban de entre el trigo, en los eriales. Corral y palomar y cien olivos y, en octubre, el mosto del viñedo. Bien que me acuerdo, de corral y palomar y los olivos y el viñedo. Los veranos, las largas temporadas y, una vez que pasaban los calores, la recogida de la uva. De todo eso me acuerdo. Y del verde de los chopos, tierno verde de los chopos cuando les brota la hoja nueva. Pero nunca, en Castilla, noches como ésta. Me acuerdo también de la Cartuja. Yace en su túmulo el rey, yace la reina. Nada en el rostro de él, ni en el de ella, del aspecto descarnado de la muerte sino un sosiego suave, una sonrisa. Sonríen los dos, como Bautista y yo en el sueño. Una leona, a sus pies, a un lebrel amamanta. Sonríen al infante, allí entre ambos, él mismo sonriendo. Así quiero recordarte Gregorio, hermano, que eres en el sueño aquel infante y, a la vez, este hijo mío que llora y se deja mecer para que le ahuyente yo los malos sueños y al que llamé también Gregorio, porque Bautista no había de llamarle. No hemos de volver. Gregorio porque ha muerto. Yo, porque he dado vida a seis más que

me reclaman y que no tienen mis recuerdos. No saben del otoño, ni de bosquecillos dorados, ni de nieve en el invierno. No saben de Castilla. Y yo, aunque me pese, yo ya soy de ellos.

Imaginemos que vuelves en ti, María, apenas, para formular con desgano una orden que tendrías que dirigir a la negra que entró sigilosa, como un gato. Las palabras no salen de tus labios, contagiados por la pereza de la siesta. Musita la negra, con la misma indiferencia, alguna respuesta vaga. Retirando la bandeja con las frutas, vuelve a entrar sin hacer ruido, pero segura de sus gestos. No en balde hay entre ella y tú la cómplice familiaridad de una relación de mando y servidumbre madurada, sobre mucho amor y mucho odio, por demasiados años. Irá halando hacia la ceiba una silla baja que ha sacado de la cocina. Atravesará de nuevo el patio, con el niño en brazos como un trofeo. Y allí, bajo el asiento de Iroko y de la Purísima Concepción, y no sin pedirle antes licencia para pisar su sombra, poderosa y apacible, va a acomodarse para amamantarlo. Yo, que esto imagino y escribo, me llamo Julieta Campos. Me llamo, también, María de la Torre. Tu voz y la mía se confunden. También a nosotras nos envuelve la neblina.

Los caprichos de la Providencia
Carrión, antes Santa María de la Victoria, junio de 1490

Imaginemos. Sigamos escuchando. En la neblina, todos los tiempos coinciden. También tú como yo, María, tienes más recuerdos que si hubieras cumplido mil años. Los recuerdos de tu padre y de tu madre. Los recuerdos de tu abuelo. Pedro, el padre. Juan, el abuelo. Es hora de que aparezca, pues, Juan de la Torre. Se abre paso en la neblina. Es joven. Muy joven. Todavía no sabe que será tu abuelo. Todavía no se oculta la luna ni se insinúa el amanecer. Juan de la Torre monta un rocín nuevo. Va al destierro. Parte a Granada. La casa de su nacimiento y de los primeros veinte de sus años quiere retenerlo. Le hace señas silenciosas desde la mirada húmeda de una mujer madura. Dime, María, cómo se llama. ¿Constanza? Inmóvil y muda la mujer, en el umbral de la cocina que se entrevé desde el huerto. Un fuego apacible arde adentro, oloroso a bayas y a resinas dulces. El corazón de Juan y el de la casa son uno: abierto en dos y desgarrado.

Afuera lo reclama, enigmática, la historia de su vida. Una vida que otra voluntad, no la suya, le ha trazado: el destino ha elegido por él. Anclada en el umbral de sus dominios, esbozando sin quererlo esa tenue sonrisa que él tan bien le conoce, la madre se parece a la señora Santa Ana, la del tríptico de Santa María del Camino. Escucha Juan el susurro del silencio. En un rincón mullido del corazón magullado se le derraman unas cuantas palabras, como bálsamo: “La constancia será tu lema y éste ha de ser tu refugio”. Hace un lento, demasiado lento, ademán de despedida, como si la escena ya flotara en el recuerdo. La escena, lo sugiero yo, flota en la neblina. Para siempre jamás Juan, envuelto en un halo de luz. Envuelto en el calor de la cocina. Envuelto en el calor de la madre. Envuelto en el chal de lana áspera, gualda como el manto de la madre de la Virgen. Envuelto en la protección del escapulario que trae pendiente del cuello.

Juan sabe que no puede ablandarse. Más le vale responder al llamado del camino y de la guerra. Cien doncellas se le aparecen en la madrugada somnolienta. Cien doncellas, más de treinta toros bravos, el rey Mauregato y el moro Miramolín. Un aroma acre, de baldosas húmedas, se apodera del patio. Desplaza al perfume dulzón y cobijante. Como una ráfaga helada, entra la certidumbre de que algo no volverá a repetirse. Una certidumbre que lo arroja, sin abrigo, a la intemperie del camino. ¡Cuán lejos queda Granada! ¡Cuántas llanuras inhóspitas le esperan! ¡Cuántos rebaños ajenos entre Carrión y el Real de los reyes de Castilla!

Otra escena irrumpe. Juan maldice. Ese hombre que yace a sus pies, muerto de una estocada, ya no se moverá nunca. No se lo propuso. Tampoco tembló, ni dudó ni vaciló: representó un papel. Un mandato ancestral le ordenó responder, con venganza, al agravio. Sólo la intervención divina habría podido evitarlo. La Providencia no intervino. Intervino el destino. No hubo palabras. Un grito y los sollozos de la hermana pálida: encendidas las mejillas, azulísimos los ojos que cruzaron, con los suyos, un reproche más artero que el agravio vengado. Tan niña todavía, tan mujer ya. Abrazada al intruso la pequeña leona, la hermanita. La más próxima. La de tantos juegos bruscos y cabalgatas osadas. Más le vale responder al llamado del camino. Más le vale olvidar. Como olvidó, esa noche, que los yerros por amor dignos son de perdón.

"Codiciaba la honra el mozo": con orgullo lo oyó decir en la calle. De eso se precia. De no haberla extraviado en la estancia de la hermana, maltrecha y mancillada. ¿Mozo? Hombre hecho. Como buen hijo de hidalgo a quien la muerte, para ponerlo a prueba, se le ha atravesado demasiado temprano en el camino. El fuero estuvo ahí, para protegerlo de la justicia. La mirada del padre, cargada de orgullo y de respeto, para desembarazarlo de culpa. Nunca se preció tanto Juan de la Torre de haber nacido de Alonso González, el Viejo. Sí que marchará al reducto de los moros. ¿No lo hace Santiago, cien veces cada día? A cobrar vidas de infieles, pues. Por la que le tocó sesgar, en flor, del joven caballero, tan osado.

La mano siniestra debe estar junto al corazón, que empieza a fatigarse. Debe tentar la lisura fría de una concha de plata. Junto al corazón, demasiado joven para zozobras tales. Demasiado joven para la muerte. Demasiado generoso para regocijarse en muertes ajenas. La concha de Santiago, por supuesto. En la oscuridad de la escalera, esa madrugada, entre ambas manos se la ha entregado Alonso. Como si fe y defensa de la honra le entregara, junto con el signo de la cruz sobre la frente. Bendecida entre sudores de peregrinos y vapores de botafumeiro. Bendita en Galicia, a donde marchó a pie, sin pena que cumplir como él, sino promesa, el buen Alonso González de la Torre, hidalgo de Carrión, su padre.

Campus Stellae, Compostela, campo de estrellas, ruta jacobea. Sobre el recinto amurallado de la villa señorial, cuna de infantes, solar de reyes, brillan como nunca las preciosas luminarias que indican el camino de Santiago. Tu abuelo, María, tiene veinte años. Se siente elegido. Por el Señor y por Santiago. Es un privilegio amanecer con el mandato de partir al destierro, una madrugada diáfana del mes de junio de 1490. Imaginándose Pelayo. En medio de un bosque de robles. Descubriendo la luz del lucero que le mostrará la tumba del apóstol. Hacia Santiago querría trotar sobre Lucero, gozoso de sentir

sobre el lomo el peso del amo, cabalgándolo. Y luego Finisterre, el borde mismo de la tierra. Y él y su fiel cabalgadura mirando amanecer desde la arena. Y él hurgando y recogiendo tantísimas conchas bautizadas por la mar. ¡Oh, la mar! ¡Cuántos sentimientos agolpados en medio del patio, en el austero solar castellano, tan cerca de la plaza, tan cerca de la iglesia de Santiago! ¡Cuántas promesas formuladas! ¡Cuánta devoción, cuánto confuso amor, cuantos sueños arremolinados!

Al caer la tarde, antes de ponerse el sol prolongado de junio, deja que Lucero lo conduzca a su antojo por el camino que, desde la plaza, desciende hasta cruzar la muralla, hacia el río Carrión y el monasterio. Hacia San Zoilo. Refugio de peregrinos, panteón de los infantes. En la llanura ya, en la vega, el convento hospitalario, y sus eriales y sus huertos, a la ribera izquierda del río. Detrás, en el altozano, la ciudad dibujada como un cuadro. Cabalgando a Lucero se ha despedido, cayendo la tarde, de viejos amigos. Ha dicho hasta pronto al maestro de obras, al alfarero, al esquilador y al zapatero: trescientos años llevan de ejercer sus oficios, a lado y lado del portón de la iglesia de Santiago. Sobre el pórtico, rodeado de apóstoles, un Cristo en Majestad.

El preámbulo ha sido demasiado largo. Ya Martín Díaz, el mozo, puede retirar las trancas del portón del patio. La escena, hasta ahora en suspenso, se moviliza. El ritmo es lento. El caballo de Juan se impacienta. El jamelgo del sirviente y la mula, cargando brevísimo equipaje y armas, no tienen prisa. Toman la calle de San Bartolomé, cruzan la plaza y pasan frente a Santiago, para alcanzar Santa María, de la Victoria y del Camino, y el solar del marqués de Santillana. Luego, por la salida de San Millán, rumbo a Palencia, se divisan San Francisco y Santa Clara. Juan se encomienda, sin duda, a la Piedad que vela, desde allí, sobre la villa. Tú y yo, María, los vemos marchar. Llevando siempre, al lado diestro, la ribera del río. Habiendo dejado atrás la muralla. Cuando clarea ya el día Juan de la Torre, con su criado y su mula, toma el camino de Villalcázar. Se despide por una sola vez y para siempre, aunque tampoco lo sabe, de la villa buena y rica que lo vio nacer. Villa industriosa. Rica en pan, en carne, en vino. Villa pródiga, por añadidura, en solares de buenos hijosdalgo. “Y también de torvos infanzones”. Es él quien me corrige: “No te olvides de los aviesos yernos que le tocaron al Cid”. Eso me dice.

Juan de la Torre, saliendo para siempre de Carrión, solo con su destino. ¿Qué te parece, María? Aliviado de pasadas afrentas y futuras añoranzas. Joven jinete. Descubriendo el placer de cabalgar sobre los siglos. Divisando sobre el hombro la muralla, ciñendo al altozano y ya empequeñecida, a la distancia, la silueta de San Zoilo. “No se llame señor quien en tierra de Campos no tenga terrón”, canturrea de seguro

el criado, aunque no alcancemos a oírlo. El hidalgo, en este punto y hora, hace otro descubrimiento. ¡Qué alto y qué azul es, sobre Carrión, el cielo de Castilla! Por años sin cuento lo han abarcado, con la mirada, sus abuelos. El Señor lo conservará para sus hijos, y los hijos de sus hijos. Porque se engaña y cree que, tal como hoy se despide, ha de tornar de Granada.

Muy lejos, hacia el norte, quedan la cordillera cantábrica, que sólo ha visitado en sueños, y la mar que a veces, también, suele aparecérsele. Enfrente se abre, vasta y luminosa, una planicie de mieses. Por allí muy cerca, pasando el verdor arbolado de Villoldo, cruzando el río Carrión, en Paredes de Nava, un poeta de noble cuna ha puesto en coplas, hace años, un visionario espejismo que Juan, melancólico, hace suyo esta madrugada leve: *La vida son los ríos que van a dar a la mar…* Volteando hacia San Zoilo lo atrapa en la nostalgia, esta mañana de hallazgos, el cancionero de Fray Sindulfo. La escena se extingue.

Un lugar bien guarnecido
A la vista de Toledo, 25 de abril de 1492

Imaginemos un 25 de abril, día de San Marcos. Después de veintitantas jornadas, mira Juan de la Torre, a la distancia, el dorado resplandor de Toledo. Dos años hace que partió de Carrión, próximas las fiestas de su santo. En pueblos del camino, en días prolongados de sol brillante, pasó de largo a cobradores de diezmos y criados de señores contratando gañanes, entre hogueras de San Juan y aguas derramadas por doquier para alejar espíritus malignos. Signos de buen augurio lo guiaban: salir con San Juan y llegar con Santiago. Porque en la fiesta del señor Santiago llegó a Granada, protegido por el apóstol guerrero, santo de hidalgos. Dios, por ventura, está en todas partes y no hay que afanarse demasiado para leer, en cada uno de sus días, los signos de la Providencia. Cuarenta jornadas cabalgando, entre Carrión y Granada, el verano tórrido de 1490.

Se perfila, entre la neblina, reposando a la sombra de un roble, a la vuelta de dos años y el día de San Marcos. Martín le dispone almuerzo magro: chorizo, pan y algo de vino. Las perdices que han cobrado las reserva para que las aderecen bien aderezadas, y en buena plata y manteles se las sirvan, en una posada, cuyos primores en suculentos guisos le han ponderado en Sevilla. Armado caballero en Granada, es tiempo de hacer cuentas. Es hora de repasar recuerdos. De rebobinar, te dices, la primera travesía de su vida.

Entre que vela y se adormece, trepa, en Palencia, la torre de San Miguel, cruza Baños de Cerrato, a orillas del Pisuerga, y trota a buen paso al Monasterio de La Trapa y de ahí a Dueñas, para alcanzar Valladolid, donde aún quedan revoloteos de velaciones reales. Lo espera la villa que vio nacer los días de su madre.

A dos años y tantas emociones de distancia reaparece Cuéllar. Holgada Cuéllar, en su señorío de casas sólidas, en su buena piedra y su herrería austera, en tantos y tantos blasones que ostentan el nombre de sus dueños. Un techo hospitalario y una mesa bien provista lo esperan. Por algo los Roxas son parientes de Constanza Vázquez. Un mozuelo de diez años, el benjamín de la familia, te acosa a preguntas. Le dices que no es mucho, todavía, lo que tienes que contar. Manuel, te dice, se llama. El vinillo que te sirve Martín te devuelve, en la nostalgia, melones y rodajas de naranja, higos, melocotones y membrillos, albérchigos, peras bergamotas, cerezas y guindas, uvas moscatel y albaricoques, cuajadas y requesones, quesos de oveja, natillas y, entre fruta y confituras, gallinas, perdices, pichones,

truchas, caracoles, escabeche de sardinas y un cordero. ¿Exagero? ¿Hubo todo eso? Juan de la Torre jura que sí lo hubo. Y jura que en el frescor de la mañana y a la vista de Toledo, esparcido por la brisa del río, se cuela el sabroso humillo de huesos de aceituna que despide, en medio de una sala de Cuéllar, un bracero de plata. ¿Te parece, María? "… en deviendo correr moros por la Vega de Granada…" se dice entonces, sonriendo, porque atrás han quedado, para siempre, los moros y la guerra … *en deviendo correr moros por la Vega de Granada* no halló más remanso, en verdad, que el de una que otra morilla y cinco o seis mozas cristianas. ¿Es entonces que saca el pergamino? ¿Es entonces que descifra la meticulosa grafía de Antonio del Rincón?

Es entonces. Mirando Toledo desde la neblina. El escribano del rey le cuenta, para que lo disfrute, uno de los días más felices de su vida. Un sábado soleado. Un 18 de junio. A mil cuatrocientos y noventa y un años del nacimiento de nuestro señor Jesucristo. Está el rey, viendo cómo traen a mostrarle tantísimos moros cautivos y cómo los cristianos se jactan de sus victorias. Está el rey, de talante muy placentero y alegre. El Real se asienta en Ojos de Guesca, donde mandó edificar Su Alteza la villa de Santa Fe. Cerca del Guadalquivir, por donde baja de la Sierra Nevada. Ha escogido esa mañana, para solazarse, una rambla pequeña, dispuesta entre las frondas como a propósito para recibir y recrear a visitantes reales. Juan de la Torre, pagador de la gente, armado a punto de guerra sobre su caballo, se le acerca.

Hace una pausa Juan en la lectura. Cierra los ojos. Cabalga Castilla. Entre mieses y amapolas. Tan amarilla y tan encarnada. Tan recorrida por aguajes y riachuelos. Entre horizontes sin límites. Entre ceñidos caminillos y veredas alineadas de rubios y esbeltos chopos, en el sopor de un verano transitado por rebaños trashumantes subiéndose a los altos, por hidalgos distraídos y curas solitarios, por buhoneros y lazarillos con sus ciegos de la mano, por juglares vagabundos y labriegos y vaqueros y pastores. ¡Cuánta vida guarda en sus alforjas a cuenta de la muerte que por doquier, agazapada, anduvo cazándolo! Sin olvidar, por supuesto, que la vida presto muere y la honra mucho dura.

"…e dixo a Su Alteza, como ya lo sabía, de la victoria que a Dios Nuestro Señor le había placido de dar aquel día a los cristianos, y que él había sido uno de ellos y que se había visto aquel día en mucho peligro, y que había desbaratado muchos moros y que otros muchos servicios le había prestado en el tiempo en que había andado al servicio de Su Alteza…" Quiere Juan continuar en dicha guerra. Pero, si en ella muriese, quiere honra para los que ni siquiera han nacido. ¿Ya ves, María? No sabe que será tu abuelo y ya piensa en ti.

Se detiene a cada rato en la lectura. Muerde la hogaza, saborea el

chorizo, se remoja la garganta. Andanzas van y vienen: farsas y milagros en los atrios, sermones de algún religioso itinerante, coplas de una mozuela entrada en carnes, sueños mal dormidos en las ventas, sin cama ni paja, extendida la capa sobre algún leño áspero. Y Martín con la boca abierta, deslumbrado, oyéndolo describir horizontes opulentos, el vasto ondular de los trigales, las peñas y angosturas, los collados y espolones, las abruptas serranías, los pinares, robledales y encinales, torreones y altas torres, ermitas y castillos remontados, santuarios, iglesias sin cuento, hoscos murallones. Todo ello flotando, levitando, en el esplendor de un sol que va creciendo, que arde en flamas, sin querer extinguirse, despiadado. ¿El sol de Cuba, María? No, no, el sol de Castilla.

Mirándolo atardecer ya, mieloso, sobre Toledo vuelve sobre aquello de "los que quedasen y viniesen tras de él", y le comunica a Martín que no tardarán en aparecer sus descendientes. Para eso se traerá de Sevilla a Juana de Heredia, hija de pecheros pero hermosa y lozana, sobrina del mesonero en cuya posada recalarán en Toledo. El joven caballero tiene la vida por delante. Una vida con derrotero.

La lectura, con razón, lo deleita: "[…] e tomó en su mano real una espada, la que le dio desnuda y fuera de la vaina Don Luis Puerto Carrero, señor de Palma, e dio con ella al dicho Juan de la Torre en armadura y capacete, que en su cabeza y a la sazón tenía, e díjole, Dios mío, nuestro Señor y el Apóstol Santiago te hagan buen caballero." Honras, gracias, mercedes, franquicias, preeminencias, libertades, exenciones, prerrogativas, inmunidades y todas las otras cosas, y cada una de ellas, que en razón de dicha caballería deben ser guardadas, serán suyas. Por tantas mercedes valió la pena, ¿cómo no?, besar las manos del señor rey. ¿Los testigos? Nada menos que don Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla; don Enrique Enríquez, mayordomo mayor del rey; Rodrigo de Ulloa, su condestable; Don Luis Puerto Carrero, señor de Palma …El mismísimo, Martín, del romance que bien conoces: *Cercada está San Fe con mucho lienzo encerado, al derredor muchas tiendas de seda, oro y brocado… El moro viene vestido de blanco, azul y encarnado… y una lanza con dos hierros de acero muy bien templado… salga ese Portocarrero, señor de Palma nombrado…* Con gesto pomposo se destoca en este punto el flamante caballero, para llevarse el birrete al pecho y recalcar: "…y don Sancho de Castilla, ayo del dicho señor príncipe."

Entramados y corrales, voladizos, soportales umbrosos, callejuelas empinadas, arados y trillos y campos de cereales acuden en tropel a hacer compañía, en el entusiasmo de amo y criado, a collados y torreones, iglesias y castillos remontados, mientras el ladrillo cobrizo, recubierto de ocre, de Toledo, tan opaco de mañana, irradia, al avanzar el día hacia su ocaso, un misterioso resplandor dorado. El

joven hidalgo de Carrión, armado caballero en la vega de Granada, se queda serio de repente y, de un gesto imperioso, hace callar al criado. Otra escena se intercala: Él, desfilando entre la tropa detrás del rey y la reina, confundido entre hidalgos anónimos y valientes capitanes, haciendo balance de penas y de glorias, sobre todo la de llegar con vida a un día tan memorable, segundo del año venturoso de nuestro Señor Jesucristo de mil cuatrocientos noventa y dos. La de cabalgar las angostas callejuelas aledañas. La de ir atravesando con fatiga y arrogancia, incredulidad y azoro y deslumbramiento mucho, las puertas del alcázar. Vuelve a leer, para que podamos escucharlo, en alta voz:

"…por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Córdova, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, conde de Barcelona, señor de Molina, duque de Atenas e de neopatria, conde de Rosellón e de Cerdeña, marqués de Oristán e de Gociano…" Se le llena la boca. ¿Qué mejores credenciales para echarse a andar por la vida? El acreedor de títulos tan sonados le reconoce al dicho Juan de la Torre, oscuro vecino de Carrión, los muchos y buenos servicios que a su persona ha hecho en la guerra de los moros, enemigos de la Santa Fe Católica, y en las tomas, cercos y combates de Almería y de Guadix.

¡Cuánto ruido, escaramuzas, fragores, mudanzas y avatares trajo aún la guerra en largos seis meses, con sus días, que hubieron de pasar entre el sábado aquel de junio cuando ocasión tan venturosa se le dio al hidalgo —habiendo salido el rey, y la reina y el serenísimo don Juan, su primogénito y la infanta doña Juana, y muchos grandes caballeros de sus reinos; habiendo salido a ver la tala real que el dicho rey había mandado hacer en las viñas de la dicha ciudad de Granada y sus aldeas— y la gélida mañana de enero en que, como si un mundo nuevo se abriera, cruzaron todos juntos y revueltos las puertas del Albaicín y los umbrales de la Alhambra!

Notorios beneficios va a gozar tu amo, Martín, y tú por ende, por lo que te toque, en la villa de Carrión y en todas las otras ciudades, villas y lugares de los reinos. Armado caballero, ningún pago podrán exigirle, está claro. Ni de cajas concejiles ni de cajas reales. A salvo quedan su persona y sus bienes de daños y desaguisados. Portará armas y mantendrá caballo: requisito es para gozar de las libertades y exenciones que trae consigo la caballería. Derechos y deberes no se extinguirán con él. Habrán de ejercerlos y cumplirlos, por generaciones, los de su sangre.

Merced del rey a todos compromete: al príncipe don Juan, muy caro y muy amado hijo; a las infantas, duques, prelados, ricos homes, maestros de las órdenes prioras, comendadores y subcomendadores,

alcaides de los castillos y casas fuertes y llanas, a los miembros del concejo y oidores de la audiencia, alcaldes y otros justicias cualesquiera de la casa y corte y chancillería y, por ende, a todos los concejales, corregidores, caballeros, escuderos y oficiales y hombres buenos. Cumplidas, con creces, las pruebas que el Señor le ha puesto en el camino, Juan siente que vuelve a nacer. Ha pasado por un ritual de iniciación. La certidumbre lo invade: una autoridad apostólica sanciona el orden superior de las cosas. En ese orden justiciero a él, pequeño hidalgo de Carrión, reciente caballero, le toca un lugar bien guarnecido.

Sería bueno, Juan, que en este momento, a la vista de Toledo, pusieras un orden íntimo en el tumulto de imágenes y voces castellanas, y moras y judías, los relinchos de caballos, melodías y plegarias, caricias, golpes de mandoble, rasgueo de guitarras, endechas, romances, canciones, rumor de olas, estruendo de arcabuces y cañones, pregones y letanías, el jolgorio de ciertas noches y el silencio de otras tardes, el perfume de jazmines, predicciones y promesas, amenazas, lamentos, carcajadas y lágrimas, aullidos de lobos, y tanto miedo a la muerte y placer tanto, y el frío de las noches granadinas y el calor del mediodía castellano. Pero los párpados te pesan. Metes la mano en el jubón para dejar a buen resguardo, junto al corazón y la concha de Santiago, lo que será en adelante escudo y talismán y galardón y, acaso llegado el día, ¿por qué no?, el mejor florón de tu mortaja: tu carta de caballería. Que en 1990 se conserve en Simancas es una verdadera fortuna para mí, que entraré en la historia dentro de más de cuatro siglos, y sólo para dar cuenta.

Et vidi coelum novum et terram novam, te insinúa todavía cierta voz desconocida que en la memoria confusa se te cuela y que, para formular augurios, hasta en latín versa. Entrando a un jardín de delicias, entre interminables olivares, siguiendo el mismísimo camino que de Granada te condujo a Jaén, y de allí a Ciudad Real y, entre espejismos de agua y viento de molinos, a Tomelloso y Argamasilla de Alba, El Toboso y Campo de Criptana, y otros pueblillos vetustos de la planicie de La Mancha, sientes que el mar de Finisterre te lame los pies como un lebrel amoroso. Yo, que por algo me encuentro aquí a tu lado, dentro de la neblina, me atrevo a sugerirlo: Juan de la Torre se ha quedado dormido. Dejémoslo que duerma.

Con Pedro, recién nacido, en la cuna
Madrid, entre el verano de 1512 y el de 1525

Treinta años cumples cuando los cuatrocientos concluyen y principian los quinientos. Un lance de honra y una guerra han marcado en tu vida el tránsito de las mocedades a la hombría, en un abigarrado sucederse de violencias y dulzuras, de hazañas sonadas, casi siempre ajenas, y de venturas calladas, casi siempre propias. No te dará el afán de gloria ni la codicia de fortuna para arriesgar en el océano, en pasar a Indias, la moderada pero placentera holgura que tus heredades, hijos y mujer te dispensan. ¿Me perdonarás, Juan, que te tutee? Topar contigo ha sido, para mí, un deleite.

Tierras tienes, no en demasía, pero sí las suficientes para descansar en ellas. Te dan para comer sin escaseces y para pagar a labriegos honrados que sepan trabajarla. Como hombre amoroso que eres, de sosiego y talante reposado, sin ambiciones desmedidas, dado a disfrutar en paz de tus olivos, viñas y pastos, sueles repetirte que más vale un solo pájaro en mano que un ciento volando. Sin el campo no puedes pasarte. Entre Aravaca y Alcobendas, para vigilar de cerca lo que es tuyo, te recreas en largas temporadas. Luego te place volver a Madrid y a su ajetreo, para encontrarte en la Plaza del Arrabal, donde la calle de Atocha se cruza con la de Toledo, a dos pasos de tu casa, con conocidos y amigos que te mantienen al tanto de cuanto ocurre en la villa, en el reino y hasta en las mentadas Indias donde, quién más quién menos, tiene parientes o allegados. Salir a estirar las piernas cada tarde, después de la siesta, alternando la caminata con dos o tres vasos de vino en algún mesón, terminando ya muy noche el diario paseo, te basta para matar el tiempo.

Veo que allí se ha avecindado Alonso, tu padre, a poco de morir Constanza Vázquez sin alcanzar a ver de nuevo a quien, penando una culpa y cumpliendo deber de hidalguía, partió a Granada. A ti, su hijo. Rentadas las tierras de Carrión, por evitar el ríspido trato con los deudos del doncel muerto, puso a trabajar las heredades de Constanza que, en las cercanías de Madrid, quedaron tantos años en manos de medieros. Cerca de la parroquia de la Santa Cruz, donde a Juana y a ti, Juan, habrán de velarlos, ha comprado el viejo Alonso una vivienda en la Calle Mayor para hacer, con la hija y el hijo más mozo, hogar nuevo. ¿Me equivoco?

Sitio de paso y estancia esporádica de reyes en siglos de tozudo batallar por ganar tierras de moros, es Madrid en estos días un añadido desordenado de barriadas y arrabales, plazuelas, monasterios

y conventos, que en la estrechez y sinuosidad de las calles siguen llevando el sello, al comenzar los quinientos, de la antigua medina que rodeó un día los muros para defender la alcazaba. Entre la Puerta de Santo Domingo, la del Sol, la de Vallecas y la de Moros, poco más de diez iglesias congregan a varios miles de parroquianos, separados apenas por un breve cercado de las frondosas huertas de duraznos y granados, ciruelos, albaricoques, perales y membrillos, más hortalizas de toda índole, que por centurias han sembrado y cosechado labradores mudéjares, asimilados luego a heredades de cristianos, y de los bosques, cada vez más mermados, que se han ido poblando, volviéndose arrabales.

En esta villa que crece paso a paso irán sumándose en añoranzas tus años, Juan, y los de Juana. Ella, por su ciudad natal abierta al río, a los jardines y a los patios, tan preferible a la aglomeración encerrada y escueta que da la espalda a un triste arroyuelo llamado Manzanares, sin resignarse a trocar sus amados, largos y joviales veranos meridionales por el enervante verano de Castilla, asediado por los ásperos vientos del otoño y los hostiles fríos invernales que descienden de la sierra. Tú, porque el episodio de Granada te dio a probar el sabor del riesgo y la aventura y, aunque muy de cuando en cuando, esa apetencia vuelve a tentarte. Para Juana, Sevilla es un sinfín de agasajos familiares. Para ti, Juan, es asomarte otra vez al mundo y otear lo desconocido, aunque a resguardo. Más próspera cada día, más llena de portugueses y genoveses y vascos y más atareada con marinos y mercaderes que van y vienen entre los mares del norte y los puertos del Mediterráneo, llevando cordobanes, vino y aceite, malvasía, trigo y garbanzos, vidrios y azulejos, platería y armas y trayendo tejidos de Flandes, fierro y latón de Inglaterra, especies de la India, algodón de Siria, hilo de oro del Levante, muselinas, sedas y terciopelos de Italia. Porque es un emporio Sevilla, donde el mundo entero se vuelca y las imprentas no se dan abasto para fabricar mapas por docenas, rosarios de Nuestra Señora, canciones y rimas por cientos de resmas, e indulgencias por millares.

No hay quien no se ocupe allí en cosas de Indias, aunque pocos han ido, de veras, a andar en ellas. Aún no se publican las cartas de Pedro Mártir y ya corren de boca en boca, salpicadas de fantasía andaluza, noticias de las islas nuevas aderezadas con versiones grandiosas de los sueños del Almirante y anuncios del encuentro providencial, en algún prodigioso paraje, entre el cielo del Señor y la abigarrada tierra de los humanos.

No me cuesta imaginarme cómo, caminando a la vera del río esta mañana de junio de 1512, vuelves a contarle a Juana, por enésima vez, cuánto aprendiste en la turbulencia de tus veinte años, de cabalgar y guerrear y merecer favores reales. Ella te pregunta por la

mar. Tú respondes “Es un milagro: las nubes, en la mar, se besan con las olas. Pero el mismo día que la vi supe que no habría de ser para mí.” La viste en Cádiz, en enero. En abril, Colón se echó a navegarla, desde Palos. Pero aquel día de enero… “¡Hubieras visto lo que era el puerto aquel día!… Eran docenas, cientos, los que buscaban acomodo en alguna de las naos, que había muchísimas, y no lo encontraban. No alcanzaban las naos y se les acababa el plazo y tenían que marcharse. Por fuerza tenían que marcharse. Se me apretó el corazón. ¡Cuánta congoja, Dios mío! ¡Cuántas mujeres, y niños, y ancianos y hombres en todo su vigor, lozanos! ¡Cuántos judíos, Madre Nuestra, dejando suelos, querencias, casas…!” Y todo ello, decían, por la mayor gloria del Señor. Fue cuando supiste llegada la hora de volverte a casa. ¿Acaso alguna pesadumbre más gravosa puede imaginarse que esa del destierro? ¿Y no serán acaso el destierro, también, esas Indias mentadas? ¡Cuánto se revolvió todo, desde entonces y a partir de aquel año! ¡Con qué prisa los años, uno tras otro, se fueron precipitando como si el siglo, mucho antes de su tiempo, se empeñara en acabarse!

Y en eso, entre calores y entuertos se te muere en Hortaleza, una noche del verano de 1515, Juana de Heredia. Como si lo estuviera viendo. La más brillante de las estrellas se ha hecho visible en el piélago nocturno: la canícula está en su punto más álgido ese doce de agosto, cuando salen tú y ella a despedir a Isabel y Andrés, los más queridos amigos, que también pasan en el campo la temporada sofocante del verano madrileño. Cuando Juana te despierta, bañadas en agua las piernas y con dolores cruentos, empieza a cantar el gallo. Saldrás en busca de la comadrona que tardará en alistarse y apenas llegará a tiempo para cortar el cordón, lavar al recién nacido y hacerle beber a ella una infusión de hojas de limón. Amanece cuando Juana empieza a conciliar un sueño ligero. Te recuestas un rato, antes de ir a darte una vuelta a casa de los compadres para darles la buena nueva: ha nacido un varón rozagante, con el color de la sangre a flor de piel. “Va a heredar lo mío”, les has comunicado con satisfacción, y celebran con varios vasos de vino mientras comparten el almuerzo y suena la campana del mediodía. Cuando, a eso de las tres, regresas a casa, sabes que Juana ha tenido escalofríos, se ha negado a comer y está muy sedienta. Serán las cinco más o menos cuando mandas de nuevo por la matrona.

Le bastará a la vieja levantar la sábana para que un olor de podredumbre le dé cuenta de la gravedad, aun antes de escuchar cómo se queja. “Son entuertos”, te avisa, añadiendo que de seguro le carcomen los retortijones el vientre inflado. Pide hierbas. Ordenas que vayan de prisa a casa de Rodrigo de Zarzas, que su mujer siempre las tiene, para proveer las adecuadas. No sabes qué hacer con la congoja.

No toleras el hedor dentro de la alcoba y acabas por salirte al huerto, sin disimular el sollozo, mientras la vieja Lorenza hace que le acerquen una lámpara de aceite y levanta el ropón para lavarle a la parturienta, entre las piernas, un amasijo sanguinolento. Alcanzas a tomarle la mano, ardiendo entre las tuyas y no quieres comprobar lo amoratado de las piernas. Te basta palparle la cara encendida, como si estuviera a punto de brotar la sangre. Irán a decirte en el huerto, donde te entristeces con el atardecer bajo una higuera, que ha bebido dos o tres tragos de una infusión y, casi sin tregua, que las calenturas la abrasan. Sale Isabel a buscarte para que acudas, que la enferma te procura y ya ha hecho venir al cura, que ahí está aguardando. Entras, Juan, en la alcoba. Te avergüenzas de que el olor agrio y denso te perturbe tanto. Será la última vez que le tomes la mano, intentando distinguir lo que, con palabras deshilvanadas y apenas audibles, ella pretende transmitirte. Sevilla y Cádiz, las atarazanas y la mar y el sol poniéndose… Entra el cura. Le oyes decir: *Ego te absolvo*… No estarás presente cuando el cuerpo entero se le sacuda como si el mal quisiera salírsele de adentro pero, luego te lo dirán, de pronto se quedó muy en paz. Medio dormitas en la banca de la huerta cuando tienes un sobresalto y corres al aposento, maldiciendo a la comadrona que ronca en una silla junto a la puerta. A Juana la encuentras con los ojos muy abiertos, mirando al techo. Andrés e Isabel se han ido. El niño llora y la nodriza lo ha tomado en brazos. No hay duda de que rebosa salud y apetito. Se llamará Pedro, como el que está recibiendo de seguro, allá arriba, el alma de la madre.

Ya sé que la amistad con Isabel de Roxas y Andrés de Madrid viene del parentesco, lejano, entre el padre de Isabel y la madre de Constanza Vázquez, ese parentesco que te llevó a Cuéllar un día de junio de 1490. Día tras día, año tras año, después que fue a dejarte Juana de Heredia tan desarmado como jamás lo habías estado, con Pedro recién nacido en la cuna y la muerte en el alma, descansarás más y más en los amigos fraternos, en ella sobre todo, que tanto te ayudará a suplir los cuidados de la madre. Veladas enteras pasan juntos, que empiezan en la plaza y se prolongan al lado del fuego, tostando castañas cuando lo amerita el frío o, si hace calor y se refugian en el frescor de Hortaleza, comiendo higos verdes y hablando y hablando, con la curiosidad de los hijos pendiente del parloteo interminable.

Que Manuel y Juan de Roxas, con otros caballeros procedentes de Cuéllar, encabezados todos por Diego Velázquez, con quien Manuel ha emparentado, hayan dado en echar raíces en Indias, y de allí en mandar por parientes capaces, que ayuden a hacer más juiciosas y habitables aquellas lejanías, te parece empeñoso y meritorio, tratándose de servir al rey y, de paso, acrecentar honra. Celebras pues,

con Isabel y con Andrés, que marchen a Cuba Francisco de Madrid Sotolongo, el notario, y Juan, el cirujano, a quienes tus amigos confían a dos hijos todavía muy mancebos, Diego y Alonso.

Ya no parten, precisamente, al encuentro de lo desconocido, pero las fronteras de la cristiandad siguen avanzando día con día más y más allá. Algo aficionado a las novelas de caballería, no dejas de envidiar a quienes, por el solo hecho de estar ausentes en Indias, pueden tropezarse de manos a boca, en cualquier momento, con prodigios que harían palidecer a dragones y otros engendros de encantamiento propios del Viejo Mundo. "Recordad lo que enseñó Isidoro de Sevilla y no dejéis de buscar el Árbol, y la fuente de los cuatro ríos. ¿Quién sabe si no os espera el mismísimo Paraíso?", les has dicho de seguro, a guisa de despedida y entre bromas y veras, a esos mancebos a punto de exponerse a las sorpresas que atesora el océano. Luego te has dedicado, ¿o acaso no?, a tranquilizar a Isabel: "Todo lo demás son consejas y engañifas: no vayáis a creer que andan por allí criaturas de un solo ojo, o enanos descabezados, o gigantes con cabeza de perro." Nada de eso. Pero, ¿acaso no vale la pena darse a buscar la eterna primavera o la juventud sin término? Uno que acompañó al Almirante te lo aseguró: ¡un hombre alcanzó a divisar, en Indias, mil setecientas veces la luna llena! Mujeres de cabelleras larguísimas se esconden en la mar por el día y de noche rondan las islas y los salvajes exhiben sin vergüenza alguna sus desnudeces, como Adán y Eva antes de morder la manzana, y no es por malicia sino por inocencia que lo hacen. A lo que pudo acotar Andrés: "He oído decir que, ya evangelizados, hacen mejores siervos que cualquier africano."

Llegarán cartas. Primero, de Salvatierra de la Sabana; luego, de Santiago y de Bayamo. Una nueva geografía los seduce a la distancia. Sí, me refiero a ustedes, los que se han quedado en Castilla. Francisco de Madrid, y Juan, y los sobrinos Diego y Alonso hablan de Cuba. A la Isla grande pasaron los Roxas, con Velázquez y trescientos españoles más o menos, no pocos servidores indios y uno que otro esclavo negro, con afán de explorarla, ante la promesa de que hallarían oro en abundancia. No cesan de encomiar el frescor de aquella isla, tan favorablemente puesta en una encrucijada de vientos propicios, sin comparación con la tórrida Hispaniola.

A Madrid se trasladan pues, en cartas que casi siempre se deben a Francisco el escribano, con las debidos protestas de cuñados, hermano y sobrinos de cuánto quieren a los ausentes en España y cuántos bienes les desean, las húmedas florestas de caobas y de cedros, los muchísimos afluentes de ríos que riegan frondas y vegas, los caimitos y las guanábanas, las piñas y las pitahayas, las guayabas olorosas, los ajes y las yahubias; los poblados con sus caneyes, bohíos y conucos; las jícaras y los cocuyeros; el casabe y el ajiaco; los novísimos sabores

de la tortuga verde, el manatí, la jutía y la iguana; el humo del tabaco; el encarnado, el azul y el amarillo de los papagayos y el verde esmeralda de loros y cotorras: más prodigioso y sorprendente todo ello porque ha sido visto y tocado, olido y gustado por ojos y oídos y manos y paladares de deudos tan queridos, tan cercanos en el afecto como lejanos en la distancia. Un polvillo dorado, que se desprende de las arenas de los ríos como por magia, lo envuelve todo, incluyendo la encomienda de trescientos indios que ha recibido Manuel de Roxas, ¿Encomienda? No entienden bien a bien los madrileños si se trata de alguna forma novedosa de servidumbre o vasallaje. ¿*Utopía* se llama esa Isla? No. Se llama Cuba.

Pasados ya los cincuenta y con algunos achaques, las reiteradas historias de decisiones, aprestos y corajes demasiado audaces, deudas contraídas por andarse a Indias, mudanzas tantas, lazos familiares rotos porque mujeres e hijos se quedan, irán inclinándote, más y más, a apreciar el abrigo de tu casa. Y a preferir *La cárcel de amor* a tus viejos y muy trotados relatos de caballería. Cuando, de vuelta de los corrillos de la plaza o de la tertulia tardía con los compadres, haces la señal de la cruz frente a la parroquia, a dos o tres puertas del zaguán, subes al aposento frugal, pero confortable, y te dispones a irte a la cama, aliviando la soledad a veces con la compañía de la moza Catalina, siempre solícita para remediar tus desvelos, todo se te mezcla en el ánimo con una curiosa suspicacia que te ha venido rondando. ¿No estarán poniendo en pregones tantos caballeros osados la honra que ya poseen y la que en tierra de Indias ganan con una codicia de caudales que más parecería propia de mercaderes que de hidalgos?

Cuando la sospecha te asalta retornas al viejo *Confessionnale,* aquel librillo donde un fraile dominico abunda en lengua italiana, que mucho te divierte ir descifrando, sobre las oportunidades de pecar que trae consigo el afán inmoderado de enriquecerse. Aventurado e insaciable oficio se te hace, en suma, ese de no buscar ni encontrar sosiego, que tantos se empeñan en abrazar, mientras tú te solazas, ¿o no?, en la certidumbre de haber hallado otra riqueza más íntima y menos perecedera, entre tus paredes y tus sábanas.

Una ráfaga de juventud
Madrid, 13 de septiembre de 1535

No alcancé a vivir los últimos meses del año. Casado y velado hubiera querido ver a mi hijo Pedro, que cerca de tres tenía de cortejar a la más pequeña de Isabel de Roxas y de Andrés de Madrid: María de Roxas. Como Alonso, el que con Diego pasó con los tíos a Cuba, María lleva el apellido de la madre. La gota y una tos obstinada me fueron postrando. Previendo el fin, convencí al viejo amigo de que dispusiera de algunas de las generosas y extensas tierras que posee en el término de Hortaleza, a una legua de la villa, para dotar a la novia. Pedro compensará, así, lo que de mis heredades habrá de tocarles a Juan y a Alonso, sus hermanos.

Nunca volverá a visitar el vecino de la calle de la Santa Cruz, yo, a los allegados, y ya casi deudos, de la Calle Mayor. Buenas nuevas hay esa tarde que, hoy lo sé, fue la última de mi vida. Después de una amarga experiencia en la Nueva España, Diego de Soto, hermano también de la que será mujer de Pedro mi hijo, ha retornado a Cuba, en busca del apoyo y la protección de los hermanos de la madre. Harto sobrado en juventud y audacia para detenerse en minucias, y desoyendo los consejos del tío Manuel de Roxas, Diego auxilió a Cortés en el apresto de su armada, cambiando la lealtad hacia el tocayo y pariente Diego Velázquez por la seducción de don Hernando. Diez años gastó en hacer allí fortuna y en disiparla, para andarse luego hacia el sur, persiguiendo más hazañas y aventuras, sediento de amores, curioso y nómada, escudriñando villas y pueblos, valles y serranías, ríos, selvas y antiguas grandezas, entre lagos y volcanes, y tanto más que en Cuba no hay y por allí se prodiga. Por fin, ahíto de hechos y lances, pero sin vínculos que lo ataran, embarcó en Darién hacia la Isla, dispuesto a echar raíces en la tierra donde el tío las tiene asentadas con creces y gobierna una vez más, diez años después de muerto Velázquez.

Malas nuevas hay también. En San Cristóbal de La Habana acaban de enterrar, cuñados y sobrinos, al hermano que Andrés de Madrid no volverá a ver. Al que no ha podido abrazar en veinte larguísimos años: Francisco, el escribano. Viudo y sin descendencia ha heredado a Diego, el sobrino. Malas y buenas noticias, pues, que se sopesan en la mesa sin anticipar que otro luto sobrevendrá esa noche cuando yo, entre sueños, rinda el alma al Señor. Me morí, eso sí, satisfecho de dejar a Pedro, el más mozo, encaminado y a punto de emparentar, muy de cerca, con una familia tan arraigada en mis afectos como lo

está en aquella isla lejana y despoblada, donde, sin salario ni provecho, y entre querellas de vecinos que se disputan poderes y preeminencias y de obispos que los excomulgan por quítame allá estas pajas, procura otra vez poner orden y concierto, sensatez, prudencia y algo de justicia, entre viruelas y huracanes, deudas y contrabandos, el virtuoso y obstinado Manuel de Roxas, hermano de Isabel: el mozuelo aquel que, contando apenas diez años, compartió conmigo, un mancebo codicioso de honra que pasaba por Cuéllar camino de Granada, la hospitalidad que los suyos me brindaban, a la sombra de un techo propicio y de una mesa sobrada.

Evocando los sabores de aquel paso por Cuéllar, que tanto contribuyeron a aligerarme el talante y los sofocos de un ardiente verano, celebrando que una ráfaga de juventud visitara mi cuerpo doliente y fatigado y pensando en las vueltas imprevisibles que a las gentes suele darles el tiempo, yo, Juan de la Torre, me fui quedando dormido, esa noche de mi placentera muerte, con el mismo sosiego que apaciguó mis días. Alguien, cuyo nombre no recuerdo, al día siguiente dio certificación de ello. Muchos serán los curas y escribanos, nacidos de mi semilla, que por dos o tres siglos se empeñarán en dar fe de nacimientos y de muertes. Es una manía que tú, la que me tutea, trae en la sangre. ¿O acaso me equivoco? Quede, pues, constancia.

Sellado con su sello de seda colorada
Madrid, 23 de septiembre de 1535

"Sepan cuantos esta carta de pribilegio e confirmación / vieren como nos, don Carlos, por la divina clemencia em / perador de los romanos Augusto, rey de Alemania, Doña Juana, / su madre y el mismo Carlos, por la gracia de Dios, reyes de / Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusa / lén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de / Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, / de Cordova, de Corcega, / de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibral / tar, de Islas Canarias, / de las Indias, islas e tierra firme del mar oceano… Vimos buena car / ta de caballería del católico rey / Don Fernando, señor padre e aguelo que santa gloria aya, / firmado de su nombre escripto / en pergamino de cuero e sellado con su sello de cera colo / rada pendiente, de una buena cinta / de seda verde e librada de los contadores de los sus pribi / legios e confirmadores e / de otros oficiales de su casa fecha en esta guisa, Don Fer / nando por la gracia de / Dios…"

Juan y Alonso de la Torre, y Pedro, hijos los tres de Juan de la Torre, el Viejo, habiendo acompañado antes a su padre muerto al sitio donde dispuso que descansaran sus restos, bajo las baldosas de la parroquia de la Santa Cruz, donde todos los días de sus diez últimos años, viudo muchos más, y acompañado de la moza que lo servía llamada Catalina, oyó misa a la vuelta de la plaza, buscan infructuosamente en el arcón de la alcoba, y en el contador de la estancia grande, y por doquier, y sin fortuna, un pergamino ya viejo de casi medio siglo, del que pende, según saben y recuerdan, una cinta verde y un sello rojo. No habiéndolo encontrado, y puesto que a su hacienda y condición conviene, se aprestan a solicitar del rey, pasados los días que es decoroso guardar de duelo y oración, una confirmación del susodicho documento, que en los archivos reales debe constar. Escrita en pergamino de cuero y sellada con sello de plomo, pendiente un hilo de seda a colores, les será entregada una carta a veintitrés días del mes de septiembre, "año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos e treinta y cinco años", que recibe Juan, como mayor que es y queda en su custodia.

De la suerte de esa carta no se tiene noticia. Pero sí de los muchos pleitos que habrá de emprender, de ese año en veinticinco, otro Juan de la Torre, hijo de Pedro, que a su vez lo es del dicho Juan de la Torre, el Viejo, por no tenerla en su poder para hacer debido uso de ella y defender los intereses suyos y los de sus más jóvenes hermanos.

En ires y venires de leguleyos pasarán años y años, lo que no impedirá a la nieta María, que en enero de 1548 recibe el bautismo, pasar a Cuba en compañía de Gregorio, el hermano más mozuelo, y del primo Juan Bautista de Roxas, habiendo cumplido apenas quince años, y ya desposada con Diego Sifontes, establecido en Sancti Spiritus, y amigo de todas las confianzas del tío Diego de Sotolongo y Roxas, gracias a cuyos buenos oficios, siendo como es por ese entonces Procurador General de la Isla de Cuba, el desposorio puede concertarse.

Cada uno de ellos en su tiempo
Hortaleza, a once días del mes de agosto de 1560-Madrid, a veintitrés días del mes de julio de 1562

Quinientos folios se atraviesan. ¿Cómo ignorarlos? Están en la vieja Chancillería, esperándote. Sin visitar el cementerio, quiero decir el osario de apellidos, el libro del paciente Jaruco para ser más precisos, jamás se te habrían cruzado en el camino Alonso de Quadros, ni Juan Serrano, el viejo, ni Cristóbal de las Palomas. Ni Bartolomé de Sotolongo. Ni, sobre todo, Juan Bautista de Roxas. Juan Bautista. El mismo que, porque tú así lo decides, ¿o más bien porque lo decidió María?, va a ser clave en el engarce de la historia, en ese viaje a la semilla que, me atrevo a apostarlo, te inspiró Carpentier. ¿Vale la pena asomarse al pleito de Hortaleza? Yo creo que sí. Aunque sólo sea porque entra en escena Juan Bautista. Un Juan Bautista muy joven. Que no presiente, todavía, nada de lo que vendrá. Así suele pasar en la vida. El pleito de Hortaleza puede ser el episodio que hace falta para no romantizar demasiado, para no caer en el tono sentencioso, para bajarle los humos a los personajes. Porque esto, que se va filtrando entre la neblina, tiene ya trazas de querer convertirse en novela.

Quede, pues, constancia, como tú lo deseas, Juan, como tú acabas de pedirlo. De tu muerte y de que hubo quien te recordara a cerca de treinta años de haber pasado de este mundo, como el tal Alonso de Quadros, dispuesto a asegurar que el dicho Juan de la Torre había sido un escudero honrado, como lo oyó decir a Juan Serrano, el Viejo, y a Cristóbal de las Palomas, otro hombre muy viejo y antiguo, y de que siempre supo que no andaba en los padrones, no por ser tan pobre que no tuviera con qué pagar ni por ser tan rico que nadie osara pedírselo, ni por otra cosa o razón alguna que la de ser hijodalgo.

Hoy, 23 de julio de 1562, comparece como litigante, en Madrid, Juan de la Torre el Mozo, acompañado de ese Alonso y de otros cuatro testigos viejos y enfermos, impedidos de cabalgar y ni qué decir de marchar el largo camino hasta Valladolid, donde sesionan los alcaldes.

Por Dios y Santa María y por la señal de la Cruz les toma testimonio Cristóbal de Salamanca. Que si conocieron a Pedro de la Torre y a María de Roxas, a Juan de la Torre y a Juana de Heredia, a Alonso González de la Torre y a Constanza Vázquez; que si los hermanos Juan y Alonso y Gregorio de la Torre son hijosdalgo notorios de solar conocido y devengar quinientos sueldos del fuero de España y si tuvieron sus padres y abuelos y bisabuelo bienes y hacienda de uno, veinte, treinta, cincuenta y cien años y de tanto más tiempo que no

hubiera memoria de hombres en contrario y si jamás contribuyeron como pecheros y si les fueron guardadas todas las honras e inmunidades y excenciones y si tales cosas las sabían los testigos por todo el tiempo de su acordanza y si lo habían oído de sus mayores, que a su tiempo lo hubieran oído de los suyos y si era voz y fama.

De cincuenta y cinco cumplidos es el más joven de los testigos, sastre y ciego, lo que no le impide evocar las trazas de los mencionados familiares de los litigantes y aun de otros tales como Gonzalo de la Torre, el Cojo, vecino de la Calle Mayor, y Francisco del mismo apellido, que fuera alcalde de los hijosdalgo de la Villa y que, como los padres y demás, habían tenido bienes y hacienda en dicha villa y en el lugar de Hortaleza. De ochenta años, en cambio, es el escribano Juan Román con quien, por más de cuarenta, han acudido a contratar todos los parientes, que conoció al padre de los mancebos cuando era mozo y por casar y al abuelo mucho antes de que lo enterraran en Santa Cruz y a María de Roxas lo suficiente para saber que aportó en dote una hacienda en Hortaleza llamada El Portillo y que a ella y a Pedro los velaron en la mismísima parroquia donde el viejo Juan, tú, recibió sepultura. Un hidalgo de setenta y siete años de nombre Francisco de Bargas y un nieto, de más de ochenta, de una hermana de la abuela de los litigantes, llamado Cristóbal de Madrid y de Heredia, abundan en testimonios y juramentos y de todo se hacen notificaciones. Ciento ochenta maravedíes por jornada, más derechos de escritura, está cobrando Cristóbal de Salamanca desde el momento en que, poniendo la provisión real sobre su cabeza y deseándole al rey vivir y reinar por muchos y largos tiempos, se muestra presto y apercibido en Valladolid para marchar ocho leguas cada día hasta llegar a Madrid.

Desde el mes de mayo se han venido presentando testigos de que los testigos que este día juran están muy trabajados e impedidos y no pueden moverse por tan viejos. De hecho, han dado constancia de ello un clérigo y dos hidalgos, vecinos de la corte de Valladolid: el clérigo Juan de Urosa por el sastre, que es ciego y cojo y no se puede menear y lo traen de la mano; don Pedro de Boz Mediano por el escribano, tan enfermo de vejez que muchos días hace que no usa de su oficio; por Alonso de Quadros, que no ve nada y anda con un palo y no sale de casa; por Alonso de Montalván, tan gotoso que no puede venir a la corte sin peligro de su persona y por Andrés de Palacios, que trae unos paños en los ojos. Juan Arias de Ávila, en fin, por Francisco de Bargas, enfermo de la hijada. Y ha mandado el alcalde de los hijosdalgo que vaya un receptor a tomarles los dichos a Madrid y ha apelado el fiscal y casi se pasa el término porque el receptor ha alegado que no puede acudir a Madrid porque ha de hacer primero otra probanza y ha andado muy preocupado el abogado de tus nietos, Juan, porque está a

punto de vencerse el plazo mientras el dichoso receptor se enterca en ocuparse de otra cosa.

Ya para el postrero día de abril de 1562 el pleito va para setenta y tantas fojas, cuando lo recibe Juan de Cora, escribano de Su Majestad, con encargo de hacer diligencias contra Juan de Soto y Bartolomé de Sotolongo y Cristóbal de Roxas, hermanos, y contra Juan Bautista de Roxas y Juan y Alonso y Gregorio de la Torre, sobre la hidalguía que todos ellos pretenden, informados como están los alcaldes de los hijosdalgo de que los dichos han cometido cierto delito en el lugar de Hortaleza contra los alcaldes del dicho lugar.

Juan de Cora revisa el expediente y se entera: a Pérez de Santa Gadea, corregidor de la villa de Madrid, le ha tocado dar el pleito por concluso y dictar sentencia. Ha condenado a Bartolomé de Sotolongo en tres mil maravedíes de pena y dos años de destierro voluntario; al sobrino Juan Bautista en dos mil maravedíes y medio año y al sobrino Juan de la Torre en cuatrocientos maravedíes y medio año fuera de Madrid y del lugar de Hortaleza, destierro que saldrán a cumplir tan pronto como dejen la prisión y paguen las penas en maravedíes y en armas. Y de ello no han pasado ni dos meses cuando Bartolomé de Sotolongo, como curador de Juan y Alonso y Gregorio de la Torre, sus sobrinos, otorga poder a Francisco de Salamanca, procurador de causas en la Real Audiencia de Valladolid, firmando como testigo Juan Bautista de Roxas, para acusar formalmente a los hombres del Concejo de Hortaleza, donde no hay escribanos que puedan dar fe, de haber puesto en el padrón como hombres pecheros, por cierta hacienda que tienen en el dicho lugar y de haberles sacado prendas de su casa y embargado, a los sobrinos Juan y Alonso y Gregorio de la Torre y Roxas, tras lo cual se ha notificado en Hortaleza a los alcaldes, que no se dan por enterados y son declarados en rebeldía hasta que, tras un último y perentorio apercibimiento, por fin comparecen para dar su versión de los hechos: “Los vecinos, además de ser pocos, son pobres.” Lo dicen con mucha parsimonia, midiendo el peso de las palabras. “El año pasado nos juntamos en concejo y acordamos.” No han de decir nada de más ni nada de menos: “Acordamos que se empadronaría a todos los que tienen casa y hacienda en el pueblo de Hortaleza.” Se cubren con la sombra de Su Majestad: “Y, cumpliendo la provisión real, y no nos constando ser los tales hijosdalgo, los empadronamos.” Lo demás se cae por su peso: “Como no pagaron les sacamos unos maderos, que fueron vendidos para cobrarles el pecho.”

La querella la presenta Salamanca contra el fiscal de Su Majestad y el Concejo de hombres buenos, pecheros, del lugar de Hortaleza porque, habiendo posesión de hidalguía de tiempo inmemorial a esta parte, los litigantes reclaman ser declarados hidalgos y que se actúe en consecuencia. La respuesta del Concejo no se hace esperar y es el

vocero Juan Aguado: "…porque por dar bofetones a los alcaldes y herirles y pelarles las barbas y por querer como quisieron matarme a mí la dicha pena fue muy poca y ansí cada día se atreverán contra la justicia…" Como agraviados, pues, apelan los unos y los otros y de ello se da por enterado Juan de Cora.

Todo empieza saliendo de misa mayor, que es domingo, y estando todo el pueblo junto, incluidos los alcaldes, cuando les atajan Bartolomé de Sotolongo y Juan Bautista de Roxas y Juan de la Torre, que no hacen por disimular el enojo y les cierran el paso para obligarlos a escuchar al escribano que han traído consigo desde Madrid. Se cuentan once días del mes de agosto de 1560. Es el año en que la Villa se hace Corte pero más importa apuntar, para los fines del relato, que es un domingo ardiente, aun en el lugar de Hortaleza, prestigiado por su frescura, y que más se pondrá con lo que ha de seguir.

Los dichos están allí para hacer un requerimiento. En alta voz y frente a todo el pueblo. Porque, siendo como son hijosdalgo, los han empadronado en alcabalas de Su Majestad y en derramas concejiles. Poco temor de Dios han mostrado, y menos de la justicia, si es cosa de oír la opinión, algo parcial quizá, de Juan de Aguado, dispuesto a atribuirles ánimo diabólico y gran cargo en sus conciencias.

Siendo que están en el cementerio, lugar sagrado, echa mano de la espada Bartolomé de Sotolongo y arremete contra Aguado, procurador del Concejo, sólo por haberle ripostado que es en la Real Chancillería, y no allí entre labriegos, donde han de querellar su hidalguía. Lo afrentó el Sotolongo. Lo retó y se burló de él: "¿Acaso sois bachiller que tanto sabéis argüir de jurisdicciones y de leyes?" De hecho lo habría matado, jura el procurador, si Dios no lo libra y le permite entrarse en una casa a donde lo va persiguiendo, echando al aire cuchilladas y votando a Dios que ha de matarlo, y en medio de tanto ruido, echan mano a las espadas los dichos Juan Bautista de Roxas y Juan de la Torre, dándose favor los unos a los otros y arremetiendo a la justicia.

Harán llover acusaciones los alcaldes como llovieron esa mañana las bofetadas, los mojicones, los arañazos y las estocadas. ¿No le cortaron dos dedos a Juan de Martín López y el cuero encima del hombro? ¿No afrentó Juan Bautista a Pero López con la mano abierta y cerrada en la cara, mesándole luego las barbas? ¿No corretearon a los demás con las espadas desnudas? "Con el debido acatamiento", así hablan los alcaldes, "requerimos que los manden a tener presos y a buen recaudo y no los dejen sueltos ni fiados y a los que con ellos fueron y los favorecieron los manden poner en la cárcel y les secuestren bienes y llamen por pregones si no pudieran ser habidos…"

No es con malas palabras, ni poniéndoles miedo ni a cuchilladas

sino con probanzas, y ante los jueces competentes, que han de probar lo que pretenden. Se quejan: "…ha llegado a nuestra noticia que vuestra merced ha mandado a dar en fiado a Juan de la Torre lo cual, hablando con el acatamiento debido, no se puede ni debe hacer, conforme a derecho y a leyes de estos reinos…"

Acoto: la convivencia de muchos años no ha mellado, al parecer, la distancia ni las animosidades entre los que se precian de labradores y los que se dicen hidalgos, que brotan a la menor provocación, entre los acatamientos debidos, como si bastara con rascar un poco para resucitar el espíritu de impugnaciones comuneras enterrado, hace cuarenta años, en Villalar. Atrocísimo ha sido el pleito para los alcaldes, porque siendo como son alcaldes, los han herido estando en sagrado. Gran injuria les han hecho, a más de negarle lo debido a Su Majestad, y en eso buscan resguardarse porque no se engañan: "Está claro que no nos ayudarán conforme a la justicia, porque aquí todos los letrados son sus allegados y han procurado con nosotros que nos bajemos de las querellas."

Astutos, señalan la injuria a la justicia real y a la casa pública donde sesionan. Además, se les hace comparecer en todas las audiencias sin permitirles recurrir a procurador, tan sólo para molestarlos y hacerlos desistir: "si los que dan de bofetones a las justicias y les pelan las barbas deben estar sueltos y sin grillos, también deberían estarlo todos los demás delincuentes, y eso es algo de lo más grave que podría acontecer en la república…"

Que hay desplantes y bravuconadas esa mañana caliente de agosto, en Hortaleza, qué duda cabe. Salvo el escribano Cristóbal y su colega Pero García, que no intervienen, quien más quien menos todos entran en la disputa y acometen a alcaldes y regidores. Al de la Hermandad lo toman en peso y, si no fuera por un capote que trae puesto… Y el otro no quiere soltar la vara que trae en la mano y por eso no puede asir a Bartolomé, que se ha metido en sagrado. En presencia de todo el pueblo los llaman bellacos y borrachos. Hombres honrados ellos, los vecinos, quietos y pacíficos. Los dichos Sotolongos y parientes hombres rencillosos, amigos de cuestiones y de ruidos. Si Juan Aguado tiene en la mano las hoces de segar, que son talladas, que se las quitan luego de las manos para que no hiera a nadie sin quererlo, es porque las va a vender para decir misas por las ánimas del purgatorio, que es su mayordomo. Jamás amagó ni alzó la mano con ellas y, en cambio, al dicho Bartolomé de Sotolongo se le vio tener pasión y amenazó con echarles su ganado para que les comieran hasta las entrebinas y las pajas de las camas, como a putos.

Testigos hay muchos, todos vecinos y todos dispuestos a jurar, por Dios y sobre la señal de la Cruz, donde ponen la mano derecha, sin firmar por no saber, que todas las razones están de su parte y que a los

deudos y herederos de Andrés de Madrid que, siendo vecinos de la Villa, tienen casas y tierras en dicho lugar, no les asiste razón alguna y les sobra altanería. Antón Roxo y Alonso Erraz y Andrés Rodríguez y Álvaro Hernández y Pedro de Axenxo y Rodrigo de Zarzas el Mozo y Lucas Barroso y Rodrigo de Zarzas el Viejo lo atestiguan.

Cuando a Juan Bautista le toca, se declara hijo de Cristóbal de Roxas, escribano, de apenas dieciséis años, y asegura que nunca vio que el bachiller, su tío, les tirara de estocadas a los alcaldes y que a él ni le pasó por el pensamiento darle de porrazos a ninguno. Juan de la Torre se afirma hijo de Pero de la Torre, difunto, de más o menos veinte años, habiendo ido ese domingo al lugar de Hortaleza en compañía de su primo Juan Bautista y de un criado del tío Bartolomé, para esperar allí, oyendo misa, a los tíos y al escribano y que éste, al salir de misa, leyó el requerimiento de ese tío, curador del declarante, quedándole por leer el requerimiento de aquél, porque Juan Aguado no quiso oírlo y se fue corriendo a su casa y volvió con dos hoces y fue entonces que el tío echó mano a la espada y le tiró una estocada y él, Juan, se metió en medio para ponerlos en paz y que nunca vio que hiriera a Juan López, alcalde de la Hermandad, sino que él mismo debió haberse sangrado cuando pretendió asir al cirujano, que estaba en sagrado. Bartolomé de Sotolongo, que dice tener más de cuarenta años y ser bachiller y cirujano, explica su presencia en el pueblo ese domingo de agosto por el afán de velar por los intereses de sus sobrinos, huérfanos de padre y madre, de los cuales sólo Juan lo acompañó por ser los otros demasiado jóvenes y haber quedado en casa con tres sobrinas muy mozuelas que también a él le toca proteger. Los incluyeron malamente en el padrón y les sacaron prendas. El procurador no quiere oír lo que el escribano tiene que decir y alega que el negocio hay que ir a averiguarlo en Valladolid y él le responde que para qué tantas bachillerías si todo está muy claro, a lo que el otro le dice de malos modos: “Para bachiller vos, que venís aquí a enredarnos, que somos labradores y de bachillerías no sabemos…” Dicho lo cual se le viene encima con dos hoces alzadas. Él echa mano de la espada para defenderse y el otro da en huir y los alcaldes hacen gran alboroto pidiendo favor a la justicia y él corre a retraerse en el cementerio y el de la Hermandad pretende abrazársele y él le advierte: “Mirad que estoy en la iglesia”. Y el de nombre Martín López lo suelta, mientras se llevan preso a su hermano Cristóbal de Roxas y al sobrino Juan Bautista y Juan Aguado grita: “Tras ésto andábamos nosotros e agora haremos lo que hemos de hacer”. Que no le tira a Juan Aguado de cuchilladas ni a Juan López y que si alguna sangre trae se la habrá sacado él mismo, abrazándose al que declara. Que no ve a Juan Bautista dando de mojicones a nadie ni a Juan de la Torre favoreciéndolo. Todos hacen juramento y firman con su nombre.

Hoy, 17 de septiembre de 1561, estando ayuntados en su ayuntamiento a campana batiente, según que dicen que lo han de su uso y costumbre, se desisten. ¿Puede saberse por qué? Porque, reconocen, se han informado de que los querellantes son hombres hijosdalgo después de haberlos empadronado en su padrón. Y ven que a ese Concejo no le está bien seguir la dicha causa. Y que si el fiscal de Su Majestad la quiere seguir, que haga lo que le parezca, pero no a costa de dicho Concejo. El fiscal prefiere seguir. Francisco de Salamanca y el dicho doctor Tovar han de presentar testigos, en pro y en contra. Y así es como van a acudir a Valladolid, el 7 de octubre, para confirmar los dichos de los querellantes, un mesonero de la Puerta del Sol, de más de sesenta años, llamado Andrés de Madrid aunque nada tenga que ver con el abuelo de los mismos, sino que los ha conocido desde niños, y al padre Pedro, y al abuelo Juan y ha oído a varios difuntos decir del bisabuelo Alonso y sabe de un hermano del abuelo que vivió en la Calle Mayor y que eran tenidos todos por hidalgos; y un tejedor de la Puerta de Toledo de nombre Francisco de Madrid, de setenta y dos años, que tampoco tiene nada que ver con el tío abuelo sepultado en Indias, y que a todos los ha tenido siempre en buena reputación de gente honrada, aunque no sabe si eran hidalgos, y alguna vez oyó decir que eran conversos; y un sastre de la Calle Mayor, de ochenta y cuatro años, que los conoce de junto a la parroquia de Santa Cruz y los ha tenido siempre por hidalgos; y un barbero llamado Bartolomé de Madrid Silvestre, de sesenta años, que entró y salió muchas veces de la casa de los padres del abuelo; y varios labradores, pecheros todos y entre los setenta y los ochenta y tantos, de los cuales dos testimonian que sus padres trabajaron en las haciendas del abuelo y en sus heredades, podando sus viñas, con mucho trato y conocimiento con aquél y sus hijos y sobrinos, como el Francisco de la Torre, que era reputado por alcalde de los hijosdalgo en la villa; y ellos y los demás saben decir que los vieron vivir en la misma casa, cada uno de ellos en su tiempo, al bisabuelo Alonso, al abuelo Juan, al padre Pero y a los litigantes, que unos los vieron nacer y otros los conocieron desde muchachos y etcétera, etcétera, tras lo cual de poco habrán de servir los ralos testimonios que alcanzará a recabar el doctor Tovar, de un mayordomo de las monjas de Santa Clara, que los conoció sólo de vista; de un sastre que tiene bienes en Getafe y, siendo pechero, no pecha sólo por ser vecino de Madrid, lo que no lo hace ni mucho menos hidalgo, y de un par de labradores de Canillas, a tres tiros de ballesta de Hortaleza, donde los vecinos de Madrid nunca han pagado por las tierras que han tenido y tienen, porque siendo heredades en el campo no se les cobra nada, salvo que tengan casas fincadas en los lugares que, en esos casos, sí se les pide pechar. Y, para colmo, dos de sus testigos, un labrador de más de

setenta años y el clérigo de Hortaleza, de apenas veintiocho, van a declarar que sí han oído decir a labradores del lugar que el abuelo de los querellantes ganó un privilegio de caballería en la guerra de Granada. El abuelo de los querellantes eres tú, Juan, y si me atrevo a tutearte es porque también eres mi abuelo. Porque nacer en Cuba, quizá, me hizo confianzuda. Y porque, en la neblina, todos nos tuteamos.

Muros, miedos y la embriaguez del océano

Y tú, María, ¿qué haces mientras tanto? ¿Esperas en casa ese domingo, jugando con la prima Luisa a contar la ropa blanca, mientras Juan tu hermano y el primo Juan Bautista y los tíos Cristóbal y Juan y Bartolomé se marchan a Hortaleza a buscarle pleito a los alcaldes? ¿Te enteras por Luisa del embrollo? ¿Oyes cómo festejan, a la vuelta, los desplantes del padrino y los del primo y se burlan de la prudencia de tu hermano? ¿Es entonces que quieres meter baza y sugerir que, si te hubieran llevado consigo, serviría de testimonio tu palabra? ¿Se echan a reír y te ponen en vergüenza porque palabra de mujer, eso insinúan, no vale en testimonio? ¿Qué sientes cuando te informan que el tío Diego, hermano de tu madre, al que no has visto nunca, tiene a bien hacerse cargo de la huérfana de su hermana bienamada, conseguirte marido y proveerte de dote? ¿Y cuando te alistan, en un santiamén, para ir al altar con Juan Bautista, que te conduce del brazo como si fuera tu marido, a quien tampoco has mirado en los días de tu corta vida? ¿Y cuando Luisa te da a leer *La perfecta casada,* o acaso la *Instrucción para una mujer cristiana*, en presencia del tío Bartolomé, tío de ambas y de Luisa marido por añadidura, para avisarte tan pronto sale el tío que tomes tan buenos consejos como ella misma lo hace, con un buen grano de sal? ¿Regresa el padrino y te pone entre las manos el devocionario de tu madre con esa inscripción escrita de su propia mano que, desde el blanco de la primera página, te trasmite en prudente mandato dos palabras escuetas: *Ora et labora?* ¿Sabrás seguir los pasos de la dulce María, que te prestó su nombre en la pila del bautismo para que copies su abnegado ejemplo? ¿Qué imaginas de la vida que te espera en Indias, atravesando eso que llaman la mar océana, cuando despega la Santa María de Guadalupe del puerto de Las Muelas, en la ciudad donde nacieron tu abuela y tu marido, para ir descendiendo lentamente hacia Sanlúcar, entre bajos de arena, tan peligrosos en la bajamar, y tan lentamente que hay tiempo de sobra para encomendar tu suerte a los favores de la madre de Dios, que por algo ha consentido que tu madre primero y tú después lleven un nombre que es de ella? ¿Se te ocurre acaso preguntarte por qué te ha tocado el sino de que sean otros los que deciden por ti? ¿No se te escapa que habrás de honrar a tu marido como antes a tu padre? ¿En algún momento se te pone en mente que a lo mejor tu nuevo estado te impondrá renunciar a algo que ni siquiera sospechas muy bien qué podría ser y te resistes a creer que no les queda a las mujeres más que resignarse a vivir entre muros y miedos? ¿Acaso eres una cuando

embarcas en Sevilla y otra cuando divisas, desde el barandal de proa, el caserío disperso entre follajes como penachos que nombran San Cristóbal de La Habana? ¿Te aprendes pronto el papel? ¿Acompañas, sin más, a don Diego en afanes y en esfuerzos? ¿Descubres, como si ya lo supieras, lo que es fundar con un hombre nueva casa y el tronco de varios linajes? ¿Te detienes a pensar que nadie ha pensado en darte tiempo de cantar y bailar y divertirte? ¿De dónde sacas la paciencia para ejercitar las tantas y tantas virtudes que parientes y marido te exigen? ¿Quieres saber cuántos son los hatos y cuántas las estancias y en qué habrán de invertirse los fondos de la dote para acrecentar los caudales que aporta don Diego y asegurar para los hijos y las hijas el lugar correspondiente? ¿Aprendes con la negra Candelaria a cuidar de sus toses y sus fiebres, entre humedades y calores y mosquitos? ¿Gastas tus días en enseñar a las hijas a manejar la aguja con delicadeza, a tener siempre a mano una canastilla de labores, a aderezar guisos de Andalucía y de Castilla con condimentos de la tierra, a mandar a las sirvientas, a presentarse y llevar con gracia volantes y plisados y bordados y, si por casualidad lo permite el tiempo, una gorguera? ¿Te esmeras en ponerles el ejemplo de cuánto han de hacer para ser bellas y cómo ocultar y mostrar, en su momento, lo debido? ¿Y cómo parecer hospitalarias y compasivas y virtuosas sin ser hoscas, y fieles y constantes y prudentes, y entregarse con deleite y sin enojos a las ocupaciones de la casa? ¿Cuidas de proporcionarles lecturas pías en lugar de la diversión engañosa de comedias y novelas? ¿Te precias de devota, sin alardes, practicando la oración en el recogimiento de tu alcoba? ¿Jamás te tientan esos inconvenientes pasatiempos que a ellas procuras ahuyentarles? ¿No te pesan demasiado la sumisión, el silencio y la obediencia? ¿Y el ser y parecer, un día y otro también, discreta y casta? Y, por último, María, hay una pregunta que me deja, entre todas, el escozor de un enigma: ¿y esa fuerza que te da para crecer como una ceiba, alta y erguida, verde el tronco y firmes, tan firmes, cada una de las ramas?, dime: ¿esa fuerza de dónde la has sacado?

La voz que se entremete y tanto se pregunta es, por supuesto, la de un narrador masculino que, a diferencia de Flaubert, no se atreve a decir: “Madame Bovary soy yo.” En espera de que hable María, que se resiste a hacerlo por ahora, a ti lector curioso y a mí, narradora impertinente, sólo nos queda imaginar lo que podría haberle deparado aquel viaje.

Amar demasiado

A bordo de la Santa María de Guadalupe, el 8 de abril de 1563

Así cada día, desde que se hicieron los tres a la mar, te despiertan las ganas de salir y embriagarte. De noche, por lo mucho que centellean las estrellas. De día, porque no podría ser la luz más deslumbrante, o eso supones porque para comparar sólo tienes la de Castilla y nada sabes todavía de la luz de esa isla distante que se llama Cuba. ¡Qué libre tu mirar, qué sacado del tiempo, qué placer que puedan así mirar los ojos y la piel teñirse tan sin recato de carmín, qué gusto de estar viva! ¡Qué lejos quedaron Madrid y las paredes de la casa y Luisa y las lecciones de espineta! Sobrevuelan a cada rato parvadas de gaviotas, en señal de que hay islas por ahí cerca, gaviotas que se llevan volando pequeños jirones del pasado, prendidos de sus picos tan voraces que te pasan rozando, en busca de migajones mojados de salitre. Basta que lo desees para que se esfumen con ellas, en el sitio donde las olas se besan con las nubes, rostros y gestos, arrugas y voces regañonas, lecciones y toses, oraciones y fiebres. La mar océana es una fiesta. La vida es un arcón repleto de camisolas blancas. La vida es echarle vinagre al aguamanil para lavarte, al despertar, cada mañana. Hay voces que se cuelan: "No te olvides de la grasa de ganso para untarle el pecho a Gregorio si ves que un día le falta el aire. No vayas a olvidar la manzanilla, por si no soporta Juan Bautista el encierro del barco." ¿Qué encierro, por Dios, si más encerrada fue la casa, para ti al menos, con la madre primero, y Luisa luego, sin darte sosiego, enseñándote las letras, a leerlas y escribirlas, y números y cuentas, y a vestirte y a tocar la vihuela y la espineta, y a coser y a bordar y hacer encaje, que tanta mohina te daba, y a mezclar menjurjes para que las mejillas parecieran sonrosadas. Ni falta que te hace, con esas mejillas como manzanas. Por supuesto que, a pesar de las gaviotas y de los deseos, de que se vayan volando las voces y los gestos por supuesto, se te cruza esa mujer que te ofrece puños y cuello de bolillos a la puerta de una casa en Almagro, confundida con tu madre, sentada en la pequeña silla de costura, con el bordado sobre el regazo y la mirada perdida, pinchándose un dedo por el sobresalto, que has entrado de pronto y la has pescado en falta, o así se le parece, mientras corres a chuparle la yema del dedo para que deje de sangrar y vuelas por la vihuela para espantarle el espanto, pensando en la nodriza que todavía deja tazones de leche, junto a tu cama, para que no vayan a dañarte los duendes. En lo que se acerca él sin hacer ruido y te tapa

los ojos con sus manos, tan calientes que te da un escalofrío, y despides a tu madre, a Luisa, a la mujer de Almagro y descubres que él te basta y sobra, y le dejas que crea que tienes miedo y si eso que te colma es miedo que sea bienvenido y él dice: "Mucho te sientan los rubores que el sol te ha puesto, prima." Y se acomoda a ver mejor cómo la criada te acomoda, en una redecilla, los cabellos y te hace enojar y eso te encanta y te vuelves muy locuaz y muy curiosa para disimular cuánto te encanta y has de saberlo todo y das en preguntar si habrá en Indias cuanto hace falta, digo, es un decir, si no faltarán las sayas de tafetán, ni pantuflas, ni borceguíes, y él te dice que de todo eso y más viene cargada la nao y lo pones en duda porque siendo tan pequeña y endeble y fácil de juguetear por las olas y de zarandear por las lluvias cómo habría de venir tan cargada y él, para contentarte, te trae el libro de embarques que el capitán le ha permitido consultar en tu obsequio y, ensayando toda clase de ademanes y alharacas, hace como si calara gafas y enumera, sin dejarse respiro, piezas de holanda, hileras de Flandes, fustanes y borceguíes, botines, gorgueras, chapines, cofias de lienzo, bonetes de Granada, gorras toledanas, cáñamo, ruán, angueo, y más gorgueras, guarnecidas de oro, cuellos y puños de bolillo, bolsines, bonetes de clérigo, sayas de terciopelo y de paño y de tafetán, no faltaba más, y corpezuelos de damasco azul y calzas blancas y moradas y jubones de raso blanco y colorado y seda teñida de rojo, de azul y de verde y zarigüellas y pañuelos de lienzo y vainas de puñales y de espadas, ¡Dios nos valga!, y cinchas jinetas y de arriero y hachas y azadones y mantas y colchas para negros y cuchillos de Vergara y de Flandes y tijeras de Orgaz y candiles y cencerros para vacas y xerga y pipas de vino y botijas de vinagre y barriles de aceituna y clavo y orégano y pimienta y azafrán y carne de membrillo y tarros de miel y manteles de alemanisco y guadameciles, higos blancos y prietos y pasas de sol, cojines de piso y seda aceitunada, una daga dorada con puño de seda, y basquiñas, y espejos donde sólo pueden mirarse doncellas rozagantes, con frondosos cabellos rubios peinados en redecillas y ojos tan azules, tan azules, como el cielo de Castilla o las olas de la mar océana. Mella ninguna te hacen los truenos, ni las luces violentas que, de cuando en cuando, se encienden en el horizonte porque qué podría dañarte estando al cuidado de semejante caballero si no fuera que, de repente, otra bandada de gaviotas te devuelve la tarde y la alcoba donde deja de bordar tu madre para mirar al vacío y no quieres ni imaginar cuántas cosas desconocidas y rudas y ásperas habrá afuera y apeteces, como nunca, los brazos de tu padre para perderte en ellos, protegida, sólo que tu padre se ha ido y estás casada y te seduce la mar, y Juan Bautista ocupa en el altar el lugar de tu marido, sin usurparlo sino guardándoselo, y te invade una embriagante sensación

de libertad como jamás la conociste y te penetra dulcemente su risa que es más que risa y sabes que si acaso era esto lo que había afuera a esto no le temes ni a las olas ni al viento ni a la luna voluble que has oído que mueve tan voluble las mareas y con su cuerpo muy cerca del tuyo, protegiéndote del viento, quisieras que el viaje no terminara nunca y él te besa en el cuello y te pierdes y te encuentras en sus brazos y no sabes cómo es que, sin saber cómo y a la vez, te deleitas entre telas y objetos y manjares que habrán de ajuarear casas y vestir caballeros en sus cabalgaduras y damas en su estrado, y adornar mesas y servirlas bien servidas, y te dejas envolver por cuanto contribuye a crear seguridad y orden y abundancia y un lugar en el mundo, y de repente llevas la mano al sitio donde él puso sus labios tan calientes y la llevas al sitio donde él ensayó apenas unas cuantas caricias, tiernas, demasiado eso sí, y lo dejas que te ponga como su ángel en un nicho, rodeada de todas las olas de la mar, y quieres creer que la libertad que te invade te la has apropiado para siempre y ya nadie, ni don Diego, podrá quitártela, gloriosa libertad tan colmada que te ha deparado la mar, y tienes la certidumbre de que nunca, nunca, mirarás el vacío como lo miró ese día tu madre, pero sabes también que amar demasiado es pecado mortal.

De mozo por casar a togado en Salamanca
Valladolid, 10 de diciembre de 1568-30 de mayo de 1570

Ha pasado el tiempo. Como todas las cosas acaban por ver su término, así ha sucedido con la querella iniciada en Hortaleza. Va concluyendo el año de 1568 cuando a un Sancho de Ortega, escribano mayor de los hijosdalgo, le toca estampar su signo al pie de un documento, en testimonio de verdad. La sentencia ha sido pronunciada y el traslado que solicitó el procurador de quienes vienen litigando por cerca de ocho años su hidalguía, está hecho y corregido y concertado. Se afirma Juan Cid, en nombre de los tres, en todo lo dicho y alegado por sus partes a once días del mes de octubre, cumplida la publicación de las probanzas, y acusa en rebeldía a las contrarias porque no han dicho cosa alguna aunque se cumplió el término y se dio por concluso el pleito el día catorce.

Han probado bien y cumplidamente su petición Juan y Alonso y Gregorio de la Torre y nada han probado en contrario ni el fiscal de su majestad, ni alcaldes y regidores del Concejo de Hortaleza, ni oficiales de la villa de Madrid. Por eso el fallo los favorece y son pronunciados y declarados en posesión de hidalguía, tal como antes su padre y su abuelo y bisabuelo, para que dondequiera que vivan y moren y tengan bienes y heredades y hacienda queden exentos de contribuir en tributos reales o concejiles y se les guarden todas la libertades debidas y acostumbradas. Se requiere a las partes contrarias a restituir cuantos bienes y prendas les hubieran sido tomados y a quitarlos de los padrones de buenos hombres pecheros y se pone perpetuo silencio al fiscal y a los Concejos, de Hortaleza y de Madrid, para que dejen para siempre de inquietarlos y perturbarlos sobre la dicha posesión de hidalguía que dicha es y está por tal sentencia definitiva.

Corresponde entonces notificar la sentencia a quienes es menester y en víspera de la natividad del Señor, el 24 de diciembre de 1568, se da por notificado el sesmero de la Villa, Francisco de Ávila, no sin reconocer que, habiéndose informado secretamente de personas antiguas y honradas a quienes se debe dar crédito, para mayor abundancia puesto que antes vio con cuidado los padrones de la Villa, hace tiempo que se ha apartado de la querella, convencido de que ni la Villa ni los tales hermanos han de gastar sus dineros en probar algo que es de justicia. No termina todavía el año cuando en Hortaleza se recibe la notificación a campana tañida, ayuntados según lo han de su costumbre, Alonso García y Pascual López, los alcaldes ordinarios, y Bartolomé Sanz y Alonso de Rexas, los regidores, y Juan López,

alcalde de la Hermandad, y Pedro Martín y Pedro López Aguado y Diego López y Pedro Rodríguez y Andrés Hernández y Pedro Gómez y Juan de Martín López y Juan Aguado y el procurador del Concejo y otros muchos vecinos, los cuales habiéndolo oído y entendido dicen que el Concejo se ha apartado por dos veces del pleito y se aparta de nuevo, por tenerles como los tienen por hidalgos. Juan de Soto y Cristóbal de Roxas están presentes.

El fiscal Tovar, en cambio, no se da por vencido y apela la sentencia por numerosas causas de nulidad y agravio, exigiendo que si la prueba principal es el privilegio que habría ganado el abuelo de los reyes pasados han de exhibirla los nietos o, en su defecto, pagar. Después de muchos ires y venires, acusaciones en rebeldía, publicaciones de probanza y nuevas asignaciones de términos a una y otra parte, apelaciones del fiscal, súplicas y peticiones de Juan Cid y sus representados de que, de una buena vez, se dé el pleito por concluso puesto que es de la mayor evidencia que ya lo está, sigue insistiendo el fiscal en que se revoque la sentencia y, neciamente, aunque se haya apartado por tres veces del pleito el Concejo de Hortaleza, la Audiencia Real sigue disponiendo que las diligencias del fiscal sean a costa de los buenos hombres del Concejo, y así sigue pasando el tiempo hasta que, el 30 de mayo de 1570, se dicta por fin sentencia definitiva.

Han transcurrido diez años. Seis después de jurados los testigos se dieron por presentadas las probanzas. Pasó el tiempo entre apelaciones y revocaciones y dilaciones de toda índole, antes y después de ese diciembre de 1568 cuando se pronuncia sentencia de hidalguía y son muchos los plazos que se fijan y corren antes de que la ejecutoria definitiva obligue al cabo al fiscal a guardar perpetuo silencio cuando dice la última palabra la Audiencia del rey.

Tan prolongado litigio con leguleyos alegadores, que generan sin cesar fojas y más fojas destinadas a ser guardadas religiosamente en la Chancillería, no disuade a Juan de la Torre, el Mozo, de marchar a Salamanca para licenciarse en leyes primero y doctorarse luego en ese saber misterioso y, por lo mismo, fascinante que reposa en voluminosos libros que aparecen colocados sobre las mesas ante las cuales toman asiento, provistos de toga y esclavina, jueces, oidores y alcaldes. Más que disuadirlo, parecería que lo ha estimulado a hacerlo. ¿De qué sirvió irse a Hortaleza a reclamar con malos modos lo que, de cualquier manera, hubo que demandar por cauces legales los diez años que se le fueron en pasar de mozo por casar a togado en Salamanca, esposo de una prima del secretario del rey, padre de tres hijas y candidato a la alcaldía de los hijosdalgo en la villa de la Madrid?

Juan de la Torre, el Viejo, me hace señas. Me reclama. Es él quien hace las preguntas. Adelante:

“Soy yo quien te lo pregunto, Juan. Yo, el abuelo a quien le debes esa hidalguía de la que tanto presumes. Yo, que nunca fui a Salamanca. Yo, que me precié sólo de disfrutar la vida. Yo que sonrío a tus espaldas, mirando cómo, año tras año, se te va esa vida ejerciendo, meticulosamente, el monótono oficio de escribano.”

Dos pieles que recuerdan
San Cristóbal de La Habana, 18 de marzo de 1569

Cambio de escenario: mudanza de atmósfera. Un calor húmedo, removido por la brisa, desplaza al calor seco, implacable, de la meseta castellana. *Exit* del coro: se eclipsan alcaldes y regidores. Se esfuma Hortaleza. Se borra el tío Bartolomé. Los reflectores apuntan hacia una guardarraya que conduce a una casa sólida, rodeada de frondas, en el interior de una bahía tropical. El último tercio del siglo XVI ya apunta. Ahí estás, María, con Diego tu marido, en casa de otro Diego: el tío Diego de Soto. ¿Eres la misma o has cambiado?

Estás de paso. Vives en el Príncipe. Han pasado seis años desde que despertaste, aquella mañana, mecida por el vaivén del oleaje, en medio de la bahía de San Cristóbal de La Habana. Distraída, no ves que te estoy mirando. Ahora eres tú quien me miras y me haces un guiño. Somos cómplices, ¿verdad, María? Ayúdame, pues, a rearmar la escena. ¿Los dos Diegos en primer plano, hablando de lo de siempre, de los trajines del dinero y del poder? ¿Tú calladita, dejando que se explayen los hombres, curioseando entre la hierbabuena, la albahaca y el orégano de la tía Catalina? ¿Tú, oyéndolo todo, sin intervenir? ¿Tú, pensando en los trajines del amor?

¿Que si el gobernador Mazariegos, que si los vecinos quejumbrosos, amenazando con irse en canoas, en demanda de justicia, que si la misma madeja enredosa, que si los pecados privados y los pecados públicos, que si el tío Diego estrena alcaldía, que si el tío abuelo Juan de Roxas está a punto de abandonar para siempre este valle de lágrimas, que si Diego de Soto pasará a ocupar su lugar en la estimación del vecindario, que si alcanzan las sillas del Cabildo y de los oficios reales para tantos tíos y sobrinos, que si los viejos y buenos tiempos cuando había corsarios y emociones, que si el tío Diego y Antón Recio se confiaban sus desvelos entre rondas y sobrerrondas desde la caleta de Juan Guillén hasta el Pueblo Viejo, que si cobrar anclaje a las flotas es ahuyentar el comercio y perderse el hospedaje de transeúntes, que si hay que traer el agua desde la Chorrera y cobrar la sisa, que si Mazariegos ha legitimado, después de hacerle tres hijos, amores no bendecidos con la hija del predecesor, que si Gómez de Roxas, el primo, es secuaz de liviandades del hijo del gobernador y del vástago del predecesor, que galantea a una hermana del nuevo?

De seguro te has fijado cómo el tío Diego acaricia golosamente la piel de los caimitos. De seguro malicias que al abrirlos y saborear la pulpa frutal, exquisitamente amoratada, revive otros deleites más

íntimos. A pesar de sus sesenta y nueve años. Porque nació con el siglo dorado pero no tiene intenciones, por ahora, de entregar su alma al Creador.

Está en juego la sabana de Bainoa. La ha poblado de vacas, de ovejas y de cabras el tío Diego, para sustentar la carnicería de la villa y proveer a las armadas. La heredó del tío abuelo Francisco de Madrid, primer escribano de la villa, que la recibió en merced el año de 1532. Pero todas las actas del Cabildo se las devoró el fuego. El fuego hereje de Jacques de Sores. Cuando su Divina Majestad supo lo que hacía pero nadie supo por qué lo hacía. Y sólo quedaron en pie las paredes de la iglesia, del hospital y de la casa de Juan de Roxas. Diego de Soto conversa con tu marido, Diego Sifontes, esperando que el Cabildo le haga justicia, mercedándole de nuevo San Lorenzo de Bainoa. Entra Bartolomé de Morales, regidor perpetuo no obstante sus prósperos negocios de mercader y de banquero. En todas partes se cuecen habas. A tu marido le ha encargado cueros salados para un pedido que ha de llevarse, en mayo, la próxima flota. Viene a cerrar el negocio. Y a confirmar lo que Diego de Soto ya sabía. Bainoa no saldrá de sus manos.

Entra Gamarra, ducho en menjurjes y pócimas, que viene a remediar las náuseas que se te revolvieron por los trasiegos del viaje, por los caminos enmontados hasta la Sabana del Cayo, y luego la turbulencia que los sorprendió en la fragata, por uno de esos nortes tardíos. No se me olvida que parirás un tercer vástago antes de que termine el año.

Sí, María. Sigues siendo la misma. Avispada, caprichosa, mimosa y voluntariosa. ¿Es verdad que deseas tan ardientemente esas varas de damasco de China que te ha mandado a traer Sifontes? ¿De veras te mueres por la imagen de bulto de San Simón que te regala el tío Diego, para deshacerte en el Príncipe de bibijaguas y hormigas bravas? ¿Te ha traído el marido para distraerte el enojo por tantos viajes que hace, dejándote sola, entre el Príncipe y Sancti Spiritus?

Aromas de jazmín, de ajo y de agrio de naranja llegan desde el patio, donde la tía vigila el lechazo y le da el último toque, en la cocina, al condimento del tasajo. El primo Cristóbal presume de haber sofocado, en Macurijes, una revuelta de indios bravos. ¿Bravos como las hormigas? ¿Qué chanzas son esas María? Habrá que congregarlos en Guanabacoa para que entren en razón. Es en eso que entra Juan Bautista de Roxas.

Lo ves llegar desde el patio. No lo esperabas. Hace años que no lo ves. Se te hace un nudo el estómago. Te late de prisa el corazón. ¿Será eso estar enamorada? Ha venido a darte un beso. Te ha llevado de la mano. Quiere que lo oigas hablar. Quiere que sepas que el Cabildo acaba de designarlo vecino. Se te ocurre que, en unos años, será él

quien herede la vara alta de Diego de Soto. Procuras que no se te olvide nada de lo que dice. Lo sigues arrobada, palabra por palabra. Todo se te olvida. Dentro de un rato no te acordarás de nada. Sólo te quedará la sensación. De que no hablaba con nadie sino contigo. De que era a ti a quien iban dirigidas todas y cada una de las palabras. En la inflexión, en el tono, quieres leer mensajes cifrados. Nadie, por suerte, lo percibe. A lo mejor la Virgen, otra vez compasiva, ha desplegado entre los demás y ustedes, ¿vosotros?, su amoroso manto. O será que todos hablan a la vez y nadie pone atención. Nadie se fija en que los dos, de repente, se han quedado en silencio. En medio del barullo. Ni que a él se le ha endulzado, súbitamente, la mirada. Puesta en tus ojos. Sin disimulo. Mientras reposa la mano izquierda en la sien. En el instante en que algo se anuda. Algo tan ardiente como tu cuerpo y su cuerpo inflamados, como tu piel y su piel que recuerdan. Dos pieles que recuerdan. Algo que anuda, algo que sella, para siempre, un pacto. Ha caído la noche. La escena se extingue. Un insistente ulular de grillos da cuenta de otra vida febril, al acecho, agazapada en el follaje. Al fondo late, inquieto, el suntuoso cuerpo de la mar. Otra vez la mar.

Instaurare omnia in Christo
San Cristóbal de La Habana, 18 de junio de 1573

Le llega el momento al otro tío, María. Sí, a Alonso de Roxas. Es día de Corpus. Buen patrocinio para la merced que está demandando a quienes de sobra pueden otorgarlas. A Dios y al Rey, por supuesto. Al padre de Juan Bautista, a tu padrino, al padre de Gómez de Roxas, a los tres les ha extendido, desde tan lejos, un poder. A Cristóbal de Roxas, Bartolomé de Sotolongo y Juan de Soto. Unos bregan acá. Los otros gestionan allá. El patrimonio se consolida. Poblar de ganado y de gente una isla pequeña, llamada de Pinos, próxima a los Jardines de la Reina, ese rosario de cayos, al sur de la isla grande, eso se le ha metido en la cabeza. Sin socorro, por lo deshabitado de esos rumbos abandonados de la mano de Dios, no cesan allí de perderse los navíos. Dios ha de dar licencia. Por algo él, tan prudente, ha sabido escoger el día para ir al notario, en compañía de Melchor, Gaspar y Baltasar, sus tres varones. Entre negras danzantes, tocadores de trompeta, mamelinas, gigantes y una tarasca de lengua triple y ojos desorbitados que rueda por el lodazal con una cadena al cuello se van abriendo paso en la mojiganga hacia la Casa de la Ramada, donde Diego de Soto preside un auto sacramental, en nombre de Montalvo, el gobernador ausente. Vecinos y transeúntes, indios y negros, horros y esclavos, soldados y gente de mar, doncellas, damas principales y otras ligeras, todos mezclados, le entran, sin ton ni son, al regocijo caótico de la bullanga. ¿Irá pensando Alonso en el misterio de la encarnación divina en el sagrado cuerpo de Cristo? ¿O lo turbarán el Mundo, el Demonio y la Carne? Entre saludos y aspavientos reciben a los recién llegados bajo el dosel, donde Diego de Soto representa muy bien su papel de Teniente Gobernador. Nadie respeta la cinta que separa a la autoridad del común de los mortales. Un público chunguero, abigarrado, irreverente, se mofa de los que se cobijan bajo la tela encarnada, montada en horcones de cedro y cubierta de pencas. Envueltos en telas de cañamazo y con hojas de parra en el lugar adecuado, actores improvisados remedan a Adán y Eva. La serpiente tienta. Eva ofrece la manzana. Adán prueba el fruto prohibido. Irrumpe el ángel con la espada flamígera. Todo en medio de un ruido endemoniado. Alonso se ve, en lugar del ángel, ondeando el estandarte de la villa, que desde hace años custodia en su hacienda del río Casiguagua. Con la hermana de Rodrigo Carreño, que se abanica con denuedo a su izquierda, habla del gusto que le da criar y ensillar rocines cordobeses, de la carrera a galope desde su estancia en la

Chorrera hasta el casco de la villa, aquella noche infausta en que avizoró, antes que nadie, al francés luterano, de las múltiples ocasiones en que se le ha reconocido el coraje para defender a San Cristóbal a riesgo de la vida. Lo interrumpe la joven para asombrarse con el séquito de gigantes que persigue al dragón. Niñerías, dice el alférez. Cuánto más edificante sería para aquella turba ignara ver ondear el estandarte a los cuatro vientos, proclamando la majestad católica del rey Felipe, presta a vencer herejes de toda laya. Como esos infelices corsarios que, en hostigar a la isla, pierden el alma. ¿Infelices los corsarios? Infeliz la Isla, tan expuesta a las fuerzas del mal. Infeliz la villa, tan dejada de la mano de Dios, a la merced de tanto desenfado. De negros que no conocen ley, que beben sin tasa y bailan sin recato. Muy pocos vecinos lo respaldaron cuando pretendió echar a los horros, sin contemplaciones, a la Florida. Pobre villa, la más incorregible de las Indias. Con el vino a tutiplén en las tabernas, los negros haciendo de las suyas, las negras poniendo negocios con regalos de blancos y los pasajeros dando rienda suelta a los más bajos apetitos. A todos los santos hay que encomendarla. En eso está el alférez, haciendo la señal de la Cruz, cuando el agua se mete a torrentes por todos los huecos, dan voces las señoras empapadas, chillan los perros que pisan los invitados en el afán de correr a guarecerse del diluvio, escurren las sedas, las pencas desfondan el dosel y las sillas nadan en los charcos. Alonso de Roxas corre. Corre a rescatar una tela, con letras bordadas en oro, que el vendaval azota irrespetuoso. *Instaurare omnia in Christo*: palabras enigmáticas que a nadie le importan en el maremágnum. Salvo a él, que se precia de ser guardián y representante del orden del rey y los mandamientos de la madre santa Iglesia en tan revoltosa tierra de nadie. “Échale guindas a la tarasca y verás cómo las masca”, le martillea en la oreja el dichoso latiguillo, entre carcajadas obscenas de un diablillo intruso. Hace dos años que disfruta de los hatos de San Felipe y de Santiago. ¿Recibirá la merced de Isla de Pinos? Se la darán por diez años. Cuando este episodio retrocede en el tiempo, ya está recabando del Cabildo la merced de un solar, en las afueras de la villa, para edificar, en señal de gratitud, la ermita de San Sebastián. Inagotables son las gracias que confiere la Sagrada Eucaristía a los que veneran sin sosiego, como él, la presencia del Señor en el Santo Sacramento. Devoto la ha recibido, de manos del señor obispo, esa mañana de Corpus, cuando el sol empieza a remontar, apenas, sobre la bahía.

Cumplirle al rey y a Marigutiérrez
San Cristóbal de La Habana, abril de 1579

Juan Bautista de Roxas, ahora en el papel de tesorero de la Isla de Cuba, abre su escribanía para responder a los apremios del rey. Espiemos sobre el hombro. Caoba y cedro, quiebrahacha y ébano se volverán artesonados, biblioteca y mobiliario en San Lorenzo el Real. Pinos de Moa, en vez de maderas de Flandes, recorrerán el océano con pabellón de España. Escribe una carta extensa y minuciosa, como merece serlo una misiva dirigida a un monarca en cuyos reinos no se pone el sol. Una carta con dos propósitos. El explícito: ponerlo al corriente de la diligencia que el redactor ya ha emprendido para cumplir sus deseos. El implícito: echar de cabeza a Diego Fernández de Quiñones, que le ha quitado al tesorero los negros de Su Majestad, para ocuparlos en la obra interminable de La Fuerza.

Tan rica isla como ésta no es de olvidar. Se lo escribió el rey al gobernador Carreño, justo cuando el pobre empezaba a morirse. ¿Será por eso que procura la tala de sus bosques? ¿No puede resistirse al deseo de impregnar de aromas cálidos el vetusto y helado monasterio que le servirá de sepulcro en vida y de hogar en la muerte? Es una fortuna que Jerónimo de Roxas Avellaneda, interino de Carreño, sea pariente. Ya han fletado hasta Baracoa, Juan Bautista y él, la fragata Santa Ana: el desmonte, alrededor de San Cristóbal, ya no deja mucho de dónde cortar.

A pesar de aquella mirada, María, no es en ti que piensa en este momento. ¿Quieres asomarte y seguir de cerca la escritura redondeada y meticulosa? No te va a gustar. El que ahora escribe no es el que te besó en el cuello. No es el que hizo contigo aquel pacto silencioso. Es un hombre poderoso. Un hombre de autoridad. Un hombre que ha sabido acrecentar las rentas reales. Que, como regidor, hizo respetar al gobernador las Ordenanzas de Cáceres. Hábil para las alianzas. Astuto. Capaz de inducir la conducta del gobernador a través de su propio hermano, viudo de la prima Isabel. Capaz de ganarse a Antón Recio, el eterno rival de los Roxas. Es un hombre que siente que ha llegado. Que mira hacia atrás y hacia delante. Que hace un balance mientras deja reposar la pluma. Sabedor de que a él le ha tocado ya tomar el relevo. De Juan de Roxas, que descansa en paz desde 1570. De Diego de Soto y Alonso de Roxas, que ya están previendo en dónde los han de enterrar. Para velar, desde los encargos públicos, por la continuidad de un poder y una influencia que la familia no ha dejado de ejercer desde el Cabildo, las armas y las comisiones reales. Un

hombre que estima, en lo que vale, el peso de su apellido. Un apellido asentado en la leyenda de Manuel de Roxas, el más ilustrado de los conquistadores. El que tuvo que irse al Perú, a buscar de comer, al cabo de la vejez. El que pensó que estaría más cerca de Dios en las alturas del Cuzco que en las caldeadas haciendas que fomentó en Bayamo con su pariente Diego Velázquez. El que emigró con la honra intacta. Con fama de probo y pobre. A pesar de las encomiendas que le deparó el parentesco con el Adelantado. Fama de recatado en no recibir dádivas; fama de endeudarse para cumplirle al emperador, ansioso de llenar las arcas vacías con los destellos del oro que fantaseaba en la Isla. Fama de haberle dejado el escenario a trepadores, ambiciosos y corruptos. Fama de evitador de discordias. Fama de velar por los indios, de empeñarse en permitirles vivir libres, de su industria y su trabajo, en pueblos de españoles. Juan Bautista medita sobre la fama.

Y siendo como es hábil y astuto, María, no se engaña. Sabe sopesar. Sabe que el peso del apellido se asentó en la leyenda de Manuel. Pero, sobre todo, en la tozuda persistencia de Juan de Roxas, que no emigró. Que cuidó de Isabel de Bobadilla cuando Hernando de Soto se fue a morir a la Florida. Que se afianzó en las arcas y en las tierras. Que se mantuvo, incólume como su casa, en el vórtice de todos los huracanes, los corsarios, las pestilencias, los dislates y los infortunios. Los diez mil ducados que acaba de invertir el primo Jerónimo en la Parroquial Mayor dejan, piedra sobre piedra, testimonio.

Cuando Juan Bautista rubrica la misiva, María, ya está pensando en el gobernador Carreño. Tendrá que darse una vuelta por la Casa de la Ramada. El infeliz sigue postrado y ningún facultativo sabe qué hacer con la dichosa pasión de orinas que le han diagnosticado. Y de paso aconsejará a Rodrigo, viudo de una hija de Diego de Soto y aspirante a hincarse ante el altar junto a María de Roxas, la del tío Alonso que se llama igual que tu madre. Le hace falta dispensación papal y ya le ha esquilmado un licenciado trapacero de Madrid más de novecientos ducados sólo para mandarle una coja e inservible. Puesto que se trata de Juan Bautista, María, no dudo que te gustará acompañarlo cuando se encamina, bordeando la ciénaga, a la casa de gobierno, elucubrando en la pertinencia de cambiarle el techo de palmiche, por donde no sólo se cuelan ratas sino una insidiosa humedad que agrava la salud del achacoso Carreño. Para mi sorpresa, sin embargo, Juan Bautista cambia de rumbo. No irá a la Casa de la Ramada sino a la del escribano Borroto. Sólo que dando un rodeo. ¿Para qué? Para darle una buena noticia a Marigutiérrez. Todavía no la conoces. Ya lo sé. Tampoco te va a gustar. Es una angola de piel amoratada como los caimitos, de pechos henchidos y grupa espléndida, como el capitán no ha conocido en ninguna castellana. Yo cumplo con seguir al personaje.

Es él quien decide a dónde se encamina. Descubro, apenas, que a Marigutiérrez la ha casado Juan Bautista con Juan de Talavera, su criado. Y que luego parió a una mulatica, que llamaron Francisca de Talavera. Y que al escribano, a cuyo escritorio se dirigen, le expondrá nuestro capitán sus motivos: el amor a Nuestro Señor que, espera, le será retribuido, los buenos servicios del criado y la afición que le ha cobrado a la pequeñuela. Han terminado, para Marigutiérrez, los días de servidumbre. De hoy en adelante, queda libre y horra por voluntad de su amo. ¿Y tú cómo quedas, María? ¿Celebrando el buen corazón de Juan Bautista? ¿Doliéndote de que nunca, nunca jamás, engendrará un hijo en tu vientre? ¿Sonriendo? ¿Llorando? Aquí, en la neblina, suelen confundirse las risas y las lágrimas. Dejemos que sea el tiempo el que las ponga en orden.

El tiempo de los fundadores
San Cristóbal de La Habana, 7 de mayo de 1579

1579. El año en que Sifontes le vende a Hernán Peláez su mitad del hato de Caimiabo. El año en que Bartolomé de Morales enviuda. El año en que extiende poderes a Juan Bautista de Roxas, tesorero, para cuidar sus intereses mientras viaja a Sevilla estrenando mujer joven. Un año de esos que suelen marcar un término y un principio. Un tercio le falta al siglo, pero lo que debe madurar ya ha madurado y el tiempo de los fundadores se ha cumplido. Juan Pérez de Borroto recibe en su casa, cuyo entresuelo le sirve de bufete, a Sifontes y a Roxas. Antes entró un fraile: Francisco de la Cruz, guardián de convento. Entran Diego de Soto, alcalde, y Alonso de Roxas, regidor. Ha llegado el momento, para ellos, de devolverle al Señor algo de lo mucho recibido. Vale la pena disponer de un sólido caudal a la hora de acudir ante el Altísimo.

En presencia de dos testigos, tu marido y tu primo, María, se comprometen. Se harán, a su costa, las tres capillas de la iglesia de San Francisco. La congregación, representada por ese fraile amoroso de los animalillos de Dios, que lleva bien puesto el nombre del santo y se ha traído en brazos a un gato gordo y ronroneador, reconoce como patronos a Alonso, de la Capilla Mayor, y a Diego de Soto de la Capilla del Evangelio. Adquieren derecho a enterramiento, para ellos y sus sucesores, en las capillas de su patronato. En la Mayor podrán enterrarse, con beneplácito del patrono, frailes y bienhechores de la casa. No escatimarán gastos. De cantería y de ladrillo se levantarán los muros, que luego se encalarán. Habrá arcos y rejas de madera torneada. Se armarán los tejados con madera labrada a escuadra, bien solada. Quedarán los altares aderezados, para celebrar dignamente los oficios divinos. Limosna y obra de tanta envergadura merecen las preeminencias del caso, que se otorgarán a los que se obligan en sus personas y bienes muebles y raíces, habidos y por haber. Renuncian, ellos, al *duobus rex debendi* y al *fide jusoribus,* previamente informados por el escribano del contenido de tales derechos.

Abundan elogios para la compostura de los franciscanos y críticas para el relajamiento de los dominicos, que no hacen más que recibir religiosos expulsados de la Nueva España por sus costumbres livianas. Como que dos de ellos acaban de ser descubiertos, fraguando la muerte del prior que los había reprendido.

De ahí a la taberna de Marigutiérrez. *Exit* el fraile. Juan Bautista y Marigutiérrez intercambian miradas llenas de deseos y de promesas.

Dos negritas hacendosas, con zarigüeyas ralas, atenderán a los clientes, incluyendo al escribano, que las tientan a su gusto sin cuidarse de la mirada severa del austero tío Alonso. Sí, María, también tu marido. Que no puede estar más distraído cuando el tío le recuerda el gran parecido de su hija, la que pretende Rodrigo Carreño, con la hermana que él más quiso: tu madre, María. Es obvio que se lleva mejor con el tío Diego. Yo diría que a ambos los aproxima el gusto dilatado e inagotable por la vida. Suerte para ti, María. Eso, de seguro, te hará más llevadera la distancia que ponen las conveniencias entre el primo y tú. No olvidemos que a la afinidad de talante entre uno y otro Diego, y a los buenos oficios de tu tío, se debió tu matrimonio. No hay duda, mirándolos, de que Diego de Soto lo quiere como a un hijo. Un hijo con las cualidades que a él le sobran y que ninguno de los de su sangre le ha heredado. Casándolo contigo, María, no hizo más que enmendarle un poquito la plana al Creador.

¿ En qué está pensando Sifontes, María? ¿En su habilidad para comprar barato y vender con ventaja? ¿En aquel día en que intervino como alcalde, en Sancti Spiritus, en la venta del hato de Caimiabo, que Alonso de Ávila recibió como merced y luego tuvo que rematar en trescientos ochenta mil maravedíes? ¿En lo poco que tardó en comprarlo, a medias con Hernán Peláez? ¿En lo bien que se ingenió para venderle al socio su mitad en setecientos cuarenta y ocho mil maravedíes o, lo que es lo mismo, dos mil ducados? ¿En las razones que ha tenido para preferir Sancti Spiritus primero, y luego el Príncipe, a la agitada, marañosa y malviviente San Cristóbal de La Habana? ¿En esa mujer que lo retenía en Sancti Spiritus? ¿En cómo se le han ido buena parte de sus años en impartir justicia, fijar límites, servir de testigo en compra y venta de hatos, cuidar de los propios y recibir y extender poderes, contraer obligaciones en plata ensayada, quintada y marcada de la Nueva España por adquirir piezas de paño altamirano, camisas de roán con cuellos de Holanda, otras de hilo de Portugal, sombreros de fieltro fino, cañamazo para vestir a los negros, resmas de papel para llevar al día las cuentas y pipas de vino de Canarias? ¿En que llegó a la isla el mismo año en que, en Madrid, tu padre y tu madre se casaban, el año en que murió Juan de la Torre? ¿En que tenía entonces quince años y quince tenías tú, María, cuando te llevó al altar Juan Bautista, en su nombre, para contraer el Sacramento? ¿En el tío Martín Sifontes, que lo hizo venir de España para dejarle su hacienda porque se había quedado aquí solo, él y su alma? ¿En lo mucho que le sirvió al tío aquella Cédula del rey Carlos, dirigida al Adelantado, encareciéndole que lo ayudara y lo favoreciera? ¿En que han pasado, desde entonces, sesenta años? ¿En lo mucho que le satisface que los documentos que se protocolizan en Sancti Spiritus lo llamen, invariablemente, “el magnífico señor Diego

Sifontes”? ¿De nuevo en esa mujer de Sancti Spiritus? ¿En ti, María?

La vocación de una vida
San Cristóbal, Bayamo, Santiago, entre el verano tórrido de 1580 y el de 1586

1580: un terremoto en Santiago. Empieza una década que va a ser turbulenta. Recordemos que, dentro de esta neblina, todo ocurre al mismo tiempo. Sembrar vientos. Cosechar tempestades. Todos se acusan, entre sí, de hacerlo. Terremotos y huracanes: signos ominosos. Señales de advertencia. O de castigo. ¿Términos de un ciclo? ¿Principio de otro? La Isla se agita en su remolino. La asedia el agua. La tierra, allá abajo, donde dicen que está el infierno, se estremece. Los demonios salen de sus entrañas y se desparraman a los cuatro vientos. Arden las pasiones. Las que enciende la intemperancia del clima, que atiza fogosos temperamentos amatorios. Que provoca lances. Que pone a flor de piel escozores. Que suscita arranques impetuosos. Por preeminencias y por mandos. Que enhebra falsos testimonios. Que enciende intrigas. Para quitarse, unos a otros, la honra y la hacienda. Todo es culpa del clima. Pero unos y otros se acusan. De sacar dinero, sin autorización, del arca de las tres llaves. Acusan a Quiñones, el alcaide de la Fortaleza, por permitir que sus mílites descalabren prójimos, disputándoles las esposas a los vecinos encumbrados con las armas en la mano. Y como Carreño, por fin, se ha muerto, acusan a la mujer del alarife Calona de haberle precipitado la muerte con un platillo de manjar blanco.

Culpa del clima y de las flotas. Porque en La Habana recala la resaca que dejan las flotas reales. Mercaderes quebrados. Mujeres huidas. Facinerosos y vagabundos de toda laya. Frailes en hábito de legos, deportados, pillos, pleitistas, buscadores de fortuna, tahúres: un muestrario de aventureros que se mezclan y se confunden con pasajeros prepotentes, hijos de virreyes y de familias rumbosas de la Tierra Firme y de la Nueva España, que cometen tropelías en casas respetables, agraviando a padres y maridos. Refugiados de la Florida, mercaderes, artesanos nómadas, genoveses, portugueses y flamencos haciendo tratos entre sí y con estantes y vecinos arraigados en el puerto más ajetreado de las Indias. Su donaire ultramarino y la desenvoltura de modales y costumbres ni Veracruz ni Cartagena pretenden disputarla. Pero todo eso se paga, dicen los que no dejan de decir. Porque frenos y leyes se echan a volar. Con la misma velocidad y la misma travesura de los vientos encontrados que, como pasajeros en tránsito, entran y salen, salen y entran y todo lo revuelven en la villa y puerto de San Cristóbal de La Habana.

Si hay que creerle al tesorero Roxas, que le está escribiendo a la Audiencia por no perder la costumbre de cartearse con los poderosos, todos aquí viven espantados. Por todo eso y por las infames querellas de Quiñones contra el gobernador Luxán, todos aquí son enemigos. No olvidemos que corren los ochenta de los mil quinientos y que España se desliza hacia el ocaso de su gloria. Un fantasma recorre la Isla. El fantasma de Francis Drake. Hacía falta que el dragón inglés bufara humo en las inmediaciones de La Habana para amainar los enconos. Entre aguaceros y mosquitos pasan los vecinos, en las zanjas, los cuatro días que Drake amaga a la villa, desplegando en el horizonte sus treinta navíos. Hay atalayas en La Chorrera, en la estancia de Alonso de Roxas, y en La Punta. Juan Bautista ha sido el primero en echarse el azadón al hombro para cavar trincheras. Pero en Bayamo y en Santiago hay otro protagonista. Es Gómez de Roxas.

Tú debes conocerlo mejor que yo, María. Tu destino se cruzó con el suyo cuando dos naves se avistaron en medio del océano. Empujada por vientos del oeste, la de él navegaba hacia España. La Santa María de Guadalupe, protegida por los alisios, contigo y Juan Bautista y Gregorio adentro, viajaba hacia Cuba. Luego supiste que el Adelantado Menéndez de Avilés le había deseado una mala muerte cuando lo desterró de la levantisca Habana de los sesenta, para entregárselo al capitán de aquella nave que retornaba a España con una instrucción: depositarlo, por ahí, en alguna islilla desierta. Oíste decir que lleva la cruz en el pecho y el diablo en los hechos. Pero también es tu primo.

Y combatió bajo los pendones de don Juan de Austria. Y se lanzó, en Granada, a diezmar moriscos alzados. Le quedaron arrestos para volver a Cuba. En el 73. Cuando era interino de Montalvo el tío Diego de Soto. Que tuvo la ligereza de encomendarle el Castillo. Y él la osadía de insolentarse. De pasarse cinco días, dueño y señor de la única defensa de La Habana. Encerrado con cuarenta y siete soldados y un artillero. Alzada la plancha y sin dejar que nadie entrara. Salvo dos negras intrépidas, que los proveían de bastimentos. Tú sabes que un segundo destierro lo devolvió a Castilla. Y que no tardó en regresar. Vino a cobrar sus rentas y a birlarle la mujer a otro marido desprevenido.

Todo es agua pasada. Hoy Luxán lo ha investido del mando en Oriente. Con plenos poderes. Mientras la sombra de Drake, que se hace una con la neblina, cubre a la Isla. Mientras Hernán Manrique, su hermano, conduce hombres y socorros, por mar, a La Habana. Mientras Luxán levanta milicias en los caminos enmontados. Por cierto que Sifontes, encamado por inoportunas calenturas, no ha podido unirse al contingente que le ofrece Puerto Príncipe a Xavier de Luján. Pero le ha enviado dinero y los vecinos de su mayor confianza.

Y en Sancti Spiritus Hernán Peláez, con Juan Rodríguez de Albor, tu sobrino, encabeza a más de cincuenta.

Ahí está Gómez en Bayamo, haciendo justicia sumaria. Ha colgado a siete corsarios franceses. Lo ha descomulgado el Obispo. Porque resulta que el provisor y él tenían con ellos tratos furtivos, de contrabando. No se inquieta Gómez. El Obispo, dice, más parece lobo que pastor de almas. Llega luego a Los Caneyes. Otros herejes, mientras tanto, se han adueñado de Santiago. La gente huye, en desbandada, hacia los montes. Menos Lizano Luyando, escribano, y Alonso de Mundaca, procurador, que se obstinan en no abandonar tanta destrucción. Apenas quedan en pie trece moradas, de mampostería y cantera, más un hospital y dos ermitas. Se tambalean, en ruinas, la catedral y un convento.

Y ahí está Gómez de nuevo. Disponiendo, desde Los Caneyes, bandos, pregones y notificaciones. Haciendo tocar atambores y juntando en misa a vecinos y estantes, con armas y azadones, para emprender, todos juntos, la reconstrucción de Santiago. Si no se acomiden, habrá multas y hasta destierro perpetuo de Indias. El capitán descomulgado se obstina en seguir sirviendo al Rey, mal que le pese al Obispo.

Entre mandar a quemar cadáveres franceses que empiezan a apestar, mandar a negras granjeras a proveer el sustento de vecinos, mandar que se sacrifique al día el ganado requerido, mandar a los carpinteros que se esmeren en sus bancos, mandar a libres y esclavos a limpiar calles y retirar escombros, mandar a vecinos pobres a levantar sus cobijos de yagua, tabla y guano y a los ricos a disponer que lo quemado y lo derrumbado resuciten del desastre, Gómez de Roxas Manrique satisface, con creces, la vocación de su vida que es, por supuesto, mandar. ¿Y los díscolos pobladores obedecen? Obedecen. Porque el miedo los concierta. El miedo al castigo divino. A la naturaleza inclemente. Al invasor.

“No puedo decir que haya sido gobernador, sino yunque y terreno de injurias”. Lo dice Luxán, repasando esos años inclementes. Pasan los meses. Gómez de Roxas, quejándose de pobreza y vejez, otorga poder a su hermana Inés, en Madrid, para solicitarle al rey, en remuneración a “una larga entrega a su real servicio”, un gobierno en Indias. No se lo da el rey. Quiñones, mientras tanto, se muere de gota. El soldado arrogante previene su sepultura en el convento de San Francisco. Habrán de hacerle los oficios como a fraile y hermano. Acompañándose el entierro con banderas y soldados, los arcabuces debajo del brazo y la boca hacia el suelo, las banderas arrastrando y las cajas de atambores destempladas, como a alcaide y capitán del rey corresponde. En la pared más cercana a la sepultura le pondrán una bandera y, al pie del asta, rodela, celada y espada. Todo ha de quedar

puesto allí para siempre. Perpetuo. ¿Perpetuo? Eso deja dicho: perpetuo. Y añade, a su pesar: “Hasta que se acabe”. Porque, como tú y yo bien sabemos, María, no hay nada en este mundo, nada hecho por los hombres, que no se acabe.

Algo que nadie podrá desatar
San Cristóbal de La Habana, octubre de 1588

¿Ni siquiera el amor? Ni siquiera. Aunque a veces deje huellas que parecerían eternas.

Los indios de Guanabacoa y los del barrio de Campeche presienten el huracán. Han levantado la yuca y andan ocupados haciendo casabe. Se fue septiembre pero el calor arrecia. Soplan vientos del sur y otros que vienen del rumbo de Vuelta Abajo. Flota una humedad densa. Empiezan a invocar los negros a Changó y a Oyá. Los dueños del rayo y la tormenta sabrán protegerlos de sus furias. Indios y negros se juntan. Algo va a pasar. Van a la cueva. Las mujeres danzan, en torno al dios del huracán, con sus canastas de casabe. En el bohío les servirá de resguardo. Los hombres esparcen caracoles rotos, abiertas las espirales que evocan al viento, vacíos de ruido marino.

Pero el olor a mar impregna la extraña turbación del aire, el cielo está cerrado y de abajo sube un mugido sordo, como si fuera a temblar. Los indios llevarán la voz. A Hernán Manrique, que es su protector. Que está casado con india. Que les consiguió sitios para puercos por el rumbo de Cojímar, algunas leguas para montear ganado, tierras de labor para yucas y maíces, ajíes y boniatos y hasta platanales. Hernán alerta al Cabildo. El Cabildo esparce la voz. Amparar embarcaciones. Atrancar puertas y ventanas. Acopiar velas y velones, agua, frijol, yuca, casabe, pan español y cuantos bastimentos puedan precaverse. El encierro puede durar días.

El crepúsculo es enigmático. Quizás hermoso. Se va esparciendo un resplandor rojizo. Se persiguen, sin concierto, las nubes, entre destellos verdosos, sombríos, amenazando con arrastrar árboles de viento hacia un horizonte espectral, donde el cielo y el mar se confunden en inquietantes abrazos. Masas grises y negruzcas se acumulan sobre lo que ahora parece un pequeño caserío apretujado al borde de la bahía: la villa. El oleaje ha seguido fluyendo hacia el oeste, como en los días tranquilos. Pero de repente empieza a insinuarse un ronquido sospechoso: el mar se mueve, en sentido contrario, hacia el este. Cargando un guanajo y algún puerquito corren los más pobres a las iglesias y a los conventos. En la intemperie de los potreros quedan las vacas, encomendadas a los santos o a los orishas. Hay quien ha visto terneras clavadas en el asta de una palma. Y contimás tortugas y jutías y pescados transportados por los aires. Salen crucifijos y rosarios que se vuelven detentes, sobre puertas y ventanas. Las ráfagas, más y más veloces, configuran una envolvente

culebra de viento y de agua. La gente se persigna. Bandadas de gaviotas asustadas se estrellan, fulminadas, en los arrecifes y se las traga la marejada.

Un silbido furibundo ronda las casas, mientras alguien dirige el rezo del rosario. En las casas principales, por supuesto. Sólo los niños no tienen miedo. Gozan la baraúnda. Me parece divisarte a ti, María, siguiendo las cuentas del rosario, en el estrado de una de esas casas. Me parece que lo adivino: es la de Francisco Calona y Leonor Peralta. Te veo a ti y a Sifontes, con algunos de los hijos: Isabel, Pedro, Juan y Gregorio. Veo a Isabel y a Ana Calona contándose las penas en un rincón, simulando que rezan. Isabel menciona mucho a Lope de Miranda. La negra Nicolasa se ha llevado a los muchachos y a María Ana. Los ha sentado a su alrededor, junto al fogón. Yemayá Olokún habita en el fondo del océano y en días de tormenta sale a danzar por el mundo. Les da a beber jugo de caña. Los rocía con agua de Papá Dios que viene guardando desde el Sábado de Gloria. Hay que tener cuidado. Los ireme se aparecen cuando los niños son malos y se los llevan, bailando como diablitos, al mundo de los muertos. Veo a María Ana y Gregorio que se toman de la mano. Nunca han sentido semejante cosquilleo, que es miedo y curiosidad y anticipación y quién sabe cuántas otras cosas, que más tienen que ver con el amor que con la vecindad de este mundo con el otro. Por mediación de la negra conga, que les da la bendición a la luz temblorosa de un velón y de la candela que arde en los fogones, algo que nadie podrá desatar los junta. Tú y yo sabemos que es para siempre. Es un gesto que sigue repercutiendo hoy, cuando lo cuento. Yo, que vengo de tu progenie, María, y de la de Gregorio y María Ana.

Mientras, aguzando el oído, oigo voces de mujeres que parlotean. De hombres que hablan de lo mismo de siempre. ¿Hay afuera una desolación tenebrosa? Ha cesado el bramadero. Una luz se ha colado por un postigo entreabierto. Han enviado a esclavos, con hachones, a hacer recuento de daños. Alguien afirma que ya brilla un lucero y que el peligro ha pasado. Afuera, techos desfondados, arbustos arrancados de cuajo y palmas humilladas. Dentro no hay daños. Habrá que salir, mañana, a los potreros. Se han confiado. Se les olvida lo que sigue. Mandan quitar las trancas. De repente, otra vez el viento, cargado de agua, azotando puertas, inundando interiores, furibundo. Y otra vez a pensar en pecados y pecadillos, en culpas y escarmientos. ¿Por qué han de pagar justos por pecadores? Virgen Santísima, escucha nuestras plegarias. ¿Dónde se han refugiado los que tendrían que estar rezando trisagios al Santísimo Sacramento? ¿Qué pasó con las oraciones *ad repellendas tempestates?* ¿No se dijeron, en la parroquial, las palabras propiciatorias, *spirituales requitiae repellantur et discedat malignitas tempestatum*? Parece que la furia amaina. Que canta, por ahí, algún

gallo. En las cocinas, en los entresuelos, los negros buscan cortar en dos la potencia que los aferé burukú han desatado. Hay que encerrar en botellas los nudos de los vientos. En Campeche y en Guanabacoa dicen que han hablado lo suficiente las voces del corazón del cielo y de la tierra. Que ha dicho cuanto tenía que decir el padre de los vientos. Que detrás del trueno y el relámpago todo va a recomenzar, regenerado.

Fango y arena. Yaguas y palmiche empapados. Palos de frutales desmochados. Peces muertos sacados por la marejada. Tortugas refugiadas en el caparazón que no se deciden a dar señales de vida. Bandadas de pájaros que se salvaron del desastre y ahora descienden a devorar, ansiosos, granos y semillas dispersos por la tempestad.

Sirvieron los macutos de lembalemba para proteger las casas de tabla y los bohíos de caña brava. Hay que acarrear palmiche, eso sí, para reemplazar los techos que volaron. Deben darse prisa, indios y negros, porque no tarda en llamarlos el Cabildo para que limpien la villa de lodos que dejó la borrasca.

Cuando la naturaleza se serena, truenan los frailes. San Francisco no se tentó para dar el cordonazo. Turbulencia para la villa turbulenta. Viento y agua para tanta disolución. Salen los congos a prenderle velas a tata Pancho Kimbúngila. ¿Será verdad que fue por tanto tambor, y tanto meneo y tanto rebumbio?

El Cabildo se quedó sin casa. ¿Serían tantísimas las culpas de los regidores? ¿O escogió la Providencia la casa que los representaba a todos? Reflexionad, hermanos. Es bueno que estén todos reunidos. Todos conciliados en el recinto del Señor. Ricos y pobres, labriegos y herreros, militares y artesanos, torneros y zapateros, pescadores y calafates, albañiles y boyeros, sastres y aguadores, alguaciles y plateros, doncellas y casadas y todas las que no son ni lo uno ni lo otro, negros y negras, esclavos y horros, indios de Guanabacoa y de Campeche. El anuncio se hace al salir de misa. El Cabildo usará como su casa, en lo sucesivo, la que ha sido del tesorero Juan Bautista de Roxas. Se tomarán cuarenta mil reales, o sea, tres mil seiscientos ducados de la sisa de la Zanja para pagarle. ¿Un millón de maravedíes? Así es.

Juan Bautista piensa en partir. Algo se le está removiendo en el ánimo al primo adorado, María. Algo que se obstina en perturbarlo. Empiezan a molestarle los tufos de tasajo, de pescado y de mariscos y el que sale de las aguas estancadas de la ciénaga. ¿No solía decir que se limpiaban todos en el aroma intenso de sal marina que había aprendido a amar, casi tanto como a las mujeres, en sus treinta años de vecindad en La Habana? Resulta que una inesperada nostalgia de Castilla lo está invadiendo. Y algo María, algo, va a tener que hacer con ella.

Un porvenir bien tasado
San Cristóbal de La Habana, cerca del 15 de febrero de 1596-Puerto Príncipe, 25 de marzo de 1600

La dote que aporta María Ana Calona y Peralta a su casamiento con Gregorio de la Torre Sifontes es generosa. Era de esperarse. Su padre se ha tomado veinte años de su vida y de la paciencia de los habaneros para construir La Fortaleza. Y ha cobrado religiosamente, año con año, ochocientos ducados. Más otros cien cuando lo solicitaban para supervisar las obras de La Zanja. A pesar de todos los pesares y de cuanta omisión o exceso se confabulan para atribuirle, es fama pública el prestigio de que goza su sapiencia, visto y demostrado como está que nadie conoce, como él, de obras de ingeniería.

Entre la Fortaleza, la Zanja y la mesa de juego se le han resbalado, placenteros, sus largos años cubanos. No le pesó nostalgia alguna de su Génova nativa ni de Sevilla, donde ciertos trabajos en la catedral le valieron la recomendación amplia que lo trajo a La Habana. Mientras madre e hija detallan cuánto falta para ajuarear la casa de San Cristóbal y la de Puerto Príncipe, instruyéndose la niña en el mejor modo de ordenar a la servidumbre y de llevar las riendas, algo en lo que es muy ducha y diestra la madre, el maestre de la Fortaleza hace memoria. ¿Cuántos años han pasado desde aquella zozobra, cuando no llegaban los situados y se soliviantaron canteros y albañiles porque no se les pagaba? Lo retaron: si tanto les urgía, que el gobernador y los oficiales reales hicieran el trabajo. No se inmutó. Tuvo aplomo. Prestó de sus haberes. Y un día llegaron los situados. Mucho le debía la villa: diseño y factura de la más importante fortaleza de Indias y desvelo por la salud de los vecinos, que gracias a él se hizo la presa para que el agua que habría de correr por la Zanja no se contaminara ni le cayera tanta tierra floja que se desprendía de la loma del Príncipe. Quince años tenía de entregada La Fortaleza. Y cuatro que el boquerón del Chorro derramaba agua limpia para el uso de vecinos y de flotas. No le reconoció el mérito Juan de Tejeda y puso en El Chorro su nombre, solitario. Han sido ingratos con Calona, se dice el maestre que pensando en sí mismo suele hacerlo en tercera persona.

Las mujeres lo sacan del soliloquio. Faltan ciertos solares y una regular estancia para la dote de María Ana. Sea. Le halaga mostrarse generoso. ¿Y por qué no tres alfombras y un carruaje de mulas? Sugiere María Ana enseguida una cama torneada, de caoba, con su cuelga de tafetán colorado, mesilla y arcones de cedro, bufete y diez sillas y dos bargueños para comedor y estrado, almohadones de

terciopelo y unas cuatro sobremesas de damasquillo de China. ¿Por qué no un lienzo de Flandes, ese que ayer dudó en adquirir por no quedarle muro vacío en la casa? Madre e hija se enfrascan en anticipos del casamiento y la misa de velaciones. A Calona lo reclaman, en el balcón, la brisa y la luna. Siempre le ha deleitado la brisa. Con la luna ha tenido largos tratos. Es noche de luna llena. Está enorme, redondísima, soberana en el horizonte. Entra en el embudo del tiempo. Tiene quince años menos. Regresa de una velada de naipes. A tiempo para observar el eclipse, como se lo encargó el rey. Se ha hecho traer de Italia lentes especiales. Tiene cincuenta y tres años. El eclipse es de buen augurio. Después de tantas maledicencias, empieza a cambiarle la suerte. Ya nadie murmura del manjar blanco. De que no hizo a conciencia la obra. Su obra magna. De que se tardó veinte años. De que costó cincuenta mil ducados. De que se trasmina la piedra caliza. Ya ni quiere acordarse. Hasta le hicieron residencia. Y ni una prueba aportaron. Tuvieron que tragarse los infundios. Tuvieron que rehabilitarlo. Quienes lo pusieron en descrédito luego volvieron por sus consejos. A pedirle que supervisara la Zanja. Porque la gente se iba a pique en las barcas, cuando había norte, trayendo botijas. Y ahora lo sacan de su retiro para pedirle que repare las losas del techo de La Fuerza y sustituya las calizas por otras de hormigón de tierra y cal. Lo invitan a inaugurar mañana, con el gobernador Maldonado, la cadena de tozas de cedro, con engarces de fierro, que cerrará por las noches el paso a la bahía, entre el Morro y San Salvador de la Punta. Por mucho que lo ha intentado, no pudo convencer al gobernador, ni al rey, de que La Punta salía sobrando. Pero no pueden prescindir de Calona en los fastos de San Cristóbal de La Habana. Y eso le halaga. Por mucho que haya recalcitrantes que siguen intrigándolo. Y murmuren que, como hicieron La Punta contra su opinión, no asistirá al acto.

Suena la campana de ánimas. Con la autoridad que suele poner Leonor en los más mínimos detalles cotidianos, sale al balcón para reclamarle que las acompañe en el chocolate y las yemas sevillanas que le surten las beatas. Él se despide, como cada noche, de la niña de sus ojos, de la obra de su vida. No le gusta el toque de ánimas. Prefiere anticipar campanas de boda. Y el órgano y el coro de seis frailes. Estoy segura, María, de que no te pierdes detalle. Al más mimado de tus hijos, la boda le asegura un porvenir bien tasado en ducados. Al italiano, que en más de una ocasión se jugó el porvenir al azar de un as de bastos, le promete un linaje impecable. Se morderán la lengua. Ya no se pondrá en comidillas la vida y milagros de Francisco de Calona y de Leonor Peralta.

Pasamos al Príncipe. Es el 25 de marzo del 1600. A diez años del desastre de la Invencible, la hacienda real no ha podido resarcirse. Ni

vendiendo oficios reales y cargos concejiles, que pareció lícito y justo ponerlos en almoneda y adjudicarlos al mejor postor. Si en la Corte los tiempos son dilatados, en la tierra adentro todo transcurre al ritmo perezoso de la naturaleza enervante. Hasta ahora se enteran los vecinos del Príncipe. Francisco de la Cova, comisario de la Audiencia, los apercibe. Pedro, el negro de Lope de Zayas, repite con su voz ronca, pero melodiosa, el anuncio. Son tres los que pujan, los tres nacidos en la villa: Juan de Miranda, Fernando de Zayas y Gregorio de la Torre. A los seis mil reales que ofrece por llamarse Alférez Real acompaña Miranda el único mérito que no pueden discutirle: ser bisnieto del conquistador por antonomasia, del primero que pagó quintos a Su Majestad del oro que se sacaba en la Isla, del Fundador, de aquel varón tan principal que nadie lo igualó en caudales ni hubo nadie que llevara consigo a todas partes, como él, un capellán para decirle misa. El mérito, en suma, de descender de Vasco Porcallo. Nueve mil reales ofrecerá Fernando de Zayas por el oficio de alguacil mayor para un sobrino suyo, Diego, que no acaba de cumplir los quince años, comprometiéndose a ejercerlo mientras entra en edad el mozo. Por ciento cincuenta ducados de a once reales le adjudican a Gregorio de la Torre Sifontes el oficio de regidor que ha usado, hasta hoy, Blas de Roxas: “Para que lo tenga, posea y ejerza de por vida en cuantos casos y cosas del servicio de Dios y del rey se ofrezcan.”

No hay constancia, por cierto, en la certificación que recibe de Silvestre de Balboa, de si los ciento cincuenta ducados son, o no, de la dote de María Ana. Firman, como testigos, Julián y Juan de Miranda. Ni tú, María, ni Sifontes, ni Gregorio ni María Ana, imaginan las zozobras que ese apellido le ha de traer, en apenas veinte años, a la familia entera. Por lo pronto, tus hijos se abren paso en la vida. Y el que dormía en aquel sueño entre Juan Bautista y tú, el más pequeño de todos, el que hubieras deseado que fuera suyo, ese es ya hombre casado, le ha engendrado a María Ana un hijo que se llama como él y ya empieza a presumir de regidor perpetuo.

Cartas van y cartas vienen
Hortaleza, agosto de 1592-Madrid, Jueves Santo de 1610

Me hace señas Juan Bautista: lo he pasado por alto sólo porque se perdió de vista, sólo porque se volvió a España. Me recuerda que lo dejamos hace un rato pensando qué hacer con su nostalgia. El tío Diego lo ayudó, me confía, a decidirse. El 21 de abril de 1592 le pidió que estampara la firma al pie de un testamento. Por noventa años había sido testigo del siglo y a fe suya que lo había disfrutado. Saliendo del escribano le hizo sus confidencias. Se le venían a la memoria, de cuando en cuando, chopos tiernos en largas filas, rubios como los trigales meciéndose en el airecillo matutino, y la torre de una iglesia, flotando en el sol del mediodía. El sol de Castilla, Juan Bautista, le insistía con aire tristón, evocando a la madre Isabel y a la hermana María. Se le había pasado el tiempo. Fue en ese instante que dejó de dudar. Era el momento de emprender la vuelta. Otro par de años y el abrazo húmedo de la Isla lo atraparía para siempre. Como a los tíos y a los tíos de los tíos. En la cancelación, irreparable, del deseo de desear España.

Me dice: "Llegué a tiempo a Madrid. Me esperaba una boda. En Hortaleza. Mariela de la Torre y Diego de Campuzano serían los novios. Mi hermano Cristóbal, beneficiado de San Andrés, el oficiante. ¿Y sabes quién fue testigo? Juan de la Torre, mi primo el escribano. Fue así como los dos volvimos a Hortaleza, treinta años después." En Hortaleza se habían reencontrado. A una legua de Madrid, otro domingo de agosto. El ex-tesorero de la Isla y el procurador de hijosdalgo de la villa, tan desordenada y maloliente como el año en que la hicieron Corte. Juan Bautista, dispuesto a retomar el hilo de la otra vida, que le había pasado de lado, encarnada en el rostro y el porte garboso de otra María, su hija natural. ¿Por qué se parece tanto a la prima del Príncipe? Señales curiosas y secretas de los veneros subterráneos del destino. Eso me sugiere Juan Bautista en un rapto de inspiración y de sinceridad. Juan, me lo describe, es un hombre sin trastiendas, satisfecho de las rentas que saca de los viñedos de Hortaleza, tan extensos ya como copiosos han sido los ingresos de escribanía y procuración, ganados con un prestigio sólido, y, ¿por qué no reconocerlo?, con las inmejorables relaciones que le allega al parentesco con Sebastián de Vega, secretario de Su Majestad y primo de Margarita, su mujer. ¿Se parece Juan, por lo que veo, al personaje que un día anticipó el abuelo? ¿Al que se le iría la vida, sin disfrutarla, en un oficio meticuloso y aburrido?

No importa. En la huerta, en el festejo de la boda, corre el vino y el humor. Todos ríen las chanzas y ocurrencias del indiano, que se empeña en competir con Lope de Vega, al que han traído Luisa y Sotolongo, que pronto lo tendrán de vecino en la calle de Francos. Alcaldes y regidores se sacuden los polvos de treinta años, las briznas del tiempo, para alternar con otros labriegos, con criados y marineros, vagabundos y pícaros, hembras livianas y toda la fauna portuaria que saca a relucir, para deleite del hacedor de comedias, quien aparecerá algún día en los libros de historia como el último jefe del poderoso clan de los Roxas. Por el tío Bartolomé de Sotolongo no han pasado los años, gracias a Luisa, la sobrina, con la que matrimonió con las debidas dispensas. Gravedad y compostura están de más en la algarabía de la fiesta. Se habla alto. Se compite en gracejos. Mozas y mozos bailan zarabandas. La presencia del inquieto escribidor vuelve el patio vocinglero en corral de comedias. Su popularidad apenas empieza. No le han levantado el destierro. Pero ya le anda por cambiar Alba de Tormes por la Corte madrileña. Cuántos de los que estábamos allí, me confiesa Juan Bautista, no le habríamos cedido, gustosos, un pedacito de alma a cambio de un hueco para acomodarnos en su gran teatro del mundo. ¿Qué pasa, Juan Bautista? ¿Confundes al Fénix de los Ingenios con Calderón de la Barca?

Pasamos adelante. Cuéntame mejor de esos años que estás recuperando. De los muchísimos casamientos que han celebrado en Hortaleza, mientras tú pasabas a Indias, los Roxas, los Sotolongo y los de la Torre. ¿Ofició en todos el presbítero Cristóbal de Roxas? Déjame imaginar a ese hermano, diez años más joven que tú. ¿Sigue tan sonrosado e imberbe? ¿Con eso de administrar los santísimos sacramentos se le ha adherido, como una segunda naturaleza, esa frescura inmarcesible, que parecería que no le deja huella el tiempo? Todos dicen que sigue igual a aquel día en que dio por verdaderamente casada a la hermana de ambos, Isabel de Laredo, con Juan Donayre, en mayo de 1576, recién ordenado y muy mozo todavía. Igual que cuando bendijo los matrimonios de las hijas, muy mozuelas, del segundo casamiento de tu padre, de su padre: Margarita, Magdalena, Mariana y Catalina, apadrinadas todas por Isabel y Donayre, atestiguando siempre Juan de la Torre y Margarita de Vega. En Hortaleza juraron fidelidad, sucesivamente, a Alonso de Quadros, Diego de Paramio, Tomás de Espinoza y Bartolomé Casares las hijas de Catalina de Vega, la segunda mujer del padre de ambos que, ahora me entero, era hermana de Margarita, la mujer del primo Juan. ¡Qué enredos, Dios mío! Y si no le tocó al beneficiado de San Andrés matrimoniar a Bartolomé de Sotolongo con la pequeña Luisa, hermana suya y tuya, tesorero, fue sólo porque el tío tenía mucha prisa y quiso casarse antes de que se ordenara el sobrino. Veo que no

sólo los calores de Cuba sino también los de Castilla favorecen enlaces consanguíneos y reclaman, sin cesar, dispensas.

Pero sé que tú, María, estás bien enterada: de bautismos, casamientos y defunciones llevas rigurosa cuenta en el Príncipe, debidamente informada, a la vuelta de cada flota, por cartas de tu hermano el escribano, aficionado como es, por oficio y vocación, a ponerlo todo por escrito para dejar constancia. Aunque tal virtud y tal vicio, más que de él, son del siglo. El siglo en que cada palabra fue escrita, copiada y vuelta a copiar. La buena tinta y la blancura del papel garantizaban que lo escrito quedaría inscrito para siempre jamás. Ningún siglo tan escrupuloso, hasta la obsesión, para registrarlo todo: lo trascendente y lo superfluo, lo grandioso y lo minúsculo, lo heroico y lo cotidiano. Todo lo que en sus días, sus meses y sus años ocurrió para dar cuenta, por el solo hecho de acontecer, del parsimonioso transcurrir de un tiempo que, desde hace cien años, nunca ha vuelto a ser como antes: un transcurso invadido, desde que alboreó la centuria, por la inmensidad del Otro Mundo que la visionaria fantasía del Almirante le regaló a España. Documentar de una u otra manera ese portento fue la ocupación privilegiada de quienes tuvieron la fortuna de vivir el siglo y, por añadidura, la de saber escribir. Dicho esto, volvamos a las cartas.

Cartas van y cartas vienen, sin cesar, entre Castilla y Cuba, Cuba y Castilla. A las de Juan, el escribano, se suman las tuyas, tesorero jubilado, que has puesto el océano entre tu persona y la idolatrada prima. Tú, cobarde, que prefieres saberte a salvo de cualquier concupiscencia estando ella tan lejos, en la remota Puerto Príncipe. Y que vas comprobando cada día cómo hace mella en el deseo el despiadado paso de los años. Entonces se permite discurrir largas misivas que tú, María, atesoras. Aunque no hablen de él ni de ti. Sino de la Corte y la familia. Del desposorio de su hija María con Francisco de Olmos. De la mulatica Francisca, que tendrás que visitar en San Cristóbal, para velar por ella. De la certidumbre de haber tomado la decisión correcta, en el otoño de su vida. De lo mucho que desea que Dios te guarde y te dé el descanso que él para sí desea.

Empieza a gustarme este sitio que me he ido abriendo en la neblina. Desde aquí es fácil verlo y oírlo todo. A Juan de la Torre el Viejo, hace cien años, instalándose en Madrid, recién armado caballero en la vega de Granada. A Juan Bautista de Roxas, que vuelve para alejarse de la nieta de Juan y para retomar, como si se pudiera, la vida que dejó allí a medio vivir. Centuria pródiga. Dos familias que ya eran una cuando las Indias les cambió el destino. Desde que Pedro de la Torre se casó con María de Roxas estaba escrito que auspiciosos horizontes se les abrirían del otro lado de la mar océana. Finiquita el XVI y, en Cuba, se cierra la época de oro de los Roxas. O, para ser más precisos, se

emparienta ese linaje con otros más recientes, que enlazan sus pasados y sus futuros con los de aquellos que, por azares de la fortuna, llegaron primero.

Pasado y futuro, en este sitio, coinciden. Durante un par de siglos más habrá cargos y privilegios para los descendientes de los fundadores. Habrá cabildos y milicias, y tierras y beneficios. No quedarán desprovistos los deudos de Manuel y Juan de Roxas, ni los de sus sobrinos Diego de Soto y Alonso de Roxas, ni los del hermano Juan de Soto, que jamás se movió de Madrid, ni los de María de la Torre y Diego Sifontes, ni de los que todos y cada uno de ellos fueron engendrando.

Juan Bautista, por lo pronto, ha elegido el retorno y la añoranza. Mientras hace en Castilla las nostalgias de San Cristóbal de La Habana y se le va acentuando en el talante un pronunciado sentimiento melancólico que jamás tuvo antes, y que se avergonzaría de compartir contigo, María, los que quedaron aquí en la Isla apresuran un tanto el paso, no mucho porque es sabido que no lleva tantas prisas el tiempo en este siglo que puedo y debo llamar remoto, para despertar, el primer día del año 1600, con la certidumbre de que la tierra mucho les debe y habrá de depararles a quienes, nacidos ya de su fértil y prolífico vientre, entre asedios de piratas y sustos de huracanes, pueden llamarse y empiezan a sentirse criollos.

En Madrid, mientras tanto, los lutos se precipitan. En enero de 1595, el presbítero Cristóbal de Roxas, beneficiado de la iglesia de San Andrés, presumiendo que se le escapa aquella frescura supuestamente inmarcesible, se apresta a hacer testamento y a dejar como albacea a Juan Bautista, su hermano. Habrá de enterrarlo junto al cuerpo de Cristóbal de Roxas, padre de ambos, en Nuestra Señora de Atocha, mientras el tesorero acaba de componer la capilla que ha comprado en San Pedro, a donde luego irá a trasladarlo. Deja ajuares de cama y lienzos de Flandes a las hijas de su hermana Margarita, y el encargo a Juan Bautista de comprarles vestidos de a veinte ducados. El tío Juan de Sotolongo, alguacil de casa y Corte de Su Majestad, que ha firmado como testigo, tiene aseguradas veinte misas para la hora de su fallecimiento. Y el albacea ha de emplear cuatrocientos ducados, puestos en rentas, para que de ellos se críe y alimente Francisca de Roxas, su hija, de edad de cuatro años, que muy bien la conoce su hermano, y que han de servirle de dote, ya sea para casarse o para someterse a religión.

¿No presientes, Juan Bautista, al poner tu firma en el testamento de tu hermana Catalina, que está por morirse hoy, en 1599, que no vas a sobrevivir al siglo por más de diez años? Sí lo presientes. Y sabes que vas a testar en Madrid, para allí morir, un Jueves Santo del año de 1610, y que serás enterrado en la iglesia de San Pedro el Real,

habiendo dispuesto que cincuenta ducados anuales se destinen de limosna para decir dos mil ciento setenta misas por la salvación de tu alma. ¿Tanto así pecaste? Todo lo que posees habrá de pasar a tu hija natural, María de Roxas, a la que nombraste así por tu madrina, la madre de María de la Torre, la mujer que más amaste en vida. Y a tu yerno Francisco de Olmos. Que se encargará de dilapidarlo. Pero esa es una historia distinta. Que no hay para qué contar aquí.

En brazos de las musas
Puerto Príncipe, 15 de abril de 1600-30 de julio de 1608

Treinta y siete años cumple Silvestre de Balboa. Alborean el mes de abril y el nuevo siglo. Modulando la espesa voz de barítono como para un cántico sagrado, el negro más consentido de la casa de Lope de Zayas entona el pregón. Se remata en pública almoneda, por defunción de Cristóbal Descobedo, la escribanía. El tercer domingo de abril ofrecerá Balboa, en puja modesta, mil quinientos reales. Pero el pregón es una mera formalidad. La adjudicación ya está hecha. El comisario de la Real Audiencia, su cuñado de la Coba, se ha puesto de acuerdo con los alguaciles Fernando de Zayas y Juan de Miranda y con los regidores. Se anuncia a campana tañida. Balboa está preparado para representar su papel. Es más, arde en deseos. Llevará con orgullo, en la villa orgullosa, el registro del siglo que inicia, con tropiezos y escozores, la cuesta arriba de sus años inaugurales.

Por méritos y casamiento, ya se cuenta en el estamento de principeños de calidad. La escribanía lo confirma. Ama el pequeño emporio de la tierra adentro, ese territorio guarnecido de copiosos hatos de ganado mayor y con más de cien hidalgos sabedores de que sus apellidos son, en la Isla, los más antiguos. A Balboa hay que oírlo. Todo lo sabe del entramado de los bienes y las alianzas, entre esos conspicuos pobladores y los de otra villa, lejana cincuenta leguas pero próxima en afectos: Bayamo. El afán cuidadoso de dejarlo todo asentado le viene, por supuesto, del siglo que lo engendró en las africanas Canarias. Pero la afición por llenar folios no se le queda en celo burocrático: acaricia los contornos de la épica. Quiere ajuarearse con las galas de las bellas letras. En su fuero interno se sospecha poeta y confía en que el oficio de escribano acabará por lanzarlo en brazos de las musas. Quiere ser el vehículo. El intermediario. Irrumpirán, por su mediación, sin previo aviso, en la tierra adentro de Cuba. ¿Quién habría podido vaticinarlo? Si todos, sin descontarlo a él mismo, clérigos, jueces y otros funcionarios de confianza, trajinan sin sosiego en tratos prohibidos con franceses y flamencos, proveyéndolos de bastimentos y cueros por montes y puertos y recibiendo, a cambio, cuanto pueden surtir la Europa y la China para saciar el apetito de bien parecer de la gente señalada.

No me apures, María. Sé que tu hijo Pedro se ha puesto, en este preciso instante, a leerte un soneto. Sé que lo ha escrito en honor y alabanza de Balboa. Pero déjame contar, primero, lo que hace en ratos menos ociosos, cuando no pergeña versos. En tu época, María, se

llama rescate. En la mía se llama contrabando. Permíteme que me sitúe en la Plaza Mayor del Príncipe este domingo calurosísimo de agosto, a la salida de misa. Otro Pedro, el negro de Lope de Zayas, se pavonea, caracoleando la espléndida montura, presumiendo el porte de semental engreído. Atambores y chirimías lo acompañan. Pasa revista a las negras de buena pinta que, entre jocosos cuchicheos, guardan las espaldas de sus amas y lo miden de arriba abajo, también sin el menor recato.

Este día de San Bartolomé están de fiesta los de prosapia. El cogollo del Puerto del Príncipe. Las Reales Cédulas del Indulto los favorecen a todos. Porque no hay uno que no esté implicado. No hay uno que no tenga razones de sobra para celebrar la clemencia de Felipe III: tus hijos, María: Diego, Juan, Pedro y Gregorio; Lope de Miranda, marido de Isabel de la Torre y Lope de Zayas, que lo es de María de Roxas, es decir, tus yernos; varios de tus nietos; el escribano Balboa y su cuñado, Cristóbal de la Coba y hasta doña Isabel de Consuegra, hija del viejo don Hernando y madre de la mujer de Juan de la Torre Sifontes, hijo tuyo también. Zumban música y petardos. Habrá jolgorio esta tarde en la huerta de Lope de Zayas.

Pero no acabará ahí la cosa. La pesquisa ha sido larga. El oidor Manso querrá cobrarles costas del proceso. Y, siendo como es alcalde, a tu yerno Zayas le va a tocar, María, encabezar la resistencia. No va a pararse en remilgos. ¿Por qué han de pagar tan honrados vecinos el amancebamiento del escribano al que dejó Manso encargado de sacarles las costas? Por eso duró tanto el proceso. Por eso se eternizó en Puerto Príncipe. No ha nacido oidor capaz de someter a quienes, en cambio, merecerían ser indemnizados por el demérito de sus nombres. El rescate con filibusteros es el único mercadeo que tienen a su alcance. *Pecata minuta* es el detalle, desafortunado, de tener que hacerlo con herejes.

"Recibe de mi mano, buen Balboa, este soneto criollo de la tierra…": ¿Qué piensas, María, de que tu hijo, el capitán poeta, se declare tributario de Balboa? ¿Preferirías que fueran suyas las ciento cuarenta y cinco octavas reales de *El espejo de paciencia*? ¿O siquiera ese otro soneto, de Lorenzo Lasso, el nieto de Porcallo, que proclama a la dulce y dorada Isla de Cuba como más famosa que Tebas, rodeada de los muros protectores que edifica Anfión inspirado, sin otro instrumento que su mágica lira?

Ese hijo tuyo, Pedro, tu amigo, el que viene a confiártelo todo, te contó hace meses del pequeño cenáculo al que no deja de acudir los viernes por la noche: El Parnaso de los Sonetos, donde el jesuita Miranda ejerce una pedagogía que pretende rebasar el arte métrica. Van allí, a casa de Balboa, porque no les bastan las vacas ni los hatos, ni la prosapia ni el abolengo, ni la presunción de pasear el pendón de

Su Majestad, entre salvas de mosquetería, los días de Corpus, ni el mando de milicias. Miranda les dio a leer las odas triunfales de Herrera, la gesta indiana de Alonso de Ercilla, ciertos romances de Góngora todavía no demasiado culteranos, y a Fray Luis y a la monja de Ávila. Y a Ariosto y Tasso, en lengua castellana por supuesto. Afectos, parentescos, amores y odios entrañables anudan, entre los jóvenes letrados, lazos indisolubles. Todos, menos Balboa, presumen del linaje de los fundadores, que a él sólo le toca de refilón, por vía de su segunda mujer, viuda de Alonso de Roxas-Sotolongo, tu sobrino, y porque está a punto de casar a sus tres hijas con tres de tus nietos, María, los de Isabel de la Torre y Lope de Miranda. Sin olvidar que es cuñada Catalina de la Coba, su mujer, de Juan de Miranda y de Juan de la Torre Sifontes. Cristóbal de la Coba, Lorenzo Lasso de la Vega, Juan Rodríguez de Sifuentes y Bartolomé Sánchez, todos son tus parientes y, por ende, de Pedro tu hijo. De manera que todo queda en familia. Le han obsequiado a Balboa, como arco triunfal, un ramillete de versos. ¡No es poca cosa que la Isla pueda presumir de un Homero y que habite en Puerto Príncipe!

Te cuenta Pedro. Cómo ha llenado de satisfacción a Balboa cantarle loas al buen obispo. Cuánto le halaga que su fama se esparza allende los potreros. Cómo, en aquella tarde de noviembre de 1607, poco después del indulto, cuando apareció la figura pastoral, muy traqueteada, dando tumbos por esos caminos de Dios sólo con el fin de visitar a la grey principeña, acudió enseguida al cenáculo, invitado por el jesuita. “Mostradme esas flores que sembráis entre tanto monte agraz y cosecháis en estas dilatadas sabanas de espartillo y peralejo. ¡Milagro del Señor han de ser!”, les dijo. Y ahí mismo, entre champolas de guanábana, se fraguó el barroco engarce de los endecasílabos, hasta llegar a aquel “aborta el pedernal una centella”, atrevidamente culterano. Te cuenta Pedro. Cómo empezaron a arrimarse los dioses marineros y las ninfas, en torno a la nave luterana, para proteger al pastor, espejo de paciencia, émulo del casto San José, secuestrado por un voraz corsario, amigo hasta la víspera y vuelto de repente, por la codicia, torvo traidor. Cómo la cabeza de Girón acabó en una pica y el coraje de los vecinos, incluyendo a más de un pariente, cantado en motetes en la catedral de Bayamo. Te cuenta cómo la intervención del obispo propició el indulto, siendo él muy celoso de proteger a su grey ante las insensatas disposiciones leguleyas que traban, desde Sevilla, el comercio en Indias. En eso se aborregan nubes sonrosadas, ¿o me equivoco, María?, entre tejadillos y saledizos. Afortunado infortunio, te apunta Pedro, el que orilló al padre de Balboa a dejar la Gran Canaria para morar en Indias y luego avecindarse en una isla todavía más grande y más hermosa que la suya de origen y en la villa de más alcurnia de la tierra adentro. Las

peripecias del pastor piadoso, arrancado en hosca madrugada del abundante hato de Yara, distante seis leguas de la mar, cuando apenas salía Febo en persecución de la bella Aurora y se encontraba somnoliento y descuidado, le estaban de seguro predestinadas a su pluma. ¿Le pides que te declame, al azar, estrofas del Primero y del Segundo Canto? ¿Preferirías algo de tema más amoroso, como *Las lágrimas de Angélica,* que te regaló Juan Bautista? ¿No te despiertan el mismo entusiasmo que a tu hijo tantos hidalgos vestidos de cañamazo fino, ensangrentados, armados de machete y dardos y arcabuz y espadas, con manatíes por escudo, emulando a un sol que cuanto más ardiente más agua barrunta, sin desmerecer al indio gallardo, a los cuatro etíopes color de endrina, al negro memorable que le metió al francés la lanza por el pecho? ¿Más te placería que Balboa se diera a describir la dulce vida regalada que esas arenas tintas en sangre con tanto brazo cercenado, y piernas, y cabezas de franceses? Es explicable. No te acongojes. Ya se borra la sangre y se dora la arena. Descendiendo de los bosques y los montes bajan sátiros, y faunos y silvanos entre una baraúnda de flautas y zampoñas, tamboriles y marugas, portando guanábana y caimitos, olorosas flores en bateas, mameyes y piñas, plátanos y tunas, y hasta aguacates y tomates, y tabacos, para acompañar el regreso del pastor a su rebaño, rodeados todos por un cortejo de bellas hamadriades danzando entre las frondas, mezcladas con cristalinas náyades que dan en salir de arroyos y de ríos, entre viajacas y guabinas, jicoteas y patos y jutías. ¿Se entretienen las ninfas en hacer cabriolas sobre los centauros? ¿Se entusiasma Pedro y te pregunta si no has olvidado lo peligrosas que son cuando se enamoran? ¿Te recuerda que fuiste tú quien le contó de Castalia, la ninfa de las cascadas del Parnaso, y de Calipso, escondida en las profundidades en espera de algún humano propicio al encantamiento?

Abandonaste, hace un momento, el bordado. Lo retomas. Cuando despides a Pedro, con un beso distraído, ninguno de los dos sospecha que, después de tan profuso borbotón de versos, va a quedarse muda la musa criolla por casi dos centurias. Ahora ya lo sabes. Por lo pronto, un Homero en Puerto Príncipe no es poca cosa. Dos imágenes te asaltan. La de tu madre, mirando al vacío, en el halo de una luz singularmente mielosa, y la de una muchachuela rubia y locuaz, recargada sobre la borda de un navío, recibiendo un beso en el cuello y mirando la mar. Entiendo bien que tengas sentimientos mezclados: de amargura, de alegría, de expectación y de nostalgia. Tú y Juan Bautista navegan entre dos islas, la que soñaste en Castilla y la que tus hijos llaman “la tierra”. Luego, cada uno sigue su camino. Así es la vida, María. Tú, en el Puerto del Príncipe, te dispones a escribir una carta. Él, en Madrid, se acuerda un instante de ti cuando se va a la

cama y enseguida se duerme, pensando en cosas de hombres. Con cierta húmeda tristeza tú, que eres mujer, te lamentas de esa invención de los hombres: que amar demasiado sea un pecado mortal.

No hay cosa que más despierte
Puerto Príncipe, 30 de julio de 1608

Yo, en el Puerto del Príncipe, me dispongo a escribir una carta. Cartas escribo muchas. Otra cosa no me atrevo. No sabría. Los versos los escribe Pedro. Años vendrán, me dice la voz. Esa voz que me habla al oído todo el tiempo. Que me habla de esos tiempos por venir cuando yo ya no esté ni estés tú, mi amado. Tú, primo, que yaces conmigo en la cama, el niño en medio, en ese sueño que yo sueño. ¿De qué hablaría si tuviera voz? ¿De qué hablaría si escribiera? De mi primo y yo, la mar y el viento. De los cocuyos. De aquel juego que jugamos, juntas las dos manos, pasándonos estrellas. En El Príncipe, un atardecer que se hacía noche. Cuando volvíamos del río. Cuando me hiciste subir a la mulilla porque mucho habíamos caminado y luego me tomaste en brazos para evitar que, al desmontar, fuera a caerme. El tiempo no ha pasado. Aquel instante sigue siendo. Aquí, en la neblina, sigue siendo. Pero no hablaré de eso en la carta, Bautista. De eso hablo contigo así, en silencio, sin decir palabra, mientras velo.

Por los hombres de mi casa. Por las hijas. Llené la casa de hijos. La llené de hijas. Ellos me han dado nietos. Inclinación a la soledad no he padecido. Nunca faltan los llantos ni las risas. Son la espuma del oleaje de la vida. Vivimos a puertas abiertas. Entran perros. Entran gatos. Entran pájaros. Entra la fragancia del navaco, mi arbustillo de café cimarrón, que me ayudaste a plantar frente a la reja. Está cuajado, Bautista, de ramilletes de florecillas blancas. No se cuela aquí la salazón de cueros que envuelve a la villa. Sí, ya sé que nos da, y en abundancia, para comer y vestir y para cuidar el orden de las cosas. Ese orden que los hombres imponen y nosotras custodiamos. Entra el sol y sale el sol. Entran y salen viento y lluvia. Ya sabes que aquí, de repente, el cielo se nos cae encima, se oscurece, amenaza, y descarga torrentes. Y de repente, en otro instante, el sol resplandece y vuelve a reír el día. La naturaleza se burla de nosotros. Y allá en la costa, la mar se revuelve para que no vayamos a olvidarnos de quién reina en la isla. Mi casa está a salvo. Aquí todo crece y se multiplica. Los negros creen que la ceiba la protege. Nos protege. La casa es un jolgorio. Me la deparó la Virgen, porque no sé que Dios se ocupe de cosas como éstas, tan ocupado como ha de andar en que no se extravíen en las Indias la fe suya y su justicia divina. Yo sé que ella me dio estas ganas renovadas, este gusto de escucharlo todo, de olerlo y saborearlo, de disfrutar el puro gusto de abrir los ojos cada día. Déjame, Madre mía, que este gusto por vivir siga conmigo hasta que

Nuestro Señor quiera recogerme. Vuelve mi madre, la otra María, con el bordado en el regazo, mirando al vacío. Yo no. Yo tengo una pluma en la mano y hago recuento. Yo, en todo lo que miro, te miro a ti, Bautista. ¿Que no sé lo que digo? Sí lo sé. No lo escribiré, no te alarmes. Sé lo que debo escribir para responder, como es debido, a esa misiva tuya llena de las cosas que pasan allá y vacía de todo lo que yo quisiera oír de ti. Yo aquí y tú allá. Un aquí cobijante, envolvente, tan ajeno a los quehaceres que ahora te buscaste. Allá, donde mi hermano vive la que fue casa de mi padre. Me miro en el espejo. Todavía puedo. En los ojos, donde se ensañan las huellas de los años, la piel no se ha ajado. Candelaria, tú lo sabes, me prepara sus menjurjes. Yo los uso. Me gusta mirarme en el espejo. No está don Diego, pero entran y salen las criadas. Nunca me dejan sola. Sola contigo. Hoy he pedido que ninguna entre a mi aposento. Porque he de enlistar, para don Diego, lo que falta en la casa. Él anda por ahí, ocupándose de cuentas y asuntos de los hatos. Disponiendo para que nada nos falte de esas cosillas que adornan la vida. Viendo cuántos cueros, bastimentos y tasajos venderá para comprarles a ellos sus lienzos, sus vestidos y corpezuelos, sus botines, sus terciopelos para el inviernito, sus tafetanes. Y yo, en vez de ir poniendo todo eso en escritura, acaricio los folios del que prefiero entre la docena de librillos que me dejaste de regalo. Te acaricio. Leo. Cuando leo, ¿sabes?, prefiero que sea a solas. Siento que, si él me sorprende, es como si me sorprendiera en pecado. Porque tú estás conmigo cuando leo. Acabas de entrar por el zaguán, cruzaste el patio, te metiste a la cocina y probaste en las cazuelas, bromeaste con las negras, te encaminaste aquí a mi refugio, adonde sabes que vas a encontrarme. Te miro. Me da un salto el corazón. Igual que si el tiempo no corriera. Llegas envuelto en el rumor prodigioso del océano. Sabiendo que mis sueños, todos, empiezan y terminan en la mar. Sabiendo que me enseñó que tenía un alma, sí, pero también un corazón y un cuerpo. Tú y la mar me lo enseñaron y tú y la mar me habitan. La mar y tú: lo que mi cuerpo y mi corazón desean. Leo para fugarme de la casa de mi cuerpo y reencontrarme en la casa de tus brazos. ¿Qué me digo? ¿Qué te digo? Cada día me levanto como nueva. Porque me visitas mientras duermo. No todos los días, como hoy, sueño despierta. Y porque yaces a mi lado, por las noches, en el sueño, puedo tomar por la mañana las riendas de la casa. Como él, Diego, conduce con firmeza a su montura. A veces sólo me siento al lado tuyo y enredo, entre mis dedos, tus guedejas. A veces viajamos en una barca breve, muy pequeña, que la mar mueve a su antojo, y una ola grandísima amenaza con cubrirnos y voy en busca de tus brazos y luego se avizora una isla, y llegamos a puerto y me muestras un caserío azul y rosa y amarillo, como nunca hemos visto, y caminamos bajo soportales como si fuera una villa de

Castilla, pero sabemos que es una bahía de las Indias y alguien nos dice: “El océano se alimenta de estos muros. El salitre se los come. Mirad cómo están llenos de agujeros.” Antes de ti yo esperaba. Después, la mar me ha llenado de agujeros. Fue una pureza demasiada, como si lindara en la locura, un encantamiento. Navegamos entre velámenes radiantes, zurcando soles y lunas y deshaciéndose el tiempo. Deshaciéndose el miedo. El miedo de bordear el abismo. El miedo de amar ese miedo. La altamar, nuestra para siempre. Luego, esta casa de la tierra adentro. Y tú en Castilla, entre chopos y amapolas, tan lejos de las islas. Del ensueño de viajar, por siempre jamás, entre las islas. Sin dejar que nos atrapara ninguna. Como me atrapó a mí ésta para meterme en otra historia. En la trama de deberes y ordenanzas y manteles y pucheros y lutos y sábanas mortuorias y cunas y risas infantiles y un rosario interminable de ocurrencias cotidianas. Para sacarme de la fábula y meterme en la historia. Esa historia que es cosa de los hombres. Que tú inventas, Juan Bautista, como todos, amarrando esas redes que los hombres van tejiendo con su miedo de amar y ser amados. Bajo el manto de la Virgen zurcamos el océano y ella permitió que yo te amara y tú me amaras. ¡Benditas ella y la nao! Nuestra isla para errar entre las islas. Tus manos rozaron las mías y tu aliento mi cuello y conocí que tenía un cuerpo. Y tus dedos, lentamente, recorrieron mis labios. El horizonte, voraz como un enamorado, se tragaba las luces del poniente. Había un lucero y la luna creciendo. Los versos los traías cerca del corazón, para darles tu calor. Ese calor de tu piel que no quiero olvidar. “Escrito está en mi alma vuestro gesto y cuanto yo escribir de vos deseo…” Me pusiste el librillo en las manos con un beso. “No nací sino para quereros, mi alma os ha cortado a su medida, por hábito del alma misma os quiero…” En el corpiño las llevo, bordadas en el lienzo, esas palabras, rozándome la piel allí donde osaste poner esa tarde una de tus manos, atrevida. “Por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir y por vos muero”. Quise creer que hacías tuyos esos versos. Me dio miedo que hablaras de la muerte. Ni cuando al padre mío y la madre mía pusieron en la sepultura me supo así la palabra morir. Creí, ilusa de mí, que de amor podía morirme, que de amor también tú podías morirte. Y aquí estoy, Juan Bautista, sin querer enterarme de cuántos años han pasado. Mirando entrar y salir a las criadas. Disfrutando la humedad de las baldosas que mantiene a raya, allá afuera, el feroz calor del patio. Aquí estoy. Dueña de esta casa. Esposa de don Diego. Madre de seis hijos de mi sangre y de la hija de Gregorio, que han casado y tienen descendientes. Y tú allá, en Madrid. Vigilando tus caudales y tus casas. Como si eso fuera lo más importante de la vida. Olvidándote que un día, en medio del océano, llamaste soberano al amor. Procurando que

tu hija no quede desprovista. Disponiendo que lo de aquí sea para Francisca. Dejando todo en orden. ¿Sientes que la muerte, ahora sí, se te aproxima? ¿Por qué has preferido morir lejos de mí, lejos de la Isla? ¿Y por qué presiento que a mí la muerte no ha de llamarme todavía? Espero a que el sol se aplaque. Me echaré encima una mantilla. Voy a caminar hasta el río. Quiero sentarme a ver cómo el sol se va adormilando entre las palmas. Quiero que me duela el alma cuando la noche se llene de cocuyos. Quiero cerrar los ojos y sentir cuánto te sigo queriendo.

Esa carta de amor, María, nunca llegaste a escribirla. Me la dictas desde la neblina. Trataré de distraerte. De hacerte pensar en otra cosa. En libros, por ejemplo. ¿Alcanzó a enviarte Juan Bautista la ingeniosa historia de ese hidalgo que ha empezado a circular por Madrid? Podrías enfrascarte en su lectura. Sé que te gustaría seguirlo por el mundo, con armas y caballo, en busca de aventuras, poniéndole a todo, a diestra y siniestra, nombres tan galanos, músicos y peregrinos como esos de Rocinante y Dulcinea. O sentirte tú misma Dulcinea, señora del cautivo corazón de ese primo tan ingrato. Diciéndote él que la venta es castillo y los molinos gigantes. ¿O temes, acaso, que a Pedro le aqueje esa enfermedad incurable de hacerse poeta? ¿Le has dado a leer ese libro para que se cure en salud? ¿Ya llegaste al punto en que el escudero piensa qué sucedería si a su mujer, Marigutiérrez, le tocara gobernar una ínsula? ¿Te llevó ese nombre a Juan Bautista y del sueño de la lectura has pasado a otros sueños?

Te sueño, Bautista. Dormido tú y soñando. Cerrados los ojos, reposando los brazos en una silla de cordobanes, descansando el rostro en una mano, ciñendo los cabellos un capacete de terciopelo, vestido todo de seda, con cuellos y puños de encaje. Hay una mesa a tu lado en mucho desorden, cubierta con tela damasquina. Sobre la mesa, libros, unos cerrados y otros abiertos. Sobre los libros un cráneo, vacías las órbitas. Alrededor máscaras. Muchas máscaras. Gritan las máscaras. Ríen, lloran, dan aullidos de lobo. Entre las máscaras, manojos de flores y folios escritos y bolsillos que derraman monedas de oro y de plata y aderezos y pendientes, brazaletes y collares desbordando un cofre, y un arcabuz sobre un pergamino que deja escapar melodías dulcísimas, y laureles dispuestos a coronar alguna sien ilustre, y un casco guerrero y una mandolina. Y entre la mesa y tú, Juan, un ángel rubio con las alas desplegadas y entre las manos un lienzo que lleva escrito algo en letras de oro. Espera que despiertes. Sólo tú has de saber lo que dicen esas letras. El ángel rubio pretende volar y yo, que miro la escena desde afuera, siento sobre los hombros el peso de alas que quieren agitarse. “No hay cosa que más despierte que dormir sobre la muerte”. Tus ojos, semiabiertos, lo van leyendo en el lienzo. Tus labios, semiabiertos, lo musitan lentamente. Yo me

asusto, Juan Bautista. Quiero volver en mí pero no puedo. Quiero dejar de soñar pero no puedo. Seguiré soñando. En el sueño me diré: no quiero, nunca más, tener un sueño.

La marca ominosa y visible
Madrid y Puerto Príncipe, en lo que agoniza el XVI y transcurre el XVII

Hace algún tiempo que de España sólo te llegan noticias fúnebres. Que Catalina, la hermana de Bautista, testa y muere a los treinta y seis años, a punto de agonizar el siglo, dejando dispuesto en el nombre de Dios que se le entierre junto a su padre Cristóbal de Roxas en la capilla del Colegio de Nuestra Señora de Atocha y mandando que la herede su marido Bartolomé de Casares, cirujano frontero de dicho Colegio, al que deja como albacea junto a su hermano el capitán. Que ha fundado capellanías de misas y obras pías de casas huérfanas y mandas y memorias. Que ha dejado dispuesto que sólo después de los días de su marido, empezando el día en que fallezca, se le digan a ella una misa perpetua cada día y seis en cada una de las fiestas de la sacratísima Reina de los Ángeles, a quien suplica interceda por su alma ante su hijo precioso. Que las casas de la calle de Atocha las ha dejado para el disfrute de su marido, para que haga con ellas lo que quiera, y más de cuatro mil ducados en escritura de censos y trescientos ducados anuales para dotar huérfanas de la descendencia de sus hermanas, para matrimoniarse o entrar en convento. Y que Mariana, una de esas hermanas, al disponerse a morir en 1606, deja también al hermano por testamentario, instituyendo que se digan cuatro misas rezadas perpetuamente y seis cantadas para siempre jamás y mandando que la entierren en San Pedro.

De todo ello vas conociendo, María, por cartas de Juan Bautista, que cada día habla menos de los contentos que da la vida y más de las pesadumbres que pone en el alma la enfermedad y la muerte de los más cercanos y el anticipo de las que a uno mismo han de tocarle. Saber que tu hermano Juan pasa a mejor vida te acongoja. Pero el alma se te encoge y el cuerpo se te llena de dolores contumaces al saber que es ahora Juan Bautista el que hace testamento. Quedará preservado, en sobre cerrado, para abrirse el día de su fallecimiento. Contigo quiere compartirlo, como para resarcirte, cerca de la muerte, lo que no te dio en vida. Entre los folios de una carta escrita con letra algo insegura dejas caer, María, una o dos lágrimas. Se emborrona la caligrafía con esa marca, ominosa y visible, del desorden de la muerte. Funda vínculo el antiguo tesorero de la Isla de Cuba, con todos sus bienes en España, a favor de María de Roxas, la hija natural que le propició el encuentro fortuito con una dama de cierta alcurnia en un viaje a la península, siendo aún funcionario real. A ti, María, te

encarga de proveer, con algunos bienes que aún le quedan en la Isla, el sustento de Francisca de Talavera, la hija de Marigutiérrez, recomendándote que queden cubiertas sus necesidades para todos los días que le resten de vida. Para vivienda de la hija castellana y sus descendientes, o del deudo que a falta de tales gocen del patronato, deja un par de casas en la bajada de la Santa Cruz, encaminándose hacia San Felipe el Real, sin poder enajenarlas y debiendo mantener el apellido y armas de Roxas tal como corresponde a su calidad.

Alcanzas a leer, María, que el día de San Juan Bautista habrán de repartirse cada año cincuenta ducados entre pobres vergonzantes y a cargo de los patronos del vínculo queda decirle cada año una misa rezada diaria y dieciséis cantadas en San Pedro el Real de la villa, de modo que su alma sea bien recibida en el reino para el que ha sido creada. Mil ducados de las rentas que dejan juros y censos habrán de ser para proveer de dote a cada sobrina que lo requiera y, en su defecto, cuatrocientos para parientes hasta el tercer grado y, faltando éstas, doscientos para huérfanas avecindadas en dicha corte, empezando a disfrutar tales beneficios las hijas de Isabel de Laredo, su hermana de padre y madre.

Cuando, este 9 de abril de 1610, que es Jueves Santo, las baldosas de la Capilla Mayor de San Pedro sellan para la eternidad la sepultura de Juan Bautista de Roxas tú no estás ahí para presenciarlo. Estás sola en tu casa del Príncipe. En la sombreada alcoba de tu aposento, que mira al patio. Han refrescado el piso con el agua que reposa en las tinajas, traída a lomo de mula desde el río porque no ha empezado a llover. Podría decirse que has tenido una corazonada. Tú dirías que has sentido, en el medio del corazón, una lanzada como la que va a herir mañana el cuerpo sagrado de Jesús, en el día de su Pasión. Cierras los ojos. Tus labios, que él rozó un día con sus dedos, dibujan una sonrisa enigmática. En un susurro, le ruegas al dulce Jesús que le de licencia a tu alma para volar, lo antes posible, a su encuentro, al sitio donde su providencia haya dispuesto alojar el alma bienamada de tu primo.

Pero tus deseos, María, no serán escuchados. Vivirás mucho todavía. Tantos años como no te atreverías a imaginarlo. Vivirás para ser madrina de bautizo de Bartolomé de Sotolongo, hijo de tu primo y a la vez sobrino Bartolomé, que cumple el papel de alcalde de la Santa Hermandad en La Habana. Llevas a la pila del bautismo, un mediodía fresco de diciembre, en la Parroquial Mayor de San Cristóbal, al nieto del tío Bartolomé, tu padrino, y de la prima Luisa, la hermana de Juan Bautista, cumpliendo otro ciclo de rituales familiares. Quieres presentir que ese pequeño lloriqueante y pálido que acunas entre los brazos va a crecer para mantener viva la memoria de Juan Bautista, su tío abuelo. Una inesperada videncia suele visitarte ahora. Te asustaría

saber que se irá afinando con el paso de los años. Lo acunas en los brazos y lo anticipas todo. Su mocedad y su madurez. Y cómo habrá de verse, pasadas cinco décadas, enfermo en la cama de un mal que Dios se servirá en darle, pero aún claro de entendimiento y creyendo en el misterio de la Santísima Trinidad, disponiendo ser sepultado en la bóveda de la Capilla Mayor del Señor San Pedro, en la villa de Madrid, la de sus padres y abuelos y la de los tuyos, amortajado su cuerpo con el hábito del seráfico San Francisco, y junto al sitio donde reposan en paz los restos del capitán Juan Bautista de Roxas, fundador del vínculo que ha estado disfrutando. Sabes ya que este Bartolomé de Sotolongo, que lleva el nombre de su abuelo, que fue tu padrino, va a morir siendo alférez y que dejará como patronos del vínculo a sus hermanos Julián y Luis, también nacidos en La Habana. Esa videncia que ahora te visita te sirve, María, para montarte, sin sentir vértigo, en la grupa del tiempo y acompañarlo en sus zancadas y en sus traspiés. No me digas que no es fascinante, y terrible, sentir cómo late en tus venas el ritmo de las generaciones.

Vivirás, María, para conocer las intenciones de Isabel de Laredo, que dejará bien provistas a las hijas de su primer matrimonio, Ana María de la Asunción e Isabel de los Apóstoles, profesas en el monasterio y convento de la Concepción Bernarda: intenciones testamentarias que les conceden, de por vida, los réditos de dos mil ducados que se sumarán a las dotes estipuladas por la voluntad última de Juan Bautista de Roxas. Y vivirás para llorar en 1623, cuando fallece María de Roxas, su hija castellana, el término de la presencia en este mundo de la sangre de tu primo: la mulata Francisca de Talavera habrá pasado de este mundo un par de años antes, en San Cristóbal de La Habana. Mucha congoja te dará enterarte de cómo María y su marido, Francisco de Olmos, disiparon alegremente más de sesenta mil ducados hasta dejar apenas doscientos mil reales en censos de mala calidad. Pero más te dará saber cómo Margarita, la más joven de las hermanas de Juan Bautista y su última heredera, por haber muerto la hija María sin dejar descendencia, logró tener preso a Francisco de Olmos por más de cuatro años con el ánimo de resarcirse, si no en dineros, satisfaciendo su rencor y su prurito de venganza. Ya sé que mucho te dará a reflexionar todo eso, María, acerca de las fragilidades del carácter y las múltiples maneras en que el afán de disfrutar con demasía de los gustos de la vida puede acarrear desdichas, penurias y precoz acabamiento. Por eso darás gracias a toda la corte celestial cuando te lleguen nuevas, por la viuda de tu hermano Juan, de que Margarita se ha apiadado del susodicho Olmos, tarde es verdad, cuando se entera de que ha muerto en pobreza y en un hospital. Atendiendo a que es yerno del fundador del vínculo del que ella es patrona y poseedora, le ha costeado, de las rentas de esa

fundación, un entierro decoroso.

Porque intuyes María, con ese sagaz instinto que se te ha ido afinando en la pequeña caldera de pasiones que bulle en el Puerto del Príncipe, que no son la bondad ni la generosidad virtudes afines a la codiciosa y mezquina criatura que fue el último retoño de las segundas nupcias del tío Cristóbal. La imaginas rascando hasta los últimos reales de los juros de Ojeda, Málaga y Vélez para instalarse, con más lujos de los que estarían a su alcance, en la bajada de la Santa Cruz. Y no te extraña que en 1631, habiéndose anunciado con inconveniente premura su hora de morir, prevea llegar acompañada de harta pompa y boato a la bóveda de su hermano, seguida por doce sacerdotes que deben portar la Santa Cruz de la iglesia de donde es parroquiana, por las cofradías de todos los santos que allí se veneran, por la imagen de San Nicolás Tolentino con su insignia y su cera y el cirio del Santísimo Sacramento, más doce frailes del monasterio de San Francisco, más otros doce de San Martín y otros tantos de Nuestra Señora del Carmen, más los niños de la doctrina, habiendo hecho con su cuerpo previamente, mayordomos y cofrades, todo cuanto en los entierros solemnes se suele acostumbrar.

Qué inútiles y frágiles son, ¿verdad, María?, esos ridículos intentos de llevarse al otro mundo algo más que los huesos y la piel, que polvo son, tú lo sabes, y en polvo se convertirán. En fin. Seguimos. Tampoco te equivocas al presagiar pleitos que habrán de reiterarse, a lo largo del siglo, entre los nietos de Margarita, uno de ellos fiscal mayor de la Audiencia Arzobispal, y otro presbítero, marcados por la horma de aquella áspera mujer, y Julián de Sotolongo, último nieto de tu padrino Bartolomé, que fue además tutor de tus hermanos, por la posesión del vínculo y patronato que dejó Juan Bautista de Roxas. Cuando el Real Concejo de Castilla declara intrusos a los descendientes de Margarita y reintegra el vínculo y sus rentas al alférez Julián, vecino de La Habana en el reino de las Indias, tú, María, das gracias a la Virgen, tu aliada de siempre, y te reconcilias, por un rato cuando menos, con la justicia de los hombres. Es un 27 de noviembre. De 1659.

Aquí, en la neblina, estos saltos del tiempo no son nada. Pero ni yo puedo explicarme cómo, con más de cien años, sigues siendo el puntal de tu casa y gozando de envidiable buena salud. ¿Por qué, si tú habrías deseado ir a reunirte hace ya muchos años con tu amado Juan Bautista? Hay un peligro. Que te vuelvas, sin que yo pueda evitarlo, un personaje de otro libro, donde lo real y lo maravilloso anden de la mano. Tratando de prevenir que eso ocurra, acoto que tu corazón, tan fuerte, ha tenido que pasar por muchos embates. El mayor, por supuesto, esa herida incurable que le dejó el amor. Otros, por cuitas de familia y malas jugadas del destino. Como aquella, ¿te acuerdas?,

que puso en jaque a tu hijo Pedro, y a todos ustedes, en la Semana Mayor de 1620.

Toda suya, la Isla entera
Puerto Príncipe, Semana Mayor de 1620

Turbulenta se insinúa la tercera década de los seiscientos. La desgracia invade los días del capitán poeta. De súbito y sin anunciarse. Un remolino de infortunio envuelve a los deudos más cercanos. Todo gira sin ton ni son, como en la imprevisible cauda que suelen arrastrar los huracanes. El ánimo de litigio y la pugna por las preeminencias, la envidia por los méritos ajenos y la codicia por no soltar el botín propio enferma a los principeños. Y, como los parentescos están tan enredados, los resquemores cobran esos acentos insidiosos que envenenan los pleitos de familia.

Tales discordias suelen ser sordas, hasta que afloran en la disputa por límites de un hato, en el escarceo por un cargo, en la intriga por hacerse valer cerca de los gobernadores que, desde La Habana y Santiago, también se disputan el poder. En la villa del Príncipe enterraron a Vasco Porcallo, bajo las losas del altar mayor, hace exactamente setenta años. Pero su ánima insaciable no deja de rondar voraz, acicateando los ánimos de todos: los que le heredaron la sangre, los que han emparentado con ellos y los que querrían emparentar. La sombra del caudillo duerme largos sueños para un día, de repente, desperezarse y sacudir a la villa entera. Uno de esos de repentes empieza a agitarse en abril de 1620, entre las palmas jubilosas del Domingo de Ramos.

La querella, en sordina, se ha ido rumiando durante años, con alguno que otro síntoma visible, sobre todo a partir del mes de septiembre de 1615, cuando Pedro de la Torre volvió de España, pasando por La Habana, con un nombramiento en la faltriquera. Corrió la voz de que una recomendación del mismo rey, lograda a través de parientes en la Corte, le había redituado en el nombramiento de capitán de la gente de infantería. No le caía del cielo, ciertamente, a quien había sido sargento, capitán, alférez mayor, alcalde ordinario, tesorero de la Real Hacienda y, acaso por una afición indiscriminada por la palabra escrita, escribano del Cabildo. Gaspar Ruiz de Pereda, el gobernador, tenía sobradas razones para encomiar su habilidad, su capacidad política y su experiencia. En eso empezó todo: quien hasta entonces ha ejercido ese nombramiento se llama Juan de Miranda.

Después del año 15, el mando de la milicia del Príncipe le será refrendado, una y otra vez, a Pedro de la Torre: Sancho de Alquiza y Jerónimo de Quero abundan en la opinión del predecesor. Le tocó evitar que el fuego se extendiera como sobre yesca por la villa cuando

se alzaron los cimarrones. Rescató lo que se pudo de la iglesia y de la casa del Cabildo y apagó las lumbres que los negros fueron prendiendo. Le tocó, por supuesto, apagar el alzamiento.

El compadrazgo con Miranda y la sociedad que tienen en más de un hato se resienten del lucimiento de Pedro. Un resquemor hace su madriguera en el afecto de Juan, que pone frialdad y distanciamiento donde anidaron amistad y familiaridad. En el juicio, el testimonio de Cristóbal de la Coba, su cuñado, va a dar cuenta de cómo ha procurado evitar la frecuentación de Pedro, y aun el saludo, al tropezarse en sitio público o en casa de parientes comunes, como es inevitable que ocurra en una villa tan pequeña, donde casi todos son deudos. Quienes los conocieron a ambos percibieron cómo la familiaridad se volvió mohina y la mohina rencor y rencilla y la rencilla desplante y el desplante pendencia y la pendencia duelo a cuchilladas y el duelo resulta en muerte para el uno y amenaza de cadalso para el otro y, sólo porque el Señor viene en su socorro, no pasa de cárcel y bienes perdidos y destierro.

Anda revoloteando sobre los tejados, en torno a la plaza, un cernícalo. Basta divisarlo de cerca para sentir, con un escalofrío, su mirada incisiva. Es altivo y arrogante, tanto que algunos lo describen como feroz. Muchos nunca han visto un cernícalo y se admiran con la negrura de halcón de sus alas en reposo y las hermosas plumas castañas que descienden, origadas, desde el cuello blanquísimo. Sobre el pico esmaltado y hasta juntarse con las alas, luce un plumerío que parece de azabache. Las garras son poderosas y la presencia imponente, contrastando con el aroma deleitoso de las flores del guásimo donde ha ido a posarse. Cuando los hechos se precipiten, no faltará quien lo interprete como un augurio. Como aquí, en la neblina, pasado y futuro coinciden, sabemos que no es en balde: se ha posado en el árbol de los ahorcados. ¿Ha reencarnado Porcallo y hace sentir su tutela?

No hay duda. El viejo caudillo, rejuvenecido, se agita en la tumba, sale y circula por todas partes: está en los aposentos del teniente y del alcalde ordinario; en el banco de los testigos y en donde cumple su oficio el alcaide; guiando la mano, que da constancia, del escribano; en claustros, en calles y, por supuesto, en la capilla central de la Parroquial Mayor, donde deberían guardar reposo sus restos mortales. Juan de Miranda siente que el cernícalo se le ha posado en el hombro cuando entra en la iglesia y advierte que Pedro de la Torre se ha sentado en el escaño que le reservó a él el obispo; cuando la ira le dicta un rotundo reclamo: “Ese asiento es mío”; cuando, ante el gesto de Pedro, que se ha destocado al cruzarse ambos frente a la puerta de su casa, no responde sino con ademán hosco, el rostro demudado y siguiéndose de largo; cuando, frente a la casa del Teniente General,

volviendo a tropezárselo, larga la capa y saca daga y espada y grita bellaco y balandrón y otras afrentas parecidas.

También Pedro siente la presencia. Cuando, al levantarse de comedimiento, para cederle el asiento a Miranda el Viejo y sugerirle con cortesía que está a su disposición, se interpone, como un dardo, el desplante del hijo. Como si no sólo el asiento sino la capilla y la iglesia y la villa toda fueran suyas. Cuando, una y otra vez, le niega el saludo, pasándolo de largo y soltándole injurias y estocadas. Cuando hasta el cuñado Lope de Miranda, marido de Isabel, va a poner su nombre al pie de la querella. Cuando tiene que huirse al convento porque no lo maten, como esa misma noche lo intentan, hermanos y cuñados y otros deudos, todos idénticos en riqueza y en jactancia.

Los que llevan en las venas sangre de Porcallo sacan a relucir la herencia, la más irrebatible de las armas: una ofensa a sus personas equivale a una profanación de la sepultura, ese eje imaginario por el que pasan, en el Príncipe, todos los vínculos con el poder y con la gloria. Fundó la villa. La eligió para el solaz de sus últimos años y para recibir la visita postrera que les llega a los humanos en este mundo. Desde allí siguió ejerciendo sobre el oriente de la Isla, que se adjudicó como si le asistiera algún derecho soberano, el absoluto arbitrio que sólo se tiene cuando se es dueño y señor. Y no dejó de tender sobre el occidente una mirada protectora y vigilante, sin soltar jamás las bridas del caballo, recorriéndola muchas veces de un extremo a otro, a la Isla entera, que en su fuero más íntimo es toda suya, por derecho de pernada. Es verdad que ninguno de los que pasaron a Cuba desde La Española supo desplegar, como él, el dominio seductor que le granjearon tanto arrojo, tanta cruda voluntad, tanto voraz apetito, tanta convicción de ser la fuente de toda ley y, por ende, el único autorizado para transgredirla. Insisto: en la neblina todos los tiempos coinciden. Cuatrocientos años no son nada. El cernícalo, reencarnado en paloma, se posa en el hombro de un caudillo ungido por el destino. Estamos en 1959. Estamos en 1620. Lo vitorean a rabiar. Echa una mirada en torno. A sus pies, toda suya, la Isla entera. Pero el pasado sigue hablando. Insiste en colarse en el presente. Volvamos, ¿no te parece, María?, a la Semana Santa de 1620.

Les quedará a los descendientes de Porcallo el hábito de no ponerle bridas a la soberbia aunque, casi siempre, sin imitarle el coraje, la generosidad y otras virtudes patriarcales que el fundador por antonomasia se ufanó de practicar. Sin demasiadas en su haber, prevalece en Juan de Miranda el orgullo, que lo aguijonea para sobrevaluarse y subestimar a sus pares. Sin medir las propias, se inclina a recelar de las dotes ajenas y a no atribuir los logros de los amigos a merecimientos legítimos sino a valimientos espurios. Tendrá

que estar *in articulo mortis*, para reconocerse con serenidad, por primera vez, en el espejo.

En el caldeado bochorno que arrastra la Cuaresma
Puerto Príncipe, Martes Santo de 1620

Cuando el Teniente General de Justicia y Guerra, capitán Pedro de Orellana Maldonado, dicta las palabras que encabezan la información contra el capitán Pedro de la Torre Sifontes, vibra en el caldeado bochorno que arrastra la Cuaresma hacia la Semana Mayor un ruido destemplado de cuchilladas. El capitán Juan de Miranda está a punto de muerte. Salió herido en un brazo cuando se acometían él y Pedro de la Torre frente a la casa de Lope de Zayas. Un albañil que andaba viendo cómo el capitán Julián de Miranda mandaba a unos negros a aderezar una poca de tierra para echarla a unas tapias, supone que fue más o menos a las diez de la mañana.

Vi pasar calle abajo al capitán Juan de Miranda, encaminado a casa del teniente. Y enseguida al capitán de la Torre que salía de la Iglesia Mayor y, arrimado a la cerca de palos del escribano Balboa, llevaba la misma dirección. Después alcancé a ver a Sebastián Pérez Naharro, alcalde de la Hermandad, que echaba a correr hacia la casa del teniente. Por pura curiosidad lo seguí. De modo que vi cómo, cuando llegó, ya estaban los dos capitanes tirándose de cuchilladas, con espadas y dagas, lo mismo que el dicho alcalde, en lo que entró al quite el ordinario, Esteban de Miranda, buscando desviar al de la Hermandad con las suyas, en lo que salió el teniente y desarmó a Miranda y mandó al otro Miranda que prendiera y desarmara a Pedro de la Torre. Para eso ya había entrado el alférez Luis Torrente, con voces de: “Atrás, que no he de darla sino al rey”, hasta que por fin rindió las armas, mientras iba cayendo desmayado, con mucha sangre saliéndole de una herida que tenía en el brazo derecho, sobre el codo, el capitán Juan de Miranda. Ni yo ni el zapatero que dejó su banqueta al ruido de cuchilladas vimos quién lo hirió. Eso fue lo que dijimos. El Teniente General culpa al capitán Pedro de la Torre Sifontes y a Sebastián Pérez Naharro y al alférez Luis Torrente, y manda prenderlos y secuestrar, *ipso facto*, los bienes del más inculpado.

Está caldeada la villa. Irrita el calor seco de abril, zarandeado por un polvoriento vendaval de Cuaresma. Andan los hombres enfundados en calzones henchidos y jubón negro, con medias de seda hasta encima de las corvas, teniendo que acicalarse la gorguera para entrar a la iglesia, sobre jubón y camisa, con la tiesura de lino almidonado que les enrojece, marcándola con estrías, la piel del cuello. Y encima, cuando la ocasión lo amerita como es el caso de Juan de Miranda la mañana de Domingo de Ramos, hay que cargar sobre los hombros la

capa de paño, que en tales calores es penitencia. No hace mucho que han prescindido del birrete alto y puntiagudo que todavía suele usarse en España, adoptando sombreros de ala ancha que protegen mejor del sol alucinante: a la hora de ir a misa cae a plomo. Porque si las mujeres acuden temprano, casi de madrugada, cuando las enaguas de hilo y de seda que visten bajo las faldas no les pesan tanto, y hasta apetece cubrirse el escote con batista y encajes por el ligero relente que se levanta con el frescor sereno que ventila el amanecer, los hombres oyen misa cuando el sol se va acercando al cenit y, aun siendo abril, cualquiera diría que la canícula se anticipa.

Una tarde trabajada por el oprobio
Puerto Príncipe, 15 de abril de 1620, Miércoles Santo

Persiste el calor, tan grávido de agravios que parece que anda suelto el diablo. Una ventolera seca y preñada de un polvillo imperceptible azota a la villa, desgajando ramas, desvistiendo copas frondosas de las hojas secas que les quedan y aun de florecillas recién brotadas, arrastrando vainas y semillas que se desprenden de las vainas, y no falta quien recuerde los signos ominosos de la Pasión, como si se hubieran precipitado a hacerse visibles antes de la hora en que el Señor volverá a ser crucificado, en una Semana Mayor como nadie guarda memoria de otra semejante, entre rostros torvos, miradas acusatorias, suspicacias, traiciones esgrimidas como dagas.

En una tarde así de trabajada por el oprobio acuden a presentar querella el capitán Julián de Miranda (el padre), doña Bárbara de la Coba (la hija), Esteban, Julián y Lope de Miranda (los hermanos). Acusan a Pedro de la Torre. Acusan al hermano Diego Sifontes. Acusan a los sobrinos, Sebastián Pérez Naharro y Luis Torrente. Describen, a su modo, los hechos. Evocan a un Juan de Miranda quieto, pacífico, sosegado. Lo describen saliendo en ese talante de su casa para visitar al Teniente General, como solía hacerlo cada vez que ambos tenían pendientes relativos al servicio de Su Majestad. Recargan los colores sombríos, en cambio, sobre los que califican de traidores, acechándolo y espiándolo por la villa, cazándolo, rodeándolo, tomándole la delantera: Diego Sifontes y Luis Torrente agazapados en casa del primero; Pedro y Sebastián acometiéndolo, por fin, frente a la cárcel. Tantas estocadas le habrían tirado que tuvo necesidad de meter mano Miranda a la espada que se había mantenido sosiega. Lo hizo para defenderse, sin poder evitar que la del contrario le atravesara cuero y carne, sacándole toda la sangre que tenía en el cuerpo. Para rematarlo habrían llegado, *incontinenti*, Diego Sifontes y Luis Torrente. Acudió a prenderlos el teniente. En peligro de morir habría estado, de no intervenir el alcalde Esteban de Miranda (casualmente hermano del herido), que se le abalanzó al que tanto se aferraba a la espada gritando, sin cesar, que era alférez del rey y nadie podía desarmarlo. Diego Sifontes habría imprecado a Juan de Miranda, reclamándole palabras altisonantes proferidas contra su hermano Pedro. Luego corrieron a retraerse, los dos, en el Convento de las Mercedes.

Presentan testigos los querellantes. Unos que dicen haber oído decir a Pedro de la Torre el Domingo de Ramos, en el convento, que el

capitán Juan de Miranda es su enemigo y que, si se comporta con esos aires por ser alguacil mayor de la Inquisición, que a él tanto se le da, siendo como es, él mismo, hombre de honor y de honra tanto o más que el capitán Miranda. Que por algo, a su paso por la ciudad de La Habana, le procuró asiento a su lado, habiendo allí tantos otros capitanes, el gobernador Gaspar Ruiz de Pereda: “Que venga a decirme quién se cree y en qué términos pretende que lo tenga y que lo trate.” Tales propósitos le oyeron y de otros maliciosos, como de horadarle la barriga a Miranda, se oyó hablar a quien, como Sebastián Pérez Naharro, no quiso quitarse el sombrero al encontrarlo en la calle y en alguna ocasión hasta le sacó ganado del hato para matárselo, siendo que un hato tenían en sociedad en la Sabana Grande. Ánimo diabólico llevaban los transgresores, en suma, según los querellantes.

Cuando anda el demonio haciendo sus redes
Puerto Príncipe, 16 de abril, Jueves Santo

Rumores de toda índole culebrean por las calles, mezclados con un olor a podrido que sale de las huertas. Guanábanas medio maduras y naranjas pasadas se caen y deshacen en el suelo sin que nadie las levante. Entre sopor y pereza serpentean los rumores. Rumores que se volverán testimonios y testimonios que se deshacen en rumores. Que la herida fue de daga y se la hizo el mismo Miranda. Que fue con una espada dorada, muy ancha, que Pedro de la Torre trae siempre en la cintura. Que ya va para diez años que andaban en mohinas. Que no, que se trataban como compadres. Que Miranda ya no pudo disimular el disgusto que traía desde que Pedro recibió el mando de la compañía de infantería. Que él no quería soltarlo. Que, aunque el otro lo tuvo antes, después ya no quería cedérselo. Que no se tentaba en insinuar que las buenas instancias de Pedro con los gobernadores de La Habana, no sus merecimientos, se lo habían procurado. Que no, que todo empezó apenas el Domingo de Ramos, en la Iglesia Mayor, por un escaño. Que del enojo por cosa del asiento surgió la pesadumbre. Que hubo injurias de uno y del otro lado. Que el odio y la pasión se revolvieron. Que lo que pasó y lo que se dijeron corrió por la villa y se volvió, para el uno y el otro, cuestión de honor. Que acabó en pendencia lo que empezó en resentimiento y en envidias. Y en muerte fue a dar la riña, que en seis o siete horas dio adiós al alma Miranda.

Todos hablan como si hubieran estado en la Iglesia Mayor, en casa de Lope de Zayas, en la del Teniente, en el Convento de las Mercedes y en la casa del difunto, antes, durante y después del suceso, cuando los chismes de don Gonzalo, cuando recibió los Santos Sacramentos, cuando todavía no lo abandonaba el alma y cuando expiró. Las escenas se van componiendo, les ponen y les quitan incidentes, según la procedencia de la información, la simpatía, los parentescos. Con variantes, según el narrador, vuelve a entrar Pedro a la capilla central, acompañado por Graviel de Socarrás y Pérez Naharro el Viejo, y ocupan los tres un escaño vacío muy bien emplazado. Luego entran los Miranda, el Viejo y el hijo, en compañía de Diego Pérez de Villavicencio, y se hincan ahí junto, como queriendo significar algo. Pedro lo percibe e interroga a Graviel con la mirada, recibiendo una respuesta clara: “Este escaño es del Cabildo.” Juan de Miranda se voltea hacia ellos, sin disimular la molestia, para intervenir tajante: “Ese asiento es nuestro.” Pedro de la Torre se levanta de inmediato: “Si es suyo, helo aquí desembarazado.” Eso les dice. Tras lo cual, sin

más, se sale para irse a oír misa a las Mercedes.

Abundan las versiones sobre quién sí y quién no se destocó al encontrarse en la calle y sobre las palabras exactas que pronuncia Pedro en el patio del convento, mientras espera a fray Juan de Gutiérrez y cuando va saliendo del brazo del sobrino Alonso, de la Torre y Calona, comentándole éste que, en su lugar, él no se habría levantado."… Si por esa vara que lleva, porque se la ha dado el Comisario, piensa que puede tenerme en menos…", riposta el tío, añadiendo que le sobra hombría, con la espada que le cuelga del cinto, para sustentarlo en la plaza o en el campo, o donde sea, así le cueste la vida y la hacienda, y que irá a preguntarle el motivo que tuvo para los términos que usó en la iglesia y para no guardarle la cortesía de destocarse.

Amén de dos sastres, un zapatero y un barbero, entran a declarar cuatro indios que desyerbaban la calle junto a la casa de Juan de la Torre, uno de los cuales hasta quiso meter baza con el azadón que traía. Ninguno pudo ver quién hirió al capitán, porque espadas salieron muchas a relucir y todos gritaban. Hasta el alcalde de la Hermandad entró en la riña, tirando estocadas a diestra y siniestra, buscando que quienes se acometían se estuvieran quedos. Los parciales a los Miranda o que traen celos y rencillas con Pedro arguyen, una y otra vez, el testimonio de Juan de Consuegra quien, a la hora de los hechos, estaba en casa del Teniente y salió a presenciar el altercado y asegura haber oído exclamar al herido, al interpelarlo Diego Sifontes con la espada desenvainada: "¿Qué ha de ser sino que me salieron a matar estos traidores?" A lo que Diego, indignado, riposta con un violento mentís, mientras aprovecha para embestirlo el Teniente, le arrebata la espada y se va en persecución de Luis Torrente. Los que citan a Juan de Consuegra hacen suyas sus palabras: "Quiso Dios que el Teniente se encontrara en estos días aquí en la tierra, que si no fuera por la paz que él metió, ya se habrían matado entre ellos los deudos de ambas partes y estaría la villa perdida y tinta en sangre."

Hay quien asegura haber visto a Miranda entrar en su aposento para calarse la espada y a Pedro aproximándose al jagüey recostado en la cerca de Silvestre de Balboa, justo frente a la casa de Lope de Zayas, quitándose el sombrero para saludar a Juan de Miranda, que no le devuelve el saludo. Hay quien añade los nombres del alférez mayor Diego de Zayas y de su hermano Lope, sobrinos de Pedro, también con las espadas desnudas y dando voces de "¡Paz, caballeros!" Hay quien jura haber alcanzado a oír a Pedro, frente a la casa del teniente: "Sobornadas tiene a las justicias, seglares y eclesiásticas: no cabemos ambos en un mismo saco." Hay quien los vio acuchillarse pero insisten: "Fue como hombres honrados, fue una reyerta entre hombres

de bien". Hay quien escuchó a Pedro reclamarle a Juan, al atajarlo en la esquina de Lope de Zayas: "¡Tan bellaco fue lo del sombrero como lo del escaño!" Y le dan la razón. Sobre todo porque Miranda respondió algo así como: "¡Mentís, ladronazo!", añadiendo nueva injuria. Y hay quien no duda que, de no haberse apersonado el mozo Pérez Naharro, no habría salido herido el capitán.

Mil veces repiten cada escena, enriqueciéndola con detalles más floridos conforme pasan los días. Relatan la visita intempestiva de don Gonzalo de la Cerda, el presbítero, para calentarle la cabeza al primo Miranda. Ponen a Miranda enterando a Silvestre de Balboa: "Ha venido a decirme don Gonzalo que un tal Belén fue a contarle al Teniente lo que todos oyeron ayer en las Mercedes, que sólo yo no lo sabía, que era yo un grandísimo bellaco y me valga Dios si no he de saber quién lo ha dicho y *si* no he de ir a averiguarlo en casa del Teniente." Y describen a Silvestre, procurando apaciguarlo:" ¿Quién, en ausencia vuestra, tal cosa se atrevería a decir? No hay que hacer caso… no hay que hacer caso… Más hay que allegarse a Dios estos días santos, que en estos tiempos anda el demonio haciendo sus redes y se anda metiendo en cada casa. Haga vuestra merced una cruz a esos cuentos y, puesto que está con buen propósito, mejor vaya a confesarse." Y describen al capitán haciendo a un lado el Libro de Horas que ha estado repasando y metiendo en la faltriquera el rosario, para entrar decidido a su pieza por capa y espada y salirse al punto, sin dejarse apaciguar. En lo que entra el aprendiz de sastre, que vio pasar a Pedro de la Torre y lo miró quitarse el sombrero en cortesía sin que el capitán le respondiera el gesto, alzándole en cambio los ojos para mirarle demudado. Balboa le comentaría a Juan de Anuez: "¡Malo! Quiera Dios que no vaya a suceder alguna pesadumbre."

Luego dan mil vueltas a lo que hizo o no hizo Sebastián Pérez Naharro, alcalde de la Hermandad. Que si Juan todavía no estaba herido cuando él entró en la reyerta. Que si Pedro habría dicho: "¡Quisiera el Señor que no hubiera llegado él a la pendencia, que el diablo le hubiera quebrado las piernas y yo no lo hubiera conocido. Que si él no llegara no hiriera yo al capitán Juan de Miranda!" Que si a Esteban de Miranda le han escuchado culpar a Sebastián. Que Pedro, en cambio, afirma y vuelve a afirmar que el sobrino no tiene culpa.

Hay un Miranda dispendioso, yéndose a cada rato a Cartagena a comprar esclavos y a gastarse diez o doce mil ducados en ropa y en vituallas. Disipado, gustoso del placer, persigue a las negras en los hatos, hace hijos por doquier, presume, se pasea jactancioso y arrogante por la villa y seduce a las mujeres casadas. Hay quien dice que a la de Pedro, que pretendió hace años, no ha dejado de rondarla. Hay otro agraviado y moribundo, balbuceando algo casi inaudible. Ha tenido que acercarse mucho el escribano para distinguir que susurra:

“Pedro de la Torre me hirió.” Lo juró con un signo casi imperceptible de cabeza y queriendo dibujar una cruz con la mano, que ya se le ha quitado el habla y no tarda en perder la conciencia. La intensa palidez le blanquea hasta los labios y las uñas de las manos. Mucho se agita antes, como queriendo apartar la muerte y se queda espantada la hija, al tomarle las manos entre las suyas, procurando aquietarlo, con lo frías y sudorosas que están. Entra la noche. Entran las negras, portando velones. Juan de Miranda, desangrado, expira.

“…nadie, sino mi propia soberbia…”
Puerto Príncipe, el último día de la Pascua de las Flores

¿Estás por ahí, María? Es la noche del Martes Santo cuando Pedro se refugia en el Convento de las Mercedes. Le han dado casa por cárcel. Pero han ido a prevenirlo su hermano Diego Sifontes y el sobrino Luis Torrente. Una voz corre en la villa: los deudos de Miranda irán por él. Lo han escoltado hasta el convento y el comendador fray Juan Gutiérrez de Sales le cedió su celda para retraerse. El testimonio de Diego Pérez de Villavicencio el Joven se añade a la causa. Palabras más o menos, queda muy claro: “Muy alterados y con mucha furia y armas se juntaron deudos, parientes y allegados, gritando a voces que habrían de hacerlo pedazos. Iban a la cabeza Cristóbal Porcallo de Figueroa y Luis Lasso de la Vega. Venían en tropa, mucho después de haber anochecido. Los vi pasar por las puertas de mi casa. También los vio el Teniente, que iba él mismo camino del convento. Aun así quiso sacar al capitán y éste le requirió que no lo hiciera porque iban a matarlo, y el comendador de las Mercedes le recordó las inmunidades del convento y en eso fue llegando el vicario Cristóbal de Guevara y, con pena de excomunión, tuvo que exigirle que las guardara. Se fue el Teniente, no sin dejar en el lugar muchos guardias, y un día o dos después vi con mis ojos la petición que le hacía don Pedro de una cárcel segura donde, sin riesgo, pudiera acudir a presentarse. Pero el Teniente sólo respondió, usando de sorna: ‘La única presentación buena que he visto hasta ahora es la de Santa Isabel’.”

Aunque a Pedro no ha querido entregarle testimonio, tuvo que declarar Silvestre de Balboa, bajo juramento, que había recibido de él, retraído en las Mercedes, una petición a Orellana de que le diese cárcel segura. Explicó que el Teniente nunca le dio licencia para leérsela, ni menos quiso recibirla: estando alguien retraído, no se pueden recibir peticiones y cometería delito si la leyera. Eso alegó. Se la devolvió, pues, a Pedro, comunicándole que había fallado en su intermediación. Fue más allá Balboa y, en descargo del Teniente, advirtió que eran muchos los deudos de Juan de Miranda que llegaron a las puertas de los frailes queriendo matar a Pedro y que, a fe suya, lo habrían hecho de no ser por la oportuna intervención de quien hizo valer su autoridad y los obligó a retirarse.

Hasta que, entre dichos y hablillas que se engarzan sobre relatos de segundas y terceras personas, empieza a abrirse paso otro rumor. Un rumor que acaba por desplazar a los demás por su dramatismo y su procedencia. Un rumor esparcido por muchos de los presentes en el

aposento del moribundo. Un rumor que el propio Lope de Miranda ha confirmado en más de una ocasión. Crece el rumor, pues, hasta volverse voz pública. Que al entrar el marido de Isabel de la Torre a inquirir por su salud le ha confesado el capitán: "¡Ay, hermano, nadie sino mi propia soberbia me ha muerto!"

Tanto circulan por la villa esas breves palabras, aderezadas luego con las que van añadiendo en sus versiones un selecto número de testigos, que el más diabólico de los siete pecados capitales se materializa en los apellidos Miranda, Lasso, de la Cerda y Porcallo. Porque Juan de Miranda es bisnieto del patriarca. Como Lope su hermano, el marido de Isabel de la Torre, tu hija, María, la hermana de Pedro. Y en torno a la Plaza Mayor colindan las casas de todos, incluyendo la de Lope de Zayas y María de Roxas, tu otra hija, a cuya puerta fue a caer desmayado el capitán. Se parten en dos los ánimos y la villa misma, enfrentados los corazones y las voluntades: los unos por halar a Pedro hacia la deshonra y la horca, clamando castigo por la muerte alevosa de Juan de Miranda, y los otros por ensalzar la hombría de bien y la serena dignidad que ha sabido oponerle el hidalgo letrado a la altanería del bisnieto de Porcallo.

No se recatan de tildar a Orellana de paniaguado de los Porcallo y, cuando dicta sentencia y dispone que sea ahorcado Pedro en el lugar del delito, sin atender siquiera a su probanza de hidalguía, que de por sí lo exime de esa pena degradante, sale a relucir el parentesco de Juan de Velasco, que está por desposar a Bárbara de la Coba, con el gobernador de Santiago. Lo que empezó como una rencilla entre compadres cobra entonces, y por un rato largo, figura de disputa entre jurisdicciones.

Porque Pedro ha logrado escabullirse del convento y ganar la banda norte y embarcarse y llegar a La Habana, donde va a ponerse a disposición del gobernador Venegas, que le dará por cárcel La Fuerza Vieja y, de inmediato, mandará traer de Puerto Príncipe los autos de la causa. Orellana lo juzgó en ausencia y rebeldía. Cristóbal Porcallo, curador de doña Bárbara, va a hacer cosa suya el no darle cuartel a Pedro, aliado con Julián y Esteban Miranda que amenazan al padre, viejo y enfermo, con irse a donde jamás volverá a verlos si, por descargo de su conciencia, se acomide a perdonar. También a Bárbara la inducen y apremian a no ceder. Sólo Lope de Miranda intenta mantenerse en un incómodo punto medio. Entre el hostigamiento de los hermanos y la presión de la mujer. Entre el hermano muerto y el cuñado encarcelado.

Deseando, de corazón, exonerarlo de culpa
La Habana, 30 de marzo de 1622

Pedro declara ante las autoridades de La Habana: “El Domingo de Ramos accedí a esperar en la Iglesia Mayor la salida de la procesión, por insistencia de Graviel de Socarrás que me instó a acomodarme en el asiento del Cabildo. Como no tardaron en entrar los Miranda y no había otro asiento vacío, quise mostrarme considerado con el anciano y le ofrecí el mío. La respuesta fue el exabrupto. Inquirí: ‘¿Este asiento en que yo estoy es de Vuestra Merced?’ Y a la arrogancia respondí conciso: ‘Aquí lo tiene vuestra merced desembarazado, si es suyo?’ Dicho lo cual me dirigí a la salida, alegando que llevaba necesidad a cuantos me abrían espacio en sus escaños. Oí misa en las Mercedes. Pasó el lunes. Llegó el martes. Quise confesarme. Fray Gutiérrez traía mucho cansancio y me suplicó dejarlo para más tarde. Allí me topé, de paso, con el viejo Miranda. Hablamos en buenos términos. Luego se fue a la Parroquial Mayor en busca del padre vicario. Traía en desazón la conciencia y deseaba sus buenos consejos. En eso me tropecé dos veces con Juan de Miranda. La primera frente a su casa, de donde salía ciñéndose la espada. Hasta el suelo le hice cortesía con el sombrero y le dije: ‘Beso a vuestra merced las manos.’ El otro se encaminó calle abajo sin dirigirme la palabra. Entré a la iglesia. El vicario confesaba a una mujer. Me seguí, pues, de largo y, llegando al cantillo de Lope de Zayas, mi cuñado, vi cómo me salía al paso Miranda. Pareciéndome que iba a quitarse el sombrero, me destoqué primero, pero el otro se adelantó, largó la capa y sacó la daga y luego la espada y partió de carrera hacia mí. Me gritaba. Bellaco y balandrón y otras palabras afrentosas. Tirándome para atrás quise sacar la espada para defenderme pero me lo impedía una vuelta de cadena que traía atravesada sobre la guarnición de la espada y un rosario que llevaba en la mano. Venía rezando. Apenas alcancé a sacar la daga para desviar tres estocadas. Seguía retirándome, viendo que a Juan le corría sangre de un brazo, cuando llegó el Teniente con el hermano de Miranda. No le quité los ojos porque traía la espada desnuda. Entró Pérez Naharro y tiró una cuchillada en medio de las espadas, al grito de ‘¡Paz, señores capitanes!’ Esteban me tiró de cuchilladas, hasta desarmarme. El Teniente se acercó a Juan de Miranda. Él seguía desafiándome, ya no con hechos sino con dichos: ‘Agradece, bellaco, que quiso el diablo que me hiriese con mi daga, que si no me la habríais pagado.’ Eso le escuché decir. Esteban me mandó preso a mi casa. Luis Torrente no llegó ni intervino. No herí yo

a Juan de Miranda. Me fui al convento, no por huir sino porque no me matasen: la prueba es que esa misma noche lo intentaron los deudos de mi compadre. Balboa no quiso darme testimonio de ello. Envié al Teniente una petición de cárcel segura. Por mi vida tuve que escabullirme una noche, saliéndome, en lo oscuro, del convento. Entre matorrales y brechas alcancé la banda norte. Allí me esperaba la embarcación que me traería a La Habana. Lo primero que hice fue presentarme al gobernador. Él, cumpliendo su deber, me puso a buen resguardo en La Fuerza Vieja."

Tu hijo Pedro, María, dice lo que tiene que decir. El gobernador, tras esa declaración, manda que le traigan los autos aunque sea por la fuerza. Gente armada va por ellos y, en una armadilla que aguarda anclada en La Guanaja, los trasladan a La Habana. Dos años van pasando entretanto. Se presentan nuevas pruebas, incluyendo una información contra el presbítero Gonzalo de la Cerda, procurada por el vicario Cristóbal de Guevara. Se demuestra que sus hablillas y chismes le hicieron arder el ánimo a Juan de Miranda. Que la familia Porcallo quería pendencia. A Francisco Peláez, yerno de Juana de Heredia, la hermana mayor de Pedro, le toca notificarlo.

Con el nuevo siglo algunas cosas han cambiado. La palabra de las mujeres ya vale en testimonio, siempre que lo reciba alguna autoridad religiosa. Habla, pues, María Ana Calona y Peralta, la mujer de Gregorio de la Torre, y es muy explícita. Estuvo en casa del difunto, antes y después de enterrarlo, y recogió palabras que salieron de su boca: "Para el paso en que estoy y la cuenta que voy a dar a Dios, tengo que decirlo: reñimos muy honradamente, esa es la verdad. Con la cólera, con el ímpetu que me fui tras el capitán, quiso Dios que esto me sucediera, que yo mismo me hiriera, y si Él me deja que me levante, seremos los mejores amigos, como lo fuimos antes, y le pido perdón, de palabra y de obra, y yo lo perdono, porque en este trance he de decir la verdad: que no me ha herido sino mi soberbia." A la mujer de Diego López de Consuegra le escuchó que fue don Gonzalo de la Cerda quien llegó a provocarlo. Según doña María Ana, le habría conminado el presbítero que, o salía y se mataba con el capitán, o dejaría de tenerlo por pariente. Y doña Bárbara, la hija, se habría lamentado: "¡No hubo quien detuviera a mi padre!"

Abundan las mujeres, habiéndoles tocado velar en torno al moribundo y presenciar cómo le fueron administrados los sacramentos. Catalina Guerra, hija de Isabel Lasso de la Vega, lo oyó de doña Bárbara: le habían venido con cuentos a su padre y sintió que podía ocurrirle una desgracia cuando arrojó las Horas y se salió con capa y espada y escuchó a los frailes suplicarle que no tuviera odio de nadie y a él responder serenamente: "No lo tengo." Inés de Tamayo, viuda de un tío de Juan de Miranda y prima hermana de la mujer de

Pedro, asegura: mientras los presentes se preguntaban en alta voz quién lo habría herido, si Pedro o Sebastián, Juan mismo intervino: "¿Qué estáis diciendo?, que no me hirió nadie, que yo propio me herí."

Magdalena Lasso de la Vega, otra de las hijas de Isabel Lasso, nieta de Porcallo, casada con el tesorero Graviel de Socarrás, a quien le tocó acompañar a Pedro en aquella aviesa mañana de Domingo de Ramos, toma partido, pesándole más la proximidad de ella y su marido con los de la Torre que el atavismo de la sangre. Sale a relucir de nuevo la tía Ana de Roxas. En casa del difunto, muy afligida y llorosa, le había confiado: "Don Gonzalo dicen que ha sido la causa. No lo digo yo. Su hija lo está diciendo a voces…" A don Gonzalo lo interrogó: "¿No ha oído vuestra merced, señor, lo que dicen, que habéis sido parte en que resultara muerto el capitán?". Tanto que se ofendió el presbítero y respingó, invocando a Nuestra Señora. Tal cosa no era sino calumnia que le estaban levantando. No paró ahí la mujer de Graviel de Socarrás. Entró con el presbítero en el aposento. Decía el cura que deseaba consolar a Bárbara de la Coba. Pues nomás fue que entraron y se le acercó don Gonzalo, con ademán de llevarle alivio, y doña Bárbara lo esquivó: "Déjeme, señor, no me diga nada. Si no hubiera venido vuestra merced a decirle aquello a mi padre no lo hubieran muerto."

Por el apellido que lleva, es de peso el testimonio de Gutierre Porcallo, quien también lo escuchó claramente de sus labios, aquello de que no había sido el capitán Pedro de la Torre, sino su soberbia.

El comendador de las Mercedes y fray Reginaldo de San Pedro echan a la balanza, por ti, Pedro, su palabra de siervos del Señor. Cuando Lope de Miranda visitó al hermano ellos estaban presentes. Juan parecía recuperado. Le habían quitado el real de a ocho que le tenía tapada la herida y apretaba un pequeño Cristo de bulto entre las manos. Bien claro escucharon cuando musitó: "¡Ay, hermano, que mi propia soberbia me ha muerto!" Las mujeres y los frailes, pues, cierran filas. Están a ojos cerrados contigo, Pedro. Los frailes te tienen por letrado y piadoso. A las mujeres les gustan tus ojos y la manera en que las miras y la elegancia con que enhebras las palabras.

Algunos testigos son tachados. Una tal Juana de Roxas, mulata. Todos saben que tuvo en ella un hijo Juan de Miranda, un tal Alonso de Figueroa, reconocido como tal en su casa y sus haciendas. Dos mujeres de mal vivir que son tus enemigas declaradas porque, siendo alcalde, las sacaste del Príncipe por relaciones incestuosas con dos primos hermanos. Por ser íntimos amigos, compadres o parientes del difunto son tachados algunos más, incluyendo a Agustín Pardo, casado con prima segunda. Aunque me llama la atención, Pedro, que no faltaron a tu favor, los testimonios de deudos y nadie los tachó. Hubo

a quien tacharon por vicioso en el hablar y dado a la mentira. O por estar notoriamente disponible al mejor postor para prestar o vender testimonio. O por ser mal cristiano, a quien hay que amonestar continuamente para que asista a misa. O por ser jornalero tan pobre que declara lo que mejor convenga al que le pague. O, sin más, por ser incondicional de Juan de Miranda.

Casi mil folios leerá el gobernador Juan de Venegas antes de pronunciar sentencia. Los mismos que, casi deshechos por el tiempo y la humedad, estoy leyendo yo, en medio de la neblina. Incluyendo probanzas de hidalguía de ti, el culpado, y de los querellantes. Y el minucioso inventario de tus bienes y de cuánto te deben amigos y parientes. Sale a relumbrar, por supuesto, la limpieza de sangre de los Miranda, presentación mediante de una ejecutoria apostólica promovida por el tío Rodrigo, arcediano de la diócesis de Oviedo, para salir avante de un pleito muy sonado, y de los blasones que los vinculan por parte de madre, allá en Extremadura, con la ilustre casa de Feria. Y, aunque menos deslumbrante, se adjunta traslado de la ejecutoria aquella de Valladolid, conseguida tras tantísimas dilaciones el 10 de diciembre de 1568 por Juan y Alonso y Gregorio de la Torre, pasados ocho largos años del pleito de Hortaleza. Ya la ha refrescado en Puerto Príncipe, corriendo el 1598, otro Juan de la Torre, tu primo, que la presentó con múltiples certificaciones, incluyendo la constancia de la calidad de escribano del rey que ostenta, en ese año, Juan de la Torre el Viejo: siendo ya hombre hecho el hijo, así empiezan a llamar, por entonces, al hermano mayor de tu madre.

Ha visto Venegas con cuánta gana de hacerte daño han ido a juntar las bestias en el Hato Viejo y en Curabaya, en Sabana Larga y en Guirabo, Juan de Consuegra y Luis Lasso de la Vega y un Guerra y un Naharro, hasta sumar trescientas y tantas reses del fierro de Hato Viejo y becerros, con sus madres, que no estaban herrados y otros ciento cuarenta y cinco en atajos y parajes, sin contar los más de quinientos en Curabaya, hacienda recién poblada que poseen, a medias, tú, Pedro, y Gregorio tu hermano. Y cómo han querido probar que Gregorio y Diego Sifontes y Juan de la Torre, tus hermanos, te deben tanto y más cuánto en reales, en carne, en sebo, en corambres, en productos de la tierra, con el propósito de hinchar falsamente tu hacienda, ahora que estás en desgracia, para que más secuestren y más despojen.

Ha revisado los méritos que ya te conoce de sobra: en cuántas ocasiones importantes de guerra serviste a Su Majestad y en cuánta satisfacción te tuvieron tres gobernadores de La Habana, más su propia decisión de darte el mando de un par de fragatas para ir a guardar las costas de enemigos acechantes, mientras se supone que no debes salir de La Fuerza Vieja, donde guardas prisión, y que todo lo ha

hecho por el aprecio que supiste ganarte.

“Con lo mucho que ha estado preso tiene suficiente castigo, si es que en justicia alguno mereció”, se oye musitar a Venegas deseando, de corazón, exonerarte de culpa. Pero es mucho el afán de venganza y demasiada la presión que siguen ejerciendo, desde Santiago, los de la poderosa contraparte. A Juan Bautista de Borroto va a tocarle dar testimonio: cuatro años de destierro del Puerto del Príncipe, dos en La Habana sirviendo al rey sin devengar sueldo alguno y otros dos donde escojas, a no menos de veinte leguas de la villa; además de cuatrocientos ducados, la mitad para la Cámara de Su Majestad y la otra para cubrirle a doña Bárbara las costas que tuvieron sus tíos en perseguirte sin descanso. Han pasado treinta días del mes de marzo y se aproximan de nuevo los días santos.

Aliñar por dentro el querer
Madrid, 7 de mayo de 1624-Bayamo y Puerto Príncipe en días, meses y años subsiguientes

Dos veces más ha dado vuelta el año y, por más que lo desea, no ha podido librarte Venegas del rigor de estar encerrado. Los querellantes no dejan de acusarlo de todo y más ante la Audiencia de Santo Domingo: de arrogarse jurisdicciones que no le corresponden, de haberte soltado y entregado las susodichas fragatas, de hacer pesar más la afección que te tiene que la exuberancia de las pruebas en tu contra.

Y por benévola que sea, como lo es, su sentencia tú, Pedro, vas a inconformarte. Vas a reclamar que se te absuelva e indemnice y te restituyan libres los bienes, muchos de los cuales ya han malbaratado, procediendo contra ti en ausencia y siguiéndote causa como si fueras culpable. Alegas que te han perseguido contra toda justicia, porque son muchos y muy ricos los deudos del difunto y porque hubo connivencia con ellos de las autoridades del Príncipe y de Santiago. También, ante la Audiencia, se han inconformado los querellantes, insatisfechos con todo lo que no sea verte colgar de la horca. Y buscando incrementar de paso la propia hacienda, reclamándote diez mil ducados para resarcir a doña Bárbara.

Corresponde zanjar el pleito, así las cosas, al mismísimo Consejo de Indias, que pretende pronunciarse con discernimiento, sin favorecerte a ti, Pedro, ni a la familia Miranda y procurando salvar a la vez, como fiel de la balanza, la querella de jurisdicciones que ha vuelto a aflorar entre La Habana y Santiago. Serán ocho años de penar en el destierro, cuatro fuera de La Habana. Cuatro años has servido en la Fuerza Vieja, tumbado en repetidas ocasiones por fiebres intermitentes, con merma para la salud y la vida. Cuatro habrás de salirte de la isla a buscar morada. O, si eso te cuesta demasiado, cuidarás de no transgredir las veinte leguas que tienes prohibidas. Y, encima, le pagarás a doña Bárbara, ¿tu amada?, mil quinientos ducados.

San Salvador de Bayamo dista cincuenta leguas del Príncipe. Es la tierra de Catalina, tu mujer, donde apenas fue remunerado el finado Sancho de Cabrera con una regiduría perpetua, siendo tantos los servicios de Rodrigo de Tamayo, su padre, en la conquista y pacificación de los naturales. “Pobres, pero beneméritos”, supongo que reflexionas, sabiendo que habrá allí quien te reciba con los brazos abiertos. Gregorio tu hermano y Fernando Barreda, tu sobrino, serán depositarios y fiadores, velando por tus intereses, en Puerto Príncipe y

en La Habana.

Espejo de impaciencia van a volverse, para ti, las venturosas aguas del río Bayamo. Lo contemplas desde la barranca donde vas a asomarte por las tardes, cruzando el barrio del Cristo, cuando no das en cabalgar hasta el surgidero del Cauto, seis leguas abajo, para evocar con amarga melancolía las octavas de Balboa. Luego te vuelves al paso, procurando alejar la aflicción y encontrar deleite en la anchurosa vega florecida de mariposas y campanillas y trompetas, envuelta en aromas de guayabales y limoneros. Encontrarás tiempo para sumar y restar afectos, lealtades, mudanzas. Tiempo para dilucidar si hoy te reconocerías tributario del diligente escribano que, en el juicio, quedó mal con todos por no quedar mal con nadie. Ya sé que, cuando principiaba el proceso, acababa de llegarle a Balboa la Real Cédula que le confirmaba el oficio que tanto le habían escatimado. Ya sé que tú, Pedro, habías renunciado en él la escribanía. Supongo que ya lo habrás perdonado. Los veo departir, de versos y féminas, entre la neblina. Estaba entre la espada y la pared, como quien dice. Entre su amistad contigo y el parentesco de su mujer con los Miranda. Tiempo vas a tener para agradecerle al Señor no haberte desangrado, en vez del compadre Miranda, frente al cantil de Lope de Zayas. Tiempo para meditar sobre el vivir y el morir. Tiempo de sobra para discurrir, con amargura, sobre las fragilidades de la amistad y del alma.

Me alegro de enterarme de que, al cabo de este calvario, no habrás perdido todos los bienes, que algunos todavía han de quedarte. Ni habrán perdido tus hermanos la apoyatura en el Cabildo sino que, más bien, van a acrecentarla. Cuando anda en apelaciones la sentencia, ya le han confirmado a Juan de la Torre Sifontes el oficio de alférez mayor para un hijo que está por cumplir quince años: ha pagado por ello trescientos ducados y, mientras crece el vástago, lo ejercerá él mismo. Por seiscientos diez ducados adquiere Gregorio de la Torre un asiento de regidor para su propio Juan, que alguno ha de llevar el nombre de pila del abuelo de la abuela entre los nacidos de los hijos de María. Y, días más días menos, el alférez Diego Sifontes se vuelve titular de otro regimiento que será suyo por quinientos cuarenta ducados.

Los rescoldos de la pendencia no se han apagado. Tus hermanos, Pedro, toman posiciones. Una ocasión propicia se da cuando Pedro de Orellana se apresura a cumplir una orden real, que hasta entonces no se había ejecutado, de vender cargos de regidores ejercidos por oficiales reales. Están en ese predicamento Graviel de Socarrás y Juan de Anuez, testigos favorables a tu causa, que ofician respectivamente como tesorero y como contador: la querella por sus cargos es un epílogo del juicio.

Por la regiduría de Graviel de Socarrás ofrece Agustín Pardo, cuyo testimonio te fue adverso, precarios doscientos veinte ducados y, a pesar de eso, corre Orellana, ni corto ni perezoso, a adjudicárselo. Con cierto retraso va a pujar Juan de la Torre cuatrocientos ducados: lo quiere para su hijo Antonio, de catorce años y, en el ínterin de su mayoría, para Francisco de Roxas-Sotolongo. Dice que no lo hizo antes por encontrarse en el Bayamo. Se encoleriza Orellana y no escatima amenazas. Se mueven los hermanos y el gobierno de Santiago considera prudente parecer imparcial. No es válida almoneda de oficios que no se haga en presencia de los interesados, sobre todo siendo ambos oficiales reales y con todo el derecho a reclamar que no les nieguen asientos en actos públicos como ha venido haciéndolo, abiertamente, el Teniente General. Es el 14 de marzo de 1624.

Reunido a campana tañida da de baja el Cabildo a Agustín Pardo, que ya ha tomado posesión. Constituyen ese Cabildo el capitán Juan de la Torre Sifontes y Diego Sifontes el Mozo, tus hermanos; el sobrino Diego de Zayas y dos vecinos de apellido Sánchez, emparentados. A Gregorio le tocará pujar entonces, en cuatrocientos cinco ducados, el regimiento de Agustín Pardo. Lo solicita para Lope de Zayas, el Mozo, pero como a éste no le apetece demasiado, lo obtiene para su hijo Francisco, a quien le será confirmado en 1628. Para entonces tu destierro en Bayamo, Pedro, se habrá cumplido.

Te veo volviendo al Príncipe. No tan rico. Sí más prudente y más sensato. Atrás quedó el hervor de la mañana de Ramos. Quedó el cruce de miradas, sobre los aceros, con el compadre Miranda. Las centellas ardientes que fueron y vinieron. Hoy sabes que una misma pasión los dominó a ambos: dos orgullos sin brida hacían falta para semejante erupción. Entregar la espada fue, ya lo sé, lo más desgarrante. Llamaste cien veces injusta a la ley que te obligaba a renunciar al signo más visible de la valentía, de la hombría y de la honra. Sin el acero tan reluciente, sin los blasones grabados en la empuñadura de oro, te quedaste al garete, como si no hubieras rendido la espada sino el linaje. Vas a tardar meses en encargar otra a Toledo. Mientras, empleas las tardes bayamesas en reflexionar que la afectación es el lastre de la grandeza y las pasiones los humores del ánimo y que la espada ha de ir siempre envainada en la cordura, para que el corazón prudente no se descomponga ni se desbarate. Alguien, dictándolo a tu oído, te hace su confidente. Ya encargas otra espada, ya puedes acotar los bríos con la cordura, ya tu cuerpo, decaído, empieza a reconfortarse con el cultivo del alma. Ya la acaricias. Ya tientas la hoja afiladísima que viene a reponer la que rendiste tras la querella. ¿Sabrás darle, en lo sucesivo, un uso más discreto? ¿Has escarmentado? La dejarás en reposo. La pondrás entre libros. Tus queridos libros. Los únicos que te confortaron. Los que te regalaron

prudencia. Seso y cordura. Ponderación y parsimonia. Para aliñar por dentro el querer y ponerlo a tono con el entender, de modo que querer y entender, apacentados los ímpetus que todavía te quedan de la juventud, te iluminen sosegadamente el alma. Sensatez, tino y tiento no te alcanzan, es verdad, para prever algo que ocurrirá muchos años después: el casamiento de tu nieta Jacinta con un joven nacido en Jamaica, de nombre Álvaro de Orellana y Proenza, cuya familia habrá retornado a Cuba en 1655, con el éxodo de españoles que se ponen a salvo de los ingleses, nuevos señores de Jamaica. Un joven que, se regocijarán los cotilleos, procede de aquel Teniente General Pedro de Orellana Maldonado que, en 1622, te sentenció, mi admirado Pedro, a la horca. ¿Las inconsecuencias del destino? Tú me dirás.

Un comensal inesperado
Puerto Príncipe, durante y después

A veces el tiempo se estanca. A veces se apresura. A veces corre. Entre nacimientos y muertes, juguetea el amor. La Semana Santa de 1620 se obstina en seguir en escena. Tres generaciones concurren. Se juegan cuotas de poder. El más ostensible: el que se muestra en mandos y preeminencias. El más disimulado: el que se insinúa y se pone en juego en los tratos del amor. Se escuchan cuchicheos. Juan de Miranda no habría dejado de rondar a la mujer de Pedro, Catalina Cabrera, su amor de juventud. Pedro estaría perdido de amor por Bárbara de la Coba, la hija de Juan, a punto de casarse con Juan de Velasco. Algo más hay, pues, que la querella por un banco de iglesia. Pero es eso lo que desata los ánimos. Se juega la honra. Hay que mostrar quién es quién. Dos caballeros en la flor de los cuarenta y tantos. El calor de la cuaresma. El calor de la rencilla. Los calores del amor.

No hay, en el Príncipe, quien no tome partido. Los que han pasado, con creces, el medio siglo: Francisco Naharro, Diego Pérez de Villavicencio el Viejo y Julián de Miranda. Los que no llegan a los cincuenta: Gregorio Ramos, Silvestre de Balboa, Cristóbal de la Coba y Lorenzo Lasso.

Gregorio Ramos ya no cabalga las octavas de *El espejo de paciencia* ni le arranca la cabeza a Gilberto Girón. Ya no jefatura a los aguerridos bayameses. Ha trocado la montura por un escritorio y se la pasa, muy atareado, urdiendo falsos testimonios. Los repetirán, de memoria, ciertos testigos que han de comparecer en contra de Pedro de la Torre: en este lance representa a la parte de los Miranda.

Cristóbal de la Coba, a pesar de ser cuñado de Juan de Miranda y tío de Bárbara, no le escatima a Pedro un testimonio favorable. Es cuñado, también, de Juan de la Torre y de Silvestre de Balboa. Con ellos y con el difunto Miranda han matrimoniado sus tres hermanas. Opta por Pedro. A Balboa lo instó, hace doce años, a trascender la fragilidad ordinaria del común de los mortales para ceñirse los laureles de la gloria. Finas y abundantes observaciones le ocupan la reflexión, en este abril de 1620, acerca de la fragilidad humana.

A Lorenzo Lasso de la Vega y Cerda, el más inspirado de los siete admiradores del pulcro Silvestre, le cabe una pena doble: la de ver morir a su primo Juan por la espada de Pedro y la de ver a su hermano Luis aliado con Cristóbal Porcallo, para perseguir con saña al que seguirá siendo, por muchos años, su mejor amigo: Pedro de la

Torre.

En cuanto a Silvestre de Balboa, que funge como escribano del proceso, le toca serlo por una extraña jugarreta del destino. Alboreando el siglo, el consenso de todos lo hizo escribano. No le duró mucho el gusto: en España les pareció poco lo que pagó y, al cabo de un par de años, lo dejaron sin escribanía. La tuvo, para volver a perderla, un montón de veces. Hasta que Pedro de la Torre renunció el oficio, a su favor, en 1619. En eso sobrevino la rencilla. Y le tocó ser, a la vez, testigo y escribano. Y no darle por recibida a Pedro aquella solicitud de cárcel segura. Pedro lo busca para intermediar ante Orellana y él escurre el bulto. ¿Se lo reprochaste mucho, María? ¿Le recordaste las afinidades del espíritu que lo llevaron a fundar, con Pedro, el cenáculo literario? ¿Entendiste que Pedro lo perdonara por aquello de su parentesco con Miranda y por lo mucho que le costó obtener, en firme, la escribanía? Los veo hablando tranquilos, muchos años después, a Pedro y a Balboa, interesadísimos en descifrar a Gracián. Debo apuntar que me alegro.

¿Y la generación más joven? Luis Torrente ha casado con una sobrina de Pedro llamada Brianda, la hija mayor de Lope de Zayas y María de Roxas. Lo separan de Pedro unos diez años. Pero es su hombre de confianza. El único hijo varón del sonetista llevará al altar a Mariana, la hija única de Luis y de Brianda. Sebastián Pérez Naharro es hijo de una cuñada de Pedro, hermana de su mujer, llamada Ángela. Es también su sobrino, pero es más que eso: no hay día que no frecuente su casa y su mesa colmando, hasta el nacimiento tardío del varón, el deseo suyo de ir forjando a un joven, a la vez ilustrado y bravío, a su imagen y semejanza. Tras enviudar de una hija de Balboa, casará con Andrea Rivadeneyra, muy jovencilla aún, hija de dos testigos que lo favorecieron en el juicio: Diego Pérez de Villavicencio el Joven e Inés su mujer. Graviel —que no Gabriel— Socarrás y Fleites, Cervellón e Infante, representa un papel decisivo: a su sugerencia se debe que el capitán ocupe un asiento en el escaño de la discordia. Socarrás tiene por mujer a Magdalena Lasso, hija de una nieta de Vasco Porcallo y de un Guerra-Pérez Naharro. Es sobrina de Lorenzo, el sonetista, y de Luis, el rencilloso. Y su hermana Clara tiene por marido a Agustín Pardo de Aguiar, tan parcial en sus declaraciones desfavorables, que se granjea su repudio y el de sus tres hermanos. Por eso saldrá derrotado en sus pretensiones de entrar al Cabildo: una maniobra bien instrumentada, desde Bayamo, por el capitán desterrado va a copar, para la familia, todos los oficios regiduriles.

Entre los criollos que toman partido abierto por el capitán de la Torre y se la juegan con él figuran otros dos sobrinos: uno de sangre, Diego de Zayas, hijo de la hermana María de Roxas, que lo defiende

con la pasión que acostumbra a poner en todas sus empresas. El otro, Fernando Barreda y Guevara, primo del vicario Cristóbal Guevara y casado con una hermana de Diego, engendrará con ella a Fernando de Zayas-Bazán y Barreda, quien enlazará su vida, dentro de algunos años, con la de María de la Torre y Torrente, nieta de Pedro. En el trance amargo del juicio, Barreda sirve de fiador en La Habana, donde su familia dispone de bienes, intereses e influencias. Gregorio de la Torre cumplirá la misma función en El Príncipe, como depositario del hermano.

Una solidaridad defensiva, sin grietas, aglutina a los cuatro hermanos. Es decir, a tus hijos, María. Y se extiende a los sobrinos: todos concurren en apoyo del pariente en desgracia y velan por el buen nombre y los intereses comunes. Cuando hace erupción el conflicto, el Puerto del Príncipe hierve como una caldera infernal. Luego sobreviene una tregua. Juan de Miranda, muerto, se vuelve el chivo expiatorio y atrae sobre sí las múltiples y contradictorias corrientes soterradas de resentimientos, resquemores y violencia. Cuando los apasionamientos se van apagando empiezan los gestos reconciliatorios que van a devolverle a la villa, poco a poco, el extraviado equilibrio. Nuevas alianzas matrimoniales refundan pactos quebrantados, indispensables para aglutinar una tan enmarañada comunidad de intereses. La discordia tiene que llegar a un clímax para revitalizar el pacto originario con intenciones y energías lustrales: las familias intercambian de nuevo sus mujeres y ratifican que existe, en lo fundamental, un proyecto de convivencia civilizada.

El torbellino de pasiones lo revuelve todo en su turbulencia: rencores y simpatías, amistades y discordias. Se acentúan los afectos hasta sus extremos más viles y más nobles y queda al desnudo lo que se disimula, en los mejores tiempos, con los buenos modales, las conveniencias y las cortesías, esa tenue costra pulida y redorada que recubre la insidiosa carcoma que horada, como el salitre, el cuerpo de la Isla. Cuando la turbulencia aflora y luego amaina, las vidas que han sido zarandeadas reencuentran su acomodo y, aun donde parecía haberse infiltrado un desacuerdo irreconciliable, vuelven a concertarse alianzas, sociedades, matrimonios. Porque al bienestar de todos conviene limar las aristas de ofensas y de agravios para procurar un armisticio tolerante donde ha campeado, por un tiempo que ya va siendo demasiado largo, una guerra declarada. Y, de vez en vez, en los arreglos de conveniencia se cuela, inadvertidamente, un comensal inesperado: el amor.

Más que esporádicamente, el amor se aventura a propiciarlos. La casa de Lope de Zayas y María de Roxas, frente a la cual se desplomó desangrado Juan de Miranda, se abre, uno y otro año, para celebrar con copiosos banquetes sucesivos casamientos. Dos hijas y un hijo de

Bárbara de la Coba casan con vástagos de esa casa. Pedro y José, el noveno y el décimo de la prole de María y Lope, desposan a María y a Francisca de Velasco y Miranda; la nieta Mariana, Barreda y Zayas, a Juan de los mismos apellidos. La casa de Lope de Miranda e Isabel de la Torre festeja, con meses de diferencia, las nupcias de la nieta Paulina, que también lo es de Silvestre de Balboa, con Francisco de Velasco Miranda, su primo. Se prenden los fuegos en los traspatios y los fogones, siempre bajo la dirección de Candelaria, la negra de María de la Torre, que entre tonadillas y gracejos, visajes y ademanes reproducidos con la misma cadencia por numerosas ayudantas, orquesta con supremo placer los rituales de tostar lechones sobre horquetas clavadas en tierra, entre ramas de guayabo, bien embarrados en agrio de naranja; asar boniatos al rescoldo, entre las cenizas, untados de manteca y polvoreados con canela y anís molido; rallar mazorcas y remojar las tusas en agua, para sacarles la leche y pasarlas luego por el jibe y mezclar todo en manteca bien caliente con ajos, tomates y cebollas, rociadas las presas de puerco con naranja agria, sin dejar de revolver, hasta cuajarlo, el tamal en cazuela; guisar quimbombó con plátano verde, revolviendo todo bien para dejarlo sin baba; remojar tasajo la noche entera para sofreírlo al otro día con harto comino, orégano y pimienta y servirlo con arroz y plátanos pintones y ají picante; desplumar pichones y adobarlos en vino de Canarias y yerbabuena más su ajo y su naranja; salcochar el bacalao para que suelte la sal y echarlo a freír con azafrán y perejil y mucho orégano. De modo que del traspatio a la cocina van y vienen las esencias, con predominio del agrio de naranja y del ajo omnipresentes, hasta que empiezan a combinarse con tanto olor encendido la fragancia del agua de azahares, prevalecen un rato la canela y el anís, sueltan hervores los almíbares y despiden sus perfumes las panetelas bañadas con vino dulce, las guanábanas arrebujadas en melado, los mameyes de Santo Domingo, los hicacos a punto de jalea y la cidra en cabello de ángel, el cusubé de yuca, el matahambre con catibía, el coco enmielado, la crema criolla hervida sobre ceniza caliente, con carbones encima de la cazuela, y, en fin, la sopa de casados.

Ha avanzado mucho el siglo. Otro anillo de esponsales viene a cerrar el círculo de la reconciliación. Como la novia ha enflacado de la emoción y se le resbala del anular, lo introduce en el dedo mediano de la mano izquierda de Margarita Pardo de Aguiar y Lasso de la Vega, hija de Clara y del ríspido Agustín, un hijo de Gregorio de la Torre Sifontes y de María Ana Calona nombrado, como su padre y el Santo Papa canonizado, Gregorio. Del episodio de l620 se ha borrado el acre apasionamiento y sólo queda un pequeño racimo de anécdotas que, en el canevás de las alianzas, se va desprendiendo de la carga de ofensas y resquemores, de reclamaciones y asperezas, para acomodarse con

soltura y buen humor entre los hitos de la leyenda familiar.

Candelaria supo que a ella le tocaría
Puerto Príncipe, Sábado de Gloria de 1640

¿Cómo es eso, María? ¿Sigues viva y padeciendo amor? ¿Una taimada enfermedad se ha ido apoderando de tu cuerpo? ¿El tiempo por fin te hace estragos? Hace mucho, me he dado cuenta, que tus largos cabellos han dejado de lucir la rubia, sedosa y espesa lozanía, para irse afinando y blanqueando, y una traicionera fatiga que te invade los miembros no te permite ya dorarlos con el auxilio de esas aguas muy cargadas de manzanilla que te preparaba Candelaria, adicionadas con yerbas favorecedoras que sólo la vieja negra sabe cultivar en la resolana del traspatio. Tan cerca ya de tu primer centenario, las marcas del tiempo que te surcan el rostro son todavía, sin embargo, benignas. Un aire dichoso te ha envuelto siempre. Supiste esparcirlo a tu alrededor y contagiar a todos. A los negros y las negras que sirven en la casa y a los hijos y nietos que no dejan pasar día sin llegar a visitarte. Hace apenas un mes, me apunta Candelaria, que el aura de placidez que te rodeaba empezó a empañarse como si algo, en tu fuero más íntimo, procurara irse apagando. Fue por ese apagamiento, quizá, que las manchas en la piel se te han hecho más visibles, que una rigidez desconocida te endurece los huesos y que la sensibilidad a los ruidos, a la luz cegadora de afuera, a los calores y los friecillos súbitos que trae alguna llovizna tardía te enturbian la mirada y la llenan de sombríos presagios. Lo perciben poco a poco las hijas y los hijos, y los maridos de aquellas y las mujeres de éstos, y opinan los nietos que viven en el Puerto del Príncipe y hacen venir a Diego de Zayas desde La Habana, y todos juntos deciden traer de Santiago, en el mayor sigilo porque no le está permitido abandonar por muchos días el puerto donde la han autorizado para ejercer sus oficios, a la sabia sanadora Mariana de Nava, trasegada ella misma por el peso de los años. La hacen embarcar discretamente en un lugarcillo no muy distante de Bayamo y desembarcar en la caleta de Santa María, cubierto de velos el rostro como si guardara luto pero en verdad para que ninguno alcance a reconocerla, para trasladarla luego en silla de mulas las buenas veinte leguas que separan la banda sur de la villa de la tierra adentro.

Tanto o más que el peso de los años de la robusta mulata debe soportar otra silla, que acarrea su dilatado arsenal de pócimas y ungüentos, de zarzaparrilla, vetiver y yerba luisa, toronjil, mejorana y cañasanta, romero y canela en rama, vinagre rosado, polvos de hoja de sen, de rosa y de romero, sus emplastos de mieles y manzanilla, sus

bálsamos de cañafístola y sus aceites de arrayán, de almendras y de liquidámbar. Pide la curandera reposar una noche antes de acercarse a tu recámara donde pasas, enferma, días y noches, a veces sin pegar los ojos y otras manteniéndolos muy abiertos, como queriendo llevarte al otro mundo la deslumbrante luminosidad, ese resplandor glorioso en el que flota la Isla.

Nadie supo qué sucedió en el umbroso refugio de la alcoba donde la curandera veló, por siete días y siete noches seguidos, junto al lecho donde languidecía la viuda de Diego Sifontes. Salía sólo por ratos, siempre de noche, para reunirse en el traspatio con Candelaria, la negra de siempre, y dos sobrinas que eran de toda su confianza. Exigió desde un principio que se abstuviera la familia de estorbar la sanación.

Una de esas noches, no se supo con precisión si la tercera o la cuarta, desde el balcón del mirador donde solía asomarse ya tarde cuando la lectura lo había colmado y le apetecía sentir las brisas cruzadas del Tínima y del Hatibonico, alcanzó a ver Pedro de la Torre cómo salía la curandera llevando un envoltorio y se dirigía al jagüey de la plaza, ese que nadie sabía cómo ni por qué había crecido allí, tan lejos de uno y otro río, siendo tan aficionadas las raíces de los jagüeyes al lecho de las aguas. La vio darle varias vueltas en torno soltando, como si sembrara, algo de lo que traía envuelto. Depositó luego una jícara en el hueco que disimulaban los intrincados bejucos añorantes de humedad y se marchó de prisa. Decidió el capitán no darse por enterado, porque inquirir sobre aquella intempestiva salida hubiera sido tanto como aceptar que en la curación de su madre pudiera intervenir algo más que el uso, bien dosificado, de la farmacopea autorizada por el protomedicato.

Desde que divisó el jagüey allí enfrente, tan cerca, supo Mariana de Nava que más le valdría ganarse su buena voluntad y convencerlo de que no ejerciera sobre los de esa casa la secreta fascinación que atraía a su abrazo traicionero a árboles y cristianos por igual. Hizo, pues, lo que tenía que hacer y se volvió a la casa lo antes posible. Ya le tenía preparado Candelaria, en la cocina, un brebaje de naranja agria con melado de caña y maíz molido, que se bebió sin pararse a respirar, antes de entrar a la alcoba. Hasta aquí, María, lo que una voz anónima, pero muy bien articulada, me apunta desde un rincón de la neblina. La voz no tiene rostro.

Candelaria la interrumpe: Había tenido el ama sueños extraños, que parecían augurios y coincidieron esas ensoñaciones con la mengua de su cuerpo y de su espíritu. Lo atribuí a que dormía sobre vellón de vainas de ceiba, que yo misma había ido juntando para suavizar el reposo de la cabeza de mi ama en almohadas más gentiles y a que acaso la debilidad del cuerpo hubiera contrariado el propósito de mis

buenas intenciones. A Mariana le bastó concentrarse aquella noche, con los ojos cerrados, en los sueños de ella para saber que le había dejado amarrado un maleficio hacía muchísimos años una bruja canaria que la visitó en sueños, un maleficio que tendría que surtir efecto, precisamente, cuando la sorprendiera el invierno de su vida. Y ese invierno había llegado. Volvió a volar la impía, no habrían pasado de ello más de veinte o treinta días, desde las lejanas islas donde habitaba, para anunciarle que le había tocado la hora pero que no habría de serle fácil el tránsito al país de donde no se vuelve. Todavía alcanzó a entender Mariana de Nava que aquella mujer maligna se había trastornado en otros tiempos con el amor de alguien llamado Juan Bautista y que a ello se debía su odio por María. Cuando volvió de su embaimiento la curandera y salió de la habitación para airearse y poner en orden sus visiones, escuchó de mi voz que ese Juan Bautista no podía ser otro que el primo de la señora, difunto hacía más de treinta años en Madrid, donde había fallecido precisamente un día de Jueves Santo. ¿Reconoces, María, la dulce melodía de Candelaria? ¿Habló siempre con tanta propiedad? Veo que asientes. La voz anónima reclama la palabra:

Las dos mujeres ataron cabos y no tardaron en discernir la índole del hechizo: quedarse amarrada a un amor tan despiadado que desafiaba el paso del tiempo, manteniéndola atada a la memoria de un muerto, un alma en pena con la cual ansiaba la suya ir a reunirse, pero en vano, porque ni podía vivir en sosiego ni morir en paz.

No le extrañó a Candelaria que Mariana de Nava quisiera tirar al monte en la madrugada que siguió al Viernes de Pasión, antes que amaneciera sábado. Enseguida le encargó que buscara un palero conocedor, de modo que se propiciara mejor lo que había que propiciar y se evitara con más tino lo que había que evitar. A él, y no a ellas, le correspondía derramar, donde había que hacerlo, la sangre de dos gallos. Entraron en la manigua muy de madrugada, pero ya que la noche dolorosa había pasado de las doce y empezaban a contarse las horas del día. Moruambo en mano les abre paso Teófilo, entre tantos santos y muertos que habitan las malezas, palpitantes de vida, esquivando la hormiga, la avispa y el majá, la ponzoña del guao, las espinas de la ortiguilla y de la zarza, procurando no confundirse entre aromas densos que se mezclan, con maña, para extraviar a los intrusos en el rastreo de las buenas y las malas yerbas. Y eso que han ido dejando caer, desde la entrada, granos de maíz, tabaco y aguardiente, mientras Mariana y Candelaria, impuestas por lo cargada que está la espesura de efluvios de la otra vida, no cesan de repetir: “Ceiba es mi madre, jagüey macho es mi padre…” En el sonsonete se intercalan, de cuando en cuando, padrenuestros. Ellas y las sobrinas recitan, alternándose, en lengua y en castizo. Entre las ramas más

encaramadas de los palos grandes, una extraña luna amarilla preside, soberana, la noche. “Es la luna que sigue llorando por el santo crucificado”. “Es luna que parece sol, luna que espanta a la muerte, luna que despide al muerto para recibir al que resucita”. “Así debe ser. Así fue la noche del día en que pusieron en la cruz al Nazareno.” Hablan los que tienen que hablar y callan las sobrinas, que se limitan a hacerse eco, cuando la tía o la curandera voltean a mirarlas, de los reiterados padrenuestros. Se bañan en un charco de luz de luna. “En esta hora de la fuerza buena cuando amanece la aurora”, dice Mariana, “venimos a recoger monte bueno para sanar.” Y, sin esperar respuesta: “Lo bueno y lo malo están en todos los corazones.” Teófilo, que se ha limitado a dejarse guiar por el palo bronco, abre la boca para decir su palabra: “Las yerbas se prestan a todo y los orishas nos cumplen, con ellas, lo que venimos a desear.” Candelaria es menos enigmática: “Lo mismo mata que da la vida.” Se hace una pausa. Me resisto a llenarla con palabras intempestivas. Procuraré, únicamente, leer el silencio: La noche es propicia. La ceiba, cómplice. Trazan una cruz en la tierra, mirando al sol que empieza a repuntar. Han llegado. A donde las almas se reúnen. A donde acuden los orishas y los espíritus grandes. Al pie de la santísima ceiba. Junto a la Madre Agua. En la aurora del Sábado de Gloria. Un 10 de abril del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1640. Van a depositar entre sus raíces potentes lo que le han reservado. Desciende el resplandor del sol desde la copa, igual que bajaron los hombres a la tierra. Si no fuera por tantísima espina que protege el verdor carnoso de ese cuerpo viviente lo estarían abrazando. Es el cuerpo de la Madre. Entre sus brazos reposa el niño divino. El rayo de Santa Bárbara respeta el copioso dosel de su ramaje. Canácaná, el aura tiñosa, la divina mensajera, ahí se refugia. La tierra, serenada por la humedad del rocío, por el relente, les recibe la sangre de dos gallos que han traído por no poder llevar novillo. Extienden el manojo de yerbas. Escogen. Seleccionan. Iroko y la Purísima Concepción les hablan al oído: palo arriero y abrecamino, ruda, saucoblanco y caisimón, macagua, salvadera, albahaca y canutillo morado, epazote, caobilla y paloguaco, siguaraya y ponasí, prodigiosa, milflores y aguinaldo. Eso han de llevar para el despojo de la hechizada.

No tardan. No sea que alguien, en la casa, pueda notar la ausencia. Sobre todo si da en dar voces la enferma, despertando. El tiempo para que la ceiba les autorice a llevar consigo las matas que arrancaron en el camino y les dé permiso y poder para echar afuera el daño. Se atreven. Le piden un gajo de su propio cuerpo para más seguro resguardo del cuerpo de la sufriente. Con todo cariño, sin lastimarlo, sacan un retoño que ya va empinándose, a la sombra de la madre. Todo eso hacen antes de desandar lo andado. Antes de encaminarse

hacia la ermita de la Señora Santa Ana. Antes de coger camino hacia la plaza. Antes de entrar por el portón que, a la vuelta de la esquina, abre al ala trasera y al traspatio.

Con el agua de Gloria que han sacado del pozo bautizarán a la hija, que van a plantar en medio del traspatio. Así podrá ejercer, sin dilación, su benéfica influencia. Cada día, durante siete, frotarán con un huevo tu cuerpo de anciana e irán a estrellarlo luego en el camino que sale hacia Cuba, pidiéndole a Babá que te salve. Y te habrán limpiado, siete veces, con escoba amarga y maíz tostado. Esta madrugada, después de plantar el vástago y de despedir a Teófilo con gracias y bendiciones, se meten las cuatro mujeres en tu alcoba, María, te susurran unas palabras al oído para que te dejes sacar el largo camisón de hilo húmedo de sudor, y no opongas resistencia a los gestos expeditos, pero cuidadosos, que te manipulan para levantarte del lecho y conducirte al centro de la alcoba, donde te sostienen de pie sobre una estera, mientras te rocían con una jícara el agua llena de yerbas benignas que van sacando de la pequeña tinaja. De entre todo el manojo eligen siguaraya para arrasar con lo malo y hojas de ponasí; rompezaragüey con paraíso y ruda para purificar tu cuerpo maltrecho por el embrujo; milflores y albahaca para quitar toda salación y sacarte los malos espíritus y hasta ese espíritu bueno, el de tu primo, que te persigue; hojas de macagua para rejuvenecer y caobilla para alejar pesadillas angustiosas. Flores de aguinaldo y prodigiosa se resbalan sobre la palidez de tu piel antes de que la vayan secando con lienzos de alemanisco, le cambien las sábanas al lecho y te hagan reposar, limpia de daño, sobre el vellón de ceiba de tres o cuatro almohadas.

Después corren las sobrinas a derramar en el zagúan otra tinaja de agua, con dagame y chinchona machadados, y riegan grama por todas partes para trancarle el paso a los muertos. No hay más que hacer. Esa noche llega inesperadamente un loro, volando solitario, y va a posarse en el jagüey de la plaza. El viejo Dionisio, que se espanta el sueño a la puerta del zaguán, se fija muy bien y no lo pierde de vista, menos cuando se mete, como Pedro por su casa, por la puerta del zaguán, vuela hacia el patio y, como sabiendo lo que hace, se para en el balcón de la galería. Justo frente a la puerta y la ventana de tu alcoba, María. Mariana de Nava recibe la señal: su misión está cumplida y pide emprender el regreso a Cuba, No sin dejar instrucciones precisas: no hay que dejarlo ir más. Lo meten en una jaula de bejucos que prepara Dionisio. Los orishas del jagüey lo han enviado: allí habrá de quedarse, perpetuo, como guardiero. Para velar tu convalecencia, para recoger cualquier daño que pueda escapársele a la ceiba del traspatio.

¿Es cierto, María, todo eso que me susurra el silencio? ¿Que le robaron la sombra a Juan Bautista un Jueves Santo? ¿Que a ti, la más

remota de mis abuelas, un Sábado de Gloria, te otorgaron la santísima ceiba y el insaciable jagüey una perennidad benigna? ¿Prefieres que sea Candelaria quien termine la historia? Candelaria, que amamantó a tus hijos bajo una ceiba. A Diego, a Juan, a María, a Isabel, a Pedro, a Gregorio. También a Juana. Candelaria, que no para de contarles a sus nietos del poder de los orishas. Dice que lo sintió en medio del pecho: lo que ayudó a hacer y deshacer a Mariana de Nava fue un resguardo para las generaciones de tu sangre. “Fue aquella mañana. Era Sábado de Gloria. María, la abuela de los abuelos de tus abuelos se volvió, como la ceiba, imperecedera. En la víspera de la resurrección. En esa aurora bendita, el corazón se le refrescó para siempre jamás. No hay día como ese para que se llenen de fuerza las yerbas del monte. Ella la recibió toda. Entró en sosiego. Su cuerpo dejó de obstinarse en cerrarle el camino al alma, en evitar que saliera cuando le llegara el momento. Candelaria supo que a ella le tocaría. Le tocaría estar ese día, hincada a su lado, cerrándole los ojos. Diciéndole: ‘Ya eres espíritu. Ya puedes irte en paz’.”

De varón en varón, legítimo o no
Puerto Príncipe, 7 de octubre de 1640

Has estado al borde de perderlo todo: hasta la sangre y los huesos y la piel que los cubre, y la vida y su aliento. Los ganados y las tierras donde pastan y los enseres y prendas de tus casas y los siervos que, con el trabajo de sus manos y el sudor de sus cuerpos, hacen medrar tus estancias y tus hatos: todo te lo secuestraron. Tuviste que huir como un delincuente, escurriéndote en el sigilo de la noche hasta el embarcadero de La Guanaja, acompañado por todos los hermanos, para embarcarte en la armadilla que envió, para rescatarte, el gobernador de La Habana. La horca pendió sobre tu cuello y no hubo tiempo que perder. Dejas las querencias en la tierra adentro, incluyendo a Bárbara, y, mientras vadean los cayos, te vas despidiendo del Príncipe, con el corazón doliente, y miras, sin verlas, las sinuosidades de la costa camino de La Habana. Se te arremolinan todas las nostalgias: de mujeres, de parientes, de amigos, de los buenos frailes que te dieron asilo en el convento.

La mar es tu salvación y a la mar vuelves a salir, al mando de una fragata, cuando te dan el encargo de perseguir merodeadores y de empujarlos a sus guaridas en las pequeñas islas. En la armadilla, amargo, repudias a la Isla. Luego, en la fragata, la deseas con más apetito que nunca, como a una mujer. Odio, donde hay amor, sirve para cicatrizar heridas, para sufrir menos. Pero sólo recubre al amor. Te metiste con los Porcallo. No te derrotaron. La familia se tambaleó, pero salió fortalecida. Ha llegado el momento. En medio de la villa, tan grata y tan ingrata, la que se afianza día con día en el corazón de la Isla, quieres vincular para siempre tu apellido a los muros altos y propicios de unas casas que lindan, en la Plaza Mayor, con la del capitán Julián de Miranda. Hermano, sí, de aquél en cuya figura se te atravesó el destino una mañana de Domingo de Ramos. Como suele ocurrirles a los hombres. Como hace ciento cincuenta años, en Carrión, al bisabuelo Juan de la Torre.

Cuatro años hace que María de Roxas, tu hermana, testó, instituyendo una capellanía generosa con cargo a la mitad de las tierras, montes y cañaverales, casas, esclavos y pertrechos de un pequeño ingenio de azúcar no muy distante de la villa, allí donde el Puente del Respiro atraviesa el arroyo del Guaje. El beneficiado es su hijo Cristóbal, primer sacerdote ordenado en la isla, y vicario general de la villa. Ha dejado previsto que la disfrutarán, a su paso de esta vida, descendientes de los otros doce vástagos de su prolífica alianza

con Lope de Zayas que se inclinen a tomar los hábitos, en generaciones y años por venir.

El único varón tuyo, Pedro, no ha mostrado inclinación alguna por las ropas talares ni se ha casado. Sin embargo, es obvio que le gustan las mujeres. Mariposea pero no tiene prisa. Habrá que apurarlo. A ti y a Catalina los veo deliberar y decidir. Ella no es letrada pero sí sensata y con sentido común. Juntos han dispuesto cuánto y a cuáles de las tres hijas irán los demás bienes; cuánto se destinará a la conservación de la capilla mercedaria, la que sustituyó a la ermita de Altagracia que tu padre levantó; cuánto y de dónde se sacará para ciertas obras pías que la compasión de Catalina quiere procurar. Han deliberado lo suficiente. Tú, capitán poeta, y tu mujer bayamesa, están listos para comparecer, como hace poco María de Roxas, ante Silvestre de Balboa: limadas como están las aristas del desgraciado proceso, vuelve a ser de la familia. Harán ustedes, en favor del alférez Pedro de la Torre, gracia y donación de un par de casas principales, de tejas, junto a la Plaza Mayor, sabiendo que los bienes que se parten y dividen se pierden y consumen en breve tiempo y sólo quedando agregados e impartibles permanecen y se aumentan.

Es un siete de octubre cuando Catalina de Cabrera renuncia explícitamente a los derechos que, como mujer, le corresponden desde las leyes del emperador Justiniano y, más recientemente, por las de Partida y de Toro, en cuanto a sus bienes dotales. Y solicita al escribano que firme por ella, que no sabe hacerlo, para dar su consentimiento al vínculo inalienable.

Con un polvillo amarillo que se procura de unas canteras vecinas se han teñido con tono soleado las fachadas, tanto la que da a la calle que sale a la ermita de Nuestra Señora Santa Ana como la que linda con la morada del capitán Julián de Miranda, que a su vez linda con la de Lope de Miranda e Isabel de la Torre. El alférez sabe que va a recibir, con la graciosa donación de sus padres, una grave responsabilidad, y que va a aceptar, para sí y sus herederos, la explícita condición de quedar obligados a llamarse pública y secretamente por el apellido de la Torre y a lucir, como principales, tus armas insignia.

A lo largo de varios años se han ido añadiendo a la fábrica original un entresuelo y un piso alto, cuyos aposentos abren a la Plaza, a la calle lateral o al patio, y se comunican por dos hermosos balcones de madera torneada, uno que asoma a dicha plaza y el otro, amplio como galería, que se empina sobre el patio y se vuelve comedor, y comunica con habitaciones traseras que dan a la huerta. Desde arriba se divisa el corral de dos casas vecinas, cuya propiedad comparten tú y Catalina. Sobre la galería asegura sombra propicia un tejadillo que prolonga, hasta apoyarse en horcones de mangle, el sobrio techado de teja.

Nunca como hoy, me sospecho, ha mirado el alférez la casa paterna con tanta atención y ojo catador, aunque la habita desde la más tierna infancia. Le complace que se distinga de las demás por el alto puntal de una segunda planta, y el entresuelo marcado por balconcillos, una verdadera innovación, como lo es el mirador a manera de torre que tú dispusiste en la esquina, para sentirte más desahogado en el aposento que te sirve de sitio de recogimiento y trabajo, de lectura y de escritura, cuando te da por reincidir en la manía de componer sonetos. Y donde puedes levantar mejor los ojos al cielo porque el puntal es alto y los alfarjes han sido trabajados con singular fantasía, configurando una pequeña cúpula que te hace sentir como en el presbiterio de una iglesia.

Mientras tú y Catalina comparten un refrigerio con el escribano, que ha tenido la deferencia de acudir a tu casa para la firma de la escritura, se ha salido el alférez a pasear a la plaza y yo lo acompaño. Desde la sombra del jagüey luce más la sólida mampostería con revoque fino y pintada de amarillo canario, por el azul fresco de los balaustres torneados, los postes y los canes que rematan los balconcillos del entresuelo y el elegante balcón superior que abraza, en escuadra esquinera, la elevada fachada. Miramos el arco que enmarca el portón claveteado y las dos pilastras adosadas al muro con sus mensulillas pintadas de blanco y el alto entablamento, también blanqueado, sobre el que simula reposar el balcón superior. Me consta que él detiene la mirada, con amoroso orgullo, en el blasón labrado en cantera que muestra, Pedro, tus armas. Y que hace cuenta de los aposentos que le corresponderán en la crujía que se abre sobre el balconaje que pende sobre el patio, el día en que decida casarse, que será pronto. De los faroles y lámparas de braserillo y los velones que habrá que renovar. Del contador y los sillones fraileros y las mesas con faldón y cajones y los cojines de terciopelo y de seda y los de cuero y la librería que se hará hacer para su estudio, que lo tendrá para no desmerecer a los ojos de un padre que tanto aprecia los libros y algunos habrás de prestarle, lo mismo que su abuela que los tiene de sobra y ya no le da la visión para distinguir las letras, y los espejos con luna de plata y marco de ébano, y una que otra arquilla forrada con terciopelo granate, y las pilas para el agua bendita, y la cama con pabellón y cortinas de seda, que las de paño no se soportan, y no piensa en mesa, ni credencia, ni sillas de cordobanes para el comedor porque compartirán con ustedes la galería, pero sí en baúles y esteras y más de un lienzo pintado con el rostro del Salvador y de su Madre, aquella talla de bulto que tiene la abuela en el oratorio, con la Señora de pie sobre una nube llena de querubines y una media luna, azul el manto y florecillas en la túnica, y un nimbo dorado alrededor que será de lo más adecuada esa imagen de la Señora de la Concepción para

propiciarle larga descendencia a su elegida y a él mismo, que para entonces ya atraviesa el zaguán, sin percatarse de que lo sigo de cerca, atribuyendo buenos presagios a la opulenta redondez de las tinajas del patio que no pueden menos que hacer evocar, en momento tan fausto, tan cargado de fértiles expectativas, el vientre fecundo de una mujer preñada.

Cuando abre la cancela que, en amplio descanso de la escalera, proporciona cierta privacía a la planta alta donde habita la familia, y se dispone a entrar en la sala donde Balboa y Catalina conversan animadamente, el alférez se turba. No es difícil imaginar por qué: siente, a la vez, vergüenza, culpa y un sabroso regocijo que lo confunden. Por primera vez en la vida se le hace evidente que tú, su padre, no estarás ahí para siempre. Y que precisamente hoy vas a darle autorización para asumir el lugar que ha sido tuyo y que un día de estos va a corresponderle.

En eso entras, Pedro, presumiendo la más reciente edición de Gracián. Es un privilegio, sin duda, leerlo en este remoto rincón de las Indias. Te acercas al estrado: "La fama del jesuita crece, caro amigo. Leámoslo un poco antes de pasar a las firmas." Tu hijo se impacienta. ¿Qué le importan la eminencia del héroe, el carácter de la grandeza, el parentesco de los corazones y el divorcio de las voluntades, la correspondencia de los temperamentos o la hermandad en los signos astrales? El cosquilleo de un deseo viene persiguiéndolo: el de hacer suyos, para siempre jamás y lo más pronto posible, el cuerpo y el alma de la hija de su prima Brianda.

¡Qué fortuna haber puesto en ella los ojos y no en mujer que ella, o sus padres, o sus abuelos, hubieran sido penitenciados o condenados por el Santo Oficio! La prohibición que estamparán en la escritura queda sellada en el cielo azulísimo del Puerto del Príncipe. Lenguas de fuego la rodean: la hoguera que devora a relapsos, infieles y todos los que no pueden preciarse de ser buenos católicos y servidores leales de la Corona. El alférez repasa rápidamente mandatos y prohibiciones. Usarán, él y su estirpe, el apellido de la Torre y jurarán solemnemente guardar y cumplir con dicha voluntad tuya; cuidarán de reparar las casas, para que en ningún momento venga a disminuir su valía; quedarán limpios de cometer errores en la fe, de esos que suelen traer grandes daños para el alma y el honor y la hacienda; no cometerán crimen de lesa majestad, ni divina ni humana, ni otro alguno que merezca confiscación de bienes; no casarán con mujer que ella, o sus padres, o sus abuelos…

¡Válgame Dios¡ ¿Acaso se te ha olvidado, Pedro, cómo te confiscaron bienes cuando el episodio de 1620? Entiendo, entiendo que ni quieres acordarte y, por lo demás, también supongo que no es la tolerancia, precisamente, una virtud que vaya aunada a la

hidalguía. Sigamos, pues.

Exclusos y apartados del derecho y usufructo de las casas, como si no hubieran nacido, quedarán el alférez y su descendencia de incurrir, lo que Nuestro Señor no habrá de permitir, en alguno de tales delitos. Por el peligro de que salga de manos de la familia para ir a dar a las de la Iglesia, si alguno de los favorecidos con el derecho al vínculo profesa y entra en religión también quedará excluido. Me parece justo y habla bien de ti: no toleras desviación alguna de la fe, pero sólo quieres darle a Dios lo que es de Dios. ¡Bravo!

Derechos y obligaciones habrán de pasarse de varón en varón, legítimo o no, hasta nietos y bisnietos, siempre los mayores y siempre los hombres. Sólo en caso de no haberlos, podrá una mujer disfrutar del vínculo. ¿Lo apruebas, María? Me temo que no y que Pedro, en este caso, se olvidó de consultarte.

El alférez te compensa. También él siente, como hasta ahora su padre, la íntima necesidad de comunicarte todo lo que le llena la vida o lo que le falta. Ni el olvido de Pedro bastará para revocar esa singular tutela que ejerces sobre hijos y nietos. Eres protectora y cómplice. De ti parte el deseo que va poniendo en sus caminos vocaciones y amores y disipa de sus ánimos lo que tú misma rechazas. Cuando se acerca esta tarde de octubre a la alcoba de la abuela, que alterna sus días en casa de hijos e hijas después del milagroso restablecimiento, el alférez viene a anunciarte que acaban de designarlo alcalde y que en festejos familiares, en procesiones y misas a las que asiste ahora con inusitado fervor, ha ido cobrando una presencia inesperada, en el centro de sus emociones, el encanto de Mariana, la más moza de la prima Brianda de Zayas-Bazán. Y que espera una pronta y propicia intervención tuya para salir del obstinado celibato que, si no se actúa con premura, corre el riesgo de dejar sin sucesión al vínculo de la Torre.

“Vendrá esta Mariana a curar tus soledades como llegó otra a sanar las penas de mi alma.” Te oigo decirlo, María, en este rinconcito de la neblina donde el aire se aligera para hacer visible y audible cuanto ocurre ese día de octubre de 1640 en el Puerto del Príncipe. Te oigo sancionar con esa bendición el enlace del nieto con la bisnieta. Y reclamarle, como ahijada, a la primera heredera que habrá de nacer mujer y se llamará, como tú, María de la Torre. ¿Le enmiendas la plana a Pedro?

Sospecho que no quieres anticiparle, aunque las presientes, las misteriosas afinidades de la sangre y las enigmáticas intenciones del Señor y de su piadosa Madre que permitirán que el vínculo se refuerce con el futuro casamiento de esa criatura que, estás segura, se parecerá a ti, con otro vástago de uno de los siete linajes que tú y Diego Sifontes engendraron. Y así será. La Parroquial Mayor abrirá gozosa

sus puertas, el 18 de agosto de 1669, para bendecir las nupcias de María de la Torre y Torrente con un nieto de María de Roxas y Lope de Zayas, procreado por Francisco, capitán de milicias como su padre, que llevará por nombre el de Fernando de Zayas-Bazán y Barreda.

Polvos de la vieja España
Puerto Príncipe, 8 de mayo de 1641, fiesta de San Miguel Arcángel

El alférez preside su primera fiesta, estrenándose de alcalde y de casado. Frente a la casa de la tía Isabel y del tío Lope de Miranda se reúnen más de cien hombres de a caballo con lumbres en las manos. Ha pedido a los vecinos que adornen sus ventanas y sus huertas con luminarias, que han de lucir hasta en los arrabales, para que la villa parezca un ascua de luceros en la oscura noche de la tierra adentro. Han dado vuelta a las calles, para presentar luego la escaramuza allí mismo, enfrente de las casas del padre y de los tíos.

Empezó el jolgorio de mañana cuando se cantó una misa. Cuando Diego Sifontes de la Torre, su tío, y él mismo, dieron gracias de parte del Cabildo al cura y los sacristanes, clérigos y frailes que asistieron al oficio. Enseguida hubo mojigangas y los vecinos del común se divirtieron remedando gatos y cotorras, cerdos, perros y gallinas, bueyes y cabríos, borregos y becerros. Hubo cantos, coplas y bailes y quien rascara el calabazo o tocara castañuelas, pífanos y chirimías. Son pocas las ocasiones, siempre religiosas, en que se vale romper la monotonía cotidiana. Pasearon carros triunfales, hubo juego de cañas y acaba la tarde con toros, que el alférez quiere lucirse rejoneando. Descontado el toro, no tiene ojos sino para la prima Mariana, su mujer.

Hace años que eres abuela, María, y sigues recibiendo noticias de España. Mientras en Puerto Príncipe se instituye el vínculo en favor del alférez, el nieto de tu hermano Juan desempolva en Madrid la ejecutoria de l570, epílogo feliz de los pleitos de Hortaleza. Agustín de Arellano y González de la Torre hace informaciones para vestir el hábito de Alcántara. Pero, ya por estos años, lo que sucede en ultramar empieza a sonar bastante ajeno en El Príncipe. Nadie se acuerda, por supuesto, del buen Alonso González de la Torre que engendró en Carrión a Juan de la Torre, el Viejo. Salvo tu hijo Pedro, ninguno ha visitado las casas de la calle de Fuencarral, cerca del portón de San Felipe donde, según Agustín, todavía son visibles las armas del apellido. Ni tienen por qué saber que Agustín aporta, entre sus pruebas, el hecho de que su abuelo, el hermano Juan que lloraste hace años, sirvió hasta seis lustros como procurador de hijosdalgo de la villa y Corte, siendo además escribano del rey; ni que su hermana Margarita profesó en un convento de la Orden de Calatrava, el de Nuestra Señora de la Asunción de Almagro (sólo a ti, María, te

despierta nostalgias ese nombre); ni por qué saca a relucir los deudos que visten hábitos de Calatrava, Alcántara y San Juan; ni que como última, y reiterativa probanza, arguye que su familia se ha tratado siempre con lustre, viviendo desde tiempo inmemorial de sus rentas y haciendas y heredades. Te lo guardas, pues. En el Puerto del Príncipe nadie pone a discusión, y nadie se acuerda de que alguna vez se haya puesto, la limpieza de sangre de los Roxas, los Sotolongo y los de la Torre. Son polvos de la vieja España que huelen a rancio. Para ti, María, que esperas tranquila tu hora, es un alivio suponer que hijos y nietos pueden desentenderse de afanes tan vanos. Con un guiño cómplice y condescendiente pescas al vuelo, y sonríes regocijada, la mirada que Pedro tu nieto le dirige a Mariana. Cuando los hachones se van apagando, la noche se puebla de cocuyos. Cierras los ojos. Un cocuyo brinca de tu mano a la suya. El tiempo regresa y se detiene. Tu corazón gime de gozo.

Una ínsula a su medida
San Cristóbal de La Habana, mediando el año de 1650

Lo asedia, como un desafío, la soledad desperdiciada de un pedazo de tierra que flota al sur de la isla madre, como una hija crecida, pero incapaz de desprenderse. Imagina entonces poseerla como a una doncella que no le hubiera abierto a nadie su lecho de virgen. Sueña hacer con la hija lo que la generación de los abuelos hizo con la madre: apropiársela, roturarla, abrirle senderos entre las frondas, tumbarlas para que pasen los ganados, incorporarla al mercadeo de las compras y las ventas, ponerla en el mapa de navegaciones por el Caribe como un puerto de auxilio y buenaventura para las embarcaciones de pendón castellano y un detente para las velas rivales. Tan remoto ya el tiempo de la pacificación de Cuba, codicia a la Isla de Pinos como una ínsula a la medida de sus ímpetus, sus ambiciones y sus deseos. La ha recorrido y explorado muchas veces, caminándola y cabalgándola hacia todos los rumbos de los vientos. No le basta. En papeles legales, es suya. Pero quiere más. Sueña, para sí, con una ciudadela invulnerable. A Cuba le dará un bastión de protección del que saldrá garante, siempre audaz y generoso, el honor de su hidalguía.

Diego de Zayas escribe al rey. Como hace un siglo lo hicieron Alonso de Roxas y Diego de Soto y Juan Bautista de Roxas y Gómez de Roxas Manrique y Hernán Manrique de Roxas. Los siglos se barajan. Los personajes varían. Ahora, quien se complace en formular y medir las palabras que han de depararle, o eso espera, la benévola intención real, se llama Diego de Zayas. Quiere desplegar ante los ojos del monarca los afanes de una comunidad laboriosa, emprendedora, capaz de bastarse en sus necesidades sin depender ya de la Isla de Cuba, pero sirviéndole para despachar cualquier aviso urgente hacia Cartagena, Honduras, Campeche o cualquier otro punto de la Nueva España. Una comunidad bien pertrechada, para evitar merodeadores que maten ganado para proveer de mantenimientos a Jamaica o a Barbados. Se esmera el nieto de María de la Torre para comunicar al rey la visión de sus propósitos: el industrioso hormigueo de un pequeño montón de pobladores diestros con el azadón y el mosquete, atentos al surco y a la vez al oteo de naves enemigas, ávidos de sustentarse en su propio esfuerzo y de proveer las capacidades requeridas para una conducción atinada de lo civil y una adecuada presencia de lo eclesiástico. Mientras la peste bubónica hace estragos en el puerto de La Habana, expuesto a todos los contagios, y la fiebre

amarilla cunde en Santiago y en Bayamo, Diego de Zayas se explaya en las ventajas de colonizar un sitio estratégico, a la vez próximo y lo suficientemente distante de los litorales de Cuba como para mantenerse a salvo de esas pestes y epidemias propiciadas por el trasiego de gente de toda procedencia, por los calores excesivos y la higiene precaria.

A Diego de Zayas le gusta ser de los primeros. A nadie se le ocurrió antes hacerle portales a una casa. Ni usar por columnas, para sustentarla, los esbeltos troncos del guayacán. Fue él quien ideó proteger así las estancias de su planta baja de los calores abrasadores, de las lluvias torrenciales y de los nortes que azotan las moradas fronteras a la mar, en la playa próxima a la angosta entrada a la bahía de La Habana, en la cercanía del castillo de San Salvador de la Punta. Corre septiembre de 1634 y apenas empieza a hablarse de la conveniencia de construir una muralla cuando pide permiso al Cabildo de San Cristóbal para introducir la innovación y se lo conceden. Diez años lleva casado con Beatriz Calvo de la Puerta, viuda reciente cuando la conduce al altar y hace un mes apenas que llevó a bautizar a la Parroquial Mayor al tercero de sus hijos varones, Fernando.

Es hija su mujer de una nieta de Alonso de Roxas: Isabel Recio y Sotolongo. Diego es el benjamín de la prole de María de Roxas con Lope de Zayas, el decimotercero y último de una extensa descendencia. Todavía alcanza a desempeñar en Puerto Príncipe el cargo de alguacil mayor que adquirió para él, en 1603, su tío Fernando, en espera de su mayoría de edad. Y le toca aportar, en apoyo de la defensa de Pedro de la Torre, el hermano de su madre, el valioso testimonio de Diego Pérez de Villavicencio, el Joven, para contradecir los dichos del Viejo que iba acompañando, en el momento del episodio fatal, a Julián de Miranda y su hijo. Todo eso está ocurriendo ahora mismo en el Príncipe.

Mientras, el lazo matrimonial le sirve para echar raíces en La Habana y acumular recursos, cargos e influencias que empezarán a ser útiles para suavizarle al tío preso en La Fuerza un doloroso calvario. La abuela María de la Torre, en los años que le quedan de vida tras la misteriosa sanación que le procuró Mariana de Nava, avizora algo del frondoso crecimiento que tendrán, en el otro extremo de la isla, las ramas de ese vástago afortunado de uno de sus siete linajes. “En 1650”, ha dicho “lo honrará la Gracia Real”. Se equivoca. Será al bisnieto, otro Diego de Zayas, a quien le toque ser designado regidor perpetuo, por Cédula Real, en el Ayuntamiento de La Habana. La verdad es que esa gracia está bien para el bisnieto. El nieto codicia otra para ver colmados de felicidad los quince años que aún disfrutará de esta vida. Sus ambiciones no caben en el breve perímetro de San Cristóbal, aunque ame más a esa villa que a su natal Puerto Príncipe

porque, sobre todas las cosas, Diego de Zayas ama la mar.

Junto al balconcillo del entresuelo donde la sombra del soportal le hace llegar, sin estorbosos ardores solares, la brisa marina, se recrea en precisar los más mínimos detalles de su vida cotidiana, del buen rendimiento de sus propiedades y de su propio desempeño en cada una de las funciones que le toca cumplir como vecino de aventajada calidad. Así dispone que sus hijos sean encomendados al celo de Sebastián Calvo de la Puerta, que habrá de poner el mayor cuidado y vigilancia en inculcarles la doctrina cristiana y las buenas costumbres, entreveradas con algo de lectura, escritura y cuentas. Admira, con cierta condescendencia, al ejemplar Sebastián, que no pide más favores al rey que ser habilitado como maestro de primeras letras para rescatar de la ignorancia a los hijos de buena familia, cada día más numerosos y agrestes. Con él alcanzan a educarse los pequeños de la nueva generación, los de Diego el Mozo y los de Cristóbal, casado con Leonor Sotolongo, la hija del primo Ambrosio.

En Puerto Príncipe, su hermano Lope sustituye como capitán de milicias a Francisco, recientemente fallecido, quien a su vez ocupó el lugar vacante de Lope de Zayas, su padre. Él se precia en participar, sin importarle gastos ni riesgos, en la selecta compañía de milicias que capitanea uno de los hombres más acaudalados de La Habana, primo hermano de su mujer, Martín Calvo de la Puerta. Y, así como discurre hacerle portales a su casa antes que a ningún otro se le ocurra obsequiarle a la ciudad lo que será su rasgo más característico, es de los primeros en sembrar tabaco en hatos, corrales y estancias cuando son escasísimos los que se arriesgan a ello. Y lo acompaña en la aventura Martín Calvo, desafiando ambos al gobernador quien, con el argumento de la escasez de casabe, inclina al Cabildo a prohibir esa granjería. No tardan los primos ni dos semanas en voltear a los regidores contra el gobernador y en ponerse a sembrar tabaco. La única condición que les ponen es entreverarlo con la siembra de yuca. No será ello en perjuicio de la república sino todo lo contrario.

A Diego le gusta oír cómo rascan los cangrejos la arena y los arrecifes. Prosiguiendo con su misiva al rey, le parece que su casa es una prolongación de esos arrecifes. ¿Acaso no la hizo con piedras calizas que llevan adosadas conchas marinas? Anticipa. Imagina el revoque fino que le dará a los muros de la otra, la que se hará construir en la desembocadura del río, en la islilla, dejándola toda blanca para protegerla mejor del sol, pintando de azul los balcones, las ventanas y las puertas y con el toque anaranjado de una techumbre de tejas. Así se va perfilando, entre un séquito de palmeras inclinadas por el viento, recorrida por el susurro espaciado de aquel mar tan diverso al espeso, encrespado y turbulento mar habanero, encuadrada en el verde turquesa de un oleaje constante pero pausado. En el azul

aterciopelado del anochecer, encendido de repente por luciérnagas enormes, una melodía marina propicia y cómplice acuna y prolonga al infinito incontables noches con Olaya.

Porque llevarse a Olaya a la isla es el sueño que encierra el otro sueño, el placer secreto que Diego se reserva, saboreando golosamente los disfrutes que habrá de depararle, mientras procura agenciarse un escenario propicio, volviendo habitable un paraje desolado por el arte de su propio ingenio, de su industria y de su singular propensión a revestir con propósitos sensatos, razonables, inobjetables y legítimos los que le dicta esa otra parte de él donde le aflora el deseo.

"…por no poder llegar embarcaciones grandes, sino lanchas y canoas por ser el mar de cayos y bajos… y estar este puerto defendido por la mosquetería de los vecinos… escoger un sitio a propósito, en el río que llaman de la isla, por donde se conducen sus frutos a la mar… por la parte del sur, una ciénaga tan profunda que aun los ganados no pasan y está defendida por esa parte… no necesita fortificaciones allí donde se debe fundar el lugar… tortugas grandísimas que salen a desovar en sus playas… deliciosa carne, fresca y salada, para las mesas habaneras… cerdos de dulce gusto, pescados gordos y de sabor estimulante… y esos codiciosos desalmados, que la merodean para robarla…" Todo eso le comunica al rey, mientras ofrece seguridades de cómo habría de poblarla y defenderla, levantando a su costa la villa, teniendo bien armados y entrenados a los pobladores, ejerciendo jurisdicción civil y criminal sobre el territorio y sus habitantes.

Diego de Zayas sabe pensar en grande. Hace memoria. La Isla de Pinos ha estado en la familia desde que el buen rey la mercedó a Alonso de Roxas, por diez años, en 1573. De sus manos pasó a Jerónimo de Roxas Avellaneda, quien se la vendió a Hernán Manrique de Roxas, a medias con Francisco de Moncayo, en 1590. Al marido de la hija que tuvo Hernán con la india que fue su esposa le tocó como parte de la dote. Con los años ha venido a dar a sus manos. El hijo de María de Roxas y Lope de Zayas la adquirió mientras decidía añadirle portales a su casa de La Habana y se enteraba de que su madre había hecho testamento en Puerto Príncipe y dejaba una generosa capellanía para su hermano el vicario.

Cuando, en los años setenta de los mil quinientos, Alonso de Roxas ideó procurar en la pequeña isla algún aprovechamiento y que los ganados y la gente que llevaría para poblarla proporcionaran bastimentos y ayuda a navíos perdidos de la mano de Dios aventurados por aquellos rumbos, el sueño de Diego de Zayas empezó a configurarse, mucho antes de ser concebido, él mismo, por la hija de María de la Torre. Entre el tío y los sobrinos fue circulando y madurando el apetito de poder llamar propia, aun más de lo que ya lo era la Isla madre, a la pequeña que protegía en su regazo. Ninguno,

sin embargo, la soñó como Diego de Zayas. Crecían sus haciendas y se embellecían sus casas, pero el deseo seguía puesto en otra parte: en aquella Isla de Pinos que, a pesar de pertenecerle en propiedad, seguía colocada, en su fantasía, en un espacio sustraído del cotidiano y puesto entre paréntesis, en una dimensión paralela, como un amor clandestino ansioso de evadir miradas inoportunas y suspicacias domésticas. Acaso porque un amor de esa índole tenía atrapado en su embeleso a Diego de Zayas.

"Voy a disfrutarte mucho", le susurra al oído antes de llevarla por primera vez a la cama. Cabalgando a lo largo del litoral una tarde, persiguiendo la cauda del poniente del sol que incendia el horizonte, Diego siente que el corazón de la mar y el suyo laten al unísono: el rompiente de las olas sobre los arrecifes se le figura el ritmo del deseo insaciable de gozar la vida que no le cabe en el pecho y cada día amenaza desbordarlo. Va saliendo de su estancia más cercana al poblado de Guanabacoa y la ve caminar hacia los tablones del muelle para abordar un lanchón que trae y lleva gente a La Habana. Abraza un canasto cubierto con un lienzo limpísimo y almidonado, que él aprecia como muestra del cuidado que seguramente tiene la portadora con su propia persona. ¿Cómo no prendarse del aroma dulzón, como de canela, que despide su piel, del calor sabroso que se le desprende del cuerpo si, antes de tocarla, ya recibe un anticipo generoso de lo que ha de sentir, palpar y saborear luego? "¿Adónde va la buena moza?", inquiere, mientras le impide el paso trazando un círculo a su alrededor, imprimiéndole una suave presión a los lomos de la yegua dócil que va montando, imaginándola igual de sumisa entre sus brazos. Olaya le ha lanzado una mirada sin recato, preñada de invitaciones, retándolo a la vez a dejarla pasar y a impedirle el tránsito. Se da tiempo para recorrerla de arriba abajo con una mirada golosa y ya sabe que no se le escapará y que el penetrante olor de la mar y el de ese cuerpo jugoso se le meterán juntos en el corazón para hacerlo palpitar más de prisa, mientras una magnífica sensación de libertad abre de súbito, de par en par, el orden monótono de sus días.

Los encuentros, esperados con impaciencia, inauguran y cierran las jornadas que Diego dedica a visitar las estancias y los hatos próximos a La Habana. Pero la quiere toda para él en la libertad del islote. Sacarla de la casita pulcra con techumbre de guano, para llevársela a la vivienda holgada, recorrida por las brisas, que habrá de disponerle se le vuelve una obsesión. En ese momento me lo encuentro, cuando empieza a pergeñar los mensajes dirigidos al rey, cada vez más detallados y perentorios, juntándosele en el talante ambivalente de esas misivas la contradicción que empieza a invadirle la vida. Porque en el espacio de su isla imaginaria pone, a la vez, las referencias más concretas a la realidad y las coordenadas más delirantes del ensueño.

Olaya y aquella isla cada vez más improbable se le confunden: los arrebatos amatorios de la mulata le imprimen a la fantasía de disfrutar de un feudo propio la pecaminosa seducción de lo salvaje y lo prohibido. Y, por una extraña alquimia, aquel apetito de transgresión tan todopoderoso se va traduciendo en la precisión cada vez más sensata del proyecto para el cual busca el apoyo del rey.

Así, mientras revive cada noche en los portales fronteros a la mar, sobre la playa del litoral habanero, sus mañanas y sus tardes con Olaya, Diego de Zayas, que creyó tenerlo todo, descubre cuán carente está y cuánto precisa de algo más para sentirse colmado: cuánto necesita del señorío de una isla cenagosa, silvestre y tentadoramente indómita donde pueda juntar, con la sanción de la voluntad real, las dos vertientes de su apetito, la que lo empuja a poder y tener y la que lo incita a entregarse, sin bridas, al vertiginoso y envolvente extravío de los sentidos.

Se imagina, al percatarse de esa doble vocación que lo mueve, más astuto que el propio Odiseo, y capaz de conciliar, sin discordia interior alguna, los encantos de Calipso con la sensata y paciente sabiduría de Penélope. Olaya y Beatriz velarán por sus meses y sus años con la perfecta alternancia que rige la secuencia de los ciclos naturales, la travesía de un periplo lunar o el ritmo de las estaciones. La una, en el islote, le revivirá una y otra vez el hechizo de la partida, la seducción de la fuga. La otra, en el puerto salvo y seguro de la virtud, cumplirá con asidua devoción su papel de custodia del orden y la paz doméstica.

Al preguntarse cómo ha podido vivir tantos años a la orilla de la mar sin haberse lanzado a recorrerla, sin escuchar el llamado de lo desconocido, se responde que Olaya y la isla que flota al sur, en espera de su tutela, le depararán el prodigio de hallarse a un tiempo en el punto de partida y en el punto de llegada, sin tener que entregarse a los riesgos de las inclemencias del océano.

Cuando visita a la abuela en el Príncipe, repuesta ya de su extraño padecimiento, a ella le basta mirarlo directo a los ojos, como sabe hacerlo: “¿Qué desvaríos son esos que te traen cansado el corazón? Habrá que ponerles remedio.” Y quiere presagiarle dichas que no traigan consigo tanto sobresalto como el que le pone en el alma esa enfermedad tan arrebatada que no le da sosiego. A pesar de los augurios de su abuela, o tal vez por la intención que ella pone al formularlos, el sueño de Diego de Zayas no se hace realidad. Por más que procura abundar en razones favorables a su visionario proyecto y por más que echa mano de cuantas influencias puede ejercer a través de los Sotolongo, los Calvo de la Puerta, los Recio y los Zayas, no vivirá para ser designado capitán de guerra de su ínsula, ni le llegará el día de ver garantizada su propiedad por tiempo ilimitado, ni el de

recibir de Su Majestad el derecho a vincularla a un hijo de su sangre, por juro de heredad, para siempre jamás.

Los gobernadores de La Habana y de Santiago se han cuidado de enviarle al monarca un doble mensaje: la anuencia explícita, en sendas cartas, y la reserva prudente, en mensajes verbales que saben hacer llegar por otros conductos a los oídos reales. No contrarían, así, a los bien asentados intereses que Diego de Zayas representa pero tampoco a los suyos, a los que nada bueno añadiría, por supuesto, la intrusión de un señorío feudal como el que se está proponiendo, con tantos fueros y libertades y metido en sus respectivas jurisdicciones. ¿Acaso la vecindad de Jamaica y Curazao no sugiere que el tal señorío podría llegar a prestarse para facilitar el paso de mercaderías manchadas por la procedencia británica o flamenca? ¿No contribuiría a agravar el delito del contrabando, tan doblemente enlodado desde siempre por el pecado de traficar con herejes?

Cuando tiene por seguro Diego de Zayas que no habrá de sentar sus reales en Isla de Pinos, empieza a espaciar, sin saber muy bien por qué, sus visitas a Guanabacoa. ¿Sospecha, acaso, que al negarle aquel capricho la voluntad real es otra voluntad, la divina, la que le formula una prohibición? No existe indicio alguno que permita saberlo. Pero el hecho es que la seducción que la hermosa Olaya ejerce sobre él se extingue casi de repente, tras una muy breve agonía. Exiliado, antes de haberlo gozado, de su fantaseado paraíso, de su propia Isla de Utopía, Diego se torna, también de un día para otro, la pálida sombra de cuanto ha sido: pierde prestancia su porte, se desvanece el vigor de sus facciones, enflaca y se le vuelven ralos los cabellos, mengua la decisión de su mirada, se ablandan sus gestos y lo abandona el deseo. Dado como es a los extremos, se entrega al ascetismo. Mientras permanecen cerradas las ventanas y las puertas que dan a la mar y desiertos sus portales, frecuenta más y más los libros piadosos aunque cuidándose de evitar, eso sí, los de la santa de Ávila y todas aquellas lecturas donde se describa un deseo demasiado irresistible de fundirse con lo divino. Esperando quizá que no les inflame tanto el amor de Dios como para que la paloma del Espíritu Santo venga a posarse sobre sus cabezas, habría aprobado de seguro la toma de hábitos de cuatro de sus nietas, hijas de Cristóbal y de Leonor de Sotolongo, que profesarán en Santa Catalina y en Santa Clara y la entrada en religión de tres de sus varones: Antonio, comisario de la Santa Cruzada; Francisco, racionero de la Parroquial Mayor de Santiago de Cuba y prebendado, canónigo y tesorero en la catedral de la Puebla de los Ángeles en la Nueva España. Ah, y Alonso que, por juegos del destino, ejercerá como presbítero primero y luego como sacristán mayor en Guanabacoa, donde Olaya se consuela del abandono con los galanteos de Martín Calvo. Pero la vida no le alcanza para tanto. Sabiendo que

ha sido su sino viajar sin cesar, aunque sin moverse de La Habana y sólo con el deseo, en busca de lo imposible, Diego de Zayas acaba sus días en paz consigo mismo, una paz muy de tierra adentro como él mismo suele calificarla; una paz que sólo es accesible cuando alguien que ha amado con pasión a la mar decide un buen día, como él lo hace, cerrarle puertas y ventanas y darle prudente y soberanamente la espalda.

Resistir al naufragio

En la tierra adentro donde se asienta Puerto Príncipe, tan cerca y tan lejos de una y otra costa como es posible en aquel territorio turgente que se mece sobre la mar como el cuerpo resbaloso de una sirena adormecida, se procura construir en los ánimos los parapetos que la naturaleza no ha dotado. La relativa distancia de las dos bandas desalienta por muchas décadas, vale reconocerlo, incursiones invasoras.

Pantanos y playas en el norte; manglares y tremedales al sur, cortados por laberínticos esteros: ni acantilados, ni arrecifes, ni rocas escarpadas por ninguna parte, que señalen, con precisión, lo que es propiamente *la tierra.* Dos líneas blandas de terrenos cenagosos, que buscan confundirse con el mar, son por uno y otro lado los movedizos límites de la *tierra adentro*, allí donde se vuelve más opulenta la silueta indolente de la Isla. Pequeños y grandes islotes que salpican las costas dificultan por todos lados la navegación, salvo en contados sitios como la desembocadura de río que vierte en la bahía donde juran los presuntuosos principeños que desembarcó, por primera vez en la Isla, el Almirante.

Extensos llanos con muy pocas, poquísimas, lomas dispersas; sabanas y potreros intercalados, aquí y allá, por un manchón de monte. Barrancas casi secas en invierno que, en verano, se vuelven arroyos y ríos encajonados de torrentes impetuosos. Llanos y más llanos, con brevísimas lomas salpicadas, entre ríos y cañadas sin caudales en la seca y crecidos de sobra en el estío. Monótona uniformidad de pastizales, en vastísimas planicies sin otra amenidad que la presencia arrogante de palmas reales y ceibas y del amarillo de los guayacanes. Sabanas pedregosas, cubiertas de espartillo y peralejo; arroyos y pontezuelos ralos en las estribaciones precarias de una serranía que ofrece una abrupta espalda al sur mientras tiende los brazos, con declives suaves, hacia la banda norte.

En la banda norte un puerto, La Guanaja, y un embarcadero, el Jigüey, que sirven para la navegación de cabotaje que los principeños sostienen con la distante Habana y, en la banda sur, el embarcadero de Vertientes, bueno para rescatar con corsarios. El río San Pedro abraza la planicie que envuelve la villa y hacia su caudal fluyen las aguas del Hatibonico y las del Tínima, que bajan de la loma de Yucatán para confundirse en su cauce antes de derramarse en el mar. Expuestas como lo están las dos bandas, por la abundancia de marasmos y mosquitos, al azote de fiebres perniciosas, no es sensato

esperar que perdonen a los moradores de la villa.

Acosada la Isla, en casi todas sus playas, por ataques de franceses, ingleses y holandeses, expuesta y zarandeada por el fuego, el agua y el viento, no es precisamente un sereno remanso de sosiego y de bonanza. Por años se ha creído protegida la villa del Puerto del Príncipe en su refugio de la tierra adentro, aislada de las demás, como aislada está la Isla de la Tierra Firme y de España. Y lo ha estado, en verdad, por largas y largas décadas que transcurren sin más zozobra que la de algún incendio en medio de la seca, o una sorpresiva inundación, o el insidioso latigazo de las tercianas o del vómito prieto. Lo está hasta que llegan los mastines de Morgan, desde Jamaica, a diezmar el rebaño principeño como se comen los perros salvajes las ovejas, los carneros y las cabras que se obstinan en criar, junto a sus caballos y sus vacas, los esforzados vecinos del Príncipe.

Vulnerable Isla, resistiendo hoy ardiente sequía y mañana ríos crecidos que cortan a sus poblaciones de tratos y abastecimientos; a la merced de lluvias torrenciales que devienen huracanes hasta destruir flotas enteras cuando no las barre el acoso pirata; abatida por fiebres, sarampión y viruelas; indefensa al contagio del vómito que llega con las flotas de Porto Belo y Cartagena; debilitada por las tercianas, la tisis y el mal de San Lázaro, que rondan como auras tiñosas sobre las villas cubanas.

De más están las pócimas de miel y vinagre y huevos y vino y los cocidos de carne de cerdo, que tanta reputación tiene de ser saludable, para curar la viruela. No basta toda la sangre de tortuga que llena pailas y más pailas para sanar con su socorro milagroso a los aquejados del mal de lepra, ni se aprecia que sirvan las mazorcas de maíz tostado que, para complacer a San Lázaro, se ponen detrás de las puertas. Tres días son más que suficientes para morirse del vómito prieto, que no respeta ni a los hombres del gobernador ni a los del Cabildo, y hace huir a los vecinos acomodados, en busca de sus haciendas, entre cadáveres insepultos y con el duelo a cuestas de ir llorando sus muertos. San Sebastián y San Roque no se dan abasto para escuchar tantísimas plegarias y rogativas que los toman por intercesores y, como si no fueran ya sobradas las que se hacen a cada rato con motivo de las fiestas, hay que improvisar procesiones para que la mar y el viento se lleven, como antes las han traído, tantísimas dolencias.

Un incendio, en 1616, deja al Príncipe huérfano de su pasado, como si las llamas devoraran al tiempo. Una angustiosa sensación de pérdida ronda las moradas que escapan del fuego, como si el alma de los vivos se alimentara de tantas letras escritas en tantos folios que guardaban los archivos de la Parroquial Mayor, desde el más remoto nacimiento, matrimonio, defunción, bautizo y, al volver cenizas los

folios escritos, las almas de los vivos se volvieran, de repente, almas en pena. Mientras el duelo invade el Puerto del Príncipe, crecen las aguas del Cauto cerca de Bayamo y se queda esa villa mutilada, desprendida de su amorosa complicidad con el mar. Principeños y bayameses, tan enredados en la telaraña de sus lazos familiares, cruzados y entrecruzados, conocen entonces la hosca dureza del extrañamiento. Cuando llegan noticias de La Habana no son buenas: una flota traqueteada por el huracán, fiebres e incendios. Años y años de intranquilidad y fatiga y cartas al rey con protestas de lealtad y lamentos de miseria y hostigamiento: el hermoso cuerpo de la Isla es mordisqueado y roído por facinerosos que hablan francés, inglés o flamenco. Las haciendas próximas a la banda norte, desde las cercanías de Puerto Príncipe hasta las de La Habana, son merodeadas por ladrones del mar, que atrapan las fragatas cargadas de carne fresca que van bordeando la costa desde el Jigüey. No les contentan las fragatas y luego bajan a tierra, se entran por los caminos reales, se llevan los esclavos, talan los montes, queman las casas, matan hombres y roban mujeres, despoblando hatos porque los que sobreviven buscan refugio en las villas. No es raro oír de connivencias entre mayorales de haciendas y marineros de fragatas con piratas rateros. Corre el año de 1657: Diego de Zayas solicita permiso al Cabildo de La Habana para trasladar su hacienda Dayaniguas, demasiado cercana a la mar, porque el enemigo ha entrado tres veces y se ha llevado cinco esclavos. Igual o peor suerte han corrido los hatos de los parientes, Luis de Sotolongo, hermano de Ambrosio el gobernador interino, y los del padre de ambos, Diego de Sotolongo El Mozo, de la prole del legendario Diego de Soto.

Crece y se multiplica la familia, unos en torno a La Habana expuesta a todas las borrascas, y otros en el reducto de tierra adentro, más resguardado pero temiendo que el día menos pensado haya que echar mano a las armas. Por eso se ufanan más y más de sus milicias y sus rangos militares. Sin guarnición alguna que defienda la tierra son ellos, atrincherados en sus cabildos, los únicos garantes. Unos y otros navegan en un buque medio desmantelado y a la deriva, al capricho de tormentas y abordajes. Se abroquelan, para no irse a pique, en aquella osada inclinación a desafiar el destino que empujó a sus mayores a probar fortuna en Indias. El desafío es, entonces, resistir el naufragio entre la furia de la naturaleza, la insidia de la enfermedad y la rapacidad desembridada de los hombres. ¿Eres tú, Pedro, quien me lo sopla al oído, lamentándote de tu Isla mancillada, ansioso por devolverle honor, salud y lozanía? Te dejo en el trance de sentarte a escribirle versos. Te dejo afanado en volver, incesante, a cortejarla.

La llama de ese deseo

Veo con cierta pena, María, que de los siete linajes que has criado con Diego Sifontes, tres van extraviando la madeja en el hilado de sus descendencias y no me atrevo, siquiera, a intentar reenhebrarlas: el de Juana de Heredia con Hernán Sánchez-Mexías; el de Diego Sifontes con Catalina de Moya y Velázquez y el de Juan de la Torre con Catalina de la Coba y Consuegra. Los otros, en cambio, entrecruzan sangre e intereses con terca pertinacia: el de Isabel de la Torre con Lope de Miranda, el bisnieto de Vasco Porcallo que, por su abuelo Juan de Argote, dicen que lleva sangre india en las venas; el de Pedro de la Torre con Catalina Cabrera, nieta del mentado Rodrigo Tamayo, notorio entre los que ganaron la Isla y fundaron Bayamo; el de María de Roxas con Lope de Zayas, que se precia de venir de un halconero mayor de Enrique IV, asesinado por hidalgos envidiosos, y de los Bazanes de Cuéllar, la cuna de los Roxas y de Diego Velázquez. Todos, lo compruebo a cada paso, enlazan retoños con los que ha ido sembrando Gregorio de la Torre en el vientre de María Ana Calona (o María Peralta, como ella gustaba llamarse).

¿No me equivoco queriendo adivinar? ¿Es cierto que La Habana y un remolino de viento y de agua marcan el futuro de Gregorio de la Torre Sifontes? Me interesa por lo que a mí me toca. Quiero suponer que lo que recibe de ti Gregorio, María, es lo más secreto y preciado de tu corazón: la fervorosa inclinación por Juan Bautista. ¿No ando descaminada? ¿Ha nacido, como yo lo imagino, para suturar esa herida que abrió en tu alma la saeta del excesivo amor? ¿Para cumplir, en tu fantasía, el deseo de darle un hijo a Juan Bautista? ¿Llega para saldar el debe y el haber de tu propia vida?

¿Acaso por eso la suya está tan marcada por la confianza, todopoderosa, que sólo da el ser amado por alguien a quien mucho se ama? Así lo intuye esa mañana tempestuosa en casa de Calona, cuando el ciclón vincula para siempre su existencia a la de una criatura mimada y voluntariosa que no le teme a nada, que prefiere el apellido materno para mostrar lo poco que le afectan las hablillas malintencionadas que achacan al manjar blanco de Leonor Peralta el triste, pero previsible, acabamiento del gobernador Carreño.

La niña, que también viene siendo mi abuela, no desciende de ningún conquistador. Su abuelo, Juan de Calona, fue aparejador en la Catedral de Sevilla donde participó, con aquel ilustre cantero vasco de nombre Martín Gainza, en la factura de la Capilla Real. Del casorio con Iseo de Andosiila le fue a nacer Francisco, en Génova por

casualidad, aunque lo pierdo de vista hasta ese día en que embarca en Sanlúcar para arribar en siete meses a San Cristóbal, después de una travesía muy accidentada, con la encomienda de levantar el Castillo de la Real Fuerza. Lo veo deslumbrado ante la espaciosa bahía que recibe y despide todas las flotas de Indias. Lo veo acariciando el contrato espléndido que ya le está dando a ganar, desde que se hace a la vela, ochocientos ducados al año. El padre de María Ana es un gran personaje, María y, si Leonor Peralta acaso tendría más tela de dónde cortar, no puedo evitar entretenerme un poco con este Francisco de Calona que le hizo a Leonor esa pequeñuela rebelde que sigue prometiéndole amor eterno a Gregorio, mientra el cura los rocía con agua de Papá Dios, como lo hizo aquella mañana la negra Nicolasa.

Comprendo que pesen más esos elevados emolumentos que la templanza y la cordura que ponderan las recomendaciones de que también viene provisto y es harto explicable que, pisando suelo habanero, empiecen a ponerle peros ciertos envidiosos oficiales reales.

No sé qué pasa que, estando tan avanzado el XVII, el tiempo del relato da un salto hacia atrás e insiste en detenerse en 1562, justo cuando Calona, tomando por altura el nivel de la marea alta, manda a colocar las primeras hiladas de cantera sobre un basamento resaltado que no podrá rebasar la pleamar. No cabe duda de que Calona es un artista y goza de rodearse de artesanos duchos, tan amorosos como él con la piedra, que la pulen hasta alisarla virtuosamente, cuidando la perfección de aristas y dovelas en las bóvedas, sumando pericias a las del maestre, convencido de que hace una obra para la eternidad. ¿Qué le valen quince o veinte años de faena si de la eternidad se trata?

Sin contar la maledicencia de funcionarios, los caprichos de gobernadores, las viruelas que diezman esclavos y los fondos que jamás llegan a tiempo para pagar a sus excelentes artesanos, que andarían desnudos y muertos de hambre si no sacara de su bolsillo para pagarles. Y sin contar que, al mismo tiempo, vigila la obra de la zanja que proveerá de agua al centro de la villa. En sus ratos ociosos, Calona explora el cielo veleidoso de La Habana con el deleite que suele despertarle la belleza, tanto en las fábricas de los hombres como en las de Dios. Y con una curiosidad de otro orden, aun más que culminar con bien el baluarte confiado a su pericia de arquitecto, ambiciona inferir, mediante una observación diligente, el curso de los movimientos celestes.

Sale de Sevilla dispuesto a hacerse una vida nueva, lejos de la sombra de su padre, buscando labrarse prestigio propio en aquel oficio noble de construir espacios para el poder y para la gloria. Mientras su mujer y su hijo padecen el oceáno, él lo disfruta y comprueba, desde el primer día, que ha nacido para el viaje. Empieza entonces a reparar en el cielo como nunca lo hizo en tierra y una noche le advierte a

Leonor, su mujer: «Es un privilegio haber nacido para contemplar, en medio de la mar océana, la armonía de las esferas.» Leonor está demasiado descompuesta como para hacer el esfuerzo de entenderlo, y menos para encontrar alguna respuesta a la altura de semejante declaración.

Una vez instalado en el puerto más frecuentado de las Indias y cuando la fábrica cobra el ritmo pausado que él prefiere darle, un ritmo acorde con la armonía de las esferas, se hace traer de Italia un altero de manuales de navegación y de astronomía, incluyendo un raro ejemplar, harto difícil de adquirir, del que ha oído hablar, con una mezcla de admiración e incertidumbre, a un clérigo muy letrado que es su amigo. No habrá por mucho tiempo en La Habana otro ejemplar del *Comentariolus* de Copérnico. Por eso le gusta sorprender a sus interlocutores con frases que extrae de aquella obra envuelta en el misterio y en cierta aura pecaminosa y, por lo mismo, tan atractiva: «La Luna gira en una esfera alrededor de la Tierra y no, como se cree, en otra situada entre la Tierra y Mercurio. La Tierra concibe del Sol y queda encinta cada año. El Sol es la lámpara del mundo, el espíritu que todo lo ve, inmóvil y magnífico en medio de todo.»

No deja de mirar al cielo, desde que la mar se lo muestra así de infinito, e imagina que no tardará en inventarse una lente que permitirá acercarse el firmamento y observarlo con una exactitud deslumbrante. Sueña con ver la luna como ningún hombre antes que él y fantasea con estrellas invisibles a simple vista, dedicando días enteros a acomodar ciertos lentes que se hace traer de Italia para multiplicar las facultades naturales de su visión. De vuelta cada tarde de la fábrica del castillo, se acomoda en una silla de fraile frente a la ventana que mira a la mar y busca respuestas para su ilimitada curiosidad acerca de la revolución cotidiana del día y la noche; la medición del tiempo por los días del año y su relación con el Sol y la de los días del mes y su relación con la Luna; las cinco estrellas errantes; la desigualdad en la duración de días y noches arriba y abajo de la Zona Tórrida y mucho más que le confirma, sin cesar, lo que se complace en llamar «la maravillosa simetría del mundo». Hacer suyas las expresiones de Copérnico no es más que hacer explícita su incontenible admiración. Mudos deja, por supuesto, a quienes le hacen compañía en la mesa de juego, esa debilidad que sus enemigos sumarán luego a otras más graves que no vacilarán en atribuirle. Deja de repente a los amigos y los naipes para asomarse al balcón y atisbar la puesta de sol o la aparición de la luna y un día afirma rotundo, dejando a todos pasmados: «El Sol está fijo y la Tierra, que es una esfera perfecta, da vueltas a su alrededor.» Tras lo cual vuelve a tomar asiento y reanuda el juego como si no hubiera dicho cosa de mayor consideración. Sus extravagancias se vuelven más frecuentes y su

lenguaje más cifrado: «Habrá que reconocer que el Sol ocupa el centro del mundo. La Tierra no será privada jamás del ministerio de la Luna; la Tierra y la Luna gozan del mayor parentesco posible…»

No lo tildan de loco porque es notorio que, más allá de tan audaces afirmaciones, domina los principios de la geometría y es capaz de calcular los movimientos de los cuerpos celestes: nadie como él tan entendido, en La Habana, para cumplir la voluntad de Felipe II cuando, en 1581, le ordena observar un eclipse de luna que será visible en la Isla.

No lo tildan de loco, pero sí de irrresponsable y dispendioso con los fondos de La Fuerza. En él va a dirimirse el pleito entre el nuevo gobernador Luxán y Quiñones, alcaide de la Fortaleza. Toca que sea Juan Bautista de Roxas, tu amado, María, quien haya de poner en prisión a Calona por agraviar más a Quiñones. A Calona que, en unos años más, será tu consuegro. Válgase el lugar común: así es la vida. Y, encima de todo, le cargan el sambenito del envenenamiento (o a su mujer, que viene a ser lo mismo). ¿Qué me tranquilice? ¿Qué no es para tanto? ¿Qué los años se van más rápido de lo que uno quisiera y he aquí que ya vemos tú y yo a Calona rehabilitado y al gobernador Maldonado y Jerónima, su mujer, acompañándolos a ti y a Sifontes, y a Leonor y Calona, atravesando el umbral de la Parroquial Mayor de La Habana para atestiguar las rumbosas velaciones de María Ana Calona y Peralta con Gregorio de la Torre Sifontes?

¡Uf! ¡Qué alivio! Desfila rápidamente ante mis ojos, y los tuyos, María, la vida de esta pareja destinada a amarse incansablemente. ¿Qué importa que ya Gregorio le haya hecho una hija a Juana Bocarra y que la haya llamado María de la Torre? Seis varones y tres hembras le dará María Ana. El mayor recibirá, en herencia, el oficio de regidor que su padre, dos o tres veces alcalde, hará bien en dejarle. Con Pedro tu otro hijo, el poeta, tiene Gregorio sociedad en hatos y estancias y la carga de cuidar de ellos va a duplicarse cuando el hermano vaya al destierro. Pero tiene también, y sobre todo, afinidades del alma: ama igualmente los libros que, como la regiduría, irán a tocarle al nuevo Gregorio, su hijo, para quien la madre ya anda buscando un aventajado enlace. Nada menos que con la hija de Agustín Pardo, aquél del pobre papel en la querella entre los Porcallo y Pedro de la Torre.

Veo que Gregorio y María Ana van y vienen, sin cesar, entre La Habana y el Príncipe. ¿Estamos en 1653? Así parece. Y es en el Príncipe donde María Ana y Agustín Pardo están colocando, en este mismo momento, dos pesadas cadenas de oro sobre los hombros de dos novios: Gregorio de la Torre y Calona se casa con Margarita Pardo de Aguiar y Lasso de la Vega. Se ha fraguado, en tardes y tardes de estrado, una fina negociación entre las respectivas madres. Por las

venas de Clara Lasso, nieta de Martín de Roxas, fluye sangre del tío abuelo tuyo, María, el que gobernó la Isla al morir Velázquez; y también de Vasco Porcallo, que engendró a su abuela Elvira. María Ana, que tan leal fue con su cuñado en los aciagos días del juicio, se da el lujo de perdonarle a Agustín Pardo, en aras de las conveniencias, sus ya remotas deslealtades. Después de todo, le está poniendo broche de oro a la limpieza de su estirpe. Para Gregorio, en cambio, sólo se trata de reafirmar, para su línea sucesoria, el orgullo de proceder de los fundadores.

Qué bueno, María, que te has vuelto mi cómplice y me has abierto un huequito junto a ti, en medio de la neblina: son tantos los nacimientos, los enlaces y las muertes que desfilan frente a nosotras que sin tu auxilio mal podría discernir de quiénes se trata. ¡Es sorprendente el tumulto de vida y de muerte que se suscita con un gesto! Me refiero, por supuesto, al de esos dos niños que se toman de la mano, temerosos y excitados, en una mañana de huracán. Lo veo repercutir ahora sobre otro que a su vez repercute en este relato. Porque si el alférez Gregorio de la Torre y Pardo, fruto de otro Gregorio que debió su vida a aquel gesto, no hubiera esperado frente al altar, el 8 de diciembre de 1679, a su prima Graciana Barreda y Zayas-Bazán, yo, que sigo empeñada en narrarlo todo, no estaría aquí para contarlo.

Cumple veinte años este Gregorio ese día que espera ante el altar. Tiene Graciana, la nieta de tu hija María de Roxas, apenas dieciocho. No sospecha el novio que apenas cinco años le tiene dispuestos la Providencia para disfrutar de los bienes terrenales en compañía de la dulce muchacha que parece, en verdad, tocada por la gracia que evoca su nombre. En tan breve saboreo de la dicha conyugal alcanzarán a nacer, sin embargo, una Margarita, un Bernabé y otro Gregorio.

Un episodio infeliz se obstina en detener, por un instante, el paso atropellado del tiempo. Un día de agosto de los ochenta y pico, este Gregorio que hemos visto casarse, tan dichoso, empieza a sentir cólicos. Son más y más inclementes, se agravan por las noches y le ahuyentan el sueño. Graciana se las pasa sin pegar los ojos y sólo descansa por ratos de día, cuando Margarita su suegra viene a relevarla. No cabe duda de que la gracia puede volverse devoción y entereza. Pero la Virgen de las Mercedes permanece sorda a sus súplicas. La veo ir en busca de auxilio ante esa Caridad de bulto que su madre ha mandado labrar, idéntica a la que se guarda en El Cobre, que ya propicia devociones en la familia. El sueño de Gregorio se vuelve más apacible y amaina un tanto la zozobra de las noches en vela. Pero el mal le devora las entrañas y ni ventosas ni sangrías le devolverán una salud que ya no le corresponde. Esperando vagamente un milagro, la familia se congrega cada tarde, más bien para

consolarla a ella.

Tomemos nota: la vida trunca de Gregorio de la Torre y Pardo se añade a la de tantos otros, hembras y varones, que mueren dejando a sus consortes con varios pequeñuelos. ¿Te acuerdas, María, del 8 de mayo de 1574? ¿Se te encoge el corazón sintiendo que te equivocaste? ¿Comprobando que el destino no siempre será tan risueño como tú lo deseaste ese día para la criatura que tú y Candelaria mecían en la hamaca? ¿Te sirve de algo saber que Graciana Barreda ha de sobrevivirlo largamente?

La neblina es, a la vez, tramposa y propicia para enredar y desenredar laberintos genealógicos. Procuro escabullirme para que no me atrapen los que se van armando entre la descendencia tuya y la de tus tíos, que se nos han perdido de vista, Diego de Soto, Bartolomé de Sotolongo y Alonso de Roxas. Son interminables. Me persigue Ambrosio de Sotolongo, apuntándome que a él le toca ser elegido por el Cabildo de La Habana, como gobernador interino, en 1654, en el gran momento del predominio criollo, y que su hija Leonor va a casarse, diez años después, con un hijo de Diego de Zayas. Corre tras de mí aquella bisnieta del tío Diego para enterarme de que se ha casado con el alférez Julián, hijo del tío Bartolomé, al que va a tocarle disfrutar en Indias del patronato del vínculo que instituyó tu primo Juan Bautista. Y oigo, de lejos, los reclamos de los que nunca se casaron: un sinfín de curas y monjas, uno que otro Comisariado del Santo Oficio de la Inquisición y una Gregoria, madre abadesa del convento de Santa Clara, discurriendo argumentos para revertir, en favor de sus encomendadas, los pleitos eternos entre frailes y obispo, y respondiendo a las amargas quejas de su hermana, cuyo marido gobierna La Florida, por los padecimientos que naturaleza y aborígenes causan por allí a los españoles.

La Paz de los Pirineos ha puesto fin, en 1659, a la hegemonía española en Europa: se consuma, así, lo que se inició en 1588 con la derrota de la Invencible. Dos intentos de reconquistar Jamaica, desde Santiago y Bayamo, han fracasado. Reina, desde Madrid, un rey enfermizo y hechizado por el embrujo de ciertas hojas de tabaco de la Isla portadoras de efluvios malignos: un rey que será el último de los Austrias. España da traspiés, procurando desviar la mirada de los múltiples espejos de su decandencia.

La tierra adentro de Cuba sigue prendida de los escarceos hábiles para contrabandear, entre coletazos de fiebre amarilla y saqueos. Hasta el gallo de oro del altar mayor se han llevado en Sancti Spiritus en la Navidad del 65. Afuera acecha el desorden de la mar y de las pequeñas islas. Parapetados en su recatado reducto, los principeños se precian de estar a salvo de las inciertas libertades que rondan a los que respiran aires marinos y de la codicia de los filibusteros. Comen

su puerco y su yuca, su tasajo y su ajiaco en porcelanas inglesas, beben en cristales de Francia vinillos suaves que refrescan en tinajas de agua de lluvia puesta a serenar, y lucen con alarde de buen gusto lienzos, paños y encajes de Flandes que ahora les llegan de Holanda, damascos, terciopelos y alhajas de orfebres de Italia, aguamaniles de Delft, y cuanto pueden ofrecerse a cambio de sus vacas desjarretadas, curtidas y aderezadas en lustrosas corambres, entregadas en embarcaderos de la banda sur a quienes hay que entregarlas y recibiendo, en trueque, las mercancías convenidas.

Una turbulencia olorosa a pólvora enrarece la atmósfera. Entra Henry Morgan. Lo siguen sus seiscientos forajidos. Se ríe de emboscadas y de árboles derribados para obstruirle el paso. Se ceba en ellos y en sus mujeres en el refugio de la Parroquial Mayor. Sus desalmados se entregan al pillaje por quince días, los más interminables que el olvido de Dios pudiera depararles. Una vez más desaparece la memoria de la villa, hecha cenizas. Esta vez por el arbitrio de un aventurero nacido en Gales que, dentro de cuatro años, será honrado como caballero y aclamado como flamante gobernador de Jamaica.

Pasan once años. Voces indignadas y plañideras, reclaman: «La Armada de Barlovento jamás ha llegado a estas costas…» Un Miranda-Argüelles, un Agüero y un Zayas se dirigen al rey, a nombre del Cabildo, para informarle del cruento asalto de Grammont, el 23 de febrero. Dos frailes acotan que ni los turcos de Argel fueron tan impíos. Desde el día 11 algo ominoso anduvo en el aire. Más de media hora trepidaron en Cuba los cimientos y persiste la zozobra de sacudidas prolongadas y erráticas. La catedral, recién restaurada por el pío presbítero Francisco Ramos, quedó en escombros, con el crucifijo hecho añicos y, eso sí, la Candelaria intacta. Los tres florones del criollismo, Santiago, Bayamo y el Príncipe están en ascuas: algo aun más aciago tiene que sobrevenir. Será en el Príncipe. Corren los frailes de madrugada, casa por casa de los principales, a sacarles de un sueño inquieto y lleno de vaticinios para meterlos en la realidad inminente: «el francés apresó a más de setenta entre principales y plebeyos, muchas criaturas y algunos hombres y esclavos que puso en la Iglesia Mayor…» El eco retumba sobre los años, que brincan a grandes trancos.

Tres jornadas les tomó acercarse a la villa las catorce leguas que dista de La Guanaja, con sigilo de gato montés y guiados por un cimarrón, entre la espesura rala que dejó la seca. Prevenidos por los frailes, escondieron valores los vecinos y sacaron a mujeres y niños a las haciendas. Olfateando los rincones de la villa desierta y sumida en un silencio desafiante, duraron un día los malvados en busca de botines abandonados, haciendo caminar a hombres y mujeres

rezagados y degollando a cuatro ancianos baldados.

En veinticuatro horas juntan los alcaldes, de nombre Varona y Agüero, a la gente que se puede, con ocho escopetas, unas cuantas lanzas, espadas y dagas que amarran a la punta de las astas. Arcabuces y mosquetes los han secuestrado los invasores. No ha llovido: los ríos apenas llevan caudal y los arbustos no disimulan a los intrépidos. Al bramido de «Santiago», Granada y los moros, armaduras y ballestas se trasvasan, en anacrónico tropel, con Caribe y corsarios, arcabuces, mosquetes y escopetas. Arrojo y fortuna les alcanza para matarles cincuenta a los franceses y arrebatarles estandartes y seis cabalgaduras con lo más granado del saqueo. Veintiséis vecinos de mucho pundonor perecen. Me detengo.

Hay, entre ellos, un Alonso de la Torre. Por las flamas que sin descanso han consumido archivos y los lastimosos polvos en que han quedado otros, abatidos por las humedades inclementes de la Isla, su filiación es incierta. ¿Alonso de la Torre y Socarrás? Imposible: consta que nació en l683. ¿Alonso de la Torre y Pardo, su padre? Apenas se está casando en l678 y todavía tendrá tiempo para dejar tres hijos. Aguzo el oído. «Fui yo el que morí destripando gabachos», me susurra, con voz tipluda, un personaje pálido y esmirriado, de cabellos rubios, largos y encrespados, chaleco con casaca bordada de talle ceñido, hasta la rodilla, bien cubierta por media blanca, dejando ver la casaca mangas con puños y ancha corbata de encaje, todo con leves manchas de sangre. «¿Te extraña mi atuendo? Es la moda francesa. Me llamo Alonso de la Torre y Calona. Todavía soy célibe. Todavía no desposo a mi prima hermana. Pero sé que no la haré feliz. Ella me ha amado toda la vida: yo preferí siempre a su hermano Pedro. Y él adora a Mariana. La verdad es que no me morí ese día. Me contaron entre los muertos. Fue una equivocación. Sobreviví de milagro. Me casé en 1671. Si buscas, encontrarás un codicilo de 1686, que añadí a un testamento de 1669: había yo visto la muerte demasiado de cerca.» Hace una pausa. Yo respiro, suspiro y sigo tomando dictado.

«La Armada de Barlovento, por cierto, siempre está en otra parte y jamás allí donde se la requiere para prestar socorro en circunstancias graves. Tampoco sirven de gran cosa las armadillas que suelen fletar, de cuando en cuando, los gobernadores. Por eso estamos hartos los vecinos de pagar por auxilios que, cuando llegan a ofrecerse, jamás están disponibles y bien hemos aprendido, con las infinitas incursiones enemigas a las haciendas cercanas a la costa, que sólo podemos confiar en nuestros escasos recursos para defendernos. Como si fuera suya pasean la mar de la Isla las embarcaciones de los bandoleros. Ubaldo de Arteaga, casado con una nieta de Alonso de Roxas, el tío de mi abuela María a quien le tocó por vez primera la merced de Isla de Pinos, anduvo por las cercanías del 85 en las inmediaciones del

Cuyaguateje, procurando juntar gente de las haciendas para darle su merecido al afamado Lorencillo, lugarteniente de Grammont, que no dejaba de hostigar. A los piratas les debió quedarse huérfano de padre. Tenía apenas diez años. Desagraciado predicamento. ¡Qué remedio le quedó a su madre! El tío Pedro le hizo, para el rey, una carta muy bien aderezada para solicitarle al chiquillo una plaza de soldado.»

La inestabilidad y la muerte rondan por todas partes. Hay que llenar las casas de niños para conjurarlas y espantarlas. Hijos e hijas sin fin, para criarlos entre primos y primas, aprendiendo lo mismo de madres y padres, encomendados a la Providencia porque poco es lo que puede hacerse para prevenir que alguna fiebre traicionera, algún contagio insidioso, los arrebate. Son tantos que muchos, al cabo, sobreviven.

Y esos ejercen, por doquier, la justicia, la defensa y el regimiento de la comarca del Príncipe. Los matrimonios entre parientes son el único seguro de vida. La Isla se tambalea en su precario equilibrio, zozobrando entre el indolente letargo que propicia lo extremoso del clima y el aguijoneo de violencias intestinas que aquejan su cuerpo frágil e irritable o que lo arponean desde afuera.

Lo imprevisto suele asediar la monotonía del verano perpetuo: turbulencias de viento y agua pueden incidir, sin aviso, entre calores y secas. Sueños recurrentes coinciden: a la deriva de un naufragio, atrapados entre la cólera del viento y las furias del mar, se aferran precariamente a un abigarrado cementerio marino entre vestidos y ganados, lencería y muebles y servicios de mesa, imágenes, pasamanos y barrotes de madera torneada, azulejos y cómodas holandesas, tinajones, aleros de tejas, artesonados y esteras y almohadones y escaños de iglesia.

Todavía en 1692 cuando se enteran de que Port Royal, abrigo eterno de filibusteros, ha sido herida por un terremoto, la toma de Campeche por Grammont y la muerte en Port Royal de Henry Morgan siguen amenizando tibias veladas principeñas, como si la desgracia ajena alejara la propia y la muerte del enemigo dispensara de morir con sólo mencionarla. En eso, un huracán destruye la casa del Cabildo y la Parroquial Mayor. Pasa un lustro. La peste ronda sobre los tejados del Príncipe, desciende a los balcones, a las galerías y se cuela por ventanas y puertas que hay que ir cerrando, aunque ya para qué, hasta adueñarse de cada aposento. Se multiplican rogativas y procesiones: las mujeres hacen ayuno; los hombres penitencia. Familias enteras se mueren y sus casas quedan clausuradas. Cuando amaina el contagio, coincidiendo con carnestolendas, se vuelca a la calle el pueblo bajo, disfrazados los hombres de mujer y las mujeres de hombre, entre abucheos y carcajadas, ofendiendo las mascaritas, con sus licenciosas cabriolas, el pesar de los enlutados.

Los manes familiares, los nombres reproducidos de generación en

generación, son avales de permanencia. Los vivos perpetúan, con orgullo endogámico, la herencia de los muertos. Cada uno es por el linaje de donde viene. La esterilidad pone en riesgo las solidaridades perdurables. Las vidas individuales se alimentan del cuerpo colectivo: la familia, cuyo tronco ha echado en la Isla raíces centenarias.

Han nacido y crecido tres generaciones: los hijos, los hijos de los hijos, los hijos de los hijos de los hijos de María de la Torre y Diego Sifontes. No lo digo yo, sino ese narrador masculino, presuntamente objetivo, que a veces me desplaza. Insiste: coincide la bonanza familiar con los últimos resplandores que el sol español derrama sobre Europa. Ha sido el XVII el siglo de los de la Torre, como lo fue el XVI de los Roxas y los Sotolongo. Ninguno duda que, para siempre jamás, la Isla será para ellos la tierra. El duelo del desarraigo y el exilio de España ya se sienten como un fardo ajeno.

No te me escondas, María. ¿No quieres que yo te vea morir? Pero ya es tiempo, ya es tiempo. Envejeces. Aquel amor incumplido te ha mantenido viva y te ha ido devorando dulcemente. La sabia intervención de Mariana de Nava ya no da para más. Llegó el día menos pensado. Te mueres en paz. Soñando que te depositan en una hamaca que se deja mecer suavemente por las olas. Que te escoltan gaviotas gráciles que se vuelven palomas conforme brotan, entre la espuma, viñedos y olivares. Ha sido tu voluntad lo que hijos y nietos hacen: te dan un entierro apacible bajo las losas de las Mercedes, entre cuyos frailes hay un par de bisnietos. Ahí donde Pedro encontró protección de los herederos de Porcallo. Sin embargo, estás y no estás allí. Porque te sigo viendo por todas partes. Juguetona y risueña. En rinconcitos de las salas, de patios y traspatios, en esta cocina y aquella alcoba, jugando con los retoños de tu vieja cepa, los que no se extrañan de que les soples tonadas al oído, te cueles en sus rondas o te pongas a mecerles la cuna.

Mejor que no me pregunten cuánto te duró la vida. ¿Cómo habría yo de saberlo? Ni tú misma lo sabes. Sólo sé que tu pasión sigue irradiando. Que la llama de ese deseo tuyo que nunca acabó de cumplirse nos sigue habitando. A los que fuimos naciendo de ti. ¿Qué mejor herencia que ese apetito, ese andar inquieto tras lo innombrable?

Van y vienen generaciones, muertes y nacimientos se suceden. Como dirá muchísimos años después un escritor nacido en Rusia, que escribe en inglés, la cuna se mece sobre un abismo, entre dos eternidades de tinieblas. La maraña de las pequeñas historias se sigue enredando con la de otra historia, la que escriben con mayúscula los que quieren hacernos suponer que eso es lo que importa. Cada cual dispone de un lapso breve para hacer, en este mundo, la travesía entre la cuna y la tumba. Para cumplir un destino. O para pretender

burlarlo. Para agotar en el mejor de los casos, sin aspirar a más, el zumo de la vida. Mientras me entretengo admirando el crepúsculo, el XVII empieza a ser pasado.

Como la luna en menguante
Puerto Príncipe, abril de 1722

Gregorio de la Torre (y Pardo) cumple, para siempre jamás, veinticinco años; Graciana Barreda lo sobrevive hasta el mes de abril de 1722, a punto de cumplir sesenta, cuando se dispone a hacer testamento para recibir el día once los santos óleos, ante la congregación de los dos varones que le viven, Bernabé y Gregorio, los doce nietos y Ana Varona y de la Torre, que se ha casado con Bernabé. En ese punto estamos.

Hasta que rinde el alma se turnan en la alcoba de la enferma beatas del colegio de doncellas de Santa Inés fundado por su sobrina, María de Miranda y Barreda, que hace veinte años la precedió en el sendero que se toma una sola vez. En las primicias del siglo, la bisnieta de María de Roxas y Lope de Zayas destinó una casa frente a la Plaza Mayor, cinco mil pesos contantes y veinte mil en haciendas, sus bienes dotales, para dotar a su vez a la villa de un colegio de doncellas que no desmereciera del que procuró para las de La Habana el piadoso obispo Compostela. Pesó en su intención de ponerlo bajo la advocación amable de la Virgencita del Cobre una copia manuscrita de *La aparición milagrosa de Nuestra Señora de la Caridad*, compuesta por Onofre de Fonseca. Con la persuasión que sabía desplegar, se la obsequió la tía insinuándole que recabara la anuencia de sus hijos para coronar un proyecto que era de ella. Lo venía madurando desde que se fue, tan joven, el marido. Mientras iba criando a los hijos, se consagró a la tarea de reunir en su casa periódicamente a las jovencitas de la familia para cultivar en ellas el deleite por los libros.

La afición tuya, María, se anima, aquí y allá, entre nietas y bisnietas, ¿No te sorprende, verdad? Siempre has sido obstinada. ¿Quién de los varones se habría atrevido a argumentar que la malicia femenina puede acrecentarse con lecturas propicias a perturbar el entendimiento? ¿Encierro y devoción? Nada de eso. Sin renunciar a la aguja y las labores primorosas hay que dejar que las letras se cuelen entre puntada y puntada.

Endecasílabos, redondillas y endechas, adobados con canto, arpa y guitarra, amenizan los días de las niñas que, desde que cumplen diez años, aprenden buenos modales en Santa Inés y descubren que hay algo más en la vida que basquiñas guarnecidas de pasamanería, crema de almendras para las manos, polvo de rosas para las mejillas y brillo de cera para los labios.

Los hijos de Bernabé de la Torre y Barreda y Ana Varona y de la

Torre han sido confiados, como de costumbre, a los mercedarios. Graciana, la única hembra, muestra una disposición sorprendente por la música, y se la cultivan en Santa Inés. Cuando la abuela Graciana recibe los óleos no hace intento alguno de contener las emociones, que siempre parece traer a flor de piel. Ahí está junto a la moribunda, con la beata Andrea. Diligente y dispuesta. Con los ojos llorosos, pero pendiente de sus indicaciones. Ávida de emular sus virtudes. Porque, como ninguna otra de las pequeñas educandas, Graciana es sensible a la destreza de su maestra para animar a un tiempo el cultivo de la inteligencia y el cultivo del corazón. Cuando Andrea le cierra los ojos a la abuela, Graciana pide permiso para darle un beso en la frente. Con una mirada, sin pronunciar palabra. No es de su madre que espera la autorización, sino de la maestra de música. Es evidente que hay entre las dos una afinidad fervorosa. Ese día teme Ana Varona que su hija se le escape de las manos para ir a dar a un convento: dicen que Andrea aprovechará la dote que le ha dejado un tío para pedir que la reciban en alguno de los que hay en La Habana.

Ha sido cruel la primavera: ha traído consigo sarampión, viruela y hasta vómito prieto a San Cristóbal, que sigue siendo la más expuesta. Marineros y mercaderes, religiosos y soldados que llegan de paso son más vulnerables al contagio pero la virulencia de las fiebres se infiltra de cuando en cuando en las casas patricias, que pierden bullicio y exuberancia para encerrar adusteces de hospital. “No se debe esto al Altísimo, sino a la gravedad de nuestras culpas”, insinúan entonces los clérigos. “Es cosa de las constelaciones”, dicen los que frecuentan la literatura astrológica. En Puerto Príncipe, aprovechando la cayería del sur, siguen trocando caballos, mulos y bastimentos por piezas de ébano. “Los negros van a traernos la perdición” dicen que ha musitado Graciana Barreda antes de morir, temiendo el contagio de unas viruelas que no perdonan a los de tierra adentro, pero carcomida ya por otro mal más sigiloso que la ha tumbado en cama y la hace toser sin sosiego.

Los principeños aprovechan los trueques para amistarse con franceses, holandeses e ingleses, y hasta para ir aprendiendo sus lenguas e invitarlos a sus casas, que al fin no son filibusteros sino mercaderes y se rompe la monotonía con los aires que traen de la refinada Europa y con la sabrosa animación que transportan las balandras cargadas de exquisitas y apetecibles chucherías. No se sabe, esta vez, si el mal viene de los negros, que alguno en efecto ha muerto en los cayos sin alcanzar a llegar a la villa, o de un cargamento de trapos franceses que muchas familias han adquirido ya cuando se corre la voz de que en tierras gálicas ha brotado una terrible epidemia que, desde Toulon y Marsella, se disemina hacia el África, o a lo mejor sube desde allí hacia las riberas del Ródano, pero el caso es que tanto

los negros como las ropas estarían esparciendo el contagio. Hay que recorrer casa por casa advirtiendo del peligro, y recogiendo el traperío para ir a hacer una pira en las afueras. Porque, entre los trapos franceses ha llegado una breve disertación de un tal Mr. Agnès, doctor en Medicina de la Universidad de Montpellier, sobre la terrible dolencia epidémica, contagiosa y funesta, que asuela la Provenza. Los síntomas: pústulas gangrenosas, abatimiento de las fuerzas, pulso irregular, pesadez de cabeza, delirios, convulsiones, desmayos, opresión del pecho, náuseas, escalofríos, vómitos y disentería. Toda materia porosa o esponjosa, como los tejidos de hilo, de lana y de algodón pueden atrapar el veneno de la peste. Hay quien dice que la perversidad de los mercaderes piratas ha traído, a la vez, los trapos, la peste y la cura, porque enseguida han llegado otros ofreciendo *lilium* de Paracelso, gotas de Inglaterra, bálsamo del comendador de Pervès, Agua de Carmes, aceite aromático de Sylvius, agua etérea de canela, agua espirituosa de Ginebra, agua de la Reina de Hungría y vinagre *theriacal*, remedios aconsejados en dicha disertación, junto con la aplicación de lienzos muy calientes o de palomas abiertas en canal y todavía palpitantes, para reanimar el corazón. Pero a Graciana Barreda no la fulminó la muerte negra: se extinguió lentamente por causa de la muerte blanca.

No es Ana Varona de las que oyen dos o tres misas al día para luego pasarse las tardes jugando manecillas de barajas. Tampoco de las que piensan que unas *Horas* en buen romance son más que suficientes para cualquier mujer. “Tan capaces somos de razonar como el mejor de los hombres”. Lo asevera, con tono sentencioso, haciendo a un lado, sin el menor titubeo, a la hermana Andrea y a las beatas de Santa Inés para encargarse sin intermediarios, desde ese punto y hora, de la educación de la única de su prole que le ha nacido hembra. “No sea que entre motetes y vísperas, y con tanto imitar los trinos de los pájaros, vayan a contagiársele los éxtasis celestiales que arrebatan a esa joven que va derechito al convento y anda buscando que nuestra hija vaya a hacerle compañía.” Bernabé se limita a aprobar, como suele hacerlo, el buen sentido común de la prima y mujer, que pone entre paréntesis la música, sin perjuicio de reanudar más adelante su cultivo, le prescribe a Graciana leer a San Gregorio, por aquello del nombre del abuelo y del bisabuelo, se dedica a repasar con ella los *Hechos de los Apóstoles* y, para compensar, no le escatima comedias de Lope y de Tirso, ni el Guzmán ni la vida de Marcos de Obregón, el escudero, buscando que la niña deposite sus fantasías en la prometedora variedad del mundo sin descuidar el cultivo de las devociones ni la confección de confituras y bizcochos e insinuándole, con bien ponderadas sugestiones, las ventajas del matrimonio sobre el claustro. El siguiente paso habría sido seleccionar cuidadosamente al candidato. Pero no

habrá tiempo. La niña no soporta la separación de su admirada maestra, que desapareció una madrugada de la villa sin dejar rastro. Pierde interés por cuanto le ofrecen para arraigarla al mundo, se deja invadir por la melancolía, palidece y se va desvaneciendo como la luna en menguante. Los ojos se le ponen más brillantes, le aparece una febril coloración sonrosada en las mejillas y gana en encanto mientras se vuelve más frágil y etérea como si se le escaparan día con día los humores vitales. El aire libre y las sangrías no sirven y le aplican ventosas y emplastos que tampoco evitan accesos de tos como los de la abuela, cada vez más frecuentes, hasta que queda postrada en la cama con sudores y calosfríos, en la flor de los quince años, y le sobreviene la muerte, una tarde húmeda, tras un vómito de sangre. Bernabé de la Torre y Ana Varona no salen del luto por Graciana, la madre, cuando entran al luto por Graciana, la hija, preguntándose por qué Dios les depara tanto duelo en un lapso tan breve. Me parece que es ella la que advierte que es imprescindible sobreponerse a la tristeza por los hijos que quedan, para los que ha de buscar a su debido tiempo el apoyo en sus hermanos.

En mil veinticinco pesos comprará una regiduría perpetua Agustín Varona y de la Torre, en 1732, para Agustín de la Torre y Varona, sobrino y ahijado, todavía demasiado joven para ocuparla. Lo mismo hará el tío Esteban para el sobrino que lleva su nombre y es su ahijado. Que el hijo Gregorio se ordene como presbítero y el hijo Bernabé tome el hábito mercedario no sólo no lo evita Ana sino que sabe propiciarlo. Al fin que no alcanzan Cabildo y milicias para colocarlos a todos.

El sustento de sus vidas
Puerto Príncipe, verano de 1726

En El Príncipe se han atrincherado los viejos apellidos. Y si los Borbones y sus gobernadores no ceden ante los regidores de La Habana, menos simpatizan con esos patricios levantiscos que se precian de su antigüedad en la Isla, de la limpieza de sus linajes cargados de consanguinidades, de haberle hecho el favor al rey, en los años alborales de la conquista, de ir a habitar una Isla estremecida entre mares y vientos encrespados y de haber mantenido en ella casa poblada, con armas y caballos, para defenderla cuando no pasaban los hidalgos de dos o tres centenares y, contando los vecinos del común, no había en la Isla más de quince millares de almas. "Aquí sigue y seguirá mandando el Cabildo", respingan cuando se anuncia que los culpables de comercio ilícito tendrán que atenerse, en lo sucesivo, a las consecuencias. "En su feudo se mantienen sin persona que los mande", se lamenta de tanto desorden, entretanto, el gobernador de La Habana.

Siguen aferrados a sus tierras, cada vez más divididas por la sucesión de las generaciones, a pesar del remedio reiterado de los enlaces consanguíneos, sin poder llamarse ricos como los que en La Habana empiezan a comprar cuarteles de nobleza con la rama, el polvo y el delicioso humo del tabaco. Sus vacas, sus caballos y sus mulos, y las tierras sobre las que pastan, no son dinero contante y sonante. O sólo esporádicamente, porque el tráfico expedito con las pequeñas islas apenas trasciende el viejo uso del trueque.

Las tierras son el sustento de sus vidas: las cabalgan a grandes trancos y las miden, hormigueando de ganado hasta donde alcanza la vista, y conocen el nombre de cada arroyuelo, de cada alto, y se congratulan cada año de que vuelvan a florear los palos de cocohite que plantaron ralos en los cercados y no tardan en llenarse de florecillas rosadas. En las tierras se palpa el trasiego de las generaciones y laten los corazones de los bisabuelos. Las tierras son la razón de ser. Por eso aplauden al bisnieto de Diego de Zayas y de Ambrosio de Sotolongo que, desde La Habana, pugna por garantizar que, en disputas de tierras, primero en tiempo lo sea también en derecho. La iniciativa de Ambrosio de Zayas-Bazán ha encontrado eco en la capital, es verdad, por otros motivos: los antiguos fundos se van demoliendo para vegas e ingenios y a los nuevos intereses les importa disponer de reglas claras para definir medidas de sabanas y de sitios. No pasa día sin que se denuncien realengos que hay que tasar, ni día

en que no se haga inventario de haciendas de viejos legados para definir nuevos linderos.

A los agrimensores les toca hacer, con cálculos supuestamente exactos, lo que siglo y medio antes Diego Sifontes y su cuñado Alonso Rodríguez de Albor hicieron a ojo de buen cubero. Lo cierto es que la exactitud de los cálculos no ha mejorado y es motivo de sorna en El Príncipe enterarse de que, harto de andar fijando linderos entre maniguales, el tan mentado agrimensor Gregorio Franco ha acabado por aceptar lo que, sin contradicción alguna y de tiempo inmemorial, se ha guardado de límite entre Sancti Spiritus y Puerto Príncipe: "En el arroyo de Guayabos se labró una cruz en la maboa más grande de las sabanas de Altamisal, en el fin de ellas". Eso le dijeron y eso tuvo que dar por bueno, después de tantas presunciones. Por allí cerca hubo que hacer deslindes, por cierto, en Naullú, que buena parte le queda a un Juan Rodríguez de Albor que viene de la hermana de María de la Torre, y en Caimiabo, donde ninguno de la media docena de nuevos propietarios ha oído mentar al magnífico señor Diego Sifontes. Bisnietos de Gregorio de la Torre reclaman sus partes, mientras tanto, en hatos de Guá, Jivacoa y Arroyo Hondo, en las estribaciones de la Sierra Maestra, que siguen en litigio entre herederos del legado de Francisco de Parada.

Pero Puerto Príncipe es una isla dentro de la Isla, que se siente autónoma y de hecho lo es. Hormiguea en verdad el ganado en altos y pastizales y, donde no son vacas, son corceles herederos de los primeros cordobeses los que disfrutan las praderas verdísimas antes de viajar a otras islas, o modestas mulas destinadas a rendir servicio en haciendas de las numerosas posesiones extranjeras del Caribe. Ingleses, franceses y holandeses han entrado siempre, igual de libres, a traficar sus piezas de ébano, a cambio de las corambres, el sebo, el azúcar y el añil, las mulas y los caballos de los moradores del Príncipe, tercamente sobrevivientes de rencillas intestinas, de percances de la naturaleza, de piratas y de epidemias de toda índole. De guardacostas intrusos, por supuesto, que no abundan porque casi nunca hay dinero para enviar a espiarlos y es un engorro para las autoridades estar disponiendo a cada rato de hombres y oficiales para ir, por tierra, a hacerles decomisos. De indulto en indulto se la van pasando, prefiriendo pagar multas por lo que introducen bajo cuerda que renunciar al único comercio a su alcance, que sería renunciar a sobrevivir. Así la van llevando cuando media el 1726 y anuncian en La Habana primero y luego en todas y cada una de las villas de tierra adentro, por bandos y al son de cajas de guerra, que no habrá más indultos y los culpables de fraudes, contrabando y comercio ilícito serán castigados, sin distingo alguno. Apenas acaban de liquidar a plazos, en El Príncipe, sesenta mil reales que deben por más de dos

centenares de esclavos que han trocado por azúcar, intermediando sus buenos oficios, por cierto, el beneficiado Diego Duque de Estrada y el presbítero Cristóbal de Zayas.

Mientras El Príncipe se cuece en los hervores de tantos temperamentos alebrestados, el primo Ambrosio de Zayas-Bazán y Sotolongo, que ha sido alcalde de La Habana en 1718, ocupa el tiempo que le dejan los negocios privados y las funciones públicas en asesorar con tino al gobernador Guazo Calderón. En el frescor de un entresuelo cercano a aquel donde el abuelo Diego de Zayas añoró tantas veces a su Olaya y acabó por olvidarla, empieza a redactar una *Carta y Relación de la Isla de Cuba* que en 1725, una vez terminada, pondrá en manos del gobernador para que, si le parece prudente, la remita a Madrid. La ha pensado y la ha escrito Ambrosio para los ojos del rey, con el propósito de atraer sobre la Isla una mirada condescendiente. Pero el rey la mandará a sus archivos, donde quedará sepultada para siempre en la desmemoria de que hace gala la España ilustrada para sus posesiones de ultramar.

Un aire francés ha soplado brevemente por La Habana cuando se despereza el cuerpo de la Isla para subir la cuesta del XVIII, como señal inequívoca de que reinan, en España, los Borbones. Los ingleses de Jamaica se divierten, entretanto, fomentando la veta tradicionalista de ciertos patricios que añoran a los Habsburgo: puesto que Inglaterra es aliada de Austria, hay que echarle leña al fuego. La querella por Cuba empieza en 1707, con la aparición de una escuadra anglo-holandesa frente a La Habana, pero apenas son los preludios de intervenciones más contundentes. Igual que el año se divide entre las lluvias y las secas, la guerra y la paz se van alternando en la suerte de la Isla, cuando llegan a las Antillas, una y otra vez, los coletazos de la nueva Guerra de los Cien Años que emprenden Francia e Inglaterra. Será breve el afrancesamiento: Inglaterra no tardará en demostrar que es la emperatriz del comercio y de los mares.

En El Príncipe se atrincheran los viejos apellidos. La Habana empieza a girar en torno de un nuevo estamento que lo pretende todo. No son buhoneros ni tenderos sino mercaderes en grande, dispuestos a inundar un mundo refinado y cortesano, aficionado a respirar polvillo de tabaco, con el exquisito producto que sale de las vegas de la Vuelta Abajo. “Las mercancías inglesas las pagamos en humo”, se jactan los Torres Ayala, los Núñez de Castilla, los Chacón, los Jústiz, promovidos a marquesados y condados, de Casa Torres, de San Felipe y de Santiago, de Casa Bayona, de Casa Jústiz, porque se las agencian para enviar a Sevilla, cada año, treinta mil codos de madera para reparar navíos, a la vez que despachan millones de libras de tabaco y despliegan sus mañas negociadoras para apaciguar vegueros soliviantados por la codicia metropolitana del estanco. A Diego de

Zayas le negaron los Habsburgo, un siglo antes, el derecho a fundar un señorío en Isla de Pinos: los Borbones los fomentan ahora sin empacho, por doquier, para honrar mercaderes.

Entre los moledores de tabaco que ponen el grito en el cielo cuando Núñez de Castilla presume de volver señorío su corral de Bejucal y de que todo el tabaco de la Isla pasará por sus manos antes de llegar a la Corona, se cuentan tres Zayas: Ambrosio, Ignacio Joseph y Juan. El pleito no durará mucho porque un bando hará saber que "el señor despótico de la referida Isla", llamado Felipe V, será el único beneficiario. José Gabriel de Roxas-Sotolongo es enviado por el Cabildo a Madrid, en 1717, para exponer las razones de los perjudicados. Llega a tanto la ira de los cultivadores que el gobernador se llena de susto y se embarca en un galeón rumbo a España. Ha aflorado una incipiente rebeldía. La mano dura de los Borbones, dispuestos a descabezar el antiguo poderío de los regidores, se alza amenazante: un Recio y un Calvo de la Puerta son encarcelados por alentar el descontento de los vegueros y no les pasa lo mismo a los Zayas porque hacen gala de pragmatismo jesuítico y le ratifican lealtad al nuevo gobernador. La rebeldía prosigue con intermitencias, hasta que once amotinados son arcabuceados como delincuentes viles y colgados de los árboles a orillas del camino real. Todo eso está ocurriendo en 1723, cuando lleva un año de hacerle compañía a Gregorio de la Torre y Pardo, bajo las losas de La Soledad en el Puerto del Príncipe, Graciana Barreda y Zayas-Bazán. Comprendo, María, que prefieras dormir el sueño de los justos, en espera de que los tiempos cambien.

Sigilosa encomienda
Puerto Príncipe, 25 de agosto de 1729

Va saliendo la canícula y son las tres de la madrugada. Entre campanas que tocan a rebato, disparos y gritos de viva el rey y muera el mal gobierno despiertan, en sobresalto, los que no están implicados porque los que sí lo están no durmieron. El mal gobierno se llama Juan del Hoyo, ha hecho corso para España y, en esas tareas, enemigos por todas partes porque del contrabando viven los caballeros de las villas y él es de genio precipitado. Cuando se presenta con tropas en Puerto Príncipe, llevando la intención de imponerles un gobierno militar, se mete en dificultades. No se andan con contemplaciones los principeños, consentidos como están en sus licencias y excesos. El gobernador de La Habana se queja amargamente y basta una ocasión propicia para que vuelvan a las andadas.

No han amainado las discordias que los malquistan entre ellos: se desafían a cada rato los alcaldes, llevando cada uno detrás su séquito, con halcones montados sobre el brazo. Pero basta que aparezca un enemigo externo para que cierren filas, aprovechando máscaras de Carnaval para desafiar a la justicia o dándose el lujo de no abastecer a goletas que guardan las costas persiguiendo el contrabando. El pretexto es que no traen suficiente plata para pagar bastimentos. Al cabo que de esos guardacostas sólo reciben daños en sus haciendas. El relator de la Audiencia, por suerte, es de los suyos. Una tenaza los aprieta, sin embargo. Desde La Habana y desde Cuba quieren someterlos los gobernadores, aunque los detienen los setenta ingenios y las ochocientas estancias, haciendas y vegas que son su patrimonio. Y parecen impotentes para sujetarlos cuando, igual que los de Bayamo, reclaman derechos históricos a ser gobernados por sus propios alcaldes.

“Nadie ha de bajar a la playa a contratar con embarcaciones” promulga, en bando, el alcalde en turno. Todos saben que sólo cumple el expediente: será el primero en hacerlo. No se tientan para tramar provocaciones. La última fue un poco fuerte: emboscaron a gente armada del gobernador de La Habana. El pretexto, que se encontraba fuera de jurisdicción e incumpliendo un bando del gobernador de Santiago. En suma: los principeños no tienen nada contra los ingleses y mucho contra las tropas de Su Majestad. Ni se molestan en disimular el odio que les despiertan. No son bienvenidas, vengan de La Habana o de Cuba, y menos si, amén de interferir en tratos y cobrar penas por

esclavos clandestinos pretenden imponerles un Teniente de Gobierno.

Lo pretende Juan del Hoyo, que no deja de dar pasos en falso porque le sobra audacia y le falta sagacidad. Uno ha sido la toma de posesión en Santiago, contra la advertencia de la Audiencia de Santo Domingo, que no ve claro en el turbio mar de fondo donde se ha metido para rescatar un cargamento de plata que se engulló un temporal en bancos de La Florida. Otro, su precipitada acción de hacerse presente con tropas, queriendo remediar con un golpe de sorpresa desaguisados presentes y pasados que se atribuyen a los principeños.

Bernabé de la Torre y Barreda y Ana Varona y de la Torre reciben en su casa esta tarde, con múltiples agasajos, a los conjurados. Ella va y viene disponiendo refrescos de guanábana y de piña, merengues de limón, yemitas y obleas de mamey, alegría de coco y dulce de leche. Más parece cosa de fiesta que conspiración anticipar el tumulto que armaron a las puertas del intruso para expulsarlo de la villa. Cuentan con más de mil para ponerlo preso, con los capitancetes de infantería que se ha traído de Cuba. Los ánimos se encienden: a los tibios habrá que irlos a buscar, a las buenas o a las malas, para que no falte ninguno de los que tienen que estar.

Como a Luis Guerra y Socarrás, que permanece en su hacienda Santa Fe, a dieciséis leguas de El Príncipe, sabiendo que todo anda muy revuelto. Se refugió allí un mes entero, en espera de que se apaciguaran los ánimos. Ha vuelto, precisamente, el 24 de agosto. La noche del 25 van a procurarlo parientes y amigos: han deliberado y decidido que prenderán esa noche a Juan del Hoyo. “Procuré yo disuadirlos y me replicaron que no habían venido a pedirme consejo, que tenían ya su resolución y eso era lo conveniente al servicio de Su Majestad y al bienestar de la república.” Golpeado acabó por ofrecer consejos no pedidos. Y, encima, preso.

Bernabé de la Torre presta su casa y su entusiasmo: “Ya es hora de darles una lección a estos zafios militarcetes que nos mandan de España…”, pero se abstiene de tomar la voz cantante y permanece en un discreto segundo plano, haciendo gala de prudencia y dispuesto a escanciar sólo puntuales y atinadas sugestiones cuando se las pidan. Ningún festinamiento debe comprometer el objetivo. No es de los cabecillas, pero todos le tocan de cerca.

Agustín Varona y de la Torre, hermano de Ana su mujer, se ha ido perfilando como el más impetuoso. Santiago Agüero (casado con María, hermana de Agustín y de Ana) y Carlos Bringas y de la Torre (marido de una prima hermana que es hija de la tía Catalina) son reconocidos, al igual que Agustín, como los más capaces para aderezar las tácticas. Detrás, tutelando el orden y concierto de la estrategia como si se tratara de una batalla, el venerable Cristóbal de la Torre y

Barreda, sargento mayor y reincidente en regidurías y alcaldía. Tiene sesenta y cinco años. Es bisnieto de Gregorio de la Torre y María Ana Calona por parte de padre, y de María de Roxas y Lope de Zayas por línea materna. Su mujer, María Jacinta Agramonte y Agüero, viene del linaje de Pedro de la Torre. Entre todos urden sabrosamente el tinglado, sin que los zafios militarcetes conciban la menor sospecha: nadie recela de sus reuniones porque corrillos y festejos familiares son cosa de todos los días. Cristóbal de la Torre ordena entrar en acción: "Vamos a dar una demostración de fuerza; que nadie se llama a engaño de quiénes son los que cuentan en Puerto Príncipe."

Juan del Hoyo se ha entregado en bandeja de plata: con causa pendiente en la Audiencia está en falta con Su Majestad y es para poner las cosas en orden y hacer cumplir la ley que lo toman preso. Hay que revestirlo todo de un manto de legalidad: un tribunal de dos alcaldes y dos vecinos lo juzga, le pone grillos en los pies y ordena subirlo a una piragua con destino a La Habana. Impecable. Los cabecillas se frotan las manos de gusto remitiéndolo al gobernador de La Habana quien, bien lo saben, le trae ganas por el sempiterno pleito de las jurisdicciones. Y aquel aprovecha, en efecto, para meterlo en El Morro mientras aguarda instrucciones de España.

Pero Hoyo se las arregla para que el rey reciba su mensaje: "Lo sobornaron los principeños: ocho mil pesos le dieron, más un diamante que añadió a la regalía el marqués de San Felipe y de Santiago." El rey toma nota y también se toma su tiempo: templanza, templanza, nada de apresuramientos. En sigilo, pues, y sin ninguna pesquisa ostensible se conducen las averiguaciones: "Conviene mantener en orden a los individuos de Puerto Príncipe, sin pasar a averiguar culpados, ni proceder contra los expresados vecinos, no vaya a ocasionarse otra nueva y más enconada sublevación." Opina con cautela el Consejo de Indias y se envía a implementar la sigilosa encomienda a un gobernador recién estrenado, limpio de vínculos en la Isla. Pasan cinco años. Salvo por quedar arbitrariamente sujetos a la jurisdicción de La Habana, como lo ha dispuesto el rey, los expresados vecinos no tienen por qué no sentirse a sus anchas y por encima de toda sospecha.

Un cadáver patricio
La Habana, 24 de noviembre de 1734

Se sienten por encima de toda sospecha pero no lo están. Cristóbal de la Torre y Barreda, Alguacil Mayor de las milicias del Príncipe, avista La Habana apoyado en la barandilla de una goleta que lo ha conducido, junto con Luis Guerra y Socarrás y Manuel Borrero, desde el embarcadero de La Guanaja en la costa norte de la comarca principeña. Han pasado cinco años. Los bautizos, los matrimonios y los sepelios se han sucedido al ritmo acostumbrado. Los vínculos con Bayamo permanecen inalterables y hay en el Cabildo bayamés, como es de esperarse, un Diego de Zayas-Bazán, un Joseph Barreda y Zayas y un Juan Tamayo y Pardo. Un Diego de la Torre Hechevarría, recientemente nombrado teniente gobernador en Holguín, padece allí los excesivos inviernos y veranos que son propios de esa región, donde su nombramiento ha sido una concesión a los vecinos, puesto que se cuenta entre los más prósperos y principales.

Contemplando desde la borda el ruidoso aglomerado del puerto Cristóbal de la Torre conoce, por primera vez, la nostalgia. Cuando le dan El Morro por encierro presiente que tardará en recuperar la estimulante sensación de seguridad que le regala cada amanecer en El Príncipe. Tardará siete meses. Siete meses que se le hacen siglos, aunque la presencia del sobrino Manuel Borrero (y Zayas-Bazán) le alivie un encarcelamiento que se le habría vuelto, sin esa compañía reconfortante, mucho más intolerable. “Nos tratan como a delincuentes y como si no hubiéramos prestado servicios al rey, sin escatimar vidas y haciendas, por más de dos centurias.”

No será enviado, con los otros, a España: teme el gobernador que el capitán de la *San Joseph*, fondeada en la bahía en espera de los prisioneros, vaya a amanecerse un día con un cadáver patricio entre las manos y que, con esa muerte, el escarmiento desencadene una rebelión. Desde las murallas almenadas del Morro, donde lo tratan con la consideración que amerita su edad, su mala salud y el ascendiente que ejerce sobre los principeños, despide a los que tendrán que padecer todavía una larga prueba, encarcelados en el barco y luego en el presidio de Ceuta. “Entereza y mucha paciencia”, eso les recomienda. “Habrá que darles otra lección”, añade, mientras acaricia el lomo de uno de los doce apóstoles y mide, a la distancia, el navío de la Compañía Guipuzcoana de Caracas que habrá de transportarlos. Luego va tentando, uno por uno, los otros once cañones de la batería del Morro.

Es una mañana de norte y la *San Joseph* tiene dificultades para atravesar la estrecha garganta que abre y cierra el acceso a la bahía. El oleaje embravecido y el viento que azota los arrecifes les parece a los presos una réplica de su propia rebeldía. A Agustín Varona y de la Torre, Santiago de Agüero-Castañeda, Carlos Bringas y Luis Guerra y Socarrás les espera Ceuta. Pero no están arrepentidos. El vilipendio de la prisión y el destierro les servirá de acicate. Es imperativo no sólo sobrevivir sino hacerlo con la mayor dignidad. Se sienten solidarios. También por el común origen patricio. Pero, sobre todo, porque los lazos familiares son demasiado entrañables.

Agustín Varona asume, a lo largo del viaje, el lugar de Cristóbal de la Torre y es terminante: "Resistiremos. No podrán doblegarnos". Siguiendo la tradición ha sido regidor, Fiel Ejecutor y Alguacil Mayor. Está acostumbrado a mandar y no le cuesta comportarse con el empaque de quienes han tenido gente a su mando y, de repente, se tropiezan con la adversidad. Hermano de Ana Varona, la mujer de Bernabé de la Torre, también lo es de María Varona, la mujer de Santiago Agüero: en la custodia de ellas han dejado, en El Príncipe, el lugar que les corresponde.

Carlos Bringas y de la Torre, a quien apresaron sin respetar su condición de alcalde, es hijo de Eusebia de la Torre, de la rama de Gregorio y, por el padre, desciende de María de Roxas y Lope de Zayas. Santiago Agüero, bisnieto de una hija de Pedro de la Torre que matrimonió con Juan Salvador Agramonte, es vástago además de la rama de Isabel de la Torre y Lope de Miranda. No se libra de parentescos con todos ellos Luis Guerra y Socarrás, cuya mujer es bisnieta de Pedro. Ninguno, hasta el momento, ha viajado a España. No es, sin duda, la mejor manera de hacerlo.

Si te agradan los cuerpos
Puerto Príncipe, 26 de mayo de 1737

Llueve copiosamente toda la tarde y, a eso de las cinco, escampa. Van llegando una a una, a pie, saltando charcos con la ayuda de las negras que traen lienzos encerados por precaución, por si de repente rompe otra vez a llover. Ana Varona las espera en el estrado, asomada a los balaustres de madera pintados de azul. Hay cojines suficientes para las mujeres de los desterrados: María Varona y de la Torre, Juana Agüero y Proenza, Juana Varona y Barreda, Mariana Agüero.

Llega, la última, Eusebia Varona. Alta, trigueña la tez, ondulados con esmero los cabellos castaños, muy negros los ojos y los labios finos y a la vez sensuales, sin duda la más hermosa, embellecida por añadidura con el aura humanitaria que lleva consigo a todas partes. Favorecida por la fortuna y la naturaleza, ha costeado de su peculio el recién concluido Hospital de Nuestra Señora del Carmen, donde enfermas y menesterosas hallan, entre otros consuelos, el de refrescar sus fiebres con agua de panal de rosas, de llantén y de borrajas. Ninguna, como ella, convoca a su alrededor tantas simpatías y tan pocas envidias, por el milagro de la suave naturalidad de su talante aunada con la finura de la inteligencia, que seduce por igual a cuantos se dejan prodigar su gentileza de modales y la calma de su hablar pausado. Las primas se encantan de verla. Su presencia imprime a cualquier reunión una relevancia muy particular y allí, esa tarde, es doblemente significativa porque supone un aval solidario para sus tres hermanos: Agustín, Ana y María, con el respaldo moral para los desterrados de Jacinto Manuel su marido, que no ha sido explícito en el apoyo a la sedición. Una invitada especial ocupa la butaca de nogal con vaqueta que suele preferir el señor de la casa: María Jacinta Agramonte y Agüero, la mujer de Cristóbal de la Torre, que se ha reincorporado ya al baluarte principeño tras los siete meses de encarcelamiento en El Morro y, como siempre, idea estrategias y se hace escuchar.

Llevan demasiado tiempo en Madrid los hombres. "¿Cuánto más van a quedar allí sepultados, en tierra ajena?" inquiere, preguntándoselo a sí misma, María Varona, hermana de la dueña de casa. Ha estampado su firma como testigo, esa mañana, en el testamento de Eugenia Agramonte y de la Torre, hija de Juan Salvador y de Eugenia y nieta, por ende, de Pedro de la Torre, que ya se previene para el día, seguramente próximo, en que le acaecerá la muerte. La tercera generación nacida en la tierra ha muerto o se prepara para morir:

entre los muertos ya se cuenta Luis Guerra y Socarrás, a quien la humillación de presidio y destierro, más la vergüenza por haber negado su participación en la conjura, le arrebataron la vida en suelo español. No podrá ser enterrado en San Francisco como la prima Eugenia ha dispuesto que se haga con ella quien, como él, vestía hábitos de la tercera orden.

María Varona detesta a la muerte y ama sin tasa a su marido Santiago de Agüero, que acaba de enviarle desde Madrid dos grandes cajones llenos de libros: "Dos repletos", presume, "sellados y cerrados por el Santo Oficio y despachados en Cádiz. Los trajo *El Jerusalem*, que no me dirán que no es nombre propicio para un galeón cargado de libros, que también trajo otros muchísimos para los jesuitas de La Habana y los mercedarios y los franciscanos de aquí y para ese caballero que dicen tan entendido, don Bernardo José de Urrutia y Matos, al que tanto favorece el gobernador, que lo prefiere, bien se nota, a cualquiera de los nuestros. Los cajones vinieron dirigidos a mí y a Chavito, nuestro hijo. No pierde su tiempo en Madrid mi marido." Por la vida del marido no teme. "Acongojado o malo de salud no habría andado pensando en libros sino en médico o cura para remediarse." Y no se le pasó nada, lo que se dice nada, de lo que vale la pena atesorar en letra impresa. No teme pues por su vida, a pesar de la irritada pregunta con que ha iniciado la conversación. Pero ya no soporta la soledad, por mucho que la familia, como suele hacerlo en épocas de adversidad, haya cerrado filas y todos se afanen en darse ánimos.

Las primas quieren saber más. "Hay donde escoger", les presume, "desde San Agustín, querida Ana, hasta Santa Teresa, sin descontar a Horacio y a Virgilio y vienen Cervantes y Calderón y don Francisco de Quevedo. Hay de sobra para darnos motivo de reunión, ¿qué les parece?" Están de acuerdo: nada tan estimulante como un buen libro leído en alta voz y compartido con personas afines y queridas.

En alta voz se lee, por lo pronto, una carta. Va dirigida al rey y la firma Juana Agüero y Proenza, la mujer de Agustín de la Torre. Dos años tiene de escrita y enviada pero nunca llegó respuesta. Juana fue minuciosa para relatar la infamia: sin estrépito alguno lo pusieron preso y lo remitieron para la ciudad de La Habana en bestia de enjalma, rabiatada a otra, con grillos en los pies y con el mayor ultraje y vilipendio que se pueda discurrir para hombres viles de baja esfera, delincuentes y no caballeros, después de tenerlo en la cárcel rodeado de verdaderos criminales, incluyendo varios esclavos. Se saben de memoria la carta, pero la celebran como si la escucharan por primera vez, empezando por la dueña de casa, conmovida hasta las lágrimas por la suerte de su hermano Agustín, padrino de uno de sus hijos, y por el coraje de la cuñada en atreverse a escribirle al rey con tanta

soltura y dignidad. Malo que el rey no se haya dado por enterado. ¿Cómo pudieron someter a semejante trato a un cristiano fervoroso que costeó de su peculio, en la Iglesia de la Soledad, un altar fabricado especialmente para la imagen de cuerpo entero de San Agustín, que hizo traer desde Roma? ¿Y a otro igualmente piadoso, Carlos Bringas, que hasta se ha hecho a su costa, en la villa, un santuario de la Caridad? Aportó lo suyo, es verdad, la mujer de Bringas, ahí presente, sobrina de Graciana Barreda y prima hermana de Bernabé su marido.

María Varona no puede ni quiere ser menos. Ha ido a hablar con Cristóbal de la Torre y trae, de su parte, consejos y recomendaciones. Antes que nada, un notario dará fe pública del oprobio que no llega a su fin, infligido sobre el marido y los demás. Allí mismo recaba papel y pluma, se hinca en el cojín para acomodarse mejor y se pone a redactar con un taburete por mesa, la información que al día siguiente le llevará al notario para que la envíe sin dilación, junto con la carta de Juana, más una nueva misiva para el destinatario real, advirtiéndole que la adjunta tiene que haberle llegado, y seguramente la hallarán en sus archivos, hace dos largos años. Modestia aparte, hay que hacer valer lo que se es: "…nuestros padres y abuelos han sido de las más ilustres y principales personas de esta villa y de toda la Isla, así por la noble estirpe de nuestra descendencia como por los honrosos títulos y empleos políticos, militares, eclesiásticos y seculares que en nuestra familia ha habido siempre…"

Ha caído otro chubasco y entra desde el patio un reconfortante aroma de tierra mojada. Casi anochece y se escucha el agudo y prolongado silbido de la chicharra de mayo. Es el 26 de mayo de 1737. Leído lo que hay que leer y escrito lo que hay que escribir, Ana Varona hace traer sambumbia, que en La Habana la llaman frucanga y no es cosa de todos los días degustarla entre señoras y en una casa patricia, advirtiendo a las demás que tiene harta curiosidad por probarla y no les hará daño si la beben con prudencia, sólo para satisfacer el antojo. La sabrosa complicidad de la sambumbia hace derivar la charla hacia las confesiones: "Me está entrando un fervor inusitado y yo, que nunca he sido tan devota, no puedo dejar de frecuentar la iglesia y allí me da por sentir un deseo irresistible de intimidad con el Señor y de escapar al cautiverio de este cuerpo que me ata y de este mundo tan ingrato." Dice eso una y contradice la otra: "A mí me ha dado por voltear la casa al revés y por mandar a poner nuestras iniciales entrelazadas en cuanta servilleta y mantel he hallado en las gavetas, en cuanta sábana y almohadón hay en las camas, que viendo la nuestra tan vacía, porque no está él para llenarla, no hallo sosiego en ninguna otra parte." La tercera reconoce: "Ya llevo dos semanas con sudores, palpitaciones, escalofríos y calenturas: dos semanas que me mantengo desmadejada, sin ánimo

para moverme. Pero no podía faltar hoy, créanme y aquí me tienen, con muchísimo que me ha costado venir, aquí me tienen como ánima en pena." La cuarta suelta, para regocijo de todas, lo que se está guardando: "No sé qué hacer con esta manía febril de matar el tiempo. Con decirles que me encontré, hace tres días, escribiendo una carta de amor, pero no era para mi marido, no, ni tenía destinatario, lo prometo, ¡Figúrense ustedes!"

No me digas, María, que no estás presente esa tarde en el conciliábulo femenino. Ahí te estoy viendo, muy acomodada en ese cojín que se quedó vacío, como si te lo hubieran reservado. Satisfecha de seguir vivita y coleando, a pesar de tantos años de entierro. Disfrutando de escuchar sus versiones de tu historia recóndita. La ausencia de los hombres favorece la confidencia.

A través de las negras les llegó. Eres leyenda, María. Eres la abuela que vivió cien años con un secreto. La que se los dejó en herencia. Las mujeres de la familia comparten algo que los hombres no saben. Candelaria no fue la transmisora. Sus labios permanecieron sellados. Se murió segura de que, en la custodia de ella y de Mariana de Nava, no peligraba un saber que se llevarían intacto a la tumba. Fueron las sobrinas de Candelaria. Oyeron y reprodujeron y rompieron el pacto de silencio. Le quitaron y le pusieron de su cosecha a tu historia de amor. Luego creció y se multiplicó, y pasó de generación en generación, de labios de esclavas a oídos de esclavas y a oídos de niñas a punto de sentir en sus cuerpos las primeras señales del deseo. Fragmentada, fantaseada, empobrecida, enriquecida, afeada o hermoseada la fueron recibiendo y cada una la hizo, a su manera, suya: un amor contrariado consumió a la primera abuela y nadie sabe si la maldición de la bruja canaria se fue contigo a la sepultura o si las almas de cada una de ellas, las nacidas de tu sangre, están destinadas a consumirse en amores contrariados, inaccesibles, prohibidos, fatales. "Amar demasiado es pecado mortal": la pequeña frase circula en todas las versiones, como algo que una negra vieja alcanzó a oír de labios de su ama. ¿Qué hacer con esa inclinación al excesivo amor? La han oído repetir, esa frase, en el secreteo de las negras, nietas y bisnietas. Les ha llegado, por añadidura, con las negritas que sus madres o sus abuelas les heredaron.

Una historia subterránea ha fluido, pues, por debajo de la otra que, en la superficie, ha sido hechura de los hombres. Eso es lo que escucho en lo que se está hablando, en casa de Ana Varona, esta lluviosa tarde de mayo, de súbito tan transparente en medio de la neblina. En el reducido marco, tan bien delimitado, de la visión del mundo que también les fue transmitida por herencia, hay ciertos objetivos concretos que hembras y varones comparten: conservar, incrementar, asegurar a la descendencia, no dilapidar patrimonios.

Pero las vidas de ellos se juegan sobre todo en el ejercicio de los cargos, en el manejo de hombres y armas, en el rendimiento de los hatos y las estancias, en las disputas por límites de tierras o en las preeminencias competidas y en todo ello se les gasta un buen monto de deseo.

Algunas de estas mujeres que nacieron después que tú y mucho antes que yo, María, son duchas en jugar al juego masculino y satisfacen a través de los maridos el afán de acopio y de poder. Nunca se cuestionan el porqué de ese prurito y les complace ejercerlo por trasmano de mil pequeñas maneras, incluyendo la implacable vigilancia para que enlaces mal calibrados no vayan a empobrecer los patrimonios. Despliegan en el juego una complicidad implícita, que no necesita de comentarios: se saben los puntales de sus casas y disfrutan en atar cabos donde hay que atarlos y en deshacer nudos donde hay que deshacerlos.

El juego masculino es exigente y a muchos varones apenas les queda algo de deseo para gastarlo en la pasión o, si se les da tan pródigo como lo fue, con creces, en Diego de Zayas, suelen ponerlo en amores furtivos, casi siempre con mulatas, al margen de la vida que está a la vista, la que se anuda con los hilos del interés y los deberes conyugales que garantizan la continuidad de las tradiciones. Entre las hembras no es tan fácil porque los desfogues fuera de las paredes domésticas no les están permitidos. La vida subterránea que las atraviesa es, sin embargo, inexorable y aflora con singular exigencia, reclamando a veces tributos excepcionales. Una mujer práctica, diestra en administrar sus bienes y astuta para aconsejar la actuación pública del marido, puede encontrarse el día menos pensado con un excedente de emociones difícil de poner en palabras y más de traducir en actos, que no encuentra acomodo en ninguna parte. La invade entonces un desconsuelo melancólico o una manía febril de ocupar, sin ton ni son, un tiempo desesperadamente despoblado. Excepcionalmente, un acoplamiento apasionado con la pareja le ilumina la vida. Cuando la fortuna es abundante y el alma tan dadivosa como la de Eusebia Ciriaca Varona y de la Torre, la exuberancia se deposita en la asistencia a los desvalidos: del consuelo que encuentra en esa ocupación generosa habla brevemente, con pudor, Eusebia, recordándoles cuán agraviante puede ser la pobreza y las enfermedades que en ella se ceban para quienes llegan al mundo destituidas de salud y de recursos. Se hace un silencio entonces porque nadie quiere oír hablar, esa tarde, de las desventuras de la miseria: la desventura personal es más que suficiente.

Cuando María Jacinta remata su propia versión de la historia con la pequeña frase que encierra la temible advertencia, queriendo volver el *dictum* moneda de uso cotidiano: “Amar demasiado, no se les vaya a

olvidar, es pecado mortal", María Varona entra a la palestra, con la osadía de la abuela que se ganó el apellido en un campo de batalla: "No lo creo yo sino que, más bien, vale siempre recordar que no es malo amar a las criaturas, con que en ellas amemos a Dios, conste que no lo digo yo, lo dice San Agustín, queridísimas primas, y es más, hasta se atreve a añadir que, si te agradan los cuerpos, hay que tomar de ellos motivo para alabar a Dios." Es evidente que la impaciencia por volver a abrazar el cuerpo de Santiago de Agüero le incendia el propio y, con el marido tan lejano, no le queda más que arder en deseos de meterse en la cama con el pequeño volumen del santo obispo de Hipona, del que apenas ha leído unas cuantas páginas, precisamente las que se apresura a citar, porque es de esos afortunados lectores que suelen abrir los libros con tanto tino que pescan al vuelo mensajes que parecen estarles directamente reservados. "En el cuerpo y en el alma hay que ir en busca de la verdad: en la vida, que no en la región de la muerte donde muchos, equivocados, pretenden ir a encontrarla." Habla con una convicción irrebatible y, para que no se pierda el efecto de sus palabras, se levanta rápidamente y da por terminada la reunión.

Ha anochecido en El Príncipe este 26 de mayo y casi amanece en Madrid el 27 cuando ellas se recogen en sus alcobas, agotadas por la intensidad de un día tan cargado en medio de la pegajosa humedad de mayo, y ellos se disponen a iniciar una jornada más dedicada a apresurar el indulto y, en consecuencia, el regreso. Ya les anda a los desterrados por reencontrarse con su tierra adentro y con sus mujeres que, desde la distancia, se les han ido volviendo cada vez más ejemplares y admirables. Tiempo habrá todavía para disfrutar, hasta agotarlos, los últimos ardores de sus escapatorias amorosas en aquella villa, entre pobretona y ostentosa, que tras un larguísimo año en Ceuta, les han asignado por encierro.

Se desplaza el escenario a Madrid. El cicerone en la Villa y Corte ha sido un excéntrico canario que ya recorrió toda Europa y pasa sus días recabando apuntes para redactar una diatriba contra lo que él moteja de aldeón pretencioso en medio de un páramo. Porque si en el nuevo Prado los árboles son pigmeos, la aridez de los alrededores tampoco convida al esparcimiento. Presume de poder hacer comparaciones con Londres, París y Roma y hasta le encuentra ventajas a la pequeña, pero pulcra, Amsterdam. Los cubanos, agraviados como están, no tardan en fraternizar con el Marqués de Villa de San Andrés, predispuestos a celebrar sus zahirientes comentarios con apostillas ocurrentes, todo lo cual hace mucho más llevadero el destierro.

Hay que oírlo describir el aspecto y los habitantes de la villa extremosa en fríos y calores, polvos y ventarrones, recorrida por lo que él llama sin delicadeza alguna "la marea de mierda de Madrid",

un auténtico golfo de basura que hay que remontar con el mayor cuidado y siempre al pendiente del grito de ¡Agua va! que puede incrementarla inadvertidamente desde cualquier balcón. Los principeños ríen de buena gana, asociando las evocaciones que hace el canario de su isla nativa, toda luz, limpieza, verdor y alegría con la Isla embellecida en la añoranza. Y olvidando, oportunamente, el churre de las calles habaneras. Cuba no es, para ellos, La Habana. Críticas van y vienen al trajín abigarrado de callejuelas estrechas donde apenas se puede transitar entre recuas de mulas y borricos cargados, carretas arrastradas por bueyes y, entre tanto revoltijo, un cortejo de pisaverdes presumidos y de señoras con canesúes de seda y cruces de diamantes, precedidas por criados de librea, junto a tumultos de chiquillos y hombres y mujeres en harapos, a la vez cantando rosarios y pidiendo limosna. Las calles de Madrid, advierten, están inundadas de pobres y no es raro que, por cuatro reales, a cualquiera lo hagan picadillo en un callejón. Y ni qué decir de los cocheros borrachos y las mulas flacas que conducen, en desvencijados simones, a madrileños sin carruaje o a forasteros como ellos, evitando la cuneta por aquellas callejuelas para dejar pasar “la marea”.

Les complace oírle decir al marqués que son días de criar condes y duques debajo de las tejas, como golondrinas, porque de eso ya se va teniendo experiencia en la Isla donde se venden títulos al mejor postor. Otra cosa es, por supuesto, refrescar linajes antiguos. Que también se ha dado tiempo para hacerlo Santiago de Agüero, otorgando poder el 8 de mayo a un pariente suyo en cuarto grado para que se apersone en San Vicente de Toranzo, en el valle enclavado entre las montañas de Burgos, y se haga certificar el derecho a usar el escudo de oro, con cinco fajas de berros azules y un cordón de San Francisco por orla, de los Agüero, y el colorado, con tres bandas blancas y armiños negros de los Castañeda, una vez probado que no ha habido por siglos en ese valle ninguno de esos apellidos que sea del estado llano. Aprovecha el vecino del Puerto del Príncipe, de la Isla de Cuba en las Indias Occidentales, su residencia temporal en la Villa y Corte de Madrid para añadir al expediente del indulto los méritos de hidalguía del apellido paterno y lo asiste con su testimonio, al extender el poder, su primo y compañero de desgracias y jolgorios Agustín de Varona y de la Torre.

Ninguno puede negar la cruz de su parroquia, todo lo que pesa en sus sentimientos el arraigo a la tierra y a las tradiciones, pero la forzosa temporada en la península les provee de nuevos argumentos para sustentar simpatías y diferencias viscerales. Ya embarcados rumbo a la Isla empieza a sedimentarse en sus ánimos algo mucho más articulado que el prurito espontáneo de devolverles a los hispanos vicios de pereza y jactancia que ellos atribuyen a los criollos. Ahora,

con la displicencia propia del criollismo aristocrático, añaden los de rudeza y desaseo. Cuando el capitán y sus oficiales se retiran a descansar, concluida la comida que se sirve apunto de anochecer, los cubanos se hacen abrir otras dos o tres botellas de un fino de Sanlúcar, ligeramente salado y oloroso a mar, que agiliza la plática de sobremesa. Se acomodan en unas sillas de extensión que han hecho colocar en la cubierta de popa y, ya instalados en la euforia, intercambian comentarios sobre lecturas que van haciendo menos tediosas las interminables jornadas en alta mar.

Se reservó Santiago de Agüero el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* de Benito Jerónimo Feijóo, que no se fueron en los cajones de *El Jerusalem.* También los demás los van leyendo a saltos, con el afán de pescar temas propicios para las sobremesas. "Nos gobierna una nación en decadencia, cadavérica, que insiste en seguir presumiendo de sus viejas glorias. Pero hay que reconocer que sus mejores espíritus ya están hablando de regenerar a España y puede que haya cambios, puede, y puede que nos beneficien, puede…" Santiago echa a andar alguna idea para aguijonearlos y alguno, que suele ser Agustín, la agarra al vuelo: "No le falta razón al benedictino, que quisiera sacar a España del marasmo en que la han sumido tantas creencias en supersticiones y hechizos. Por suerte y por cierto, nosotros los cultivamos menos que ellos, …" Y Carlos Bringas cierra oportunamente: "Como dice Feijóo, es el vulgo patria de todas las quimeras y válgame que en España no esconde su ignorancia…"

Sale a colación un sabio propósito de San Juan Crisóstomo, refrescado por el sabio gallego: "Imposible me parece que ninguno de los que gobiernan se salven", y otro del propio fray Benito Jerónimo: "Dios no hizo el reino para el rey sino el rey para el reino…", lo cual da pábulo a un sinfín de reflexiones limítrofes con las peligrosas especulaciones del padre Juan de Mariana, todo ello propiciado por los vapores del vino y por el hecho de encontrarse en medio del océano y fuera del espacio y del tiempo que, cuando vuelvan a tocar tierra, les reclamará reacomodos con la realidad. Agustín de Varona pone la conversación en terrenos menos escabrosos: "Creo que si algo hay que aprenderle a Feijóo es ese retintín suyo de las ciencias útiles, de lo que puede hacer el esfuerzo humano para domeñar a la naturaleza en provecho de nosotros, los humanos, de la fe que hay que tenerle a la Razón sin perdérsela a la Providencia." Para concluir, con su habitual propensión a no admitir réplicas y a decir siempre la última palabra: "Ciencias útiles: eso es lo que nos está haciendo falta. He ahí lo que está pidiendo el genio de este siglo."

De nuevo aparece la villa del Príncipe. En un día de fiesta. Celebran el retorno de los exiliados, al cabo de otro año largo, con fuegos y castillos, música y suertes de a caballo. Orgullosas y bien portadas,

ellas se han vuelto también mucho más leídas: ya han dado cuenta, en voz alta, de la mitad por lo menos del copioso cargamento de páginas impresas que, por encargo de Santiago de Agüero, transportó *El Jerusalem*. Ya tendrán tiempo de frecuentar a Feijóo. Por lo pronto, la sonrisa cómplice que intercambian tiene que ver, sobre todo, con las sabias palabras de San Agustín tan oportunamente evocadas por María Varona. En la Iglesia de la Soledad se encuentran las primas, a la mañana siguiente, para llenar de flores el altar donde se luce, más significativa que nunca, la imagen de cuerpo entero del santo. Veo María que tú, con una sonrisa pícara, las acompañas.

Algún oscuro mandato
Puerto Príncipe, entre el caluroso verano de 1744 y las lluvias tardías de junio de 1756

Cuando los patricios se hospedan, esporádicamente, en la cárcel descubren lo inhóspitas que son. No suelen visitarlas, es verdad, por largas temporadas: el destierro es más que suficiente si la falta no es demasiado grave, si no se pone en juego el acatamiento de la autoridad real. Agustín de Varona y de la Torre la prueba dos veces, brevemente, en El Príncipe y procura que todos se enteren del escándalo: ¿acaso no lo es encerrar en condiciones precarias, hasta para el común, a un caballero? "España es un país bárbaro y a nosotros nos tienen en menosprecio". Lo había comentado, en familia, cuando volvió del destierro, más atrevido e indómito que nunca pero sin explayarse, porque le resultaba demasiado humillante la experiencia de Ceuta. Venía dispuesto, eso sí, a darle dolores de cabeza al Teniente de Gobierno, empeñado en sujetar y cohibir a los principeños con la complicidad de un capitán de dragones al que hacía partícipe de los decomisos.

A fines de junio, Agustín se mantiene ocupado en la matazón de ganado que tiene comprometida con la Real Compañía. Puerto Príncipe sigue abasteciendo de carne salada, en gran escala, a La Habana. Lo toman preso allí mismo, en Curabaya. Curabaya, la hacienda que poblaron de ganado, hace un siglo, Pedro y Gregorio de la Torre. De ambas desciende Agustín: por padre y madre de Pedro, de Gregorio por la madre.

No dura preso. Tienen que sacarlo de prisa porque nadie disimula el descontento y se inflama la rebeldía frente a una autoridad que ostenta dragones como tropa de ocupación, desprecia a las milicias y no se tienta la lengua para jactarse: "Ya verán lo que nos duran estos indómitos principeños. ¿Para qué, sino para pisarles la cerviz, nos habrían mandado a este soberbio reducto criollo de la tierra adentro?" Además de hacerles pagar un real de más por cada res en el matadero de manera que, encima de todo, les salen costeando sus cuarteles a los dragones. Agustín encabeza la rebeldía: ni un centavo para cuarteles. Los dueños de hatos lo secundan y ganan la partida. El Teniente tiene que salirse de las casas del Cabildo y los regidores recuperan el derecho a elegir alcaldes. Ha sido un triunfo para Agustín de la Torre devolver sus fueros a los principeños: nadie le discutirá, por muchos años, el caudillaje de la causa patricia que le transmitió, como mandato, Cristóbal de la Torre.

“Se prohiben reuniones de más de tres personas”, dispone el Teniente, y nadie obedece. Ni se cumplen ni se acatan sus órdenes. Cada día disimulan menos los criollos el desprecio por esos oficiales abusivos. Es obvia la complicidad de frailes y clérigos: todos son parientes de todos y comparten el orgullo y el celo por las libertades que pretenden arrebatarles. A punto de cumplir los cincuenta el siglo de los Borbones lo cotidiano sigue siendo, en Puerto Príncipe, el tráfico que desafía el monopolio Real del comercio y lo excepcional que las reprimendas surtan algún efecto. Cuando firma como testigo Agustín de Varona, en 1746, en la boda de Santiago de Agüero y Varona con la prima Catalina de idénticos apellidos, el festejo es doble: por un nuevo casorio bien negociado, ahora del hijo de Santiago de Agüero y María de Varona, y porque ni el destierro ni Ceuta, si mucho menos las ridículas prohibiciones, alcanzan para doblarles la cerviz patricia.

Sus tratos comerciales con ingleses no interfieren, por cierto, con su celo por la integridad de la Isla, bocado apetitoso para los ingleses cuyos sabuesos, bien adiestrados, han husmeado por todas partes durante años, mandando a casa cartas entusiastas: “Aquí campean las sabanas de vacunos y, dondequiera que crece una espesura de frutales, engordan cerdos mansos y silvestres; caña de azúcar la hay en abundancia y legumbres en plétora y vegas de tabaco en exceso y por dondequiera, a pesar de los desmontes, se ven todavía bosques llenos de caobas y de cedros…” Hasta que llegan a Guantánamo para quedarse y levantan en cuatro meses un poblado de casitas primorosas de madera, con portales y techos de cuatro aguas, y lo llaman Cumberland.

Dos compañías de milicias han salido del Príncipe para ir en defensa de Santiago cuando Vernon, en 1741, se apodera de Guantánamo y hay que evitar, a toda costa, la ocupación del puerto. Un Varona y un Cisneros van al mando: uno cubrirá Jaraguacito y el otro la defensa del Morro, con refuerzos que enviarán desde Bayamo. Con Santiago no pueden los ingleses. Resisten y contratacan santiagueros, principeños y bayameses. Lo demás lo hacen las fiebres.

Sin tapujos lo insinuó, desde 1740, el gobernador de Jamaica: “En su imaginación, los colonos del Norte ya se han tragado a Cuba.” El dicho de Edward Trelawney no es descabellado: en Massachusetts, en Pennsylvania y en Nueva York se muestra cada día más interés por la Isla de Cuba, reducto tentador para abrir las puertas a un comercio más abierto y más libre con el imperio español. Las fantasías de manejar la Isla como propia acabarán por prevalecer sobre cualquier reticencia: la de los azucareros de las Antillas inglesas, por ejemplo, inquietos por la eventual competencia del dulce cubano. La Isla es la llave de América y en La Habana está el alma del cuerpo americano.

Ninguna otra colonia despierta tanta voracidad.

Entre el año de 1737 cuando, *in nomine Dei* y estando en su entero juicio pero recelándose ya de la muerte natural cierta a todos los vivientes, hace testamento Eugenia Agramonte y de la Torre, y el de 1738, cuando se unen en el sacramento Esteban de la Torre y Varona y Faustina de Arteaga y Varona, la tranquilidad ha vuelto al baluarte familiar. Las mujeres han desplegado orgullo de casta, presencia de ánimo y una fortaleza a toda prueba. La sambumbia de melado y ají guaguao, que les animó aquella tarde memorable, la hizo traer Ana Varona del expendio de una mulata habanera recién instalada en la calle de San Serapio. Todas rieron la ocurrencia: "No me digas, Ana, que le estás tapiñando sus devaneos a tu hijo Esteban, que anda culeco con esa mulatica".

Entre ese año y el del arribo de los ingleses y los colonos del Norte a Guantánamo habrá una tregua y el sosiego reinará en El Príncipe, sin sucesos de mayor importancia que la culebra que habrá que extraerle con lanceta, del brazo derecho, a la pobre Faustina, recién casada con el primo Esteban. No se hablará de otra cosa por meses y no faltará quien atribuya la extraña lombriz que aparece, como por ensalmo, en el antebrazo de la recién casada a brujerías de la mulata Encarnación.

Entran y salen de Guantánamo, empezando los cuarenta, ingleses y colonos del Norte. Pasan tres años. En Curabaya apresan a Agustín de la Torre. La familia lo añade a la cuenta de víctimas prestigiosas que se empeñan en sumar en su haber las autoridades peninsulares.

"Que no hagan fogatas en San Juan ni se corran caballos en Santiago"; "Que no se venda pólvora ni se enciendan castillos ni fuegos de artificio"; "Que no se promuevan bailes públicos"; "Que los artesanos no entren a la lidia de gallos en horas de labor, que por ver matarse los gallos abandonan los talleres." Prohibiciones y más prohibiciones pregonan en La Habana y en Cuba los gobernadores, en el afán de procurar que la Isla remonte la indolencia y recupere el paso. España se desvive por alcanzar a Europa. Hay que desvivirse por alcanzar a España. El afán de innovar de los Borbones contagia a los gobernadores. Pero ni quién se acuerde de la consigna de "modernizar" cuando, en 1747, Fernando VI es proclamado en todas las villas, incluyendo al Puerto del Príncipe, en medio de juegos, toros, luminarias y máscaras. Sin embargo, el gobernador Caxigal, aficionado a filosofar sobre la intemperie de los años y la conducta de los hombres, se da el lujo de comentar que el lujo va creciendo en la Isla y que a los cubanos los hace cada día más perezosos la opulencia.

Encajes portugueses, agua de la reina de Hungría, hilos de Bretaña, manteles de alemanisco, holanes, mantillas, zapatos de tafilete, chinelas bordadas, terciopelos, tisúes y damascos, sombreros de castor, tafetanes carmesíes de Granada y de Francia, galones y gorgoranes,

medias de Inglaterra, de Génova y de Nîmes, casacas de seda para los caballeros y aderezos, zarcillos y relicarios para las damas, bien montados los diamantes, las amatistas y las esmeraldas, cajitas de plata y de nácar, escribanías para lucirse en tocadores y mesas de caoba, debajo de lienzos pintados en Inglaterra y en Holanda, en marcos patinados con polvillo de oro, sillas de junquillo y sillones recubiertos con moquetas de Moscovia, pieles de venado de Yucatán, gamuzas de los Apalaches, cofres, arpas, hamacas, crucifijos y tinajas de Campeche: una abundante profusión suntuaria empieza a derramarse sobre la Isla desde un sinfín de bergantines, fragatas, paquebotes y goletas que llegan de Jamaica con nombres sugestivos como *Young Edward* o *Beautiful Sarah*. El siglo ha remontado la cima de su primera mitad, y ya es fácil presagiar lo que vendrá después. Fluyen esas y más delicias para satisfacer un apetito criollo cada vez más exigente, que no se conforma ya con aceitunas, alcaparras, encurtidos, escabeches de atún, salmones, canela, mantequilla, quesos de Flandes, orejones, almendras, higos y vino de Madeira que siempre han llegado de España entre abanicos y barajas. En la encrucijada del Golfo, el océano y el Caribe, la Isla es un galeón empavesado, surtido hasta los topes y bien fondeado. Un galeón exuberante y pletórico, que no va a ninguna parte.

Isla de Pinos, la ínsula que Diego de Zayas codició en su sueño, no es más que un fundo ganadero infestado por cocodrilos voraces. Pero entre La Habana y Santiago corre un correo regular y los añosos caminos han ido juntándose en un solo Camino Real: algún día habrán de enlazarse el alfa y el omega, el cabo San Antonio con la punta de Maisí. En Santiago de Cuba, que se empeña en apropiarse del nombre de la Isla y en llamarse, pretenciosamente, Cuba, se acaba de empedrar la Cuesta de la Marina, donde posee una casa don Matías Boza, el ilustrado presbítero tan cercano al obispo Morell. En El Príncipe, el coronel Aróstegui fabrica un puente sobre el río Tínima, allí donde aireó su nostalgia del primo Juan Bautista, hace siglo y medio, María de la Torre. El 21 de junio de 1750 la hermana más chica de Esteban de la Torre y Varona, a la que han rodeado de todos los mimos imaginables porque llegó para llenar el hueco dejado por Graciana, entra por segunda vez a la iglesia de la Soledad para contraer matrimonio. Su primo José Varona y Agüero, al que aceptó sin muchos melindres a los catorce años porque era bien parecido y de nadie se recataba para buscarle la mirada en los festejos familiares, acaba de dejarla con dos pequeños varones. María de la Luz pretexta que el tafetán negro le provoca un incómodo sarpullido, descarta el luto, se viste con zarazas de algodón estampado transportadas desde la India hasta Jamaica por los ingleses y, desde Jamaica, al Príncipe y, para no enfermarse de tristeza, no se pierde de ningún agasajo.

Cuando la ven bailar fandangos con Andrés Recio, que siempre ha estado prendado de ella, su madre Ana y su cuñada Faustina se ponen en guardia, le recomiendan que cuide las apariencias y alertan a Esteban su hermano quien, por la afición que le tiene, no se muestra nada severo y apenas aconseja, con cierta ligereza, no dar qué hablar y casarse lo antes posible.

En medio de estos triviales acontecimientos familiares e ignorando que la centuria que alcanza su madurez se preciará un día en ser llamada *El Siglo de las Luces*, al presbítero Ubaldo de Arteaga y Varona se le ocurre ponerse a recaudar fondos para obsequiarle al Puerto del Príncipe su primer convento de monjas. Transcurre muy lentamente el verano de 1756. Ubaldo de Arteaga es objeto de la mayor admiración en la comunidad principeña. Todos ponderan, en veladas y tertulias, que esté labrándose tan esforzadamente, con la atención piadosa a los que padecen el mal de lepra, un seguro camino de santidad.

El presbítero es sobrino de Faustina de Arteaga y de Agustín de Varona. Aunque suena a vascuence y lo es remotamente, el apellido Arteaga ha llegado a Cuba desde Sevilla, con el capitán Martín de Arteaga y Eraso, de la Real Armada, el mismo que casó en La Habana, allá por el 1635, con la nieta de Alonso de Roxas llamada Catalina de Roxas-Sotolongo, para ver interrumpida su vida, pasada apenas una década y en un encuentro con piratas. Quedando viuda Catalina y Ubaldo huérfano, a la tierna edad de diez años, la amorosa madre solicitó del rey, para él, una plaza de soldado. Ese Ubaldo desposó, a su vez, a una Faustina, de Roxas-Sotolongo y Roxas-Sotolongo, nieta por partida doble de Alonso de Roxas. Desciende el joven clérigo, además, de María de Roxas por una rama y de Pedro de la Torre por la otra y, por la tía Faustina y el tío Agustín, toca la rama de Gregorio.

Entre veranos quemantes y lluvias tardías transcurre el tiempo. Veámos cómo se aclara la neblina sobre una tarde de junio de 1756. Ubaldo de Arteaga es esperado en el estrado de su tía Faustina. Trae un proyecto que despierta expectativas. Se propone iniciar la fábrica de un convento. Hace rato que las mujeres acarician la idea. Un claustro femenino ofrece muchas promesas. Será un espacio propicio, fuera de casa, para conversar sobre lo divino y lo humano, sobre letras y sobre mística, sobre sucesos públicos y sobre cotilleos privados. No lo imaginan como un retiro severo de las mundanidades sino, más bien, como ventana abierta al mundo. Pero van a hacerse de rogar. Van a acosarlo a preguntas. ¿Qué hay del lazareto que atiende tan piadosamente a cuatro leguas de la villa? ¿Llevan los internos cascabel y una capa negra con dos manos cruzadas sobre el pecho? ¿Los tienden en un ataúd en señal de que entrando allí mueren al mundo? ¿Vienen los parientes a echarles paletadas de tierra como si, de verdad, fueran a enterrarlos? ¡Virgen Santa de la Caridad! ¿Les dicen

una misa de difuntos y se entona el *De Profundis?* ¿No teme el compasivo religioso que el terrible padecimiento se le aparezca un día, sin más ni más, sobre la piel? ¿O acaso es un estigma? ¿Será que Dios nuestro Señor sólo lo envía sobre sus siervos más impíos, en demasía pecadores? ¿Acaso el castigo divino tiene maneras infinitas de manifestarse, como la lepra o el pavoroso terremoto que ha arrasado Lisboa, que hizo estragos en España? Del convento, ni una palabra.

Ubaldo es paciente. Sabe que procuran sacarlo de sus casillas y divertirse un rato a costa suya. No le queda más que entrar en el juego: "Yo les prometo que el buen Jesús y el santo Lázaro han de velar por mi salud y la de ustedes. Sobre todo si contribuyen a esta buena obra. Tan buena como la del lazareto. Generosidad, generosidad. Se les ha de tomar en cuenta para cuidar de cada una. Y de maridos, hijos y nietos."

El presbítero tiene labia. Y viene con alguien que goza de mucho ascendiente. El acompañante abunda. "Tranquilícense, primas. El convento no le restará nada a la villa de la protección que gozaba con el lazareto, que la mantiene resguardada de un mal tan incisivo como antiguo. Como ustedes saben, de Egipto lo transportaron a Europa, en tiempos de Jesús de Nazareth, las legiones romanas." No lo saben las principeñas. Pero sí que las palabras de Manuel de Agüero son *vox Dei.* Lástima de hombre. ¡Qué desperdicio! Viudo de una hija de Carlos Bringas y Juana Varona, ha tomado los hábitos de mercedario. Siendo tan buen mozo. Habiendo llevado uniforme de capitán y de sargento mayor y la vara de alcalde. Con ese semblante rubicundo, a pesar del cabello prematuramente blanco. Con ese aire tan joven y jovial. Con jugosos caudales. Lástima. Ubaldo es enclenque, pero a Manuel no le sienta el hábito ni le aleja la tentación. Hijo de Fernando Agüero y Miranda y de Antonia de Zayas-Bazán y Barreda lleva sangre de las dos hembras de María de la Torre: Isabel y María. Abunda Manuel de Agüero en buenas razones para secundar un proyecto que él mismo apoyará sin echar en olvido, por supuesto, la compasiva asistencia al lazareto. Las mujeres lo aprecian en lo que vale. Es un interlocutor de lujo. "Para obra pía, ésta, que contribuirá, como pocas, a conservar la nobleza del vecindario. Llegó el momento de cuidar, y oíganme lo que les digo, que no llegue a tiznarse lo blanco de las generaciones con el borrón del color subido, que, por no encontrar con quién casar…" Ha tocado un punto sensible.

Los enlaces entre parientes han sido incesantes por casi dos siglos. Pero nadie podrá garantizar que la prisa de las doncellas por encontrar marido no se tropiece, en lo sucesivo, con la insuficiencia de personas de calidad siendo muchas más las hembras disponibles que los varones. En la ronda de las generaciones se han entramado todas las combinaciones posibles entre apellidos principeños y bayameses. De

seguro se podría rastrear, en cada familia, algún ambiguo y oscuro mandato como el que ató al vínculo de sangre a los vástagos de los vástagos de María de la Torre y Diego Sifontes. Pero, ¿hasta cuándo?

Ubaldo de Arteaga y Manuel de Agüero anuncian que el obispo Morell de Santa Cruz ha iniciado una agotadora travesía, en silla de manos, a lo largo de la Isla: habrá que recibirlo con la petición de licencia, dirigida al Consejo, para la fábrica del convento. La colecta será copiosa. Con *lacryma christi* y vino de naranja, merengues y confituras, celebrando las brisillas que levanta el río y que anuncian un aguacero, esperan a los hombres. Santiago de Agüero contribuirá con cinco mil pesos, lo mismo que Gerónimo Boza y Salvador Cisneros. Los hermanos Esteban y Antonio de Varona ofrecen, cada uno, dos mil quinientos. Esteban de la Torre llega tarde y las mujeres se cuchichean que la mulata no le da tregua. Faustina no se da por enterada. Ya sabe a qué atenerse y es una mujer práctica. Lo llama a un lado y le sugiere que la aportación sea modesta. Mil pesos hasta es demasiado. Ser contador y fiscal de la Real Hacienda puede ser muy honroso pero no da para ostentar. Y la hacienda propia no anda para excesos. El convento, por lo demás, no le convence. Desconfía de los transportes místicos. Las visiones lo mismo arrebatan en éxtasis al cielo que precipitan a sitios infernales. Los conventos se prestan a galanteos y cortejos amorosos. Las doncellas burlan el enclaustramiento y Dios es testigo de que los hombres, se lo ha demostrado el marido aunque ella se haga la disimulada, no piensan más que en ocasiones para pecar. Pero es discreta Faustina y, para evitar comentarios burlones y zahirientes, prefiere guardarse las reticencias.

Pasan los meses. Arriba el obispo. El proyecto ha madurado y todos se deleitan con los elogios que reparte. Ímproba ha sido la tarea de casi dos siglos para mantener el lustre y la limpieza en las más persistentes genealogías principeñas. El obispo ni siquiera sospecha que un oscuro y turbulento deseo, poderoso como una gigantesca ola del insondable océano, transmitido por una abuela remota obstinada en perdurar, tú, María, y un sinfín de pequeñas historias, secretas y enigmáticas, circulan bajo los acontecimientos más visibles que pueblan las memorias familiares.

Sin sobresaltos mayores
Puerto Príncipe, agosto de 1763

La historia visible se va marcando con hitos puntuales, como aquella sedición que cierra el primer tercio del XVIII, recogiendo rescoldos de un orgullo que se mide por centurias cuando el tiempo de los fundadores hace mucho que expiró. La mulata Encarnación, que anticipa albricias y catástrofes y a la que todos hacen depositaria de un saber sugestivo, por pecaminoso, da en esparcir entre negros y mulatos el rumor de que una flama de esos rescoldos habrá de prender, cumplidos otros cien años, una insurgencia incontenible en la tierra adentro de Cuba, encabezada por vástagos de las viejas cepas. Innumerables turbulencias habrán de ocurrir antes, advierte, en islas y tierras próximas y lejanas, pero apenas alcanzarán a tocar al Príncipe: en la villa, el paso del tiempo se irá cumpliendo sin sobresaltos mayores, en un letargo animado muy de vez en vez por pequeños remolinos, hasta ese día, un día inscrito en los arcanos, cuando una flama incendiará los campos vecinos y un corcel bayo aparecerá de madrugada, cargando sobre el lomo el cadáver ensangrentado de un patricio, justo frente a la puerta del Hospital de San Juan de Dios.

No ha dejado de visitar Esteban, por muchísimos años, la calle de San Serapio: se ha vuelto más pulposa Encarnación, pero ha ido madurando también en sabiduría amorosa y ese vínculo carnal tan poderoso le permite al coronel mantener con la pequeña, rozagante y simpática Faustina una inalterable armonía conyugal. Cuando la mulata lo hace partícipe de su agorería él inquiere, cauteloso, en el fondo de sus ojos negrísimos, se pregunta si no sería cierto lo que le achacaron hace veinte años del mal de culebras que padeció la pobre Faustina, y le exige que deje de aceptar esas visitas del infierno, portadoras de anuncios nefastos.

Cuando la profecía sale de la calle de San Serapio y de oídos de negros pasa a oídos de blancos no encuentra mayor eco que uno que otro chascarrillo. Al cabo, ni la mulata ni quienes la escuchan estarán allí, pasados cien años, para dar cuenta de la verdad o la mentira del vaticinio. Los vástagos de las viejas cepas andan demasiado pendientes de comprobar cómo otras nuevas se injertan en las añosas, sobre todo en La Habana, infiltrando astucias y ambiciones desconocidas en los más arcaicos hábitos de predominio que son pertinaces pero, casi imperceptiblemente, se han ido mellando y herrumbrando. Cuando suben peldaños los señores del comercio y del dinero que se llaman O'Farrill y Peñalver y Aróstegui, y el lucro y la honra dejan de

excluirse por sugerencia del propio rey, los viejos señores de hatos ven mermada para siempre su tutela sobre lo que ha sido el sustento tradicional de su ascendiente: la tierra. Primero les quitan la facultad de mercedarla en los cabildos y buscan con ello, y con otros recursos más abruptos, humillarlos. Los mercaderes, mientras tanto, se van apoderando del escenario y, aunque algunos de los que suman 200 ó 300 años en la Isla aprenden a incorporase a la creciente pleamar de prosperidad confiando una vez más en la solidez de alianzas ratificadas en lechos conyugales, otros se rezagan en las villas de tierra adentro, negándose a apagar los fuegos de los lares familiares o a alimentarlos con maderas de árboles bisoños, y viendo con amargura cómo se van demoliendo, con los límites de sus haciendas cada vez más empequeñecidas, los pilares de un arraigo secular, carnal y posesivo, sobre el hermoso cuerpo de la Isla.

Por años, la pleamar de la prosperidad se identifica con la Real Compañía, en la fiebre por demoler haciendas para sembrar vegas y estancias de tabaco o equipar trapiches y plantar caña. Aunque no da tan pingües beneficios como el tabaco, ya son cerca de cuatrocientos los ingenios cuando, pasado apenas el medio siglo, no hay en toda la isla más de ciento cincuenta mil almas. Atada al ganado y al azúcar, la villa del Príncipe sostiene negocios limitados con los opulentos accionistas habaneros, como los que ocupan en Curabaya a Agustín Varona el día en que vuelven a apresarlo. No escatiman comentarios mordaces los principeños cuando Fernando VI declara, tan campante, que ser miembro de la Real Compañìa es motivo de honra y menos cuando los nobles habaneros corren a guarecer su plata en la tierra adentro, perseguidos por la codicia inglesa que se posesiona de La Habana en 1762. En el Príncipe todos inquieren, maliciosos, qué pensará Carlos III de los pérfidos habanos que se han apresurado a negociar con los ingleses sus participaciones en la Compañía, convenciéndolos de que Su Majestad no es sino un accionista más y de que el grueso de las inversiones, borrando tranquilamente a muchos peninsulares, son de su propiedad.

A los principeños les gusta dar lecciones. Cuando los conmina a rendirse, desde La Habana, el conde de Albermarle, le responden con una altiva, esforzada y declarada negativa. La capitulación les tiene sin cuidado. Hace años que La Habana no tiene jurisdicción sobre ellos. Malamente podría exigirles subordinación el dicho *milord* conde, al que advierten que están dispuestos a rendir sus vidas antes que a prestar vasallaje a un soberano distinto del Católico Monarca.

Que un Peñalver, apenas de tercera generación, acepte ser delegado de Albermarle en el gobierno civil de La Habana es comprensible. Después de todo, se trata tan solo de un mercader, por riquísimo que sea. Pero que un Recio de séptima generación tenga la debilidad de

aceptar una encomienda semejante les parece, aun a los parientes, más que lamentable. Lo mismo que la prisa de ciertas familias para enjugar las lágrimas, tras los cañonazos ingleses, yendo a divertirse en sus saraos y abriéndoles sus salones.

En Villaclara se mantienen, los diez meses que dura la ocupación, una compañía de granaderos mandada por Antonio de Varona y un escuadrón de caballería encabezado por Fernando de Arteaga. La mujer de Antonio es hija del cabecilla Agustín de Varona. Por las venas del marido corre sangre de tres linajes: de Gregorio, de Pedro y de María de Roxas. Fernando de Arteaga, casado con una hija de Esteban, el hermano de Agustín, es hermano de Faustina y padre del presbítero Ubaldo. La idea de entrar en combates cuerpo a cuerpo con los ingleses les entusiasma. Es una ocasión excepcional para reafirmar lealtades fundamentales y sacudir el letargo del tiempo intemporal en que viven. No escatiman en ajuarear a sus huestes con casaca y pantalón de cañamazo, sombrero de guano apuntado al tres y una muy ostensible escarapela encarnada. Pero la ocasión no llega y pronto los días se hacen más intemporales e interminables, y tienen que entretener con naipes y libros las largas horas que quedan vacías, después de los obligados comentarios cotidianos sobre las víctimas que hacen, entre los expedicionarios, la fiebre amarilla y la fiebre intermitente, la osadía de llamar Granby Square a la Plaza de San Francisco y la arrogancia de Inglaterra, ávida de atreverse hasta con la Nueva España. Cuando les llega la noticia de que La Habana será canjeada por La Florida y España recibirá en compensación a la Louisiana, gracias al Pacto de Familia y al Tratado de París, se ponen de pie, brindan y aplauden. No le arriendan ganancia alguna a los ingleses con las inhóspitas marismas: *si* se mueren de fiebres en La Habana, ¿qué pueden esperar de aquellos pantanos llenos de miasmas que exhalan vapores ponzoñosos cada atardecer?

De fuego tan misterioso
Santiago de Cuba, Día de Todos los Santos de 1786-Puerto Príncipe, 13 de mayo de 1793

A la Calle de Santo Tomás esquina con el callejón del Carmen va a recrearse el alma Luisa Boza, escuchando las dulces melodías angélicas que inventa Esteban Salas. Así empieza a florecer una afición por la música que hereda del tío abuelo, el chantre Matías Boza, quien ya la ha seleccionado además, entre sus deudos, para legarle la espaciosa casa de la cuesta de la Marina, y algunas de sus tierras y alhajas más preciadas. Por ganas de desentumecerse y subir y bajar callejuelas disfrutando de los airecillos vespertinos y del encendido crepúsculo santiaguero, sale cada tarde con la negra Clotilde, que es su hermana de leche, como si esperara hacer, en el momento menos pensado, algún insólito descubrimiento. “Sé que la vida me está reservando algo, Clotilde: te lo prometo. Y será más temprano que tarde, te lo prometo.” Y el descubrimiento lo hace por partida doble: primero una vocación y luego un marido.

Nació el año en que la capilla recién consagrada a Nuestra Señora del Carmen pereció por culpa del terremoto. De eso hace veinte. Y sólo tres que el pequeño y tímido abate, dado a perderse entre monaguillos en las solemnidades catedralicias —cuando no es requerido el coro— ha entregado los entusiasmos que la consagración a la música aún le dejan a la apasionada reconstrucción de una morada más hospitalaria para la Virgen Santísima, no la que vive en la Catedral trepada en las alturas sino la otra señora, toda dulzura, que prefiere ver de cerca a sus hijos. Y para contagiar el entusiasmo que lo desborda decide no esperar a que la sobria factura, cuya única elegancia serán las pilastras adosadas al frontón de entrada y el artesonado de madera olorosa recargado en pilares de troncos, esté concluida: busca atraer oídos y donaciones con las melodías propicias que, como por milagro, hace brotar de la fábrica en obra. Luisa le presta oídos y no le escatima recursos pidiéndole, a cambio, que le abra un cauce a ese algo que a ella también la desborda.

Florece la afición de Luisa Boza entre cantadas del discreto maestro que, al cabo de muchos ruegos, ha accedido a iniciarla en los rudimentos de un arte celestial que a él le llegó en partituras napolitanas de Pórpora, Durante y Scarlatti, por mediación de un catalán adicto a la navegación que, entre idas y venidas, se hizo amigo suyo cuando mediaba el siglo. A diferencia del chantre, tan celoso de sus facultades que con nadie las comparte, el catalán aquel era

pródigo si adivinaba que su desvelo sería recompensado.

Entre andamios, ensaya Esteban Salas con sus discípulos selectos, el Día de Todos los Santos, villancicos para las fiestas de Pascuas de 1786 y Luisa entona un solo: “De fuego tan misterioso y de su dulce eficacia, alegrárame yo de ser una viva salamandra.” ¿Es casualidad que camine por allí esa tarde Salvador de la Torre y Cisneros, de paso por Cuba y alojado en casa de unos parientes que resultan serlo también de ella? Curioso entra a la capilla en obra negra, atraído por el canto, sin sospechar que ha de quedar atrapado para una eternidad en el gozo y el calor de la amorosa hoguera suscitada por una docena de voces y unos cuantos violines.

Curioso porque una de las voces es inconfundiblemente femenina y no puede resistir el deseo de mirarse en ojos que han de ser bellos si se corresponden con garganta tan melodiosa. Un impulso cosquilleante, al que no puede dejar de obedecer, lo encandila hacia el misterioso y dulce fuego en el que tanto se regocija la sensualísima voz femenina. No hay nadie en el recinto más que los cantores, porque los operarios no trabajan en días de fiesta. Nadie más que los cantores y quien los dirige y ninguno, salvo ella, se da por enterado de la intrusión. Una silla solitaria, entre trozos de piedra y de madera, parece aguardarlo, precisamente a él, en el medio mismo de la ermita, que siendo tan diminuta eso equivale a estar muy cerca de la voz seductora sin hacerse demasiado conspicuo. Sentado y dispuesto a dejarse deleitar escucha sin pestañear, varias veces, la misma secuencia, unas al son de los violines y otras *a capella,* lo cual le da al canto una intimidad que le hormiguea en la piel: “Quién del frío de la culpa traspasada su alma sienta, venga a tomar este sol y verá cuan se calienta.” ¡Ave María, *gratia plena,* oh la exquisita perfección de la voz femenina! Entre el cálido sol del perdón y el enigmático fuego que mantiene viva a la mágica salamandra, Salvador desliza rítmicamente la mirada hacia el escote deliciosamente sugerido entre alforzas y tiras bordadas para posarla, golosa, en la paloma eucarística con corazón de berueco de perla y pintas blancas y rojas esmaltadas en el oro de las alas desplegadas, que su fantasía injerta en otra, temblorosa, acurrucada sobre el corazón del Espíritu Santo en la imagen de la Santísima Trinidad que su madre ha mandado poner, allá en el Príncipe, en el nicho más ostensible de la Iglesia de San Juan de Dios. No lleva Luisa más adorno que esa paloma y Salvador lo lee como un mensaje.

Es linda Luisa Boza, con ojos de torcaza y la coquetería de unos ricillos en cascada que los acentúan. Con Esteban Salas se presentó Salvador, a título de aficionado a las artes musicales. En el Príncipe no hay oportunidad de disfrutarlas, y no quiere desaprovechar la que ahora se le brinda, para su fortuna, en Santiago. Esteban Salas lo introduce a su vez, como si se tratara de un viejo conocido, a cada uno

de las voces de su coro, la única femenina en primer lugar, y él, antes de despedirse, pide permiso con toda cortesía para asistir cada tarde a los ensayos y, de ensayo en ensayo, se le va prolongando la estadía en Cuba hasta una semana antes de Pascuas, sin dejar de verla a diario.

Tiempo suficiente para empaparse de cuanto es y cuanto la rodea. Como María Trinidad, su madre, es hija única. El padre de María Trinidad fue abogado, el de Luisa es capitán de milicias y las raíces de ambas están en Cuba aunque los abuelos de Salvador hayan casado en la Parroquial Mayor del Príncipe en 1750: el abuelo, Lucas Cisneros, nacido en Santiago, se trasladó al Príncipe para llevar ante el altar a Margarita Herrera y de la Torre, apellido que también le toca por la madre, Agramonte y de la Torre, de modo que la coronela —recuerda el hijo— posee la sangre del marido —su padre— por varios afluentes pero viene también de cepa cubana, o sea, santiaguera.

Todo eso importa. Ha descubierto en los antecedentes de Luisa vínculos con el apellido que le transmite su padre y otros con los de la madre y sabe bien cuánto gozan ambos de los vericuetos genealógicos. Vuelve a casa, para las Pascuas, bien provisto de detalles y resuelto a que el compromiso, insinuado con tanta premura, pueda formalizarse.

No estorba que la coronela se entere, en primer lugar, de que un tío abuelo de Luisa fue, precisamente, el Gaspar Alonso Betancourt Cisneros que construyó, allá por el 1728, el Hospital de San Juan de Dios: en esa iglesia resplandece la imagen de bulto de la Santísima Trinidad que su madre ha donado.

Salvador suministra la información a cuentagotas, midiendo sus efectos. Huérfana de madre hace unos diez años, Luisa procede de los Betancourt que fincaron residencia en Santiago: tanto el abuelo Matías como el tío abuelo, Gaspar Alonso, debieron la existencia a un Diego Alonso llegado de Canarias, a fines del XVII, para gobernar, desde Cuba, a las provincias orientales. Arrastraba el gobernador, por lo demás, una colorida leyenda caballeresca que remontaba las Canarias, donde se decía que alguno de sus abuelos conquistadores había reinado, para trasuntar los Pirineos y cobijar raíces en las frías costas de Normandía, donde mosén Jean de Béthencourt habría sido camarero mayor del Duque de Borgoña. Salvador mide el efecto de sus palabras y hace una pausa.

¿Te extraña que un tataranieto, María, siga cultivando en su jardín esas flores de cera de la limpieza de sangre? ¿Recuerdas que sonreías, hace más de cien años, suponiendo que eran polvos de la vieja España? Te invito a curiosear. A ver de cerca cuánto disfruta deslumbrando a su madre y cuánto le complace jactarse, como buen principeño presuntuoso, de que también él añadirá méritos al torrente consanguíneo, por mediación de una esposa que los aportará de sobra. La verdad es que la niña lo tiene deslumbrado. Se siente envuelto,

junto con Luisa, en un misterioso fuego que ilumina sin quemar. En la prodigiosa hoguera que asegura inmortalidad. En un haz de luz que le hace trascender vertiginosamente los pequeños confines de la tierra adentro para transportarlo a otros vastísimos que se extienden, en un fabuloso y lejano septentrión, hasta la Borgoña y la Normandía francesas. Los orígenes de Luisa han quedado inmersos, para el pretendiente, en el prestigio luminoso de la poesía. Después de todo, los hatos más o menos pletóricos de vacas y los platanares, las vegas de tabaco, y las huertas, no han conocido ninguna gesta heroica y hace doscientos años que nadie en la familia ha vuelto a escribir un soneto.

La palabra *mosén y* la melodiosa cadencia del Béthencourt pronunciado a la francesa por una santiaguera recién llegada de Sainte Domingue que es prima de Luisa, rodean la imagen de una blonda infanta canaria llamada Luisa de Guanertème, ocupada día y noche en despertar suavísimas armonías en las cuerdas de una vihuela en recatadas alcobas del castillo de Lanzarote, factura del tío bisabuelo de su marido, Maciot Perdomo de Béthencourt. En la pausa, que ya se va haciendo demasiado larga, la figura apetecible de Luisa y la incorpórea de la infanta canaria se funden en una sola y, en eso, el sonido de los violines y el de la metálica vihuela se traducen en una especie de suspiro profundo, que sorprende tanto a la coronela, ajena a cualquier transporte de emoción, que considera prudente llamar al hijo a la compostura con un áspero carraspeo. Salvador se abstiene de pronunciar la palabra frente a su madre pero, en su fuero interno, se complace en repetirla muchas veces: “Estoy enamorado. Estoy enamorado. Estoy enamorado.”

No sólo tiene Luisa ancestros —por los Cisneros y los Betancourt— para satisfacer los pruritos de alcurnia de la madre sino que puede sumarles el coronel los que aportó el primer Boza que arribó a la Isla, para casarse en 1675 con una nieta de Gregorio de la Torre y Calona de nombre Juana de la Torre, bisnieta del capitán poeta. El padre de aquel Alonso Boza de Lima, de nombre Matías, mayorazgo de su casa en Badajoz, había acumulado méritos en las islas —aunque más recientes— como alcaide del castillo de San Juan de Tenerife y comandando tropas canarias cuando hubo que guerrear con Portugal.

En suma que Luisa, además de ser linda y tocada por la gracia prodigiosa de la música, que la vuelve casi impalpable a los ojos de su pretendiente, resulta emparentada por padre y madre con abuelos y abuelas de ambas líneas, lo que la convierte en inmejorable prospecto para un enlace más que conveniente.

El capitán Agustín Boza y Zayas-Bazán ha enviudado, tras dos décadas de matrimonio, de la madre de Luisa y, cuando la hija se compromete con Salvador él mismo decide probar de nuevo las

delicias de Himeneo con María de Loreto Sánchez Pereira y Boza, su prima. Para ambas ceremonias, con diferencia de meses, abre sus puertas la Catedral de Santiago, dominio del chantre Matías Boza y Vergara, doctor de Teología, que ha recorrido todas las dignidades desde canónigo y prebendado hasta Rector del Seminario, Provisor, Vicario General, y Gobernador del Obispado, sin dejar de ostentar jamás el título que más le complace y quedara vinculado para siempre a su nombre: el de *chantre* del cabildo de aquella casa de Dios, condición que le permite reinar desde un coro inmejorablemente ubicado para destacar su figura corpulenta, detrás del Altar Mayor y flanqueado, a diestra y siniestra, por los sitiales del cabildo catedralicio. No se escatima pompa alguna en ambas bodas, por lo que desde aquí puedo apreciar. Salen a relucir los siete blandones de plata, el frontal, los atriles y los ciriales sobredorados y la gran custodia recamada de esmeraldas y perlas que regaló el generoso obispo Morell de Santa Cruz. Oficia el chantre. ¿No entrará en conflicto Luisa entre el respeto al tío abuelo y la admiración por el abate? Por supuesto que no. Es tanta la modestia del abate que siempre se ha sentido indigno de la tonsura y de ser consagrado como presbítero. Le queda claro, pues, a quién le tocará bajarse del cabildo para llevar, oficiando, la voz cantante. El pequeño, delgado, pálido y nervioso maestro de capilla conducirá las voces corales. El chantre viste, como el templo, sus mejores galas y disfruta, como suele hacerlo, de las delicias del protagonismo. Al músico lo transportan al cielo las resonancias divinas que le inundan el alma. La música sacra lo rescata de la frágil envoltura del cuerpecillo endeble y lo destila en espiritualidad pura. Ni siquiera se acuerda de las numerosas ocasiones en que el pomposo dignatario lo ha humillado, ignorando con envidia la pericia de su arte.

A mediodía, la nave central recibe en todo su esplendor el sol rotundo de Santiago ligeramente tamizado por la media naranja de la cúpula que mandó hacer, en sus tiempos de deán, Agustín Morell. Inunda la luz el azul celeste donde flota, entre nubes tropicales, una Señora de la Asunción que querría ser de Murillo, y un poco más abajo se iluminan los rostros venerables de San Juan, San Marcos, San Mateo y San Lucas, con el águila, el león, el toro y el ángel emblemáticos. Ha caminado lentamente hacia el coro Esteban Salas. Un poco intimidado, como siempre, por el fasto catedralicio que envanece al chantre, pero reconociendo que hay en todo ello cierta regocijante belleza.

Tiene sesenta años y más de veinte en Santiago, a donde lo llevó la sabiduría del obispo Pedro Agustín, empeñado en que la única catedral de la Isla contara con una capilla musical digna de su exclusiva condición. Apenas si resiente el sofocante calor allí en la

altura de la colina donde se yergue la catedral y, a escasas calles de distancia, en la ermita donde cumple como capellán. Y menos cada tarde, cuando se pierde y se encuentra en lo alto del entarimado que recibe a los cantores, al final de la breve escalera excavada en la pared, entre olores a cantera, a argamasa y a madera, y comienza y termina el ejercicio del día cantándole loas a la fábrica del pequeño templo, elevado por la gracia de su talento a Sión celestial.

No tiene deudos en Cuba y, a pesar de que es una osadía competir con el chantre, ha adoptado a Luisa como sobrina. No podría estar más contento. Es un mediodía glorioso. Coro y órgano subrayan la majestad del lugar y hacen el marco ideal para una felicidad conyugal que ha de ser perfecta. Es un buen augurio que Salvador haya aprendido a cultivar, en tan poco tiempo, la predisposición que lo hizo entrar la primera tarde en la capilla del Carmen. Que distinga con tanto tino entre la alegría y la tristeza de una melodía, dejándose guiar tan solo por el ritmo. Que sepa discernir entre la quejumbre del fagot y el canto entusiasmado del violín, entre la polifonía del motete y la modernidad de la cantata.

Nunca sabe el *capelmeister* caribeño de dónde, ni cómo, ni cuándo le llegará un tema para, con obstinado tamborileo, empezar a darle vueltas en la cabeza y a urgirle en la punta de los dedos. Así suele suceder, lo reconoce, con los dones del cielo. Lo más frecuente es que lo asedien temas de canciones, que brotan con la mayor espontaneidad, de modo que quienes lo rodean, mal acostumbrados, esperan cada dos o tres días alguna nueva improvisación. Dispone apenas de tres violines y un arpa, una trompa y un fagot y con ellos hace milagros. Ajeno al calendario europeo que marca los albores del romanticismo, extrae del horno santiaguero una cálida pasión por la vida que se imprime por igual en el remozamiento de arcaicos aires de los oficios españoles y en las innovaciones que ha abrevado en la fantasía y la audacia de Doménico Scarlatti y en los napolitanos, sin soñar siquiera con acercarse a las felices aventuras de Vivaldi, de Haydn o de Mozart.

¿Qué le sucede este mediodía nupcial? Que está a punto de desvariar y confundir a los cantores: en medio de las polifonías del oficio elegido por el chantre, se le empiezan a colar las melodías que sólo él escucha, de un *Salve Regina* con órgano y arpas que le tintinea en el oído: *¡O clemens, O pia, O dulcis Virgo María!* Y de un andante maestoso que intenta desplazar, hacia otras alturas, el *Gloria in excelsis Deo* que allí se está entonando. Es el 7 de mayo de 1788. Este mediodía sale de la iglesia confuso y atarantado. Y corre a escribir, antes de perderlo, el tema de un *Stabat Mater* que la Virgen misma ha querido dictarle al manso maestro de capilla en la tierna ocasión de los desposorios de Luisa. Muy pocos, y privilegiados, tendrán la

oportunidad de escucharlo antes de la mañana del 7 de marzo de 1790 cuando, al fin tonsurado, suba al altar a oficiar y cantar su primera misa.

Salvador y Luisa lo harán trasladarse de Santiago al Príncipe, en mayo de 1793, para atraer sobre el primer varón que acaba de nacerles los felices auspicios que, gracias a su música beatífica, han impregnado sus estrenos amorosos. ¿Quién mejor que ese santo varón para inaugurar, con la mansedumbre de su talante y el júbilo de su lenguaje melódico, una dichosa existencia para el recién nacido? Es el 13 de mayo de 1793, pues, cuando Bernabé Vicente de la Cruz (de la Torre y Boza), nacido el día 3, recibe óleo y carisma de manos del presbítero Matías de Boza y Zayas, tío de Luisa, con el padrinazgo del abuelo Bernabé (de la Torre y Arteaga) y de la bisabuela Juana de Zayas y con los cantos inefables de Esteban Salas desparramando alegría, en medio de una Parroquial Mayor transfigurada, por su obra y su gracia, en morada de ángeles. Así le dan la bienvenida en la viña del Señor.

El tiempo venidero
Puerto Príncipe, 5 de mayo de 1792-19 de enero de 1807

Hace años que los principeños no tienen que irse a La Habana a aprender racionalidad y política, según dicen que dice el gobernador Güemes, porque llegaron a la villa los jesuitas para cultivarles las almas y el entendimiento. No les bastan los generosos auspicios de Eusebia Varona y de la Torre y de Jacinto Manuel, su marido, que son los primeros en ofrecerles, para levantar casa, un terreno en las afueras. Los émulos de Ignacio de Loyola quieren, para alojarse, un predio en el corazón mismo de la villa. Y lo consiguen. Con cierto retraso, es verdad, puesto que ya llevan mucho en La Habana puliendo a las familias principales. Pero con mucho éxito. Tan bien despliegan sus persuasivas diplomacias que hasta siembran concordia y desenredan enredos de los intereses y del corazón. Esteban de la Torre les confía a sus hijos, uno de los cuales está a punto de profesar en la Compañía cuando llega la orden de expulsión. Esto ocurre cuatro años después de la salida de los ingleses que han ocupado La Habana. Y el muchacho tiene que conformarse con ser clérigo.

La huella de la fina artesanía jesuita para conciliar almas se deja sentir hasta mucho después del día aciago en que los padres de la Compañía se ven obligados a abandonar la villa. El pesar abate a quienes han forjado el carácter dentro de aquellos muros. Como Bernabé de la Torre y Arteaga. En 1765, el hermano del aprendiz de jesuita se acerca al altar con María de la Trinidad Cisneros, dispuesto a vivir el último tercio del siglo procurando que, al margen de cuanto ocurre más allá de los ríos Tínima y Hatibonico, Puerto Príncipe siga pareciéndose a sí misma.

Los jesuitas son lo más novedoso que les ocurre por muchos años. Su huella queda, sobre todo, en los más jóvenes. Los que sobreviven de la generación de Bernabé de la Torre y Barreda, como su prima hermana María de la Torre y Socarrás, viuda del bayamés Juan de Céspedes y Marrón de Santiesteban, siguen disponiendo que se les amortaje con el hábito mercedario o franciscano y desean ir acompañados a su última morada por hermanos de San Francisco y de la Merced. Ni Voltaire ni Rousseau inquietan a los principeños, cuya mayor osadía en darle vuelo al pensamiento consiste en frecuentar las páginas de fray Benito Jerónimo y en advertir, con él, los peligros de que la ambición del príncipe degenere en tiranía, salpicado todo ello con prédicas libertarias de los padres de la Compañía.

Me parece advertir que Bernabé de la Torre y Arteaga no lleva sus

simpatías hasta el orden familiar, donde aspira a mantener la autoridad más allá de la muerte, sin culparse de estar cayendo, por ello, en tiranía. Cuando el 5 de mayo de 1792 dispone ser sepultado en la Capilla del Rosario de la Parroquial Mayor o, si hay embarazo para hacerlo allí, en cualquiera de las seis que le corresponden como descendiente de Esteban de la Torre y Varona, amortajado con el uniforme de coronel de milicias, con seis hachones y cruz alta, en ataúd forrado de canesú negro y no antes de las veinticuatro horas de haber entregado el alma, es terminante: por el solo hecho de casarse contra su voluntad expresa cualquiera de sus nueve hijos quedará excluido de la herencia de sus bienes, que habrán de dividirse entre los restantes, y si hubiera pleito o desavenencias y alguno entrara en el estrépito de inconformarse y abrir proceso judicial, también por ese solo hecho quedará excluido.

Hace testamento en su casa del barrio de la Caridad incluyéndola, con el homenaje de ella, y sus haciendas de campo y la totalidad de los esclavos, con excepción del llamado Agustín de Proenza al que le reconoce la libertad, que ha pagado en cien pesos, y al que deja por añadidura un caballo capado y una res de carne, en lo que habrá de tocarle a los herederos por partes iguales, hecha salvedad de las donaciones que ya ha hecho a tres de sus hijos, que deben descontarse de la herencia: los tres mil pesos entregados en dote a Ana María y los tres mil que ha recibido Salvador en el hato de Guaicanamar, que tendrán que venir a colación. Todo lo cual consta en el libro de cuentas, lo mismo que el tercio y el quinto que puede disponer a voluntad y que deja a Bernabé Jorge, por los padecimientos de su cuerpo que lo mantienen postrado, beneficiándolo más que a los otros en el hato de Las Yeguas y en el de San Juan. Para cumplir esa voluntad quedan como albaceas la esposa, María Trinidad de Cisneros, y el mayor de los varones, Salvador, y como apreciador del inventario de bienes el capitán Julián de Miranda. Aquí me detengo. No hay duda de que todo ha cambiado para que todo siga igual. ¿Julian de Miranda reaparece? Se trata, no hay que equivocarse, de un descendiente del viejo capitán que entró en la Parroquial Mayor el Domingo de Ramos de 1620, en compañía de su hijo Juan, al que habría de dar muerte Pedro de la Torre. Prosigo, pues.

La tía María de la Luz ha tenido tres hembras con Andrés Recio y una de ellas, Rufina Recio y de la Torre, cumplirá, sin saberlo, el deseo no explícito que circuló toda la vida entre su madre y el tío Esteban, quien desplazó incestuosos calores hacia los encantos de la mulata Encarnación. Rufina ha tenido la desgracia de ver enloquecer al marido Francisco de Quesada y la fortuna de enamorarse locamente del primo Esteban de la Torre y Arteaga. Ese hermano de Bernabé le hizo la primera de sus hijas, María de la Soledad, cuando el infeliz

perturbado todavía vivía. La segunda, Faustina, nació cuando ya sus padres habían matrimoniado, el 22 de junio de 1796, en la iglesia de la Soledad. Y habrá de cumplir con su cuota del sino familiar yendo al altar, en 1812, con Gaspar de la Torre Cisneros, hijo de Bernabé y de María Trinidad, con la aprobación explícita de la severa coronela, que la otorgará antes de fallecer, sin intentar sustraer a su descendencia del ya muy cargado torrente de vínculos consaguíneos.

María Trinidad, Cisneros por ambos progenitores, es además Varona por el padre y Agramonte por la madre que, a su vez, lleva por la suya el apellido de la Torre. Ha sido tan devota como autoritaria y, al igual que el difunto coronel, no vacila en excluir de toda herencia al vástago que se atreva a contraer matrimonio contra su voluntad. Por eso Gaspar busca, con tanto ahínco, la autorización para casarse con Faustina. En su casa se reza todas las tardes el rosario, en voz alta y a coro. Es corpulenta y entrada en carnes, con el cabello ondulado que peina muy alto, arreglado en bucles bien tejidos en promontorio y sembrados de chispas de pedrería falsa, sin quitarse jamás del cuello una cinta negra decorada con una roseta, idéntica a la que le ciñe la muñeca derecha. En las mejores ocasiones, luce sobre el escote uno o dos aderezos de topacios, pendientes en *girandole* en las orejas y un par de sortijas en los meñiques. Le apetece vestir de un azul verdoso o de un verde azulado que le sientan mucho porque resaltan la palidez de la tez y el afeite sonrosado que se unta en las mejillas. Sin embargo, nada de ese lujo habrá de cobijarle la muerte, puesto que prefiere ser amortajada con el hábito de Nuestra Señora de las Mercedes, en la mayor moderación posible, en ataúd forrado en arrascote y colocado en el suelo entre cuatro velas grandes y cruz alta, eso sí, al centro, allí donde habrán de protegerla suficientemente las tres divinas personas que su nombre evoca: en el altar de la Santísima Trinidad del Convento-Hospital de San Juan de Dios, levantado, allá por el año de 1728, por Gaspar Alonso Betancourt Cisneros.

Un pariente que viaja a la Nueva España, sabiendo de esa devoción suya, le obsequia un libro curioso escrito en Puebla por María Anna Águeda de San Ignacio, monja. En ese libro, encuadernado en cabritilla y finamente tafileteado en oro, se lee un título sugestivo: *Leyes del amor divino* y, desde el día en que recorre por primera vez sus páginas, se le representa la Santísima Trinidad y se presume, como la monja poblana, herida y penetrada por las saetas venturosas del infinito amor. “El padre imprimió en mí esta locución: yo hiero los corazones con saeta poderosa con mi hijo unigénito; el hijo me decía: yo hiero las almas y corazones con las saetas de todas las finezas, que ejecuté por los hombres en todos los misterios de mi vida, pasión y muerte; el espíritu santo me decía, yo hiero con flechas de luz y de fuego…” Por supuesto, compartirá esa experiencia singular con toda la

familia. Cada tarde lo hace, después del rezo del rosario, inflamada, procurando envolverlos a todos en el único amor que sí satisface, más allá del amor de los santos y los ángeles y las criaturas: el amor de Dios, el único que no deja con la desazón de mientras más sentir más desear, el único que colma y sacia. El arrebato de esos incendios vespertinos no se traduce, sin embargo, en inclinaciones místicas de las tres hembras que les viven, que todas han ido casando. Ni, mucho menos, de alguno de los cinco varones que, incluyendo al frágil Bernabé Jorge y al inválido José Manuel, contraen igualmente matrimonio. Lo cierto es que tampoco ella está preparada para abandonar el mundo y consagrarse al amor del Señor. Sus arrebatos místicos van a parar en la veneración de una hermosa imagen barroca que hará venir, como el libro que la reafirmó en su devoción por la Santísima Trinidad, de la Nueva España, y que hará colocar en el Altar Mayor de la iglesia del Convento-Hospital de San Juan de Dios. Dejará encargados a los hijos por su orden, del mayor al menor y, faltando ellos, a los capitanes del convento, para que hagan perdurar la devoción trinitaria y velen para que nunca falten réditos y pueda decirse una misa, cada domingo, en dicho altar.

La presencia de la Santísima Trinidad le invade la vida desde que la imagen redundante, envuelta en lienzos de henequén, llega una madrugada a la puerta de la casa, tras una accidentada travesía marina y un zarandeo despiadado, entre veredas enmontadas, desde el Jigüey. La triple presencia divina es como para turbar a cualquiera. Y más a quien tanto la ha anticipado con la imaginación y ha hecho de su devoción exaltada la justificación de su presencia en el mundo. Vienen separadas las tres personas, pero son idénticas, y sería imposible discernir quién es quién si el Padre no hiciera el signo de la creación con el índice y el dedo medio entreabiertos en una clarísima señal de vida, posando la mirada en el infinito y si el Espíritu Santo no cobijara, bien amartelada sobre el corazón, una paloma temblorosa, porque a Jesús, el Hijo, no se le reconoce signo externo alguno de su condición de elegido, salvo que uno se detenga a contemplarlo con la mayor atención para alcanzar a descubrir que no dirigen sus ojos la vista al frente, como los del Padre, sino levemente hacia la izquierda, indicándose con ello que debe ser colocado a la diestra de Dios Padre, para que su mirada, como la paloma del Santo Espíritu, se ubique en el punto adecuado: en el sitio que le está reservado sobre una hermosa esfera azul envuelta en un aro de oro y flotando entre nubes marmoleadas, levemente detrás, a la izquierda del Creador, al Santo Espíritu. No se trata de una *Santa Faz Trifacial*, de esas que condenó el pontífice Urbano VIII, en el siglo XVII, de las que prohibió el papa Benedicto XIV en 1745. La coronela no habría admitido una de esas imágenes, con reminiscencias paganas, como algunos ídolos asiáticos,

monstruosos, de tres cabezas. Bien la ha advertido su confesor que son indignos de representar al Dios uno y trino. Las tres personas están de bulto y bien diferenciadas.

María Trinidad hace acudir a toda la familia, los cercanos y los lejanos, para ofrecerles el privilegio de contemplar la serenísima majestad de las Tres Divinas Personas, tan radiantes los rostros idénticos, tan majestuosos los pliegues de los mantos estofados en hoja de oro y sembrados de florecillas azules. A partir de esa madrugada, la Coronela entiende que la efusiva espiritualidad que la ha elevado sobre la prosaica medianía del suelo por donde andan los prójimos, desde que el providencial opúsculo de María Águeda de San Ignacio le cayó entre las manos y le entregó la clave de su identificación personal con el Misterio por excelencia de la Madre Santa Iglesia, está deviniendo sensible, visible y palpable en su considerable, pero hasta entonces indigno, cuerpo de mujer. No duda ya que todos podrán percibir la energía que le ha sido conferida por las tres figuras masculinas de rostro beatísimo que, siendo tres personas distintas, no son sino un solo Dios verdadero. La embarga la garantía de eternidad que, desde el preciso instante de entrar la imagen a su casa, le fue obsequiada a los suyos, por voluntad de la Divina Gracia que accedió a hacer de su humilde morada un albergue transitorio hacia el aposento definitivo que habría de recibirla: el Altar Mayor de la Iglesia del Convento-Hospital de San Juan de Dios.

El 19 de enero de 1807 la señora coronela está en su entero acuerdo y cabal memoria, suficientemente viva aun como para disponer, con enorme minuciosidad, cuanto ha de hacerse cuando no quede duda de que la Santísima Trinidad ha dispuesto de su cuerpo ni de que su alma se encuentra ya en carrera de salvación, por lo cual deberán esperar veintisiete horas antes de enterrarla, asegurándose todas las indulgencias posibles con los quince ducados que deja a la Cofradía del Santísimo Sacramento, el triple de lo que previó el difunto coronel. *In facie eclesiae* morirá, así como nació y se desposó y, para que todos los domingos del año se diga una misa rezada por sus intenciones y las del citado coronel, su difunto esposo, deja setecientos treinta pesos fincados en una sola de las haciendas, que darán los réditos suficientes para tales misas frente al altar de la Santísima Trinidad, vestido con la debida decencia, donde ha de permanecer para siempre la imagen de su propiedad.

Puesto que Bernabé Jorge ya ha sido considerablemente mejorado en la herencia paterna con el pingüe sitio de Las Yeguas y Salvador ha recibido también mejoras importantes, y no porque su amor hacia ellos sea menor, decide mejorar con el tercero y el quinto de sus bienes que puede disponer libremente al resto de sus hijos, que serán copropietarios por partes iguales, y no podrán vender la posesión

fuera de la familia para evitar que los bienes salgan de ella, debiendo preferir cada uno, si necesita hacerlo, al hermano que comparta la posesión de la hacienda. A la hija Ana María no le deja tierra alguna sino una parte incrementada en la casa de balcón del barrio de La Caridad, sobre la calzada plantada de álamos, cerca de la Ermita de la Caridad y del Camino Real de Cuba; a Salvador y José Manuel el sitio de Guaicanamar, al sur del Príncipe, más ciento veinticinco pesos de posesión de Las Yeguas, rumbo al poniente, divididos por partes iguales; a Esteban, el de San Francisco en el hato de Santa Cruz; a Dolores, Gaspar y María de Jesús, la hacienda de San Juan y el sitio de El Quemado y a María de la Trinidad el sitio de Santa Ana, entendiéndose que se ha de guardar perfecta igualdad entre los seis hijos que percibirán sus mejoras en haciendas: ninguno podrá pretender los animales de mejor condición y todos deberán conformarse con el precio que a los sitios, animales, esclavos y demás especies den los tasadores que ella nombrará específicamente. Bastará el intento de vender la posesión a extraños para quedar excluido el culpable.

Salvador, el hijo mayor, podrá tomar, en la casa de balcón de la villa, las partes que le correspondan por tercio y quinto, cediendo a favor de Ana María su participación en Guaicanamar. Para la hija destina, aparte, trescientos treinta y cuatro pesos en plata y oro sellados que recibió ella de su tía Mauricia de Cisneros. Por la escasez de dinero en efectivo que hay en la villa y las deudas y empeños en que se halla el caudal, habrá de cuidarse que Bernabé Jorge no reciba todo su dinero de inmediato sino en partidas espaciadas y prudentes, sin vender ninguna de las haciendas para entregarle la parte que le corresponde de la herencia. El sitio de Esteban no tiene entrada ni salida salvo a través de Las Yeguas y la coronela considera necesario prevenir que, cuando sus animales estén en tierras de Las Yeguas, no habrán de espantarlos ni ocasionarles daño alguno y advierte que lo hace por un encargo particular de su difunto marido, que no alcanzó a expresarlo en su testamento. A José Manuel, lisiado y débil, lo recomienda al cuidado de sus albaceas y le deja el hatico de El Atadero, que tanto le gusta, por estar cerca de la villa y poderlo atender a pesar de su condición. La casa familiar del Barrio de La Caridad no se repartirá entre los herederos porque habrán de vivir en ella los solteros, alojándose las hembras en las mejores piezas y conservándose sin venderla hasta que muera o case el último de ellos, y reservando la canoa para que la disfruten los jóvenes, en días de asueto, para remontar el cercano Hatibonico. Sólo cuando ya no quede ninguno sin casar, o el último muera, podrá adquirir la casa cualquiera de los sobrevivientes, entregándole a los demás lo que les corresponda en dinero efectivo. Si dos o más la quisieran sólo la suerte

podrá decidir quien será el dueño y, hecho el sorteo, no podrá pujar el precio sino que aceptará lo que se establezca en el inventario.

Abriga la sospecha la coronela de que su hija Ana María o el marido de ésta, Pedro María de Agüero, puedan hacerle pleito a Bernabé Jorge por las mejoras que su padre le ha cedido en el sitio de Las Yeguas. Si tal cosa ocurre, en el mismo momento de suscitarse el pleito quedará excluida de la parte tercia y quinta que, por vía de mejora, le está adjudicando. Lo mismo ocurrirá a cualquier otro que lo intente. Y, una vez perdido ese derecho, nunca más ni en tiempo alguno podrá recuperarlo el culpable de inconformidad, ni ninguno de sus descendientes. La advertencia va más allá, por si la dicha Ana María, o su marido, o cualquiera de sus descendientes quiere pleitear con la coronela, o con sus albaceas, o con sus otros hijos o descendientes. Por último, quedan dos detalles: a Ana María se le han dado tres mil pesos de dote y a Salvador tres mil de participación en el hato de Guaicanamar. Pues bien, la primera deberá devolver el exceso, para igualarse con los demás hermanos, si por razón de herencia no le corresponde esa cantidad y el segundo tendría que venir a colación, con la mitad del monto recibido, a la hora de la repartición.

Más allá de la muerte pretende afirmar su voluntad, sin disimulo alguno, la señora coronela, aspirando a que el mundo, circunscrito a Puerto Príncipe, permanezca para siempre idéntico a sí mismo. Tardará varios años en irse de ese mundo y, mientras tanto, sigue ejerciéndola ampliamente en vida, hierática en la silla tiesa de respaldo alto que, asomada al balcón de la casa del barrio de La Caridad, le permite vigilar el transcurrir inexorable del tiempo.

Allí se entera del desastre que hunde al *Santísima Trinidad*, en medio de un temporal devastador, el 24 de octubre de 1805 frente al puerto de Cádiz. Horatio Nelson y el general Gravina, con semblantes de aparecidos, la visitan por más de quince días seguidos, entre rosario y rosario piadosamente dedicados, una tarde sí y otra también, a las almas de tantos infelices españoles abatidos en Trafalgar por el fuego inglés. El navío de guerra más grande del mundo, el Escorial de los mares construido para orgullo de la Isla en el arsenal de La Habana, se zangolotea implacablemente entre la avidez del viento y la voracidad del océano allí mismo, en plena sala, desplazando el furioso olor a sal y a pólvora el aroma de frondas cubanas de los cuatro puentes por donde ruedan, en la mayor confusión, los muebles de caoba del estrado, la imagen de la Santísima Trinidad impíamente arrancada de su nicho, y hasta ella misma que, en el maremágnum de una inquieta siesta crepuscular clama ¡Trafalgar! ¡Trafalgar!, entre otras musitaciones incomprensibles para las negras que no saben cómo despertarla sin pasmarle el sueño, y para Bernabé el nieto, que la rescata sin contemplaciones del naufragio sólo para volver a oírle

contar la pesadilla.

Para colmo, allí se entera una tarde de agosto del año de su testamento del trágico fin de una sobrina bisnieta de Faustina de Arteaga que, el día 25, ha sido hallada muerta, de un pistoletazo, en el número 71 de la Calle de La Zanja, en La Habana. Le ha dado la muerte un amante francés, llamado Louis Marliani, quien seguidamente se la dio a sí mismo, cumpliendo un sombrío pacto de amor. Ella, le cuentan con lujo de detalles, ha muerto en brazos de él, apenas envuelta en una túnica de seda cruda con incrustaciones de encaje, y sembrados de jazmines los frondosos y oscurísimos cabellos ensortijados: un papel firmado por ambos queda como testimonio de la fatídica decisión que tomaron de común acuerdo. María Trinidad se queda muda, cierra los ojos, encomienda a todos sus hijos y nietos a las Tres Divinas Personas y entiende por fin, en ese infausto momento, que el siglo que ya cumple siete años tendrá poco que ver con ella. O, más bien que ella nada tiene que ver con la centuria que abre tan impúdicamente sus umbrales. La historia de la hija de Manuel Agramonte y Arteaga se le escapa y, a la vez, la estremece, sembrando el tiempo venidero de un sinfín de malos presagios. El curioso Bernabé, que escucha agazapado en la pieza de junto, adivina que más le vale no preguntar nada. El nombre de Vicenta Agramonte jamás volverá a ser pronunciado, por prohibición expresa de la abuela, en la casa de balcón del barrio de la Caridad.

Segundo tiempo

I. Soriano.

Pase lo que pase
Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, entre 1800 y 1804

¿Qué sientes, María, al entrar conmigo, de puntillas, al siglo XIX? Sé que te interesará enterarte de que el mundo cambia. Napoleón, que dio hace un año el golpe del 18 Brumario, le está exigiendo a España la devolución de la Louisiana. Humboldt visita La Habana: no tardará en irse a Venezuela, a explorar el Orinoco y, luego, escalará el Chimborazo. Thomas Jefferson es Presidente de los Estados Unidos. Inglaterra se anexa Irlanda, para constituir el Reino Unido. Beethoven compone la *Heroica*. Napoleón, mientras tanto, se hace designar cónsul vitalicio y, enseguida, emperador. Los ingleses construyen ferrocarriles y locomotoras. Y derrotan a España en Trafalgar.

"Todo anda alborotado con eso de la revolución en Francia. Pero, pase lo que pase, mientras siga en pie el comercio con neutrales no nos irá mal. No nos irá mal." Salvador de la Torre se complace en escuchar su propio eco, haciéndose, a su vez, eco de lo que todos los hacendados piensan: que se preocupen otros por la toma de la Bastilla o que celebren los de más allá la Declaración de los Derechos del Hombre. A ellos les basta con aplaudir a Arango y Parreño que ha conseguido, en Madrid, la libre trata de esclavos.

Peleándose la sede de la vieja Audiencia de Santo Domingo han despedido el siglo XVIII principeños y cubanos, con el consabido acompañamiento de un temblor y un par de huracanes. En el Príncipe, donde vuelve a ser alcalde un Julián de Miranda, el ciclón llega acompañado de las fechorías de un bandolero que se hace llamar El Indio Bravo y, llenando de pavor a los habitantes, los obliga a cerrar las puertas de sus casas desde el toque de oraciones. Apenas se recuperan en Santiago del terremoto de octubre cuando los vapulea el de Santa Teresa, acompañado ominosamente por vientos tan despiadados que, durante seis interminables horas, los cubanos temen correr la misma suerte que el siglo recién periclitado. A Luisa Boza y Salvador de la Torre, sin embargo, los furores de la naturaleza no les impiden buscar, con un acaudalado catalán de Cuba, la refacción necesaria para consolidar Guaninicum de Boza y convertir la finca del chantre, a la vuelta del siglo, en un ingenio de regulares proporciones: "Azúcar para venderla afuera: ya lo ha dicho Arango y haríamos mal en no escucharlo. Ese es el futuro si queremos una Cuba grande. O nos conformamos con vender mulas en New Providence, porque el tasajo que se trae de Montevideo lo están rematando a dos centavos la libra. ¿Quién, con esos precios, nos lo va a comprar a nosotros?"

En compañía del pequeño José Agustín, en el que ha depositado sus mejores expectativas, Salvador inspecciona la marcha de la hacienda que su mujer ha heredado del chantre y que él aspira a convertir en la joya del patrimonio familiar. Bernabé, mientras tanto, disfruta en Santiago de la cercanía de la madre, ocupada en remozar y reamueblar la casa del tío abuelo. Por los ojos y por los poros se le va metiendo en el cuerpo esa ciudad donde ella nació: los verdes son más verdes, chillan más alto los pájaros, las calles se columpian en divertidos altibajos y los tejados y el mar, en las bocacalles más empinadas, se ofrecen inesperadamente al alcance de la mano. Ya para entonces se ha enamorado del mar, desde que abordaron la goleta que los llevó a Manzanillo y presintió lo que sería la ricura del oleaje manso impregnado de ese sol tan picante. No para, pues, hasta que Luisa da instrucciones a Clotilde, y Clotilde a Felipe y la negra llena el quitrín de provisiones y el negro ensilla el caballo y, con él y la madre y Clotilde cómodamente instalados, parte el carruaje hacia la playa a los tres días de haber llegado a Cuba. En una caleta bien resguardada le enseña Felipe a flotar boca arriba, a acelerar las brazadas y patalear a la vez, y se deja ganar por él cuantas veces el pequeño amo lo desafía y, entre el ejercicio y la sal y el aire de mar, come como jamás lo hace en el Príncipe y le saca a la madre la promesa de repetir la excursión y así será porque no hay quien lo mantenga encerrado en la casa y es preferible vigilarlo en la playa que perseguirlo por el laberinto de callejuelas cuyos escondrijos aprende de Felipe para desesperación de Clotilde, a quien le toca además improvisarle un disfraz de ángel para colarse entre los diablillos que persiguen a una tarasca con el tarasquillo trepado por toda la Calle Ancha tapizada de enramadas, enseñarle loas para cantarlas en los altares y ver que no beba agualoja, por poco que ella se descuide, en los cobertizos menos recomendables. San Juan, San Pedro, Santiago y Santa Ana no serán días de playa sino de andar tras burros encintados y mamarrachos de a caballo, de San Tadeo a Santo Tomás, hasta que entra la noche y se prenden candeladas y fogatas y él, incansable, la trae a rastras entre tumbas y marimbas, arrebatándoles de paso una cometa tentadora a una pareja de novios amartelados en una ventana. Luisa lo recibe sin reprimendas, ordenándole a Clotilde que le dé un baño menos que tibio y le prepare el catre y el mosquitero, cerca de la puerta abierta, para que lo refresque la brisa del patio. Y, por supuesto, nada se comentará en la casa de recreo de La Aguada, donde el juicioso José Agustín lleva varios días con su padre de regreso del ingenio, dizque ayudándolo a poner en orden los libros de cuentas, cuando él y la madre van a reunírseles compartiendo, por primera vez, la complicidad de un secreto.

“¿Qué tal te fue con tus madamas?”, le preguntará burlón don

Salvador a su mujer, sabiendo que Luisa, haciendo honor a la remota ascendencia de los Betancourt, les abre las puertas de la casa de La Marina a las señoras Brouet, Desbordes, Dupré y Herault, cuyos maridos se afanan en fomentar cafetales en Guaninicum, bajo la generosa protección del gobernador Kindelán. Así se entera Bernabé de que en otra isla muy cercana, donde los negros se han rebelado, hay un sitio que se llama, sólo que en francés, igual que su villa natal. Muchísimos franceses han "invadido" Cuba desde hace años y ahora huyen del negro Dessalines que se hace llamar emperador en Port-au-Prince. No pierde ocasión de comentarlo, con acritud, don Salvador, quien añade una intencionada apostilla a su pregunta, deseoso de reprocharle a su mujer la larga estadía en Cuba: "A un tal *monsieur de l'Eglise* han tenido que deportarlo a Louisiana, porque lo pescaron procurando inducir a varios jóvenes, creo que hasta uno que otro pariente tuyo, a fundar por ahí una logia. Todo anda revuelto en estos tiempos. Trafalgar no fue más que el principio. Oye bien lo que te digo." Y se apresura a insistir, sin esperar por supuesto a que Luisa responda: "Lo único que habrá que agradecer a los franceses es que su revolución y el desastre que les hicieron los negros en Sainte Domingue nos sirvieron para vender más y mejor nuestra azúcar. Oye lo que te digo…" Bernabé espera en vano algún comentario de su madre, se acuerda de las pesadillas de la abuela, de Vicenta Agramonte y su amante francés y de la apagada monotonía del Príncipe. Con la algarabía de Santiago desatándole la imaginación calenturienta vuelve a la casa paterna fantaseando que algún próximo huracán, ¿o acaso una revolución?, barrerá un día la vetusta ciudad de sus mayores —por parte de padre— y obligará a la familia a emigrar para siempre a la retozona Cuba que ha visto nacer a la mamaíta Luisa.

Las delicias del café-concierto
Santiago de Cuba, 1809-1817

Algo se apagará la seducción de Cuba los cuatro años que dura la expulsión de los franceses. Cuando, en lo más caldeado del verano, pasa con su madre unos días en El Caney, Bernabé añora las visitas a los cafetales que, en el bochorno de la siesta, revive como un paraíso de jardines risueños con olor a heliotropo y a jazmines del Cabo, dulces arpegios de minués y contradanzas y un ramillete de floridas señoritas sonrientes que alternan con desenfado el español y el francés. ¿Cuándo volverán aquellas deliciosas tertulias que no sólo son privilegio de los cafetales? Porque el encanto de las damiselas ha refinado muchísimo los atractivos un poco broncos, hay que reconocerlo, de la ciudad más caribeña y más africana de la Isla.

Mucho se comenta en la casa de la calle de la Marina cuántas presiones obligan al hospitalario Kindelán a despedir a los franceses en 1809, mientras Fernando VII sigue retenido en París y la península forcejea para liberarse de sus liberadores. La suspicacia y un poco de envidia por el éxito de los industriosos extranjeros ha envenenado la convivencia, con el agravante de que el obispo Osés no los baja de herejes, republicanos y libertinos (Bernabé no deja de recordar a Vicenta Agramonte y su amante francés) y aprovecha para despotricar contra el gobernador y su mujer, quien le ha respondido, sin pelos en la lengua, en casa de Luisa Boza: “Bien haría el señor Obispo en morderse la lengua, que menos ofendieron ellos nuestra religión y nuestras costumbres que algunos de los santurrones que rodean al señor Obispo.” Tras lo cual, y a sugerencia de las señoras reunidas esa tarde en la sala de Luisa, Ana Manuela Mozo de la Torre se puso a redactar una minuciosa defensa de la conducta del marido que, impecablemente impresa, ha hecho circular por toda la ciudad.

No le da mayor importancia Bernabé a la noticia de que han elegido en el Príncipe un primer Ayuntamiento constitucional, con el tío Pedro María de Agüero, liberal, como regidor, junto con un Betancourt, un Varona y un Duque de Estrada. “Parece una lidia de gallos”, oye que sentencia su padre, “…liberales y realistas, insulares y peninsulares… una olla de grillos… No es mucho lo que vamos a avanzar con ese pugilato de palabras destempladas… No es mucho lo que vamos a avanzar…” Sabrá luego de José de Varona, marido de su hermana Mariana, que sale a Cádiz como diputado a Cortes por la provincia, nada menos que en fragata de guerra, y a la vuelta de un año se enterará de que ya está de regreso porque se han disuelto las Cortes.

Su padre sigue acudiendo puntualmente a las sesiones de la Sociedad Patriótica y el primo Ignacio de la Torre, hijo del tío Esteban y de Cupertina de Varona, resulta síndico en el nuevo Ayuntamiento. No entiende muy bien porqué, puesto que es liberal y todos dicen que se ha restablecido el absolutismo y se reinstaura la Inquisición.

Vuelven los franceses, por fin, en el mismo año 14, coincidiendo ese feliz acontecimiento con la llegada a España de Fernando VII, ansioso de derogar la Constitución del año 12 y la obra entera de las Cortes y con el interinato en Cuba, como gobernador, de un hermano de Ana Manuela Mozo. A Bernabé, que acaba de cumplir veinte años, la política le aburre soberanamente. Más le preocupa el deterioro de la pérgola y los jardines del Tívoli, a cuya restauración va a contribuir para poder disfrutar, en un ambiente rumboso, de las delicias del café-concierto. Y retornan las francesas. Poupée, que canta y baila de maravilla, se esmerará en iniciarlo en las artes amatorias, razón de más para encargarle chalecos y levitas al sastre francés que atiende una elegante clientela en la propia calle de la Marina, frente a la Lonja. La política es un enredo y no hay que perder el tiempo en descifrarlo.

Cada día le parece más tristona y enclaustrada Puerto Príncipe, por más que la *troupe* ecuestre de monsieur Breschard pretenda colorear su apagada atmósfera de tierra adentro y confirmar los merecimientos al título de Ciudad que recién le han conferido. De modo que nada le cuesta descartarla, sin remordimiento alguno, de sus proyectos de futuro. Cualquier pretexto será bueno para el relajante viajecito que, surcando transparencias caribeñas, lo reconcilia con la vida. No lamenta demasiado que su madre y su padre hayan optado, sin hacerlo nunca explícito, por residencias separadas, el uno en el Príncipe y la otra en Santiago, aunque sí le apena por ella, a la que de verdad quiere, que el motivo haya sido el nacimiento en Sibanicú de una criatura que le atribuyen a su padre. Extrañando el clarinete de monsieur Dubois y las danzas del Tívoli lo sorprende en Puerto Príncipe, en octubre de 1816, una advertencia del Oidor de la Audiencia, conminándolo a restituirse a la casa de su padre y reprochándole hallarse sin ocupación alguna y en flagrante desobediencia. Se ha alojado en casa de un amigo de confianza mientras atiende un pequeño asunto pendiente en esa Audiencia y, haciendo caso omiso de la llamada de atención, saldrá del Príncipe sin poner pie en la casa paterna.

El desencuentro entre padre e hijo ya no se disimula. Seguirá un ir y venir de cartas entre el Príncipe y Cuba, no entre padre e hijo sino entre don Salvador, cada vez más irritado e impotente, y el gobernador de Santiago, quien procura ofrecerle seguridades de que el hijo no tardará en cumplir: “Como siempre que se ha ido a Cuba sin

mi licencia, se perjudican mis intereses y mis negocios", alega el uno. Y el otro procura tranquilizarlo: "No me cabe duda de su voluntad de complacerlo: unos cuantos días de descanso le permitirán restablecer su salud quebrantada y devolverse al Príncipe."

Don Bernabé ha acudido al despacho de don Eusebio Escudero estrenando un precioso frac color avellana y un chaleco amarillo que hace juego con el sombrero de fieltro color topo, puesto que es diciembre y, por ende, invierno y nunca hay que descartar la cola del nortecito, aun en la caribeña Cuba. La conversación ha sido extremadamente cordial y el gobernador ha quedado muy bien impresionado. El joven Bernabé se pone a sus órdenes y asiente, todo oídos, ante la recomendación de evitarle al padre el disgusto ocasionado por el intempestivo viaje sin las previas bendiciones. Tan cariacontecido se le ve que no le cabe duda a don Eusebio de su disposición a complacer al preocupado don Salvador tan pronto como su frágil condición física (sufre algo de asma) aconseje emprender otro viaje.

Pero tan amables se le hacen los días en Cuba como insufrible el mal genio del padre, que los años han vuelto ríspido, tanto que Luisa se pregunta dónde quedó el apasionado por las melodías del querido y llorado Esteban Salas, mientras busca en la casa de la Marina el consuelo del piano y del intercambio de confidencias con amigas de infancia. A Bernabé le encanta disfrutar desde la hamaca esos aires, entre festivos y melancólicos, que sabe despertar Luisa en el teclado, mientras se va introduciendo en la atmósfera del pequeño cuadro que pende sobre el piano, donde dos amigas reposan sobre el césped junto a un estanque, entre árboles frondosos, con un delicioso *cottage* inglés al fondo. Le gusta muchísimo la sala de la madre, con el balance y el sillón y la consola esquinera con patas de cisne, el costurero con la comadrita que ella usa poco, las sillitas de lira, el sofá de rejilla, las mesitas de nido, los jarrones de Capodimonte, los platos franceses, con racimos de uvas y ciruelas, y los fruteros con retratos de Napoleón y Josefina que ella disfruta con ese afán de contradicción que la caracteriza y que nadie se atreve a criticarle.

El apoderado no cesa, entretanto, de mandar quejas al Príncipe. En todo se mete don Bernabé, alegando que a él le toca cuidar de los bienes de Cuba, que no son del padre sino de él y sus hermanitos puesto que le pertenecen a la madre. "Que yo nada tengo allá", se lamentará indignado don Salvador: "Catorce negros se han huido del ingenio por su intervención y dos que se cogieron confesaron que iban a quejarse de Granda, de quien querían vengarse, con el amo Bernabé…" Al mayoral lo llenó de injurias, en tono tan afrentoso que el susodicho no se atreve a relatarlo. Y el apoderado lo acusa de tratarlo como a un criado o esclavo de la casa: "Sólo quiere tener

dinero a manos llenas para acreditarse de hombre rico.” En fin, que mientras Bernabé permanezca en Cuba, Guaninicum y todo lo demás seguirá en el mayor desorden. ¿No significa ya nada la patria potestad? “Reclamo la presencia de mi hijo a mi lado”, insiste. La impaciente e indignada protesta de don Salvador se repite el 8 de marzo de 1817. O bien obedece o no recibirá de él, en lo sucesivo, ni alimentos ni socorro. Bernabé repite, una y otra vez, sus promesas al gobernador pero la verdad es que no ha pensado, en ningún momento, regresar al Príncipe.

Desmerecería grandemente
Santiago de Cuba, 3 de mayo de 1823-agosto de 1828

"Mi querido taitico: Hallándome en una edad bastante para poder ponerme en estado de matrimonio…" Cumple ese día treinta años y es hora de sentar cabeza. Está lleno de buenos propósitos: la cantante francesa, casada con un colono que se la llevó a Louisiana, es agua pasada. Ningún otro encandilamiento le ha durado como para volvérsele hábito y sólo aquella gatita deliciosa y zalamera le dejó, sin llegar a herida, alguna huella. Disfruta la buena vida, que dosifica según el antojo en idas a la playa, donde a veces se llega a pasar dos o tres noches durmiendo en hamacas en algún colgadizo de pescadores, embriagándose de sol y de agua con la sensación de libertad más exultante que conoce, sólo comparable con esa pérdida gozosa de sí que a veces le ha proporcionado el amor; en el teatro, que le alimenta la fantasía, tanto que por ratos se pone a imaginar escenas y a enhebrar tramas que luego le endilga a los amigos, sin que lo inhiba la dudosa calidad de lo que gusta llamar sus "pininos dramáticos"; en los conciertos de Rischer y de madame Clarais, a los que suele invitarlo su madre, que no ha dejado de cultivar la feliz vocación que le permite evadirse de pequeñeces cotidianas y soñar con lo que habría podido depararle la vida si le hubieran dado a elegir entre el oficio del matrimonio y el arte de la música y no se hubiera engañado queriendo conciliarlos: su madre, que le hace descubrir los secretos de la viola y del cello, las fiorituras de la flauta, la solemnidad del oboe y las sonoridades metálicas del clavicordio. A veces, sólo cuando insisten los amigos y si no hay otra diversión nocturna más atractiva, en una que otra casa de juego, donde ni el monte ni el tresillo le hacen perder demasiado el seso. Jamás le han faltado amigos y, si suele gastar más de lo que tiene, es porque no hay nada que le complazca tanto como hacer gala de una largueza de gran señor. Tierno con las mujeres, afectuoso y solidario con los amigos, correcto sin obsequiosidades con la gente de respeto y autoridad, cariñosísimo con la madre a la que adora, sólo se malquista con el padre, que no le tolera la vida disipada ni el temperamento insubordinado y no deja de hacer comparaciones con el impecable José Agustín, tan formal él, tan sensato y tan sólido.

Luisa Boza lo ha mimado siempre, sin disimular que lo prefiere a todos los demás, pero ahora que se le ha cruzado en el camino Teresita Fernández, le escatima el permiso que, a pesar de haber cumplido hace rato los veinticinco, le están exigiendo para casarlo. Las disculpas de la madre le duelen mucho más que los desaires del

padre, porque de ella hubiera esperado una respuesta incondicional, congruente con la norma que marcó siempre la relación entre ambos: condescendencia ilimitada con sus demandas, de cariño y de dinero. Precisado a correr el trámite antes de recabar, si lo orillan a hacerlo, el permiso de autoridades civiles y eclesiásticas, redacta una misiva mesurada al padre pidiéndole, "si es su voluntad", el pleno consentimiento, "a vuelta de correo". El enlace está concertado y los méritos de la pretendida son sobresalientes. Se ha mostrado con Teresita en todas partes, desde la inauguración del Coliseo en el mes de octubre, donde todo lo que vale y brilla en Cuba estuvo presente: ha empeñado su palabra, en toda la ciudad ha corrido la nueva del casamiento y desmerecería grandemente de la educación religiosa que sus padres le han dado y del honor que le han inculcado…

Sólo de pasada, porque haberla escogido él tendría que ser garantía suficiente de irreprochables antecedentes, añade que, por la madre, Teresita viene de una familia con igual prestigio en el Cabildo que en la Iglesia y en las armas, tanto en Cuba como en Bayamo: los Ramos, que se precian entre otras cosas de la reconstrucción de la Catedral en 1670, del peculio del presbítero don Francisco; de los ciento cincuenta mil pesos, de los de entonces, que aquél invirtió en limosnas y, sobre todo, de que la devoción a la Virgencita del Cobre haya desplazado en el corazón de los cubanos a la del Ecce Homo fundada, como todo el mundo sabe, en las visiones y voces de un perturbado: el chantre Lizano Luyando. De la familia paterna poco puede abundar, salvo que el abuelo llegó a Cuba con el grado de brigadier.

Dicho lo cual, se limita a advertir que, de faltarle el consentimiento tendrá que buscarlo dónde y cómo se pueda. Las bendiciones de don Salvador no llegan y Bernabé no tardará en llevar a Teresita al altar, sin la presencia del padre ni de Luisa, pero con el aval de quien comanda en esos días el Regimiento Fijo de Cuba, su amigo el joven brigadier Juan Francisco del Castillo, marqués de San Felipe y de Santiago. Cumpliendo la palabra empeñada, el marqués llega más puntual que los novios, dispuesto a firmar como testigo en la ceremonia que va a celebrar el presbítero Juan Font, quien se verá obligado a acallar varias veces el bullicio de la concurrencia, joven en su mayoría, antes de impartirles la bendición y ponderarles los muy serios compromisos que contraen. A Bernabé le pesa la ausencia de Luisa, pero se siente muy satisfecho de demostrar que, por encima de la terca voluntad de su padre, él hace la suya. La presencia de su amigo el marqués, y de los oficiales del Regimiento, todos jóvenes, elegantes y educados en Europa, le comunica una reconfortante sensación de plenitud y la seguridad de que le sonríe el futuro y de que el matrimonio habrá de conducir gloriosamente sus pasos. No cualquiera se casa, después de todo, llevando por testigo a un Grande

de España, aunque esa grandeza huela, muy criollamente, a tabaco: el cuarto marqués, padre de Juan Francisco, ha cedido cien caballerías a la Corona para repartirlas entre vegueros, siguiendo el ejemplo del primero, quien tuvo que saciar la demanda de tabaco de la Real Hacienda, cien años antes, para obtener el título.

No le ha faltado brillo, pues, al casamiento de Bernabé de la Torre y Boza con María Teresa Fernández y Ramos. Lo que falta es, como tendrá que reconocer muy pronto el joven marido en una cuidadosa carta dirigida al padre, recursos para la sustentación de ambos. El 15 de julio va a exagerar la disposición afectuosa: "Mi muy querido taitico: Por fin he cumplido con el deber de virtud y de honor que me inspiró usted desde mi infancia: yo comprometí mi palabra de matrimonio… y tuve a bien casarme con ella el día ocho… De su benignidad espero… Ruego a Dios por su felicidad y le hago extensivas las más finas expresiones de Teresita, que se le ofrece como una nueva hija para que la reciba en el grado de aprecio que a las demás."

Es escueta la respuesta de Salvador de la Torre. Teresita tendrá en su aprecio y estimación el lugar que ella se gane con su conducta y manejo. "Don Bernabé, hijo mío…" Se propone socorrerlo con alimentos, sí, pero con ciertas salvedades: veintiocho años lleva entrampado en treinta y ocho pleitos diferentes que se han seguido contra su caudal y, aunque varios se han finalizado, queda alguno de mucho valor e importancia y su bolsa está mermada por el desembolso de tantos pleitos, casi todos sobre fincas, y por eso resolvió darle a Ana Josefa, al casarse, cinco mil pesos en plata por no dárselos en haciendas litigiosas y no querer tocar la única que tiene sin pleito, de la cual solventa sus propias urgencias. Ofrece a Bernabé, en suma, lo mismo que a la mayor de las hembras.

Tras el salto de su hermano Gaspar de la alcaldía a una diputación provincial y un breve interinato del sobrino Pedro María de Agüero y de la Torre, hijo de su hermana Ana María, don Salvador no se siente apoyado por el nuevo Ayuntamiento que, en 1823, queda en manos de los más recalcitrantes cuando se apoderan de la mesa concejil el Conde de Villamar, don José Ignacio Loynaz y el licenciado Ignacio Agramonte, en medio de gran alboroto y con el uso de la fuerza, expulsando de mala manera a los liberales. El cuerpo capitular se convierte en un antro inquisitorial de delaciones, en palabras de quienes ese año tienen que andar muy cautos para no verse implicados en sociedades secretas como Los Soles de Bolívar, recién descubierta en La Habana. La Plaza de la Constitución vuelve a llamarse de la Iglesia Mayor; se clausura el Museo de Cera, en la esquina de Candelaria y San Francisco, donde aparecían exhibidos con la mayor propiedad el emperador Napoleón, con todo y su Estado Mayor y el

general Rafael del Riego; y el ex-diputado a Cortes José de Varona tiene que marcharse a La Habana y ponerse bajo protección del Capitán General porque, en su tierra, quieren meterlo en la cárcel. Salvador de la Torre piensa como conservador pero siente como liberal o, más bien, se siente más seguro cuando los liberales ocupan alcaldías y puestos concejiles porque la mayoría de los parientes están en ese bando. No lo pesca en buen momento, pues, el matrimonio de su hijo Bernabé, empeñado en seguir viviendo, al margen de cuanto ocurre, en el mejor de los mundos posibles: diversiones, buena ropa, dinero fácil y, para colmo, una mujer sin dote y una familia en puerta.

Bernabé necesita reconciliarse con su madre. Está convencido de ser, como le dice en su carta del mes de agosto, el hijo que más la ha amado, la ama y la amará hasta el último instante de vida. Se ha sentido preterido en relación con los hermanos, es verdad, y de ahí su modo extraño de los últimos meses, que ella ha resentido. Sólo una casaca y un par de zapatos, le reprocha, ha recibido de ella en seis años y, si anda endeudado, es por querer vestirse con la decencia que le corresponde y para que todos crean que sus padres cumplen con el deber al que, por Dios, están obligados. Es ella, en fin, la que está en deuda con él. Sin embargo, le hace confidencias para buscar de nuevo su complicidad y le habla del genio naturalmente vivo, demasiado, de Teresita que, por cierto, ¿cuándo le permitirá llevársela para pedirle sus bendiciones?

Queriendo apresurar la entrega que le hará el padre de un segundo anticipo de herencia, Bernabé visita el Príncipe, con Teresa, en el verano de 1827, animado por el marqués de San Felipe, cuyo regimiento ha sido trasladado a la ciudad de tierra adentro en el mes de abril. El marqués y demás oficiales del Regimiento Fijo de Cuba se dedican, sobre todo, a preparar un San Juan camagüeyano que pueda competir con el carnaval de Cuba, pretendiendo inyectarle algo de bullicio santiaguero al medio tono principeño. Pero no falta quien atribuya ese afán de festejo a borrar de las memorias el ahorcamiento de Frasquito Agüero y Bernabé Sánchez Pereira, un año atrás, en la plaza de la Iglesia Mayor. Todos saben que el alcalde, un comerciante peninsular, hizo una colecta entre los suyos para emancipar a las dos esclavas que delataron el desembarco, con propósitos subversivos, de los principeños. Bernabé, que se felicita de no haber estado en el Príncipe para contemplar semejante espectáculo, cree conocer demasiado bien al marqués para admitir que tales suposiciones puedan tener sustento. Regresa a Cuba sin sacarle un céntimo a su padre, que lo hará esperar todavía un año para ministrarle lo que queda pendiente del segundo anticipo.

Un desconocido desamparo
Santiago de Cuba, 1° de diciembre de 1831-8 de noviembre de 1833

Con cruz alta, capa, clamores, tres pozas, vigilia, misa solemne y acompañamiento de todo el clero se conduce ese día primero del último mes del año 31 de los 1800 el cadáver de la legítima consorte de don Salvador de la Torre, Luisa Boza y Betancourt, al cementerio de Santa Ifigenia. Bernabé procura enfermarse siempre que hay algún entierro, como si no darse por enterado de la muerte ajena pudiera ahuyentarle la propia. Ese día no tiene que fingir enfermedad: un desesperante acceso de asma le provoca tal sensación de asfixia que creerá morirse. Pero de este entierro no puede escaparse. Tiene que inhalar todo el día unos polvos que tardan mucho más que de costumbre en darle algún alivio, mientras Teresita procura mantenerlo de pie para recibir condolencias junto a los hermanos, en ausencia del padre que no ha tenido tiempo de llegar del Príncipe para asistir al sepelio. Afuera de la casa mortuoria, en la calle de la Marina, no caben los quitrines y las volantas, especialmente bruñidos los adornos de plata y muy ajuareados los caleseros. Adentro las señoras, vestidas de colores discretos pero no de luto, tienen que abanicarse a pesar de que principia noviembre porque la aglomeración agobia. De no ser por el ataúd y los cirios, la habladuría de los presentes y el chanceo de los cocheros más parecerían de fiesta que de velorio y Bernabé, que experimenta por primera vez en la vida un desconocido desamparo, se esfuerza por desechar aires de contradanza que se le vienen a la cabeza, entre imágenes de goletas a toda vela y de su madre espantándose los mosquitos con un abanico en un cocal frente a la playa, mientras él le grita desde el mar que mire lo bien que nada y ella gesticula y habla, sin que se alcance a oír lo que dice. Apenas puede contenerse las ganas de ponerlos a todos en su lugar. De echarles en cara que ninguno, más que él, tiene derecho a mirar por última vez un rostro que no les pertenece, que no desea condolencias, que sólo quiere que lo dejen en paz, solo con ella para poder conversar, para pedirle que se desprenda de la mortaja y se acomode para siempre en el taburete frente al piano y se ponga a tocar, y empiece a entonar una de esas melodías, entre festivas y melancólicas, que a él le gusta tanto tararear desde la hamaca haciéndole dueto. Que el cura, en el responso, pondere sus caridades le parece indigno de la discreción con la que ella las hizo siempre y, dejándose llevar de la mano de Teresa, como si fuera un niño, saldrá de la casa tras el

ataúd para encabezar el cortejo y caminará hasta la Catedral, donde el féretro será colocado en una especie de tumba entre salmos de difuntos, y luego subirá al quitrín con su mujer y Ana Josefa y el cuñado y le parecerá interminable el camino al cementerio porque el cortejo se detiene dos veces para el rezo y ceremonia, y tiene que sostenerlo Teresita para que no le flaqueen las piernas cuando la bajan a la tumba y Juan Font, que los casó, la despide a ella de esta vida y la encomienda al Señor en la otra.

Se le viene la idea en el camino de vuelta a la calle de la Marina pero la rechaza avergonzado. ¡Qué alivio! Como si le leyera el pensamiento, Ana Josefa lo sugiere y Teresita y el cuñado insisten en que es lo más cuerdo: hay que examinar la caja. Quién sabe qué puede suceder si se deja la cosa en manos de José Agustín y más vale, aunque luzca precipitado. Bernabé no guarda remordimiento alguno de haberlo propuesto, como postre del embarazoso almuerzo en que los hermanos se encuentran cara a cara, después de la ceremonia, con la incómoda sensación de enfrentarse a sí mismos, o de mirarse en el espejo, por primera vez. Nada se hará, ha sido el acuerdo, sin consulta y consentimiento de todos los herederos: "Para comenzar", propone, "ahora que todos estamos presentes, veamos qué contiene la caja y hagamos la repartición, como es justo, entre los seis." Ninguno se opone y a cada cual le tocan veinticinco onzas de oro y la sexta parte de otras partidas de dinero menos llamativas que hay guardadas.

En veinte días ya hay guerra declarada. José Agustín, Carlos y Luis Bernardo comparecen ante juzgado: don Salvador será, en vida, el único y legítimo albacea y sólo a su muerte quedarán, con facultades mancomunadas, don Bernabé y don José Agustín: no hacen más que obedecer, a la letra, el testamento materno. Porque Bernabé, sostienen, se ha erigido ya en administrador de todos los bienes y dispone a su antojo tal como le parece: acusándolo de decir y tornar y hacer y deshacer sacan a relucir la apertura de la caja como si ellos la hubieran rechazado y refrendan a don Salvador como albacea. José Agustín ya está planeando, con el más cuidadoso cálculo, la vida prometedora que tiene por delante. Ha pasado tres años estudiando en Baltimore y otro en Francia y ya se ha comprometido con una sobrina y nieta de gobernadores, Mariana Sánchez Griñán y Mozo de la Torre, cuyos caudales, sobre todo los que algún día va a heredar, son abundosos. Con todas las bendiciones de don Salvador se casan, pasados los términos de luto riguroso que la costumbre impone. Bernabé no ha vuelto a pisar la Catedral desde el entierro de su madre y tanto él como José Agustín rehuyen el encuentro desde que la desavenencia empezó a ventilarse en juzgados. A su padre tampoco ha vuelto a verlo.

No hace mucho que frecuenta con asiduidad a Désirée, instalada en

Cuba tras una temporada en el Coliseo, a la que le pasa una mesada, pero demasiado pequeña e insuficiente como para disfrutarla con exclusividad, lo cual lo trae en ascuas, de modo que empieza a buscar en el tresillo un complemento mientras entra en posesión de la herencia materna. En gestiones de cobro de alimentos con cargo a los bienes de su difunta madre se le va demasiado tiempo y el dinero escasea. Teresita, que de cuando en cuando se entera por alguna amiga comunicativa de las andanzas del marido, acaba de hacerle un escándalo mayúsculo, tachándolo de irresponsable y urgiéndolo a asegurarle a ella, al hijo y las cuatro hijas, una existencia decorosa. Hacer las paces con el padre y el hermano, lo conmina, es indispensable. Se van a hacer presentes, pues, en la ceremonia, donde nadie ha apartado lugar para ellos junto a Don Salvador, a pesar de ser Bernabé el mayor de los varones. Bernabé se lo reprocha a Teresita, con una significativa mirada de reojo: “He venido aquí para que me humillen y tú tienes la culpa”. Y luego, sin más, se sale de la catedral de la manera más ostensible, antes de que el arzobispo dé por casados a los contrayentes. Nada bueno habrá que esperar de ese desplante y Teresita, a quien no le ha quedado más remedio que seguirlo, con los ojos nublados de lágrimas, se le adelanta sin decir una palabra, lo deja plantado en la puerta, y se apresura a hacer señas a una volanta de alquiler para irse, sola y a su vez humillada, a su casa. Con un acceso de asma, que no le molestó desde el día en que murió la madre, lo ve alejarse avergonzado, y no es difícil suponer que se le clavan como perdigones las miradas burlonas de un corrillo de negros caleseros mientras, ya casi asfixiándose, camina el largo trecho que, en subida, lleva a casa de Désirée. Como le tiene más afición que a cualquiera de sus galanes, la francesita le prepara personalmente una fumigación con resina de algarrobo, que tiene en casa siempre por si acaso se ofrece, y una vez que lo ve tranquilo y recuperado, le da otras muestras, las más efusivas, de su incondicional apego. Cuando entre la noche y, conociendo a Teresita, suponga que ya se le ha pasado, correrá en su busca, dispuesto a jurarle que, en lo sucesivo, jamás tendrá nada que reprocharle. Y él mismo se lo creerá de veras.

El coronel de milicias y, por añadidura, caballero de la Orden de San Hermenegildo, don Francisco Sánchez Griñán, no escatima nada y el lucimiento de la boda de su hija Mariana con José Agustín de la Torre da mucho que hablar en Cuba. A Teresita le llegan por todos lados las noticias, como es de esperarse, de labios de amigas oficiosas. Que si hubo más de cien invitados en la casa, después de la ceremonia, y otros tantos negros para ocuparse de ellos. Que si dejaron afuera las volantas para que cupiera tanta gente y que si la brisa se dio gusto esa noche colándose por las galerías. Que si se lucieron las mejores joyas, en mujeres y hombres por igual. Que si el

número de platos, que si los merenguitos y las yemas dobles y el manjar blanco, y las flores en jarrones de porcelana y de alabastro y las luces multiplicadas en los espejos. En fin, de lo que se ha perdido por el acceso de asma de Bernabé.

Y eso que el padre de la novia no es dado al despilfarro sino un caballero muy serio, orgulloso de que al regidor Francisco Griñán, su tío, junto con el deán Francisco Mozo de la Torre, tío de su mujer, les deba Santiago haber sido la primera sede, en la Isla, de la Sociedad Económica. "Fundar escuelas, promover industrias, fomentar la agricultura, impulsar el comercio: llevamos cuarenta años pugnando por la felicidad común…", eso le escuchó decir la amiga de Teresita en lo más animado del baile, cuando ella iba y venía, meciéndose en pleno entusiasmo con su pareja y dejando que el corazón hablara. ¡Qué delicia de encuentros y reencuentros en la contradanza, separación mediante, rozándose apenas las manos con la punta de los dedos! ¡Y qué vértigo tan sabroso girar y girar en el intermedio, al compás de uno que otro vals! José Agustín va, pues, bien encaminado.

Como si yo lo dudara, piensa Teresita, que no quiere a su cuñado pero le reconoce todas las virtudes de las que carece el marido. "Salvo lo dadivoso" dice en voz alta, sin que la amiga le preste atención porque sigue entusiasmada, embebida en el aturdimiento del baile. Por lo dadivoso, que en Bernabé es más vicio que virtud, los anticipos de herencia han volado y están viviendo de los treinta pesos mensuales que le pasan del caudal de su difunto padre, mientras se hace la cuenta divisoria, lo que habrá de tomarse todavía medio año y algo más. Hace rato que he perdido de vista a María. Ella, que depositó todos los buenos augurios de la Providencia en la simiente de Gregorio, el que soñó engendrar con Juan Bautista, debe andar por ahí, haciéndose la desentendida, sin querer enterarse de los traspiés de Bernabé. Pero mal que te pese, María, lo que tiene que ser será.

El ritmo de la vida
Santiago de Cuba, septiembre de 1836-enero de 1843

"Ahora que la felicidad del país es tan promisoria, hay quienes quieren echarlo todo por la borda. ¡Ojalá ya no volvamos a oír de conspiraciones! La naturaleza nos dio bahías y vapores tuvimos antes que ellos y ahora serán los caminos de hierro: nadie podrá pararnos. Vamos a endulzar el mundo con nuestro azúcar. Seremos, óiganlo bien, seremos el país más productivo de la tierra." Bernabé detesta el tono sentencioso, idéntico al de su padre, que cultiva José Agustín. Han sido convocados para la lectura de la cuenta divisoria y, mientras el letrado prepara los papeles, José Agustín se complace en llenar el aire de humo con un tabaco muy aromático que ha extraído de una caja verde, engalanada con las columnas de Hércules, dos leones, la Corona Real y las armas de España. Ramón Allones dicen las letras de oro. Y, al pie de la alegoría: *Mi Fama por el Orbe Vuela.* Están en la oficina del letrado pero Agustín dispone de los tabacos como si le pertenecieran y los brinda a los hermanos, haciendo gala de buen conocedor. "Los está haciendo un gallego que no tiene mucho de haberse establecido en Vuelta Abajo. ¿Ustedes gustan?" Para Bernabé es un gesto inamistoso de José Agustín, que sabe muy bien de su asma, y rechaza la caja con otro, igualmente inamistoso. Carlos acepta y Luis Bernardo se abstiene. Rechazar el tabaco no le parece suficiente a Bernabé, quien anda en busca de pleito: "Pues, no creas, hay quienes dicen que la felicidad del país no es tan promisoria puesto que se labra sobre infelices." José Agustín lo mira de arriba abajo con incredulidad: ¿Desde cuándo lee Bernabé al barón alemán?, y con reprobación: ¿Cómo se atreve a presentarse, en una ocasión solemne como esa, de dril blanco a rayas y con sombrero de Panamá? Bernabé es un improvisador. Por supuesto que no ha leído a Humboldt, pero entre sus amigos hay dos o tres que pasaron por el Seminario de San Carlos y otros dos o tres que han vuelto del Norte o de París con un repertorio de novedades en los baúles y en las cabezas y, cuando se reúnen ahora, ya no es únicamente para hablar de hembras sino para echar a volar ráfagas libertarias de otras latitudes, declamar poemas de José María Heredia, felicitarse por las defensas que hace Saco de las dotes de los hijos del país, o compartir las opiniones abolicionistas del presbítero Varela. Él, que no es dado a especulaciones sesudas, pero sí sensible a las emociones intensas, ha descubierto un alma gemela en el cantor de la infancia tormentosa, las mujeres, la guerra y el océano y ha dado en traer en el bolsillo un fino ejemplar del *Himno*

del Desterrado para inflamarse con las invectivas a déspotas y tiranos, el hervor rebelde de las olas besando la playa y aquel verso que tanto se le pegó al oído: "que no en balde entre Cuba y España tiende inmenso sus olas el mar." Rápido para percibir y enhebrar impresiones, es capaz de improvisar respuestas sorprendentes como esa dedicada a herir a José Agustín en el punto más flaco de sus impecables criterios utilitarios, sin saber muy bien de dónde se la ha sacado. Luis Bernardo sonríe levemente, descubriendo a un desconocido Bernabé, y se pregunta cómo es posible que ese anárquico e imprevisible personaje sea el mayor de todos ellos y el siempre previsible José Agustín, tan incapaz de sorprender a nadie, el más pequeño.

El abogado carraspea para reclamar la atención y tocar el meollo de la reunión. Que no es por cierto la situación de la Isla, ni sus felicidades o desdichas, sino la muy concreta situación económica de los allí presentes. Hay que remontarse a la testamentaría del señor chantre, para averiguar cuánto le llegó de caudal líquido, por esa vía, a doña Luisa y cuánto queda, habida cuenta de que el quinto le tocó a don Jerónimo Boza y su viuda, Rufina Varona, sigue litis pretendiendo más de lo que ya se le entregó. Aunque no viene al caso, salvo por los botones de diamantes que le tocaron a doña Luisa, se lee el minucioso reparto que hizo el chantre de una caja de oro y dos bastones, más varias sortijas y otras minucias, manda a los padres jesuitas y a la Real Hacienda y las consabidas misas. Con todo lo cual, del caudal del chantre, que pasó de los cincuenta mil, tuvo que desembolsar don Salvador más de veinte mil pesos, a lo que hay que sumar el quinto en litigio, algunas deudas incobrables y los gastos mortuorios de ambos progenitores. Menos de diez mil pesos líquidos, pues, quedan para repartir.

Se pasa luego al inventario de bienes en Cuba y alrededores y en la región principeña. Con dotación de esclavos y tres domésticos, cañaverales, labranzas, animales, potreros, casas de paja y utensilios, carpintería, máquinas, enseres, mobiliario, mulitas, potrancas, terneros y otros detalles, el ingenio Guaninicum de Boza, si se excluye el menoscabo de algunos esclavos muertos y otros remitidos al Príncipe, puede valuarse en noventa y cinco mil pesos. La casa de recreo de La Aguada, con terreno, plantaciones, frutos y útiles, esclavos y animales, no pasa de nueve mil. La casa mortuoria de Luisa Boza, sita en la calle de la Marina, vale con sus muebles poco más de cuarenta mil y, si se suman Patricio y Fabián, Juan, Ana María, Valentina y Altagracia se le añade un valor de otros dos mil quinientos. Sólo que, en menoscabo del valor de la casa, para contribuir alimentos a don Bernabé y doña Ana Josefa ya se ha vendido media vajilla, un espejo de cuerpo entero con su mesa, una

araña, un sofá de caoba y el quitrín. Entre sesenta y cinco solares y un terreno de dos caballerías al pie del Puerto Boniato se suman otros doce mil y tantos y en prendas menos de mil. Los bienes reunidos de Cuba pueden traducirse, en pesos, en alrededor de ciento sesenta mil.

En el Príncipe queda la casa natal de don Salvador en el barrio de la Caridad, fabricada en los años setenta de los 1700 por el coronel y la coronela, valuada en cinco mil pesos, y otro tanto en prendas y alhajas, más doce esclavos; la Quinta La Reunión; la estancia La Cabaña, el sitio Flor de Mayo, el sitio La Caridad en el hato de Guaicanamar, el hato de Las Piedras, los sitios de Santa Ana, La Aurora y San Bernardo, vegas y casas de tabaco en El Níspero, los sitios de Lima y El Congo en el hato de San Pedro y el hato de Sabinicú, con un total de dos mil reses y doscientos caballos. Pero todo ello no pasa, según el avalúo, de cuarenta y nueve mil pesos. Entre el Príncipe y Cuba hay para repartir unos doscientos siete mil en bienes de diverso orden y, tomando en cuenta que doña Luisa aportó cuarenta y siete mil a la sociedad conyugal y don Salvador lo que tenía en el Príncipe, el resto son bienes gananciales. Del quinto y tercio disponible a voluntad, don Salvador ha excluido al mayor de los varones, Bernabé, así como doña Luisa a José Agustín. Cumplió con su conciencia Salvador de la Torre incluyendo en legados a Josefa Antonia Hidalgo y su hija Ana Regina, más dos varones de esa misma señora y a dos de otra de apellido Nápoles, a todos los cuales deja además un esclavo para su servicio.

Cuando el 7 de febrero de 1839 José Agustín de la Torre, en nombre de su mujer, inicia un litigio para reclamarle a los hermanos de ella que sólo se le haya adjudicado de la herencia de ambos padres una casa en la calle del Calvario, negándose a darle parte de las fincas, los terrenos y los esclavos que habrían podido fundarle una hacienda, por el muy bajo precio en que hicieron poner todas las fincas rurales, así como el mobiliario y menaje de casa, en inventarios y avalúos, lo que permitió simular que el valor de la tal casa equivalía a lo que recibían los hermanos en tierras productivas, José Agustín ya no se acuerda. O no quiere acordarse. También a Bernabé le adjudicaron la casa mortuoria de Luisa Boza, en la cuesta de la Marina, y el pequeño terreno de Puerto Boniato, sin participación alguna en las propiedades rurales que hubieran podido fundarle, igualmente a él, una hacienda. El litigio por esa divisoria, por cierto, aún no termina y pasará todavía otro año antes de que, en octubre de 1840, los seis herederos de Salvador de la Torre y Luisa Boza, queriendo dar término a la testamentaría y aproximarse a su conclusión por medio pacífico y conciliador, designen nuevo árbitro y amigable componedor para dirimir por fin tan larga y penosa negociación. La mitad de Guaninicum le ha tocado en el reparto a Luis Bernardo y la otra mitad,

por partes iguales, a José Agustín y a Carlos. El 11 de enero de 1843 José Agustín alegará derecho de retracto de abolengo y obligará a Luis Bernardo, que ya ha hecho tratos con el francés Louis Casaubon, a venderle su mitad. A partir de ese momento, Guaninicum será prácticamente suyo y no pasará año sin que el hermano Carlos deba reclamarle, por vías legales, el suministro de alimentos. Su buena estrella seguirá brillando, cada vez más alta en el firmamento, mientras la de Bernabé se irá apagando, lenta pero inexorablemente. El buen ojo de Agustín para los negocios es indudable: desde siempre supo apostarle al Progreso y sus transacciones financieras serán tan sólidas como erráticas las de Bernabé. Las acciones que va a adquirir en el ferrocarril del Cobre y en el de Sabanilla-Maroto no dejarán de subir y acabará por vender Guaninicum para comprar San José de los Ramos y La Mejorana, a los que dotará con los últimos adelantos modernos.

Bernabé, entretanto, pretende permutar la casa de su madre por otra, más modesta, de doña Úrsula Repilado y Ramos, viuda de Rafael Duany y parienta de Teresita, lo que le dejaría un margen de recursos en efectivo que, bien colocados, seguramente le permitirían vivir. Alegando una hipoteca de los padres de Belén que pesa sobre la casa, doña Úrsula, en prolongado intercambio de demandas y contrademandas, busca hacer nulo el contrato. Con sutilezas y sofismas, sin embargo, don Bernabé logra convencer al juez de su buena voluntad y de que doña Úrsula intenta distraer el buen juicio de esa autoridad con sutilezas y sofismas, con pomposidad, flores de elocuencia y palabras huecas. Tardará pues, en cerrarse el trato y para entonces ya se habrá endeudado. Sin noción alguna de finanzas e inversiones, incurrirá en errores cada vez más graves para el patrimonio de las cuatro hijas y el varón que le ha dado Teresita, sin contar a Juan Nepomuceno, arrebatado de los brazos de su madre, por el cólera, cuando apenas cumplía la abuela un año de muerta.

Atravesando la calle de San Juan Nepomuceno, en la esquina con la calle de la Marina, esa tarde de la lectura de la divisoria de bienes, a Bernabé se le cruzan las imágenes del hijo y de la madre con la suya reflejada en el espejo de la barbería de Flavien Philippon y se dice: “Tengo cuarenta y tres años y no hay marcha atrás.” Si la vida puede ser tan deleitosa, ¿por qué todo le sale mal? ¿Por qué, si él siempre le ha sonreído lo deja de repente así, tan desposeído, tan vulnerable, tan patético? Es apenas cosa de un instante. Se quita el jipi, se seca una sudoración imaginaria, y se da media vuelta para encaminarse a la Plaza de Isabel II, donde el general Lorenzo está a punto de poner en vigor, una vez más, la Constitución de 1812. Desde la plaza llegan ritmos de cocoyé, refinados por el oído catalán de la banda de Casamitjana. Todo ha de pasar: Dios aprieta pero no ahoga. La vida no

se te ha acabado. La vida volverá a sonreírte. Tú no naciste para morir niño, como Juan Nepomuceno, ni para morir joven, como el amante francés de Vicenta Agramonte, ni para morir antes de acabar de envejecer como tu madre. Tú no quieres saber nada de que algún día ha de llegarte el día. Tú naciste para disfrutar la belleza de la noche, los vientecillos suaves y las estrellas. Te gusta dejarte mecer por el rumor despreocupado de ese ulular de voces femeninas, como te dejabas mecer, en la hamaca, por las melodías festivas y melancólicas que sabían despertar en el teclado los dedos largos y propicios de Luisa. Y, sin saber cómo ni por qué, sólo por el placer de formar parte, de fundirte y confundirte en el barullo que te ha atrapado desde niño, de dejarte llevar sin demasiado esfuerzo por ese ritmo de las cosas y de las gentes que sientes bullir de repente, con más hervor, sin previo aviso, y que siempre, siempre, has sabido escuchar, seguro de que es el ritmo de la vida, te unes al coro de cubanos entusiastas que, en plena Plaza de la Constitución, entre repiqueteo de campanas y ulular de sirenas de todas las embarcaciones surtas en puerto, entonan esta noche el Himno de Riego.

La suerte del Coliseo
Santiago de Cuba, 19 de diciembre de 1849-3 de diciembre de 1852

Cuando Bernabé de la Torre y Boza deserta de sus lares, la historia de su estirpe da una vuelta de tuerca y una línea cortada, llena de altibajos como las calles de Santiago, rompe la secuencia secular de historias cobijadas en la planicie del nido principeño. El tiempo, poblado de cotidianidades azarosas pero inscritas siempre en un orden conocido, ha transcurrido implacable, pero relativamente benigno, en su ciclo de nacimientos y de muertes, con ciertos promontorios alzados y muchos valles apacibles, siempre sin caídas demasiado ruidosas en la infelicidad o en la pobreza.

En las mil y una noches de los siglos de cualquier linaje no pueden faltar, sin embargo, los puntos de ruptura que anudan pequeños dramas y, en algunos casos, dan cuenta de auténticas mutaciones. En la larga y segura caravana de los años que imagina para sus descendientes María de la Torre, en el Príncipe, un 8 de mayo de 1574, muchos quiebres van a darse cuando, al marcar los calendarios el primer día del año de 1800, la Isla despierta más ligera que nunca como si, para desembarazarla del pasado, bastara uno de esos nortes veleidosos del inviernito antillano. No es raro porque una incierta provisionalidad pende sobre la existencia de sus habitantes, expuestos siempre a vientos, pestes, terremotos y a toda clase de depredadores humanos, porque el reino animal es tan inofensivo que ni las culebras, ni los alacranes, ni las arañas tienen ponzoña. Del gesto romántico de Vicenta Agramonte irradia, brevemente, la misteriosa seducción que induce a quemarse, de una u otra forma, en el fuego de la libertad. Con menos *panache* romántico también Bernabé, a su manera, se consume en esa hoguera. Vicenta ignoró la advertencia de la joven abuela que, gastada por días, meses, años y siglos, no le alcanza para preservarla del demasiado amor: casada con un primo como tantas otras de su sangre, no lo ama como María de la Torre amó a Juan Bautista de Roxas y, cuando se le cruza en el camino un forastero de palabra envolvente y mirada intensa se deja atrapar sin titubeos por el oscuro llamado que entrega indefensa a la mariposa al abrazo de las llamas. Bernabé nunca sabrá cuánto lo marcó la historia de Vicenta Agramonte. Siendo varón, el buen sentido tendría que habérsele dado por descontado: tendría que saber mantenerse en el redil de las convenciones que preservan tierras y caudales de las interferencias del capricho y, mucho más, de la pasión. Pero ha nacido tan desprovisto

del más mínimo buen sentido y con tan desenfadada propensión al disfrute que se excluirá del pacto implícito que sella la cohesión familiar y no sólo se desprende del coto principeño sino que busca cónyuge fuera del reincidente laberinto genealógico. Vicenta ha conocido la embriaguez de confundir el abrazo de la muerte con el abrazo del amante. Bernabé será menos osado pero la fortuna, a la que persigue más que a cualquier amante, no será amorosa con él: el dinero se le escapa como si le quemara las manos y la incapacidad para conservar hasta lo más querido lo pondrá en la tesitura de perder, casi, a su Teresita del alma. Algo, que lo empuja a dilapidar, puede más que el deleite de poseer y su fruición por agotar el zumo de la vida dejará en la calle a quienes nunca podrán llamarse, propiamente, sus herederos porque no heredarán nada.

El genio naturalmente vivo de Teresita va a desbordarse en 1849: sus hijas, sin duda con derecho a otro destino, pasan la vida más infeliz. Es en ese año cuando decide casar a María Trinidad con el tío Agustín, su hermano, y antes de que el año termine, a unos días apenas de las Pascuas de Navidad, se atreverá a ventilar en público sus infortunios privados y a solicitar ante el juez competente que se le retire a don Bernabé la administración de sus bienes promoviendo, a la vez, un informativo de insolvencia. Y no sólo hará todo eso sino que insistirá en ir, personalmente, a presentar la demanda, como si dar materialmente los pasos que separan el bufete del abogado del escritorio del alcalde mayor ya empezara a depararle un alivio. En el camino, al pasar por el solar donde estuvo el Coliseo, siente esa cerrazón extraña, entre el estómago y la garganta, que le sobreviene en el pecho cuando algo la oprime demasiado. No hace mucho que acabaron de demolerlo. El florecimiento, el esplendor y el deterioro de ese edificio que presenció la prometedora primavera de sus amores le parecen comparables al ciclo de su propia vida, que ese día se encuentra, apretándole el corazón, en su punto más bajo, el declive de su matrimonio y la penuria de ella y de las muchachas. Al licenciado Hilario Cisneros, que se ha prestado gustoso a ofrecerle asesoría legal sin cobrar honorarios, y que camina a su lado las pocas cuadras que separan el bufete del juzgado, le pide detenerse un instante y le confía: “La suerte del Coliseo ha sido la suerte de mi vida, Hilario, ¡Quién habría podido imaginarlo, con lo precioso que era ese teatro y con el porvenir tan glorioso que me pintó Bernabé!” Hilario, entre el desconcierto y la mortificación, pretende reconfortarla: “Siempre hay que pensar, Teresita, que las cosas podrían haber ido peor. Dale gracias a Dios que te ha permitido buscarle un remedio a todo esto y tomar una buena decisión.”

Llamarle a las desgracias que le han caído encima “las cosas” le parece a ella demasiado vago e impropio de alguien tan letrado y tan

sensato, pero prefiere no contradecirlo porque sabe que está poniendo su vida, y la de las niñas, en las manos bondadosas de aquel excelente amigo y de Manuel su hermano quien, a pesar de la estrechísima amistad que lo une con Bernabé, valora por encima de todo la compasión y la justicia y, aunque sin estampar su firma al calce, le está ofreciendo por igual asesoría y buenos oficios.

"Esa Teresita es candela", ha sido el comentario de los Fernández y los Ramos, "y le está prendiendo candela a los blasones de Bernabé." Los pruritos de abolengo de su marido, es verdad, no le inmutan el temple y lo que sí le despedaza el corazón, como insiste en su escrito, es intuir que lucha con imposibles que a una mujer no le es dable vencer. El hijo mayor y dos de las hijas han alcanzado a educarse gracias a que ha hecho milagros y bien saben que no pueden contar con más caudal que el que les produzca su trabajo con el agravante, para las hembras, de que la posición de la familia no les permite otras ocupaciones que las convenientes a su sexo, es decir, dar clases de francés, de dibujo y de piano y, de cuando en cuando, bordar el *trousseau* de alguna novia con la colaboración de la propia Teresa, que está dispuesta a quemarse las pestañas con tal de que sus hijas no se vean en la tesitura de tener que salir a pedir limosna. Tan así de grave se le figura el porvenir de las niñas como se obstina en llamarlas, y el suyo propio, que le ha abierto el corazón a Manuel y a Hilario Cisneros, sabiendo que no procede, por razones obvias, que Agustín su hermano, que ejerce la abogacía en La Habana, le lleve la causa.

La casa de la calle de San Félix, donde siguen viviendo, es la que Bernabé le permutó a Úrsula Repilado, después de tantos pleitos, por la de la calle de la Marina que fue de su madre, y ahora hasta esa casa peligra porque pretende rematarla para resarcirse de una retahíla de negociaciones desacertadas, fundadas en cálculos estrafalarios, que han sido, alega Teresa, "el único y constante objeto de su vida". Del dinero en efectivo que recibió por la casa de Luisa Boza, además de la casa de San Félix, ya no queda nada. En obsequio de la paz conyugal ella ha tolerado su imprudente manía de negociar sin tino: la mala administración, y no desgracias imprevistas, como alega él, han ido consumiendo la herencia familiar y sólo la apremiante necesidad la decide a solicitar que se le declare incapaz de administrar sus bienes para no quedarse, literalmente, en la calle.

La pequeña dote y una modesta herencia paterna de Teresa ya han sido legalmente aseguradas en una parte de la casa de San Félix, para protección suya, pero ahora exige que la propiedad del inmueble sea puesta en entredicho para evitar que la Real Hacienda se cobre con el colgadizo anexo de la calle de Santa Lucía los adeudos por el arrendamiento de la estancia La Chivera y que, recibido el sobrante, Bernabé se lo bote o, lo que sería aun más grave, pretenda

desprenderse, como amenaza hacerlo, de la totalidad de la vivienda.

Va a aportar Teresa Fernández, en aval de sus verdades, testimonios tan irreprochables como el de don Joaquín Ferrer, decano del Real e Ilustre Colegio de Abogados, y el de don Joaquín Navarro, abogado defensor de su marido en cobranzas de contratos celebrados sin contar con qué cumplirlos, a quienes irán a tomárselos en sus respectivas moradas, y el del joven bachiller en leyes Benigno Santacilia, de regreso del exilio al que sometieron a su padre por proclamar la Constitución, con el general Lorenzo, en 1836. Coincidirán todos en que no a vicios sino a falta de juicio se debe que don Bernabé de la Torre y Boza, considerado hace apenas unos años como una de las personas ricas de aquella plaza, se encuentre enteramente pobre, por el funesto resultado de cuantas transacciones ha emprendido. O se le nombra un curador que provea mensualmente el sustento de él mismo y su familia o acabarán mendigando, lastimosamente, la caridad pública.

El asombro de don Bernabé será mayúsculo. Siendo padre amante y buen esposo, se apresura a alegar, ha perdido la salud combatiendo los infinitos reveses que han rondado su vida, procurando salir airoso, y ahora se le acusa de sus propias desgracias como si fuera un delincuente. Hombre prudente y previsor y no pródigo o demente como se desprendería de las acusaciones de su consorte, su vista alcanza más allá que la de una mujer débil e inexperta y, en obsequio de la paz y del buen nombre y en muestra de nobleza, se abstendrá de litigar y le otorga a su esposa un poder general: a ella le tocarán en adelante los cuidados y fatigas que él ha venido sufriendo para sortear los malos años, enfrentando gastos familiares equivalentes al doble de la tan cacareada herencia, llena por lo demás de drogones que también ha tenido que cubrir y con el agravante de que su señor padre lo privó del tercio y del quinto, poniéndolo en absoluta desventaja con sus hermanos. Darle a ella una lección y recuperar, con la tranquilidad, algo de su deteriorada salud serán ya un premio suficiente.

Entre el terremoto y el cólera, el verano de 1852 desolará y diezmará a Santiago. En la calle alta de San Félix, en contraste, vuelve a instalarse la alegría de las muchachas y el sosiego de Teresa, aliviada de que Bernabé, dándose por ofendido y maltratado, haya ido a buscar posada en casa de su hermano Luis Bernardo, siempre tolerante y comprensivo, siempre derrochando una calidez que le procura las buenas voluntades ajenas. Su vieja nodriza acaba de dejarle, al morir, una atarazana con solar en la calle de San Carlos y tres negritos libertos, que permanecerán al servicio y cuidado del tío Luis hasta cumplir los veinte años. Luisa Boza se llamaba la morena, nacida en África y de nación mandinga, que la abuela Luisa Boza puso

en libertad, por petición de Luis Bernardo, al casarse ella con un negro ya libre de apellido Figueredo. “A José Agustín y a Luis Bernardo Dios los colmó de todo lo que les escatimó a Bernabé y a Carlos”, se oye comentar a Teresita, “no sólo los caudales sino el buen tino para conservarlos. Y a Luis le dio además ese don de gentes que no le falta a Bernabé, pero que dilapida como todo lo demás, ese darse a querer que ha ido malbaratando por dondequiera. Luis, en cambio ¡qué bien ha sabido administrarlo! ¡Qué bien ha sabido administrarse!”

Se fue de casa Bernabé al quedar formalizado el entredicho y a Luis le ha sorprendido una vez más lo imprevisible de los arranques del hermano: otorgarle poder a Teresita es evitarse la vergüenza de un curador y hasta hacer gala de magnánimo. El día de los doce temblores, uno de los negritos de Luisa Boza será enviado a comprobar que no hay novedades en San Félix, aunque en el fondo todos confían en el dicho de las abuelas: las casas en Santiago están hechas a prueba de terremotos. Pero el 31 de agosto la ciudad no soportará la prueba y cundirá el pánico cuando un tremendo trepidar de la tierra, acompañado de vientos huracanados y lluvias torrenciales, se ensañe sobre la Catedral, cuya media naranja se desplomará como hace un siglo. Por doquier caen arcos y muros ruinosos, torres y techados en Dolores, el Carmen, la Trinidad, Santa Ana, Santa Lucía, Belén, Belencito y el Cristo, la Casa Arzobispal, el Seminario y la Casa de Gobierno, y se abren grietas en la Aduana y el Hospital Militar. Luis Bernardo manda por la cuñada y las sobrinas cuando empieza a vislumbrarse el laberinto y a Bernabé le ha empezado un acceso de asma, y las dos familias, puesto que Luis ya tiene varios años e hijos con Isabel Soler, se trasladan al Caney, donde han fabricado una quinta de recreo, requiriéndose para llevarlos a todos que la volanta haga tres viajes porque en los dos primeros no caben los negritos de Luisa Boza, la cocinera y la criadita ni la mulatica Claudina, única ayuda de Teresa en la casa de San Félix.

En el Caney, donde todo se vuelve fiesta por la convivencia de los jóvenes con amigos de familias vecinas, refugiadas igualmente de los sobresaltos de Santiago, la desavenencia parece restañada, como si no hubiera pasado nada. Mientras Teresa e Isabel trajinan en la cocina sazonando gallinitas de Guinea, aporreando cangrejos, guisando serruchos a la principeña que reclama Luis Bernardo, y preparándole a Bernabé un ponche de huevos, merenguitos de almendra, azúcar quemada, dulce de cidra y jalea de mamey de Santo Domingo, Bernabé alterna la irritabilidad, la tristeza y el insomnio con el disfrute del fresco en la hamaca y de las danzas que su hija Trinidad y su sobrina Susana ensayan al piano para las tertulias de la tarde, mientras Luis Bernardo intenta inútilmente llevárselo a pasear a caballo para quitarle una hipocondria a la que hace responsable de

todos sus males. “¿No ves lo flaco que está y lo inconstante que es?”, se ríe Teresita desde la cocina: “Pregúntale al doctor Storch, que conoce muy bien eso de la hipocondria y dice que sólo les da a los catalanes. Lo que tiene Bernabé es otra cosa, es ese temperamento nervioso que sacó de su madre, ese humor que lo trae a mal traer, esas palpitaciones… Ahora mismo voy a darle un fricción con toronjil y un cocimiento de lo mismo, para curarlo por fuera y por dentro…”

“Hace un año, ¿te acuerdas, Luis?, estaba todavía Santacilia, me refiero a Pedro, el poeta, tan fino y tan simpático, y tan inquieto, tan inquieto, que por obra suya y de sus amigos se suspendieron aquí en el Caney los bailes, por lo del fusilamiento de Agüero en el Príncipe. Agüero, que venía siendo nieto de la tía Ana María y, como quien dice, primo nuestro, aunque debo decir que yo ya había cumplido los veinte cuando nació él y ya andaba por estos lares…” Bernabé empieza a sentir un desfallecimiento, como cuando algo le anuncia un acceso de asma, y hace un gran esfuerzo para mantenerse encima del caballo: “Sí. Primero fue aquí y luego en Cuba, en la Sociedad Filarmónica, ¿te acuerdas que se le acusó de acuchillar el retrato de Isabel II?, hasta que lo encerraron en el castillo del Príncipe, en La Habana, y luego lo deportaron. Me refiero a Santacilia, por supuesto, que al pobre de Agüero, a Joaquín, a ese lo fusilaron.” Luis Bernardo se lamenta de que a conocidos y parientes les estén ocurriendo tales desgracias y Bernabé, pasado el vahído, comenta sin asomo alguno de frivolidad: “Sabes, yo no diría el pobre de Agüero. Yo, a los que tienen ese coraje, a los que son capaces de hacer lo que él hizo, les tengo mucho respeto, y lo que lamento es que este maldito temperamento mío…” Luis Bernardo voltea a mirarlo con la misma sorpresa que siempre le producen las imprevisibles salidas de Bernabé y sonríe como aquella mañana de la cuenta divisoria, hace quince años. Envejecemos, piensa, pero seguimos siendo idénticos.

Las imprevisibles salidas de Bernabé no son, bien lo sabe su hermano Luis, sólo verbales y pronto podrá comprobarlo una vez más. Pasado el peligro de los temblores y de regreso todos en Santiago, Bernabé va a desaparecer un día de la casa de San Félix sin despedirse de nadie y la familia entera entrará en pánico porque se ha declarado por esos días una epidemia de cólera morbo, aunque ya es septiembre y ha pasado hace rato la canícula y lo más riguroso del verano. Desde la cárcel donde han caído las primeras víctimas, el mal se extiende por los barrios pobres y las casas pudientes y mata hasta a los sepultureros que arrastran el carretón al camposanto y ya no quedan boticarios que vendan el ácido sulfúrico y el opio que, mezclados con canela y diluido todo en agua de cebada, hay que administrar a los moribundos antes de que se vuelvan cadáveres. Teresita corre a avisar a Luis Bernardo, quien la conmina a partir con ambas familias hacia el Caney

antes de que sea tarde y, sin embargo, se lanza con ella, que de ninguna manera acepta quedarse, esa noche, entre fogatas que pretenden purificar la atmósfera por todos los rumbos de la ciudad, en la búsqueda inútil del niño perdido, que como niño se comporta ¿o acaso no está de acuerdo Teresa?, el mayor de sus hermanos. Alguien dice haberlo visto encaminarse hacia el rumbo de La Casa Azul, allá en las afueras, por donde la laguna, y Luis intenta negarse a que su cuñada lo acompañe a aquella extraña mansión que dicen embrujada, propiedad quizá de un francés y, lo más probable, guarida de tahures o de mujeres de la vida, que ni el propio Luis Bernardo lo sabe a ciencia cierta pero lo imagina y más teme encontrarse allí al hermano que no encontrarlo, y no hay modo de convencerla porque es terca como una mula, candela como dicen sus parientes, y hacia la casa embrujada tiene que conducir el negro Fermín la volanta, sólo para comprobar que está cerrada a piedra y lodo y envuelta en el resplandor de un montón de hogueras que han prendido unos cuantos negros acampados, que juran no saber nada de los habitantes, que ni un alma en pena ha salido a recibirlos y que, ni falta hace que lo recalquen entre palabrotas y risotadas, no compartirán refugio con nadie. Teresita tiene que darse por vencida porque el cuñado le ordena tajante a Fermín dirigirse a San Félix para que ella empaque lo imprescindible, mientras pasan por los suyos. La volanta hará tres viajes y en el segundo irán Teresa y sus hijas y la mulatica Claudina. Se le encoge el alma de pensar que, por el bien de las hijas, tiene que dejar allí extraviado a Bernabé, quién sabe si vivo o muerto, en medio del aquelarre. Cuando el cólera también pasa a ser pasado y un buen día, sin dar explicación alguna, Bernabé abre con su propio llavín la puerta del número 22 de la calle alta de San Félix, mientras las hijas corren a abrazarlo, ella sale echando candela, es decir, dando un portazo. Para entonces ya está enterada de que su marido ha pasado la inclemente temporada del cólera en una casa en las afueras que no es precisamente La Casa Azul, aunque sí la propiedad de un francés, o más bien, de su viuda, la madama Madeleine Sophie Brun, que surte de pastelería fina a las mejores familias de Cuba y a la que no hace mucho que él le vendió, sin el conocimiento de Teresita, una atarazana con solar en la calle de Santa Lucía.

Deliciosa ligereza
Matanzas, agosto de 1852

El siguiente Bernabé, sin tierras ni caudales que litigar, conocerá un desafío estimulante: trabajar no ha sido un verbo demasiado conjugado en la familia, que nunca vio como tal la vigilancia de los hatos y las vacas, el mando de las milicias o el desempeño de oficios honorarios en el Cabildo. La ruina del padre y la animadversión de la madre por los inútiles blasones que tanto presumió el desbaratado del marido y que sólo le sirvieron, según ella, para presumir y disiparlo todo, contribuyen a despertar en Bernabé de la Torre y Fernández un prurito absolutamente inédito: la determinación de empezar sin lastres el labrado paciente de una existencia fundada en el mérito propio, el empeño, la constancia y el respeto por la inteligencia.

Agustín, el hermano de su madre, ha cursado en el Colegio Seminario de San Basilio el Magno los cinco cursos requeridos de derecho civil y canónigo, sin excluir lógica y metafísica, y luego ha recibido la licenciatura en la Real y Pontificia Universidad habanera, precisamente en el año de 1831, cuando él apenas cumple tres años y la recién llegada María Trinidad llora inconsolable sobre la pila de bautismo, como si presintiera la vida infeliz de la que, veinte años después, querrá rescatarla su madre, para lo cual decidirá casarla, precisamente, con el tío Agustín. Al lado del tío e inminente cuñado, Bernabé sale de Cuba, después del bachillerato en el Colegio de Santiago, donde enseña otro tío, Manuel Ramón Fernández, para estudiar leyes en La Habana. Lo empuja la decidida obstinación de Teresa, siempre dispuesta a seguir haciendo milagros. Lleva dos años cursados cuando uno de sus mejores maestros, que ejerce además la abogacía junto al tío Agustín en la Real Audiencia, lo invita a pasar unas vacaciones en Matanzas. Esas vacaciones cambiarán el curso de su vida. Es allí donde va a descubrir que esa vida sólo vale la pena vivirla al lado de Rosa, la menor de las hembras de don Santiago de la Huerta con Nicomedes Roque de Escobar y Montoro.

Esa niña vestida de muselina azul, acentuada la delgadez de la cintura por un corpiño sabiamente ceñido y la morbidez del escote por una cascada de encajes, es la réplica perfecta de la deliciosa ligereza que irradia la pequeña ciudad simétrica y elegante, suspendida en una prodigiosa transparencia azulada, celeste y marina, acariciada sin cesar por una brisa refrescante y transitada por melodías lánguidas que se entremezclan en el oído del paseante con excepcional consonancia.

Me parece prudente, María, que te sacudas el sopor y pongas atención. El destino familiar se recompone y lo que va a ocurrir no tiene por qué disgustarte. Veamos.

"Matanzas: ¡Qué nombre tan impropio para un sitio tan exquisito!", le ha susurrado Bernabé a Rosita, procurando no perderse demasiado en el jugueteo de motivos rítmicos del *pianissimo dolce, dolcissimo, morendo,* y aprovechar a un tiempo los compases de *Mi agradable sueño* para entablar con la pequeña libélula que resplandece entre sus brazos un diálogo sentimental que desearía interminable. ¿Cómo no ha de parecerle significativo que la última contradanza elegida para esa noche lleve el nombre propicio de *El Himeneo?*

La niña tiene catorce años y Bernabé veinticuatro, pero es precoz y sonríe encantada cuando él la llama gacela mía o niña hechicera, robándole versos a Joaquín Lorenzo Luaces, su compañero de estudios, quien lo ha distraído de los áridos textos jurídicos para iniciarlo en la frecuentación de odas y sonetos. Por Luaces se ha acercado a la Facultad de Filosofía y a las animadas tertulias habaneras donde Felipe Poey, sin abandonar la compañía de sus uránidas y ninfálidas y sus *Hynmenites cubensis*, declama versos de Corneille y de Racine, encendiendo vocaciones líricas entre los jóvenes científicos y despertando curiosidades de observación entre los aficionados a las letras. Suben a la azotea cada tarde para ver cómo el sol poniente va dorando el río San Juan, que fluye a espaldas de la casa y él suele llevar consigo algún librillo para enamorarla mejor y ella se deja enamorar, abrazándose a alguna de las urnas que, exhibiendo rondas de danzantes griegas, decoran el pretil y ambientan de maravilla las anacreónticas que entona Bernabé. ¿Te recuerda esto algo, María? ¿Te alebrestan el corazón, como hace tres siglos, unos versos? Cuando por fin se pone el sol, los tonos sonrosados del celaje, la tranquilísima bahía que todavía se distingue y la sucesiva aparición de las constelaciones cuyos nombres va inquiriendo Rosita, aplaudiendo la aparición del Centauro y de Argos y haciéndole sentir que tiene mucho que enseñarle y ella mucho que aprender, todo ello en el balsámico ambiente propiciado por el vientecillo que levanta el río y las ráfagas que juguetea, de cuando en cuando, el mar y por una luna que de noche en noche va creciendo hasta hacerse enorme, amarilla y a la vez transparente como si fuera de papel de China, él le sugiere que no hay que esquivar el deleitoso juego del amor sino, como propone su amigo el poeta, beber, preciosa y blanquísima Rosa, del agua ardiente de la vida. ¿Estarías dispuesta, María, a admitir que te equivocaste? ¿O a lo mejor oyó mal Candelaria? ¿A lo mejor quisiste decir: "No amar demasiado es pecado mortal"?

Para entonces ya va subiendo las escaleras Mariana, la hermanita, que irrumpe para sorprender *in fraganti* a los novios, o doña

Nicomedes que procura hacerse oír a tiempo para no avergonzarlos. Uno de esos días, cuando están a punto de terminar las vacaciones y ya se han hecho todas las excursiones posibles, al valle de Yumurí y a Cantel y a San Miguel de los Baños, y larguísimas caminatas por playas solitarias bajo la discreta vigilancia de la madre, don Santiago toma la palabra: "Mi padre era asturiano y militar y mi madre habanera. Yo soy habanero y abogado. Mi mujer nació en Remedios, pero es matancera por los cuatro costados." Bernabé querría interrumpirlo y tomar la iniciativa, pero el padre de Rosita no está dispuesto a cederla: "Me gustas para yerno, Bernabé. Pero ya están sobrando en la Isla tantos abogados. Ser maestro, en cambio, es hoy por hoy un gran oficio. Hay que enseñar a los muchachos a pensar, como a mí me enseñó Varela: jamás olvidaré sus clases de lógica en San Carlos. A mí fue él quien me abrió el entendimiento. A mí y a toda mi generación. Eso es ser maestro: inducir, con ese estilo suyo tan dulce y amigable, a descubrir verdades en la experiencia. A ti te veo madera. Y aquí tenemos el mejor colegio de España y sus dominios, como ha dicho ese otro gran sembrador de luces que es don José de la Luz, y conste que no es juego de palabras. Aquí tenemos un colegio que no tiene que envidiarle al de don Pepe donde, por cierto, mi hijo Santiago cursó tres años para Bachiller en Artes. Y ese colegio se llama La Empresa, porque se trata en efecto de una gran empresa en la que hemos invertido algunos, no pocos, a quienes nos preocupa el porvenir; porque se trata de la tarea más decisiva, del empeño más importante: educar para que la Isla se vuelva cada día más próspera y más ilustrada. Educar para el Progreso, ni más ni menos." Don Santiago hace una pausa para medir el efecto de su discurso.

Bernabé está un poco atónito. El suegro, porque eso ya se ve que es un hecho, le lee las intenciones. Y, sobre todo, le está trazando, con irrebatible convicción, un proyecto de vida. Además, y eso es lo peregrino, no le cuesta nada asumirlo, casi naturalmente, como propio. ¿Qué le habrá dicho la niña hechicera al padre? ¿A dónde irá a parar la propuesta del profesor Huerta? Es evidente que se ha enterado de que los condiscípulos de Bernabé preparan con él los exámenes porque les hace el trabajo de síntesis, les descubre la lógica que vincula los grandes temas, les desglosa los subtemas, procurando que distingan entre lo esencial y lo accesorio y, en suma, les facilita la comprensión sin recargar la memoria con nada innecesario. Todo eso lo ha descubierto don Santiago y se lo ha encomiado. Y también sabe, por el tío Agustín, de la situación de la familia. Don Salvador no le da tiempo para abrir la boca:

"Hace un año apenas, a Eusebio Guiteras lo encerraron en San Severino, cuando lo del *Créole*, acusándolo de circular cartas y hasta proclamas de Narciso López. Pero eso ya pasó y el ambiente es de

reconciliación, y está por encargarse de la dirección de La Empresa, y anda buscando jóvenes aptos para el magisterio. ¿Qué te parece?"

"Me siento muy honrado, don Santiago, de que haya usted sabido interpretar tan cabalmente mis deseos de unir mi vida a la de Rosita. No sabe usted cuánto se lo aprecio y confío en que no he de darle, ni a usted ni a ella, motivos para arrepentirse. En cuando al magisterio, me toma muy desprevenido aunque es verdad que las aulas me gustan y que, sin proponérmelo, se me ha ido dando, como por añadidura, junto al gusto por aprender, el placer de enseñar. Lo que me sorprende es que usted lo haya puesto en palabras con tanta precisión, antes de que yo mismo lo hiciera. ¡Qué notable! Pero, a decir verdad, no sé si ya estoy apto ahora mismo. En fin, que no me gustaría quedar mal y demostrar que estoy lejos de sus expectativas."

Al hablar, Bernabé ve desplegarse a sus pies un destino pulcro y luminoso como la ciudad donde ha nacido Rosa, tan distinta a su Cuba natal que, en comparación, se le aparece como la imagen misma del caos: por el momento pesan más las noticias ingratas que le llegan de allá que los recuerdos felices. La lucidez de Santiago de la Huerta le cae en el alma como un bálsamo. Casi, casi, como la inefable atmósfera de las noches en la azotea con Rosita. Comparar a don Santiago con don Bernabé resulta iluso, pero cómo le hubiera gustado que su padre se le pareciera.

La entrevista con Eusebio Guiteras le confirmará la certidumbre de un futuro abierto que supo comunicarle el padre de su novia, porque ya puede llamarla así. Entre ambos convienen en que matriculará el siguiente curso en la Facultad de Filosofía, preparándose para el ejercicio del magisterio. No le vendrá mal, sin embargo, acercarse a don Pepe de la Luz para no perderse demasiado en la especulación y aprender a mirar el mundo sin anteojeras. Volverá a La Habana provisto de una carta de recomendación de Guiteras. El propósito es que le abra un lugarcito en el colegio, como ayudante de alguno de los veteranos: aunque El Salvador sólo cumple cuatro años y La Empresa del Siglo XIX ya cuenta doce, el claustro que ha logrado reunir aquel convencido, que ha hecho del magisterio una misión, es notable. A Bernabé le será muy útil, para el oficio que va a abrazar, foguearse en la práctica mientras redondea información en la Universidad donde no faltan excelentes maestros.

El matrimonio tendrá que aguardar dos o tres años, para que la niña madure un poco y el novio cuente con un ingreso seguro, pero a Bernabé todos le hacen sentir en la casa de la calle del Río que ya es parte de la familia. Vislumbrar un camino despejado, lejos de las desavenencias conyugales de los padres, es un gran alivio para su íntima necesidad de construirse una existencia ordenada, a salvo de las excentricidades paternas y, aunque le duela reconocerlo, del

temperamento demasiado enérgico de la madre. El suave temple de Rosita le viene, pues, como anillo al dedo. Eso cavila mientras, asomado a la ventanilla del tren que lo devolverá a La Habana, hace elocuentes ademanes de despedida y la va viendo transformarse por instantes, en lo que crece la distancia, en una delicada figurilla de porcelana animada por la brisa.

¡Qué suerte la suya y qué benditas vacaciones! El viaje durará veinticuatro horas y podrá recostarse cómodamente para poner en orden —palabra que indudablemente le persigue— sensaciones y recuerdos. Una exuberante puesta de sol, en rojos y anaranjados, resplandece sobre el abra del Yumurí y el mar se va quedando atrás mientras la locomotora atraviesa platanales y sembradíos de caña y las palmas se estampan espléndidas, como en un grabado, sobre el horizonte. Entre las virtudes de la excelente familia de Rosa, va reflexionando, está una que vale oro: no le pesa, tanto como a la suya, el pasado.

Ni siquiera a doña Nicomedes que, por los García de Oramas y los Benítez de Lugo que le tocan por el padre y por la madre, llegó a Matanzas, como quien dice, entre los fundadores: Diego García de Oramas, regidor en 1693 en el primer cabildo lo fue luego perpetuo en 1717, y Ubaldo hizo traer de La Habana al primer maestro, para abrir una primera escuela. Cuando Rosita se lo contó le dio un gusto enorme: ¡qué buen augurio para el futuro que él empieza a anticipar! Sin ir tan lejos, hay comunión de ideas con la rama más liberal de la familia: cuando Riego se pronunció en Andalucía, en 1820, don José Benítez de Lugo fue electo para el segundo Ayuntamiento constitucional en la joven y ya inquieta ciudad de Matanzas.

¿Inquieta? Inquieta. Como que aquí florecieron todas las conspiraciones, desde los Soles y Rayos y el Águila Negra, hasta la que dicen que encabeza nada menos que don Benigno Gener. Don Benigno que, por lo visto, no sólo dirige el ferrocarril de Sabanilla. Y como que aquí nació Teurbe Tolón, que diseñó en Nueva York la bandera que vino a ondear en Cárdenas, apenas el año pasado, Narciso López. Inquieta. Como que Cirilo Villaverde, que enseñó en La Empresa como yo voy a hacerlo ahora, colabora en *La Verdad,* la que hacen en el Norte Gaspar Cisneros y Teurbe, y otros que andan pensando en que nos iría mejor juntándonos a la Unión Americana. Y no hay en Matanzas quien no espere el siguiente número. Eso, sin contar con los levantamientos de negros y el horror de un poeta fusilado, algo que uno querría creer que no pudo pasar aquí, y no hace de eso sino poco más de un lustro.

¿Dónde queda, pues, la idílica Matanzas de las vacaciones? ¿Dónde el precioso orden añorado, al que tanto necesita ponerle un nombre y ubicarle un lugar en el espacio? ¿Cómo negar que la Isla entera es un

Edén idílico, sí, pero con un barracón en el traspatio? El pesimismo se irá apoderando de él mientras cae la noche y la luz mortecina de las lámparas de aceite sustituye la euforia, tan efímera, del crepúsculo. Rosa le preparó una canasta de caprichos, es decir, de golosinas que sabe muy de su agrado y se las irá comiendo sin mucho apetito antes de sacar la almohadilla que le ha bordado con sus iniciales en punto de cruz, perfumada con un popurrí de azahares y esencia de jazmín. No le va a ser fácil conciliar el sueño. ¿No será una ilusión guajira eso de andar pensando en hacerse maestro cuando otros, más audaces, se levantan en armas?

El primo Joaquín de Agüero, sin ir más lejos. Mi padre, tan errático, no me había escrito por meses pero se ve que la historia le hizo mella y un día necesitó contármela, con lujo de detalles. "Joaquín de Agüero, ¿te acuerdas?, el hijo del primo Miguel Antonio, el nieto de la tía Ana María y de Pedro María de Agüero, ellos, los que la vieja coronela temía que fueran a litigarle a Bernabé Jorge lo que le dieron en mejoría, sobre la herencia, ella y el coronel. Pues, ya ves. El nieto de Ana María resultó tan desprendido que había liberado hacía diez años a sus esclavos cuando se levantó en armas. Nadie lo había hecho, nadie hasta entonces. Y él fue ante notario y no sólo los puso en libertad sino que les dio tierras, animales, útiles de trabajo, y pensionó a un cura para que les enseñara moral. Todo eso en Guáimaro, donde además sostuvo de su peculio una escuela, antes de irse a Canarias para traerse gente de allá deseosa de labrar el campo. Sólo que nadie lo apoyó y le fracasó el proyecto y, figúrate, había estudiado leyes y se había ido al Norte y se escribía con El Lugareño y se le ocurrió fundar en El Príncipe una sociedad libertadora y puso una imprenta en Nuevitas sólo para tener cómo difundir sus proclamas, porque pensaba coincidir con la llegada de López, pero eso se pospuso y él tuvo que adelantarse, y se fue a la hacienda de San Carlos, en San Francisco del Jucaral, y lo acompañaron como cincuenta, entre ellos un Fernando de Zayas y Cisneros y un Tomás Betancourt y Zayas, parientes nuestros, como Ubaldo de Arteaga que también lo era, y aunque pensaba contar con cuatrocientos así y todo se levantó con los cincuenta y se lanzó a tomar las Tunas, donde ya lo esperaba Lemery con harta tropa, porque Ana Josefa su mujer se había ido a confesar con un cura de La Soledad y le había llevado una bandera que ella bordó, pidiéndole que la pusiera sobre el altar durante la misa para que quedara bendita y le trajera el triunfo a Joaquín, y el cura fue y se lo contó al mariscal y en las Tunas ya los estaban esperando y allí nadie llegó a levantarse y les apresaron a un montón y otro montón se murió y a ellos los persiguieron hasta Nuevitas y a Joaquín y a Zayas los fusilaron en la sabana de Méndez, una madrugada, la madrugada del día en que iba a desembarcar López en Las Playuelas, ¡qué tremendo juego del destino!

y, sabes Bernabé, no sé por qué te estoy contando todo esto cuando a mí el destino, por otras razones es verdad, por otros designios de Dios, también me ha sido tan adverso, con el añadido de los disgustos que me da tu madre echándome a mí todas las culpas, tanto que le he dado un poder para que sea ella la que se haga cargo y me deje tranquilo y a ver si puedo recuperar algo de salud, que tú sabes que el asma me hace estragos."

Bernabé relee a saltos la carta de su padre, la última que ha recibido, y siente como hace mucho que no lo sentía, un apremio, una exigencia insoportable que, justamente cuando hay que irse a dormir, suele acuciarlo a actuar más y mejor en el mundo, a no equivocarse. Esa noche la sensación, muy aguda, es de encontrarse en una encrucijada. Ya ha elegido. Pero, ¿habrá elegido bien? El destino de su padre, el destino de Joaquín de Agüero, el destino de Santiago de la Huerta son excluyentes y todos se le aparecen como posibles. ¿Todo estará escrito o nada estará escrito? ¿Es libre de optar o las circunstancias eligen por él? No quiere que la vida lo zarandee como un vendaval. Quizá lo único que tiene claro es que no desea repetir el destino de su padre. El viaje de Matanzas a La Habana cobra de repente una importancia enorme: ¿habrá abordado el tren correcto en el viaje de la vida? ¿Por qué le agobia que la carta paterna le eche encima el peso de otra vida que tampoco puede asumir, la de Joaquín de Agüero? Guarda muy bien doblado el fino papel membretado de don Bernabé y, puesto que no podrá dormir, saca de entre las poesías de Luaces un papel impreso que, junto con los pliegos manuscritos, viene bien disimulado. Es la declaración de independencia proclamada por Joaquín de Agüero." …Me comprometo por Dios, por lo sagrado de mi honor y por las veneradas cenizas de mis padres… Bien penetrados de la inmensa responsabilidad que echamos sobre nosotros, asumiendo los derechos y representación de todos nuestros hermanos …Desconocemos toda autoridad cuyos nombramientos y facultades no traigan su origen exclusivamente de la mayoría del pueblo de Cuba… De hecho y de derecho nos constituimos en abierta rebelión… No queremos ni podemos vivir por más tiempo sometidos a España… En presencia del Supremo Legislador del Universo, para que nos asista con sus luces…" ¿Por qué le hace partícipe el viejo imprevisible del fogoso arrebato de Agüero? ¿Se le habrá cruzado alguna vez a don Bernabé por la cabeza la fantasía de ir en busca de otra libertad, más allá de la suya propia? Por las venas de Agüero corre la sangre que hoy, porque estoy vivo, sigue corriendo por las mías. Ese tono inflamado, ese lenguaje altivo me seducen. Pero soy demasiado reflexivo, demasiado sensato. ¿Sensato? ¿Dónde está la sensatez? ¿En esta irresolución mía, en este cruzarme de brazos, o en la dádiva que él nos hizo de su vida y que ya lo está haciendo vivir de

otra manera, pero para siempre, para siempre? La Historia: la Historia es una gran tentadora. Pero yo amo demasiado la vida, yo quiero demasiado a Rosita, yo no tengo madera de héroe. Así se irá quedando dormido, con la proclama entre las manos. No me sorprende, María, que tú asientas. Ni que te inclines, querendona como lo has sido siempre, para depositar un beso ligero sobre los párpados entrecerrados de este nieto de tus bisnietos.

Cuando la luz mañanera lo despabila no siente ningún sobresalto. Una placidez espléndida lo incita a prolongar el sueño: “No quiero que se escapen las niñas de ojos mielosos y túnicas transparentes. Quiero bailar con ellas. ¿A dónde se han ido volando esas coronas de flores blancas que yo iba a ponerles sobre las sienes? No te despiertes. Sigue danzando. En el azul, con las ninfas blancas. Éste es el paraíso, la Isla del céfiro, vuelve a dormirte. No hay olor a pólvora. No huele a sangre. Los muertos no viajan en este tren…”

Como una veleta
La Habana, octubre de 1852-Matanzas, diciembre de 1855

"Tiene usted razón, amigo mío: hay que estudiar historia primero para que podamos hacerla después. Si la historia le llama abrévela en los libros, que la precipitación ya ha cavado entre nosotros demasiadas tumbas. Tengamos magisterio y Cuba será nuestra. No todo ha de ser azúcar y café. Desde la cátedra y el aula nos toca hoy hacer conciencia."

Bernabé ha dejado pasar un par de meses antes de visitar a don Pepe en El Cerro, meses que ha llenado de lecturas, como si quisiera abastecerse de pertrechos antes de proponerle al maestro de maestros su modesta colaboración. Se imagina a la Isla, entre tinieblas, remontando con demasiada lentitud una escalinata infinitamente alta, en cuya cima, todavía inalcanzable, le espera la luz de la libertad. Le ha dicho a Luaces: "Hay que aprender a leer los signos que nos rodean. Yo quiero ver un signo en el apellido de don José, que está ahí para alumbrarnos el camino y que no nos extraviemos." Luaces le reviró: "Yo, con Víctor Hugo, creo que no son los pensadores sino los poetas los llamados a transmitir un mensaje de justicia y a leer en el texto de los códigos divinos. Toma, lee *Los resplandores y las sombras* y ya hablaremos." Ha buscado, a tientas, algún modo de conciliar la urgencia de pensar, el deseo de soñar, el ansia de saber. Lee cuanto le cae en las manos, lo mismo a Lamartine que a Benjamín Franklin, a Byron que a Tom Payne, la novela de Anselmo Suárez que condena la esclavitud, las letrillas amorosas y los sonetos de Plácido y los versos melancólicos de Milanés.

"Así que ha frecuentado usted a Michelet", le responde don Pepe de la Luz después de escucharlo atentamente, de pie, porque el hábito de la lectura lo ha encorvado y combate con pequeños paseos los incómodos dolores de espalda. "Yo también lo admiro: la lucha del hombre contra la materia, de la libertad contra la fatalidad. También yo veo en la historia la lenta sucesión de la humanidad hacia su liberación progresiva. Me parece recordar que se refiere, por ahí, al trabajo del hombre sobre sí mismo, para irse forjando."

Bernabé intenta aportar algo: "Que el hombre se forja a sí mismo, que es su propio Prometeo, eso dice, si mal no recuerdo." Por los ojos se le sale el corazón, piensa, mientras aguarda la palabra encaminante: "Magnífico. Por eso es tan importante hacer hombres: porque son los hombres los que van a hacer las instituciones. Y aquí estamos para eso. Esto es un almácigo, amigo mío, un almácigo, para la Cuba de

mañana. Como lo es, allá en Matanzas, ese colegio donde usted va a volverse un sembrador, como lo somos todos los maestros. Un almácigo de jóvenes con sentido práctico y con ideales: un almácigo de espíritus, pero con los pies en esta tierra nuestra que nos duele. Yo sostengo que hay que comenzar por lo de afuera. ¿Cómo nos conoceremos por dentro si no aprendemos a conocer el mundo, la naturaleza, la sociedad?"

Tiene que ajustarse Bernabé al andar pausado de su interlocutor, que se detiene de repente y se queda absorto en quién sabe qué reflexiones, invitándolo enseguida a proseguir el paseo por la Quinta de Lombillo, un remanso con aspecto de jardín botánico donde ha instalado el colegio, lejos de la ruidosa y polvorienta Habana. Chiquillos de todas las edades se acercan corriendo para preguntar algo al director, o simplemente para sentirse objeto de atención, por un instante, de aquella mirada cálida y comprensiva. Recorren jardines sombreados por arboledas generosas, regados por la Zanja Real que atraviesa de un extremo a otro la propiedad que ha rentado don José de la Luz desde enero del 48, cuando inauguró la escuela. Entran a un amplísimo salón de estudios y suben a los dormitorios para dar luego otra vuelta por el jardín y detenerse en la capilla donde cada mañana pronuncia el maestro una hermosa oración, compuesta por él mismo, para solicitar las bendiciones del Señor.

Las clases terminan a las cuatro, con una interrupción suficiente para el almuerzo y una breve siesta. Como ya casi dan las cinco Bernabé visita el gimnasio, la piscina y el salón de esgrima donde los escolares ejercitan, fortalecen y adiestran el cuerpo antes de la sobria cena y el descanso nocturno.

"Lo invito a compartir con nosotros este empeño, joven de la Torre. Siéntase aquí como en su casa y, sobre todo, si lo que le interesa es observar el método que seguimos, incorpórese en la medida en que se lo permitan sus propios estudios. No hay ningún secreto: se trata sólo de que los muchachos aprendan a aprender, no se aburran con esos inútiles maratones memorísticos, le tomen gusto al aprendizaje y al trabajo mental, que eso de que el clima no lo favorece son zarandajas, aprecien más el saber que la indolencia y la ignorancia y sepan distinguir lo malo de lo bueno. ¡Es tan frágil esta Isla nuestra, tan vulnerable! Ahora somos como una veleta, que se mueve hacia donde sopla el viento, hoy hacia el Norte, mañana hacia el Sur, hasta a México han buscado incorporarnos. Es comprensible. Somos una isla, algo grande si uno piensa en las chiquiticas que nos rodean, pero isla al fin y, como habitantes de una isla nos asusta el aislamiento y buscamos apoyos para sostenernos. Y, hablando de México, ¿ya ha leído usted la estupenda historia de la conquista que ha escrito Prescott? No deje de buscarla. Humboldt me la ponderó muchísimo.

Acabábamos de leerla ambos cuando yo llegué a París, hace de eso ocho años, y tuve la oportunidad admirable de conocerlo y hablamos mucho de estos países nuestros, que ese hombre sabio ha venido a descubrirnos. Lástima de todos los horrores que vinieron después, cuando su Matanzas se volvió el ojo de la tempestad, aquel vergonzoso proceso de La Escalera donde quisieron implicarme, aquella temporada de ignominia que hoy ya parece tan lejana. Tuve que volver de Europa para poner las cosas en su lugar: yo no estuve metido en eso pero tampoco nadie me haría abdicar de mis convicciones ni de mis amigos. Me preguntaron, figúrese usted, si yo conocía a Domingo del Monte, creyendo el juez que así iba a ponerme en un aprieto. Y yo le respondí: Me honro con su amistad."

Bernabé no se ha perdido una palabra ni se ha atrevido a interrumpir. Ante ese hombre pequeño y endeble, de rostro surcado por arrugas, que crece y rejuvenece cuando habla, irrradiando autoridad moral, no hay mucho que decir. Apenas se le ocurre un comentario: "Don Pepe, que me admita usted aquí entre los suyos es un honor que no merezco, pero le prometo, créame, que no voy a desperdiciar esta oportunidad. Será un privilegio. Estar cerca de usted es mucho más que aprender a enseñar. Es aprender a vivir."

Abarca con un gesto visionario don Pepe a los grupos de muchachos que disfrutan de la fresca tarde de la quinta, mientras algunos pavorreales vuelan hacia el refugio frondoso de los mangos y los laureles de la India, y sólo añade: "Somos un pueblo todavía informe, apenas un país incipiente, una Isla abusada, herida, donde hay que inculcar la razón, la honradez, la inteligencia y cuidar que no se apague la llama que ya hemos prendido: la llama de una conciencia de nación que les tocará mantener viva a estos chiquillos que nos rodean. Es una hermosa tarea y requiere paciencia y perseverancia. La valentía, el arrojo, el hervor de la sangre, eso parece que lo maman los hijos de esta tierra en el pecho de sus madres. Pero las ideas son casi siempre más eficaces que las balas. No pienso en las ideas abstractas. Pienso, sobre todo, en la idea de la libertad: sin libertad una sociedad no tiene alma. Aquí eso procuramos: enseñar a los que van a tomar las riendas a amar la libertad, a garantizar la libertad. ¿Qué le parece? Enseñamos Botánica y Física, Geometría Analítica, Historia Natural, pero también Literatura Griega y Española, y Filosofía y Ética. Las vocaciones prenderán y cada cual sabrá seguir la suya, pero todos habrán crecido imbuidos de ese hálito sin el cual todo lo demás se muere. Amigo mío: El Salvador es un almácigo de hombres libres."

Ese fin de año no será feliz para don Pepe ni para el colegio. La epidemia de cólera interrumpe los cursos y le roba a su hija María Luisa, el único retoño del matrimonio con la hija de Romay, el notabilísimo médico y polígrafo al que le debe la Isla la vacuna contra

la viruela. Volverá a llenarse de vida la Quinta del Cerro cuando principie febrero del 53 y Bernabé procurará frecuentarla lo más posible, restándole tiempo a sus asignaturas en la Facultad para empaparse, en El Salvador, del espíritu que mueve la excepcional vocación apostólica de José de la Luz y Caballero. A Rosita le escribirá cartas largas, llenas de noticias, no tanto de lo que ajetrea a La Habana sino de su crecimiento interior y de su devoción por aquel misionero del que puede aprenderse más que de cien libros. Asiste, siempre que puede, a sus clases y, de cuando en cuando, lo deja el maestro preparar algún tema para exponerlo en su lugar y aprender, como él sostiene que debe aprenderse todo, con la experiencia.

Luego se aproximan nuevamente las vacaciones y, mientras Rosita cuenta los días que faltan para agasajarlo en Matanzas él, a pesar de que la extraña, resiente la interrupción de aquel entrenamiento que tanto lo enriquece. "¿Ya no me quieres?", le escribirá asustada la niña, llorando su descubrimiento de la primacía que suelen darle los hombres al trabajo sobre el amor. Por supuesto que la quiere y por quererla ha decidido volverse maestro y, viendo de cerca lo que se ha propuesto don Pepe, ese oficio se le hace de una dimensión tan trascendente como ni siquiera pudo sospecharlo cuando una tarde de agosto se despidió de ella en la estación. "¿A lo mejor alguna habanera pizpireta te ha sorbido el seso?", inquiere la pequeña gacela. Pero es evidente que no se lo cree.

Por el mismo correo le ha llegado otra carta de su padre que lo llena de desasosiego: "Pasé por la calle de la Marina y me asomé al zaguán de la casa, te hablo de la casa de mamaíta por supuesto. La han abandonado los hijos de doña Úrsula. ¡Qué descuidada está, con las paredes desconchadas, sin volantas en la entrada ni muebles en la sala y las plantas muriéndose de sed en el patio, todo lleno de polvo! ¡Si mamaíta lo viera, Dios mío! La tristeza que me dio fue tan grande que he tenido unos sueños muy raros donde esa casa y la del Príncipe son la misma y mamaíta y mi abuela Trinidad tienen la misma cara, qué cosa tan extraña, y la abuela se pone a tocar el piano en medio de un salón donde nadan los muebles en el agua y mamaíta canta el aria de una ópera que se llama Trafalgar."

Bernabé teme que empiece a desvariar más que de costumbre cuando le anuncia que le ha entrado una nostalgia infinita por su ciudad natal y que, antes de morirse, quiere volver a verla. La siguiente estará fechada en el Príncipe. Se llevó con él a Mariana, la hija soltera que le tiene más paciencia, y los recibió con la hospitalidad de otros tiempos el primo Esteban de la Torre y de la Torre, cuya mujer Manuela es espirituana pero habría podido ser principeña por el temple y la simpatía. Es hijo ese Esteban del tío Gaspar y de Faustina de la Torre y Recio. Pero a Bernabé los nombres

no le dicen nada porque su padre cortó de una manera tan tajante con el abuelo que la parentela principeña pasó a habitar, para la familia de Cuba, un limbo improbable. Don Bernabé le habla de Guaicanamar y de Sibanicú como para refrescarle la memoria; de los hijos del tío Esteban y la tía Cupertina de Varona; de la prima Teodomira; del primo Bernabé (de la Torre y Varona), que son otros tantos nombres sin rostro y del *Te Deum* para dar lectura pública de una carta donde la reina agradece que no hayan secundado el movimiento separatista de Joaquín de Agüero. Cuando todo el mundo sabe, figúrate, que las señoras vendieron sus joyas para apoyarlo y se cortaron las trenzas en señal de duelo cuando lo fusilaron. Y luego… En la casa del barrio de la Caridad, que le tocó a la tía Mariana, se echaron a perder todos los muebles de los bajos con la creciente del Hatibonico, que arrastró en su impetuosa corriente al cuñado de Mariana, que se empeñó en rescatar vecinos y se murió en el empeño. "Pero la casa no se derrumbó", celebra don Bernabé, "y cuando me paré enfrente y me pareció atisbar a la abuela medio asomada al balcón, me entró uno de mis proverbiales accesos de asma, tanto que una vecina compadecida me hizo entrar a su casa e insistió en que me tomara un café no muy cargado, mezclado con infusión de limón, remedio que no conocía y que surtió un efecto inmejorable."

"Estaba yo en la esquina de Candelaria y San Francisco", continúa don Bernabé siguiendo una lógica de su cosecha, "y le contaba a Marianita como allí, detrás de la Parroquial Mayor, había hecho enmaderar el piso el marqués de San Felipe para que ensayaran las Amazonas con sus picas, me refiero al año 30 claro está, la última vez que estuve aquí, y cómo marchaban tan bien portadas las señoritas, al son de la banda de infantería del marqués, entonando aquel himno tan simpático: 'Es el sol de la Iberia, Cristina: es el Iris que Nápoles dio: la discordia y los males huyeron para siempre del pueblo español.' Se me había olvidado el himno, figúrate, y allí se me vinieron las palabras a la boca como si lo estuviera oyendo, cuando me percaté de que venía paseando con su sombrilla Teodomira, que de chicos nos llevábamos tan bien, mejor que si fuéramos hermanos, y se puso a contarme, porque Teodomirita se sabe todas las historias, tú sabes, se puso a contarme de las tres casas de esa esquina, que todo el mundo conoce aquí como las casas del Vínculo, y resulta que son las casas de Pedro de la Torre, que era hermano de Gregorio, de donde tú y yo venimos, y ese Pedro, que era poeta además de capitán, pues quiso que no se perdiera el apellido ni las casas y fue a instituir un mayorazgo que hoy se están disputando dos Zayas, que son tío y sobrino, figúrate, que los dos se anteponen el de la Torre para quedarse con las casas, y que el sobrino es menor y su padre murió sin haber cumplido los cuarenta y era el tío Luis el que administraba desde antes el Vínculo porque el

último poseedor, que era el abuelo, estaba demente y es el que acaba de morir. Y resulta que todos descienden de la única nieta de Pedro, que se llamaba María de la Torre y se casó con un Fernando de Zayas-Bazán que, naturalmente, era su primo."

Bernabé de la Torre y Fernández no quiere saber más y deja el resto de esa carta larguísima para otra día. Lo saca de quicio que los resabios intempestivos del pasado que sigue arrastrando su padre le contaminen un presente tan colmado de preguntas pero tan limpio, tan pulcro, donde todo está aún por escribirse. Es el mes de septiembre de 1855. Da su primera clase en el Colegio La Empresa. Rebosa ideales pero, como le ha aconsejado don Pepe, tiene los pies muy bien puestos en el suelo que pisa. Y encara con el mayor optimismo el porvenir que a su generación le toca cimentar, en pleno mediodía del siglo del Progreso: un porvenir impaciente, que a veces parece querer echarse a andar antes de tiempo. Le da gusto que el tío José Agustín haya buscado reconciliarse con su hermano Bernabé antes de morirse: curioso, piensa, que mi padre presienta la cercanía de la muerte pero que le haya tocado primero al otro, al más joven. Le alegra muchísimo que siga vivo y tan imprevisible como siempre: ¿quién es él, después de todo, para juzgarlo? Genio y figura… Cuando, antes de salir para Matanzas, se encuentra la carta entre los apuntes que pone en orden y termina de leerla, se muere de la risa. Los desvaríos de su padre no lo son tanto: haciendo burla de todas las antiguallas, cierra el relato de sus días en el Príncipe con una simpatiquísima descripción del museo de cera que, por unos meses, ocupó las casas del Vínculo: "Napoleón y Riego de tamaño natural, figúrate tú. Entre las paredes donde Pedro quiso preservar, intacta, el alma de la familia. No quiero decirte lo que ha de haber sentido si, por casualidad, su alma en pena andaba por allí revoloteando…"

Rosita pasará los últimos meses del año haciendo compras en el comercio de *monsieur* Labbé, en los bajos del Palacio, y disponiendo los arreglos necesarios para ocupar la parte alta de la casa de la calle del Río, que don Santiago ha rentado unos meses pero que ya está desocupada. Bernabé sabe apreciar desde el primer momento la construcción sólida, pero refinada, con su fachada de cantera y su puntal altísimo, visitada día y noche por el aire del San Juan que se cruza con las brisas de la bahía. No ve las horas de habitarla de nuevo, mientras se aloja en El León de Oro de la calle Jovellanos sin poder quejarse del esmero con que lo atiende el dueño español, que cultiva la amistad de don Santiago por si alguna vez se le ofrece una asesoría legal. El tiempo, como dice doña Nicomedes, se va en un suspiro y Bernabé ayuda a disponer el Nacimiento y a cascar nueces y avellanas para la Nochebuena puesto que las dos celebraciones, esa y la boda, casi coinciden. La Plaza de Armas estrena alumbrado de gas cuando,

el 26 de diciembre de 1855, Rosa de la Huerta y Bernabé de la Torre se detienen en el pequeño atrio de la Catedral de San Carlos Borromeo, a tres cuadras cortas de la casa, para recibir congratulaciones y seguridades de que la vida, prometedora, habrá de sonreírles.

Un ronroneo eufórico
Matanzas, 12 de abril de 1857-4 de abril de 1863

La vida ha transcurrido con placidez en la planta alta de la calle del Río que, el 12 de abril de 1857, exhibe un trajín que rebasa los ajetreos cotidianos. Doña Nicomedes se ha hecho cargo en la madrugada, cuando bajaron a avisarle y se envió al negro Bruno en busca de la comadrona. Mientras apresura el paso desde La Empresa, adonde han ido a anunciarle que nació un varón, Bernabé se asegura de que trae en el bolsillo el pequeño estuche de terciopelo granate con la sortija que escogió para ella hace una semana en la casa Labbé: es una almendra discreta, delicada y nada ostentosa, como mandada a hacer para su mujer. "Me llamo Bernabé, como él, pero no me le parezco" piensa, mientras vienen a abrirle el portón porque al salir, nervioso, olvidó las llaves. Sube las escaleras acariciando la emoción de abrazar al primero nacido de su sangre y festejando, sin que lo asalte la menor duda de que eso es lo que desea, el único privilegio del que puede preciarse: una sobria, ordenada e impecable felicidad doméstica. Qué bien se siente comprobarlo en la imagen que le devuelve el espejo de la saleta, la de un hombre morigerado y satisfecho, la de un marido cariñoso, la de un padre atento y responsable y, a la vez, la de un maestro laborioso y dedicadísimo que ni siquiera un día tan señalado se permite incumplir los deberes de su oficio. Esa es la orgullosa identidad que ha querido construirse.

"A mi padre se le gastó el ímpetu en pólvora e infiernillos, tiene razón mamaíta." Mientras se le acostumbran los ojos a la penumbra de la habitación donde los postigos cerrados excluyen casi por completo la claridad deslumbrante de afuera, redondea el dicho de su madre con un ofrecimiento que le va dirigido: "No podrá decirlo mi hijo de mí, te lo prometo". Lo toma en brazos y le informa a Rosita: "Definitivamente, no se llamará Bernabé. Le pondremos Julio, que es el santo de este día y además fue Papa, que no es mal patrocinio." Don Santiago y doña Nicomedes apadrinan, el 15 de junio de 1857, a Julio Alberto Pío de la Caridad, en honor de la devoción que Teresa Fernández heredó de los Ramos y bajo cuya protección se cobijaron los sobrevivientes del terremoto del 52: la Virgen criollísima del Cobre.

Cuando amanece el 15 de mayo de 1858 hay un recién llegado en la familia y, para bautizarlo, serán convocados el tío abuelo Félix Roque de Escobar y la abuela Teresa. Se impone en esa ocasión el patrón de Matanzas, de modo que el nuevo vástago recibe en la Catedral el

nombre de Carlos, por San Carlos Borromeo, el de San Isidro Labrador, que es el santo de su nacimiento, y por partida doble los de la Virgen: el frágil bultito que duerme mansamente en los brazos de la tía Ascención, porque Teresita no ha podido desprenderse de Cuba para cumplir personalmente el encargo, recibe impertérrito una retahíla de nombres de pila, con aguas del Jordán que los Guiteras han traído de un viaje por los parajes evangélicos. Carlos María Isidro de la Caridad es el segundo del viejo linaje de Gregorio de la Torre Sifontes que nace en Matanzas.

En un año, sin embargo, todo ha cambiado. Hasta el 57 el dinero circuló por la Isla a manos llenas. El mundo entero, después de la guerra de Crimea, consumía azúcar de Cuba. "El fanal del Morro resplandece, como la prosperidad en la Isla", había dicho don Santiago de vuelta de La Habana. "Pero cuidado con engolosinarse, que está en grande el agio y se gira demasiado sobre papeles. Esto no puede durar. Veo venir las quiebras, cuando sean más los que quieran cobrar que los que pueden pagar. Con eso de que nos compran el azúcar al doble, a los que andan adquiriendo papel les ofrecen intereses del veinte por ciento. No puede durar. Es una baraúnda y la fiesta se va a acabar en el momento menos pensado."

No tarda en llegar una de esas cartas de Cuba que Bernabé deja sin abrir dos o tres días por miedo a enterarse. "¿Qué puedo decirte?", se lamenta desolada la mamaíta Teresa. "Tu padre hipotecó la casa sin yo saberlo, porque alguien lo convenció de que había que meter dinero en una sociedad de fomento. Pero figúrate que La Grande Antilla ha quebrado y ahora, cuando empezábamos a salir un poco a flote, nos vemos en un triste predicamento." Vender San Félix y reducirse al colgadizo que queda a la vuelta, en Santa Lucía: no queda otra. "Di tú que Magdalena está bien casada con mi hermano Agustín, allá en La Habana, y a Trina no le ha ido mal con su venezolano y José Mariano Font, el marido de Catalina, ha heredado el comercio de su padre y no puede decirse que estén pobres. Pero aquí está Mariana, que sigue soltera y me parece que ya se quedó para vestir santos, y tu padre y yo tenemos que guardar las apariencias y a veces pienso que yo ya di de mí todo lo que podía." Del padre recibirá, en el mismo correo, otra misiva, sin una sola alusión a La Grande Antilla y, en cambio, con una entusiasmada reseña del concierto de Adelina Patti en el Teatro de la Reina: "Canta como los ángeles esa criatura. ¿Qué quieres que te diga? Noches como la de ayer hacen que valga la pena vivir."

Con dos hijos y la pesadumbre de los desastres de Cuba, Bernabé se repliega en un reservorio de cordura que desafia los infortunios familiares, atrincherado en una drástica determinación y en una ya muy firme adhesión al magisterio. La energía que el padre disipa sin

tino y la terca obstinación de la madre por preservar y sobrevivir encuentran en la vida ordenada del hijo, decidido a no apartarse del proyecto que le ha trazado a su vida, un cauce bien encaminado.

El 19 de julio de 1860, la viuda de Juan Nepomuceno Fernández cumple 86 años y teme que la muerte la sorprenda sin asegurarle a Teresa una subsistencia decorosa. El carácter desbaratado del esposo, público y notorio, su mal manejo y su vida fatigosa, le advierte al notario, exigen un codicilo que le evite a la hija verse reducida a la miseria. El encargado de protegerla será Francisco Xavier, el hijo que siempre ha propendido al bienestar de todos y que, por su honradez y cariño, mirará mejor por el sostenimiento de la esposa y la hija soltera de don Bernabé: si éste quisiera posesionarse, al cuñado le tocará probar su ineptitud para hacerse cargo. Doña Catalina Ramos no deja una fortuna, pero sí la casa que habita en la calle de Enramadas número 2, que linda al norte, calle de por medio, con la de Andrés Duany Valiente, al este con la de Silvina Duany y al oeste, calle de por medio, con la que fue del licenciado Joaquín Ferrer, el viejo abogado amigo de la familia que aportó su testimonio, diez años atrás, en aval de la demanda interpuesta por Teresita; cuatro esclavos domésticos de nombre Matilde, Bibiana, Encarnación y Eusebio, más el mobiliario y las prendas y la modesta suma de diez mil pesos que, en conjunto, habrá que dividir entre siete. Cuando la abuela Catalina muere, ese mismo año, Bernabé siente el alivio de saber que su madre, y su padre por añadidura, volverán a salir a flote.

El entierro de Catalina Ramos en Cuba coincide, ese 8 de noviembre de 1860, con el matrimonio en Matanzas de la hermana de Rosita, Mariana, con Ángel Bruzón, quien se la lleva a Nueva York en el *Savannah* en viaje de novios, por tan deseosa que está ella de ver la nieve, no sin antes ponderar la deliciosa y afortunada condición de la Isla, que ha empezado a disfrutar de vapores, ferrocarriles, telégrafo y prensa antes que cualquier otro territorio del mundo hispánico.

Una hembrita a la que nombrarán Rosa, como la madre, y otro varón que se llamará Ricardo consuelan a Bernabé y a Rosa de la pérdida de una primera Rosita que no llegará a cumplir el año. Rosa, que disfruta muchísimo de la maternidad, no le envidia demasiado a Mariana el viaje a Nueva York pero goza enormemente con los comentarios de la hermana, que le escribe casi a diario, como si la conversación con el joven marido no le agotara el embullo de tantísimas impresiones novedosas.

En señal de luto, La Empresa cierra sus puertas el 22 de junio de 1862 y dos días más. El director y los maestros comparten el pesar de la pérdida y la satisfacción de saber con cuánta veneración ha salido en hombros de los más cercanos, del gran salón del colegio El Salvador, el cadáver de don Pepe de la Luz. Tanto así que el

gobernador Serrano ha tenido que refrendar el duelo colectivo. En la soledad de su pequeño estudio, Bernabé de la Torre comparte el recogimiento silencioso de los muchos, muchísimos, que allá en La Habana han acompañado a pie, al camposanto, al viejo maestro. El bullicio que hacen Julio y Carlos, jugando en el pasillo, le devuelve el de los chiquillos que lo rodearon aquella tarde en El Cerro. José María Zayas, acaba de enterarse, ha recibido con Bachiller y Morales la custodia de los papeles y, por añadidura, el legado de continuar la obra del colegio. Al pariente lejano le envía una esquela conmovida: "Tú naciste en Macurijes. Yo, sin ser de Matanzas, he adoptado esta tierra para que nazcan mis hijos, porque aquí vio la luz su madre, que acompaña amorosamente mi camino. Porque tú vienes de Matanzas y por los remotos lazos que unen a tu familia con la de mi padre pero, sobre todo, porque tenemos en común la admiración por ese hombre ejemplar que acaba de irse, me alegra que seas tú el encargado de seguir cumpliendo su misión. Aquí en La Empresa yo, modestamente, procuro mantener vivas sus enseñanzas. Imito en ello al maestro Guiteras, que se formó a su lado, y cuya preparación tan amplia le permite hacerse cargo de cualquier asignatura, puesto que todas las conoce. Emilio Blanchet me pide que te comunique sus condolencias. A pesar de ser tan joven —tenemos la misma edad— es de los que más se empeñan en alimentar la llama…"

El correo lo mantiene al tanto, aunque no quiera, de las peripecias de Cuba. Las dotes musicales de su hermana Mariana no le alcanzarán para encontrar un buen partido, se lamenta la madre, mientras que la Mariana del tío José Agustín acaba de casarse con Alfredo Kindelán, primo por parte de madre y, con ese motivo, se ha hecho la divisoria de bienes que, en los ocho años que lleva de muerto el hermano de Bernabé, casi han duplicado su valor porque, "tú has de saberlo Bernabé, hijo mío, tu tío dejó algo así como 280 mil pesos que, de tan bien administrados que han estado los ingenios y lo demás, en manos del albacea y curador, que es Gonzalo Villar, tú lo conoces, tan probo, y con lo que han subido las acciones, hoy valen 565 mil, y eso es lo que les han adjudicado, por partes iguales, a Manuel, a Caridad y a Marianita, de modo que a Manuel le ha tocado La Mejorana, y la casa de la calle alta de la Catedral; a Caridad, la mitad de San José de los Ramos, el ingenio de Jutinucú que está ahí pegado a la estación de Sabanilla, porque la otra mitad le queda a Mariana, y también se dividen entre ambas los 120 solares, algunos en la calle que lleva el nombre de tu abuela Luisa Boza, y a Mariana le viene a quedar también la vieja casa de La Aguada, la quinta que tu padre recuerda llena de tamarindos, de mangos y de naranjos, donde olía por todas partes a madreselva y a ylang ylang, la quinta que yo no llegué a ver nunca porque tu abuela Luisa no me quiso nada, y los muebles

antiguos se los reparten entre los tres y las prendas les quedan todas a Caridad y la negra Dominga es para Mariana, que creció con ella y no quiere que nadie se la maltrate."

Le apena que Teresa demuestre, con ese detallado recuento de lo que José Agustín le ha dejado a sus hijos, un reproche dolido de la ineptitud del marido, incapaz de dejarles a los suyos algo más que recuerdos olorosos a viejo. "A tu padre se le alborotó la memoria con la ida al Príncipe y se pasa horas escribiéndole a Teodomira que, a vuelta de correo, le va mandando arbolitos genealógicos de toda la parentela. ¿Qué te parece? Siempre vivió de fantasías, sólo que antes le servían para adornar el futuro de toda clase de gloriosos auspicios y ahora le ha entrado la manía de rebuscar en las entretelas de la familia y se la pasa armando ese rompecabezas, cuando tú sabes bien cuánto renegó siempre del Príncipe, y pone a Marianita a tomar nota de cuanto va reconstruyendo con la ayuda de la prima y, eso sí, no se pierde un concierto en el Teatro de la Reina."

Pero por algo los negros de Guaninicum, reflexiona Bernabé, buscaban la protección de mi padre para denunciarle los desmanes del mayoral y la connivencia del administrador. "Don Salvador me acusaba de soliviantarlos", le confesó un día: "Y era verdad. Allá en el Príncipe, en los hatos, en las estancias, yo no vi abusos aunque sí oí decir de negros que se ahorcaban y por algo sería. Pero en el ingenio de Cuba los pobres negros apenas si dormían en tiempo de zafra, trabajando desde el Ave María y durmiendo apenas cuatro horas, y mi padre le daba carta blanca a un español muy bruto que los traía a raya. Yo no pelée ese ingenio porque nunca he querido parecerme a Agustín mi hermano. Por eso, te lo aseguro, preferí la casa de la Marina. Pensé que con esa casa yo me haría de un dinero limpio y no tendría que vivir de exprimirle el jugo a la caña ni la sangre a esos infelices. Otro gallo nos habría cantado si Guaninicum hubiera sido cafetal: entre el cafetal y el ingenio hay tanta distancia como entre el paraíso y el infierno. Será porque, desde niño, adoré aquellos paseos a las fincas francesas bajo la sombra tan civilizada de los naranjos y los limoneros, de los tamarindos y los guayabos, de los guanábanos y los caimitos, y nada qué ver con el sol despiadado sobre los cañaverales. Pero llegó el azúcar y se tragó al café, ¿qué quieres que te diga?" Quizá las fantasías son lo mejor de mi padre, reconoce Bernabé, que no quiere imaginarse en la piel del primo Manuel, exprimiendo a los sesenta negros de La Mejorana, ni alcanza a entender cómo la graciosa Mariana y la piadosa Caridad duermen tranquilas, rodeadas de sus negros consentidos, sin preguntarse demasiado por la suerte de los otros doscientos que sudan los años, tumbando caña a rayo de sol o ardiendo adentro, entre vapores empalagosos del infiernillo de calderas en San José de los Ramos, para acabar como el bagazo que

sirve para reavivar el fuego, buenos sólo para abonar surcos.

Los matanceros cuentan los días mientras el diseño y los planos de Daniel Dall'Aglio van cobrando cuerpo y la sucesiva aparición de las majestuosas arcadas del portal, el frontispicio neoclásico, las pilastras de capiteles jónicos y los elegantes entablamentos que coronan las ventanas del piso alto, cada una con su breve balcón forjado, van afinando la hermosa fachada de cantera blanca del teatro que la ciudad debe a la iniciativa de Ambrosio Sauto, un farmacéutico que se ha hecho rico vendiendo zarzaparrilla en jarabe. En el paseo obligado de las tardes se impone, durante los meses que dura la obra, una pausa en la explanada donde, dándole la espalda a la bahía, se va levantando el hermoso edificio de perfiles romanos pero de dimensión griega, que vendrá a ratificar el derecho de la ciudad al honorífico título de "Atenas de Cuba", granjeado ya por el Liceo tres años antes. La noche del 4 de abril de 1863 Rosita luce tan linda y espigada que nadie que no la conozca podría sospechar que ha dado a luz cinco criaturas. Se ha mandado hacer un vestido color marfil, ampuloso con su envolvente crinolina pero sabiamente ceñido y escotado el corpiño, y lleva con coquetería un chal de muselina de seda rebordado, un abanico de plumas de avestruz que le ha traído de Nueva York su hermana Mariana, una cinta de terciopelo cristal color ópalo, luciendo el pendantif de ámbar rojo con diamante al centro que su madre le dio el día de la boda, y una pulsera de oro viejo con un fino perfil burilado en azabache y montado en nácar. Su marido, de levita negra, corbata de nudo grande, pantalón y chaleco cruzado del mismo tono, que hacen juego con el vestido, le parece impecable y mucho mejor parecido que el de su hermana. Aunque el teatro está a unas cinco cuadras de la calle del Río, donde viven también Mariana y Ángel, las dos parejas suben a la volanta de don Santiago conducida por el negro Bruno —"Lo veo y se me viene a la cabeza su padre"— con media hora de anticipación, de modo que llegan con tiempo más que suficiente para admirar la profusión de espejos, las estatuas apolíneas, los tibores de porcelana del vestíbulo y ocupar sus asientos, con calma, en un palco del primer piso que permite disfrutar de todo el recinto. "Es suntuoso", opina Mariana: "Te prometo que no tiene qué envidiarle a la Ópera de Nueva York y que es más bonito este *parterre* con las lunetas de rejilla y la herradura de palcos me parece finísima, mira la filigrana del enrejado." A Rosa le deslumbra lo elaborado del cielo raso donde Dall'Aglio se ha dado vuelo. Las Musas resplandecen entre elegantes motivos geométricos y varias lámparas pequeñas esparcen sobre los frescos una luminosidad estudiada y tenue, en torno al haz radiante de la araña central, y qué bien colocados están los mecheros, encima de las gráciles columnillas que acotan el espacio de cada palco: "Este italiano es un mago y nos ha regalado algo

esplendoroso." Bernabé llama la atención sobre el telón que introduce en aquel interior lucentísimo la bella arquitectura del puente de la Concordia sobre el río Yumurí y las alturas que rodean a la ciudad, enmarcado todo en una cortina de terciopelo rojo con orlas y flecos dorados que es, les informa con erudición, lo que los entendidos llaman un *trompe-l'oeil*, es decir, un artificioso engaño para los ojos que, lejos de tratarse de un truco ilegítimo, da una muestra más del virtuoso talento del señor Dall'Aglio. Ángel comprende que no tiene nada que añadir, salvo que el apogeo de Matanzas salta a la vista: el millar de almas que llenan con un ronroneo eufórico los dos primeros pisos y la platea son la flor y nata de ese apogeo. Arriba, entre la tertulia y la cazuela, llamada con eufemismo el paraíso, se agolpa otro millar de artesanos, comerciantes pequeños y pardos libertos. "No se puede negar que producimos la mitad del azúcar de la Isla", se anima a puntualizar: "Y díganme si no nos llevamos la palma del buen gusto… y de la preciosura de las damas, incluyendo por supuesto a las que nos acompañan…" Rosa se burla un poco: "¿Cómo? ¿No son los caballeros quienes nos acompañan a nosotras?" En el programa advierten que la ópera se ambienta "en la época actual" y que, valga la redundancia, el vestuario no será "de época". "Por eso no gustó en Venecia", les informa Bernabé, y Rosa anticipa: "Así no nos costará imaginar que cualquiera de nosotros podría ser el personaje representado por la señora Di Stefano o por el señor Salvi." *La Traviata* se pone en Matanzas diez años después del fracaso de Venecia y pronto resulta evidente que en la pequeña ciudad amante de las artes, que presume de un violinista que no sólo ha recibido el Gran Premio en el Conservatorio de París sino que además lo ha dirigido y de los diez retoños del músico mayor de Alabarderos del Rey, ese don Pablo Diez émulo de Bach, cuyos hijos y nietos son la admiración de Gottschalk, el famoso compositor americano que consagra o hace caer en el olvido a los talentos musicales cubanos, será un placer enmendarle la plana a los venecianos.

"¡Qué sinceridad y qué audacia!", opinará Emilio Blanchet cuando, en el primer entreacto, se acerca a saludar al colega de La Empresa y a su familia. "La misma que pone Verdi en todos los actos de su vida, como que es un entusiasta de Garibaldi, un auténtico patriota, un convencido de la unidad italiana, un hombre del *Risorgimento.* Por algo en Turín las paredes se cubrieron de 'Viva VERDI', que todo el mundo sabe muy bien lo que quiere decir: *'Viva Vittorio Emmanuele Re D'Italia'*. Y allá eso significa ser revolucionario. Lástima que no nos trajeron *Nabucco,* pero aquí son capaces de censurarla, sólo por el espíritu libertario de esos coros que representan la voz del pueblo, la fuente donde abrevan los verdaderamente grandes su heroísmo, su humanidad. Ya saben ustedes: en La Habana multaron a un barítono

que se atrevió a no sustituir la palabra *libertad* por la palabra *lealtad*, como había ordenado el censor. En este país vivimos y nos conformamos." Las señoras se dan por satifechas, querido Emilio, de esa otra humanidad igualmente romántica pero más afín al alma femenina, la de Violeta, marcada por la fatalidad trágica que, infortunadamente, pesa sobre los grandes amores. Ya han ojeado en el programa el argumento y, sobre todo a Rosa, que no sólo lee regularmente *La Aurora del Yumurí* sino *Pablo y Virginia, Atala* y las *Méditations* de Lamartine, le gusta asomarse, en lo imaginario, a un mundo donde lo cotidiano retrocede al impulso de la pasión, aunque la voluptuosidad vaya casi siempre de la mano con la melancolía y los desenlaces suelan ser desdichados. Son pequeñas escapadas que la socorrida fantasía le proporciona sin alterarle el cobijo protegido de la dicha conyugal. Blanchet ofrece hacerle llegar, al día siguiente, su ejemplar de *La dama de las camelias*. ¿Acaso no sabe Rosa que a Dumas, el hijo, se debe la historia que ha inspirado *La traviata?* "Será un deleite leerlo, Emilio, después de haber oído la ópera. Las historias de amor más bellas son siempre las más desgraciadas y no sé por qué las disfruto tanto." Blanchet sugiere: "Las vidas felices no hacen la buena literatura, Rosita. Ni los buenos argumentos de ópera. Para que nos conmueva un personaje en las páginas de un libro, o en un escenario, tiene que haber conflicto, tiene que haber drama, tiene que insinuarse una tensión, un desacuerdo con el mundo. Fíjate y verás que tengo razón." Rosita asiente, complaciéndose aun más en su pequeña existencia sin sobresaltos, que le permite apreciar en sosiego, con una nostalgia mesurada, las exaltaciones ajenas.

Los bravos, los *bouquets* lanzados al escenario con alguna que otra joya y los aplausos de pie sellan, con desbordamiento criollo, el desmentido que por anticipado se propusieron dar los matanceros a la criticona presunción de los venecianos, afirmando de paso el prurito de cada cubano de sentirse cosmopolita. Afuera les espera una noche profusamente estrellada, propicia para pasear la volanta un rato bordeando la bahía y para que Bernabé y Rosa revivan los amartelamientos en la azotea, con el pretexto de identificar las constelaciones. ¡Qué bueno, después de todo, no sufrir de pulmones frágiles, como Violeta! ¡Qué suerte tener el lado un marido juicioso, como Bernabé, en vez de un amante como Alfredo Garmont, capaz de poner en duda, con semejante ingratitud, la constancia de la amada!

A lo lejos, sobre la comba iluminada por la luna llena, un poco encima del horizonte, brilla la Estrella Polar y, en el otro extremo, la Cruz del Sur. Una brisa deliciosa, acompasada por el vaivén del oleaje sobre la orilla, acentúa la ligera serenidad de esa noche del 4 de abril de 1863 que parece ratificar, desde la armonía de las esferas, la más disfrutable de las existencias posibles. Mientras le pide a Bruno que les

dé una última vuelta por la Plaza de Armas, donde todavía pasean algunos asistentes a la ópera que no se resignan a encerrarse en sus casas en una noche tan admirable, Bernabé procura inútilmente deshacerse de una imagen intrusa que irrumpe, con olor a pólvora, refutando tanta placidez. Aquella noche, la víspera del fusilamiento, después de todo, pudo haber sido idéntica a ésta y eso no habría evitado nada. La descarga habría retumbado igual y todos habrían caído como cayeron, incluyendo al padre de Bruno, menos el poeta, que alcanzó a decir: “Adiós mundo: no hay piedad para mí”, pidiendo que le dispararan, sin fallar, sobre la sien. Echándole una última mirada al cielo impasible y perfecto, Bernabé escucha muy claro una voz que, desde sus adentros, increpa al Todopoderoso: “¿Dónde estás, dime, dónde? ¿Allá arriba nada más? ¿Dónde estabas esa madrugada fresca, serena, impecable, cuando Plácido clamaba por ti? ¡Ser de inmensa bondad, Dios poderoso…! ¿Dónde estabas? Porque aquí abajo no estabas. No estabas. No estabas. Te juro que no quiero blasfemar. Pero no estabas.”

La vida perdurable
Matanzas, 22 de agosto de 1865-22 de agosto de 1869

Los ingenios de la Llanura Roja, trabajando sin reposo en temporada de zafra, han llenado a la provincia más cañera de Cuba de tentáculos de hierro. No es la primera vez que Julio se sube a un tren y ya ha visto la ciudad y la bahía desde las alturas, ha atravesado la Cumbre y ha divisado la estampa pastoral del valle de Yumurí yendo de pasadía con los Chartrand y los Tamarit. En esas excursiones se encadilan las curiosidades exploratorias de Carlos y a él se le despierta el hábito de anotar cuanto le llama la atención con una caligrafía irregular pero legible, que el padre transcribe con tinta sepia en páginas pulcras para que las repase cien veces, porque le produce un gran placer releer, por escrito, lo vivido y disfrutado.

"No se te olvide el cuaderno", le encarga a la madre cuando ya ha cerrado el baúl y las maletas y Rosa coloca en un maletín de mimbre algunos objetos de aseo, una canastita con plátanos y naranjas y una muda de ropa por si acaso. El viaje será largo: habrá que recorrer la isla entera para llegar a Santiago y visitar, por primera vez, a los abuelos paternos. Tomar el vapor será toda una aventura y, si por él fuera, lo habrían abordado en Matanzas para gozar la vista, desde el mar, de la bahía de La Habana. Pero su padre dispone hacer en tren la primera jornada. "Salimos de casa a las tres y veinte y al llegar a la esquina donde vive don Fulgencio tuvo Federico que volver a casa a buscar el pase que se le había olvidado, tomó una volanta de alquiler y, cuando llegamos al paradero, le dijo papaíto a Bruno que fuese a alcanzarlo y por eso llegó más pronto, en la volanta de casa, y todavía esperamos unos cuantos minutos hasta que salió el tren." El tío Federico, hermano de mamaíta, se la pasa conversando y jaraneando con Perico el conductor y Julio va contando los paraderos hasta San Felipe, donde el padre y el tío compran guayabas grandes y rosadas, que come sin parar, hasta que su padre le advierte que se enfermará del estómago y echa una siesta para ir despertando cuando pasan La Casa de Luces y un cura que viaja en el vagón de segunda se cuela en el de primera y se va conversando con papaíto y Federico hasta La Habana, donde un chino y un isleño bajan al andén baúles, maletas y cajitas que el tío se lleva al hotel América, mientras papaíto y él se van en una volanta a casa de la tía Magdalena, hermana de papaíto, que le encarga un pañuelo bordado para llevárselo a mamá la de Cuba.

"Encontramos a Federico en el Louvre y me invitó a tomar néctar

soda, que me pareció mejor que el de Matanzas, y de allí salimos a casa de Trina, que se había ido a buscarnos a la de Magdalena, y tuvimos que esperarla, conversando mucho con las muchachas, y allí me dejaron mientras ellos se iban a comprar unas piezas de música para Mariana, mi tía la de Cuba. Cuando volvieron llegó Trina, y mucho conversó papaíto con ella, que es su hermana, y con Agustín que es el marido, pero también es el tío porque es hermano de mamá la de Cuba. Caminamos un rato hasta encontrar un coche que nos llevó al hotel. Federico y papaíto no pudieron dormir por las chinches." Julio no ha visto mucho de La Habana, pero le prometen que será al regreso, puesto que hay que tomar el vapor en Batabanó, precisamente, el día 23.

Día 23: "Desde que me acosté estuve durmiendo hasta que me llamaron y me levanté asustado, oyendo que ya se iba el tren. Papaíto quiso mandarle una carta a mamaíta con unos matanceros que paraban en el hotel. Fuimos al café de enfrente a tomar café con leche y de allí para el paradero y salimos hasta San Felipe, donde tomamos otro tren para Batabanó, después que llegó el de Matanzas, y el tren se paró frente al vapor y dos negros ayudaron con los baúles y las maletas y en un momento estábamos en *El Rápido*, que me pareció muy bueno y salió a las ocho y media y poco después nos sentamos a la mesa y almorzamos arroz blanco, huevos y plátanos fritos, habiendo dejado nuestras cosas en el camarote número 4. Se me olvidaba decir que papaíto había quedado con un cochero para que nos recogiera por la mañana en el América y, como dijo que le cobraría trece reales, a Federico le pareció un robo y dijo que no había que esperarlo y papaíto no quería tener una tragedia con un cochero ordinario, pero no la tuvo porque no lo volvimos a ver." Una limonada con nieve, a la una, entre el almuerzo y la comida, que es a las tres, donde sirven un potaje de garbanzos y carne con papas y arroz blanco, y los mayores beben una sola copa de vino catalán que han puesto a refrescar, y ya están pasando los Canarreos y las mujeres y los niños, todos se marean, y también papaíto que, cuando se recupera, se pone a hacerle preguntas de geografía, que él contesta tan bien que un señor que los está escuchando y que es director del periódico de Cienfuegos se acerca y quiere saber cómo se llaman el pico más alto y el río más caudaloso de la Isla y cuál es la ciudad más antigua y otras curiosidades semejantes y, como él a todo sabe contestar, el señor, que es amigo de Chicho Maciá, el hijo de don Román, que llegó a Matanzas de Lloret del Mar, promete escribir un artículo sobre ese niño de ocho años tan aplicado y mandarlo a Cuba, donde encontrarán el periódico cuando lleguen, y el profesor de la Torre tiene que dar las gracias, no sin advertir que su hijito no merece tanto favor. En eso aparece la farola de Cienfuegos y, antes de bajar, ya ha recorrido la

plaza desde el barco y le gusta tanto que, mientras se toma un refresco de fresa demasiado dulce y su padre una horchata en el café Palatino, y puesto que ha oído tantos elogios, se anima a aventurar que aquella es la mejor plaza de toda la Isla, por lo amplia y lo hermosa, y por ese pabellón tan grande que tiene en el centro, con dos leones en las esquinas. Ni la Plaza de Armas de La Habana le parece tan buena, y la de Matanzas le luce chica en comparación, a lo que su padre le señala que la primera apenas si la pudo apreciar, porque se estaba durmiendo cuando la recorrieron, y que los edificios que la rodean son más antiguos y cargados de historia, y la de Matanzas, aunque más pequeña, es también muy elegante. Sin embargo, si al final del viaje sigue pensando lo mismo, él no se opondrá a que lo diga. “Nos levantamos a las seis de la mañana y nos dispusimos a visitar lo que nos faltaba de ver en Cienfuegos. Dijo papaíto que le llamaban La Perla del Sur los que, como yo, se enamoraban de sus atractivos, hasta compararla con una porcelana de Sèvres, lo cual le parecía una exageración. Dijo también que la bahía de Jagua era, eso sí sin exagerar, uno de los mejores puertos del mundo. Todavía dio tiempo para que papaíto y Federico entraran a la barbería a afeitarse, y Federico se dejó las patillas y nos acompañaron al vapor don Rafael Cueto y su hijo mayor, y después que salió el vapor almorzamos muy bien y todos tomaron vino, hasta papaíto que no acostumbra tomarlo, y después café con leche. Eran como las diez cuando nos levantamos de la mesa y a la una tomamos limonada y era la una y media cuando llegamos a Casilda y vimos cómo embarcaban azúcar en la playa del Ancón, donde me hubiera gustado nadar, pero había que tomar el tren que nos llevó a Trinidad, donde nos esperaban los Cantero, que nos recibieron muy bien y me dijeron que los muchachos estaban en el campo y volverían para la noche. Comimos con mucho apetito y, al acabar de comer, nos dieron unos palitos para los dientes que en casa no se usan, y después del café fuimos a dar una vuelta y vi balcones y rejas de madera como no los hay en Matanzas, y las calles están empedradas, y una se llama del Desengaño, y hay algunas casas con portales y columnas, pero no se parecen a las de La Habana, y los tejados se ven muy bonitos y parejos y desde las bocacalles se miran, al fondo, muchas lomas. Íbamos paseando cuando nos encontramos, en la puerta de una botica, a Domingo Guiral, al que volvimos a ver por la noche en casa de los Cantero, donde todos estuvimos conversando y riéndonos mucho, hasta que se aparecieron Perico Cantero y José Antonio Cortés, amigo de papaíto de los de Cuba, a quienes les pidió papaíto avíos de escribir, y luego mandó por un sello para Matanzas y se fue al cuarto a escribirle a mamaíta, y volvió a la sala donde estaba formada la tertulia, con las muchachas y las visitas, hasta que dieron las diez y media y pasamos al comedor a tomar el té

y a las once se fueron las visitas y todos a dormir y entraba mucho fresco y me dormí y no sé cuánta horas pasaron y oí cantar un gallo. Federico y papaíto les pidieron sus retratos a las muchachas y les dieron los suyos. Yo no pude darles porque no traía ninguno."

Día 25: "Nos llamaron a las cuatro y media de la madrugada, para salir a las 6 en el tren que iba para Casilda, donde llegamos cuando el vapor estaba a punto de salir. Eran las 8 y media cuando salimos y en dos horas habíamos llegado a las Tunas, donde hay un embarcadero muy malo y nada que merezca escribirse. En un bote metieron las maletas para ir al paradero y el hombre del bote era un isleño muy simpático. Les dijo a papaíto y a Federico que en la fonda de las Tunas apretaban la mano, y papaíto me explicó que eso quería decir que eran muy careros, y luego dijo que también él la apretaba porque, como todos, quería lo ancho para él y lo angosto para los demás. No se descuiden, nos dijo, porque en el paradero hay un tuerto muy feo y donde hay tuerto no puede haber cosa buena. En las Tunas hubo que esperar hasta las 12 y media y los vagones del tren parecían cajones de basura. Hicimos dos horas y al llegar nos esperaban dos carruajes y el mayordomo de don Justo Cantero, que nos llevó a una casa que allá tiene y nos atendió mucho. Fuimos a pasear un poco y, antes de dormir, entramos a la Sociedad Filarmónica que está frente por frente a la casa."

Día 26: "Desde muy temprano salimos a pasear y nos divertimos mucho. Santo Espírito es una villa que, aunque no es muy adelantada, me pareció muy bonita. Tiene calles muy largas y angostas. Tiene algunas casas muy buenas, una linda Plaza de Armas y otra de recreo, que la están acabando, y muchas boticas surtidas, pero las tiendas de ropa no me gustaron. Visitamos el colegio de los jesuitas y su iglesia y papaíto dijo que al colegio no le falta nada y le explicó a Federico que en el Santo Espírito no han faltado las escuelas, desde que fundó su Instituto de Educación un polaco que había viajado mucho y vino a establecerse aquí hace más de veinte años, animado por un licenciado Mendigutía que le tuvo mucho aprecio. También sabía papaíto del padre Ortigueira, que es gallego y muy sabio en latín, y quiso visitarlo y nos llevó el mayordomo de los Cantero, y él y papaíto estuvieron hablando de la Escuela Patriótica y nos acompañó a la Iglesia Mayor, que tiene una torre muy elevada y para llegar arriba subimos 96 escalones, que el padre Ortigueira se excusó de esperarnos abajo, y me alegré de haber subido porque desde allí estuvimos mirando toda la población y el puente sobre el Yayabo, que es todo de piedra, y luego fuimos caminando hasta allí y me fijé en cómo caía la vegetación, a pico, desde muy arriba hasta el cauce del río. Por la noche hubo tertulia en casa de don Mariano Uribe, y nos dieron un concierto unos jóvenes, el llamado Rodrigo que toca el piano, y el llamado Peralta,

que toca el violín, y aplaudimos mucho, y luego me llevaron a tomar helados, que en Santo Espírito son riquísimos, y papaíto me llevó a dormir hasta el día siguiente, que es hoy, para salir muy temprano para las Tunas de Santo Espírito, donde estaba anclado el vapor Cienfuegos."

Día 27: "Llevábamos un almuerzo ligero que nos había preparado en Santo Espírito el mayordomo de Cantero, huyéndole al fondista de las Tunas por lo sucia que está su fonda, y lo comimos muy a gusto en el paradero, y vino a buscarnos el señor Bonillon, amigo del señor Cantero, quien nos llevó a comer a su casa y a ver un gran caimán que va a regalarle al gobernador de Santo Espírito y por la tarde nos llevó hasta el vapor Cienfuegos. Traía papaíto una carta de Cecilia, que se la había dado en Trinidad, para el capitán Inzúa, y el capitán le entregó a papaíto otra de mamaíta y otras varias a Federico, de parte de Chicho. El *Cienfuegos* me parece bien, pero francamente era más fresco *El Rápido* y más bonitos los camarotes. Yo me he hecho amigo de todos los sirvientes y me quieren mucho y hasta me llevan el café al camarote. El señor Bonillon nos acompañó a bordo. Estábamos muy estropeados y nos fuimos a dormir temprano. Al despertar supimos que el vapor iba camino de Santa Cruz."

Día 28: "Nos sirvieron café a las ocho y fuimos sobre cubierta, papaíto y yo, a esperar que se levantara Federico, que no se apareció hasta las nueve y estuvimos hablando hasta que sonó la campana del almuerzo y les dije que, por mí, yo podría pasarme la vida en un vapor y ellos se echaron a reír. Comí de todo y Federico dijo que el aire de mar me daba apetito y papaíto se fue a leer un rato y Federico y yo jugamos en la cubierta a un juego que nos trajo un galleguito muy colorado, lleno de pecas, que es de todos los sirvientes el que más se da conmigo. A las cuatro sirvieron la comida y, al levantarnos, ya se avistaba Santa Cruz y pronto atracamos al muelle pero, viendo el capitán que hacía mucho viento, desatracamos y allí afuera se pasó el vapor toda la noche, con viento y lluvia, pero yo dormí sin despertarme para nada hasta que el ruido de la máquina me despertó y ya era otro día."

Día 29: "No se encontró leche en Santa Cruz y nos dieron café solo, que a mí me amarga. Luego subí con papaíto a la toldilla y nos pasamos allí toda la mañana leyendo poesías. De todas las que me leyó papaíto la que más me gustó fue un retrato de Bolívar de Abigail Lozano y un verso de Mendive que me aprendí de memoria: "Y el beso de almíbar que en copa de flores nos brinda gozosa la edad infantil." En eso vimos la desembocadura del Cauto, que está cerca de Manzanillo y me sorprendió que sus aguas parecieran una cinta blanca en el medio de las aguas azules de la mar y papaíto se puso a recitar otros versos, muy tristes, que empiezan muy bonito, diciendo cómo

nace el Cauto en empinadas lomas y luego desciende y salta, peinando lirios y regando aromas, y luego hondo, lento y callado, se va a hundir en el inmenso océano y pierde allí su nombre al confundirse con sus aguas, y terminan con eso tan triste de que así es el hombre, risueño primero y luego serio y silencioso, hasta que baja y se esconde en el sepulcro frío. Cuando voy dictándole esto a papaíto tengo que pedirle que me vaya recordando los versos, porque sólo se me quedó uno que otro, pero me gustaron precisamente por lo tristes y lo bonitos y quería dejarlos puestos aquí en esta página, así como el nombre de quien los hizo, que es un bayamés llamado Carlos Manuel de Céspedes. Tocaron la campana y bajamos y yo almorcé bien, como de costumbre, a pesar de los versos, y todavía no habíamos acabado y ya veíamos las casas de Manzanillo y al fin atracamos en un muelle que me pareció el más largo que había visto. Bajamos a tierra con los hermanos de Codina, un amigo de papaíto, que nos fueron a buscar a bordo y fui contando los pasos que tenía el muelle y resultó que eran 350. Camino del almacén de don Manuel Codina y, con Eduardo Codina, nos fuimos Federico y yo a casa de Ignacito Martínez, que no estaba por haberse ido al campo, en lo que llegó papaíto y le dejó una carta con una criada, escribiéndole con lápiz allí mismo que el día 6 estaría de regreso por si quería mandar con él los papeles y libros que le pedía su padre desde Matanzas. Volvimos al almacén y fuimos a ver a los Ramírez y la señora me pareció muy amable y Eduardo Codina nos llevó a la imprenta, para que papaíto leyera los diarios de Matanzas. Luego estuvimos en la botica de don Pedro Céspedes a comprar unos papelillos de Seidlis y el boticario era muy gracioso y se me pareció al isleño aquel del bote y pensé que no se parecía al otro Céspedes, el de los versos. De allí salimos para la imprenta La Antorcha y el amo confundió a Federico con Chicho y le porfió que lo había conocido en la imprenta de Spencer, cuando publicaba *Las Brisas de Cuba.* Tomamos un vaso de agua porque teníamos mucha sed y luego fuimos en casa de la abuelita de Francisco Solá, que es un niño del colegio, y salió una de las muchachas, en blusa y sin malakoff, y la vi muy alta, y enseguida mandó a buscar a su hermana, que estaba en la otra puerta, y después de un rato vinieron ella, que se llama Avelina, y la mamá. Lucía, la que salió sin malakoff, tenía muchas ocurrencias y todos nos reímos. Me dieron un pedazo de panetela, mientras caía un aguacerito y hacíamos tiempo para después ir a la barbería, donde a Federico le echaron una pomada de mucho almizcle que le dio dolor de cabeza toda la tarde y, además, no le gustó cómo lo peinaron y volvió a peinarse solo. A mí también me echaron la pomada y me peinaron y no me pareció mal. Nos esperaban a comer en casa de los Ramírez y yo empecé a tener dolor de muelas. La señora Ramírez me dio unos buches que no me aliviaron nada, pero pude

comer bastante bien y me encantaron los dulces, que eran de muchas clases, y los grandes tomaron dos o tres vinos distintos y dijeron que estaban muy buenos y luego nos dieron champagne y papaíto me dejó probarlo y la señora, que era tan amable, le dijo que no me haría mal tomar toda la copa para aliviarme el dolor de muelas. Sirvieron una copita de licor después del café, pero yo ya no tomé café ni licor. Papaíto se fue enseguida a casa de Caridad Lecerff, amiga suya de Cuba, que iba a casarse esa noche con el capitán Inzúa y luego me mandó a buscar con una negra, para que la familia me conociera. Recorrimos, al salir, los mejores establecimientos de Manzanillo y me compré un vaporcito, que me costó nueve reales, en una tienda magnífica como no hay otra en Matanzas. Entramos a otro establecimiento a comprar unos gemelos para mí y a papaíto le parecieron muy grandes, pero Federico le dijo que estaban buenos de tamaño y, cuando papaíto los iba a pagar, Eduardo Codina, que no había dicho nada, no lo dejó, porque me los quería regalar y el establecimiento era suyo. Nos fuimos a despedir de la señora Ramírez, que nos atendió tanto, y papaíto y Federico le ofrecieron que a la vuelta le haríamos otra visita, y ella dijo que así conocerían a su marido, que estaba en el campo. Los Codina nos acompañaron al vapor para despedirnos y, después de tomar un vaso de refresco, nos fuimos a acostar, sabiendo que el vapor saldría a las dos de la mañana y que había que prepararse para pasar el Cabo de Cruz."

Día 30: "Salimos de Manzanillo a las dos de la mañana y a las seis estábamos doblando el Cabo de Cruz. La mar estaba muy brava. Nos levantamos pero, al poco rato, papaíto me tuvo que llevar al camarote porque yo me estaba mareando. Todo el día me lo pasé mareado y vomité mucho. Papaíto no se mareó, pero no se atrevió a salir de nuevo porque sabía que se iba a marear. Los sirvientes nos llevaron un poco de carne, pollo y sopa al camarote, a la hora del almuerzo y la comida, pero no comí nada porque sentí que volvería a vomitar y así sucedió. Me dieron un poco de té y también lo arrojé. Federico no almorzó pero quiso levantarse para comer, y no hizo más que levantarse de la mesa y se mareó. Poco rato después llegamos al Morro, a las seis, y me pareció muy bonito: la entrada es muy angosta pero muy honda y vimos un buque que estaba virando contra la costa. No hicimos mas que entrar por la boca del Morro y se acabó el movimiento del vapor. Llegamos a Cuba a las siete y nos apeamos con unos negritos, que se ofrecieron para cargar los baúles y siguieron con el de Federico, que iba al hotel La Suisse. Un calesero nos pidió tres pesos para llevarnos desde el muelle hasta la calle de Santa Lucía, donde está la casa de papaíto. Papaíto discutió con él, no se los quiso dar y al final le dio veinte reales. Al primero que encontramos en el zaguán fue a papá grande y, cuando subimos, en la escalera nos

recibió mamá grande, que dice que no le digan ni mamá grande ni mamá abuela, sino Teresita, la graciosa y la bonita. Ella abrazó a papaíto y no sabía que iba yo también y papaíto le dijo: "Mira, mamá, aquí está Julio", y ella me abrazó, me besó y lloró. Subimos y nos encontramos a toda la familia y dos amigas de papaíto llamadas las Perís y otros amigos que le dijeron que en El Caney había un gran baile y que por qué no iba. Él contestó que dependía de Federico. Mamá grande me preguntó si quería tomar algo y yo le dije que sí, que no había comido en todo el día, y ella mandó freír dos huevos y que me dieran chocolate y pan con mantequilla. Eran las ocho y media cuando me acosté, porque estaba muy estropeado, lo mismo que papaíto, que no fue al baile de El Caney, y no pudo dormir en toda la noche porque había mosquitos. Yo, en cambio, dormí muy bien."

Día 31: "Nos levantamos temprano y fuimos a La Venus a tomar café y fuimos también a la Catedral, que me pareció por dentro mejor que la de La Habana. De allí a buscar a don Antonio y a Federico en todos los hoteles, porque no los encontramos en La Suisse, hasta que dimos con ellos en el de Madame Adela. Ya con ellos volvimos a la Catedral, donde papaíto se encontró con el capitán Calderón, un viejo amigo, que estaba oyendo misa. Papaíto me quiso llevar al alto, pero no pudo porque había un letrero que lo prohibía. Salimos a la Plaza de Armas, que tiene un salón en medio como la de Cienfuegos, pero lo vi todo, el salón y la plaza, un poco más chico. La Plaza del Mercado estaba llena de ruido, quizá porque todas las vendedoras son negras y no hay ningún isleño, cosa que me extrañó, y compramos mangos de corazón, que no los había comido en Matanzas. Don Antonio compró también, en unas cuantas pesetas, un racimo de uvas y le pareció muy barato. Por ahí cerca, en la Calle de la Marina esquina con San Juan Nepomuceno, fuimos a dar con la Sociedad Filarmónica, que luce muy buena, pero el techo estaba muy descuidado y manchado por las goteras, y papaíto me enseñó la casa de su mamá grande, Luisa, que la vi también muy estropeada. Después entramos al teatro, que es bonito, pero no tanto como el de Matanzas ni como el de La Habana, y acabamos en el *Diario de Santiago*, donde papaíto vio a un amigo suyo llamado José Joaquín Hernández, que es el director, y le presentó a don Antonio y a Federico. Hablaron un rato largo, porque papaíto quiso que le contara lo que pasaba en Cuba, y de todo lo que dijeron sólo me acuerdo del duelo a pistola que pasó en abril, entre un licenciado y un teniente coronel. Papaíto y los demás escucharon muy atentos y papaíto se acordaba muy bien del licenciado Cisneros y Correa, amigo de su familia, y ya estaba enterado pero no sabía los detalles, y José Joaquín mencionó a una actriz de una compañía de zarzuela, que por ella se disputaron, y dijo que el militar español lo mató al segundo disparo y que hubo un gran pesar y toda Cuba

acompañó el cortejo, desde San Juan Nepomuceno esquina con Marina, allí donde está la Sociedad Filarmónica, que a la vuelta vivía Manuel Cisneros, y por toda la calle de Enramadas, y que todos querían cargar en hombros el ataúd, y que días después se llenó la ciudad de pasquines que decían: "Cubanos, un cubano acaba de ser asesinado…" Acompañamos a don Antonio y a Federico hasta cerca del hotel, para que no se perdieran, y nos fuimos a la casa de papá grande, a donde llegó don Juan Bautista Sagarra, que hizo una visita larguísima y nos impidió salir. Volvieron a hablar de lo de Manuel Cisneros y mamá grande dijo que tanto él como su hermano Hilario habían sido siempre muy buenos amigos de papá grande y de ella. Yo me quedé muy extrañado de que en Cuba, que parece tan alegre, hubieran pasado esas cosas tan tristes. Cuando por fin se fue Sagarra salimos de nuevo a pasear y dimos con don Jonás Mendoza, comprando en una zapatería, y nos llevó a su casa a tomar bul y luego, mientras don Antonio y Federico arreglaban su viaje al Cobre, papaíto me llevó a tomar helados. Papaíto no podrá ir al Cobre, porque tiene que hacer varias visitas y no hay demasiado tiempo."

Día 1° de septiembre: "Nos levantamos muy temprano y nos fuimos a hacer visitas a los de la familia: reuní cerca de una onza, porque todos me regalaron. Almorzamos en casa de papaíto, donde lo esperaban varios amigos, su tía Genoveva y su tío Manuel Fernández, y luego él volvió a salir para hacer otras visitas y yo me divertí en la hamaca que tiene mamá en su cuarto. Por la tarde, después que comimos, visitamos a Teresa Villar, que parece que es sobrina de Manuel Cisneros, y de allí fuimos a casa de las hermanas de José Mariano Font, el marido de mi tía Catalina, y a casa de Catalina Prieto, prima de papaíto porque es hija de Genoveva, la cual me dio un escudito de a peso, y por último a casa de Silvina Duany, que es una señora amiga de papaíto muy amable, que tiene unas muchachas muy bonitas y muy finas, y de todas las casas de Cuba la que más me gustó fue esa, y dice mamá grande que fue la mamá grande de Silvina, que se llamaba Úrsula Repilado, la que compró la casa de Luisa Boza, la mamá grande de papaíto, pero que luego la dejaron como está ahora, tan estropeada. Habíamos visto mucha familia, pero toda por parte de mamá grande, y hoy papaíto quiso ir a ver a las primas Susana y Sabina, hijas del tío Luis Bernardo, hermano de papá grande, y nos acompañó papá grande, para ver a su hermano que ha estado muy enfermo. Las dos son muy lindas y están muy contentas porque ya se van a casar, Susana con Federico Ramsden, que es cónsul de Inglaterra, y Sabina con un español que se llama Rafael Suero y es, dijo ella, general de división, y papaíto comentó luego que le lleva muchos años."

Día 2: "Nos levantamos un poco tarde. Papaíto salió con Jonás y yo

me quedé, como siempre, en la hamaca. Estuve recordando muchas cosas del viaje, del vapor y de Matanzas. También me acordé de mamaíta. Cuando papaíto volvió para almorzar, había comprado unos mangos medio verdes para mandarle por tren y que lleguen antes que nosotros. Se los dejó encargados a Jonás. Luego nos fuimos a despedir de Silvina Duany, y de José Joaquin Hernández, y de Manuel Ramón Fernández, tío de papaíto, quien nos llevó a ver el Colegio de Santiago, que se nos había pasado entre tantas visitas, en la calle de Santo Tomás, donde él es catedrático, y papaíto no quiso irse de Cuba sin darse una vuelta. Desde que salió de la casa por la mañana, papaíto no volvió más a su casa, porque no quería despedirse, y estuvo toda la tarde muy triste. Papaíto había pensado quedarse en Cuba nueve días, pero le dijeron que había *croup* y que en tres días se le habían muerto tres hijos a don Ildefonso Romero y papaíto cogió miedo de que pudiera darme y por eso nos volvimos antes de tiempo. Fuimos a una casa de baños y, después de bañarme, me peinaron y a papaíto y a Federico los afeitaron y los peinaron y de allí al hotel, donde nos esperaba otro tío de papaíto, Francisco Xavier, que quiere mucho a mamá grande. Comimos. Luego al vapor, en medio de un aguacero. Allí nos esperaban José Mariano Font, Manuel Ramón Fernández y varios amigos de papaíto, que de veras sentían despedirse, después de tantos años sin verlo. A la salida del Morro vimos la socapa, que es un caserón que está en el mar. Luego principió la mar brava y papaíto se mareó mucho y vomitó, pero yo no me mareé nada, ni siquiera me desvanecí. Esa noche dormí bien, hasta el día siguiente."

Día 3: "La verdad es que la mar no estaba tan brava como cuando íbamos para Cuba. Volvimos a ver el Cauto. A las nueve llegamos a Manzanillo, donde desembarcamos para ir a casa de Codina, que estaba en su establecimiento, adonde fueron a avisarle. Luego fuimos a conocer a Ramírez, que la vez pasada había estado en el campo y fue la señora la que nos recibió. Se reunieron muchas personas para vernos. A los niños nos sirvieron frutas y bul y cerveza a los demás. Nos mecimos en la hamaca, yo y dos hijos de Ramírez, mientras papaíto y Federico fueron a casa de Ignacio Martínez, pero tampoco ahora lo encontraron porque ayer se había ido otra vez al campo. Saliendo, se fueron al vapor a vestirse para comer, dejándome a mí con la ropa que tenía puesta, que estaba algo sucia. Todavía fueron, antes de comer, a casa de la abuela de Solá, donde estuvieron hasta las cuatro. A las cinco la comida, tan bien o mejor que la de la ida. Nos levantamos para que pusieran los dulces y volvimos a sentarnos y había una especie de queso, nuevo para mí, hecho en Cuba, que hacía mucho tiempo que papaíto no lo comía y dijo que se llamaba cuajada, y a mí me gustó mucho. Además del champagne con nieve tomamos,

después del café, el mismo licor que el otro día. Acabamos de comer poco antes de las 7 y llegó un negrito de casa de la abuela de Solá, que es muy bachiller y las muchachas lo quieren mucho, con unos encargos para la madre de Solá y un escudo que nos mandaba, a cada uno, la señora. Después estuvimos jugando, en la alfombra de la sala, con los niños de Ramírez y, cuando dieron las ocho, nos despedimos y volvimos al vapor, donde todavía seguí jugando un rato con dos de los sirvientes, a los que conocía de la ida."

Día 4: "Nos levantamos y el vapor se movía. Navegamos el día entero hacia las Tunas, adonde llegamos a las nueve de la noche. Nos figuramos que el señor Bonillon no iría a buscarnos y ya íbamos a coger un bote para ir a su casa cuando llegó él, con su sobrino, en la falúa, y venía además un guajiro que por primera vez se embarcaba y Federico y papaíto pensaron en hacerle una broma, y se rieron mucho esa noche, en la toldilla, con esa idea."

Día 5: "Dormimos muy bien en las Tunas y salimos, de madrugada, hacia Trinidad. Nos llevaron café al camarote y nos vestimos. Papaíto había preparado por la noche la ropa para desembarcar. A las seis llegamos a Casilda y el vapor no atracó bien y se rompieron las tablas que tapan las ruedas. Papaíto les dio un escudo a los sirvientes y el asistente de su amigo bajó nuestro equipaje, porque el vapor seguía hasta Batabanó y nosotros íbamos a Trinidad, a donde llegamos luego en tren. Hizo papaíto que llevaran nuestro equipaje al hotel Niágara, mientras que el de Andrés González, su amigo que es comandante de artillería en Trinidad, lo llevaban a casa del alcalde mayor, donde él para. En el Niágara almorzamos mal y nos dieron un cuarto alto muy sucio y mal arreglado. Era temprano para hacer visitas porque, comentó Federico, todos estarían almorzando, y por eso fuimos a la barbería y Federico quedó muy molesto porque el barbero lo raspó mucho. La primera visita que hicimos fue a Sánchez e Iznaga, padre de un muchacho de la 3a clase del colegio y luego a casa de don Lucas Castro, que también tiene un muchacho allá, pero estaba en el campo, y después estuvimos en el Colegio de Invierno, donde le enseñaron a papaíto todas las clases y el colegio entero. Llegamos al hotel y comimos de nuevo muy mal y el amo es un guajiro muy desastrado y muy ordinario, pues no usa medias ni se pone levita y él mismo lleva la comida a la mesa y después se sentó con nosotros, sin ponerse levita ni nada. Es hombre de dos piezas: pantalón y camisa. Papaíto, Federico y yo salimos a buscar otro hotel y encontramos uno que, aunque parece un bodegón, lucía mejor que el anterior y papaíto pidió que nos preparasen un cuarto con tres camas. Por la noche fuimos a la tertulia de Cantero, y la familia nos recibió tan bien como siempre. A las 10 nos fuimos a cenar a un café, antes de irnos a dormir al nuevo hotel, donde Federico temía que hubiera chinches. Creo que no hubo,

porque todos dormimos bien."

Día 8: "El viaje ha terminado y mañana estaremos en Matanzas. Dice papaíto que hay que esperar a que se asiente todo lo que vimos y que ahora sí puedo empezar a tener una idea de esta Isla en que nacimos. Nos hemos quedado dos días en La Habana para pasearme un poco, que no hubo tiempo a la ida, y ayer estuvimos en el Paseo, de ida y vuelta, en una volanta de alquiler que salió muy cara, bordeando primero el mar desde La Fuerza para entrar al Paseo de Isabel II, pasar frente al Teatro y el Campo de Marte y tomar el Paseo de Tacón, que es muy largo y bonito, todo lleno de árboles, y luego devolvernos hasta la Plaza de Armas, que estaba llena de personas paseando porque había Retreta y tocaban una música muy alegre y en todas las calles que salen a la Plaza había volantas con señoras muy bonitas, todas con abanico y escotadas, unas conversando y oyendo a los músicos, y otras comprando en los establecimientos que exhiben en las vidrieras la mar de cosas, todo muy iluminado. Al llegar a la Plaza, papaíto le pagó al cochero y anduvimos a pie mirándolo todo desde las ocho hasta las diez, y me compró Federico un velero metido en una botella que voy a poner al lado del vaporcito. Me había ofrecido papaíto llevarme a La Dominica, que es un café muy simpático, con un patio y una fuente, y muchos azulejos y plantas, y las mesitas de mármol y las sillas de rejilla y otras de mimbre, y llenísimo de señoras y de señores y también de niñas y niños, que había muchísimos, y con mucho barullo, como si fuera una tertulia muy grande, más que en cualquiera de los cafés donde estuvimos en el viaje, y yo tomé un néctar soda mejor que el del Louvre y ellos tomaron té y nos sirvieron una bandeja con merengues de sabores, unos de anón y otros de guanábana y otros de piña, y eran más de las once cuando nos recogimos. Esta mañana fue lo mejor del viaje porque, aunque todo el tiempo estuve viendo el océano nunca me metí y hoy fuimos a unos baños de mar como no los hay en Matanzas, en la Calzada de San Lázaro, en medio de los arrecifes, unas como pozas de agua de mar entre las rocas, que no son estanques porque entran y salen las olas, y uno baja por las mismas rocas que sirven de escalones, y abajo se ve la arena y los caracoles, y no hay ningún peligro, dijo papaíto, de que lleguen tiburones, pero me consta que hay erizos porque uno se me enterró. Los hay para señoras y niñas, y otros para señores y niños y unos especiales para gente de color. Me divertí mucho y voy a tener mucho que contar en el colegio, y a Carlos, que no pudo venir porque a última hora le dio un catarro."

Para Carlos será el primer año en el colegio y Julio se siente doblemente protector, por no tener que empezar a hacer amigos y porque ha vuelto eufórico de lo que llama "un largo viaje", del cual queda constancia en un cuaderno negro en cuya primera página se lee:

Diario dictado por mí desde la salida de Matanzas hasta la vuelta, Julio A. de la Torre. Agosto de 1865. La elegante caligrafía de su padre, con las mayúsculas tan finamente dibujadas, inclinada la escritura hacia el este como el oleaje del Caribe, le añaden al texto, según Julio, un excepcional respaldo.

Bernabé desearía que esas imágenes amables y festivas duraran más. Pero el tiempo se precipitará con un ritmo inquietante en los dos años que siguen. "La enfermedad que nos corroe", opina don Santiago de la Huerta, "ya sabes tú cuál es: la esclavitud nos está carcomiendo la médula, contamina la fuerza moral que todo país civilizado debe extraer de la industria humana, al negarle al trabajo la remuneración que merece. Toda propiedad es sagrada pero, sobre todo, la que ha de tener el hombre sobre sí mismo y sobre su trabajo." Este libro no puedes dejar de leerlo, le dice, ofreciéndole su ejemplar de un librito de Francisco de Armas y Céspedes que acaba de aparecer. "Todo se nos va en palabras y me temo que va siendo tarde para las palabras", le responde Bernabé. "Cada día son más los impacientes, mientras en Madrid siguen deliberandosobre lo que pueden o no pueden concedernos. Pero es lo de siempre, querido suegro, ¿cuándo se han hecho las cosas a tiempo en España? Y en cuanto a nosotros, tampoco sabemos ponernos de acuerdo: ni los reformistas coinciden. ¿Ya ha oído usted que Saco opina que no debemos mandar diputados a Cortes?"

Tanto don Santiago como él asisten regularmente a las sesiones de la logia, donde la fraternidad masónica ha empezado a manifestarse con más intensidad entre los nacidos en la Isla que, a pesar de todos los juramentos, han ido desplazando de su confianza a los hermanos peninsulares. Allí se puede ir midiendo el nivel de inquietud que crece en la mitad oriental y se dividen las opiniones entre exaltados *y* prudentes, influyendo mucho en los matices el monto de los intereses azucareros de cada quien y el miedo consiguiente al fantasma de un levantamiento de negros. "Allá en el Norte pagaron caro sus diferencias: más de medio millón de muertos, dicen, para que al fin los sureños tuvieran que rendirse. Con la derrota de Lee se selló la suerte de la esclavitud en la Isla. Pero todavía hay muchos que no quieren entenderlo." Bernabé y su suegro, aunque puedan diferir en los matices, coinciden en lo fundamental: las nuevas generaciones se están formando, adentro y afuera, para cumplir su papel y las aulas tienen que seguir siendo el semillero del que se preciaba don Pepe de la Luz.

Las viejas generaciones, sin embargo, se adelantan y, en la logia donde se ha recibido a Perucho Figueredo a su paso por Matanzas en busca de apoyo, el alzamiento del 10 de octubre del 68 no resulta sorpresivo. Se sabe que, desde agosto, las logias de Bayamo y

Manzanillo son un hervidero y que la primera reunión, decisiva, se ha dado cerca de las Tunas, en San Miguel del Rompe. También se conoce de las diferencias entre Céspedes, partidario de pronunciarse sin más dilaciones, y Aguilera, que aconseja consolidar fuerzas antes de lanzarse. Y mucho se habla de la arrebatadora elocuencia del primero, de su talante voluntarioso y de su don de mando, aunque la iniciativa la haya tomado Aguilera en Bayamo, cuando muchos siguen alentando esperanzas reformistas, teniendo tanto que perder entre haciendas de crianza, ingenios y esclavos. Conociendo el talante de su padre, tampoco le toma de sorpresa a Bernabé una carta donde, después de abundar en la genealogía de Francisco Vicente, que incluye a una bisabuela Cisneros y Zayas-Bazán, del linaje de María de Roxas y Lope de Zayas, y que por su madre, que es Tamayo, se remonta al mismo Rodrigo Tamayo que fuera abuelo de la mujer de Pedro de la Torre, el capitán poeta como se complace en llamarlo —"el creador del Vínculo, ¿tú sabes?"—, concluye con el gusto que le da saber que ese bayamés tan gallardo, que acaba de levantarse en armas, está casado con la hermana mayor de Alfredo, el marido de Mariana, la hija de José Agustín. "Los dos son nietos de Sebastián Kindelán, el mejor gobernador que recuerda Cuba, pero dudo mucho que Alfredito celebre, como yo, los arrestos de su cuñado."

Poco después le llegará la nueva de que Pedro Céspedes, el boticario de Manzanillo que a Julio le pareció tan simpático, estuvo en El Rosario el 6 de octubre de 1868, cuando se acordó iniciar la guerra y se habló de sacudirse para siempre el yugo de España y de "constituirnos en nación libre e independiente". ¿Qué había dentro de ese hombre de apariencia ligera, al que cualquiera hubiera creído que se le resbalaban las cosas graves, que de todo hacía una broma y parecía burlarse hasta de sí mismo? ¿Quién es mi padre, quién soy yo, quién es Pedro Céspedes? ¿Quién decidió por cada uno de nosotros? ¿Estamos aquí para representar un papel? Si es así, ¿cuál es el mío? Hace tres años apenas, Pedro Céspedes y yo hablábamos tranquilamente en su botica de cosas intrascendentes y por la noche bailábamos en casa de Codina y quién hubiera dicho entonces que un día como hoy estaríamos en guerra y él allá en la manigua y yo aquí, asistiendo puntualmente a mis clases en el colegio. Si me hubiera tocado seguir en Cuba, o si hubiera nacido en el Príncipe como mi padre, ¿habría sido otra mi vida? Pero no tengo fortuna, ni tierras, ni ganado que rematar como lo están haciendo muchos para irse a la guerra, ni puedo mandar mujer e hijos a Nueva York, ni sacrificarlos para satisfacer un prurito romántico de heroísmo, dejándolos sin padre, al abrigo de don Santiago, por supuesto, pero en la intemperie de una orfandad casi segura. Todo eso se le pasa por la cabeza, dejándole una ambivalente sensación de disgusto y de respeto por su

propia idiosincrasia, tan vertical pero tan sensata.

Cuando la zafra del 69 está a punto de empezar, llega a La Habana en plan conciliatorio el general Domingo Dulce, prometiendo libertades y representación en las Cortes: Cuba será otra provincia de España, que acaba de hacer una revolución y se vuelve de nuevo bastión de liberales. La reina Isabel II ha huido a Francia, mientras en la península gobierna el "bonito" y temerario general Serrano, que ya ha mandado en Cuba y ha sido su amante. No cuenta Dulce con la exaltación desaforada de los jóvenes voluntarios, vándalos peninsulares armados en milicias para defender el integrismo, que abren fuego una noche en el Teatro Villanueva porque un actor ha gritado "¡Viva Cuba libre!", golpean a un grupo de jóvenes elegantes en la acera del Louvre y saquean el Palacio Aldama, mientras su dueño y otros reformistas se van a Nueva York para apoyar mejor, desde allá, a los alzados. Bayamo ha sido retomada por los españoles y sus habitantes, antes de entregarla, le han prendido fuego y el general Valmaseda sigue asolando despiadadamente la región oriental. El 5 de mayo de 1869 Dulce, cada vez más presionado por los ultras, clausura el colegio El Salvador. No sobrevive, en Matanzas, La Empresa, sospechosa de solapar "laborantes", que acopian recursos para los insurrectos. A Emilio Blanchet, amigo y compañero de claustro, a quien acaba de premiar el Liceo una *Historia de Cuba* redactada con esmero, se le acusa de infidencia y tiene que emigrar a Nueva York primero y luego a Barcelona, mientras le embargan bienes y venden su biblioteca en pública almoneda.

En la casa de la calle del Río, Julio y Carlos, que ya han iniciado los estudios secundarios, preguntan por la guerra con la excitación de quien presiente que el día menos pensado puede llegar a tocar el amplio portón de la casa del abuelo. En el escritorio del padre han encontrado un día una hoja impresa que leen a dúo, arrebatándose el uno al otro la palabra: "Creo en la Revolución de Cuba, creadora de ejércitos y corsarios, en Carlos Manuel, nuestro jefe, que fue concebido por obra del espíritu liberal, nació en Bayamo y padeció bajo el poder de los tiranos…" El padre, que viene de una reunión con profesores del colegio que no han sufrido el infortunio de Blanchet, no tiene corazón para reprenderlos pero, como es indispensable, les ordena con la mayor severidad no compartir aquel secreto con nadie. Cuando se queda solo, se lee a sí mismo, en voz baja, el suelto de *El laborante*, un periódico clandestino que circula en La Habana y que le facilitaron en la logia. Todo ha ido ocurriendo tan de prisa que apenas se ha puesto a pensar en la sobrevivencia cotidiana. Tendrá que hacerlo pronto, porque no aceptará jamás depender económicamente del suegro, que ya hace bastante con brindarles la hospitalidad del piso alto de su casa. Las últimas palabras del *Credo del mambí* lo

proyectan, con un optimismo que no está seguro de compartir, hacia un futuro que percibe más bien como lleno de incertidumbres: “Creo en la vida perdurable de la República de Cuba. Amén.” Como para convencerse de que tales palabras tienen algún sustento, se las va repitiendo escalón tras escalón, en lo que sube a la azotea para dejar que se le deslice lentamente la mirada sobre la tersa bahía de Matanzas y aguardar, con el alma sacudida y levemente melancólica, la aparición sobre el firmamento del Centauro y de Argos.

Una ninfálida dorada
Matanzas, 7 de octubre de 1870-15 de noviembre de 1878

El 7 de octubre de 1870, un huracán que se ha ido alborotando en el Caribe irrumpe encolerizado por la costa sur, desolando poblados, hasta embestir sin contemplaciones a la atildada Matanzas, como si la naturaleza se propusiera desmentir su compostura imperturbable y castigar con especial insidia al emporio del azúcar, amenazando con desplumar a la gallina de los huevos de oro. La mitad de la Isla está en guerra y la otra mitad se mantiene a la expectativa. Las autoridades españolas se afanan amordazando voces y, de paso, exacerban agravios: en Matanzas han clausurado el Liceo y el colegio La Empresa, por las evidentes simpatías de la dirección y el claustro con los insurgentes y porque hay ex-alumnos en sus filas. Pero no es propicia la atmósfera a un levantamiento y resulta fácil sofocar el de Bellido de Luna en Jagüey Grande y fusilar a Tello Lamar por esconder armas en la finca Santa Anna. A Benigno Gener, el hijo de un catalán ilustrado y liberal a quien le tocó presidir la memorable sesión de las Cortes en que se votó la destitución de Fernando VII, allá por el 1823, le han tiroteado la casa los voluntarios y tiene que emigrar a Cádiz. Mientras gobiernan en España Serrano y Prim, el integrismo más recalcitrante se enseñorea en la Isla. En el Príncipe fusilan a José Antonio Guiteras Gener, hijo del director de La Empresa y nieto de don Benigno que, apenas cumplidos los dieciocho, fue apresado en una escaramuza, y en La Habana pasan por las armas a doce estudiantes de Medicina acusados, mentirosamente, de profanar la tumba de un integrista. Uno de ellos se llama Carlos Augusto de la Torre y Madrigal y es hijo del Esteban de la Torre y de la Torre que, con su mujer Manuela, brindaron tanta hospitalidad al anciano don Bernabé en su última visita al Príncipe. No empieza con buenos auspicios, pues, el colegio Los Normales, que inaugura Bernabé de la Torre y Fernández para continuar la labor interrumpida de La Empresa, con el apoyo de Ángel Escoto, dispuesto a abandonar los Escolapios de Guanabacoa, donde ha criado fama, para aportar su experiencia en la enseñanza *objetiva* al proyecto del profesor santiaguero.

Cuando Matanzas se vuelve el ojo de la tempestad, en octubre de 1870, y confluyen allí la ira del viento y las inclemencias del agua vomitada por ambos ríos y por el mar, que invade calles y casas y trepa los escalones de mármol del Sauto, invadiendo vestíbulo y patio de lunetas y convirtiendo al teatro en un vapor en peligro de

naufragio, Escoto se vale de la zozobra de sus alumnos para desplegar ante ellos, con tan notorios fundamentos sensibles, la transformación incesante del planeta a lo largo de millones de años, desde que el agua era soberana y apenas unas cuantas islas emergían de la superficie de las olas, no había estaciones ni climas, ni peces, ni batracios, ni insectos, ni reptiles, ni aves, ni mamíferos y, en el principio de principios, sólo sustancias gelatinosas flotaban entre las aguas. La imagen de un sol gigantesco iluminando pálidamente los abismos marinos; la vaga mirada de los trilobites, abierta sobre la alborada de los tiempos y el lento fluir de ese tiempo hasta el ojo del águila, o de la gacela, hasta el ojo del hombre; la sucesión de inundaciones y temblores, las erupciones del fuego interior, la frecuencia de las tormentas, las tempestades formidables, la consolidación de tierras, el surgimiento de colinas y montañas que aparecían para luego volver a sumergirse: el espectáculo portentoso del universo en perpetua metamorfosis disipa el susto del ciclón y pone a batir con el aceleramiento de una emoción desconocida el corazón de Carlos de la Torre, que apenas puede contenerse el resto de la mañana las ganas de correr a la casa de la calle del Río para hacer partícipe de todo ello a su hermano Julio, encamado por una bronquitis.

Tan entusiasmado está que ni se extraña de la ausencia del padre, que no suele abandonar la dirección antes de que haya salido el último alumno. La familia entera —ya son ocho los hijos— está reunida en la sala cuando él entra como torbellino y no alcanza a decir una palabra antes de enterarse: el abuelo Bernabé acaba de morir en Cuba. Desde la madrugada del 15 de octubre de 1870, Teresa Fernández sabe que, mientras le dure el aliento, el día de su santo no será más el día de su santo sino el aniversario de la muerte del único hombre al que ha amado en la vida. El telegrama es sorprendente: ¿cómo es posible que su madre, le dice Bernabé a Rosita, envíe un mensaje en esos términos por telégrafo?

Tanto se le mezclan a Carlos los sentimientos en esos días que se vuelve taciturno y la familia se extraña porque, después de todo, no es para que le afecte tanto puesto que apenas lo conoció. Las conversaciones estarán sembradas, por semanas enteras, de comentarios de las cartas que llegan, de mamá Teresa y de tía Mariana, con los pormenores del suceso. Después del almuerzo salió con Marianita a dar una vuelta hasta la plaza, para ver si algo lo tentaba para la comida y, en efecto, compraron langostinos a una marchanta que, de tarde en tarde, solía traerlos. Subieron luego la cuesta de la Marina y abundaron las lamentaciones de tiempos mejores frente a la casa de Luisa Boza. Los langostinos se hicieron poco una vez cocidos, de modo que sólo alcanzaron para el anciano, al que mimaban como niño la mujer y la hija soltera, respetándole todos

los antojos y sin reproche alguno por los desatinos del pasado. Durmió una siesta inquieta, advirtiendo al levantarse que sentía cierta náusea, pero todavía le pidió a Marianita que le tocara al piano la pieza de Schumannn que le recordaba a su madre. No le dieron importancia al malestar porque, antes de recogerse, pidió un chocolate con buñuelos. Apenas había conciliado el sueño cuando ya estaba de nuevo despierto, quejándose de revoltura, de un dolor agudo, y de una perentoria necesidad de desalojar el vientre que, incesante y acuosa, no le dio respiro en las horas que siguieron. Había corrido Teresa a preparar un cocimiento de manzanilla con zumo de limón que no surtió el menor efecto. Ingerir cualquier cosa, por líquida que fuera, le repugnaba. Cuando Claudina fue por el doctor Storch ya estaba palidísimo y él, que no sudaba ni cuando hacía muchísimo calor, tenía aquella noche de octubre la frente húmeda y caliente. Se le fueron entumiendo los brazos y las piernas le flaqueaban cuando pretendía incorporarse. Entre crisis convulsivas volvía a desvanecerse, para pasar enseguida a una respiración suspirosa y muy agitada que a Teresa, incapaz de engañarse, no podía dejarle dudas: Bernabé se le estaba muriendo. “Delira, doctor, delira”, le reclamó al médico, negándose a aceptar su impotencia para rescatarlo del cólera que acababa de diagnosticarle al viejo amigo, a quien tantas veces había sacado de las crisis de asma, los episodios ulcerosos y las urticarias.

“Te llamó mucho en el delirio, Bernabé hijo mío”, le informa su madre, sin darse cuenta de que eso lo llenará de culpa, como si las cosas hubieran podido pasar de otra manera si él hubiera estado presente. Entre esos llamados persistentes, insistían, clamaba excitado, y queriendo incorporarse, por mamaíta Luisa, que debía acudir pronto para darle sus bendiciones a Teresita, que tiene el genio tan vivo pero te querrá, mamaíta, como no te quisieron Ana Josefa ni Mariana; discutía con taitico y José Agustín; gritaba que no fusilaran al primo Joaquín, que no se lo merecía; mencionaba a Juan Francisco, al Tívoli, a Desirée, a Flavien Philippon, a Clotilde, a Felipe, todo ello entrecortado y confuso, entre quejidos, suspiros y sobresaltos, enjugándole ella la frente con un pañuelo de hilo empapado en agua de Parma e introduciéndole en la boca pedacitos de hielo y gajos de naranja, para enseguida frotarle brazos y piernas con linimento alcanforado, mientras él seguía gritándole a su madre, que parecía sorda, que lo mirara cómo ya sabía nadar en vez de distraerse con las goletas, hasta que un aullido le salió a Teresa de las entrañas cuando la mirada se cristalizó y, súbitamente, se apagó el destello de aquel par de ojos que nunca supieron darle tregua a un cuerpo frágil y a un corazón que, hasta el instante en que dejó de latir, jamás conoció reposo. Por suerte Mariana le hizo caso a Storch, quien aconsejó llamar de inmediato al cura, puesto que Bernabé no alcanzaría a ver

amanecer.

Carlos no sabe cómo sacarse de adentro un pensamiento intruso que lo descompone. Sin entender por qué, tiene la extraña sensación de ser responsable de la muerte del abuelo y, aunque casi siempre logra desplazar esa fantasía, repitiéndose muchas veces que el abuelo ha muerto en Cuba y él no ha salido de Matanzas, todo se le mezcla por las noches en sueños extrañísimos, donde no distingue si es el abuelo o el padre el que muere, mientras él se trepa a un globo para sobrevolar la Isla, que flota en una atmósfera espesa, entre mareas turbulentas, hasta desvanecerse, sólo para reaparecer lentamente como un dragón inmenso, que amenaza con tragárselo. Es la primera vez que alguien que le toca de cerca se muere. La prodigiosa inmensidad de los tiempos geológicos, apenas entrevista en la clase de Escoto, se desmesura en su imaginación, aun más, frente a la certidumbre, jamás formulada hasta ese instante, de que él mismo, algún día, tendrá que morir. Julio es el confidente de tales descubrimientos y ese día hacen un pacto: espiar el fluir del tiempo y consignar en un diario el acontecer de cada día será su compromiso; el de Carlos, observar con la mayor atención animales, plantas, piedras, nubes, aguas, vientos, para detectar, en las diversas manifestaciones de la naturaleza, la perpetua metamorfosis descrita por el profesor Escoto.

Es por entonces que entra al colegio, aportando sus colecciones reunidas durante varios años, Francisco Jimeno. No es todavía un viejo pero tiene una barba venerable, como el abuelo Santiago, y en la fantasía de Carlos será el obsequio que le hace la voluntad suprema que rige el universo (expresión que le ha escuchado a su padre) para llenar el hueco que deja la vida extinguida del abuelo Bernabé. “En la naturaleza no hay reposo”, les explica en la primera clase, “y todo trabaja en un esfuerzo armónico, viviente y perpetuo. Nada se pierde, nada se crea, estamos compuestos del polvo de nuestros ancestros y lo mismo podrán decir, algún día, nuestros nietos.” Carlos entiende que aquella verdad no es literal puesto que el abuelo yace, muerto y enterrado, en una tumba del cementerio de Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba, pero también entiende que, a partir de ese día, no podrá dejar de hurgar en eso que el profesor Jimeno llama “el gran misterio”, el misterio del origen del hombre, el misterio de la génesis de la Tierra, el misterio de la transformación infinita desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande. “No sólo se mueren los hombres, también se mueren las ciudades y las civilizaciones”, le informa a Julio quien, por aventajarlo en un año, se está perdiendo el privilegio del nuevo maestro de Historia Natural que, le jura su hermano, deja chico a Escoto. Él lo mantendrá enterado: no puede ignorar, si tanto le interesa la historia, que dos o tres siglos de historia humana no son nada frente a los tiempos que

mide la Historia Natural, frente a los millones de años del Universo.

"Sí. Todo muere. Pero, también, todo se perfecciona. La historia del mundo, dice el profesor Jimeno, es el árbol genealógico de su progreso. ¿Sabes lo que es el Progreso? Es la ley que rige la creación entera. Es un proceso lento y grandioso, gracias al cual tú y yo estamos hablando en este momento y no nos arrastramos, como los caracoles, sobre la tierra: estamos pensando. Todo esto es una maravilla y yo quiero saber más. Dice don Francisco que la ciencia nos eleva sin cesar y que la humanidad asciende gracias a la ciencia. Yo ya sé muy bien lo que quiero. Quiero entender cómo se hizo todo y cómo es que tú y yo estamos aquí y me entra mucha impaciencia pero, si me lo propongo, iré aprendiendo: aprenderé a escuchar, como él dice, las voces de la naturaleza. ¿Qué te parece?" Julio queda muy impresionado, pero no puede obtener de su padre que le permita saltarse la clase de geografía para asistir a las de Historia Natural del profesor Jimeno y tendrá que conformarse con las reseñas, cada día más entusiastas, que le irá haciendo su hermano Carlos, sobre todo cuando regresa de una excursión con el maestro, a quien acompaña casi siempre un taxidermista suizo de nombre Gysler, que empieza a instruir al joven alumno, deseoso de participar con ellos en la organización del museo. Las colecciones de Jimeno son seductoras y, poco a poco, va accediendo a cederlas al colegio. La llegada del aura blanca será un acontecimiento.

Es un ejemplar rarísimo, capturado en Camagüey y adquirido por un amigo de Jimeno, después de haber sido paseada en una jaula dorada por pueblos y ciudades de la región para obtener fondos y rescatar el lazareto levantado en los años treinta por el legendario padre Valencia. Muchos años vivió el aura blanca entre sus barrotes dorados hasta que amaneció sin vida una mañana y, por encontrarse casualmente en el Príncipe el amigo de Pancho Jimeno, la adquirió para remitirla, sin dilación, a Matanzas. "No tengo explicación, salvo que se trate de un espécimen albino de la *Cathartes aura aura",* advirtió don Pancho, "o de una *Polyborus auduboni*, comúnmente conocida como caraira, o reina de las auras, que jamás he tenido la oportunidad de contemplar." Julio, que pasa en la biblioteca del colegio las horas que Carlos dedica a cultivar la vocación recién adquirida, le da a leer un pequeño relato de la Avellaneda que se ha encontrado, curiosamente, unos días antes, donde la poetisa cuenta la leyenda de la milagrosa aparición de aquel aura con blancura de cisne y cabeza, pies y pico del color esmaltado de la rosa, dotada de ojos tan dulces y melancólicos que parecen de torcaza, en medio de un lúgubre cortejo de tiñosas que rondan la huerta del famélico hospicio de leprosos, anticipando un fúnebre banquete. Todos en el Príncipe se conmueven y nadie duda que en el aura ha encarnado el alma del

padre Valencia, devuelta a la tierra para rescatar a sus desgraciados protegidos, dejados de la mano de Dios hasta ese milagroso instante.

Aunque Jimeno opina que el aura no es producto del milagro, sino hija de la naturaleza, acotará enseguida que quizá las almas viven eternamente, en progreso constante hacia algo más luminoso, y que la ciencia sabe algo pero no lo sabe todo y no puede decir una última palabra sobre la existencia de Dios o la inmortalidad del alma que, no se avergüenza de suponerlo, no es materia sino fuerza. "¿Qué es el pensamiento humano sino el resumen de todas las energías del universo?" Después de todo, aquella interpretación ingenua de un fenómeno natural, recogida por la pluma de una mujer sensible, no es despreciable como no lo es ninguna fantasía de la imaginación humana. "¿Acaso no son reales, sólo que de una manera distinta, los centauros y los faunos, las quimeras, los vampiros, las hamadríades, los dragones y los grifos?"

Carlos recordará su pavor a ser devorado, en el sueño, por la Isla convertida en dragón y querrá saber si los sueños y las invenciones de los poetas se parecen. Jimeno asiente: "Los poetas sueñan despiertos y por eso podemos decir que son visionarios. Jean-Paul ha dicho que el sueño es la poesía involuntaria." Tras lo cual lo invita a visitar su biblioteca, donde lo esperan el dios solar del antiguo Egipto, un hombre con cabeza de halcón llamado Horus, el búho velando sobre la diosa Atenea en su batalla contra los gigantes, y un elefante hijo de Siva y Parvati, venerado en la India como deidad de la sabiduría. Porque don Pancho abrevó en su juventud en los más viejos mitos, procurando descifrar sus mensajes y todo eso reposa en sus anaqueles: "También te vas a topar con otros seres no menos fantásticos, que nuestros abuelos ni siquiera imaginaron, y que la ciencia de este siglo extraordinario que estamos viviendo ha descubierto, gracias a los rastros fósiles que fueron dejando: los enormes reptiles que habitaron el planeta en la era jurásica. Pero, además, allí te esperan los poetas, porque debes saber que un hombre de ciencia es alguien que se asombra y goza con la belleza del mundo, con el espectáculo magnífico, y a veces terrible, de todo lo que es. Y la poesía, como ha dicho Novalis, es lo real absoluto."

A partir de ese momento, Jimeno se propondrá ir encaminando a ese muchacho curioso, de mirada penetrante y fogosa, para que se abra paso en su alma inquieta, ansiosa de abrazar al mundo, el hombre de ciencia que sin duda lleva adentro. Le proporcionará todos los instrumentos para dar el gran salto que él, con todo su saber, no pudo dar. Ha dado con un candidato perfecto para cumplir su propio deseo de consagrar la vida al encuentro de la Verdad y para preferir el interés de esa Verdad al de cualquier otro sentimiento o interés personal. Ha descubierto en su discípulo a un espíritu afín pero mucho

más libre, más capaz de entregarse sin reticencia alguna a la pasión del saber por encima de cualquier otra. Le enseñará que las ciencias naturales son el trofeo de la modernidad, porque en menos de un siglo han develado como jamás en toda la historia previa de la especie humana el enigma de los orígenes de la vida. Le enseñará a despreciar el fanatismo, a profesar la tolerancia y a defender la libertad de pensamiento. Pero, sobre todo, le inculcará que en la aspiración al Progreso se atesora la esperanza de la Humanidad. No por casualidad, en la Gran Exposición de Hyde Park, en 1851, miles de voces entonaron el Aleluya de Händel: "Esa alabanza a la industriosidad de las naciones dio el tono del siglo." Sin embargo, Jimeno abriga un espíritu escindido entre la fe en los poderes de la Razón y la soberanía de la pasión y los sentidos. Naturalista, arqueólogo, historiador, antropólogo, conserva la huella de una infancia compartida con su primo José Jacinto, el poeta melancólico secuestrado tantos años por la locura y, a pesar de que desconfía de la seducción nocturna que ronda a los poetas, no puede desprenderse de la certidumbre de aquellos románticos para quienes las ciencias naturales se emparientan con la poesía y con la videncia. "¿Por qué no suponer, como Ritter, que lo visible es un gran criptograma donde está inscrito lo invisible?" Entreviendo una metodología capaz de iluminar la ciencia con el misterio de la poesía, el joven Carlos frecuenta con entusiasta asiduidad la biblioteca de Jimeno.

Empeñado en desarrollarle las facultades innatas y de imbuirle, como segunda naturaleza, la convicción de que sólo ejercitándolas aprenderá a vivir, le da a leer el *Wilhelm Meister*, advirtiéndole: "Hay que leer a Darwin pero, antes, hay que leer a Goethe. Este libro te enseñará que el aprendizaje no termina nunca. Irás a la Universidad y obtendrás un doctorado, pero será apenas otra escala en una travesía incesante que ya estás empezando ahora y que no cesará mientras te dure la vida. El instante de la muerte es el fin, pero también, la culminación, si un aprendizaje constante le ha dado sentido a tu vida. La meta de conocer es el camino mismo y el camino es la meta. Tú estás ansioso de emprender el conocimiento del mundo: Goethe te mostrará que hay que emprender, a la vez, el conocimiento interior. Goethe se acercó a la ciencia desde la poesía. Tú puedes hacer la otra experiencia: iniciarte en la poesía desde esa curiosidad científica que ya tienes tan despierta."

Lo insta a indagar en los textos del alemán sobre el concierto de todas las ciencias, en método y espíritu, y la importancia de la experiencia sensible para el estudio de los fenómenos naturales y de los fenómenos culturales. "Por eso se compromete de esa manera tan plena con la aventura de la ciencia. Pero también alienta en él lo que hoy ya conocemos como el espíritu romántico: por eso siente temor y

reverencia frente al misterio del Universo." A Carlos le seduce que el poeta encuentre en lo natural las raíces de los valores humanos y que haya percibido el componente estético de la naturaleza. Comparte la inclinación a contemplar con pasión amorosa, casi religiosa, la infinidad de formaciones naturales y su visión naturalista, profundamente unitaria, de la realidad, de la formación y transformación incesantes. Su admiración se afirmará al descubrir cómo supo tomar partido el poeta en la famosa polémica de 1830 entre el creacionista Cuvier y el evolucionista Geoffroy de Saint-Hilaire, abrazando la causa de este último. Ese hallazgo le entusiasma tanto como un primer enamoramiento que le inflama el corazón durante el verano de 1874.

Acaba de recibirse de bachiller junto con su hermano Julio quien, por enfermedad, perdió un año escolar. El deseo paterno ha intervenido: Julio matriculará Leyes, para cumplir aquella primera vocación suya frustrada; Carlos matriculará Medicina, una carrera afín a sus inclinaciones científicas pero también práctica, por redituable. Jimeno, seguro de haber encauzado una vocación, lo provee de una carta para Felipe Poey, cuyo prestigio irradia desde la cátedra de Zoología y Mineralogía. Carlos se da tiempo para frecuentar a Poey sin descuidar los estudios médicos y enfrascarse con él, sin dejarse intimidar por su aureola, en largas discusiones sobre la validez de las teorías evolucionistas. El maestro de 76 años intuye que no pierde el tiempo con el discípulo de 16, que acabará por hacer a un lado la Medicina y optará por la investigación activa. Al lado de Poey, del malacólogo Rafael Arango y de Juan Cristóbal Gundlach, a quien visita en Canímar mientras el estudioso alemán trabaja en un voluminoso tratado de entomología, el joven de la Torre prosigue el aprendizaje comenzado en Matanzas, con Jimeno, quien lo ha preparado para observar el espectáculo del mundo iniciándolo a la par en el descubrimiento de lo que mueve, dentro de él, la incesante avidez de apropiarse por el saber de todo lo que, siendo natural, no podría serle ajeno.

Lo que Jimeno ha desatado prende, con semejantes estímulos, en terreno fertilísimo. A su hermano Julio le recuerda, constantemente, que Poey se formó como abogado antes de firmar, en París, el acta fundacional de la Societé Entomologique de France, en 1832. ¿No le tienta abandonar los aburridísimos tratados jurídicos para acompañarlo en sus incansables correrías por el laberinto inagotable de la Madre Natura? Julio sonríe, recordándole a su vez que, fiel al pacto, él no ha interrumpido su diario donde, sin pasar por alto lo que ocurre afuera, procura explorarse mejor por dentro: algún día a lo mejor, también a él podrá serle útil ese experimento. Acepta, por otra parte, que es un mal momento para estudiar leyes, cuando la ley sólo

se esgrime para derrotar a la justicia y a la libertad.

"La entomología me fascina", le responde Carlos. "Apenas estoy aprendiendo a observar con atención y lo que veo me provoca a seguir observando y siento que esta curiosidad no se me agotará nunca porque siempre habrá algo más. Cada caracol, cada mariposa, encierra un universo. ¡Qué inmenso se vuelve el mundo cuando observamos lo más pequeño!" Y lo invita a familiarizarse con esas incansables voladoras crepusculares y nocturnas, las miméticas esfíngidas: *Pholus labruscae, Erinnys obscura;* con la "bruja", *Erebus odora*, que la gente imagina portadora de malos augurios y que no deja de revolotear si la molestan; con la *Stelenes insularis*, la *Juniona everete zonalis,* la *Danaus gilippus berenice;* con la *Papilio Gundlachianus,* nómada de las costas cercanas a Santiago de Cuba y de las alturas de la Sierra Maestra, dedicada a Gundlach por Felder en 1864; con la *Phoebis Avellaneda,* que el suizo Herich-Schäffer consagró a la poetisa en el mismo año y que suele posarse en los jazmines de los patios santiagueros. "Son regalo de Gundlach", le aclara, "estas bellezas no se aventuran jamás lejos de su hábitat original, que es la tierra elegida del abuelo Bernabé. Y mira éstas que me obsequió Arango: son endémicas del Camagüey de los abuelos: una *Nymphalidae* y una *Satyridae*, porque has de saber que aquellas bucólicas planicies fueron visitadas por ninfas y sátiros antes que los abuelos de nuestros abuelos las llenaran de vacas." Lo mejor de Carlos es que nunca parece tomarse el saber demasiado en serio.

Lleva tres o cuatro días absorto en buscar caracoles terrestres en los pantanos de Atarés cuando una tarde, a la hora de la siesta, entre la una y las tres, empieza a sentir escalofríos. Descansa en una casa cercana donde le dan de almorzar para no interrumpir las jornadas de trabajo y, cuando le castañetean los dientes, acude a la señora, quien se apresura a prepararle un cocimiento muy cargado de jengibre, pimienta y canela. "Son los fríos", le dice, "las malditas fiebres remitentes que se pescan entre las miasmas del pantano." Con el cuerpo quebrantado y la cabeza adolorida se va a su casa y tiene un acceso de temperatura que no le dura más de una hora, pero lo deja debilitado y sin ningún apetito. El episodio se repetirá al tercer día, con efervescencia de la fiebre y sudores, que, pasado el sopor, se traducen en un profundo agotamiento. Intentará volver a Atarés pero, literalmente, no podrá con su alma y convencido de que ha contraído fiebres palúdicas, tendrá que resignarse a ir en busca de los cuidados maternos a la calle del Río, donde la madre va a alternar los consabidos cocimientos con las dosis de sulfato de quinina prescritas por el doctor Llorach, quien se ha mostrado rotundamente reacio a recetarle la milagrosa Píldora de Ugarte, uno de esos preparados mercuriales que todo lo curan y a la que doña Rosa le tiene tantísima

fe. La quinina empieza a hacer su efecto pero, aunque los fríos y las fiebres se atenúan, la palidez y el desgano no van a abandonarlo en mucho tiempo.

Don Bernabé está pensando en fundar otro colegio, después de la fusión de Los Normales con La Unión, impuesta por un descenso en la matrícula debido a la incertidumbre sembrada por la guerra en la mitad oriental que, desde principios del 74, ha empezado a invadir el Occidente con los triunfos de Maceo y Gómez en Las Guásimas y Los Naranjos. Los campos de Camagüey y de Oriente permanecen en manos rebeldes y, cuando Gómez cruza la trocha, esa trinchera de 50 kilómetros que los españoles han abierto de sur a norte, en el punto más estrecho de la Isla, para cerrarles el paso a los insurrectos, y quema más de ochenta plantaciones de caña en los alrededores de Sancti Spiritus, los hacendados de Matanzas se alarman y muchos mandan a sus hijos a estudiar al Norte, además de que numerosos alumnos de las zonas más afectadas por la contienda han partido desde antes, solos o acompañados por sus padres, sin contar los que, entusiasmados por las victorias de los patriotas, han ido a engrosar sus filas. La alarma de los hacendados matanceros no disminuye con la consideración de que el gobierno de la república en armas, encabezado por Salvador Cisneros Betancourt a la muerte de Céspedes, es un gobierno de hacendados ganaderos. Matanzas no puede quejarse del volumen de la zafra y el patriotismo de unos cuantos pesa menos que la precaución de los más prudentes, que no desean ver comprometida su prosperidad, ni por la impaciencia de los cubanos en armas ni por los desvaríos de una península veleidosa, que coquetea a ratos con el carlismo y a ratos con la república.

“Es difícil persistir en educar cuando en la mitad de la Isla hablan el fuego y el machete y, por otra parte, es imposible no sentirse solidario con los que han elegido el fuego y el machete, aunque todo parezca condenarlos al fracaso, sobre todo ahora que Martínez Campos se ha traído de refuerzo a más de veinticinco mil hombres y los nuestros, según se dice, no pasan ya de los diez mil. Agramonte, muerto. Céspedes, muerto. Bernabé Varona, muerto. Y los que quedan no dejan de desprestigiarse entre ellos mismos: a Maceo no lo quieren porque es mulato; a Máximo Gómez, porque es dominicano. Y los recursos que llegaban de Nueva York que ya no llegan: Aldama, he oído decir, está casi arruinado, y los que todavía tendrían con qué ya no quieren seguir arriesgando porque, en ocho años, no han logrado que los americanos reconozcan la beligerancia de los insurrectos. La guerra, cada vez parece más evidente, fue prematura. A ver qué vamos a hacer ahora con la paz y a ver en qué condiciones.”

Bernabé, obstinado en rescatar de los avatares de la política su sueño educativo, acaba de fundar San Carlos, bautizado así en honor

de la ciudad que ha adoptado y del segundo hijo, el más enamorado del afán de entender y de explicar. También ha rescatado el museo de Historia Natural, incluyendo al aura blanca que, no sabe muy bien por qué, le parece un símbolo, algo así como la encarnación visible de un ideal todavía incumplido que hay que seguir alimentando. Ha puesto en el nuevo colegio todos sus ahorros y tanto Julio como Carlos deciden posponer los estudios en La Habana para contribuir, desde las aulas, al nuevo instituto, enseñando el uno historia y literatura y el otro ciencias. Carlos saca la escuela al campo y allí, al aire libre, embelesa a los alumnos, desplegando con una elocuencia salpicada de humor y de bonhomía el parentesco de una ciencia con otra y demostrando que, en el universo, todo se toca y se encadena.

A Poey lo sigue viendo, algunos fines de semana, en la finca La Carbonera, donde le ayuda a revisar manuscritos y a clasificar especies de peces ciegos. Las excursiones de exploración, a la caza de especímenes para sus colecciones, le ocupan el resto del tiempo. "Coleccionar", le explica a Julio, "es armar tu pequeño microcosmos, tu réplica, en un fragmento, del orden natural. Esos pequeños mundos me producen una sensación única de plenitud: en cada uno se manifiesta la imagen del universo." Se detiene a reflexionar un instante y añade: "Una extraña plenitud, por cierto, cuando atrapo una mariposa. Hacer todavía más breve esa vida tan efímera me trastorna, lo confieso. Y, sin embargo, me consuela saber que, en la gaveta del coleccionista, en mi gaveta, se preservará su belleza, casi siempre sorprendente, una belleza que de otra manera se volvería polvo, como hemos de volvernos todos nosotros. ¡Qué bella y qué efímera es la vida!" No ha cumplido veinte años cuando el hallazgo de dos especies desconocidas de caracoles inscribe su nombre, por primera vez, en los anales de la Academia de Ciencias: en la finca Manjuarí recoge el primer ejemplar, que el malacólogo Arango designa como *Cyllindrella Torrei;* el segundo, encontrado en el mogote de Ceiba Mocha, es bautizado por Gundlach como *Torrella Torreiana.* A Julio le confía: "Es un regocijo saber que mi apellido, que es también el tuyo, quedará para siempre registrado, mientras dure el sistema de Linneo, por supuesto." Y se echa a reír como sólo él sabe hacerlo, con verdadera fruición.

El año del 78 se inicia con el Pacto del Zanjón. La guerra ha terminado, con el presidente de la República en armas preso y el presidente de la Asamblea Legislativa muerto. El cautiverio de Estrada Palma abre paso a la negociación de una amnistía general con Vicente García, que lo ha sustituido, y a lo que el general Martínez Campos llama "olvido de lo pasado". Maceo ha protestado inútilmente en Baraguá y tiene que salir de Santiago en un crucero español mientras el armisticio propicia un *statu quo,* con la posibilidad de enviar

cuarenta diputados a las Cortes y de elegir ayuntamientos. Los reformistas se reagrupan en el Partido Liberal Autonomista y los que pretenden garantizar que Cuba seguirá siendo "parte de España" en el Partido Unión Constitucional. Aunque Carlos de la Torre parece habitar otra dimensión, donde los acontecimientos cotidianos y los históricos ocupan un espacio moderado, la Isla le duele y, guardando cierta distancia con el ruido de los sucesos, nunca se desentiende completamente. José Bruzón, el hermano del tío Ángel, ha sido uno de los fundadores del autonomismo y el hermano de José María Zayas, Juan Bruno, se cuenta entre los firmantes del acta constitutiva. Pero lo que le inspira más simpatías hacia ese partido es la participación de don Pancho Jimeno quien, a pesar del intercambio frecuente con Poey, sigue siendo su verdadero mentor. La noticia de que Manuel, el hijo del tío abuelo José Agustín, que ha sido alcalde de Santiago y sigue siendo coronel de milicias, preside el Partido Unión Constitucional en Santiago no es, en cambio, una buena referencia. Más tarde o más temprano, de eso está seguro Carlos, madurará la independencia. Mientras tanto, la vida prosigue, aunque no para la abuela Teresa, que acababa de fallecer, de una hepatitis fulminante, diagnosticada por el doctor Hartmann, en Santiago de Cuba. Con esa manía de la familia de describir minuciosamente los síntomas que preceden a la muerte, Mariana ha informado del intenso dolor y opresión que pronto se extendió al hombro derecho, del color amarillento que tiñó la piel e hizo pensar de pronto en una ictericia maligna, y de las náuseas, vómitos y delirios que, a pesar de cataplasmas y sanguijuelas en el hipocondrio derecho, de limonadas y jarabe de tamarindo, precipitaron el fin en menos de cuarenta y ocho horas.

Las actividades culturales, envueltas por la guerra en un largo paréntesis, se reanudan y, para ello, se reabren las puertas de la Biblioteca y del Liceo, donde el joven discípulo de Jimeno y de Poey será invitado a dictar una conferencia sobre Charles Darwin que, por casualidad, coincidirá con el día de su santo que también lo es, por cierto, del inglés. Tiene veinte años y ya lo rodea una cierta aureola. Por eso el Liceo se llena, no sólo de señores sino de señoras y señoritas curiosas por enterarse de las novedosas y audaces teorías que contradicen, al decir de sus confesores, las enseñanzas de la Iglesia, y de paso oírlas de boca de un joven bien parecido y aficionado a danzar, tanto que a una de las jovencitas presentes, de apellido Urbach, la ha dejado agotada pero radiante, hace apenas unos días, en el patio de lunetas del Sauto convertido en pista de baile.

La niña se ha sentado con su mamá en primera fila y no se pierde palabra. ¿Cómo fue el mundo antes del hombre, en infinitas noches sin sueños, sin miradas que escrutaran las estrellas? El Universo no fue

creado en seis días, sino que se fue transformando a lo largo de muchísimos millones de años. Los animales no le fueron ofrecidos a la pareja originaria en un jardín paradisiaco, con el árbol del fruto del bien y del mal plantado en medio, sino que una sucesión prodigiosa de especies fue evolucionando desde el protoplasma, hasta que hubo invertebrados y luego peces y anfibios, marsupiales y mamíferos, incluyendo a los monos, que sucesivamente precedieron a los hombres. "Para que hoy nuestros corazones palpiten con emociones tan profundas y tan íntimas; para que la sangre pueda latir tan suavemente en nuestros corazones…" La niña Urbach mira arrobada a quien parece dirigirle sólo a ella la explicación del refinamiento de la sensibilidad desde los seres más elementales.

Úrsula se entera de cómo Lamarck sacó a la luz, al principiar el siglo, el parentesco y la filiación de los seres; de cómo Cuvier sostuvo, en cambio, la inmutabilidad absoluta de las especies y las creaciones sucesivas; de cómo Geoffroy de Saint-Hilaire descubrió la comunidad de origen entre los reinos vegetal y animal, siguiendo a Lamarck; de cómo Darwin formuló la ley de variación y la ley de selección natural: de cómo, por causas desconocidas, pequeñas variaciones proveen a ciertos individuos, en determinadas especies, de valores de supervivencia, de cualidades superiores que dan lugar a especies más perfectas. Muda, admira todos aquellos progresos en el saber pero, sobre todo, admira a quien los enuncia con semejante soltura.

¿Cómo no emocionarse con un fósil en la mano sabiendo que pertenece a uno de los seres vivos más remotos que poblaron el planeta? ¿Cómo no querer revivir la noche de los siglos, cómo no aspirar a volver visible lo invisible, cómo toda esa riqueza añadida al conocimiento de los hombres no ha de cambiar la noción de la vida y la muerte, del presente y del futuro, del lugar del hombre en el mundo? ¿Por fin puede sentirse el hombre en posesión de su destino? "Sí y no", le oye decir, "porque cada generación olvida lo que hizo la anterior, quizá porque la enormidad del tiempo nos aplasta, así como nos agobia la enormidad del espacio cósmico. ¡Qué pequeño y qué grande es el hombre! La verdad es que el futuro está en germen en el presente, como el presente estuvo en germen en el pasado." Cree sentir vértigo cuando el conferencista menciona la edad de la especie humana sobre la tierra. ¡Cien mil años! A eso le llaman *la era cuaternaria.* Pero de ahí a pensar que el hombre está construido con el mismo modelo que los mamíferos superiores… Y que cada fisura y cada lóbulo cerebral tienen su analogía en el orangután… Úrsula prefiere olvidarlo enseguida y dejarse envolver, mediante el encantamiento de esa voz seductora, en una espiral de tiempo que va desenvolviendo la variedad en el teatro de la vida, hacia atrás, desde el cómico y extraño *Megatherium*, del orden de los perezosos, hallado

en el Paraguay, junto con otros herbívoros de gran talla habitantes del plioceno, como el mamut, hasta el principio de la era terciaria, en medio de temperaturas tropicales que hacen florecer magnolias en Groenlandia y crecer cocoteros en lo que ahora se llama Europa, cocodrilos y tortugas en Montmartre, pájaros cantores, mariposas y serpientes cuyos fósiles van develando el espectáculo de esa era en la que, mientras los golfos se vuelven lagunas y luego se secan y hay erupciones volcánicas en lo que ahora se nombra Francia, aparecen distintas familias de mamíferos y, entre ellas, los monos que anuncian al hombre. La voz del mago la conduce un poco más atrás, al punto en que empiezan a sucederse las estaciones y los árboles pierden las hojas, a la vez que desaparecen los grandes reptiles y los *Ammonites* toman forma de cuerno, enrollándose al revés, como caracoles. Luego le abre las puertas del jurásico, la era más fecunda en la genealogía de los seres vivos —advierte— con su fauna prodigiosa de reptiles de talla gigantesca y cerebro minúsculo: pterodáctilos alados y provistos de dientes; iguanodontes anfibios, con aspecto de canguros enormes, que se tropiezan con las copas de los árboles; brontosaurios de treinta mil kilos; dinosaurios, algunos mitad cocodrilos y mitad aves; hyelosaurios y teleosaurios que moran en los ríos; ictiosaurios y plesiosaurios, que nadan y se sumergen en las profundidades marinas, cuando los mares cubren lo que luego serán continentes, Europa es un archipiélago y brotan plantas tropicales en Siberia. Un poco antes, entendiendo la impensable dimensión de aquellas eras, al principiar la secundaria, el planeta se ha enfriado y hay colinas y montañas con coníferas y palmeras. El cielo es azul y el sol brilla. Pero, volviendo otro poco la página del tiempo, el disco solar, visto desde la Tierra, parecería inmenso. La atmósfera es espesa y envuelve al planeta en un inmenso silencio, habitado por helechos enormes y pájaros mudos. “Si hoy los ferrocarriles devoran las distancias”, afirma, “es porque en la época carbonífera se acumuló la hulla, que no es más que el depósito de materias vegetales que ahora hemos podido liberar, los restos de bosques tupidísimos, donde apenas alcanzaba a penetrar algún resplandor solar.” Y en el principio mismo, cuando la vida brota entre las aguas, el sol no lanza todavía sobre la tierra su luz deslumbrante y el día y la noche casi son idénticos. La voz del conferencista ha bajado el diapasón y las palabras, pronunciadas con lentitud, se mimetizan con las imágenes. Prendida la mirada en la de ella, a quien le está dedicando ese viaje vertiginoso al alba de los tiempos, Carlos rescata el hilo que, siguiendo hacia adelante la extensa secuencia de progenitores, conducirá al advenimiento del hombre.

Basta rascar un poco la corteza de la tierra, explica, para leer en sus archivos la fascinante historia de esa genealogía. La ciencia y la poesía se entrecruzan en mil puntos, dondequiera que salta la chispa, el

destello de la belleza. ¿Cómo no sentirse tocado por el entusiasmo ante la maravillosa estructura y propiedades de todo lo viviente, desde sus formas orgánicas más humildes hasta la criatura humana? Cuando se refiere al desarrollo de las facultades intelectuales y morales y a la capacidad de amar sugiere que eso que llamamos el alma humana se ha ido formando, como el cuerpo, gradualmente, pero que la humanidad está aún lejos de alcanzar la perfección: junto a los ideales y las aspiraciones más altos, prevalecen los más arcaicos impulsos de agresión y de violencia. El rostro de Úrsula se ensombrece, para volver a iluminarse cuando el joven aprendiz de brujo le atribuye a la ciencia un fin supremo: elevar a esa humanidad que aún no acaba de desprenderse de las brumas de sus orígenes a un ideal cada vez más puro, más próximo a la energía luminosa que los espíritus religiosos identifican con una presencia divina.

Úrsula Urbach acaricia con ternura los cabellos oscuros y ondulados, que se acomodan con armonía sobre la frente amplia, donde ya se insinúan dos grandes entradas que seguramente se acentuarán con los años, y el bigote espeso que contrasta con la delicadeza de las facciones y la palidez de la piel. ¡Qué ganas de ser besada por esos labios bien dibujados y de tocar con la yema de los dedos, uno a uno, los dientes impecablemente alineados! Úrsula Urbach cierra los ojos para entreabrir los labios y dejarse penetrar por esa lengua voluptuosa que en el baile le ha murmurado palabras dulces y ahora le teje alrededor una luminosa red que nadie más que ellos percibe, pero que la tiene envuelta y bien apresada. Los aplausos y los bravos la vienen a sacar del embeleso y tendrá que hacer un gran esfuerzo para salirse de esa íntima escena que transcurre entre ambos sin que el público, ni la mamá, puedan impedirlo. Cuando la madre la tome de la mano para incorporarla al coro de las felicitaciones sentirá una leve repugnancia, como de pudor ofendido, como de haber sido sorprendida infraganti. Él tardará un poco en darse por enterado de que, en medio del ruido, de las risas y las alabanzas, una ninfálida dorada se ofrece inerme a su amoroso alfiler de cazador sutil. Luego, le toma con intolerable lentitud la pequeña mano demasiado temblorosa y, mirándola intensamente a los ojos, la acaricia con el bigote y la besa largamente.

Una partida de ajedrez
Progreso, 28 de febrero-México, 20 de diciembre de 1877

El hechizo de lo innombrable los tiene atrapados. Lo reconoce cada uno, en el otro, ese día de 1875 cuando se miran directamente a los ojos y, de súbito, él deja de enviarle misivas dolientes a Rosario de la Peña, cargadas del vacío de amores que le pesa sobre el cuerpo, abrumándole tanto la enfermedad de vivir como a Acuña que, de cultivarla con tanta diligencia, se ha muerto de ella.

"No puedo evitarlo", le confiesa Carmen a su hermana Rosa, "sé que voy a acabar entre sus brazos y nadie, ni mi padre ni tú, podría impedirlo. Está escrito, Está escrito donde el destino, o Dios, escribe nuestras vidas. Y nuestras muertes. Es como si lo estuviera leyendo. Y sólo de anticiparlo me da vértigo." No tienen nada en común y lo tienen todo: un hervor que les corre por las venas al mismo ritmo y que suspende el tiempo y los deja en vilo.

Él llega cada tarde recién bañado, con el cabello húmedo, oliendo a agua de colonia, la camisa blanquísima y el frac impecable, a jugar ajedrez con su padre. En la calle de San Francisco se le abre, cada larga velada, otro resquicio de Cuba y con él entra en la sala una fuerza extraña, que conmueve y entusiasma por igual a hombres y mujeres. Lo sabe bien y no duda de sí mismo: dondequiera va cosechando renombre halagador. Se los gana a todos de un golpe de vista y luego, suavemente, va desplegando la fascinación de su palabra. "Así logré a mi Carmen", le confesará al que ya se anima a llamar "padre mío", y no vacila en añadir: "Así haré mi fortuna."

Martí acaba de llegar de La Habana a Yucatán, camino de Veracruz y de México, pero esta vez de paso hacia Guatemala. Muy pocos días ha estado en la Isla, lo necesario para recabar ciertos recursos que costearán el retorno de sus padres. Dos años se cumplen de su primer arribo a México. Ha escrito poemas, ha salpicado de aforismos sus cuadernos, ha especulado sobre la fortaleza de la desventura y el improbable arte de la felicidad, sobre la vida como prueba y la muerte como derecho y ha practicado, en el embriagador intercambio con la página blanca, una sinceridad más íntima que la que le gana amigos en los salones: "El amor es una fiera, que necesita cada día alimento nuevo", estampa una noche en el cuaderno de cartón verde jaspeado que le devuelve el verdor de Cuba, de vuelta de un ensayo de *Amor con amor se paga*, al que ha asistido, tras mucha insistencia suya, Carmen Zayas Bazán.

Hoy le escribe a Francisco Zayas que las grandes acciones deciden

pronto de los grandes parentescos: “Me da usted mi mayor riqueza, y mejor gloria; me da usted a mi Carmen de mi vida.” Eso le escribe, diciéndole “padre mío” y asegurándole que pondrá sus años más floridos en consolar las soledades de quien, con tan noble facilidad, la envía de los brazos paternales a los suyos enamorados.

El oleaje que lame el seco litoral de Yucatán es el mismo que ha acariciado los arrecifes cubanos. La cadencia de ese oleaje se le cuela en la prosa, anegada de entusiasmo, que le revive tardes innumerables en la calle de San Francisco. Ella se acerca a la mesa y vigila, tras el respaldo de los sillones campechanos, las dos jugadas. Él levanta de cuando en cuando los ojos oblicuos e inteligentes, tristes y acariciadores, para devolverle la mirada efusiva y en ese ir y venir se va atando entre ambos la complicidad deliciosa del amor. Sabe bien Carmen que es a ella a quien llega a buscar Pepe cada tarde, aunque el pretexto sea la partida de ajedrez con el padre. Sabe también que Martí ha simpatizado con Francisco de Zayas y que éste ha simpatizado con Martí, pero no se le escapa que sus perspectivas sobre Cuba no pueden ser idénticas. Su padre participó en comisiones de principeños ilustres y neutrales, que el gobierno envió al campo mambí en busca de una negociación temprana con los insurrectos. Después emigró para evitarle a las hijas los avatares de la guerra y porque compartía con los rebeldes la aspiración de cambio, sin coincidir en la suposición de que el tiempo estaba maduro para tomar las armas.

Entre jugada y jugada él, enamorado, lo adivina todo o cree adivinarlo. Hoy, desde Progreso en Yucatán, procura poner eso entre paréntesis y prometer que, desde ahora, se consagrará a Carmen por completo. Por su ventura está dispuesto a reconocer las realidades de la vida y asegura que no lo confunde conflicto alguno entre el deber para con su propia familia y el amor para quien, con cariño ejemplar, rejuvenece y hermosea su corazón.

“Soy de la que me anima y me comprende”, asegura, mientras le pide al futuro suegro fe en su palabra ardiente y no deja de advertirle que no ha sido ni ha de ser la suya una cualquiera de tantas existencias ordinarias. Porque Martí se sabe brillante. No sólo eso sino que se siente vocado a cumplir una misión: asegurar que no se extinga entre los cubanos el espíritu libertario, que tendrá que seguir ardiendo en el fragor de las armas, en una guerra necesaria, hasta cumplirse, fatalmente, en la Historia que él está llamado a configurar. Hijo de un valenciano, sargento de artillería, y de una isleña de Tenerife, no es la herencia sino la flama romántica que le ha encendido un maestro entusiasta, traductor inflamado de Byron, la que le ha removido algo que ya le brotaba espontáneamente de las entrañas: el ímpetu rebelde, proclive a movilizar otras voluntades para volverse, en actos,

revolucionario. El padre de Carmen Zayas lo leerá entre líneas. Quien se dice ajeno a una existencia ordinaria no ha de dársela, tampoco, a su hija. El joven abogado de veintidós años, que acaba de licenciarse en España por hacer explícitos en Cuba sentimientos antiespañoles, lo que le valió primero la reclusión en Isla de Pinos y luego el destierro con dieciocho años apenas, ya había fundado en la Isla, recién cumplidos los dieciséis, un periódico llamado *Patria Libre*. Todo lo que escribe, en verso o en prosa, pregona el desafío libertario: sabe Zayas, muy bien, a quién le entrega su hija. ¿Comprende que es inútil interferir con esa corriente que los atrae? ¿Lo arrastra a él mismo la incandescencia del joven delgado, de frente amplia y de mirada intensa?

A Martí le gustan mucho las mujeres, sobre todo si, como las del Camagüey, son trigueñas y tienen los ojos hermosos. No pasa una semana, cuando visita alguna ciudad nueva, sin prendarse fugazmente de alguna. Su admiración vehemente está siempre dispuesta a rendirse a los encantos del cuerpo y las virtudes del alma. Pero en las tertulias de la calle San Francisco sólo tiene ojos para Carmen, sensual y soñadora, con la que puede hablar de Víctor Hugo y de Longfellow. El mes que acaba de pasar en Cuba se la hace más deseable: ella encarna a la otra Cuba que se fragua en su imaginación, de la que está enamorado, y el amor por Cuba y por Carmen se le confunden.

Hace apenas unos días le ha escrito a Manuel Mercado de la suave influencia fortificante que ejerce sobre su espíritu y de lo indispensable que se le está haciendo su presencia para imaginar y emprender lo que tiene por delante. La fe y el brío parecen depender de ella: “A tal punto que creo ahora que bien pudiera pesarme, por encima de la misma nostalgia de la patria, la nostalgia del amor.” De esa atadura y del “vertimiento de todo su espíritu en mi espíritu” habla con fervor y ha dicho: “Soy de la que me salva, y la venero” y “Cuando hablan de mí, de ella se habla”. Pero, ¿se da cuenta de lo que dice cuando dice: “Casándome con una mujer, haría una locura. Casándome con Carmen, aseguro nuestra más querida paz… la de nuestras pasiones espirituales…”? ¿Qué diría de eso Carmen? ¿Aceptaría de buen grado volverse casi espíritu, volverse casi Cuba? ¿Iría tan feliz al matrimonio si supiera lo que Martí anticipa, saboreando desde demasiado temprano el placer del sacrificio?: “Afortunadamente, viviré poco y tendré pocos hijos: no la haré sufrir.” Sólo que tales confesiones no es a ella a quien las dirige, sino al amigo más próximo, al que llama hermano, y mucho se guarda de comunicarlas al que empieza a llamar, tan complacido y complaciente, “padre mío”.

La misiva del hijo recién adquirido va a llegarle a Zayas a la vez que, por otros conductos, recibe noticias de la penuria que padece el

Camagüey, convertido casi en cementerio en medio de un desierto: la guerra se ha enseñoreado y la desolación se asienta donde antes campeaba el industrioso señorío principeño. La manigua invade caminos y potreros, se han diezmado los caballos y las vacas, apenas se cosechan la caña y el arroz, ya no se hacen quesos ni se recoge miel, hay fincas devastadas y poblados carcomidos por el fuego, a los pobres no les queda sino la limosna pero, ¿de dónde ha de venir la limosna si los ricos rematan sus casas a cualquier precio, venden sus alhajas y emigran y son tantas las casas desocupadas y ya no se ven carruajes en las calles ni carretas en los campos ni más que humo y desolación por todas partes?

Leyendo la carta de Martí, Francisco de Zayas se debate entre sentimientos muy mezclados, de solidaridad con la rebeldía y de añoranza por la paz. Nueve años en guerra son demasiados y sabe que ese hijo nuevo que va a entrar en su familia es muy joven y derrocha arrestos impetuosos. La guerra se le agolpa en la memoria con toda su cauda de contradicciones y de divisiones entre los jefes insurrectos, con todos sus triunfos y sus años terribles. ¿Los triunfos? ¿De qué sirvieron Mina de Guáimaro y el Cocal del Olimpo, donde tanto se lució Agramonte, si tan mala jugada había de depararle el destino que, a punto de invadir Las Villas y pasando revista a sus tropas formadas para rechazar el ataque de una columna española, había de derribarlo un balazo extemporáneo, disparado a mansalva? A Zayas, el recuerdo del bayardo inerte desplomado sobre su montura, ensangrentados caballero y caballo, derrotada por una aviesa casualidad tanta pundonorosa resistencia a la altivez de Céspedes, al temple autoritario del patricio bayamés, le remueve un profundo duelo: el duelo por una continuidad de más de tres siglos muerta y enterrada. Por algo arrastra en su bagaje Zayas, como Agramonte, el legado de vida y muerte de nueve generaciones, bayamesas y principeñas. Por algo hay tantos apellidos comunes en el pasado de ambos: tantos Agüero y Recio y de la Torre y Duque de Estrada y Sánchez Pereira y Miranda. El padre de Carmen siente que la insurgencia está entrando en agonía y que acaso se pague demasiado caro el intento de jugarse el pasado a cuenta de un futuro hoy tan incierto. ¿Cuántos recordarán todavía las palabras inflamadas de Céspedes en San Miguel del Rompe?: “Señores: … el poder de España está decrépito y comido por los gusanos. Si todavía parece fuerte y grande, es porque durante más de tres siglos lo hemos mirado arrodillados. ¡Levantémonos!” Él sí las recuerda y se le hace un nudo en la garganta cuando las repite en alta voz, como si se las hiciera presentes, sin haberlas mencionado para nada, esa confianza que pone el joven Martí, en la carta que va leyendo, en su propia palabra ardiente. Pero se le encima la visión del patricio sacrificado, sin vida sobre la cabalgadura, exhibido como trofeo en el

claustro del hospital de San Juan de Dios. Y, detrás, la del general Bernabé Varona, también su pariente, fusilado en Santiago el mismo año del 73 cuando volvía de Nueva York en el *Virginius*, cargado de armas para los combatientes. Zayas siente como principeño y le pesan tantísimas fosas en medio de su tierra en ruinas. ¿No podrá encontrarse una manera decorosa para hacer la paz?

No le extraña, ¿cómo podría extrañarle?, que el elocuente criollo de primera generación esté tan ansioso de bautizar con fuego su reciente cubanía. También a él, tanto más prudente, lo llevó al estudio del derecho más el afán de justicia que la obsesión por la ley. Pero le gustaría engañarse y creer que el yerno inminente, porque acaba de concederle la mano de la hija, sabrá adaptarse a un ejercicio sensato de la abogacía una vez que la paz se restablezca en Cuba. ¿Tiene acaso motivos suficientes para creerlo?

En cuanto a la paz, Zayas tiene puesta su confianza en la cordura de otro principeño: Salvador Cisneros Betancourt, que sigue contando, y mucho, aunque después de él, y en menos de dos años, la República en armas ya haya visto pasar tres presidentes más.

Mientras tanto, Carmen Zayas se deja mecer entre el amor de ambos, un poco celosa del aprecio que los dos hombres han anudado entre sí y presintiendo que algún día a ella le tocará optar y decidir el final de una partida de ajedrez que empieza en la ciudad de México, en los altos del número 12 de la calle de San Francisco, muy cerca de la Catedral donde, el día 20 de diciembre de 1877, entra del brazo de Francisco de Zayas para salir del brazo de José Martí. Una partida que, ese día, está aún muy lejos de terminar.

El doloroso placer
Chilpancingo, 1° de enero-La Habana 6 de julio de 1878

Llevan diez días de casados. ¿Se ha dado cuenta ella, ya, de que él la ha rodeado de una aureola y así es como la quiere llevar a su lado, como alguien más creyente pondría a la Virgen en un nicho? Es muy pronto para no dejarse seducir por la devoción de quien afirma que cada uno de los días de ella vale por uno entero de los años suyos. ¿Cómo no sonreír si, mirando sobre su hombro, ha visto cómo le escribe a Mercado: "Duerme entre salvajes y bajo el cielo azotado por los vientos, alumbrada por antorchas fúnebres de ocote…"? Sonríe Carmen porque le complace que él revista todo lo que mira, oye o le toca de cerca de ese lustre dorado, como si lo más cotidiano, por ocurrirle a él y a su mujer adquiriera enseguida otra dimensión. Pero prefiere no darse por enterada de la palabra "fúnebres", acaso porque la esquiva como de mal augurio para una recién casada. Camino de Guatemala, feliz de pertenecerle, procura colmarse con la incandescencia que él genera a su alrededor y disfrutar, en vez de padecerla, una insólita luna de miel de vagabundos errantes. El paisaje, a pesar de los cocoteros y los platanales, no alcanza a evocarle Cuba.

No importa lo incómodos que sean los carruajes y los alojamientos precarios: ella está dispuesta a demostrarle que, por él, es capaz de soportarlo todo. Y a él nada le cuesta mirarse en ella como en un espejo y atribuirle todas las virtudes de las que gusta preciarse, sobre todo la afición a encontrar solaz en la dádiva de sí mismo, en la vocación de sacrificio que —le gusta tanto repetirlo— da la medida de la estatura humana.

Van camino de Guatemala donde lo esperan, con impaciencia, sus alumnos de literatura y de filosofía. Allí ha pasado el último año, lleno de Carmen según ha dejado constancia en sus cartas sin mencionar siquiera la fascinación que ha encendido en el corazón de una jovencita enamoradiza que (algún día habrá de recordarlo en un poema) por su voluble comportamiento (lo sabrá al volver a tierra guatemalteca), en el ínterin, "se murió de amor". Algo le cuesta disimular el pesar *y* la culpa que esa muerte le trae —¿acaso la anunciaban los fúnebres ocotes de Chilpancingo? Lo cierto es que Guatemala, sin María García Granados y con despóticos desplantes desde el poder que le estorban la expresión abierta en el periódico y en la cátedra, pronto va a decepcionarlo, aunque Carmen no cese de llenarlo de tiernas solicitudes. "Las penas sólo lo son para ella en

cuanto yo las sufro…", le comentará orgulloso a Mercado: ninguna de las vicisitudes que llenan ese año negro la vuelve, según propios testimonios, menos serena o menos amante. Todos los reproches los guarda, en ese momento, para una madre que se resiste a comprender la salvaje independencia, la brusca inflexibilidad de sus opiniones sobre Cuba. Carmen, en cambio, es dócil, dedica el tiempo que le deja la atención de la casa a copiar sus textos y no deja de preguntarse por qué no basta, en esa tierra poco hospitalaria, "ser bueno, ser inteligente, ser infatigable y ser sincero". ¿Qué más podría pedirle su marido?

Empezará a pedirle, con insistencia creciente, que aprenda a compartir más gozosamente el doloroso placer con que se ha habituado a saborear sus amarguras, sobre todo cuando ella empieza a sentirse habitada por alguien más, que tiene la audacia de disputarle sus devociones: un hijo que ya anuncia su irrupción para los primeros días de noviembre. Se resiste cuanto puede a las lágrimas de Carmen y a las promesas hechas "al generoso Zayas". Al amigo mexicano le confiesa sus reticencias: "…llevo mi infeliz pueblo en la cabeza y me parece que de un soplo mío dependerá un día su libertad…" ¿Hasta cuándo tendrá que plegarse a las necesidades de los demás y soportar que la prudencia prevalezca sobre la vehemencia? ¿Hasta cuándo? No le importa confesarse con Manuel Mercado: es un propósito soberbio el suyo, lo reconoce, pero ese propósito soberbio le hierve en el alma.

Esas necesidades "de los demás", esas necesidades "de la vida" lo obligan a regresar a Cuba como una oveja mansa que vuelve al rebaño. Mientras que ella, la que parecía ser su alma gemela, le propone calma y sosiego, él piensa que la calma sólo podrá ser aparente y el sosiego matador. ¿Cómo atreverse a pedírselos a quien está inspirado por una exaltación amorosa tanto más noble —la pasión por la justicia, el ardor contra la infamia? ¿Cómo pedirle que ame como cualquiera si está enamorado nada menos que de la gloria y el brillo de América?

Una patria en el destierro
La Habana, 17 de enero-mediados de octubre de 1879

"Libre y sin hijo, yo hubiera ahora hecho hablar de mí. Y de un modo que me hubiera dejado contento." Eso le dijo a Mercado, en otra carta impaciente, antes de que a Carmen le naciera el hijo. Y a ella, mientras el pequeño la reclama desde la cuna, le insiste: "Yo no he nacido para vivir en estas tierras mi pobre Carmen, convéncete. A mí me hace falta otro aire: el aire del alma." A ella tuvieron que abrirle el vientre para sacarle al hijo y no se recupera. Una fatiga enorme la espera cada mañana, tras la noche pasada casi en vela porque el niño llora demasiado y ni darle el pecho ni mecerlo parece saciarlo. Ha repetido tanto los mismos argumentos que se le han gastado. No tardará en llegar de España, ratificado, el título de abogado. Mientras tanto, ¿por qué no aceptar lo que le ofrece el honrado Nicolás Azcárate, prudente propulsor de reformas con dignidad para los cubanos? "Tú ansías volver al destierro", le reclama, "yo, en esta desgraciada tierra nuestra, tan flaca y tan enferma como la ha dejado la guerra —y así de extenuada estoy yo, te lo prometo—, a pesar de todo, encuentro el sosiego. ¡Si yo supiera cómo! ¡Si tú me dejaras comunicártelo! Sé que sufres. Pero sé, también lo sé, créemelo, que después, cuando todo esto ya quede lejos, cuando todo haya pasado, vivirás mejor y más contento. Si somos almas gemelas, ¿por qué no puedes oír lo que te digo? ¿Por qué te cierras tanto a las razones de mi padre?"

¿Quieren ella y su padre que se atenga a ser abogado, zurcidor de fórmulas leguleyas en vez de campeón de la justicia? ¿O sembrador de viandas en alguna de las fincas? ¿Hasta cuándo van a pretender que se conforme con ponderar con la pluma a los héroes de la guerra para luego dejar que se amarilleen esas páginas en el fondo de un baúl?

Cuando Carmen dice que no quiere volver al destierro, a él le salta la respuesta: "¡Destierro es éste, mil veces más amargo, el destierro en la patria, para los que como yo han encontrado una patria en el destierro!" En la casa de Tulipán 32, en El Cerro, que a él le gusta describir como una especie de Tacubaya suiza, debiendo acaso decir cubana, ella siente cómo, día con día, se le va escapando. Lo conoce bien. Sabe que, en el sentir suyo, nadie ha nacido en momentos tan difíciles ni en circunstancias tan amargas como a él le han tocado. ¡Cómo si ella y su padre y su hermana, y los parientes, y los amigos, y todos los cubanos a los que les ha venido a tocar la guerra a la puerta no hubieran sufrido tantísimo, no estuvieran viviendo un duelo tan

grande! “¿Cómo podré vivir con todas estas águilas encerradas en el corazón?”, le ha preguntado él, con ese tono altivo que tanto le conoce. “¿Por qué tienes que hablar como si escribieras? ¿Por qué te tientan tanto las palabras? Las palabras te arrastran y no me quieres a mí aquí, enfrente de ti, “ le ha respondido ella, “ni al niño en la cuna: quieres un auditorio lleno y que haya cientos, miles, dejándose envolver en ese sueño que no te deja vivir en paz, que no te da paz, que no te deja quererme como un hombre quiere a una mujer de carne y hueso. ¡A veces pienso que ya ni te acuerdas de que soy de carne y hueso!”

¿Por qué han de ser las mujeres de carne y hueso tan inquisitivas? ¿Por qué no se limitan a reflejar los ideales excelsos de los hombres excepcionales como fieles y propicios espejos? Martí rumia en la amargura estas y otras preguntas que le sugieren los incómodos cuestionamientos de Carmen, mientras se resiste a adecuarse al reposo forzado que reina en la Isla después de firmada la paz. En la turbulencia de sus sentimientos encontrados prevalece, cada día más, la inconformidad. Llevada y traída entre la fatiga de pelear y la irritación por la exigencia de transigir que ha acabado por imponerse, un reposo turbulento recorre la Isla y él siente que lo encarna, como va a sentir cada vez más, día con día, que la Isla y él son cuerpo y alma.

¡Qué tibio le parece el Manifiesto del Partido Liberal, que se contenta con la admisión de cubanos en cargos públicos, emancipación indemnizada de los esclavos y garantía para las libertades individuales! Los episodios de la guerra, que se aprendió de memoria mientras tuvo que contentarse con escribir de los héroes, acabaron por desvanecerse en el fraccionamiento de la insurgencia, cuando cundió el localismo y, sobre unas cuantas victorias resonantes de Máximo Gómez y Vicente García que encendían súbitamente la esperanza, prevalecieron destituciones de presidentes de la República en armas y muertes intempestivas de caudillos que acabaron por apagarla en anarquía y derrotismo.

Mientras en Puerto Príncipe, cuna de la familia de Carmen, prevalece el desencanto y despierta simpatías ese programa pacifista que promueve el quietismo en aras de la reconstrucción, el del Partido Liberal, Martí no esconde en La Habana sus inflamadas expectativas libertarias ni disimula demasiado que habrá que volver a empuñar las armas. No es difícil averiguar que conspira, como delegado de un recién constituido comité revolucionario, para un nuevo levantamiento que habrán de encabezar dos sobrevivientes de la Guerra Grande. En verdad, es la imagen del mayor general Calixto García la que más le atrae, por la estrella que una bala de su propio fusil le hizo aflorar en la frente: se la envidia y le remueve el bullir de

águilas que le agita el corazón. ¿Cuándo le llegará el momento de inmolarse, si el destino se lo exige, en algún glorioso campo de batalla?

Media el mes de octubre cuando la conspiración es descubierta y lo deportan, una vez más, a España. Una breve estancia en Madrid, a donde llega desde Santander, es apenas el paso para trasladarse a París y, desde allí, a Nueva York. Carmen Zayas y el hijo quedan atrás, en Cuba.

Un árbol enorme
Nueva York, marzo-noviembre de 1880

Carmen y el niño llegan a Nueva York. Él desembarcó dos meses antes y encontró alojamiento en una casa que hospeda a cubanos emigrados. Pero no sólo un techo acogedor ha encontrado en la casa de huéspedes de Manuel Mantilla y Carmen Miyares sino, sobre todo, un lecho cálido. El marido de Carmen Miyares está casi postrado y ella se siente rejuvenecer ante la mirada y las palabras acariciadoras del coterráneo exiliado. En Front Street, donde se ha agenciado un estudio, ha hecho instalar un diván para ciertas noches cuando, muy de madrugada, no lo abandona el afán de trabajo y, de repente, lo vence el sueño. No tardará en descubrir Carmen Zayas que la otra Carmen, lo visita allí, con frecuencia, ciertas tardes.

Empiezan a abundar los reproches mutuos, sin que ninguno de los dos mencione al tercer personaje que ha entrado en escena. Él: "¿Qué quieres, Carmen? ¿Que haga la obra que ha de serme aplaudida en la tierra o que viva mordido de rencores?" Ella: "Me has arrancado de tu corazón y yo no puedo hacerlo todavía y no sé si algún día podré arrancarte a ti del mío. Este amor por ti es un árbol enorme que me crece adentro, tan grande como ese amor mío que viniste a despertar cuando yo no sabía lo que era el amor y ahora, si pretendo arrancarlo, voy a morirme. ¡Dios mío! ¡Con razón me advirtieron, desde chica, que amar demasiado es pecado mortal! Y yo que me reía… Yo que no sabía… Pero tú, tú que encendiste esta hoguera que me creció como un árbol en el centro del pecho… ¿Cómo puede ser que no te importe lo que siento?" Él: "Los sentimientos personales importan poco, Carmen. Tengo una misión y a esa misión me debo. No a mi placer ni al tuyo sino al deber que no deja de llamarme. También a mí tu amor me duele pero, así y todo, voy a arrancármelo: me iré por el mundo sangrando, pero libre. Tú hablas de amor de mujer y amor de hombre y yo hablo de amor de patria. De ese amor quiero hablar y no del otro que, después de todo, no es más que atracción pasajera de los cuerpos. Y si la simpatía definitiva de las almas no la sanciona…"

La mujer, el hijo y la amante comparten ocho meses el mismo techo. Él escribe febrilmente para la revista *The Hour y* el periódico *The Sun*, anticipando la hora en que el sol de la independencia le ilumine la patria que, ella sola, ya le llena el alma. Cuando Carmen Zayas se embarca para Cuba, con su hijo, el 20 de noviembre, Carmen Miyares está a punto de dar a luz una niña, hija de Martí, que nacerá el día 28. Las conveniencias sugerirán que el padre, en el acta de bautizo,

aparezca como padrino. Navegando el largo litoral del Atlántico camino del Canal de la Florida, Carmen Zayas siente que ha hecho lo único que podía hacer y sabe que la patria del destierro, esa que su Pepe quiere preferir a lo que él llama “el destierro dentro de la patria”, tiene ya cuerpo de mujer, otro cuerpo de mujer, aunque el nombre al que responde ese cuerpo siga siendo —¡oh jugarretas del destino!— Carmen.

Tan enamorado de la muerte
Nueva York, diciembre de 1882-abril de 1885

Han pasado dos años. Ella ha querido poner distancia, toda la que hay entre Nueva York y Puerto Príncipe, para ver si la distancia le sirve para ir arrancando suavemente, una por una, las dolorosísimas raíces del amor. Pero sigue enamorada. No puede creer que él ya no la ame. Le trae al niño de cuatro años, que nunca sabrá de la niña, dos años menor, que es su media hermana. Él busca, en Brooklyn, un sitio para alojarse con ellos mientras dure su estadía en la ciudad, que no ha de ser larga, espera. En abril ha salido de las prensas *Ismaelillo*, escrito mientras Carmen Miyares llevó en su vientre a María Mantilla. Un libro dedicado, con extraño juego metafórico, al hijo de su matrimonio con la mujer que, como la Agar de la fábula bíblica, ha de vivir errante y fugitiva de Abraham. Abraham: el padre de un pueblo elegido. Abraham quien, para cumplir su misión sagrada, acepta el extrañamiento de Ismael y el sacrificio de Isaac. Un libro que Carmen lee con una sonrisa amarga y muy dolorida, porque ha venido a echársele en los brazos y él la ha rechazado, arguyendo que, después de todo lo que ha pasado, "semejante comercio es una villanía". ¿Aprenderá a resignarse a los papeles que él le va adjudicando, a recorrer toda la gama del mito femenino, desde la espiritual y blanca diosa inspiradora hasta el abominable áspid insensible? ¿Aprenderá a entender que, frente a los sueños de cielo que él abriga, los de ella, infeliz mujer mundana y frívola, están condenados a ser sólo deleznables sueños de tierra? ¿Presiente el pobre predicamento en que va a quedar su pequeña historia íntima ante el juicio de la Historia que él se ha propuesto escribir con mayúscula? ¿Hasta cuándo va a persistir en vivir con él bajo el mismo techo sabiendo, como ya sabe, que el cobijo de ese techo él lo siente como el de un ataúd que cubre a dos muertos?

Mientras dirige la revista *América*, envía colaboraciones a *La Nación* de Buenos Aires, asume y renuncia al consulado de Uruguay en New York, se entrevista con Máximo Gómez y Antonio Maceo y rompe con ellos para proseguir solo su camino terco de libertador iluminado, ella se va quedando cada vez más sola y más aferrada al hijo, viéndolo embriagarse en esa otra soledad suya tan distinta, tan apotéosica, la de quien se siente predestinado y se dispone a asumir su destino: "Solo, como una antorcha en una noche de tormenta". ¿Por qué le habrá tocado a ella, tan enamorada de la vida, enamorarse de un hombre tan enamorado de la muerte? Cuando vislumbra, todavía

confusamente, tantas incógnitas irresolubles que no dejarán de atormentarla, ya ha vuelto a embarcarse de nuevo, rumbo a Cuba. Esta vez la experiencia ha sido más prolongada y la separación, por tajante, le va a ser mucho más dura. Deja atrás al hombre que todavía ama, un hombre que se imagina a sí mismo, a la vez, “ingenuo y grandioso” y al que ella, tanto más carnal y más terrestre, cada día puede perdonarle menos el vértigo de un dramático y agónico tránsito hacia la Historia del que se siente tan marginada. ¿Cuántos años podrá soportar sin volver a verlo?

En esta isla sin destino
Matanzas, 3 de abril de 1881-La Habana, 12 de mayo de 1889

La ha invitado a visitar la Exposición Internacional que inaugura el Ateneo, en señal de que la paz ha vuelto a reinar en la Isla y hay que mostrarle al mundo sus frutos en el laborioso dominio de la investigación científica. Una entallada chaqueta de tafetán escocés, con doble botonadura, que enseña con coquetería el chaleco claro, resalta la cintura de avispa de la niña, rubia y bonita como un cromo, pequeña como una figurita de porcelana, acentuada la gracia del porte con un drapeado del mismo tafetán que la abraza con coquetería en torno a la cadera para anudarse detrás en un opulento lazo, mientras que los tablones de la saya, generosamente volada a la altura del talón, dejan en libertad para andar con holgura a los diminutos piececillos de quien combina tan virtuosamente un aire lánguido, que sugiere ofrecerle enseguida la indolencia propicia de un sillón de balance, con una calentura que le brilla en la mirada y que promete un temperamento ardiente. Carlos la recibe en los escalones del Ateneo, reanudando el beso en la mano interrumpido la tarde de la conferencia en el Liceo.

Han transcurrido más de dos años, que él ha pasado atareadísimo en La Habana, continuando los estudios de Medicina y matriculando, a la vez, asignaturas de Ciencias Naturales que, gracias a una Real Orden destinada a recuperar el tiempo perdido durante la guerra, pudo examinar en su totalidad, obteniendo la licenciatura con matrícula de honor, tras un examen de grado presidido por Poey, y el derecho a cursar el doctorado en la Universidad de Madrid. Regresa a Matanzas con una aureola de bohemia elegante y la fama de su charla, que le atrae por igual en los salones la atención fascinada de las jovencitas y el oído apreciador de señoras maduras dispuestas a dejarse seducir. Carlos conduce a Úrsula y a su madre, ofreciéndoles el esclarecimiento de sus comentarios oportunos, pero cuidando a la vez de no abusar de erudición para no aburrirlas. Entre la observación de una madrépora y de varios cristales de roca, amatistas y formaciones cristalinas de las Cuevas de Bellamar, aprovecha para llevarlas con don Pancho Jimeno, a quien se deben todas esas aportaciones, y que, en obsequio del discípulo, se presta a recorrer con ellas la colección de maderas de la Isla, el herbario de la flora cubana, la vitrina de objetos prehistóricos de Cuba que ha logrado reunir y, por último, la de antigüedades de la China, Egipto, Roma, Perú y México que son su orgullo. “Las dejo en

las mejores manos, las de este sabio precoz que será mejor cicerone que yo", concluirá, mientras se le acerca, sonriente y admirado por la excelencia de aquel despliegue, don Antonio Bachiller y Morales.

Úrsula lleva en la mano una sombrilla de seda tornasolada, que hace juego con el verde y el rosa del tafetán del vestido, y la maneja con desenvoltura, señalando algún espécimen que le atrae o descansando en ella, para indicar que está a punto de fatigarse, cuando quiere trasmitirle a Carlos que es su devota admiradora pero que, si algo ha de anudarse entre ellos, tendrá que ser en la más simétrica reciprocidad de devociones: a ella le toca admirar su talento y su indudable encanto varonil y a él premiar su belleza con una rendición incondicional al dulce imperio de su capricho.

Se dejará guiar, mostrando a la vez interés y cierta impaciencia, entre las vitrinas de minerales y mármoles, aves de la Isla de Cuba, crustáceos, quelonios y ofidios, reptiles, peces, mamíferos, lepidópteros, insectos y moluscos terrestres que presenta el museo de San Carlos, es decir, él mismo y su maestro Jimeno, para hacerle entender que todo aquello le resulta atractivo por lo que hace resaltar de esfuerzo y paciencia exploratoria, pero que está guardando lo mejor de su curiosidad para la *colección completa de conchas de la Isla de Cuba* que aparece en el catálogo junto al número 76 de la lista y al nombre de Carlos de la Torre. Carlos le explica cómo ha reunido ejemplares terrestres y marinos de los más variados hábitats, en litorales y ríos, pantanos, llanuras y estribaciones. Además de sus habituales pesquisas por las Cuevas de Bellamar, el Pan y el Palenque, Ceiba Mocha, Limonar, Coliseo y Camarioca, la finca Manjuarí en Corral Falso y la Ciénaga de Zapata, todo ello más o menos próximo a Matanzas, ha incursionado cuantas veces ha sido posible hasta Las Villas y Camagüey sumando trofeos para su colección privada, que le mostrará enseguida, sobre todo aquellas especies que nadie, antes que él, soñó en descubrir. Úrsula es toda oídos y ojos, sobre todo cuando le aclara que los caracoles son, a la vez, macho y hembra, que producen espermas y huevos al mismo tiempo y que, a pesar de eso, se aparean unos con otros tras muchas horas de cortejarse. Una dura coraza calcárea, la concha, protege la suavidad de sus cuerpos de la hostilidad del ambiente, incluyendo la excesiva luz, la excesiva sequedad, el excesivo calor, que rehuyen buscando lugares húmedos para refugiarse y prefiriendo los días nublados y la complicidad de la noche.

Carlos deja para el final una hermosa serie de especies de *Polymita* que no ha recogido él mismo, puesto que todavía no explora la región oriental. Las debe al afecto de Jimeno, quien le obsequió ejemplares duplicados dentro de la colección que a su vez le había regalado Arango, en un viaje a Oriente. "Born los clasificó como *Helix picta,*

hace cien años", le indica, "pero él sólo conoció las blancas y las nimbadas con una línea amarilla, descolorida y grisácea, y mira esta variedad maravillosa. Míralas: no creo que haya algo más hermoso en la fauna malacológica del mundo. Mira este verde tan raro, tan parecido al tono matizado de tu vestido. Si no supiera que son hermafroditas, juraría que sólo una hembra puede ser tan deslumbrante. Son tan bellas, tan bellas, que podría dedicarles todo mi tiempo." Se corregirá enseguida: "Todo mi tiempo de trabajo, quiero decir, que por mucho que me entusiasme la belleza de estos caracoles, siempre disfrutaré más de la compañía de una mujer hermosa."

Por unos cuantos meses, en efecto, la compañía de Úrsula le colmará la fantasía y le despertará el deseo, que encontrará desahogo con una modistilla andaluza, a la que ha conocido en La Habana, en uno de esos bailes del centro de artesanos a los que suele ir en compañía de unos cuantos amigos del mundillo de las letras. Dedica los días a organizar el museo de Historia Natural del Instituto y las noches al café, los amigos y Felicia, de la que se despide en la madrugada, para cerrar la jornada ya muy tarde, entre sus libros y sus caracoles. Sobre la mesa de noche reposa la edición póstuma de Milanés, que le obsequió don Pancho Jimeno, el polifacético maestro que, entre tantos prestigios, suma el de ser primo hermano del poeta muerto. Y, según el talante, va alternando *La Leyenda de los Siglos* con algo de Galdós, para irse haciendo el ánimo al encuentro inminente con la vieja Europa. Porque la familia, más inquieta por el cortejo de Úrsula que por los amoríos con Felicia, y tratando de evitar que un matrimonio prematuro le tronche un futuro académico prometedor, lo empuja a embarcarse lo antes posible hacia la península.

Con Rosita Cuní, prima de su madre, ha asegurado el tío Santiago un camarote doble, en primera clase, que habrá de compartir Carlos con Pepe Baró, que acaba de cumplir los doce y pasará el verano con la familia del padre, en Barcelona. Pedro Baró, el marido de la prima, hereda ese año la primera línea de travesía entre Cuba *y* España, fundada hace un par de décadas por José Baró y Blanxart quien, en sus días mozos, cambió Canet del Mar por la lozana Matanzas, de cuyo Ayuntamiento fue regidor en 1845. Y hereda, a la vez, los títulos de marqués de Santa Rita y vizconde de Canet del Mar, que el emprendedor don José sólo pudo disfrutar seis años, los que sobrevivió tras la restauración. Además de la promesa de despertar en Pepillo Baró la curiosidad por el saber, en las tres semanas que durará la travesía, la prima Rosita le arranca la de acompañar a su hijo favorito, una vez en Barcelona, a la ermita que el abuelo recién fallecido le hizo construir a La Misericordiosa. Servirá, por supuesto, para que la piedad de la hermosa Virgen vele sobre los estudios de Carlos y sobre sus pasos en la tentadora Madrid.

Entre los vaivenes estimulantes del océano, durante el día, y la contemplación soñadora de la noche estrellada, rociada de champagne y de conversaciones chispeantes, la travesía se le hace corta y le escribe a Julio una larga carta, especie de diario de a bordo, recordándole aquello de "yo podría pasarme la vida en un barco" de la ya distante visita al abuelo Bernabé, en el mes de agosto del 65. Es agosto otra vez, pero de 1881, y al hermano segundo se le ofrece la oportunidad de vivir, en grande, el deseo de viaje, hasta entonces nunca cumplido, del hermano mayor. Ya en tierra, va a concluirla: "Con tanta compañía, ni tiempo tuve de embriagarme a gusto con la soledad del alma en el espacio ilimitado de la noche, una sensación, lo confieso, que no dejó de rondarme. Anótalo en tu diario. ¡Y qué extraña impresión la de pararse aquí, frente al mar, y pensar que es el mismo que, del otro lado de la inmensidad, acaricia los acantilados y las playas de la Isla! La ciudad, por otra parte, le da la espalda al Mediterráneo y, por lo que he podido ver en tan pocos días, vive una especie de fiebre del oro, fabricando telas para vestirnos a todos, acá y allá. No sé todavía qué decirte de España, porque aquí insisten mucho en que *esto* es Catalunya. Hay un auge enorme y han hecho un parque, que llaman de la Ciutadela, con un arco triunfal y una cuadriga, y tritones alrededor, y Neptuno y Leda y Anfitrite y Danae y una Venus que amenaza con bailar flamenco, emergiendo de una gran concha posada sobre una *rocaillerie*, todo bastante pomposo y triunfalista, me parece, y no puedo dejar de pensar en que de un banco catalán, constituido con dineros amasados en Cuba, salieron los recursos para apagar el fuego de la insurgencia. Ahora el marqués de Comillas, ennoblecido como Baró por la restauración, funda la Compañía Trasatlántica Española, que desplazará, sin duda, a los buenos y viejos barcos del primo Pedro. Ya te contaré de Madrid."

Madrid es gris, hay aguadores en las calles y menos farolas de gas en la Puerta del Sol que en la Plaza de Armas de Matanzas. Gallarre y Adelina Patti —la misma que deleitó a don Bernabé, en Santiago, en el año 47— cantan en el Teatro Real, algo vetusto si uno recuerda el Teatro Tacón. Las bellas se pasean por la Castellana y concurren a las carreras en el Hipódromo. "Me invitó un primo de Baró a almorzar en Lhardy, el colmo de la elegancia masculina, porque las señoras brillan por su ausencia. Me fui solo al teatro, a ver una obra de Echegaray, que contribuyó a la caída de Isabel II y ahora apoya a la monarquía restaurada. Camino mucho por las noches: a las nueve todavía es de día y hace fresco en las Vistillas, porque de día la ciudad hierve con un calor insufrible, como no lo conocemos allá, y luego me meto por las callejuelas del Madrid viejo y curioseo, y si vieras el hacinamiento, la aglomeración de esta ciudad sombría, abigarrada, a pesar de que los días son tan largos… ¡Cuánto extraño la luz nuestra! Haré lo que

tengo que hacer, pero no estaré aquí más que el tiempo necesario…"

Lee la *Revista de España*, por sus defensas del evolucionismo, y asiste a las clases de paleontología en la Universidad Central, donde prepara el doctorado, celebrando que, con la llegada de los fusionistas al poder, hayan vuelto a las aulas de Humanidades catedráticos de la talla de Giner de los Ríos y Castelar, expulsados por Cánovas cuando se revirtió la inyección de libertad del "sexenio democrático". Lee *El Imparcial y El Liberal*, y se congratula de que, por lo menos en sus páginas, encuentren cabida las críticas a una Universidad más ocupada en fabricar abogadillos que en abrirse a las novedades de la ciencia y a la discusión de ideas. El hecho mismo de que se ventilen públicamente esos vicios atestigua un cambio de aire, una efervescencia que contrasta con las inercias anquilosadas del antiguo régimen. Desde la Institución Libre de Enseñanza, hombres como Giner y otros krausistas pugnan por una revolución pedagógica, y Carlos le escribe a su padre: "Aquí, como allá, los mejores piensan que hace falta educación para transformar a la sociedad. He conocido a Giner, y me parece estarte oyendo cuando hablas de los ideales, ¿los sueños?, de don Pepe de la Luz. Hay algo tan anquilosado, tan estático, tan hermético, tan reacio a cualquier cambio en este país tan fatigado, que carga la historia a cuestas como las tortugas sus caparazones… ¡Mover a España parece tan difícil como echar a andar a un mamut! Y sin embargo, de repente se levanta un remolino de polvo y aflora una especie de furor y los españoles se matan unos a otros, como si no se reconocieran. Tú dirás que deliro pero no, simplemente releo a Pérez Galdós, que los conoce como si los hubiera parido. Hay españoles lúcidos, como Giner. Sí que los hay. Pero la rémora de la añoranza, el rumiar las glorias pasadas pesa como un plomo y por todos lados se siente esa especie de atonía del espíritu que enferma a España. Giner es generoso y me ha recibido con los brazos abiertos. Lo veo con frecuencia. Me revitaliza. Es ímproba la pelea que han emprendido para que se ventilen las ideas, para quitarle a la Universidad y a la ciencia los grilletes que las paralizan, para oxigenar la relación entre el maestro y el discípulo, para activar la enseñanza pasiva, para convertir el monólogo del que malamente 'dicta cátedra' en un diálogo fecundo. También él cree que educarse es aprender a aprender. ¡No sabes cuánto extraño las excursiones con los muchachos del San Carlos, las interminables caminatas, esas clases al aire libre donde ellos y yo disfrutábamos tanto!"

A Julio le confiesa que también extrañó muchísimo a Úrsula, aunque ha empezado a consolarse con una Adelaida muy vivilla y buena moza, con quien apacigua nostalgias de Cuba. Tanto que las cartas a Úrsula se van espaciando demasiado y un día se las devuelven todas juntas con una esquela breve y estudiadamente indiferente en la

que ella le comunica el próximo enlace con un médico francés que empieza a cosechar éxitos en Matanzas. Para entonces, ha cursado todas la materias del doctorado y presenta examen de grado con un estudio de malacología, que resume investigaciones de campo de sus últimos años en la Isla. Adelaida ejerce sobre él una influencia tenazmente invasora de su existencia cotidiana, que ella procura reglamentar con horarios más "normales", es decir, reservando para las actividades en común todo el tiempo que la culminación del doctorado le deja libre. Sin el pretexto del deber universitario, ya no va a ser fácil dejarse espacios para el café o el festejo en el gabinete reservado de algún restorán galante. Resulta más que evidente que, de permanecer en España, el matrimonio se cae por su peso, pero la opción de la península no ha estado nunca en los planes y, entre la cátedra de Historia Natural en la Universidad de Sevilla y otra de menos categoría, pero más próxima a Cuba, en San Juan de Puerto Rico, el inquieto prospecto de sabio no va a dudar mucho.

El primer amigo que hace en San Juan es un cubano. Se llama Aniceto Valdivia y es poeta. Está de vuelta de París, donde ha frecuentado a parnasianos y a simbolistas y comparte admiraciones entre Leconte de Lisle, Baudelaire y Mallarmé. Profesores ambos en el Instituto y con recursos medidos, comparten habitación en la casa de huéspedes de una solícita cubana y conferencias en el Casino de Mayagüez, el Teatro Principal y el Centro Hispano-Ultramarino de San Juan. Y la amistad de Lola Rodríguez, poetisa precoz, que hace circular con éxito un nuevo libro titulado *Claros y nieblas* y recibe comentarios elogiosos de ambos amigos en *El Heraldo* de San Juan.

Porque el joven "sabio sin canas", como ha dado en llamarlo Lola y, con ella, todo San Juan, incursiona con audacia en los enigmáticos dominios de la poesía de fin de siglo, como antes lo hizo, inducido por Jimeno, en los confines nocturnos donde vagaron los románticos. Le gusta alternar los misterios del universo visible con los misterios del alma y transita con libertad entre unos y otros, vislumbrando siempre curiosas correspondencias. La temprana cercanía con Goethe, inducida igualmente por el viejo maestro, lo ha marcado para siempre. En una *plaquette* de los *Sonetos* que un devoto puertorriqueño del bardo de Avon ha hecho editar de su peculio, y que descansa en el mármol de su mesilla de noche, tiene marcada con un daguerrotipo de Úrsula, el número CXIV: *Two loves I have of comfort and dispair / which like two spirits do suggest me still…* Dos amores tengo, susurra cada noche, antes de entrar en un sueño profundo: uno que me consuela, otro que me desespera: Los dos, como dos espíritus, me tientan sin cesar… Y luego relee, siempre vagamente alterado, otro soneto que lo persigue, desde las páginas de un poemario de Poe: *Science! true daughter of Old Time Thou art! Who alterest all things with thy peering eyes / Why preyest*

though thus upon the poet's heart, / Vulture, whose wings are dull realities? ¿Por qué? ¿Por qué habría de amar el poeta a la ciencia? ¿Por qué, si ha ahuyentado a las hamadriades de los bosques y a las náyades de las aguas?

Cada mañana, la precisión y la claridad vuelven a seducirlo y el placer de deleitar una que otra tarde a auditorios cautivos del poder de su persuasión, siempre propicia a entreabrirles las puertas y los vastos horizontes de la ciencia acaba por ganar, en definitiva, la partida.

Los días de San Juan podrían ser días de La Habana por la luz, el calor y la brisa, las callejuelas estrechas y los balcones. Excelsa indolencia: *sublime laziness. ¿Isn't that the best way to describe the mood of this town? The mood of this country, I should say.* Pasean Valdivia y él con Jim Monroe, un periodista americano a punto de sucumbir a la gracia de las señoritas que se exhiben esa noche con sus chaperonas en la Plaza de Alfonso XII, bajo la mirada visionaria del Almirante, inmortalizado en mármol de Carrara. *I understand why marble is a favourite in your countries: it brings such a sense of coolness, it is quiet refreshing,* dice Jim, *I had never seen such a display of marble as in these few days, while visiting three or four of the finest families in town. But look into those eyes. I am sure the coolness of marble is not contagious to these charming dark eyed young ladies.* Carlos no se ha dejado tocar por las miradas de las niñas porque, desde que el barco se aproximó a la bahía y vio de lejos El Morro y San Cristóbal, supo que no era Cuba lo que le esperaba sino una versión pálida, en tono menor, de la Isla grande, y los ojos fogosos y lánguidos de Úrsula han empezado a seguirlo por todas partes. Las excursiones por Bayamón, Ponce y Mayagüez, en busca de ejemplares para la colección de caracoles que le espera en Matanzas, sólo sirven para agudizarle la nostalgia que lo orilló, en Madrid, a cambiar Sevilla por San Juan. "La cátedra de Anatomía Comparada está vacante. Si quieres presentarte a la oposición, estás a tiempo." La misiva de Julio llega a fines de febrero del 84, en los días en que Valdivia está por viajar a Cuba y pide permiso unos días en el Instituto para embarcarse con él hacia La Habana. El examen, presidido otra vez por Poey, será un nuevo peldaño en la escalinata del ascenso académico pero, sobre todo, la confirmación de un talento que el viejo naturalista le reconoce sin reticencias: "He aprendido mucho durante esta disertación: he de advertir que, antes de oírle, yo opinaba de manera contraria…" No es la primera vez ni será la última, porque la honestidad intelectual del seguidor de Cuvier nunca le ha escatimado elogios al entusiasta de Darwin. Los dos meses que pasará en Puerto Rico, para terminar el curso y despedirse de Lola y demás amigos, se le harán cortos porque, ahora que el retorno a Cuba es un hecho, los afectos anudados y las

estimaciones recibidas parecen más valiosos ante la perspectiva de perderlos. Entre danzones y rigodones vuelan los últimos días y hasta un pañuelo oloroso a jazmín se llevará en el bolsillo, en prenda de una incipiente devoción amorosa que nunca perecerá del todo, porque ni siquiera ha alcanzado a florecer.

El año del 85 será de estreno, en la Real Universidad de La Habana, para el joven naturalista de veintisiete años que, aparte de la cátedra ganada por oposición, ocupará la de Entomología que el viejo Poey, fatigado, se empeñará en confiarle. La *Revista Enciclopédica* y la *Revista Cubana* le reclaman colaboraciones que, por la elegancia del estilo y la visión abarcadora, trascienden el círculo de los especialistas para llegar a un público pequeño, pero curioso y cultivado. Antes de partir a Madrid había escuchado las conferencias de Varona en la Academia de Ciencias, que ese año versaron sobre Lógica, enfocada con los criterios positivistas de Alexander Bain, Comte y John Stuart Mill, y su propia filiación evolucionista encontró afinidades en las argumentaciones de aquel partidario de los métodos experimentales y enemigo de la metafísica que, a la vez, hablaba de la Naturaleza como un manantial de belleza para el artista. Cuando Bernabé, su padre, sabe que colabora en la revista de Enrique José Varona, lo celebra con una apostilla sonriente: "Tu abuelo Bernabé habría dicho que los ríos de la sangre, por mucho que se bifurquen, acaban por reencontrarse. A mi bisabuelo Bernabé le venía lo Varona por padre y madre y ya sabes que tu abuelo Bernabé adoraba a la prima Teodomira, que era hija de Cupertina de Varona y del tío Esteban, mi tío abuelo. A él le hubiera dado gusto."

Valdivia, por su parte, vuelve en buen momento: *La Habana Elegante*, que ya tiene dos años de vida, le abre sus páginas y, a un tiempo, el camino a las tertulias de José María de Céspedes, frecuentadas por Hernández Miyares, Manuel de la Cruz y Julián del Casal. Así como su padre asistió, treinta años atrás, a las tertulias de Poey, Carlos frecuenta las de Céspedes, donde el intercambio con gente de letras le sigue alimentando esa vertiente de su propia alma que Pancho Jimeno le descubrió. "Irás conmigo y con el Conde a la torre de Casal en la calle de Obispo", le escribirá a su hermano Julio. "Tú que disfrutas tanto de los libros estarás encantado. Y la vista del mar es espléndida. Casal se ha buscado el mejor sitio para imaginar el viaje, para soltar amarras y abandonar los afanes de nuestra pequeña sociedad enamorada de sí misma, es decir, del oro y el oropel. Claro que Casal te dirá que el mar no es un paisaje, sino un movimiento del alma." En los estantes de la torre de Casal se alinean, junto con sus Musset, Lamartine y Alfred de Vigny, los Nerval y Baudelaire que le ha prestado, sin esperar devolución, el Conde Kostia, que así se firma Aniceto Valdivia en las páginas de *La Habana Elegante*.

Julio podrá hojearlos en una escapada que se da a La Habana para tantear las posibilidades de abrir una agencia aduanal con un préstamo que le proporcionará el abuelo Santiago. Las clases en San Carlos y luego en La Gran Antilla no le alcanzan para casarse: su vocación por las leyes dista de ser tan imperativa como la de Carlos por la ciencia y un riguroso pudor le impide ventilar en público los sinsabores de su temperamento melancólico, de modo que guarda para sí lo que prefiere tildar de "desvaríos de la pluma". Algo le pesa, de cualquier manera, haber decidido "sacrificar" su propia carrera universitaria al doctorado de Carlos en Madrid, aunque nadie se lo haya exigido. Hace cuatro años que vive enamorado de una muchacha de ojos mielosos y espesos cabellos castaños, que ha perdido en Cuba el rozagante rubor de las mejillas que trajo del Ferrol y entona con acento melodioso dulces canciones gallegas. Vive en el Ingenio Europa, en Pedroso, donde su madre, una viuda empobrecida, se hizo cargo del manejo de la casa de vivienda cuando Lucila Tamarit se quedó paralítica. "Consuelo mío", empezará a llamarla Julio desde La Habana cuando decide abrirse paso en los negocios, aprovechando la generosa oferta del abuelo. Le escribirá sin cesar, quejándose de no recibir, con la misma frecuencia, cartas suyas. "Tú dices que tienes muchas cosas que decirme pero que lo dejas para cuando nos veamos, pues no quieres escribirlas. ¡Ay, chiquita, tan poco tiempo podré estar a tu lado que creo que algunas de esas cosas tendrás que escribirlas al fin!" Mientras tanto, le aqueja una flución que lo trae abombado y el disgusto de saber que su padre no aprueba el proyecto que lo ha llevado a la capital. "Pasado mañana voy", le escribirá a la novia el 22 de diciembre del 84, "pero con la seguridad de pasar muchos ratos amargos y de que he de tragar mucha sangre. ¡Ese es mi destino en esta vida! El trabajo me ocupa de día pero, cuando llega esta hora en que cierra la noche y me encuentro solo, aislado por completo de ti y de los míos, lo único grande y sublime que tengo en el mundo, sufro mucho, lloro a veces de desesperación. Ahora ni siquiera me queda la satisfacción de que, como en otra época, sepas tú las penas de mi alma porque he de guardarlas en el fondo de mi corazón. No te oculto que muchas veces deseo hundirme yo, para que conmigo cesen todos esos sufrimientos que me da la vida. Estaré allá para la Nochebuena y ojalá, reencontrándonos todos en familia, mi padre abandone su severidad, mi hermano Carlos haga causa común conmigo y yo pueda dejar de deplorar, empezando el nuevo año, tanto como mi alma ha envejecido. Adiós, mi vida, piensa mucho en tu Julio."

En el baile que va a inaugurar el año de 1885 en el Club de Matanzas, Julio se reserva, en el carnet de Consuelo, los lanceros y la mazurca, la cuadrilla y la polka, el vals de Strauss, el vals del país y las seis danzas: no está dispuesto a compartirla con nadie. Hace las

paces con su padre y vuelve a La Habana prometiéndose no dejar pasar otro año sin sellar, frente al altar, el vínculo que vendrá a rescatarlo de la monotonía de una existencia plana. A la vez empieza a frecuentar, con o sin su hermano Carlos, la guarida de Casal, que de vuelta de Madrid, donde sus parientes ricos le han decepcionado, se protege de las acechanzas de afuera refugiándose en una alcoba en penumbra, con vigas de ácana y caoba y tablas de cedro en el techo de puntal altísimo, que empieza a perder el aspecto de celda frailesca para perfumarse de incienso de sándalo y poblarse de biombos y jarrones, en torno a un diván cuajado de cojines de seda china. "Cuídate de buscar el dinero, Julio", le advierte, "que ha sido, de la mano del benemérito Progreso, el más engañoso de los mesías de este siglo." "Descuida", le responde, "que el dinero siempre ha sabido cuidarse de mí." Y lo provoca a enhebrar frases hermosas y desesperanzadas sobre todo y sobre nada, sobre cenagosas realidades y distantes esplendores, sobre la bruma de los recuerdos y las sombrías inquietudes del porvenir. Oír hablar tanto del hastío le hace el efecto de un exorcismo. "¿No dice Valdivia que los ojos cubanos son los más tristes del mundo? ¿Cómo no, si han aprendido a mirar contemplando el pantano? Ya sé que también tú, querido Julio, has sentido a veces, como yo casi siempre, que estás en este mundo de más. Y, sin embargo, algo nos impide dar un portazo y despedirnos. No me digas que no lo has pensado muchas veces. No me digas que no repugna este infiernillo gélido en que nos ha tocado aproximarnos al fin de siglo en esta isla sin destino…" El desencanto de Julián del Casal le permite recomponer, curiosamente, las dimensiones de su propio malestar y depositar en Consuelo, con fervor, todos sus deseos de vivir.

En mayo de 1886 Consuelo y Julio se casan. Es el año en que viaja a España, como senador del Reino, el primo Manuel de la Torre, hijo del tío abuelo José Agustín, representando al partido Unión Constitucional. Carlos visita, desde enero, una casa del Vedado donde lo reciben con evidentes atenciones y simpatía, la de don Plutarco Pié y doña Concha Yarini. El motivo de las visitas es Nene, pero la amistad entre familias viene de atrás: la de Nene también es matancera, aunque el primer Yarini, entonces Giarini, nació en Etruria y llegó a la isla, como médico del Regimiento de Dragones de Matanzas, en el primer tercio del siglo. Nene es apacible y discreta, "pasmada" comentará con picardía Rosita, la hermana favorita de Carlos, que lo ayuda con sus colecciones, "y no muy agraciada que digamos", añade para regocijo del cónclave familiar donde el pretendiente anuncia la intención de celebrar la ceremonia en La Habana, en el mes de agosto. "Bonita, Úrsula", concluye doña Rosa, haciéndose eco de las chanzas de su hija y como si la familia no

hubiera apresurado el viaje a Madrid para desplazar aquella boda. Tendrá que intervenir don Bernabé: "Son bromas de mal gusto, hijo, no les hagas caso. Todos estamos muy contentos de que por fin sientes cabeza. Ya basta de mariposear: a fundar familia se ha dicho. Pero, ya sabes, a partir de ahora no habrá más mariposas que las de tus colecciones. ¡Que quede claro!"

Carlos no se ha equivocado con Nene. No será la pasión de la vida ni el alma gemela, pero sí la más tierna madre para sus hijos y el más cuidadoso ángel guardián para velar por la tranquilidad de su cuarto de estudio y evitarle inútiles interferencias domésticas en su coto reservado. Para su vehemencia y su desorden de horarios, nada como el sosiego de aquella muchacha imperturbable, que mostrará el mayor respeto por su uso del tiempo, por extravagante que pueda parecerle. El 19 de agosto del 86 les leerá la epístola de San Pablo, en la parroquia de Monserrate, el cura párroco don Anacleto Redondo, quien se esmera en exaltar ante la novia las virtudes de doña Concha y doña Rosa, espejo de madres abnegadas, a las que ha confesado durante años en Matanzas.

La casa, así lo dispone desde el primer día, girará en torno al naturalista, sus hábitos y su gabinete de trabajo. Ella será el hada invisible que él precisa para hacer una familia y, a la vez, encerrarse a solas por horas enteras con los minúsculos microcosmos donde espejea la inmensidad del universo. Nada parecido, por fortuna, a una mariposa seductora como Úrsula, capaz de hipnotizarlo, envolviéndolo en el hechizo de sus revoloteos temblorosos. Con alguien como Úrsula, y él lo sabe oscuramente, el mimetismo entre el cazador y la mariposa podría convertirse en un juego fatal para el cazador, atrapado en el riesgo de confundirse con el objeto de su deseo hasta el punto de volverse presa: una presa inmovilizada para siempre en la cárcel impalpable de un polvillo iridiscente y deslumbrante.

La noche del 13 de octubre de 1887, cuando sube los escalones del Sauto junto a Nene, a Julio y Consuelo, a doña Rosa y don Bernabé, que ha invitado a los hijos casados a la función de gala, Carlos siente que un oleaje borrascoso se le enrosca entre las piernas y le parece estar oyendo a don Ángel Escoto una mañana de octubre de 1870, disertando exaltado: "En aquel tiempo las aguas eran soberanas y apenas unas cuantas islas emergían de la superficie de las rocas…" Acaba de entrever a Úrsula entre un arabesco de blondas, cintas de seda, tarlatanas tornasoladas, tules y muselinas y una nube de gasas de todos los colores del arcoiris, y la encantadora lo mira burlona, desde sus oceánicos ojos violeta, midiendo de arriba abajo, en la elevada estatura de Nene y en la tiesura de su porte, el tamaño de la monótona armonía doméstica que a él le espera como si el médico francés que se desdibuja ahí cerca, en un corrillo de caballeros en

blanco y negro, no diera cuenta, para ella, de otro tanto.

Él lo percibe y lo hace a un lado. El oleaje se va aquietando entre sus pies, mientras cae la noche de un día caliente y tormentoso y se sumerge, dejándose acariciar por las innumerables lucecillas que destellan sobre el mar como un enjambre de cocuyos y la corriente estimulante, el fuego ligero y deleitoso, le va despertando, uno por uno, todos los poros de la piel, a la par que se escucha decir: "El noctiloquio es un glóbulo de jalea transparente que emite luz: ESO ES TODO."

"Va a ser una noche memorable, se los prometo", opina en eso doña Rosita, cuando ya se han acomodado en un palco desde el cual se aprecia el profuso chisporroteo de ámbares y cuentas venecianas, de esmaltes azulinos y cabuchones de azabache. El teatro se viene abajo de aplausos cuando el Puente de la Concordia se parte en dos para ir desapareciendo lentamente, a diestra y siniestra del escenario, dando paso a un salón del *demi-monde* parisiense presidido con elegante coquetería por la más deslumbrante de las *cocottes*: esa noche, Sarah Bernhardt hace, en Matanzas, la Margarita Gautier. No habrá una bella en el teatro que no le dé uso más de una vez, en esta *soirée* de gala, a los deliciosos pañuelitos de hilo y encaje que suelen permanecer, semiescondidos, en las redecillas de plata de los minúsculos bolsos de noche. Doña Rosa rememora *La Traviata* y la lectura de *La dama de las camelias* que Blanchet le hizo llegar al día siguiente: "Quién me iba a decir que, veinte años después, aquella noche espléndida iba a dárseme de nuevo… sólo que ahora sin la música, claro está…" Blanchet, que acaba de publicar en *El Álbum* su "Oda a la Libertad", aparece brevemente en el primer intermedio para evocar la noche de inauguración, hace ya casi veinticinco años: "Yo sigo prefiriendo al Verdi garibaldino, qué quieren que les diga, al Verdi libertario que hasta en *La Traviata* se hace sentir. Pero entiendo que a las señoras les haga llorar la divina Sarah, que sabe quitarle lo empalagoso al personaje, que sabe imprimirle su propio tono, su intensidad, su pasión, a ese imposible sentimentalismo de Dumas, *fils*…" Carlos acaba de localizar a Úrsula, con la ayuda de unos gemelos que ha traído su madre para no perderse ni un gesto de la Bernhardt. ¿Habrá derramado alguna lágrima la libélula, con el pretexto de las penas de Margarita pero, en el fondo, pensando en él? Aprovechará la presencia de Blanchet para cederle su asiento y salir a tomar un poco de fresco, acercarse a saludarla y hacerse presentar al pálido y distraído cónyuge, que apenas se dará por enterado de su presencia. Serán unos instantes, lo suficiente para sentir que eso que va y viene entre ambos cuando están cerca fluye todavía. ¡Qué placer comprobarlo! ¡Qué deliciosa confirmación de que su proximidad sigue turbándola!

Marido comprensivo, se levanta en el segundo entreacto para acompañar a Nene, que se siente indispuesta, a la casa de la calle del Río. El 8 de enero de 1888 nacerá una niña a la que llamarán Blanca Rosa, como la madre. La dicha familiar empieza a tejer, en torno al joven científico que la noche del 12 de mayo del 89 entra a la Academia de Ciencias, su tenue, pero irrompible, cadena. Felipe Poey saludará casi con un ditirambo un discurso de ingreso en el que el joven sabio tercia, con la convicción que le es característica, en el debate que sostienen Poey y Agassiz sobre la anatomía de la cabeza del manjuarí: "El doctor La Torre se ha labrado a sí mismo una corona, donde el coro de los naturalistas escribirá su nombre." Al consagrar al discípulo, el maestro, intuyendo la vecindad de la muerte, siente la triste y reconfortante ambivalencia del que hace testamento: la congoja de una nostalgia insoslayable y la congratulación de dejarle espacio, sin reticencias, al heredero. Carlos se conmueve profundamente y querría decirle: "También a mí me llegará el turno, querido maestro. Vamos muriendo cada uno para que la especie sobreviva, para que el mundo siga su marcha, para que, en el equilibrio de la Naturaleza, triunfe la continuidad de la vida." Pero sólo sonríe levemente y cruza, con Poey, una mirada serena y cómplice.

Águilas mesiánicas
Nueva York, 27 de agosto de 1891-Puerto Príncipe, 23 de agosto de 1893

Carmen ha insistido, sin saber que será la última vez: ha hecho de nuevo el viaje a Nueva York, para acercarle al hijo de trece años pero, sobre todo, porque no acaba de renunciar a su amor extinguido. Abriga esperanzas, sueña con él una noche y otra, no se resigna. En el Príncipe no le falta nada y le falta todo porque le falta el amor. Hay noches que se va a la cama decidida a pasarla en sus brazos y se lo propone firmemente antes de dormirse, como si esa otra vida nocturna pudiera programarse a voluntad desde la vigilia. Vendrá esta vez, se repite hasta la saciedad, vendrá porque lo estoy llamando con las entrañas y porque si yo lo amo así no puede ser que él haya dejado de amarme. Es cosa de proponérselo, de desearlo locamente, de darle vuelta al tiempo y revivir cada segundo de aquella tarde en que, cuando se levantó de la cama para separarse de mí, lo miré con un ansia infinita y le dije: "Estoy locamente enamorada de ti". Y es cosa de no acordarse del resto, de lo que no debió pasar, de lo que él fue diciendo con una convicción idéntica a la mía, mientras se vestía cuidadosamente, meticulosamente, con el primor que imprime a cada uno de sus movimientos cuando se va poniendo la ropa: "Es mejor así. Es mejor que te vayas. Nosotros que tanto nos hemos amado, debemos separarnos, eso es lo que hay que hacer y vale más que sea pronto, cuanto más pronto mejor. Nuestras vidas no pueden vivirse juntas, desengáñate. Lo que nos separa es mucho más que lo que nos aproxima. Te quise mucho, Carmen. Tú me quisiste mucho. No hay que estropearlo, no hay que volverlo un infierno." Irá otra vez a mendigar lo que es suyo: el amor que él comprometió frente a un altar para toda la vida, porque no sólo ella lo hizo, no sólo ella, y le dirá que sigue amándolo locamente y que él no tiene derecho, no sólo por la palabra empeñada sino porque sería un pecado contra la vida, contra lo más sagrado que tiene la vida, porque no es verdad que amar demasiado sea un pecado mortal, como oyó decir de niña a la negra que fue su tata, y porque esa verdad que le fue transmitida y la que ella misma ha descubierto, que el pecado mortal es no amar demasiado, se contradicen tanto y le cueste tanto, cada día y cada noche, optar por una de las dos. Porque ha vivido escindida. Rota como la muñeca de biscuit que su padre le trajo de Francia en el tercer cumpleaños, la que se fue a estrellar contra la pared al cumplir siete cuando descubrió, el día del santo de Rosa, que el padre había

encargado otra, igual de linda, para regalársela a la hermana. Partida en dos como esa muñeca está desde que vive sola en el Príncipe, inventándose una devoción de madre ejemplar cuando rodear al hijo de atenciones sólo le sirve para volverle más intolerable la soledad, porque ese cuerpo frágil y delicado que ha ido creciendo a su lado un año y otro año hasta dejar de ser el cuerpo de un niño, pareciéndose tanto al abuelo Francisco, se parece tanto, tanto, a Martí.

Un tumulto trae adentro durante el viaje agitado desde La Habana, en un verano de vientos huracanados y lluvias incesantes. Él los espera en el muelle, de negro como siempre, con la corbata de lazo negra y el cuello blanco muy almidonado, agitando el sombrero negro para que sepan que ha ido a recibirlos. ¿Habrá esperanzas? Viéndolo todo de negro, a Carmen se le aparece la rival todopoderosa que se lo ha robado: no esa otra mujer, humilde y honrada como ha oído decir que él le dice, que hace diez años entró en su vida, con la que no le cabe compararse y de la que no puede ni quiere creer que sea de verdad La Amada. No, no a esa sino a la Otra, a la que hace diez años, en una carta que recuerda muy bien porque fue la que la orilló a dejar Cuba para intentar recuperarlo, infructuosamente, en Nueva York, le confesó amar "con locura": la Tierra, la Isla, la Patria, la rival de verdad, la única con la que sabe que no puede competir —lo percibe de repente en un destello de lucidez— con la que no podrá jamás competir porque es el reflejo, magnificado, de la imagen paradigmática que él tiene de sí mismo. Lo ve de negro, de luto por La Amada, por la única que él ha anticipado ya como viuda entristecida, eternamente en duelo por el sacrificio del Amado.

No ha servido mucho para reunirlos, es verdad, ese reproche de torpe y venenosa que él le hace oblicuamente, dirigiéndolo a la Agar fugitiva de uno de los *Versos sencillos* que están saliendo de las prensas cuando ella y el hijo descienden la escalerilla del *Argosy* una mañana soleada del mes de junio, fatigados por la borrascosa travesía. Dos meses, no más, durará esta vez una estancia que él no intenta siquiera alargar unas cuantas horas, ansioso como está por reanudar sus labores cada día más febriles por la libertad de Cuba. Con la amarga certidumbre de que más que una rival de carne y hueso compite con su amor el de la Otra, tanto más invencible cuanto que es incorpórea y supremamente idealizada, busca el auxilio de un amigo común, a quien le ruega guarde el secreto, para gestionar con el cónsul de España el permiso que requiere para viajar de vuelta a la Isla, con el hijo, sin el consentimiento del padre. A otra amiga común, Clara Pujals, va a rogarle que entere a Martí de la partida una vez que el buque haya levado anclas. Volverá a La Habana y, de allí, a Puerto Príncipe, con Pepito, sin la anuencia de un marido al que por fin, después de tantísimos años, está renunciando para siempre. Alguien le

ha dado un ejemplar de *El avisador cubano*, del 10 de octubre de 1888, que irá leyendo lentamente, salpicada la lectura por añoranzas y lágrimas, tiernas y ácidas, a lo largo del descenso, igualmente borrascoso, bordeando la costa atlántica. Viene en el periódico un artículo de su marido, rebosante en admiración por el ímpetu de Céspedes, tremendo e imperfecto como un volcán, y por la virtud de Agramonte, límpida como el espacio azul, y se lo imagina escribiéndolo e identificándose ya con uno, ya con el otro, pero más con Agramonte, con su rostro angélico, vencedor aun en la muerte, aquel del Camagüey, aquel diamante con alma de beso, y quiere imaginarse que esa alusión al Camagüey tiene que ver con ella, por aquello de que ama a su Amalia locamente y necesita tanto creer que él, su José del alma, ha amado a su Carmen locamente, la ha amado a ella locamente, pero también allí descubre un reproche y se reprocha la verdad de ese reproche que él le hace, cuando recuerda que Agramonte no creyó que habían comenzado sus bodas sino hasta aquel día en que su mujer le cosió con sus manos la guajira azul para irse a la guerra, y siente que esas palabras le van dirigidas, porque ella no le coserá nunca a él una guajira azul para que se vaya a la guerra, porque ella ha hecho lo indecible para hacerlo renunciar a la guerra, ¿y qué ha logrado con ello, qué ha logrado?, sólo empujarlo a detestarla, sólo quedarse vacía de él y de sí misma, vacíos los brazos mórbidos, como alguna vez él los llamó, vacíos de su cuerpo, inútiles los brazos que no volverán a abrazar —jamás— al eterno ausente.

La partida de ajedrez que empezó una tarde en el número 12 de la calle de San Francisco, en la ciudad de México, ha terminado este 27 de agosto de 1891 cuando la suerte está echada para siempre y Carmen toma el camino sin regreso que va a conducirla, en Puerto Príncipe, al refugio de la casa de su padre: Francisco de Zayas ha ganado la partida. Clara Pujals le enviará a Carmen una carta breve, para hacerle saber que cumplió su encomienda. No le dice que Martí, palideciendo, ha respondido: “Hubo un hombre que crucificaron una vez. A mí me crucifican todos los días.” Pero a Carmen no le habría extrañado esa doliente, y desmesurada, identificación con el mártir del Gólgota: sabe demasiado que en el corazón de su marido anidan águilas mesiánicas.

La estancia en Nueva York ha vuelto a alimentarle la turbulencia del alma. Padeciendo como nunca de esa fisura íntima que la parte en dos, pasa en familia —con su padre y su hijo— las Navidades de 1891, sabiendo que Martí —esa parte de ella que jamás podrá dejar de dolerle— las pasa, con la salud muy quebrantada, en Tampa y Cayo Hueso. Se repite que no quiere saber de él ni enterarse de lo que le pase pero no deja de inquirir, de leer en marzo el primer número de *Patria*, de estar al tanto de la fundación del Partido que germina entre

ese fin de año y los meses primeros de 1892, de escuchar en boca de Enrique Loynaz la deslumbrada admiración que le alborota el corazón desde que, un día de noviembre, sube las escaleras de 120 Front Street para encontrarse por primera vez con el que ya venera como un apóstol y llama Maestro. Las noticias de lo que se viene gestando desde Nueva York, Tampa y Cayo Hueso son recibidas con mucha ambivalencia en el Camagüey, demasiado tocado por las tristezas de la Guerra Grande, terreno fértil para abrigar, en torno al Partido Autonomista, esperanzas de reformas que consagren libertades sin promover separatismo. Carmen escucha, sin intervenir, las conversaciones del fogoso Loynaz con su padre que, cuando hablan del Camagüey como depositario avanzado del espíritu patrio, se refieren a dos cosas tan distintas y a la vez, en el fondo, tan similares y se le anegan los ojos de lágrimas, lágrimas de impotencia, porque para ella no es de ideas que se está hablando sino de la sustancia de su vida misma, atrapada como lo ha estado, desde los veinte años, entre la visión de Francisco de Zayas y la visión de José Martí. Y no puede dejar de percibir en el tono con que le comenta su padre un incidente, que es la comidilla de todo Puerto Príncipe, un dejo de simpatía y una celebración de la altivez de carácter del grupo de principeños jóvenes que, con Loynaz, han desplegado en la ventana del hotel Gran Oriente, en la calle de la Soledad, durante la procesión de la Virgen del Rosario, una gran bandera cubana de seda, desafiando la irritación de oficiales españoles.

Porque en su corazón hay todavía hartos rescoldos de amor y Enrique Loynaz parece llevar consigo a todas partes la presencia de Martí, le confía al joven Pepito, de catorce años, esa mañana de Pascua de 1892 cuando, junto con un grupo nutrido de amigos de la misma inclinación, viene a invitarlo a irse de excursión con ellos a la Sierra de Cubitas. Vestidos de dril crudo y con sombreros de yarey desfilan los jóvenes patricios por las calles principeñas en son de fiesta, parándose aquí y allá para proveerse de víveres y licores que obsequiosos tenderos les brindan por el camino. Al pasar frente al cuartel de caballería uno de ellos, desafiante, saca una corneta y hace resonar el toque de degüello que evoca las cargas insurrectas de Ignacio Agramonte. Todos portan revólver y machete y Loynaz, emocionado, se saca de la alforja una enseña tricolor que enarbola en el machete desenvainado, mientras todos a una dan el grito de "¡Viva Cuba libre!" frente a los impasibles soldados españoles, acostumbrados a ser expulsados a bastonazos de la plaza por jóvenes atrevidos, aficionados a cantar himnos libertarios por las calles, confiados en la protección de sus prosapias familiares.

El hijo de Martí participa con entusiasmo, durante una larga y aventurera semana, de ese y otros simulacros de alzamiento que

incluyen el despojo de fusiles a unos cuantos soldados en el puesto de Limones, una arenga del impaciente Loynaz que allí mismo pretende alzarse en armas y el acto simbólico de plantar la bandera independiente en el Tuabagüey, la cima más alta de territorio camagüeyano, donde todos posan para una fotografía, alineados como escuadrón insurrecto. A Pepito le hacen muchas bromas cuando saca el reloj de oro con el escudo español que le ha regalado su abuelo: pronto no habrá de servirle para marcar la hora de Cuba, le advierten, y él no lo toma a mal sino que les responde que tienen razón y lo deja a buen resguardo, envuelto en un pañuelo de hilo donde su madre le ha bordado iniciales, cuando se quita la ropa para zambullirse en la poza de una de las cuevas, dándole un susto mayúsculo a Loynaz, quien tiene que lanzarse a rescatarlo, muy en su papel de custodio del hijo del Maestro que, en un arranque tan impulsivo como los que él mismo acostumbra, le ha confiado la madre. Mostrándole la foto a Martí, quien pronuncia en Nueva York los primeros discursos de un año que pinta apretadísimo de actividad revolucionaria, Loynaz le asegura que tiene madera ese muchacho impetuoso para la aventura que pronto habrá de emprenderse. A Martí se le viene, en un recuerdo relampagueante, algo que le escribió a su fiel amigo mexicano, Manuel Mercado, cuando el hijo apenas aprendía a lloriquear y a sonreír: "Sabrá sufrir, sabrá pensar y sabrá amar. Saber sufrir es lo que más importa, aunque se muera de esto." Y sonríe, él mismo, escéptico: los dos meses que lo tuvo cerca, hace apenas medio año, no le alcanzaron para saber si, bajo la superficie de muchacho atildado y de buenos modales, le queda algo de él al hijo de Carmen.

Dos años ha tenido para disfrutar de la hija y del nieto Francisco de Zayas, después del último viaje de ambos a Nueva York, antes de que se le detenga el corazón, el 23 de agosto de 1893, poco antes de cumplir setenta y cinco años. Intuye que en lo que le resta al siglo el tiempo va a agolparse sin sosiego y algo ominoso le aprieta el corazón, presagiando vicisitudes, cuando está a punto de dejar de latir. Carmen y Pepito quedan solos en la casa del Príncipe. La otra hija, Rosa, y las nietas lejos, en París. El pasado se le viene encima y siente mucha ternura por su madre, que se atrevió a amar a su padre y a concebirlo a él fuera de matrimonio porque Úrsula Zaldívar y Socarrás vivía aún cuando Rosa Varona y Duque de Estrada se enamoró de José Ramón Zayas-Bazán y Roxas-Sotolongo, con quien compartía en la secuencia de las generaciones múltiples lazos consanguíneos. De la línea engendrada por Lope de Zayas y María de Roxas Sifontes desciende el padre de Carmen por el undécimo retoño: Fernando, quien prohijó a Hilario con Gertrudis Pérez-Naharro para que Hilario, a su vez, engendrara a un José Ignacio que llegaría a presidir la Audiencia de Santo Domingo en 1672. De los troncos de Pedro y Gregorio de la

Torre, del tronco de Lope de Miranda e Isabel de la Torre y del tronco de Lope de Zayas y María de Roxas le llega la sangre, cargadísima de parentescos, a Rosa Varona y Duque de Estrada, la madre de Francisco de Zayas, una mujer valiente a la que no le arredró vivir a la luz del día un amor profundo pero no consagrado. Así le ha llegado a Carmen Zayas la sangre de sus ancestros, memoriosa, portada por nueve generaciones acunadas por brisas y terrales y ajetreada, de vez en vez, por turbulentos huracanes. Sangre que ha corrido por venas de muchísimos Varona y Borrero, Pinto y Agüero, Barreda y Duque de Estrada, De la Torre y Zayas Bazán, Herrera y Roxas-Sotolongo, Miranda y Recio: sangre noctámbula, perpetuada tercamente en la noche de los siglos y derramada ya en más de una ocasión para acentuar el colorado intenso de la tierra camagüeyana. Cercada por el rumor nocturno de tantas otras vidas, Carmen Zayas sabrá esa mañana, cuando entierre a su padre, que otra muerte más, solitaria y mítica, vendrá pronto a opacar con su resplandor a todas las vidas y las muertes del pasado y a esa vida y esa muerte tan reciente, tan entrañable, que la está dejando expuesta, deshabitada, infinitamente vulnerable. Mira a su hijo, le acaricia los cabellos, lacios y castaños como los de Martí, y sugiere casi en un susurro: “Supongo que ya habrás pensado en escribirle a tu padre.”

Vasos comunicantes
Maisí, octubre de 1890-La Habana, 16 de junio de 1895

La marea no está muy alta y han pasado a caballo el lecho de arena fina del río Miel, entre aguas limpísimas y transparentes. Toman luego una cuesta pedregosa y van recogiendo *Polymitas* incrustadas en los árboles, junto al camino y más adelante, en la margen elevada del otro lado del arroyo Guandao, donde algunas cruces tumbadas y lápidas rotas dan cuenta de un cementerio. "No hay que beber estas aguas, que no son potables", advierten a los guías. Ellos responden que siempre lo han hecho y que no les pasará nada. Atraviesan las playas de Barigüitas y de Barigua y la ensenada del Jagüey, trepan cuestas y bajan por derriscaderos hirsutos, entre alturas que fueron farallones y furnias profundas, tomando un camino intrincado junto al río Yumurí, que a Carlos le devuelve Matanzas, a siete leguas de Baracoa. Entre dos alturas escarpadas divisan el mar, en medio de un panorama magnífico y solitario. Bajando apenas, aparece una estación: "Por aquí saca don Augusto Soler", les dice el guía, "sus guineos de La Sabana y de La Gran Tierra." Siguen camino de Jobo Claro hasta llegar a La Sabana, donde el teniente alcalde los recibe en su casa y un moreno viejo, llamado Felipe Santiago, se aparece con un cráneo que ha encontrado en una cueva de Maisí. Se acuestan temprano, para salir a las cinco de la madrugada rumbo a la punta más oriental de la Isla.

Acompaña a Carlos de la Torre, en esa excursión al extremo de Cuba, Fermín Valdés Domínguez, el amigo de Martí, quien ya ha encontrado cuatro cráneos y un montón de huesos cerca del Faro y los ha obsequiado al naturalista. El teniente alcalde, muy popular en los alrededores, los lleva a tomar café a una finca cercana a la cuesta del Palo y a la cueva de los Poncio, donde dos robustos guajiros aseguran haber visto piedras "que parecen torneadas". Cabalgan mientras se puede y luego abandonan las monturas para seguir a pie, con un solo guía puesto que el otro ha desertado, arrastrándose entre piedras erizadas para ir descendiendo lo que parece un precipicio interminable, donde hay que soltar las varas que ya resultan más peligrosas que útiles, para agarrarse de bejucos retorcidos que penden de árboles que han echado raíces en los intersticios del farallón. Quizá por la cercanía del peligro, Fermín Valdés necesita hacer una declaración solemne y, mientras divisan allá abajo, todavía muy lejos, el Faro de Maisí, en un sitio donde se abre la garganta voraz de una hondísima furnia, consigue articular un elogio sincero y exuberante: "La vida es un mar de pasiones harto agitado y son pocos los que

llegan ilesos a la orilla: usted es de esos, don Carlos, usted es de esos." Él le contesta: "Dios quiera oírlo, amigo Fermín." Y continúan la bajada, con buen humor, entusiasmo y algo de sobresalto. A la vuelta de un peñasco tropiezan con algo inesperado: bajo el techo oblicuo y volado de una de las paredes del farallón, cuatro estacas enterradas en el suelo y varias cruzadas encima, cubiertas por una jagua, hacen el más improbable lecho para una criatura humana. "No hay duda Valdés, aquí habita alguien y hemos venido a espantar su soledad. ¡Vámonos lo antes posible!" Tres piedras para el fuego y un caldero, un trozo de tocino colgado y un racimo de guineos dan cuenta del improbable y huidizo Robinson. Siguen su camino especulando, entre tumbos, el agitado mar de pasiones y las vicisitudes que habrán podido conducir a ese hombre a tan extremoso aislamiento.

Al pie del farallón está la cueva, que les va descubriendo sus múltiples recintos de calizas terciarias entre hermosas estalactitas —las "piedras torneadas" de los guajiros— y un aletear de alas de murciélago que amenaza con apagarles, a cada instante, los hachones que han encendido a la entrada. Ollas de barro y huesos de jutía atestiguan que aquello fue una morada y no una necrópolis. En una cueva pequeña, mucho más cerca del faro, van a encontrar, por fin, cráneos deformados y huesos humanos. El objetivo de comparar nuevos hallazgos con los que hizo en Puerto Rico podrá cumplirse. Mientras se refrescan con el agua de varios cocos recién abiertos y esperan los caballos, especulando sobre la probable edad de esos restos de pobladores indios, una mariposa aletea frente a los expedicionarios, fatigados y aparentemente distraídos: "¡Valdés, una *Papilio Gundlachianus!",* grita de repente Carlos, precipitándose a capturarla con un pañuelo de hilo que se ha sacado del bolsillo. "¡No sabe usted lo que eso significa para mí! La descubrió Gundlach en Aguadores, cerca de Santiago, y de sus contadísimos ejemplares me obsequió uno. ¡Es una joya, Valdés, es una joya!"

De paso en Santiago, volviendo a La Habana, le tocará el entierro de Manuel de la Torre, recién fallecido en París de un ataque al corazón, y sepultado en su tierra con gran pompa, entre elogios fúnebres que encomian su caballerosidad y su cultura pero, sobre todo, su lealtad al Partido Unión Constitucional.

El año casi expira y, con el comienzo de 1891, expira también Poey, sin sorpresa para el discípulo que, al escribir la síntesis biográfica que quedará en los Anales de la Academia, no puede dejar de evocar a su otro maestro, quizás el más entrañable por haber sido el que le abrió de par en par las puertas del misterio del mundo: Francisco Jimeno. Otras muertes rondan el final de 1890: un opúsculo de homenaje a los estudiantes de Medicina fusilados en 1871 aparece en el mes de noviembre, compilado por Fermín Valdés Domínguez, cuando ambos

amigos se reincorporan a sus tareas de vuelta de Maisí. Un inflamado discurso de Manuel Sanguily, pronunciado en Matanzas en el 87 y desde entonces inédito, abre el folleto, que recoge también el sentir pesimista de Varona, la serenidad de Varela Zequeira, la melancolía de Manuel de la Cruz y la conciliadora visión de Rafael Montoro. Una corona de biscuit preciosamente entramada de adelfas y siemprevivas, embelesos y gardenias, ha sido depositada por Fermín Valdés ante el tardío monumento fúnebre que, con veinte años de retraso, se acaba de erigir en el Cementerio de Colón: le toca acompañarlo, entonces, a Carlos de la Torre.

En *El País* del 29 de noviembre ha aparecido una reseña de Julián del Casal, demasiado breve, lamentando la falta de espacio para abundar en la calidad de esos textos "notabilísimos" consagrados a la memoria de mártires inocentes. La boda de Enrique Hernández Miyares, el amigo y director de *La Habana Elegante*, con una bella señorita amante de "todo lo que es raro", ha ocupado, con otras dos crónicas de esponsales, el resto del espacio disponible. Los trajes de raso y los encajes de Inglaterra, las perlas, las sedas color ciruela o heliotropo y los encajes de Chantilly, la belleza de la condesa de Loreto y el empaque del marqués de la Real Proclamación, así como otras rosas fragantes del *parterre* mundano, son sin duda más del agrado de lectoras y lectores y el poeta, que se burla sutilmente de los fastos de la sociedad habanera pero no deja de complacerse en las exquisiteces de esa "toda La Habana" finisecular, filtra matizadamente, entre la minuciosa descripción de sus delicias, algunos espinosos cardos y ortigas, sin que el escozor que han de causar le detengan la pluma.

A Carlos le han nacido dos hijas y a Julio dos varones. Las visitas a Casal se han interrumpido, por las demandas de trabajo, estudio y familia. Pero Carlos no falta al estreno de *La Verdad Suprema* de su amigo Valdivia, al que no deja de llamar, para embromarlo, "Kostia". Y, aunque a Julio el matrimonio le ha sosegado las penas del alma, la afinidad con el alma asediada del poeta le induce a seguir frecuentando su poesía y sus prosas, firmadas, alternativamente, como Julián del Casal y como Alceste. Retenido en cama de cuando en cuando, como otros tantos habaneros, por fiebres catarrales o *la grippe*, como se ha dado en llamar a esa dolencia, aprovecha esos días de asueto obligado para ponerse al día de las crónicas del amigo, que se le han ido acumulando en la mesa. Se entera así de las fiestas en la capitanía general y de los bailes en La Caridad del Cerro; de la pertinencia de asistir a una representación de *Kean* por la compañía de Roncoroni; de la serie de conciertos que anuncia un pianista holandés recién llegado y ya rendido ante la turbadora sensibilidad de Ana María Menocal, la hermana del pintor, el señor Hubert de Blanck,

dispuesto a educar el gusto de los habaneros, en los salones del Casino Alemán, con una cuidadosa selección que parte de Doménico Scarlatti para arribar a Chopin y deslizarse luego hasta Saint-Säens y Espadero; de las novilladas y las carreras de sortijas que organiza la excelentísima esposa del general conde de Polavieja, en beneficio de un asilo piadoso; del suicidio inesperado de un caballero mejicano frente al poniente tropical de una playa desierta; de los conciertos del violinista Díaz Albertini en Stuttgart y en Boulogne-sur-Mer, donde ha cautivado al auditorio con una habanera deliciosa y una interpretación magistral del *Diluvio* de Saint-Säenz; del *break*, tirado por dos parejas de alazanes, que conducirá a hermosas madrinas, rodeadas de caballeros, a la plaza de toros para la fiesta del Carrousell, que tanto jolgorio ha suscitado en repetidos ensayos; del *cotillon* en casa de la condesa de Fernandina y de sus hijas, gallardas como estatuitas de Sajonia y aéreas como estrofas de Catulle Mendès; de la pálida belleza de la generala Polavieja, exhalando aromas de nardo, mirra y cinamono; de la sabiduría de Varona, cultivada en la soledad de su gabinete de estudio, que se ocupa en inculcar a los jóvenes, mediante al amor por la filosofía, el amor por la libertad; de la presentación de *Lohengrin* en el Teatro Tacón y de la impostergable urgencia de hacer a un lado todo lo demás para ponerse a leer *Azul,* del joven nicaragüense Rubén Darío.

A Julio, como a Julián, le seduce el invierno, aunque las ráfagas de frío le acentúen la propensión a congestionarse y a respirar mal. Con demasiada frecuencia, cuando el trabajo se le carga o los ingresos merman, o surge alguna aspereza doméstica, se le endurece la espalda, le duele el cuello y la irritación se le trepa a la cabeza, le sube la fiebre y se le cierran los bronquios. No obstante, le gusta esa neblina flotante que envuelve el olor a salitre, a algas y a espuma. Esa neblina que ahora, imperceptiblemente, se va confundiendo con ésta. También, como a su amigo, le complace el silencio y prefiere el ruido del viento al del ajetreo de carruajes y transeúntes en las calles viejas. A Consuelo se la lleva a mirar el mar alborotado, porque sabe que le alborotará la morriña, la nostalgia por la nieve y El Ferrol, y le limará las aristas de un carácter demasiado severo, poco propicio a ñoñerías. ¿Por qué se la habrá buscado así, tan terca, tan rígida, tan inflexible? Quizá para abroquelarse en esa fortaleza y no dejarse asaltar por sus propios ángeles oscuros. Quizá para defenderse de esa parte nocturna de su ser que no encaja en la oficina de la agencia aduanal, ni ha encajado en el salón de clases, ni encajará en ninguna parte fuera de las páginas de ese diario que nunca ha interrumpido, fuera de las páginas de los libros que nunca escribirá.

El 21 de octubre de 1893 sueña que, vestido de dril blanco pero sin que el aire gélido le haga mella, camina entre ligerísimos copos de

nieve hacia la Plaza de Armas, invadido por una excitante sensación de bienestar. La mañana siguiente, La Habana amanece envuelta en una de esas neblinas flotantes que a Casal le seducen y el día habría sido una prolongación perfecta de la fantasía nocturna si no le hubieran dado, de sopetón, la noticia: Casal se ha muerto esa madrugada, de una hemoptsisis, entre los postres de una cena que le ofrecía un admirador espléndido. El ingenio del poeta competía, antes de la larga sobremesa, con los manjares exquisitos que allí se sirvieron. Por fin, reclamó el silencio de los comensales para leerles, con una exaltación que de seguro le precipitó el vómito de sangre, los versos de una niña de mejillas pálidas y a la vez purpúreas, inocente como un lirio y sabia como una pitonisa, llamada Juana Borrero. Luego se desplomó, salpicando de flores rojas el mantel blanquísimo, y expiró.

"Casal se nos murió de amor", le sugiere al oído su hermano Carlos, que llega al velorio unos minutos después que él. "Y no puede quejarse. Quería el féretro rodeado de las más bellas y aquí las tiene a sus pies, quizá no tan castas como las invocaba pero, eso sí, cubriéndolo de rosas blancas." El comentario es incisivo pero no burlón y por eso se lo perdona, sabiendo que su hermano necesita vivir la muerte como un episodio inscrito en el orden natural de las cosas. Y, tratándose de Casal, la escena encaja inobjetablemente en ese orden. "Sólo falta ella, la virgen triste, la extraña criatura que pinta el mar desde su propio faro, a orillas del Almendares."

Cuando, dos o tres días después, acompaña al hermano en la visita semanal que le hace a Esteban Borrero, entiende la fascinación de padre e hija, dos seres enamorados, cada uno en el otro, de su propio reflejo y piensa, con alivio, en Consuelo. Él sí ha sabido preservarse. Como Carlos, aunque la seducción de Úrsula sea mucho más carnal y, por lo mismo, menos peligrosa. ¡Qué oscuro puede llegar a ser el llamado de una voz tan idéntica a la voz de la propia alma! Mientras Juana busca entre sus caballetes, para mostrarles algunos de sus últimos bocetos, Carlos le advierte: "No hagas caso si te asegura que me debe a mí sus marinas. A mí me halaga, por supuesto, pero no me debe nada. Dice que quiere conocer la verdad científica y me acosa a preguntas, pero no soy yo, es el mar que ella trae por dentro como lo traía Casal el que le susurra ese extraño murmullo de sus versos que luego le transmite al pincel. Ya verás. El mar la tienta. Ella lo sabe todo de ese fuego ligero que, en ciertas noches, se desliza sobre las ondas. Y yo hago como que me creo que puedo explicarle algo de lo que es la fosforescencia marina." Esa tarde será Julio quien se lleve a casa, envuelto en papel de China, un boceto titulado *Ondinas* que Juana afirma deberle, como tantos otros, a los destellos que le despierta en la sensibilidad la información que le proporciona el

naturalista.

Casal se muere en el crepúsculo del siglo, invocando brumas bajo el asedio inoportuno de un sol ardiente. Mientras tanto, un rumor en sordina, anunciador de tormenta, entra y sale de la Isla, unas veces procedente de Nueva York y otras de Tampa, en concierto con el ritmo secular de vientos huracanados que no dejan de zarandearla desde tiempos inmemoriales. Mientras las familias habaneras disfrutan, con breves intermitencias de mal tiempo, sus temporadas de mar en los balnearios del Vedado, en los clubes de provincia se levantan marejadas de runrunes que resuenan a guerra.

No tardará Carlos en apoyar a Fermín Valdés en su misión de inquietar conciencias, mientras Luis Estévez y Marta Abreu lo protegen de suspicacias de las autoridades españolas, encomendándole la tutela intelectual de Pedro, que es un adolescente precoz. Estévez, que le lleva diez años, se ha formado en La Empresa y ha enseñado allí junto a Bernabé de la Torre. Será en una tertulia de Lola Tió donde Raimundo Cabrera, su compañero de bufete, lo junte un día con el hijo de Bernabé: "Date el lujo, tú que puedes, de que sea este humanista injertado en científico quien lo enseñe a aprender, quien lo introduzca, como diría nuestro buen amigo Francisco Zayas, al templo donde todos rezamos la única oración válida: la de la sabiduría. No te vas a arrepentir." Marta y Luis sienten que la riqueza no se justifica si no se comparte con el prójimo y ese infatigable deseo de servir, que se traduce en escuelas, asilos, dispensarios, lavaderos públicos, caminos, puentes, y hasta un teatro cuyas ganancias se destinarán a los pobres, en fin, un abanico de generosidades, se aúna a un profundo respeto por la inteligencia. Esa herencia, y no sólo la fortuna granjeada por Pedro Nolasco Abreu, quieren dejarle al hijo. Por eso al abogado exitoso, al maestro de orígenes modestos le seducirá la idea de que un hijo de Bernabé de la Torre, matancero como él mismo, enriquezca al suyo con esa otra llave del mundo que ningún dinero le podrá comprar. A Carlos le tienta la inusitada propuesta, que le dejará tiempo para sus exploraciones y plena libertad de movimiento para cumplir, de cuando en cuando, discretas misiones políticas. Se traslada, pues, a Villaclara, donde residen los Estévez, concentrando sus excursiones, entre Cruces y Encrucijada, por las vecindades de Cienfuegos, Villaclara y Sagua la Grande, las minas de cobre de Santa Rosa y San Fernando, pródigas en hierro magnético y el Cerro Capiro, depósito de moluscos del terciario. Cuando hace el hallazgo de un ejemplar de *Ammonites* en los baños de la Bija, en Cruces, llegan encandilados, maestro y discípulo, al ingenio Dos Hermanas, donde los esperan para la comida Luis y Marta.

A Pedrito le ha dicho: "Míralo bien. Mira las volutas. Mira cómo se parecen a los cuernos del macho cabrío. Cuando todavía nadie se

decía geólogo, los antiguos habían adivinado, observando con cuidado estos caracoles fósiles, las metamorfosis primigenias de las tierras y los mares." Quiere saber el muchacho de dónde viene el nombre tan sonoro. "De los cuernos de macho cabrío que portaban las imágenes de Zeus Ammon, la versión griega de una divinidad que los egipcios asociaban con el que no tenía principio ni fin, Ra, el Sol, el que protegía al débil contra el fuerte. Cuando el joven Alejandro entró a Libia lo primero que hizo fue acudir a su templo, lleno de peregrinos ansiosos de consultar el oráculo, para hacerse proclamar hijo de Zeus Ammon y dar a entender que también él protegería a los débiles."

Es la manera sutil que usa el maestro nato para transmitir múltiples mensajes y dar a entender que el mundo es una red de vasos comunicantes: "Al principio se le identificó con la fecundidad y se le rindió el culto que recibían las divinidades ctónicas, vinculadas al seno de la tierra. Imagina toda la carga que la imaginación de los antiguos le depositó a este cefalópodo de la era mesozoica, bellísimo en su estructura espiral, cuando lo llamó *Ammonita.* Hasta Plinio se ocupó de ellos y juraba que podía conferirle buenos sueños al durmiente." De magnífico humor, cierra la lección: "Habrá que comprobarlo esta noche."

En el pizarrón que preside el cuarto de estudio, el preceptor ha escrito una frase que el jovencito de dieciséis años deberá tener siempre en mente: "Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña la filosofía." Las palabras de Hamlet, le advierte el primer día, orientarán la curiosidad sin límites que habrá de reinar en ese viaje abierto a todos los confines que maestro y discípulo acaban de emprender. El tiempo también ha girado en espiral, y Carlos retoma con Pedrito lo que, veinte años atrás, Jimeno emprendió con él.

Entre calles alfombradas de flores y discursos de Rafael Montoro para homenajear a Marta Abreu, que se ha propuesto suplir funciones de asistencia que ni el Ayuntamiento ni la Iglesia tienen con qué cubrir, transcurren los días en Villaclara, sin otra novedad que la fundación de un Club Artístico donde los jóvenes con inquietudes se proponen discutir de algo más que de literatura. Porque la Isla vibra, todavía en sordina, pero sensible a cualquier estímulo. Cunde el desánimo cuando un alzamiento de los hermanos Sartorius, en Holguín, es ahogado al nacer, mientras baja el precio del azúcar, se cierran fábricas de tabaco en Tampa y las contribuciones para la insurrección descienden en Nueva York, ante el pánico financiero por una caída de la Bolsa en el mes de mayo. Para colmo, las reformas que propone Maura de un gobierno autónomo, elegido por una asamblea de cubanos, meten confusión y atrapan incautos.

En octubre de 1893, invitado como *Judge of Awards* a la Exposición

Colombina de Chicago, Carlos se embarcará con los Estévez —Pedrito incluido— hacia Nueva York. Martí, que se ha entrevistado en el verano con Maceo y con Gómez en San José y en Montecristi, los recibe en Front Street. Es un encuentro vehemente. Después de varios meses adversos, recupera ánimos y se atreve a anunciarles: "Creo que podremos levantarnos en febrero del 94, si contamos con el apoyo de cubanos patriotas como ustedes." Marta y Luis le aseguran que en un par de días podrá contar con una suma importante: les basta verlo y oírlo para sentir que la independencia está ahí palpable, al alcance de la mano. Emite energía con una intensidad inusitada para un cuerpo tan frágil. Dejarse atrapar en ese haz fulgurante produce una sensación ambivalente, un impulso de entregársele en cuerpo y alma y otro de salir de allí lo antes posible, para poner en orden, adentro, el confuso torbellino que desata. "La patria se los agradecerá", les asegura, con una convicción tan contagiosa que Marta tiene que hacer acopio de todas sus reservas de voluntad, que no son escasas, para responderle: "La patria no tiene nada que agradecernos. Apenas hacemos, maestro, lo que tenemos que hacer." Él sonríe fugazmente y voltea hacia Carlos.

"Ya me ha hablado tanto Fermín de usted…", le confía, en un tono de voz tan contenido que hay que hacer un esfuerzo para escucharlo. "¡Cuánto le envidio, doctor, sus excursiones. Usted le conoce todos los secretos, ¿verdad? usted la visita y la corteja como a una novia y, a la vez, tiene con ella intimidades de amante. No puedo negar que ese trato suyo con la Isla me llena de celos." Carlos lo oye con una mezcla de sorpresa y familiaridad, como si fuera alguien inasible y muy distante y, a la vez, como si siempre lo hubiera conocido. Las dos miradas fogosas intercambian reconocimientos y se miden mutuamente. El hombre de ciencia, dado a nutrirse de la savia de la naturaleza, le responde al poeta, empeñado en embriagarse con la historia: "Es una pasión que compartimos, maestro. Y un honor para mí que mis afanes andariegos no lo dejen indiferente." Y a Marta y Luis les comentará abajo, al recibir el viento del río que viene a quitarles un peso de encima: "Es un inspirado, un iluminado, un profeta. Nació para cumplir una misión y, frente a alguien así, no hay razonamiento que valga. Las realidades le quedan chicas y a él le basta y le sobra con sus visiones. Cuando habla se transfigura. No convence: hipnotiza. Pero no sé. No sé. No sé si nació para triunfar o para inmolarse. ¡Quiera Dios que alcance a ver nacer a la república!"

Les espera Chicago. Junto al lago, más allá de los pueblos grises, todos idénticos, que han ido dejando en el camino y más allá de las nuevas moles que empiezan a querer rascar el cielo, ocultando estructuras de hierro y de acero con monótonas arcadas de ladrillo y piedra simulada, se extiende la gran ciudad blanca de la Exposición.

Entre jardines y fuentes versallescos, se pretende emular —opinan los Estévez— las majestuosas perspectivas y dimensiones de París y su Place de la Concorde. Han levantado columnatas y frontispicios neoclásicos para albergar las maravillas más avanzadas de la máquina y hacer un orgulloso despliegue de pujanza. "Para prestigiar los inventos del siglo y festejar al mundo nuevo han levantado aquí un monumento a los cánones antiguos. Roma y su Imperio están presentes. Aquí está todo eso, y la flor de lis y el águila de América, como diría Martí, quien también ha tenido que reconocer que jamás la libertad fue más verdadera ni adelantaron nunca los hombres tanto en un lapso de apenas cien años. Y allá al sur, en medio de la rosa de los vientos, nuestra Isla al garete, tan endeble y tan altiva y tan vulnerable."

Entre los Pirineos franceses y el balneario de Eaux-Bonnes va a pasar Carlos la primavera del 94, siempre cerca de los Estévez, que se proponen rescatarlo de la vida un tanto desordenada que ha estado llevando en París, donde pasó con Pedrito los últimos meses. Marta se le ha aficionado de tal manera que lo acompaña en largas excursiones que hacen maestro y pupilo, alternándolas con paseos solitarios para acopiar caracoles que el malacólogo añadirá a su colección. "Me he propuesto convertirlo en hombre de orden", le escribe a su hermana Rosalía, que se ha quedado en París. "Como bien sabes, es tan inquieto que hasta le cuesta trabajo quedarse sentado para conversar y se la pasa dando zancadas, que ponen nervioso a cualquiera." Su hermana se pregunta si no se estará tiñendo de sentimientos demasiado vivos esa simpatía y hasta se lo insinúa a ella en una carta, que la otra contesta entre alarmada y complacida porque es un hecho que la proximidad de Carlos la estimula y la hace sentir mucho más viva.

Volverán a la Isla en pleno verano, él para reincorporarse a la familia, que acaba de crecer con un varoncito, y a la Universidad, donde le han pedido que inaugure los cursos. Ha pasado deliciosas jornadas en la cubierta de *La Navarre* releyendo el *Diario de navegación de Cristóbal Colón* y se propone dedicarle ese discurso inaugural a la descripción y clasificación de la fauna que registra asombrado el Almirante en su primer viaje. Auxiliará a sus amigos aconsejando el equipo que harán traer de Francia para instalar, en Villaclara, un Observatorio Metereológico y los acompañará en la apertura de una Planta de Luz Eléctrica, con calderas y dinamos ingleses, prevista para el 24 de febrero. Ha sabido, por Juan Gualberto Gómez, que Martí viajó en el *Athos,* de Nueva York a Cap Haitien, los primeros días del mes y que la orden de alzamiento ya está dada. Cuando, el día 24, suenan los acordes de la Marcha Real en la plaza de Villaclara, engalanada con arcos de triunfo y una réplica de la Torre Eiffel adornada de flores e innumerables luces de colores, entre cohetes y

fuegos de artificio, los oficiales del regimiento Alfonso XIII no pueden ocultar cierta desazón. En la atmósfera de festejo trasciende la reserva y la tensión. Uno de los jóvenes del Club se ha acercado a decirle algo al oído cuando Carlos está a punto de levantarse para hacer el elogio de la obra multifacética de su gran amiga. Se deja invadir por una mezcla de exaltación, de incertidumbre y de beneplácito. Hablando de Marta, describe el ideal de una Isla próspera donde ha de cundir, por todas partes, ese afán que ha tenido la ilustre benefactora de poner al alcance del pueblo los beneficios del Progreso. En el baile de esa noche, en el teatro de La Caridad, las autoridades españolas no tienen cara de fiesta y, aunque nadie lo hace explícito, no faltan integristas que se preguntan entre sí, con acritud, si no habrá estado todo previsto para celebrar, en la figura de Marta Abreu, la insurrección que acaba de estallar. Los Estévez se han enterado de las novedades por boca de Carlos, que se lo deslizó discretamente a Marta la que, a su vez, lo comunicó a Luis. Ninguno quiere irse a dormir. Dejando atrás, por fin, el bullicio de un día extraño, en que lo personal se ha cruzado tan insólitamente con lo histórico, brindan en la casa de la calle del Carmen y se formulan toda clase de especulaciones sobre el futuro inmediato. Marta hace una declaración inesperada: “Creo que no miento si les digo que me da mucha paz saber que algo he hecho para contribuir a esta guerra.”

El tiempo adquiere, a partir de ese día, un ritmo que inserta en lo cotidiano la expectación constante de lo imprevisible. Pesa de otra manera y, por momentos, se precipita y vuela. Cuando, dos o tres días después del 11 de abril, se sabe que Martí ha tocado tierra cubana en Playitas, al pie del Cajobabo, apenas empiezan a circular copias del Manifiesto de Montecristi, fechado el 25 de marzo. Una ráfaga de optimismo contagia a los que simpatizan con la causa de esa conmovedora y prudente democracia que Martí y Gómez le están ofreciendo a la congregación cordial de los cubanos. La guerra no será cuna de desorden, ni de venganza, ni de tiranía. Se habla de Cuba como de la encrucijada del mundo, de un pueblo democrático y culto, que no tendrá que cargar con los lastres que pesaron sobre las repúblicas feudales, “teóricas”, de América. “Los propósitos son impecables”, opina Luis Estévez, “pero me temo que no va a ser fácil fundar esta república ideal, esta república moral que ha concebido un hombre que es puro espíritu, pura mística, puro fervor religioso, cuando tantos de los mejores y los más letrados de los nuestros han vivido esparcidos en el destierro y los más, aquí adentro, todavía no conocen el abecedario.” Y Carlos acota: “Hasta hoy hemos educado a los menos. Cuando la guerra termine, cuando tengamos república, habrá que volcarse a esparcir educación y yo quiero tener esperanza. Hasta ayer fuimos una plantación de esclavos y amos, ahora habrá que

aprender a ser libres." Enseguida reflexiona: "Les confieso que me estremece un poco eso de la victoria o el sepulcro, aunque al garibaldino de Blanchet ha de entusiasmarle por aquello de 'Roma o muerte'. Sea como sea, casi termina el siglo y, aquí, todo está por hacerse."

En mayo, pasará unos días en Matanzas para visitar a su madre, que empieza a tener achaques, y para conversar con su padre, tan medido y sensato como siempre, e igualmente agudo. "¿Qué te parece?", le comenta, "Qué casualidad que haya sido en La Mejorana, el ingenio del tío José Agustín, que heredó Manuel, donde acaba de reunirse Martí con Gómez y con Maceo. Manuel supo morirse a tiempo. Yo no le tenía simpatía. ¿Qué quieres que te diga? Teníamos la misma sangre, pero no las mismas ideas. Pero todo eso ya es pasado. Lo que importa es lo que se está forjando. Dicen que han surgido diferencias, que Martí pretende balancear a los militares con un poder paralelo, civil, de delegados del Partido. No se sabe si llegaron a ponerse de acuerdo." Pocos días después se sabrá: una partida de españoles mandados por Ximénez de Sandoval, que perseguía a Gómez, ha herido de muerte a Martí. Martí desoyó la indicación del viejo general y buscó entrar en combate. En el círculo que rodea a los Estévez hay consternación, amargura, desconcierto, rabia. No tarda en desatarse la ofensiva contra simpatizantes activos de la causa revolucionaria. El 16 de junio de 1895 embarcarán hacia Francia, en *La Navarre*, los Estévez y Carlos, acompañado ahora sí de su mujer, las tres niñas y el pequeño Carlitos.

Nosotros, que nos amamos tanto
La Habana, 4 de junio de 1895

"Querido amigo: es verdad que mi padre ha muerto porque no cabe dudarlo en las afirmaciones de sus enemigos y en los hechos fatales que se han cumplido." El hijo de Martí y de Carmen Zayas necesita escribirle al hombre que, por muchos años, ha sido el más cercano a su padre. A Gonzalo de Quesada va a confiarle que su amor de hijo se ha resistido largo tiempo a creerlo hasta que la horrible realidad ha acabado por imponerse a su espíritu: está lleno de duelo, de admiración y de reproches. Confuso entre el recuerdo amoroso que su madre nunca dejó morir en él, por ese hombre al que llama "pobre mártir que todos admiran pero que tan pocos siguieron", la certidumbre de que jamás debió haber emprendido aquella expedición de la que no volverá y el reproche de que no haya firmado "tu padre" sino José Martí la misiva póstuma, tan parca e impersonal, del primero de abril, como si hasta en el último mensaje pensado para el hijo, al enviarle la leontina de oro "que usó en vida tu padre", estuviera hablando para la historia. El reproche, además, de que le haya reprochado: "Salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado". ¿Cómo podrá vivir con ese reproche de quien le asegura que, al salir en busca del destino, ha pensado en él cuando sospecha —tantas veces lo ha adivinado entre las confesiones a medias de la madre— que entre los pensamientos del padre han aleteado siempre la seducción del martirio y la fascinación por la gloria? ¿Y cómo se las arreglará para vivir a la sombra de una madre marcada por el reproche, al hombre que ha amado en soledad y al padre del hijo, por no haberle alcanzado el amor de ambos para librarse del abrazo de la dama oscura?

Carmen está ahí junto, meciéndose con una fatiga infinita en el sillón de balancín que prefería Don Francisco y que se ha traído desde el Príncipe a la casa de la calle de Campanario 44, en La Habana, presionada por el hijo que quiere viajar cuanto antes a Nueva York en busca de cuanto le pertenecía al padre: "… sus papeles que eran su pensamiento y que necesito guardar como un tesoro…" De cuando en cuando dice algo en alta voz que distrae al joven de la misiva que redacta. A su lado hay un álbum de fotografías, abierto en una hoja donde aparecen, enmarcadas en cartoncillo verdoso con filo dorado, dos fotografías del marido cargando al niño de meses, rollizo y rubio, una muy posada y la otra con el padre sorprendido por el fotógrafo en el momento de inclinarse sobre el pequeño para hacerle un cariño y

devolverle, ingenuo, su cándida sonrisa. Y otro álbum apaisado, en cabritilla mielosa, con iniciales de plata entrelazadas, la C de Carmen y la M de Martí, que ella se está reservando para más tarde, cuando se quede sola, cuando Pepito termine esa efusiva carta, con la hermosa caligrafía pulcra y tan articulado, tan maduro el sentimiento para los dieciséis años.

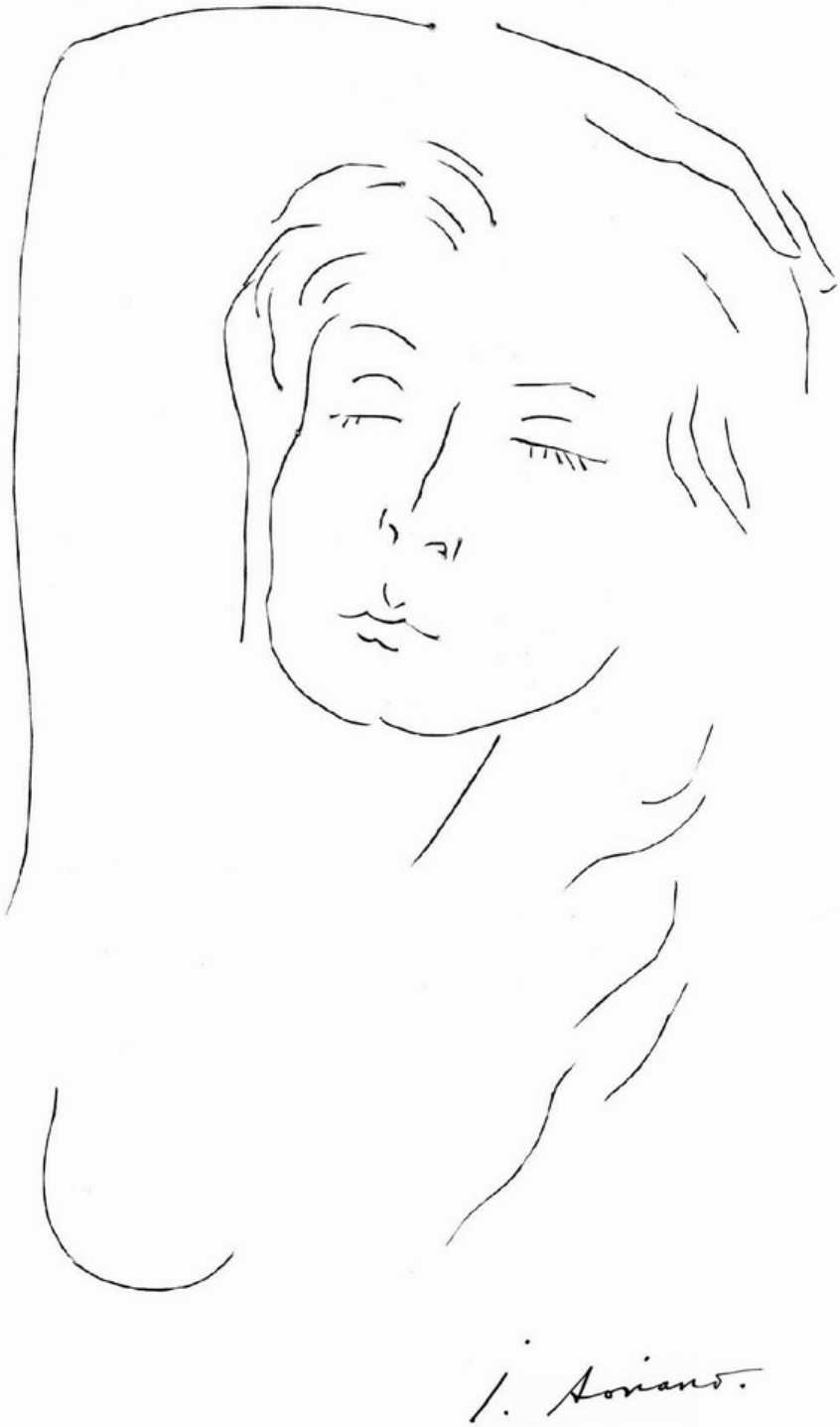
Bien sabe que sólo el hijo pudo darle fuerzas para desprenderse de él, que el obstinado deseo de preservarlo para la vida pudo más que el oscuro deseo de abrazarse, con ojos vendados a cualquier anticipación de futuro, al único hombre a quien, después de su padre, supo amar en una existencia que presiente larga y solitaria, demasiado larga para enhebrar recuerdos de un amor desgraciado. Por un momento sólo recuerda el 22 de mayo y sólo se mira a sí misma escribiéndole al general Arderius para solicitarle la entrega del cadáver con el propósito de hacerlo enterrar en el panteón de la familia. Hace tres días que se ha desplomado, inerte, sobre un caballo blanco que acababan de regalarle, en un sitio cercano a Bayamo y a los caudales del Cauto y el Contramaestre, cuyas aguas ella soñó enturbiadas por la crecida, las soñó enturbiadas y revueltas todas aquellas noches que precedieron al día soleado de su muerte.

Otras escenas se van colando y desfilan personajes y conversaciones, Loynaz queriendo precipitar la guerra y metiendo al Príncipe, escondidos, rifles y municiones, y teniendo que salir escondido, y ella teniendo que recibir las noticias por segundas y terceras voces, tardías, y oyendo que en Nueva York ha hecho un discurso ferviente para invocar a Bolívar y que no para, que va y viene a la Florida y que hoy es Tampa y mañana Cayo Hueso y pasado Jacksonville y que Máximo Gómez se ha trasladado a Nueva York sólo para encontrarlo y que lo esperan en Nueva Orleans y luego en Puerto Limón y en Punta Arenas y en Panamá y en Kingston, y hasta en México, donde sube por la calle de San Francisco, *la* calle de San Francisco, *su* calle de San Francisco, la de los primeros encuentros, camino de Palacio Nacional, para ir a pedirle a Porfirio Díaz apoyo y fondos para la revolución, enamorado como siempre de la revolución, y no puede ser que no haya pensado en ella cada uno de esos días que ha pasado en México, no puede ser, y oyendo que lleva más de un año enfermo y que los pulmones los tiene llenos de cavernas, oyendo todo eso y retintineándole en los oídos aquello de que saber sufrir es lo que más importa aunque se muera de ello, aquello que leyó un día en una carta a Mercado que él dejó con descuido sobre el escritorio, a lo mejor para que ella se la encontrara y la leyera, y aprendiera, cuando el hijo apenas aprendía a lloriquear y a sonreír, que había que educarlo para saber sufrir, retintinéandole eso que la asustó tanto, y con esas palabras las otras que no han dejado de perseguirla todos los días de

su vida sin él, esas que se lo retrataron, para siempre, de cuerpo entero: "¡Mujer más bella no hay que la Muerte!", ese maldito verso que odió tanto como a él lo ha amado, ese maldito verso que lo anunciaba todo, que presagiaba esa mañana maldita en que el destino se lo apropió entre arboledas oscuras, ese día nocturno en el que seguirá cabalgando para siempre, ella lo mirará cabalgar para siempre, cabalgará para siempre en un caballo blanco, alejándose de ella y abrazado a la Otra, no a la mujer que dejó en Nueva York, no, sino a la Otra, la única que quiso de veras, la única que jamás le pareció importuna, la única de la que no quiso huir nunca, la única adorada porque no tenía cuerpo, la única para la que siempre supo latir su perdido, su para siempre perdido, su fulminado corazón.

La voz del hijo la devuelve, abruptamente, al 4 de junio de 1895. Entonces escucha, con mucha atención, las últimas palabras de la carta: "Mi deseo es quedarme allá y para esto llevo a mi madre conmigo. Tengo diez y seis años pero las energías todas de mi alma están despiertas para llorar a mi padre como hijo y como cubano." Carmen Zayas anticipa, con un leve estremecimiento, que son muchos los años que le quedan por delante para traerlo a su cama, en noches propicias, recién bañado y con los cabellos todavía húmedos, oliendo a agua de colonia, la camisa blanquísima, impecable, la de toda la vida, echada al desgaire sobre el frac negro, encima de un sillón campechano, y ella diciéndole estoy locamente enamorada de ti y sin dejar que él le diga debemos separarnos y escuchando para siempre, para siempre jamás, cómo él le está diciendo mientras se mira al espejo y se peina lentamente con los dedos sus lacios cabellos castaños, como le está diciendo, para siempre jamás: "Nosotros, que nos amamos tanto…"

Tercer tiempo


I. Soriano.

Su propio rompecabezas
Versalles, 16 de abril de 1896-La Habana, 9 de febrero de 1899

Carlos se ha levantado de la mesa impecable, adornada con zinias color de malva y rosas amarillas, presidida por la amiga y protectora, para inscribir el nombre de los presentes, y la fecha, en la solitaria estrella blanca que campea en una sedosa bandera de Cuba libre colgada como telón de fondo. Los Estévez ofrecen un banquete de despedida al general Rafael Cabrera, que saldrá hacia la Isla para reunirse con los insurrectos. "Mil fusiles alcanzarían para que la revolución triunfe en un año", comenta el rubicundo general con la euforia del champagne. "¡Pues yo los doy!", ha respondido Marta, entre aplausos. Salieron de París por el Bois de Boulogne, cruzaron el Sena por el puente de Suresnes y, pasando por Avray, entraron a Versalles por la avenida de Saint-Cloud, en una preciosa mañana de primavera que envolvía al palacio y los jardines en una deliciosa transparencia, *unique et propre de l'île de France*, según la bien fundada opinión del doctor Grancher, marido de Rosa Abreu. Cabrera ha ido a París a recaudar fondos y, gracias a Marta, otros cubanos ricos como los Terry y Tirso Mesa han abierto la bolsa, haciendo méritos para el futuro.

Desde la terraza donde festejan los Estévez a Rafael Cabrera y a su hermano Raimundo, que partirá con él, se disfruta una vista magnífica. Por casualidad, pero quizá significativamente, el restaurant se encuentra en la Rue de l'Indépendance Américaine. Lo que conduce a Raimundo Cabrera a abundar en ciertos comentarios publicados en un periódico neoyorquino: "Teddy Roosevelt ha dicho que no le disgustaría una contienda con España. Parece que piensa que su país ya necesita otra guerra. Por lo pronto, que reconozcan nuestra beligerancia. Los cañaverales están ardiendo por todas partes, pero Weyler ya empezó a reconcentrar. No va a ser un año fácil". Luis Estévez añade: "Esperemos que gane McKinley las elecciones: dicen que su corazón late por la causa cubana."

Parecería paradójico imaginar una guerra revolucionaria frente a los prados de l'Orangerie y los Jardins du Roi, contemplando un palacio soberbio, el más espléndido testimonio del afán de eternizar el poder absoluto de un monarca. Poder efímero en suma, como todos los poderes, va a reflexionar el hombre habituado a pensar en otras dimensiones: quizá, precisamente por eso, el mejor lugar para anticipar el término del poder de España en Cuba. En la mesa sirven

un fricasé de pollo *financière*, tras las langostas a la americana, y se anticipa, de postre, un pudín a la Neselrode, coronado con *marrons glacés*. La algarabía de cualquier reunión de cubanos se acentúa con la prodigalidad del champagne y Carlos no puede dejar de alegrarse de tener allí cerca, lejos de la Isla desolada, a su mujer, a sus tres hijas y a su único varón. Tampoco deja de pensar en su hermano Julio. Tú eres mi mala conciencia, le confiesa en silencio. Tú me estarás diciendo pronto, en alguna carta, cómo están de verdad las cosas. No puedo dejar de imaginar lo que va a pasar con toda esa gente hacinada, cuando cunda la viruela y las fiebres perniciosas, cuando empiecen a morirse de hambre. Yo aquí, de *naturaliste voyageur*, y ustedes allá, rodeados de guerra, de pólvora y de sangre. La vida es inexplicable y cada cual está donde el destino lo pone. Pero saberlo no me sirve de nada. Conversar con Pasteur, no perder el contacto con el venerable Bendall, con Ponsomby y con Henderson y, cada vez que se puede, darme una vuelta por Londres y el Museo Británico, ¡qué regalada vida, mientras Fermín Valdés hace un año que desembarcó en Sancti Spiritus y se juntó con Máximo Gómez!

Julio, en efecto, le ha escrito muchas cartas ese año de 1896. En Neuilly, donde vive confortablemente con la familia, se ha enterado así de la muerte de Juana Borrero, en el Cayo, a fines de marzo; de que Carlos Pío, el hermano de Úrsula, el novio de Juana, partió para la manigua; de que Federico, el otro Urbach, se ha exiliado en Nueva York; de que Juan Bruno Zayas, quien se alzó en Las Villas poco antes de zarpar *La Navarre*, acaba de caer en Quivicán, cuando le llevaba refuerzos a Maceo; de todas las versiones que corren en La Habana sobre los desencuentros entre Máximo Gómez y los civiles del Consejo de Gobierno, encabezados por Salvador Cisneros Betancourt, y de algo que era de esperarse: por petición de Valeriano Weyler acaban de despojarlo de su cátedra en la Universidad. La carta de Julio le llega antes que la comunicación formal de las autoridades españolas.

Para entonces, ha decidido dejar Neuilly para aceptar una plaza que, por recomendación de sus amigos de la Facultad de Ciencias, le están ofreciendo en México, pero no en la capital sino en el Liceo Francés de Chihuahua, muy cerca de la frontera. La noticia de la muerte de Maceo tardará cerca de un mes en llegar a París y el desaliento abatirá a los comensales del banquete de abril en Versalles. Marta Abreu entiende que es el momento de evitar que se empantane la revolución y decide hacerle llegar a Estrada, por conducto de Carlos, una suma equivalente a la que ya le envió, hace apenas unos días, con Nicolás de Cárdenas. En febrero del 97 se entrevistará en Nueva York con Estrada Palma. A Julio le escribe: “Estrada, como has de saber, es protestante. Hasta en el aspecto se parece a esos cuáqueros de Central Valley con los que ha convivido veinte años. Es

un hombre bueno. Quizá debería decir, más bien, que es un puritano. No un puro como lo era Martí, ¿me entiendes? Pero ha ocupado el lugar de Martí. Es el delegado de la revolución en Nueva York y hace, meticulosamente, todo lo que tiene que hacer. Recauda miles de pesos y no tiene con qué pagar la hipoteca de su casa, y todavía le devuelve a Luis Estévez lo que ellos le facilitaron para cubrir la deuda. Creo que eso lo retrata. Pero me parece que la república se ha quedado huérfana, o quizá prematuramente viuda, como anticipó Martí en aquellos versos. Con él se le fugó a Cuba el alma y el espíritu, que encarnaban en su escueta figura de hombrecillo extraño, improbable, nada más nervio y fuego. Lástima que tenía vocación de sacrificio y que se fue a inmolar para redimirnos. Porque yo no soy de los que creen que hay hombres indispensables, pero tampoco me encandila el martirio. En Dos Ríos se repitió el episodio de Byron en Misolonghi. Allí fue a encontrarse con la muerte, a desposarse con la noche: escogió la muerte que quería. Se la fue fabricando día con día. Hölderlin se fundió con la noche en las islas griegas: Martí, en la isla nuestra, o mejor, en la que él se inventó. No se olviden de la carta a Estrada Palma: 'Ya entró en mí la luz', le dijo, unos días antes de morirse. No se me olvidan esos versos que le inspiró Shakespeare: 'Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche'."

En la soleada travesía del Atlántico lo acompaña un cuaderno de dibujos a pluma de Juana Borrero que le gusta repasar a cada rato. Siempre le ha inquietado esa niña rara, tan febril y tan angustiada, cuya perezosa languidez es tan diversa de la de Úrsula, tanto más melancólica, tanto más nocturna. Un día le dijo: "Me inspira la naturaleza un odio tan profundo, un aborrecimiento tan cabal, que siento por ella una repulsión invencible: no pudo soportar el resplandor solar. ¡Cuánto más acariciante es el bálsamo de la noche, la caricia fresca de la luna!" Y después le pidió que la ayudara a internarse en los dos ámbitos de la naturaleza que sí la seducían: el abismo de la comba celeste y el abismo de las profundidades marinas. Completará una carta a Julio con un acuse de recibo tardío de la noticia de la muerte de Juana: "Durante el viaje se me ha hecho presente esa muerte que allá en París fue una noticia más. Quizá por el mar que me rodea por todas partes. La cosa es que saqué sus tintas y han vuelto a seducirme sus medusas, sus madréporas, sus corales, sus pulpos, sus actinias, sus estrellas. Ella decía que esas estrellas marinas son la prueba de que todo lo de arriba se refleja abajo, la prueba de las correspondencias en el misterio cósmico. Siempre me asustó un poco esa criatura, lo reconozco. Y me temo que era por eso, porque reconocía en ella una veta mía que prefiero mantener a raya, que me abstuve por largas temporadas de frecuentar a Esteban Borrero. Lo mismo me pasaba con Casal. Siempre me ha sido más

cómodo pensar que eres tú el de la afición por las brumas, el del corazón doliente."

El año de 97 lo pasa en Chihuahua, ocupado en excursiones con sus alumnos y en entregarle al Liceo un regular Museo de Historia Natural. Descubre, mientras tanto, las finuras y entretelas del talante mexicano, sorprendiéndose a diario de tales contrastes con el cubano, aunque su propia disposición cosmopolita y su jovialidad le faciliten la adaptación. Se cartea con Estrada Palma, con Gonzalo de Quesada, con Benjamín Guerra, y viaja con cierta frecuencia a la ciudad de México, donde representa a la revolución un tal Nicolás Domínguez Cowan, con quien coopera asiduamente confeccionando artículos para difundir los acontecimientos de Cuba, que el otro coloca con puntualidad en la prensa mexicana. Con Nicolás le gusta evocar lo mejor de su estancia en Madrid, aquellas cenas memorables que ofrecía su hermana, la marquesa de Mont-Roig, guarneciendo las tiernas carnes de un lechón al mojo de ajo o de un inesperado tasajo con malangas, plátanos y yucas aportadas por un marchante canario del mercado de La Cebada. Nada de eso se consigue en Chihuahua y a Carlos empieza a aguársele la boca con las añoranzas de una mesa cubana. La machaca norteña sustituye, mientras tanto, al tasajo criollo. Y el apetito por lo desconocido se lo alimentan tintas de Frederic Remington descubiertas en una librería cercana al Liceo, que lo incitan a iniciar otra colección, de coyotes, búfalos y antílopes, solitarios en el solitario desierto del Wild West; de vaqueros y cowboys, montando caballos broncos sobre fondos de bardas de adobe y dilatados horizontes; de guerreros navajos y apaches oteando, en una acechante tempestad, la proximidad de un fatídico destino.

Como a Chihuahua llegan el *World y* el *Journal*, que casi alcanzan el millón de ejemplares en Nueva York, puede seguir casi al día las versiones que dan Pulitzer y Hearst de lo que va sucediendo en Cuba. Pero a sus artículos pretende darles un tono menos amarillo, guiándose por las informaciones de Nicolás Domínguez y por las que le llegan de sus otros corresponsales. Es difícil ser objetivo sin parecer pesimista. Las tropas insurrectas permanecen aisladas en tres regiones, divididas por dos trochas fortificadas que son el eje de la estrategia española para impedir conjuntar fuerzas. Muerto Maceo, en Occidente se ha apagado el ímpetu, cuyas brasas son removidas sólo por el negro Quintín Banderas, rodeado de tropas hostiles, mientras que en el centro y en Oriente, cada uno por su lado, mantienen prendido el fuego Máximo Gómez y Calixto García. Gómez desconcierta al enemigo en una sorpresiva e infatigable secuencia de ataques a salto de mata en Las Villas y García ve apagarse a su alrededor el espíritu de aventura que antes condujo a los guajiros en la cauda del general Antonio. No puede arriesgarse a emprender otra invasión pero, al

menos, se da el gusto de entrar en triunfo a Victoria de las Tunas.

En Chihuahua se entera del atentado a Cánovas, víctima de un anarquista italiano, y no puede dejar de alegrarse por Cuba, donde Blanco ha relevado por fin a Weyler y se ha instalado un flamante gobierno autonómico en el que su amigo Francisco de Zayas, el hermano de Juan Bruno, se ocupará de la Instrucción Pública si lo permite, por supuesto, la zozobra de la guerra. "Es un gobierno en el limbo", le escribirá entretanto Julio. "Los recalcitrantes espantan al fantasma gritándole ¡Viva Weyler! y los insurrectos lo ignoran. Llegó demasiado tarde. La Isla está anegada de agua y no es una metáfora: ha llovido torrencialmente y se combate entre lodazales y mosquitos. A veces nos llegan a La Habana noticias del viejo Gómez, de su severidad y su exigencia; del temple de Bernabé Boza y los camagüeyanos que lo rodean; de los dichos del viejo que se hacen leyenda: que si junio, julio y agosto son sus mejores generales o que el sol de los trópicos destiñe las telas que se pintan en Europa, hablando por supuesto de la bandera de la madre patria. El Consejo de Gobierno sesiona en Camagüey y, en Oriente, Calixto García no oculta el desdén que eso le produce. También de Las Villas llegan historias, del cuartel de José Miguel, quien presume de haber juntado a las cabezas más pensantes de la insurgencia y de que en su campamento se discute el porvenir político de Cuba. Tal parece que están instalados en la Revolución Francesa, debatiendo, entre escaramuzas, sobre la Libertad y la Igualdad. Y hasta tienen quién los inmortalice, porque ahí está Armando Menocal haciendo bocetos, en el ínterin entre preparar alguna emboscada y rechazar el ataque sorpresivo de una columna enemiga. En suma, hermano, la guerra está empantanada y el hambre y la sed acosan: los españoles destruyen cosechas y hasta tumban palmares para que ni el palmito ayude a matar el hambre. Con suerte, aparece una jutía o un majá. Lo demás lo hace el paludismo y ya tú sabes lo que son esos temblores. Y de los civiles qué puedo decirte… La gente se muere por racimos en donde los han reconcentrado; los vagabundos rondan las ciudades y en Matanzas, nuestra Matanzas, donde hay miles sin refugio ni comida, las mujeres saquearon hace unos días el mercado…"

Entre tales versiones, las de sus corresponsales en el exilio y las crónicas del *World* y el *Journal*, Carlos va armando su propio rompecabezas de la situación cubana. El 11 de febrero del 98, un titular del *Journal* le parece muy sintomático: EL PEOR INSULTO A LOS ESTADOS UNIDOS EN SU HISTORIA. La primera plana difunde, en facsímil, las opiniones del ministro de España en Washington sobre el presidente, a quien no baja de débil, populachero y politicastro. "La bandera de Cuba Libre deberá ondear sobre el Castillo del Morro en una semana", concluye. Cuatro días después, hasta Chihuahua llegará

el estruendo de la detonación del Maine, en la bahía de La Habana, y se comentará que Frederic Remington, enviado por Hearst, viaja en un yate hacia Cuba.

No necesita más información para decidir que ese año volverá a la Isla. Antes viaja a la capital para entrevistarse con Domínguez Cowan. "Los americanos tienen que intervenir", opinará el delegado sin la menor duda. "Nosotros les vendíamos el azúcar y les comprábamos la carne, el harina y las manufacturas. Además, no es poco lo que han invertido y tienen que protegerlo y a nosotros nos conviene."

En otras palabras lo pone Gonzalo de Quesada desde Washington: "Los americanos están a punto de terciar. Aquí los senadores dicen que ha llegado el momento de actuar como lo exige la humanidad. Y si McKinley no lo oye, McKinley se cae y los demócratas, como presagia cierta prensa, barrerán el país como un ciclón."

No hace falta leer entrelíneas para saber que el Congreso se desliza, día con día, hacia la guerra. Le gustaría poder alegrarse sin ninguna ambivalencia. Pero algo, adentro, le hace ruido al regocijo: la sensación de imaginarse a Cuba cayendo como manzana madura, la manzana más apetecible en el paraíso de las West Indies. A Nene le dice que hay que empezar a hacer maletas y las niñas grandes se entusiasman con la perspectiva de otro viaje por mar. Nene, que vela siempre sobre la paz doméstica pregunta, extendiendo instintivamente las alas sobre sus polluelos, si habrá llegado el momento. Carlos no está dispuesto a hacerle la historia larga y sólo articula en voz alta, como si hablara consigo mismo, el final de la argumentación que ha venido enhebrando: "Para los americanos valemos 300 millones. Para los españoles más, porque se negaron a cerrar la operación." Nene no se atreve a preguntar de qué operación se trata. "Como andan cantando en Madrid, no hay oro que alcance para comprar la bandera, ni sangre para venderla. Yo siento que para los españoles es cuestión de dolor, y no sólo de honor: arrancarse la Isla del corazón les va a costar mucho. Nos han golpeado como una madrastra y ahora empiezan a extrañarnos como una madre imprevisora, incapaz de hacer nada para evitar que se le escape de entre las manos el último retoño." Entiende, eso sí, que Carlos ve muy cerca el fin de la guerra y se alegra de no tener que disimular más las ganas de cambiar la incómoda extrañeza de sentirse encerrada entre el desierto y la montaña y de poder darle rienda suelta al deseo de recuperar la confortable sensación expansiva, risueña y ligera que se apodera de su cuerpo cada vez que se permite pronunciar en voz baja: "La Habana".

En unos cuantos días, los acontecimientos previstos irán cobrando peso. El Congreso, solicitado por el Presidente, autorizará acciones propicias a garantizar el fin de las hostilidades entre España y Cuba y a asegurar un gobierno estable en la Isla. Una *Joint Resolution* del 19

de abril compromete a los Estados Unidos a no ejercer "soberanía, control o jurisdicción sobre la citada isla" y a dejar el gobierno en manos de sus habitantes. Los cubanos tienen que agradecérselo, se correrá enseguida, a Horatio Rubens, el abogado de la Junta que se precia de la amistad de Martí.

El curso escolar del Liceo termina en junio y la familia está impaciente por partir. La pequeña colonia francesa, los amigos mexicanos y los americanos, que van y vienen de Texas, despliegan tanta cordialidad y simpatía en las despedidas que les hacen sentir, como nunca hasta ese momento, que ya son parte entrañable de esa peculiar comunidad fronteriza donde se tocan las dos Américas y no faltan, en el Círculo de Amigos del general Porfirio Díaz, adictos al Partido Científico, los lazos con Francia, donde los de la Torre tuvieron la fortuna de pasar un exilio breve y bastante dorado. En circunstancias muy distintas, algo le devuelve a Carlos la vivencia de su despedida de Puerto Rico, hace más de una década. Aquí y allá va sumando pérdidas, reflexiona, va muriéndose un poquito. Todavía alcanzará a preparar una serie de artículos sobre la cultura de la Antilla grande y los vínculos con México de cubanos tan ilustres como Heredia y Martí, destacando la vocación libertaria de los educadores, alimentada en don José de la Luz, y la importancia que habrá que darle a la educación en la república por nacer. Se los deja a Nicolás Domínguez en México, de paso para Veracruz, donde se embarcará con la familia rumbo a Tampa, para acompañar a Pedrito Estévez en su boda con Catalina Lasa.

Cowan tiene información fresca. Máximo Gómez ha rechazado una alianza de última hora, propuesta por el general Blanco, para juntar esfuerzos de cubanos y españoles y oponerlos a la intervención de los Estados Unidos. "Usted representa a una monarquía vieja y desacreditada y nosotros luchamos por los mismos principios que Bolívar y Washington…" Cowan se sabe de memoria la carta, que el generalísimo ha hecho difundir. "España se ha portado mal aquí… Hasta ahora sólo he tenido motivos de admiración respecto a los Estados Unidos. He escrito al presidente McKinley y al general Miles agradeciéndoles la intervención americana… No veo el peligro de que los Estados Unidos nos exterminen… Si eso llegara a pasar, la historia juzgará …" Y acto seguido, después de un segundo expectante, añade: "¿Qué piensa usted, profesor? ¿Hay razones o no para estar eufóricos? Los cubanos siempre hemos tenido el corazón escindido, y separarnos de España nos va a dejar una herida. Ojalá que con este giro que van tomando las cosas, previsible e inevitable es verdad, la herida no tarde demasiado en sanar." Carlos no quiere inquietar más al amigo y lo tranquiliza: "No hay que ser pesimistas, al contrario. ¡Arriba el ánimo!, mi querido Nicolás, que pronto estaremos todos allá, con

muchísimo qué hacer por delante…"

En Tampa es notorio el entusiasmo y, entre aclamaciones, salen los primeros contingentes, acompañados por más periodistas que oficiales. Una enorme esfera encarnada va descendiendo en el horizonte, envuelta en un halo dorado, esa tarde en que Carlos y Nene presencian, junto a los Estévez, el embarque de tropas. Carlos necesita compartir con ellos un sentimiento profundo: "Puede parecerles cursi, pero viendo este sol que se pone y esos marinos que parten, se me representa el fin de un era. Este sol que se pone alboreó en Granada hace 400 años, cuando se extinguió el dominio musulmán, y estaba tiernísimo cuando vio salir del puerto de Palos a las tres carabelas. Ahora se está apagando para siempre el poderío de España y el sol que va a salir mañana, cuando zarpen estos barcos hacia Cuba representará otro poderío que empieza a irradiar sus resplandores. Entre esos resplandores va a nacer nuestra república. Hagamos votos para que todo sea por el bien de los cubanos." El desastre de la flota española le será ofrecido a McKinley por el almirante Sampson, unos cuantos días después, como regalo de 4 de julio.

Entre el hambre y la fiebre amarilla, Santiago se consume y Carlos se alegra de que ya no quede allí nadie de la familia, pensando en la tía Mariana, que fue a reunirse, hacía seis años, con la mamaíta Teresa. Pero rectifica enseguida. Están los Ramsden, sus primos, los hijos de Susana de la Torre y del cónsul, y se pregunta qué será de ellos. Charles le simpatiza mucho y en Santiago, después de aquella excursión a Maisí, le confesó que también él se proponía ser naturalista. En los primeros días de agosto, entre las celebraciones de boda, llegará de Kingston una noticia fúnebre. Muy activo en los primeros días de guerra, auxiliando cuanto pudo a los marinos americanos enfermos o heridos, Frederick Ramsden, con la salud ya muy quebrantada por un reiterativo padecimiento gástrico, fue trasladado de emergencia a Jamaica en el buque inglés *Alert* y falleció el mismo día de su llegada.

No se oyen demasiadas noticias joviales. Después de batirse en El Caney y en San Juan, las tropas de Calixto García no fueron invitadas a entrar en la ciudad liberada, por temor a que ejercieran represalias contra los españoles. A Demetrio Castillo, que gobernó poquísimos días a Santiago en nombre de los cubanos, lo reemplazó su predecesor colonial, y el hombre de la estrella en la frente, rebasado por los agravios, se regresó a las montañas, lamentándose de haberle regalado a Hearst una bandera descolorida pero gloriosa, llamándolo "el mejor amigo de Cuba".

En medio de los desórdenes de los últimos meses del 98, los de la Torre prefieren aguardar en Tampa la vuelta de los Estévez, que ponen en orden sus propios asuntos financieros en Filadelfia mientras Pedrito

y su mujer se instalan en el número 22 de la calle 69 en Nueva York. Las familias cubanas hacen planes para volver a la Isla, algunas después de veinte años de ausencia: los Figueredo, los Armas, los Carbonell, los Sánchez Pereira. Federico Sánchez peleó como coronel, en Camagüey, a las órdenes de Agramonte y nunca aceptó el Pacto del Zanjón. En su casa de Ibor City se hospedó Martí muchas veces cuando llegaba a Tampa y allí se discutió el programa del Partido Revolucionario Cubano. Cuanto "expedicionario" pasa por Tampa, camino de Cuba, asiste a las tertulias en ese hospitalario chalet de madera con sus mecedoras en el portal y su piano en la sala. María Luisa, la mayor de las hijas, acapara la atención, en los ratos en que todos quieren olvidarse un poco de la guerra, con sus interpretaciones de dulces melodías italianas que canta, además, admirablemente.

Entre octubre y diciembre, don Federico y Carlos siguen desde Tampa las peripecias de las discusiones que deciden, en París, la suerte de Cuba. "Quién me lo hubiera dicho hace dos años, amigo mío", apunta el científico. "Hace dos años añorábamos allí el triunfo de los nuestros. Pero nunca imaginamos, se lo aseguro, que allí donde el pueblo tomó la Bastilla se fuera a negociar, sin la presencia de ningún representante nuestro, el destino del pueblo cubano."

Federico Sánchez no abriga ninguna desconfianza porque los veinte años de exilio en ese suelo donde han nacido sus hijas se le traducen en una simpatía sin reticencias por la industriosidad, la competencia y el sentido práctico de los americanos. No ve contradicción alguna entre esa admiración y la devoción por Martí que se respira en su casa. Lillie, la más pequeña de las niñas, es la encargada de renovar, antes de que vaya a marchitarse, la rosa blanca que luce sobre una pequeña consola, junto al sillón donde solía mecerse el fundador. "Incontables cubanos hemos esperado el gran día en suelo americano", advierte con cándida satisfacción, mientras asiste, ya con cierta nostalgia, a una de las últimas celebraciones en el Liceo Cubano, donde tantas veces inflamó al auditorio el discurso ardiente del mártir apostólico y donde esa tarde María Luisa, envuelta en la bandera tricolor, encarna una vez más a Cuba Libre. ¿Habría Tratado de París si Martí no hubiera muerto en Dos Ríos? Carlos se abstiene de confundir al buen amigo Sánchez con semejantes cuestionamientos inútiles, puesto que Martí ya está muerto y la historia no podrá reescribirse.

En la casa de la calle 14 de Ibor City, donde los cubanos que preparan el retorno se reúnen esa noche de diciembre no se habla de otra cosa que de la Isla. Los españoles han empezado a evacuarla y el primero de enero se hará cargo, oficialmente, el general Brooke. ¿Por cuánto tiempo?

María Luisa se ha despojado de la bandera pero lleva anudados

entre los bucles los tres colores patrios que, casualmente, coinciden con los de la bandera americana. Habla, indistintamente, inglés y español, saltando con la mayor naturalidad del uno al otro. Tiene a mano, y los muestra orgullosamente, varios números de *La Nación,* un periodiquito que su novio empezó a circular en la manigua y que recién empieza a aparecer, impreso, en Sancti Spiritus. “Mientras en La Habana se bebe champagne al grito de ¡Viva Cuba Libre!, en Sancti Spiritus la gente sigue muriéndose con este mismo grito!”, se lee en un titular de noviembre que da cuenta de las penurias en las filas del Ejército Libertador, a caballo sobre una cuerda floja, entre la guerra y la paz. “Aquí mismo, en esta sala, Orestes me prometió: ‘Si salgo vivo de la guerra, me casaré con usted.’ Y ya ves, sigue vivo, edita este periódico y no deja de escribirme. Iré a La Habana por primera vez y será para casarme. La guerra me lo trajo. La guerra me lo quitó. Ahora la paz me lo devuelve. La vida es maravillosa.” Derrama sus confidencias sobre Cucú, la hija mayor de Carlos, todavía demasiado joven para recibir requerimientos amorosos pero no tanto como para permanecer indiferente a los que presume su reciente amiga. “Es napolitano y su padre se enroló, hace cuarenta años, en las tropas de Garibaldi. Él cruzó el océano para liberar a Cuba. ¿No te parece romántico? Lo conocí en el Liceo, en un recital de beneficencia para los heridos de la guerra donde canté dos arias en su idioma. Me felicitó por mi excelente acento y no se despegó de mí en toda la cena.” María Luisa hace un gesto peculiar, que le permite exhibir sus frondosos cabellos con regia prestancia. Luego vuelve a presumir: “Le he pedido que no se quite el uniforme de coronel antes de que yo llegue. Quiero lucirme con él en La Habana. Quiero que sea él quien me la enseñe. ¡Figúrate! Cuando papaíto y mamaíta salieron yo ni siquiera soñaba con nacer.”

Carlos escucha divertido la conversación de las niñas mientras le da vueltas en la cabeza aquel encuentro con Martí antes de la exposición de Chicago. Y de repente, el parloteo y las risas y los brindis se esfuman. A Martí, se dice, la idea del Progreso le atraía y le repugnaba y, como me pasa a mí, si algún americano le llegaba de cerca era Emerson, con su claridad pura, su visión radiante del Universo y su apartamiento del bullicio tumultuoso. Me acuerdo: “Toda la naturaleza palpitaba en él, como una desposada.” Así lo evocaba y lo emparentaba con Whitman. Sentía a Cuba como Emerson a la Naturaleza. Y él, que no pudo dejar de perseguir a la Historia, intuía que vivir era viajar entre ruinas si por vivir se entendía sólo el comercio y el gobierno y por hacer política ese prosaico oficio cotidiano de tallar en nubes. ¡No vaya yo a equivocarme! ¡Cuidado, Carlos! No te dejes extraviar. No te dejes distraer. No te dejes atrapar. Atrévete a asediar algo más que el ruido del lucimiento y la ambición.

No te dejes tentar por los secretos del poder. Importa, mucho más, el secreto de la vida. A su alrededor todos, como siempre, hablan al mismo tiempo, temerosos de permitir que hable el silencio.

Pasará todavía un mes más, y algunos días, antes de embarcar en el *Olivette* hacia La Habana. Máximo Gómez no ha asistido al traspaso de poderes, le comentará Luis Estévez durante la breve travesía, que sirve para que la proximidad de la Isla desplace con un tropel de algarabías interiores las cuidadosas reflexiones de Tampa. La Isla vuelve a llenarse de rumores. Las susceptibilidades están a la orden del día. Todo, lo pequeño y lo grande, habrá que organizarlo. ¿Con los americanos o sin ellos? Calixto García se murió en Washington, de una pulmonía, cuando fue a negociar el licenciamiento del Ejército Libertador. Al entierro no asistieron, por pundonor, los militares cubanos. Estaban molestos por la presencia, tras el féretro, del estado mayor del general Brooke. Mientras el *Olivette* se asienta en medio de la bahía, dejando atrás los sobresaltos del mar abierto, Carlos permite que un americano les tome a él, a Nene, a las tres niñas y a Carlitos una "simpática" fotografía. Un barullo inconfundible se aproxima, *in crescendo,* desde las lanchas.

“Creo que hemos llegado”
La Habana, 9 de febrero de 1899-20 de mayo de 1902

Mirando el Morro de un lado y la ciudad del otro, mientras bajan la escalerilla, trata de poner el sentimiento en palabras: “Esto que siento sólo tiene un nombre: bienestar. Hemos llegado. Ahí está el faro de todas las nostalgias. Aquí está Ítaca. Ninguna errancia vale lo que este retorno. Hay algo dulce y balsámico en la atmósfera, algo a la vez tan indescriptible y tan reconocible, tan querible …” Van a pasar los primeros días en Prado 72, arropados en la hospitalidad de los Estévez, mientras adquieren lo indispensable para habitar la casa de Prado 36, que un comerciante español ha dejado encargada a su apoderado para alquilarla mientras él y su familia deciden, en la península, si han de volver o no a Cuba. Adornos y vajillas han sido empacados y embodegados pero quedan los muebles, las lámparas, los espejos. Se cambiará, por supuesto, el amarillo con bermellón de la fachada por un blanco reluciente con motivos azul añil y pequeños toques terrosos en la cenefa que adorna la fachada del piso bajo, sombreada por un portal continuo, que permite el paso de transeúntes como en toda la calzada. No demasiado lejos, en Peña Pobre 14, vive Julio. Salvador se ha ido a Matanzas, apenas desembarcaron, porque Rosita, la madre, ya no aguanta las ganas de verlo.

Disfruta empapándose de los ruidos y los olores de la ciudad vieja, donde se conjugan sin mucho concierto dos cadencias paralelas: la de quienes siempre la habitaron y la de los americanos que, desde las oficinas y los cuarteles, pretenden imprimirle al temperamento criollo un ritmo más propicio a la disciplina del orden y el progreso. “Estamos viviendo en un curioso paréntesis”, le comenta el hermano mayor. “Con leyes de España y americanos para hacerlas cumplir. Peculiar interregno. Y ahora son los españoles los anexionistas, por aquello del miedo a las represalias. Aquí no se nota tanto, pero en el interior hay desolación y desconcierto. El campo, ¿qué quieres que te diga? Donde no quemaron los mambises quemaron los guerrilleros y todo va a haber que rehacerlo. Hay pordioseros por dondequiera. Pero la gente tiene ganas de fiesta. Aquí en La Habana se baila en todas partes. En el Prado y en el Vedado, en la Quinta de los Molinos y en los muelles, con violines y con tambores, con pianos y con cajones, blancos y negros, todos bailan como si no hubiera pasado nada.”

Máximo Gómez llegó el 24 de febrero y en las calles aplauden al viejo glorioso caballeros de punta en blanco y señoras encopetadas. Se detienen los carruajes y los peatones para darle paso a Zaino, su ya

famoso caballo, que pasea al erguido jinete mambí desde la Quinta donde lo han alojado, en el Paseo de Carlos III, hasta el mar, un día sí y un día no, en medio de una apoteosis tumultuosa. “Que se cuide el General”, sugiere Julio, “díselo de mi parte cuando lo veas. Lo están aclamando demasiado. Parece que él solo llena La Habana entera: se agolpan, le sirven de escolta, quieren lucirse a su lado y hasta las negras le besan el chaleco. En la Asamblea del Cerro, en cambio, *sotto voce* se le critica. Dile que se cuide.”

En casa de los Estévez, Carlos tiene la oportunidad de cumplir el encargo un mediodía, a principios de marzo, cuando Marta y Luis le ofrecen una comida íntima al generalísimo. El viejo sonríe. Hay celos. Hay envidias. También hay intereses. Lo que está en el tapete es el licenciamiento del Ejército Libertador. Él cree que hay que atenerse a los 3 millones ofrecidos por McKinley a Calixto García, justo antes de la pulmonía fulminante. Otros han gestionado un préstamo privado, que asciende a muchos millones más, con un enorme descuento que no llegará a manos de la tropa. Cuba, tan maltrecha, no está para endeudarse. Es su posición, y de ahí no lo moverá nadie. A Carlos le toca organizar desde la Universidad, con otros compañeros de claustro, la imponente manifestación de desagravio que desfila por tres días frente a la Quinta de los Molinos, la solariega residencia de verano de los capitanes generales, donde el viejo Gómez se aloja, escoltado por tamarindos, jagüeyes, laureles y palmas reales, cuando la Asamblea del Cerro, que representa a lo que fue el gobierno civil de la República en armas, lo destituye de su mando de General en Jefe. El anciano general, enhiesto y enjuto, de botas y uniforme blanco, recibe a una comisión, incluyendo al naturalista, entre faisanes, gallinas de Guinea y pavorreales que, en agudos reclamos, irrumpen con marciales aires de trompeta en las protestas de lealtad de los jóvenes manifestantes. En la comida se ha anudado una simpatía profunda, cargada de reconocimientos mutuos, entre el militar y el hombre de ciencia, recién reincorporado a su cátedra. “Hombres como usted no pueden darle un no a la República. Váyase haciendo a la idea, estimado profesor. La República no puede nacer enclenque. Le hará falta mucha enjundia, mucha gente de talento y no sólo los que anduvimos a caballo.” Y él le ha respondido: “El que carga mucho saco se queda zambo, mi general”. Y ambos se echaron una buena carcajada. “O, como quien dice, zapatero a tus zapatos”, se escurre el naturalista, que procura no transparentar la ambivalencia que trae por dentro.

El contacto con los muchachos en la cátedra le inyecta energía y un optimismo quizá desmesurado y sin sustento, que tendrá que aprender a contener. Irá a Matanzas a hablar con su padre: “Educación y más educación, no se te olvide, eso es lo que nos hace falta. De cada cien

cubanos, más de sesenta no saben ni leer ni escribir. A ver cómo hacemos ahora para convertir una plantación de esclavos en una república de hombres libres, de ciudadanos responsables. Yo no sé, de verdad no sé, si estamos preparados para el sufragio universal, pero cualquier otra opción me parece minúscula, indigna, deleznable." El hijo de José María Zayas, Alfredo, coincide: "¡Cuidado! Hay quien dice que sólo se peleó por la independencia, no por la libertad, y quieren alertarnos contra la democracia mal entendida. ¡Cuidado! ¡Lástima de libertadores que le tienen tanto miedo a la libertad!" Manuel Sanguily abunda: "La democracia y la libertad no son premios para los que han tenido la fortuna de educarse; son derechos innatos a todos los hombres."

No puede negarlo: le colma de vida la efervescencia que prevalece en La Habana y, mientras no deja de asegurarle a su mujer que nadie lo arrancará de la cátedra, concurre a todas las tertulias y se junta con recién llegados del Cayo y de Tampa lo mismo que con oficiales que han hecho la guerra y, con la inquietud política acicateándolos, se reintegran a olvidadas ocupaciones civiles. La gente se reúne a todas horas y en todas partes y se discute incansablemente como si, por obra y gracia del verbo, por algún prodigio, pudiera constituirse un orden dentro del caos. En el café El Louvre se habla, con idéntico énfasis, de mujeres y de otros temas igualmente candentes, sólo que de trascendencia pública. "Hay que demostrar, señores, que tenemos madurez para gobernarnos, porque estos americanos van a hacer lo indecible por volverse indispensables. No hay que ofrecerles un campo abonado con nuestras disensiones, con nuestras intrigas. Urge que nos organicemos. Lo que está haciendo falta es un partido político en serio. El Partido Revolucionario hizo lo que tenía que hacer y Martí está enterrado en Santa Ifigenia. Pero Gómez está vivito y coleando y a él hay que arrimarse."

A Carlos le sorprende oír esa recomendación de boca de su hermano Julio, que acude por las tardes al Louvre, con su *chapeau melon*, sus sacos de tres botones a la inglesa, sus chalecos haciendo juego, sus corbatas *lavallière* y su inseparable bastón, que no usa por necesidad sino por elegancia y porque le gusta apoyar constantemente en el puño de marfil la mano derecha, que luce un sobrio anillo de lapislázuli con el monograma de sus iniciales. Se viste como un dandy, padece como un poeta y le gusta posar de hombre de acción. Pero tiene que reconocerlo: es el mejor observador que conoce. Y es curioso que teniendo ese *côté* tan casaliano pueda decir cosas tan sensatas. Él no va a meterse en ningún partido, por supuesto, pero me está empujando a mí para que yo lo haga. Carlos, diciéndolo para sí, procura defenderse.

Lo único que procura Julio es hacerle asumir lo que, por su

ambivalencia, no se atreve a poner en palabras. De aquella tarde en el café salen numerosas reuniones con el Viejo y el grupo más afín de sus simpatizantes hasta culminar, el día 26, en una reunión en el Teatro Payret, que un locuaz catalán, dueño del Louvre, amigo inveterado de los cubanos e injertado en criollo, hizo construir del otro lado del Parque. Sin su presencia física, la sombra tutelar del generalísimo se hace sentir, contundente y ubicua. Está a reventar el teatro del doctor Saaverio, que por las noches recibe al numeroso público aficionado a la Opera Cómica. Todos creen tener algo qué decir: se les ha convocado para que la voz del pueblo se haga oír en la propuesta de un proyecto de nación. Los congregados se sienten con tanto o más derecho a representar al pueblo que la Asamblea del Cerro, desprestigiada por la destitución de Máximo Gómez. No alcanza Torralba, el anciano médico que preside a la heterogénea concurrencia, a hacer respetar sus llamados al orden. Todos pretenden tomar la palabra y quienes lo logran, se descalifican entre sí. Molestos o decepcionados, muchos empiezan a abandonar el teatro cuando se escucha una voz decidida y bien modulada que demanda: “En nombre de la Patria pido la palabra.” Torralba pesca al vuelo la oportunidad y solicita al público que se ponga de pie puesto que se ha invocado a la Patria. Carlos de la Torre ha saltado al escenario, desde un grillé donde estuvo observando el transcurso del acto en compañía de Luis Estévez, de Alfredo Zayas, de Federico Urbach y de su hermano Julio. La gente se ha puesto de pie y Carlos entiende que tiene que cautivar, de un solo golpe, la atención del auditorio. Se adelanta al centro del proscenio y procura decirlo todo en unas cuantas frases: “Señores: La Patria está en peligro. Ese peligro es la anexión. Hay que demostrar que tenemos con qué fundar una República libre e independiente. Una República con todos y para todos, civilizada como la quiso Martí. Hay que demostrar que no necesitamos tutelas. Que nos hemos ganado a pulso la libertad. ¡Viva Cuba libre! ¡Viva el Partido Nacional, que yo sé que va a salir de esta asamblea de patriotas! ¡Viva la República de Cuba!”

Del público sale la voz de un estudiante, José Manuel Cortina, que propone al doctor de la Torre para presidir la reunión puesto que Torralba, con la voz ya muy cascada, no logra hacerse oír en el estruendo de viento y marejada que sube de la platea. Se aprueba por aclamación y, antes de que culmine la tarde memorable, quedará constituida una comisión de veinticuatro miembros que convocarán, a la mayor brevedad, a la formación del Partido Nacional Cubano.

Julio y Carlos se abrazan y el hermano mayor bromea: “¿Así que la pequeña historia humana resulta minúscula frente a los millones de años del Universo? Veo que has caído en tu propia trampa y que, después de todo, también a ti te enamora esa pequeña historia.”

“Humanos somos…”, le responde Carlos riendo de buena gana, mientras revive sus asombrados descubrimientos de aquellas primeras clases con el profesor Jimeno. Sobreexcitado por las emociones de la reunión política y desconcertado por la noticia de que Úrsula ha enviudado, comentada casualmente por Federico Urbach a Julio hablando de Juana Borrero y de Carlos Pío, Carlos velará esa noche más tarde que de costumbre, hojeando al azar una edición muy ilustrada de Flammarion que se ha traído de París, mientras se promete comenzar al día siguiente a poner en orden sus colecciones de mariposas y caracoles que ya le han llegado de Matanzas.

El año será movido. En el Teatro Marta Abreu de Santa Clara se aprueba el programa de un Partido Republicano promovido por los antiguos compañeros de armas de José Miguel Gómez, gobernador civil de esa provincia, y la política se entrevera con paseos en la plaza, almuerzos en los ingenios y, en Cienfuegos, paseos en barco por la bahía. Luis Estévez preside el Partido Nacional desde su fundación en mayo y, en comisiones del partido, Carlos vuelve varias veces a Villaclara, para sentir que allí, como en La Habana, cada día se le infiltra en el presente algún episodio del pasado. Y, como en La Habana, se hace política hasta en las deliciosas fiestas que cada noche, bajo un cielo profusamente estrellado y abanicadas por una brisa cómplice, contagian de cierta sensualidad indolente a las ambiciones más descarnadas. De regreso a La Habana suele parar en Matanzas, donde su padre y su madre se mantienen al tanto de cuanto va ocurriendo y las hermanas solteras ejercen, como era previsible, el oficio de maestras. Allí visita a Úrsula por aquello de que donde hubo fuego queda el rescoldo, y sin que las cosas pasen a más, mantiene con ella un espacio íntimo de confidencias que le permite alimentarse de su aguda intuición femenina y recibir consejos de una perspicacia que no encuentra en los amigos. La amistad de las mujeres le es indispensable y tiene la fortuna de que se le dé, en todas sus modalidades, pródiga y generosa.

Así se va deslizando el 99, imperceptiblemente, hacia diciembre, en una indecisa transición hacia algo todavía vago que, es el sentir general, convendrá ir definiendo lo antes posible. La llegada del general Leonard Wood al gobierno interventor, que viene a caer como un singular regalo de Reyes, empieza a propiciar definiciones, unas más aceptables que otras. Llamará a Luis Estévez a la Secretaría de Justicia y a Varona a la de Instrucción Pública mientras le comunica al presidente McKinley lo imbuido que está de su misión: “Hemos venido a Cuba a enseñar a esta gente cómo se gobierna bien”. A Carlos lo han llamado para asesorar a dos pedagogos —Frye y Hanna— que llegan precedidos de mucha fama y que deciden enviar a Harvard, ese verano, a un nutrido contingente de maestros cubanos que habrán de

hacerse cargo de tres mil aulas a lo largo de la Isla. Con Varona, contribuirá a ampliar la enseñanza de las ciencias en los estudios secundarios, y a promover la difusión de aquella pedagogía objetiva que, veinte años antes, fue su caballito de batalla. Y se encargará de asegurarle a Carlos Finlay el crédito que le escatiman los americanos cuando por iniciativa de Wood, que no sólo es general sino médico, se aprovecha su descubrimiento del *Stegomyia calopus*, transmisor de la fiebre amarilla, para desterrar por fin de la Isla el temible vómito prieto.

En la Quinta de los Molinos y en casa de los Estévez se fragua el futuro inmediato y Carlos es asiduo a ambas. En las sobremesas se reafirman y se van amarrando, en amistosos acercamientos, las decisiones que se han adoptado antes, formalmente, en los conciliábulos políticos. Así se va anticipando el Constituyente de 1901, para el cual irá abriendo el camino Estévez con una obra que pone al alcance de quienes de veras cuentan los últimos avances del Derecho Constitucional vigente en Europa y en América. Para poder redactarla, prefiere dejar el cargo que le ofreció Wood y que sólo ha ocupado cuatro meses: sentar bases sólidas para la Constitución que habrá de regir a la República le parece mucho más importante. Se cae por su peso que el subsecretario Alfredo Zayas, será, y así es, el más indicado para sustituirlo.

En las tertulias que giran en torno a Máximo Gómez trasciende lo anecdótico de la actualidad inmediata esa sobriedad orgullosa que el caudillo ha hecho ostensible cuando la ingratitud y el encono han pretendido abatirlo. “No son más que apasionamientos y ofuscación”, advierte a sus más cercanos. Y todos procuran, a su alrededor, evitar cualquiera de esas debilidades y hablar de la cosa pública con el lenguaje de la virtud cívica. No es fácil mantener ese tono y, de cuando en cuando, alguien trae a colación los enredos que se hace Wood para otorgar concesiones a negociantes americanos a pesar de la enmienda del senador Foraker que lo prohibe. “Se pavimentan calles, se electrifican tranvías, se lleva el ferrocarril hasta Oriente y todo eso nos beneficia, qué duda cabe. Pero se nos está llenando el país de aventureros, que, asociados con algunos de los nuestros que tienen ojos de lince, sólo piensan en lo que van a sacar de provecho. Con el cuento del ferrocarril andan comprando tierras sin ton ni son, a diestra y siniestra, y en el interior muchos están diciendo que es el primer paso de la anexión.”

A mediados de 1900 hay elecciones municipales. Sólo votan los varones que saben leer: dos tercios de blancos y un tercio de color, un total de 260 mil almas del millón y medio que habita la Isla. Es un ensayo general. Carlos sale electo Concejal del Ayuntamiento de La Habana por el Partido Nacional, que se lleva de calle los comicios. No

tendrá que abandonar la cátedra para cumplir ese encargo y, en frecuentes viajes a Matanzas, procura convencer a Úrsula de que sólo ha aceptado por complacer al Viejo, que insiste en encarrilarlo en la política activa. Vive de cerca los preparativos de la Asamblea Constituyente y también sus tribulaciones porque enseguida se hace evidente que no sólo se trata de redactar una Constitución para la República sino de definir, en el cuerpo de ésta, las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Será un año caldeado, más que de costumbre, ese de 1901. Con antorchas sale la gente a la calle cuando se difunde la exigencia de conservar el derecho de intervención para garantizar gobiernos estables y "preservar la independencia". Gómez no quiere soltar prenda y se mantiene hermético aunque, entre los más íntimos, reconoce sus temores de que una salida inmediata de los americanos pudiera desatar la lucha por el poder entre los antiguos combatientes y conducir a una irreparable guerra civil. Carlos sigue con pesar el patético estira y afloja, las idas y venidas entre La Habana y Washington, los intentos de introducirle modificaciones, que preserven de alguna manera la dignidad de los asambleístas, a esa Enmienda que a nadie le gusta pero que va cobrando, día a día, inequívoca apariencia de ultimátum: o se aprueba o se prolongará, indefinidamente, la ocupación americana. Cada día confirma el presentimiento de que aquel optimismo desbordado que le invadió al regreso era, en efecto, desmesurado y sin sustento. ¡Qué frágil, qué infinitamente vulnerable es la Isla! Sabe muy bien que Máximo Gómez acepta implícitamente la condición ominosa como único camino realista, posible, hacia la República y, sin embargo, le dará un inmenso gusto que al final, cuando casi sin debate se aprueba la Enmienda, Salvador Cisneros, Juan Gualberto Gómez y Alfredo Zayas se cuenten entre los pocos que dicen no.

En la Quinta de los Molinos se hace evidente, enseguida, que Máximo Gómez no aceptará la candidatura pero tampoco renunciará al papel, que siente indeclinable, de Gran Elector. Ha puesto la mirada en Tomás Estrada Palma: tendrá que renunciar a la nacionalidad americana para encabezar la fórmula patrocinada por el caudillo, con Luis Estévez como vice-presidente. Carlos acompañará a Gómez, que hace la campaña triunfal a nombre de un candidato *in absentia*, en las provincias de La Habana, Matanzas y Santa Clara. Tiene la suerte de que no le toque seguirlo a Camagüey, donde los viejos patricios, todavía tercos y arrogantes, simpatizan con Bartolomé Masó, empeñado en competir con Estrada sólo porque a él lo respalda Salvador Cisneros Betancourt. Desde el balcón del Liceo oirá el General las injurias de quienes se han congregado en la plaza no para aclamarlo sino para reprocharle lo que consideran una imperdonable equivocación. Camagüeyanos fueron los que rodearon a Gómez, en la

manigua, integrando su Estado Mayor: Boza y Sánchez Agramonte entre los más destacados. Esos apellidos y otros como Recio, Varona, de la Torre suenan el día en que, escoltado por gente de José Miguel Gómez, de Villaclara, que se ha sumado a Estrada con su Partido Republicano, entra a caballo en la rancia Puerto Príncipe para solicitar, infructuosamente, el apoyo para su candidato. Cuando su padre escucha el relato, tan sorprendido, que le hace Carlos del molesto incidente, que no acaba de entender, la pesca al vuelo: "Tu abuelo Bernabé lo habría entendido muy bien. Él, a pesar de todo, siempre siguió siendo principeño."

La Isla está pariendo a la República y los partos son dolorosos y se dan entre pujidos y efusiones sanguinolentas. Carlos se siente atrapado en aquel episodio que a la vez le genera incomodidad, desasosiego y una atracción innegable. Las circunstancias se lo hacen todavía más tenso. El alcalde y el teniente-alcalde son elegidos por los concejales del ayuntamiento. En el de La Habana, Miguel Gener y él salieron seleccionados. Sólo que lo que se juega, al principiar el año de 1902, es la presidencia de la República y Gener no es partidario de Estrada —en los hechos, pues, se opone a los deseos de Máximo Gómez. Será depuesto por el gobernador civil, que milita en el Partido Nacional, siguiendo una lógica explicable pero contaminada de pragmatismo: ¿cómo podría seguir siendo alcalde de la capital alguien que apoya a Bartolomé Masó, cuando las elecciones ya son inminentes? Ocupar la alcaldía en esas condiciones no será, precisamente, una fiesta. Y, sin embargo, lo hace: le toca, legalmente, sustituir al alcalde. La admiración por el Viejo y la lealtad lo comprometen.

Lo que viene enseguida es un torbellino: la secuencia de preparativos para recibir al Presidente electo, las invitaciones, los detalles del traspaso de poderes que el gobierno civil tiene que convenir con el gobierno de la intervención y en los que mucho le toca coadyuvar, por supuesto, a la alcaldía de La Habana. Enero, febrero, marzo y abril se van volando. Es imposible no participar de la euforia que contagia a todos. El 20 de abril desembarca en Gibara Estrada Palma para dirigirse a Bayamo, su pueblo natal. Puede más la vieja fraternidad de las armas que los resabios de la contienda política: Masó, seguido de un grupo nutrido de libertadores a caballo, lo espera en Yara, donde Carlos Manuel dio el grito de independencia hace treinta años, para darle un abrazo de concordia. A lo largo de la Isla, que lo recibe con curiosidad y embullo y que él reencuentra con una emoción creciente, le regalan palmas, como si fuera Domingo de Ramos. En La Habana se pelean las facciones por la presidencia de la Cámara.

El día 20 de mayo, la ciudad amanece risueña y radiante. Hay arcos de triunfo colocados por el Ayuntamiento y una jubilosa profusión de

banderas y de flores en los balcones. La mañana es, como tiene que serlo, espléndida. Muchos visitantes han dormido, por falta de lugar en los hoteles, en los bancos de los parques. A las doce del día suena un cañonazo y, acto seguido, durante tres largos minutos, las sirenas de todos los barcos en puerto. En el Morro se arría la enseña de las barras y las estrellas y se alza la de la estrella solitaria. En ese mismo instante, en la Plaza de Armas, en el viejo Palacio de los Capitanes Generales, Máximo Gómez iza la bandera cubana. Estrada Palma y Luis Estévez juran sus cargos. Genoveva Guardiola y Marta Abreu se abrazan. Máximo Gómez, con la mirada húmeda y el gesto paternal, los abraza a todos y dice, sin dirigirse a ninguno en especial: "Creo que hemos llegado." Aquí, en la neblina, la frase resuena dos veces. El tono y el acento varían. Retumba el eco. No. No son idénticas. 1902. 1959. La voz de la experiencia dice "creo". El tono de mando no le resta modestia. La voz de la osadía es imperativa y no pone en duda nada. "Hemos llegado", dice. Máximo Gómez, tras sus gafas ovaladas, escruta la mirada desafiante del joven de treinta y un años, bello como un dios griego, que, desde una tribuna improvisada, cincuenta y siete años después, que es como si fuera hoy mismo, se apropia de sus palabras imaginando que se adueña de la Historia. Los dos se miden por un instante. El tiempo que ha transcurrido entre 1902 y 1959 los desplaza a ambos, exigiendo ser narrado.

Los ojos más tristes del mundo
La Habana, 28 de febrero de 1903-26 de noviembre de 1909

Julio sigue de cerca la incursión de Carlos en el escenario político, procurando mantener a la vez una distancia prudente, para opinar con objetividad y aportarle al hermano más querido una visión lo más aséptica posible de un acontecer que, vivido desde adentro, contradice día tras día la inclinación del científico a articular, con razonamientos rigurosos, los datos de la realidad. La realidad en la que está inmerso es caótica y cada día lo invade más una sola certidumbre: la lógica del caos rechaza cualquier propensión a ponerle orden. ¿Cuánto tiempo podrá mantener su propio equilibrio cuando lo que siente bajo sus pies es una movediza gelatina y, en casos extremos, una marisma succionante?

Mientras Carlos oscila entre el hechizo que se desprende de la actividad pública y una creciente reacción de rechazo a ceder al oscuro deseo de dejarse atrapar en el remolino de acontecimientos, intereses, propósitos e intrigas que lo rebasan, lo desbordan y le comunican un disgusto íntimo que bordea la repugnancia, Julio persiste en registrar, en un cuaderno recién estrenado, su propia percepción de las cosas. Desde hace más de dos décadas ese gesto cotidiano de confiarle a la pluma el registro de su paso por la vida le ha permitido estructurarse mejor por dentro. Sigue vigente y con más sentido que nunca, el pacto que formularon, el hermano y él, al borde de la adolescencia. El diario le fortalece, cada día, su propia columna vertebral. Y a Carlos le sirve de espejo para mirar mejor, desde afuera, los azares de la política, evitando que la carrera imparable de lo anecdótico le nuble demasiado una más amplia y profunda dimensión del tiempo, de la historia y de una cierta manera de estar en el mundo que su vocación más profunda le reclama no perder de vista.

28 de febrero de 1903. - Han vuelto a la Isla los restos de Varela y Del Monte: uno murió en Nueva York y el otro en París. Los más claros de los nuestros vivieron lejos y murieron lejos. Se debate sobre José Antonio Saco que, hace setenta años, debatía en Nueva York, con el español La Sagra, sobre la cultura desterrada. También se discute si lo del sufragio universal tiene o no sentido en un país de analfabetos. Los españoles decían que seríamos incapaces de gobernarnos y a veces pienso que tenían razón. Estrada Palma se abroquela en su medianía puritana y tiene una idea de la propia superioridad que no se corresponde con la modestia de sus alcances. Los nacionales lo llevaron al poder y formó gobierno sin tomarlos en cuenta. El único

nacional que llamó al gabinete fue Diego Tamayo y Figueredo, y ahora ya se deshizo de él, aceptándole tardíamente una renuncia verbal que ya había retirado. Al pequeño maestro de Central Valley se le ha ido el poder a la cabeza. Y los partidos se hacen y se deshacen, como las alianzas, de un día para otro. Los nacionales de Zayas no se llevan hoy con los republicanos de Méndez Capote sino con los independientes de Juan Gualberto, que ayer apoyaron a Masó contra Estrada Palma. El día de hoy acaba de fundarse un nuevo partido: el Liberal Nacional, y lo encabeza Alfredo Zayas. Los republicanos conservadores giran en torno a José Miguel Gómez, con Méndez Capote pisándole los talones. Estos conservadores, que se juntaron en Las Villas, tienen apoyos en Camagüey y en Oriente. Las pequeñas y grandes ambiciones reciben ahora otros marbetes, como antes los de integristas, reformistas o rebeldes. Los autonomistas de antier se llamaron ayer moderados y hoy se llaman conservadores y republicanos. En el Ateneo ha habido despliegue de oratoria brillante, y no siempre la etiqueta partidaria de cada cual se ha reflejado en lo que opinan. Un liberal como Zayas y un conservador como Ferrara pueden defender con idéntica pasión, por ejemplo, el sufragio universal. Y la lucidez de Enrique José Varona no le impide rechazarlo, o a lo mejor lo induce a hacerlo, por ese afán suyo, inveterado, de tener los pies, y la cabeza, bien puestos sobre los hechos positivos. Pelayo García hace política desde la Cámara y buenos negocios desde el bufete, asociado con Ferrara y Diviñó: dicen que las inversiones americanas ya rascan los mil quinientos millones.

Sigo frecuentando la acera del Louvre. Por las mañanas, para medir el pulso del día, me paseo un rato por la calle de Obispo, haciéndome un huequito para ese disfrute y procurando que no me obture demasiado el entendimiento la frialdad de los números en el escritorio de La Lonja. Por la tarde, salgo de La Lonja y doy un paseíto por el Prado y allí me encuentro a los mismos de la mañana y a otros que sólo frecuentan, con la brisa de la tarde, el Paseo. Un par de noches al mes, Consuelo y yo vamos al teatro. A distraernos con alguna zarzuela en Albisu, con una ópera cómica en Payret. La temporada de ópera grande, en el Tacón, está a punto de empezar. En tiempo de España, las grandes voces se oían aquí antes que en Nueva York. Ahora pasan primero por la Metropolitan Opera House. Ir al teatro sigue siendo el gran remanso. Nuestras bellas se lucen igual, con la mayor elegancia, en todo su esplendor. Lo más fácil es dejarse envolver en toda esta lindura, en esta leve ligereza espumosa de nuestra efervescente Habana, y decir con el joven amigo bostoniano de mi hijo Julito que nos visitó el verano pasado: *"This, sir, is paradise."*

13 de junio de 1904. - Lo de esta tarde ha sido vergonzoso. Otro sainete entre liberales y conservadores, sólo que esta vez la farsa hizo víctima a mi hermano Carlos, que ha quedado en un lamentable

ridículo. Después de Pelayo García a Carlos le ha tocado presidir, en los últimos meses, la Cámara de Representantes. Yo, que antes le aconsejé entrarle de lleno a la política y no desdeñar esta pequeña historia de los hombres tan diminuta, es verdad, si uno está acostumbrado a considerar las dimensiones cósmicas, ahora le recomendaré no seguir exponiendo su prestigio en un terreno tan resbaladizo. El asunto de la paga al Ejército Libertador es lo que está en juego.

Los pleitos entre liberales y republicanos son reiterativos: se acusan entre sí, una y otra vez, de fraude y no mienten, sólo que el fraude lo cometen todos, cuando se dan circunstancias propicias. Llevaban semanas los liberales negándose a integrar el quórum de la Cámara. Era una manera de impugnar los resultados de las elecciones de febrero (los republicanos sostienen que obtuvieron veinte actas de representantes, contra once de ellos). Pues bien, ayer invitaron a Carlos a un almuerzo supuestamente amistoso y reconciliatorio y se bebió buen vino y la sobremesa se extendió demasiado, lo suficiente como para que Malberty presidiera la sesión en ausencia de Carlos y Mendieta ocupara la secretaría. Mientras Carlos contaba anécdotas y todos se morían de risa en el restaurant del Inglaterra, ellos daban por existente el quórum y declaraban limpias todas las actas, incluso las impugnadas.

16 de junio. - Se ha armado un escándalo. Las cosas se complican. La Cámara no sesiona. Los veteranos ejercen presiones, cada día más fuertes. Exigen que se constituya la Cámara sin más demora. Estrada Palma mandó una proposición de ley que les asegura el pago de adeudos. Exigen que se apruebe ya.

5 de julio. - La solución que se propone me parece disparatada. Se revocaría el acuerdo controvertido, pero se declararían válidas sólo las actas de los representantes que hayan pertenecido al Ejército Libertador, estuvieran o no impugnadas. Como si haber sido mambí fuera una patente de corso.

6 de julio. - Hoy volvió a reunirse la Cámara después del *impasse*. La presidió Carlos, quien ha demostrado ser, en política, un inocente. Se salieron con la suya los que buscaban proclamar representantes únicamente a los veteranos.

8 de julio. - Hoy, en sesión extraordinaria, eligieron nueva mesa directiva y designaron presidente a Malberty.

11 de julio. - Carlos sigue de representante, pero ya no preside la Cámara. Para mí es un alivio saberlo fuera del ojo de la tormenta. Él está incómodo por todo lo que ha pasado, por la trampa que le pusieron y que no supo maliciar. Le he dicho que en política hay que andar protegiéndose con los cinco sentidos, y otros más si se puede, porque en ese mundillo nadie es amigo de nadie. La inteligencia que

hace falta para estos menesteres es de otro orden y si no se ha nacido con ese don de pescarlas al vuelo, con ese olfato animal, no hay nada que hacer. Yo estoy cada día más convencido de que me equivoqué creyendo que un hombre tan brillante como él, con un cerebro como el suyo, tendría todas las de ganar. Hoy sé que lleva todas las de perder.

12 de julio. - Ayer aprobaron la ley que interesaba a los veteranos.

5 de agosto. - Ayer votaron el "quórum Dolz". El quórum de dos terceras partes sólo se exigirá el primer día de cada legislatura. Se busca evitar que la minoría pueda paralizar cuando se le antoje la marcha de la legislatura. Dolz y Méndez Capote van por la reelección. Acaban de formar el Partido Moderado y están atrayendo a gente como Montoro y Giberga, es decir, los sobrevivientes del autonomismo. Quieren otros cuatro años para el oscuro maestro de Central Valley, es decir, para ellos y quienes lo rodean. Lo único nuevo en la república es que ahora es aquí, y no en Madrid, donde hay que mover las fichas y donde se entra o se sale del juego. Las familias de siempre siguen pasando largas temporadas en París, con la única salvedad de que ahora ya no se estila presumir los "títulos" porque vivimos en una república. En cuanto al presidente, es un obstinado y no creo que haya que echarle la culpa a los malos consejeros que, después de todo, no hacen más que aconsejarle lo que él quiere que le aconsejen. Yo soy de los que piensan que es un incapaz. Tampoco me abstengo de decirlo abiertamente en la acera del Louvre. A mí se me da un adarme la política y, en cuanto a Carlos nada me hace anticipar que vaya a llegar a nada por ese camino. Bien hará en salir de esa ciénaga, antes de que vaya a tragárselo.

1° de enero de 1905. - La Comisión del Programa, que habría de redactar el del nuevo partido, tan cacareado, no ha logrado ponerse de acuerdo. Por un lado la estrella entre las estrellas, Montoro, cuya oratoria no le sirvió para convencer a quienes tenían otros intereses. Y, a su lado, Eliseo Giberga, a quien tampoco le sirvieron para estas nuevas urgencias, tan "prácticas", sus viejas experiencias parlamentarias. Y Gener, quien con todo y su prosapia jurídica —a él le debemos el *habeas corpus*— tampoco logró negociar con los republicanos. Éstos, encabezados por Ferrara, acaban de anunciar que recuperan su libertad de acción y se retiran de la alianza con los moderados.

23 de febrero. - El gobierno ha perdido la mayoría en el Congreso: la gente de José Miguel, cuyo ideólogo es Ferrara, ha roto definitivamente la coalición parlamentaria. Los villareños de Gómez han sacado su manifiesto, declarando que rompen con el gobierno y se alían a los liberales de Zayas. Todo esto, mientras ya hay candidatura moderada, con Estrada Palma para la presidencia y Méndez Capote

como vice. El presidente se ha rodeado de un nuevo "gabinete de combate", dispuesto a todo para ganar las elecciones. En *La Discusión,* cualquiera puede enterarse de todo esto y, al mismo tiempo, de lo que se comió en el último banquete de Palacio, desde la *Crème d'Argenteuil* hasta la *Pomme glacée à l'apricot,* pasando por el *Orly d'huîtres,* el *Boudin de merlan,* el *Filet sauce Valois,* y la *Dinde trufée,* todo bañado por un *Sauternes Rudesheimer Berg,* un *Château Iquem,* un *Chambertin,* para brindar al fin con Champagne de *Louis Roederer.* En la acera del Louvre no falta quien advierta, sabiendo que habrá aplausos y risotadas, que la mediocridad del presidente se refleja hasta en la cocina de Palacio, puesto que ha tenido que pedirle prestado su cocinero Prudencio a Domingo Méndez Capote, quien a su vez se lo birló a Marta Abreu. Ella sí lo hizo preparar, como Dios manda, en París.

20 de abril. - Ha venido a verme Carlos. Hemos hablado largamente. Está muy decepcionado. Dice que Estrada jamás ha consultado al viejo Gómez y que se llena de celos cuando a éste lo aplauden, como pasó recientemente en el Teatro Tacón y, desde antes, cuando coincidieron en el entierro de Maceo. El apasionamiento, la exaltación, de los que ha llevado a su "gabinete de combate" es otro signo de imprudencia y de cómo se le ha subido el poder. Los "de combate" dan como un hecho la reelección y sienten que tienen a la república en el bolsillo. Se llenan la boca asegurando que, si es necesario, la "salvarán". Lo que significa literalmente, y en ello coincido con Carlos, que se prepara el fraude. Comentamos la renuncia de Luis Estévez. Vino especialmente del ingenio San Francisco para hacerle ver a don Tomás la realidad de las cosas y se regresó tan decepcionado como ahora lo está Carlos. Lo central: lo que dijo en público Máximo Gómez, el día 17, en la asamblea liberal. Que la situación es gravísima y se sienten latidos de revolución. Que está dispuesto a encabezar una manifestación de veteranos, hacia Palacio, para demandarle al presidente el cumplimiento de las leyes y el respeto a la Constitución.

20 de mayo. - Tercer aniversario de la fundación de la república y los acontecimientos políticos cada vez más desagradables. Los Estévez han optado por mudarse ostensiblemente a Villaclara, llevándose los muebles de Prado 72 a la casona que antes ocupó allá la Diputación Provincial. En tres años hemos tenido de todo, incluyendo numerosos duelos, casi todos protagonizados por Ferrara, a quien alguna vez tildaron de "anarquista elegante" y al que le gusta sentirse uno de los tres mosqueteros. Es parte de nuestro folklore. Por el asunto de la paga a los libertadores se batió con Manuel Piedra, el ayudante de Maceo, con Enrique Loynaz, tan audaz y atolondrado como siempre, y hasta con Bernabé Boza, nuestro pariente y también suyo por parte de María Luisa, que siempre le ha sido fiel al generalísimo Gómez. Los

que le llevan la cuenta dicen que Ferrara va para los doce duelos en los más variados escenarios —cafés, teatros, un periódico y hasta en medio de la calle— con todas las armas imaginables y otras más.

24 de mayo. - Ha cuajado la coalición entre la gente de José Miguel y la de Zayas, republicanos villareños y liberales. Se ha proclamado la candidatura de José Miguel Gómez para presidente y Alfredo Zayas vicepresidente. Máximo Gómez tiene su propio candidato, el general Emilio Núñez, que ha estado gobernando La Habana. Pero me parece que los acontecimientos han rebasado con mucho al anciano generalísimo, y que otro caudillo, un poco menos viejo y un mucho más astuto, que además lleva el mismo apellido, ya viene pisándole los talones. Hoy gobierna Las Villas: mañana gobernará al país.

17 de junio. - Este día ha muerto Máximo Gómez. He acompañado a Carlos al velorio.

20 de junio. - Al viejo le dio una infección en la mano derecha, de tantos apretones que recibió en los días que pasó en Oriente, moviendo simpatías para su candidato. La infección se fue extendiendo y no hubo modo de controlarla. ¡Curiosos designios del destino! Sobrevivió a todas las batallas contra los españoles y ahora se muere en una gira política y a causa del entusiasmo de sus seguidores. El entierro ha sido apoteósico, pero sin bullanga, con respeto espontáneo de la gente, eso que resulta tan infrecuente entre nosotros. Había de todo, caballeros de americana y pueblo en mangas de camisa, unos en máquina y otros a pie, todos con mucho orden. Carlos y yo lo acompañamos a pie, con Salvador y Ricardo. Iban con nosotros Julito mi hijo y Carlitos, el de Carlos. Hablamos poco. Los jóvenes, sin saber muy bien por qué. Los mayores, porque sentíamos que con esa muerte acababa de cerrarse un ciclo: el tiempo de antes, tan lleno de expectativas, tan cándido en el fondo.

Nos hemos quedado solos.

15 de agosto. - Hemos venido a Madruga, como todos los años. A Consuelo, que creció en el campo, le encanta el aire que empieza a respirarse desde que vamos saliendo de La Habana. Nena y Terina se dan gusto organizando tertulias y hasta una “compañía de teatro” con las primas, dejando en casa los deberes y, por supuesto, los calurosos uniformes del Sagrado Corazón. Aquí disfrutamos de mucha tranquilidad, de una brisa deliciosa y de las campanas de la iglesia que no repican para recordar el paso del tiempo sino para acentuar una deliciosa continuidad de tiempo detenido. Carlitos ha venido a pasarse unos días desde Baltimore, donde sigue de cónsul, después de dos años en Halifax. Julito viene los fines de semana, para encontrarse con la novia, aunque todavía no se habla de boda. Lillie, la más chiquita de las Sánchez, es hermana de María Luisa, la mujer de Ferrara, y de Fredesvinda, la de Charles Aguirre. Resulta, pues, que vamos a

emparentar con uno de los “tres mosqueteros”, como llama el “conde” Kostia a Ferrara, Villuendas y Mendieta. Tanto Ferrara como el marido de Fredesvinda viven para la política. Espero que no se le contagie a Julito, que ya entró en el bufete de Pelayo García, Ferrara y Diviñó. Por suerte, todavía está demasiado tierno para entrar en el sainete. En este refugio todo aquello parece lejano, inexistente, como una mala función de teatro para la que no hubiéramos querido comprar entradas. Todo el mundo sabe que fue a Ferrara a quien se le ocurrió quemar el Ayuntamiento de Vueltas, para impedir una de esas “visitas” que está mandando hacer el gobierno contra los alcaldes liberales. Los otros dos “mosqueteros” lo secundaron. Las cosas se están poniendo feas. El gobierno azuza a los guajiros contra los liberales.

23 de septiembre. - De vuelta en La Habana desde principios del mes. El sainete empieza a volverse drama y sólo nos queda esperar que no devenga en tragedia. En el hotel La Suiza, de Cienfuegos, mataron anoche a Enrique Villuendas quien, además de coronel del ejército libertador, era representante. Pero, sobre todo, un hombre inteligente, ingenioso y valiente. José Miguel ha renunciado a la gubernatura y, lo que es más, se retira de la contienda por la presidencia. Mi hermano Carlos, que ya en Madruga me había anunciado su decisión de dedicarse por entero a la cátedra, me lo ha reiterado con la mayor seriedad. Es un nuevo pacto que, en circunstancias muy diversas, nos reafirma en aquel que hicimos en Matanzas, cuando apenas dejábamos de ser niños. ¡Cuánta agua ha pasado, desde aquel día, bajo el puente del río San Juan!

3 de diciembre. - Hubo elecciones el día primero y, salvo los incondicionales de Estrada, se comenta por doquier la orgía de fraudes. José Miguel se fue a Nueva York, en octubre, para advertir que, sin presencia americana, no habría elecciones honradas.

20 de mayo de 1906. - Por segunda vez, con cuánta distancia de la primera, ha jurado Tomás Estrada Palma el cargo de Presidente.

20 de agosto. - De nuevo en Madruga, procurando alejarme de cuanto se fragua en La Habana, no por simpatía hacia quien obtuvo, de mala manera, la reelección, sino porque cada día siento más repugnancia por lo que nos rodea. Me acuerdo de Casal: “Tiene razón Valdivia”, me aseguraba “cuando dice que los ojos cubanos son los más tristes del mundo.” Y luego añadía: “¿Cómo no, si han aprendido a mirar contemplando el pantano?” Y se lamentaba de aquel fin de siglo en esta isla sin destino. ¡Cuál no sería hoy su desencanto! En el bufete de Ferrara, que es el de Palayo García, se fragua lo que ellos llaman “la revolución”, mientras don Tomás veranea en La Cabaña. Me gustaría compartir el entusiasmo de los complotados, pero algo íntimo, una incredulidad que no sé de dónde me viene me hace

desconfiar también de ellos. A mi hijo Julito no dejo de recomendarle prudencia, estando donde está, en el ojo de la tormenta, como antes estuvo su tío Carlos, o peor, por supuesto que peor, porque lo que ahora pueden estar jugándose todos ellos, incluyendo a Zayas, es la vida. Y ni siquiera puedo comentarlo con Consuelo, siempre tan sensata, pero tan alejada de todos estos enredos, tan oronda con lo que llama "el merecido éxito" de sus varones, tan deseosa de que las hijas se le casen bien.

24 de septiembre. - A Quintín Banderas, ese negro valeroso, que hizo la guerra y llegó a general, acaban de asesinarlo, porque no fue fusilamiento: los rurales lo sorprendieron durmiendo y lo machetearon. La noticia me ha conmovido profundamente y, por mucha que sea mi desconfianza, no puedo evitar un sentimiento de solidaridad, de identificación con los alzados. El gobierno aplica, dondequiera, la ley fuga. Un gobierno que se comporta así, aunque tuviera legitimidad, que no la tiene, merece ser derrocado. La gestión de Mario Menocal, y de otros veteranos, fracasó: Estrada Palma no quiso ceder ni un ápice. Y Varona le hace el juego, sin darse cuenta, exigiendo que los rebeldes depongan las armas y retornen a sus hogares, sugiriendo que estamos al borde del abismo. Estrada, mientras tanto, ha pedido la intervención americana y el día 12 llegó aquí el crucero *Denver*, mientras fondeaba el *Marietta* en Cienfuegos. Gobierno y oposición coinciden en algo: no somos capaces de conducirnos con responsabilidad ni, en consecuencia, de labrarnos un destino. La sombra de Casal no deja de rondar.

Mi hermano Carlos sigue en México, donde asistió al principiar este mes al Congreso de Geología. ¡Qué tranquilidad saber que se ha salido, definitivamente, de la política! Ha estado donde debía estar, con sus pares, en el único ámbito donde es posible encontrar alguna certidumbre: el de la ciencia. Le he rogado que se mantenga allá mientras las cosas se definen por acá. Lo bueno es que se llevó a Nene y a Carlitos: las hijas se quedaron en casa, sin novedad, con mi madre, que todavía tiene para rato. En Matanzas la acompañan mi hermano Salvador y su mujer, y mis hermanas. Pero cualquier ocasión es buena para darse un viajecito a La Habana o pasar una temporada en Madruga, cerca de los nietos.

29 de septiembre. - Taft ha asumido el gobierno de la Isla, sin dejar de ser secretario de Guerra. Estrada Palma no ha pensado más que en sí mismo, en su sacrosanta dignidad, en su "decoro personal". Teddy Roosevelt había comprometido a los patriotas cubanos, "conjurado" es la palabra que usó en una carta a Gonzalo de Quesada que sigue siendo nuestro ministro en Washington, para que prescindieran de diferencias y ambiciones personales, advirtiéndoles que el único medio de preservar la independencia de la república era evitar una

intervención, que habría que pensar en eso sólo como un último recurso frente a la amenaza de anarquía y guerra civil. Cuando esa carta se publicó en La Habana causó estupor, pero no evitó nada. Los alzados la interpretaron como la llave que les abriría las puertas del poder. El gobierno, como el respaldo que les permitiría no abandonarlo. La obstinación inveterada del cuáquero se mantuvo: a Taft y Bacon, que vinieron a arbitrar, y que le recordaban la existencia real de 15 mil hombres levantados en armas, les respondió que no era posible pactar con rebeldes, armados contra un gobierno constituido. Zayas mientras tanto, con la mayor habilidad, aceptaba todas las condiciones de los mediadores.

Roosevelt le advirtió que su tozudez podía traernos el desastre y la ruina y le echó encima la responsabilidad por la muerte de la república. Por supuesto que los americanos que tienen negocios aquí han metido su cuchara. Pero Estrada Palma no tiene perdón. Dejó vacante el poder: hizo renunciar primero a los secretarios, y luego al vicepresidente, de modo que su renuncia, al final, ya no admitía ninguna sustitución legal. Aunque, como último recurso, la Cámara y el Senado pudieron haber nombrado un interino. No se hizo porque prevalecieron las pasiones y la pretensión de tirios y troyanos de que la intervención americana los favoreciera. Los alzados están ahora esperando que el tiempo haga su labor y que, más tarde o más temprano, les caiga la manzana madura. Voy a escribirle a Carlos una carta larga, reproduciendo estas reflexiones, para convencerlo de que se tome unos cuantos días más —el Congreso concluyó el día 14— y aproveche para conocer mejor ese país del que guarda tan buenos recuerdos.

18 de octubre. - Desde hace cinco días está sentado Charles Magoon en Palacio y ayer nos azotó la ira de la naturaleza: un ciclón atravesó La Habana y Pinar del Río, recordándonos una vez más lo frágiles que somos. Recibí carta de Carlos, contándome del Congreso y anunciando su regreso. El primo Santiago de la Huerta, que igualmente fue como delegado de Cuba, vuelve también, él a su cátedra de geología en la Universidad. El mundo entero acudió a ese Congreso, con enorme presencia de Alemania y Austria, de los Estados Unidos naturalmente y de Francia. Los mexicanos, numerosísimos. Todo empezó en el castillo de Chapultepec, con música de la banda de Artillería, y terminó en el restaurant Sylvain, donde tampoco faltaron militares melómanos. Carlos se las arregló para no perderse las visitas a la Biblioteca Nacional, la Catedral y Bellas Artes, sin dejar de lado el Observatorio Astronómico de Tacubaya que, me asegura, es de los mejores del mundo. Hubo, en los múltiples banquetes, comensales a la altura de las circunstancias: el cuerpo diplomático en pleno y varios miembros del gabinete, invitados por un señor de Landa y Escandón,

que gobierna el Distrito Federal, y en el más solemne, por el propio general Porfirio Díaz, que lo ofreció en el Palacio de Minería. La esposa del presidente Díaz invitó a las señoras a un *five o'clock tea* en las terrazas del castillo, que luego se convirtió en velada-concierto, cuando llegaron todos los delegados e hizo su aparición el general Díaz. Carlos me hace una descripción muy plástica del grandioso espectáculo que ofrecían, desde Chapultepec, las cimas nevadas de los volcanes, dibujadas como en un grabado sobre un horizonte de azul intenso, dorado por los rayos del sol poniente. Un eminente violinista, el maestro Julián Carrillo, ejecutó una pieza clásica y un señor Moctezuma acompañó al piano a una soprano de timbre exquisito. El profesor William M. Davies, de Harvard, amigo de Carlos, habló en nombre de los delegados en el banquete inaugural, aludiendo al aislamiento, un poco triste, en el que suelen trabajar los geólogos, apartados de los demás hombres, andando entre polvos y lodos con botines desaseados y cubriéndose apenas del sol inclemente con ligeros panamás y no con sombreros de seda o de fieltro. Los congresos, dijo Davies, son remedios a ese aislamiento y oportunidades para recibir, con el halago de huéspedes hospitalarios, el reconocimiento de sus desvelos. Culminó su discurso Davies con unas palabras que a Carlos le conmovieron porque, me confesó, las sintió propias y ha querido compartirlas conmigo:

"Lo que ha hecho la astronomía por la extensión del espacio, ha hecho la geología por la duración del tiempo. Si la cara de nuestra madre tierra sonríe, como en este país tan maravillosamente hermoso, no es el sonreír de la juventud, sino de la benigna inmortalidad. Lo que ha hecho la biología por la estructura de los animales y de las plantas, ha hecho el geólogo por sus antecesores y su desarrollo. De este modo aprendimos que la muerte no es el castigo del pecado, sino que es, como el nacimiento, una parte esencial del sistema de la naturaleza sobre este planeta. Los descubrimientos de la geología no han servido solamente para enriquecernos por medio de las minas, sino que han añadido nuevas fuentes de saber al conjunto de la filosofía moderna. De todo eso estamos orgullosos, pero debemos a la vez ser humildes; humildes al reconocer nuestra pequeñez por la miseria del tiempo y el espacio que ocupamos, pero orgullosos al reconocer la facultad con que el buen Dios nos ha dotado para sondear la inmensidad del espacio y del tiempo."

Davies terminó expresando su beneplácito por los progresos inmensos que se realizan en la República Mexicana e hizo votos por la prosperidad de aquella ciudad tan hospitalaria.

No sólo hubo fiestas y discursos, por supuesto: las sesiones fueron tan sustanciosas que, según Carlos, se llenará con los trabajos y ponencias un volumen de cerca de mil páginas. Vuelve a la Isla con

una encomienda concreta: determinar si esta angosta lengua de tierra donde vivimos de milagro formó parte o no, alguna vez, de la tierra firme, es decir, de lo que hoy llamamos el continente americano.

A eso viene, y no a las efímeras y engañosas lides por los pequeños despojos del poder político, tan seductoras. A consagrarle a ese propósito todo su esfuerzo y su saber en los próximos años. *In God we trust.*

10 de marzo de 1907. - "Miguelistas" y "zayistas" se disputan el pastel, aun antes de que haya pastel, y Magoon quiere contemporizar con todos. Varona le ha escrito a Ferrara, advirtiéndole las peligrosas repercusiones que podría tener para el país ese pleitecillo de ambiciones. Ferrara le ha comentado a Julito, que es socio del bufete, que siempre soñó con ver a Cuba como una pequeña Inglaterra. ¡Ahora se da la gran vida en Europa, representándonos en la Conferencia de La Haya! Lillie recibe cartas de María Luisa, que viajó desde Nápoles. La había mandado a casa de sus padres para protegerla de la "revolución" que él y sus amigos estaban armando aquí. Le cuenta los fines de semana en París, entre el Grand Prix de Longchamps y el Fouquet. Ferrara es un italiano operístico y le encanta el protagonismo. Parece que está encantado porque un vespertino de París sugirió, en un conspicuo titular, que había un anarquista en la conferencia de la Haya. Menciona anarquistas famosos, como el geógrafo Elysée Réclus y el príncipe Kropotkine, y no le disgusta la compañía aunque añade, sonriendo, que él va de frac a los banquetes. Henríquez Carvajal, el padre de nuestro amigo Max, que preside la delegación dominicana, le ofreció una comida de desagravio y Gómez Carrillo un simpático almuerzo con literatos. A Ferrara le encanta tomarse unas vacaciones a todo lujo, cada vez que puede, en Europa, para luego entregarse de lleno aquí al ajedrez político, que le fascina. Por suerte, a Julito parece llenarle de veras la vocación jurídica, que tanto mi padre como yo teníamos, pero que por las razones imperiosas de la sobrevivencia se nos quedó en suspenso, metida entre paréntesis, aplazada. A él le tocará ser, en mejores circunstancias, lo que hubiera querido para sí, y luego para mí, su abuelo Bernabé. En el Conservatorio —que fundó hace veinte años Hubert de Blanck, viudo ahora de Ana Menocal— se reunieron los notables, me refiero a Montoro, González Lanuza y Varona que los presidió —para fundar el Partido Conservador. Supongo que fue allí por el parentesco del holandés, por su mujer muerta, con Mario Menocal.

20 de mayo. - Hoy hubo mitin en el Teatro Nacional, para constituir formalmente el Partido Conservador. Quedó Varona en la presidencia y Cosme de la Torriente en la secretaría. Se acordó invitar al general Menocal a incorporarse a la dirigencia. Mi suposición era, pues,

correcta.

21 de julio. - Los “zayistas” publican manifiestos y los “miguelistas” convocan asambleas. Estos últimos se llaman a sí mismos “liberales históricos” y el amigo Ferrara se cuenta entre ellos. Steinhart, el cónsul, y Magoon no ocultan sus simpatías por los liberales, que se van colocando con impaciencia en todas las oficinas públicas. Acaba de terminar la huelga de los tabaqueros de “Henry Clay and Bock”, que duró ciento cuarenta y cinco días. Magoon los apoyó, y hasta hizo venir a Samuel Gompers, de la American Federation of Labour. Los huelguistas han ganado y hoy han desfilado frente a Palacio para agradecérselo a Magoon. Este americano sí que se ha tomado en serio eso de enseñarnos lo que es la democracia.

Y para hacerle frente al desempleo, ha puesto a trabajar a la gente en obras públicas. Dicen que se ha propuesto construir más kilómetros de carreteras que las que hicieron los españoles a lo largo de cuatro siglos y las que se han hecho en los años que llevamos de república. También se comenta que ha favorecido a contratistas americanos en la pavimentación y alcantarillado de La Habana y en los de Cienfuegos lo cual, después de todo, era de esperarse.

31 de diciembre. - Termina un año más. La cálida presencia de mamaíta en Matanzas mantiene cohesionada a la familia, quizá todavía más desde que desapareció mi padre. Rosita y Anita contribuyen, con su soltería, a estrechar vínculos entre los varones, procurando que no nos disperse demasiado la vida. Hemos sido trece: yo, que fui el mayor, nací en 1857. Salvador, el más pequeño, nació en 1878, cuando el Pacto del Zanjón. De las hermanas, las más cercanas son ellas, las solteras, que están a la mano siempre que algo se ofrece, una enfermedad o alguna otra desgracia. De las dos casadas, la más prolífica ha sido Elena, que ya va por el octavo, casada con un hermano de la mujer de Salvador, quien también ya va para el quinto. María Teresa, que se casó con Alberto Ponce, lleva dos, un Ricardo y una Nena. Mi hermano Ricardo y María Luisa Madrazo sólo han tenido a Ricardito. Carlos y Nene, con sus tres hijas y Carlitos. Consuelo y yo, con Julito y Carlitos, Nena y Terina, porque Albertico se nos fue antes de cumplir los tres años. Los viejos nombres se han perdido: sólo hay ya un Salvador y un Bernabé, hijo suyo, porque mi hermano Bernabé Gregorio, que nunca se casó, murió antes de que acabara la guerra. Rosita y Anita guardan una miniatura de doña Nicomedes, la bisabuela, pero no recuerdo haber visto nunca un retrato de Teresita Fernández, la mamá grande, a la que conocí en Santiago de Cuba, en aquel viaje que hice con mi padre, para visitar a la familia, cuando todavía no cumplía yo los diez años. Por más que intento recordar sus rasgos, sólo alcanzo a escuchar el timbre de su voz, cuando me decía en la escalera: “No me digas mamá grande, ni

mamá abuela sino Teresita, la graciosa y la bonita." De mi abuelo Bernabé sí me acuerdo y creo que me le parezco. En casa de papá grande y mamá grande había una miniatura de Luisa Boza, pero quién sabe adónde fue a parar. Mientras estuvimos allá en la casa de Cuba nunca oí mencionar siquiera al bisabuelo Salvador, quizá porque papá grande y él nunca se llevaron. No sé por qué este fin de año me ha hecho hacer esta especie de balance. Quizá porque siento, cada vez con más lucidez y desasosiego, el paso del tiempo.

8 de abril de 1908. - Hoy cumplió años mi hija Terina, a la que pusimos María Teresa, por la mamá grande, del Carmen por la devoción que a esa virgen le tiene Consuelo y Albertina por el segundo de los nombres con que me bautizaron. A veces, por verla enfadarse, la llamo Albertina. Es mi favorita, no lo puedo negar. Le gustan los nortes, como a mí, los días de lluvia, los versos de Casal y de Juana Borrero y libros invernales, como ese de Georges Rodenbach que se titula *Brujas, la muerta.* A diferencia de sus hermanos, que después de Belén estudiaron en Maryland, ella no ha salido de La Habana y sueña con hacer un viaje. La educación de los varones era prioritaria y la agencia no daba para tanto. Ya habrá tiempo, ahora que los dos están encaminados.

15 de abril. - Menocal ya se ha dejado de remilgos y ha entrado, abiertamente, al Partido Conservador.

27 de junio. - Está en puerto el *Nautilus*, primer buque de guerra español que fondea en la bahía desde el 98. Consuelo ha querido ir a visitarlo y se le ha despertado la morriña de El Ferrol. Como ella no es de muchas palabras, no me ha dicho nada. Pero sé que está triste porque se ha vuelto más irritable y se pone brava por quítame allá estas pajas. Y regaña más que nunca a la pobre Socorro, esa gallega buenísima que primero crió a las niñas y ahora se ha adueñado de la cocina, donde ni siquiera deja entrar a Consuelo. Con el pretexto de que a Soco no le salen bien las feijoas se ha ido a meter en el fogón y quién sabe qué va a pasar.

3 de agosto. - No han salido bien parados los liberales de Zayas en las provinciales y municipales. No les quedará más remedio que juntarse con los "históricos" para ganar la grande. Esperemos que esta vez ganen de calle. Las críticas a Magoon a los cuatro vientos. Que si es vulgar. Que si es gordo. Que si dilapida lo que atesoró don Tomás. Que si ha repartido "botellas" a diestra y siniestra. Que si había venalidad en tiempo de España ahora es en grande. Que por algo, con casi cincuenta años encima, jamás se ha casado. Se dice, no demasiado *sotto voce*, que el verdadero gobernador es "invisible" y se llama Steinhart. Y es verdad que al cónsul no le ha ido mal con las concesiones. Ahora es socio del hotel Sevilla. Quienes lo conocen bien dicen que Steinhart nos desprecia y nos trata de náufragos sin

esperanzas, porque ni siquiera aprendimos, antes, a nadar.

5 de septiembre. - Este año pasamos unos días en Santa María del Rosario, porque esa virgen es la otra devoción de Consuelo y cuando me hace llevarla, como ahora, se pasa horas enteras, ella sola, dentro de la iglesia. Es verdad que la de Madruga no puede competir con el lujo sevillano del altar del Rosario. De allí a Madruga, donde ya había llegado la familia de Carlos, que se hospeda en el hotel Delicias, donde ya nos habían reservado a nosotros. Consuelo les tiene mucha fe a los baños: toda la familia va a los del Copey, anexos al hotel, y los muchachos y las muchachas se la pasan de excursiones, al Cayajabos, al Tigre, a las lagunas. Nunca hay calor en Madruga, ni siquiera en agosto, y esa humedad de tierra adentro, tan distinta a la de La Habana, también tiene su encanto. Como cada temporada, hubo estreno teatral. Con bombos y platillos se anunció *El genio alegre*, la simpatiquísima comedia de los Quintero, dirigida nada menos que por Carlos. Nena hizo de Coralito; Cucú, la hija de Carlos, de doña Sacramento y Terina de La Chacha Pepa. Chicho y Fico Maciá y Chepín Barraqué, de Julio, Ambrosio y Lucio, y el novio de Cucú, Armando Rosales, hijo de andaluces, de don Eligio. Circularon por todo Madruga un programa muy bien impreso, convocando al selecto y "consecuente" público de Madruga al estreno, el domingo 22. La compañía, "cómico-bailable cubiche" presumió de brillar (por su ausencia) en los mejores teatros de Inglaterra, España, Francia, Alemania, Rusia, China, Cochinchina, Japón, la Patagonia y Chipre. También se anunció, para pronto, la *reprise* de *El amor que pasa*, pero a sabiendas de que la temporada de baños, a punto de terminar, ya no alcanzaría para ninguna *reprise*. Estuvieron los Zayas —Alfredo y María— que son asiduos, como lo era don José María, el padre, que nació muy cerca de allí, en Macurijes. Apenas se decidió que estaría en la fórmula con José Miguel, para la vice-presidencia, sintió que podía tomarse, a cuenta del trabajo futuro, unas merecidas vacaciones. Después de la función hubo mantecados, barquillos y buñuelos en el hotel y nos hemos traído a casa una buena ración de butifarras, tamales y chibiricos, que los de Madruga son legendarios. Menocal, con Montoro para vice, ha iniciado su campaña presidencial.

20 de noviembre. - Por 200 mil votos contra 130 mil ganaron José Miguel Gómez y Alfredo Zayas contra Mario Menocal y Rafael Montoro. En casa, y en la de Carlos, estamos de plácemes.

29 de enero de 1909. - He estado al tanto, por Julito, de los pormenores de la toma de posesión. La bonhomía, la llaneza y la simpatía de José Miguel le han ganado muchísima popularidad. Nada que se parezca al circunspecto de don Tomás. Ver alejarse a Magoon en el *Maine* —nombrado así para conmemorar al que se hundió— ha contribuido, en general, a los plácemes. Dice Julito que no hay quien

se le resista a este hombre que, sin pretensiones de cultura, sabe oír, tiene mano izquierda y muchísimo talento natural.

Carlos sigue impresionado por la desaparición de Marta Abreu que murió en París, en casa de su hermana Rosa, en los primeros días del año. Una apendicitis fulminante y una septicemia. Le ha escrito una carta muy sentida a Luis Estévez y otra a su hijo Pedro, con quien sigue manteniendo una correspondencia regular. Después de la muerte de Máximo Gómez, se acentúa con ésta una sensación de que se cancelan ciclos muy significativos, irrepetibles. No sólo para Carlos. También para mí: quizás a cualquiera, desde afuera, le parecería iluso, pero siempre he sentido que voy viviendo, paralelamente, mi propia vida y la de Carlos.

7 de febrero. - Estupor ante la noticia del suicidio de Luis Estévez. Carlos, sin palabras.

15 de marzo. - Diviñó está en Justicia, Matías Duque en Sanidad y Ferrara en la presidencia de la Cámara: todos amigos —y buenos amigos de Julito, para quien se abre la gran oportunidad de encargarse del bufete, puesto que ni Ferrara ni Diviñó tendrán tiempo para hacerlo. A Carlos le piden colaboraciones para el *Nautilus* de Boston, los *Proceedings* del Museo de Historia Natural de Washington y la Academia de Filadelfia. Vuelve a sus excursiones, a la Sierra de Guane, a Paso Real y al punto donde empieza a elevarse la cordillera de los Órganos. Necesita absorberse de nuevo en su trabajo y olvidarse de las veleidades políticas, de París, de los Estévez. Lo trae obsesionado un bloque de mármol negro con una impresión perfecta de *Ammonites*. Lo encontraron, abriendo una carretera, cuando Magoon.

10 de mayo. - Hoy se está casando Carlitos mi hijo en St. Louis, Missouri, con una sureña de Cape Girardeau. Apenas lleva ocho meses como vicecónsul y ya se dejó pescar por una americanita. Se llama Lorena May Howard y, por suerte, es de familia católica. El cónsul Casasús me representará en la ceremonia, que será en una iglesia de la avenida Lafayette. Va a casarlos un reverendo Hawkins que, parece, fue compañero de estudios del padre de la novia. Vendrán a La Habana. Todos esperamos que sea para bien. Consuelo no está muy convencida, pero Nena y Terina se mueren de ganas de recibir a la cuñada.

23 de mayo. - Acaba de regresar Carlos de una excursión, la que había venido preparando, a Viñales. Me ha descrito, como él sabe hacerlo, emociones que asocia con las de Maisí, hace tantos años. Anduvo por los rumbos que recorrió Maceo en Guao y Ceja del Negro. Vuelve Carlos a ser Carlos. Esto es lo que verdaderamente le apasiona, ese contacto amoroso con la Isla que tanto le envidiaba Martí. Me describió la vegetación tropical y el paso, casi abrupto, a la vegetación

de zona templada. Entre pinares y encinos contempló, allá abajo, la techumbre de un palmerío inconfundiblemente cubano. Y, en medio de todo eso, los simétricos mogotes calcáreos en el valle y la cordillera que lo cierra. Llegó al punto que buscaba: la Puerta del Ancón. Es un abra o corte natural en la sierra por donde se abrió paso, recientemente, la carretera. La dinamita ha puesto al descubierto rocas antiquísimas. Algunas son redondeadas y se pueden abrir en dos partes. La gente de los alrededores les llama jicoteas. Carlos exclamó entusiasmado: "¡Esas jicoteas son las que vengo yo buscando!" En cada uno de esos cantos rodados se advierte, clarísima, la impresión de un *Ammonites.* La existencia del jurásico en Cuba está comprobada, me asegura. Y enseguida algo le ensombrece la mirada: está con Pedrito en los baños de La Bija, cerca de Cruces y del ingenio Dos hermanas, y se tropieza, como si allí hubiera estado esperando su visita desde la alborada de los tiempos, con un *Ammonites.* "Me parece estar viendo la expresión del hijo de Marta cuando le expliqué de dónde venía el nombre de estos cefalópodos de la era mezozoica, con su bellísima estructura espiral: cuando le hablé de Zeus Ammón, del dios solar de los egipcios, de Alejandro que lo veneró, de los antiguos cultos a dioses de la fecundidad… ¡Dios mío! ¡Parece que han pasado años luz desde aquel mediodía en Las Cruces!"

5 de septiembre. - La visita de Carlitos y Lorena May, recién casados, sirvió para que Julito acabara de decidirse: anoche tuvimos boda en El Ángel, esa iglesia que para mí está llena de bonitos recuerdos, de cuando vivimos ahí tan cerca, en Peña Pobre 14. Ahora nos hemos mudado a la calzada de San Lázaro, para estar más cerca de Carlos, que ha dejado el Prado para irse a vivir al Malecón. Julito hará carrera. Ha hecho sus pininos como penalista, con éxito, y él dice que eso le gusta, pero los negocios del bufete están por otro lado y, con las relaciones de Ferrara, los clientes del Norte llueven. Por Julito firmaron como testigos Carlos mi hermano y el propio Ferrara, como era natural, además de Pelayo García. Por ella, entre otros, Matías Duque, que ahora está en Sanidad pero que se ha dedicado a la triste y generosa tarea de estudiar y aliviar a los enfermos de lepra. Hoy *El Heraldo* menciona en primer lugar, entre las señoritas presentes, a la hija de José Miguel, Manuelita. La boda fue a las nueve y media de la noche, como ahora se estila, y después hubo cena y brindis en casa de los Sánchez, que da frente a la bahía. Había un cielo espléndido, muy estrellado, como le gusta a Terina. Como ya no hace tanto calor y todavía no empiezan los nortes, las ventanas abiertas dejaban entrar una brisa exquisita. Lo mejor de anoche fue que prevaleció la amistad y se olvidaron las facciones. No faltaron los Dolz, los Loynaz ni los Méndez Capote, aunque por supuesto hubo mayoría liberal. Nena y Terina, encantadas con sus amigas, Belencita Sell, Chichita Iglesias,

Hortensia Reyes Gavilán, las Alfonso, las Recio, Amelia Solberg, “todas las niñas de Tejadillo”. Y sus amigos, los Maciá, los Barraqué, los Villoldo. Hubo danzones, valses tropicales y habaneras. Hoy me he levantado ligerísimo, despreocupado, feliz, como queriendo hacer borrón y cuenta nueva.

26 de noviembre. - Enrique Loynaz se lanza, en *El Mundo*, contra lo que llama “el pillaje nacional” y habla del pulpo “que tiende sus tentáculos en la sombra”. La compañía del central Chaparra traerá familias suecas y noruegas para fomentar la inmigración blanca, como si no hubieran entrado ya más peninsulares que durante todo el tiempo de España. Diviñó dimitió, lo mismo que Matías Duque. En menos de un mes nos han zarandeado tres ciclones.

Un dato curioso
La Habana, 5 de enero de 1910-9 de agosto de 1915

5 de enero de 1910. - Hay nubarrones en el cielo de los liberales: mucho se ha criticado el arresto del director de *La Prensa* y de un caricaturista, por injurias al Presidente. No tardó, pero el incidente dejó mal sabor de boca. ¿Dónde quedó la bonhomía de José Miguel? Carlos salió para Villaclara ayer. Lo invitó Ricardo, que está de superintendente en Santa Clara, para dar conferencias sobre educación en Sagua. Como siempre, me buscó antes de irse: "Pienso en esas montañas de Remedios como en una tierra de promisión. Sé que voy a encontrar lo que busco." Eso me dijo. Lo que lo atrae es que ningún naturalista se ha metido a la sierra de San Juan de los Remedios. Me habló de documentos muy antiguos, que registran visitas a las cuevas de Taguayabón, donde se encontraron huesos de animales que nunca fueron identificados.

15 de enero. - Su proverbial simpatía le ganó el acompañamiento, en las excursiones, de una joven nombrada Columna, pedagoga, hija de Antonio Rojas, quien le ofreció su casa y le prestó, como acompañantes, a esa muchacha y a otro varón, llamado Pedro. De allí salieron para Caibarién, donde vive otro Rojas, y donde obtuvo detalles sobre los fósiles de Ambrosio Valiente, los de Taguayabón. Topó con informadores entendidos, que lo condujeron primero a Yaguajay y después a Mayajigua, donde el capitán Manuel Urrutia había encontrado huesos. De allí hasta Aguada, donde dio con un tal Socorro Pérez, hecho a vivir en el monte y conocedor de sus secretos, como que hizo la guerra a las órdenes de José Miguel. El entusiasmo de mi hermano contagiaba a la comitiva, que crecía conforme iba avanzando a "la tierra de promisión". Subieron veredas difíciles hacia Las Llanadas, entre vegetación exuberante, hasta llegar a una planicie muy feraz situada entre las dos sierras: la de Jatibonico y la de Matahambre. En Las Llanadas les obsequiaron un espléndido almuerzo criollo, todo procedente de la misma finca. Luego fue cosa de abrirse paso con machetes y saltando entre peñascos. La comitiva, siguiendo a Carlos, que se dejaba guiar, se dirigió paso a paso hacia las casimbas. Allí el agua, me cuenta, está casi a flor de tierra. Tuvieron que descolgarse por un barranco muy escarpado, casi quince metros de paredes verticales, con apenas tres de separación.

En el fondo había una capa de sedimentos. "La hubiera tomado por turba", advierte "de no saber que la verdadera turba no se forma en estas latitudes." Escarbaron en aquellos sedimentos quizá milenarios y

así fueron apareciendo, uno por uno, huesos, dientes fósiles y, por fin, lo que mi hermano ansiaba encontrar: las uñas del *Megalocnus*.

Se les hizo noche y hubo que volver al poblado más próximo, donde a falta de luz eléctrica los alumbraron cientos de cocuyos que parecían celebrar, con su lucerío, un hallazgo que hará historia en los anales de la ciencia.

Apenas hemos podido hablar después de su retorno a La Habana, pero jamás lo he visto más transportado por un descubrimiento. Me asegura que antes de un año quedará restaurado el esqueleto, ahora que las garras vienen a completar lo hallado antes: huesos y mandíbula.

Así ha quedado comprobada la existencia en Cuba de un mamífero de grandes dimensiones, correspondiente a la fauna pleistocena americana. Como semejante animal no pudo haber atravesado el mar, sino algún istmo o comunicación terrestre, no cabe otra explicación que la aventurada hace años por Poey: la unión de Cuba con el continente americano en esa época geológica.

27 de julio. - Todo el mundo habla de los discursos en la Cámara: no hay duda de que vivimos en tierra de oradores. En los pasillos se urden las componendas y en los escaños se bordan las palabras floridas. Entre la simpatía de José Miguel y las fiorituras de quienes hablan por él en la Cámara, ni quien se acuerde del “olor a chivo”, como han dado en llamar a las corruptelas.

Entramos, es verdad, al Progreso. Habrá teléfonos, se limpiará la bahía y desaparecerá la vieja estación de Villanueva, entre el Payret y el Tacón, para que el gobierno disfrute de edificios modernos. También hay, por ventura, otra Habana. Esa acude puntualmente a la Sociedad de Conferencias, donde Jesús Castellanos nos ilustra sobre Rudyard Kipling y Rodó; Néstor Carbonell sobre Martí y Lugones; Sánchez de Fuentes, el marido de Patria Tió, la hija de Lola, sobre Casal, y Max Henríquez Ureña sobre mi admirado Rodenbach.

También han invitado a González Lanuza, a Varona y a Carlos, para disertar sobre ética, sobre leyes y sobre ciencia. No falta, por supuesto, el caro amigo Valdivia, el ubicuo Conde, tan ingenioso como siempre.

15 de septiembre. - Carlos ha acudido a la Universidad para dar cuenta, allí donde debía hacerlo, de su descubrimiento. Luego, para un público quizá menos docto pero más generoso, en la Sociedad de Conferencias. Yo, que lo conozco tan bien, me di cuenta de la impresión que le hizo la llegada de Úrsula Urbach al salón del Ateneo. Entró cuando la conferencia había empezado y no le importó atravesar toda la sala para ir a ocupar el único lugar vacío en la primera fila. Parece que el tiempo no pasa por ella. Tiene más aplomo, por cierto, y sus mejores rasgos se han acentuado. No conozco otra mujer tan infinitamente segura del encanto que irradia. El “doctor La Torre” —

como suelen decirle— se turbó visiblemente (para mí, por lo menos). Tuvo que hacer una pausa para disimular la emoción. Luego retomó el hilo y se dedicó a deslumbrarla. Nene, por suerte, no estaba.

17 de septiembre. - Veinte años después de muerto Poey, nadie lo pone en duda: Carlos es su heredero. "Él me enseñó a leer en el gran libro de la naturaleza", suele decir. Ya le he recordado a Jimeno, que fue quien intuyó esa curiosidad insaciable que él ya traía y la supo encauzar, a la vez, hacia las humanidades y hacia la ciencia. Por mucho que Poey tenga más estatura visible, no hay que dejar en el olvido al caro maestro de Matanzas.

La alusión a Poey en ambas conferencias estaba, es verdad, muy justificada. Fue el primero que tuvo en sus manos un fósil de ese *Megalocnus,* "uñas grandes", cuya existencia confirma ahora Carlos. Un sabio de Filadelfia, coetáneo de Poey, lo denominó *Megalocnus rodens.*

Todo eso ocurrió antes de que los naturalistas se vieran obligados a interrumpir la exploración de los montes y las cuevas de la Isla que se empaparon en cambio, durante diez años, con la sangre de muchísimos patriotas (y, añado, de muchos peninsulares). Carlos evocó todo eso, y el agotamiento en que vino a quedar el territorio tras el esfuerzo desgastante de la Guerra Grande. Hizo memoria. Empieza a recordar el pasado con añoranza: señal inequívoca del paso del tiempo, esa tentación de hacer a cada rato la autobiografía. Al volver de Puerto Rico, en 1886, le tocó clasificar huesos del *Myomorphus cubensis Pomel* (la otra denominación del *gran perezoso)* y del *Crocodilus pristinus Leidy,* su inseparable enemigo. Pero la guerra estalló de nuevo y hubo que aplazar, para mejor ocasión, las investigaciones.

Sin embargo, prevalecía el convencimiento, entre los naturalistas, de que los restos hallados en tiempos de Poey eran una prueba irrecusable de que la Isla de Cuba había formado parte, *in illo tempore*, del continente americano.

Hasta que surgió la nota discordante: la suspicacia de Weyland Vaughan en 1901, con el argumento de que se habían mezclado en una caja llena de fósiles de Honduras otros "supuestamente" cubanos. El americano desconfió, explicó Carlos con humor, de "la habilidad de La Torre para determinar fósiles de vertebrados", y prefirió dudar. "Si Mr. Vaughan, durante su breve estancia en Cuba en 1901, se hubiese dignado enterarse de quién era La Torre, como lo hizo en esa misma época el presidente de la Academia de Ciencias de Filadelfia…" Me divirtió oírlo referirse a sí mismo en tercera persona, con tanta suficiencia. Pero estuvo bien que pusiera en ridículo al presuntuoso geólogo de Leonard Wood. Cerquísima del sitio donde hizo Vaughan un corte geológico para negar la existencia del periodo jurásico, fue a encontrar Carlos, hace unos meses, esos *Ammonites* semejantes a los de

Mazapil en México, que son característicos del terreno jurásico.

El hallazgo, ahora, de las esperadas garras del arcaico poblador de nuestros bosques más remotos en el tiempo no ha sido casualidad ni capricho de la suerte, sino obra de una fe y un entusiasmo perseverantes. El congreso de México sirvió para alimentarlos, hasta que se le volvieron deseos vehementes que por fin, este año, ha podido satisfacer.

Se me antoja que esa vehemencia que hoy le permite confirmar que Cuba no fue siempre una isla tiene implicaciones que trascienden el saber paleontológico. Muchos han pretendido atribuirnos una condición excepcional, una especie de "destino manifiesto", como si ser Isla fuera, más que un inconveniente, un privilegio. Algo que nos señalaría alguna misión excelsa, como la de volvernos algún día reino de Utopía, una palabra que después de todo es bastante ambigua. La he buscado, primero en un diccionario y luego en ese curioso *Libro de los Lugares Imaginarios* que me regaló Terina. Utopía: a la vez un sitio de maravillas y un territorio que no se encuentra en ninguna parte. Una especie de limbo, aislado del mundo por el capricho de un gobernante que la convirtió en isla abriendo un canal en el istmo que la unía con el continente. Hay algo de angustioso, de asfixiante, en esa insularidad paradigmática, en ese querer fijarnos como sino el encierro entre muros de agua. Pero cuidado, Sancho, que te estás poniendo metafísico…

15 de octubre. - Santo de Terina. En Galathéa, de Noélie y Carolina, elegí para ella un par de abanicos y unas *aigrettes* para el sombrero que se ha mandado hacer con la sobrina de Arnault Récalt, que acaba de instalarse también en la calle de O'Reilly. Como la imagen de Casal, me ronda la debilidad de Esteban Borrero por su hija Juana. ¡Qué fortuna que a mi Terina no le acechen esas sombras del alma que enfermaron a Juana!

Con Carlos, a casa de Lola Tió, donde nos encontramos con dos Manueles, Sanguily y Márquez Sterling. Yo me incliné a coincidir con la desconfianza de Márquez. ¿Qué nos espera con un pueblo que no sabe leer y unos políticos que desprecian la cultura?

Sanguily y Lola siguen idealizándonos. Carlos me comentó en un aparte, mientras ellos disertaban: "Parece que estoy oyendo a Martí, que nos inventaba un dechado de virtudes. Tienen razón los jóvenes, que intentan despertarnos de ese sueño. La colonia nos dejó infiltrada una enfermedad del espíritu: o nos invade la melancolía o rebajamos todo lo que es valioso, con el pretexto de evadir solemnidades…"

2 de noviembre. - Carlos en Austria, para asistir en Gratz a un congreso de zoología. Antes de que termine el año irá a Estocolmo, a otro de geología, donde dará cuenta de los *Ammonites* de Viñales y el *Megalocnus* de Jatibonico. Ahora, de vuelta a Cuba, pasará por Madrid

para ser recibido, como socio correspondiente, en la Sociedad Española de Historia Natural. Significa algo para él, porque allí se doctoró y empezó su carrera de éxitos. Aunque también allí salió de su vida visible, aunque no de su corazón, Úrsula Urbach.

El hijo de Martí, interino en la jefatura del ejército.

7 de abril de 1911. - Cumpleaños de Terina. Compartió felicitaciones, esta tarde, con Chepín Barraqué: a su padre acaban de designarlo en la cartera de Justicia. A la cabeza de los veteranos, Salvador Cisneros Betancourt y Cosme de la Torriente. Los usan de figurones. Lo que quiere la mayoría es cobrar su participación en la guerra. Pretenden que el Concejo de Veteranos pese más que la Cámara. Antes quisieron excluir del gabinete a quienes no lo eran. Ferrara se pasea por el Prado con un bastoncito que lleva a la manera inglesa, bajo el brazo izquierdo, jactándose de haberle resuelto el problema al Presidente y, de paso, de haber sacado a la república de otro atolladero. Como es su estilo, entre media docena de duelos con arma blanca.

3 de agosto. - Nena y Terina pasaron unos días en Varadero, en casa de Belén Sell, antes de venir a reunirse con nosotros aquí en Madruga. A Terina le encantan las casas de madera a la orilla del mar y esas sillas de tablones que llaman Adirondacks, que la gente suele bajar a la arena para ver mejor la noche. Se trajo un cayajabo que le haré montar en un arillo de oro, para que lo use con la cadena larga que era de abuelita Teresa. Comían a mediodía canastadas de sardinas fritas y cada noche había, en alguna casa, danzas, habaneras y danzones. Mi madre llega mañana, para pasar la temporada con las dos familias, la de Carlos y la mía, y se trae a los mayores de mi hermano Salvador. Al amanecer y al ponerse el sol paseaban por la playa. Habla de una intensa sensación de libertad, frente a la inmensidad del mar. Salía con una canasta de pan para las gaviotas y veía pasar, a lo lejos, barcos y bandadas de patos de la Florida. No hace más que inventar viajes. Las noches de Madruga, cuajadas de jazmines y galanes, le parecen más íntimas y recogidas, más tibias, apaciguantes. “Son sabrosas, papá, como el boniatillo hecho en casa.” Nena deja la academia de Luisa Chartrand para entrar al Conservatorio. Su oído musical está siempre despierto: a ella el mundo le habla a través de los sonidos y hasta ha compuesto una pequeña melodía con el canto de los sinsontes y las calandrias. Cuando llegan los amigos, es ella la que se sienta al piano y Terina la que no deja de bailar.

25 de diciembre. - La nochebuena, deliciosamente fría, porque entró un norte y huele a invierno. El árbol, aromatizado con aceite de pino, nos transportó a un bosque nórdico. Hasta la sala, con todas las persianas abiertas, llegaba el olor a mar. Consuelo se metió con

Socorro en la cocina, desde temprano, para dirigir el relleno del pavo, con castañas, ciruelas y menuditos. Soco ha aprendido a sazonar el lechón al estilo nuestro, con mucho ajo y naranja agria, desde la víspera, y a sazonar los frijoles negros, con todas la especies, el vinagre y el azúcar. Carlitos pasa estos días con nosotros, con su linda pero un tanto sosa Lorena May. Julito y Lillie estuvieron primero con Ferrara y María Luisa. Consuelo no perdona la misa de gallo y Lillie, que practica, como sus hermanas, la Christian Science, no va a misa: cenaron doble, un poco allá, antes de las doce, y luego con nosotros, cuando volvimos de misa.

Por la tarde, Terina me había acompañado a las compras, mientras Nena y su madre cascaban nueces y avellanas. Volvimos cargados de turrones, higos españoles y dátiles de Esmirna, sin olvidar por supuesto los *marrons glacés* que ella adora. A Consuelo le trajimos Alvariño, jamón gallego y ese queso de tetilla que tanto disfruta y le hace evocar las vacas rubias que pastan cerca de la ría. En casa de Récalt me habían separado unas botellas de Gewurztraminer, al que me he aficionado. Arnault ponderó un buen rato las cepas de Alsacia, advirtiéndome que la más fina es la *riesling,* que produce un vino seco, de gran clase, casi verde pálido, mientras que el Gewurztraminer es más fuerte, almizclado, con más cuerpo. Pero en gustos no hay nada escrito. No quiso cobrarme un *foie* trufado que, aseguró, era el indicado para el sabor intensamente afrutado del vinillo. Para el lechón ya llevábamos un tinto español, pero también nos obsequió un par de botellas de un Borgoña que resultó espléndido. Brindamos por un buen año de 1912 con champaña *Clicqot* que trajo Julito. Consuelo brindó también para que nos den nietos el año venidero. Me siento afortunado por tantas cosas disfrutables que nos ha ofrecido la vida. No importa que mi afán de terminar Derecho no se haya cumplido: Julito es ya un gran abogado. Carlitos se encamina en la carrera consular. Nena, tan disciplinada, se levanta y se acuesta en el piano. Terina se pasa los días leyendo a Verlaine, a Shelley y a Rubén Darío. Es la soñadora de la familia. Salió más a mí que a Consuelo. Mirando hacia atrás, celebro que el matrimonio, y la familia, me hayan sosegado tan generosamente las penas del alma.

Mi hermano Chavito, que vive en el Cerro porque allí está la escuela donde enseña, ha venido hoy con su mujer, y dos de sus hijos, a visitarnos. Nos reímos mucho oyéndolo contar las historias del circo donde trabajó cuando la familia lo mandó con Carlos, a México, para que no se metiera aquí en los líos de la revolución. Su suegro tiene un negocio de tabaco en rama en la calle de Maloja. Su suegra, de apellidos alemanes, nació en Charleston, Virginia. La mujer de Chavito, María Luisa Callejas, en Nueva York. Le ha heredado los ojos azules, de su ascendencia germana, al pequeño Salvador, que apenas

cumple dos años. Mi hermano Chavito es veinte años más joven que Carlos.

Otro año que se nos va.

14 de febrero de 1912. - A Julito lo tratan muy bien en los diarios donde tiene vara alta Ferrara, a quien Dolz llama "el domador de fieras", por sus modales suaves, que no le impiden, cuando se propone dirimir situaciones complicadas, hacer restallar el látigo. Sigue la agitación de los veteranos. Julito me comenta que Ferrara renunciará a la presidencia de la Cámara si José Miguel no respalda a Zayas, que busca la presidencia, pero de la república. Hace cuatro años, Zayas le dio todo su apoyo.

1° de marzo. - En efecto, presentó Ferrara su renuncia, quizá para lograr lo que sucedió: la asamblea nacional del Partido Liberal se reunió especialmente para pedirle que la retirara. Astuto, como siempre, el napolitano.

7 de abril. - Los restos de las víctimas del *Maine* fueron embarcados hacia Tampa. Se ha constituido la asamblea nacional del Partido Conservador. Varona lo preside. Están Dolz y Montoro, Lanuza y Desvernine, amigo de Julito a pesar de que las trincheras son opuestas. Menocal buscará la presidencia; Varona, la vicepresidencia.

16 de abril. - Han nominado a Alfredo Zayas como candidato del Partido Liberal.

22 de mayo. - El día 20, aniversario de la república, se alzaron los negros, con Estenoz e Ivonet al frente, en Guantánamo. Aquí en La Habana algunos han entrado en pánico. Como si un destino fatal fuera, por fin, a cumplirse. Lo cierto es que nos pasamos un siglo temiendo que llegara el día. Hace cinco años que fundó Estenoz un partido "independiente de color" y hace dos que se prohibieron los partidos formados con base en el color de la piel. Pero siguió el malestar, porque muy pocos de los que se fueron a la manigua han podido abrirse paso. Y aun los pocos que han llegado, salvo Juan Gualberto, que tiene amigos numerosos y al que casi todos respetan, tienen que soportar que no inviten a sus mujeres a las fiestas de Palacio.

No dejo de acordarme de haberle oído contar muchas veces a mi padre, que en paz descanse, la tragedia de Bruno, el negro del abuelo Santiago, a quien le habían fusilado al suyo, junto con Plácido, en aquel horror de La Escalera.

22 de mayo. - Vamos a pagar, por mucho tiempo, el pecado de habernos vuelto, en los últimos cien años, una burbuja de esplendor flotando sobre una ergástula.

3 de junio. - Muchos siguen alarmados, pero la verdad es que no hay por qué. Se trata de una protesta armada sin armas. Sin embargo, los americanos han desembarcado tropas en Daiquirí, con el pretexto

de proteger sus minas y sus ingenios. Los alzados andan en la sierra, enmontados, y sólo de vez en cuando bajan para cansar a la gente de Monteagudo en una que otra escaramuza.

17 de julio. - El episodio de la revuelta negra no ha durado ni dos meses: hace 15 días cayó Estenoz, cercado por un pelotón al mando de un teniente llamado de la Torre que, me felicito por ello, no es de la familia. Y hace apenas dos días asesinaron a Ivonet, cobardemente, después de hacerlo prisionero y cuando lo conducían a Santiago. El responsable: un oscuro teniente con fama de sanguinario. Mientras, Carlos viajaba a Harvard para recibir el doctorado Honoris Causa. Es curioso comprobar cómo coinciden, en el tiempo y en el espacio, sin tocarse, destinos tan opuestos. El pergamino de Harvard, en latín, es un reconocimiento a quien ha revolucionado la historia geológica de Cuba. De alguna manera, ese destino estaba escrito en una secuencia de siglos, como lo estaba también, en un fatum de siglos, el ominoso destino de dos descendientes de esclavos que pelearon junto a los blancos en la manigua pero no pudieron descargarse del fardo de un agravio centenario que traían en la sangre. Carlos tiene un gran amigo en Harvard, Thomas Barbour, enamorado de esta Isla nuestra tan llena de luz y de sombras.

10 de agosto. - A Matanzas, donde declararon a mi hermano hijo predilecto. Mamaíta encantada, orgullosísima. Aquí en La Habana, sendos homenajes en la Universidad y la Academia, donde han puesto su retrato en el Salón de Sesiones, junto al de Poey. Abundaron los amigos literatos, que lo consideran de la cofradía. El hermano de Úrsula le ha dedicado un soneto. Espléndido panorama de la ciudad y del mar desde la colina. Pedro Henríquez, el dominicano, me lo mostró comentando, con extrañeza, que el color de este mar habanero tan encrespado se parece al del mar de Bretaña.

Un nubarrón en el horizonte íntimo del más querido de mis hermanos: la muerte, súbita, de Úrsula Urbach. Por suerte ocurrió después de Harvard. Pero había pesadumbre en su talante, en todos esos honores que siguieron. ¡Qué arbitraria es la vida! Va a sobreponerse pronto. Es su temperamento. Pero ahora le reprocha a la vida y se reprocha a sí mismo. Y a Úrsula, por la imperdonable falta de tacto de morirse tan a destiempo. “A mi mujer la quiero mucho. Podría decir, si no me avergonzara la cursilería, que la amo. Pero de Úrsula estuve enamorado y eso es algo de lo que uno no se recupera nunca. Hubo amoríos, antes y después. Pero donde tocó Úrsula no tocó ninguna. Querer mucho y estar enamorado son dos sentimientos bien distintos: uno tiene que ver con el cariño, la lealtad, los hijos, una vida compartida. El otro con la pasión, que es algo imponderable, inexplicable, más allá de todas las palabras, de todas las razones y las sinrazones. Cuando se siente eso por alguien no hay nada que hacer:

es inescapable. Quise defenderme con el trabajo, con la política, con el éxito. Quise mantenerla a raya con la distancia. Me asustaba demasiado. Cuando la sentí tan cerca, cuando me encontré tan confortable a su lado, cuando empezó a hacerse imprescindible, salí corriendo. Siempre salí corriendo. Fui tan estúpido que renuncié a lo más importante, a lo más intenso, que me ha sucedido en la vida. Nada, nada, te lo prometo, es comparable siquiera a eso. Una vez, sólo una vez, ella me reprochó que los hombres fuéramos tan cobardes. Ahora, esta muerte suya tan inoportuna, tan intrusa, tan inesperada, me disminuye. Me arranca un pedazo de alma. Me deja mutilado." Rehago en la memoria sus palabras y a lo mejor algunas son de mi cosecha. Pero, en esencia eso fue lo que me dijo. Y yo sólo acerté a responderle: "La muerte es tan inexplicable como el amor. Se resiste, igualmente, a las palabras: siempre es inoportuna, siempre es intempestiva."

19 de septiembre. - José Miguel se ha prendado de la silla presidencial. Juró mil veces que no buscaría reelegirse y, con razón, nadie lo creyó. Ha querido reelegirse pero, como una de sus virtudes es conocer a los hombres —suele jactarse de saber estudiar en los hombres lo que otros estudian en los libros— ha tenido que rendirse a las evidencias: hoy por hoy, la mayoría liberal —en esto todo es veleidad— está encaprichada con Zayas. Zayistas y conservadores —que postulan a Mario Menocal— se disputan, en el Teatro Nacional, el aplauso del público. Y no es metáfora. La política es un teatrico —a veces tragedia, a veces farsa, a veces circo— que pretende pasar por "el gran teatro del mundo".

4 de noviembre. - Monteagudo, desde el ejército, inclinó las elecciones en favor de Menocal. El propio Julito me ha comentado que Ferrara no lo ha visto con malos ojos, aunque públicamente apoya a Zayas, y que todo ha sido un enjuague, con la venia de José Miguel, para evitar que Alfredo llegue a donde acabará por llegar. Palabras de Ferrara: "¡Qué lamentable! ¡El general Monteagudo nos abandonó!" Y se ha lavado las manos. Le insisto a Julito en que se mantenga, hasta donde es posible, al margen. Hay que contar con una buena dosis de cinismo para hacer carrera política. Y prefiero que mi hijo no la tenga.

28 de febrero de 1913. - Nuestro ministro en México, Márquez Sterling, ha llegado en el crucero *Cuba,* acompañando a la esposa de Madero, a sus hijos y a los familiares de Pino Suárez. Gracias a su gestión oportuna están aquí, a salvo, los deudos de esas dos víctimas de la política, el presidente y el vicepresidente de México, asesinados en la Ciudadela por Victoriano Huerta. Un gesto limpio en medio de tanta porquería. Me aterra que Julito camine por la cuerda floja, tan cerca del poder. Por mucho que pretenda preservarse, el poder tiene un lado oscuro que acaba por ensombrecer a quien anda cerca.

Se prolonga el inviernito. Siguen los nortes. Es una fortuna que en la manzana de enfrente sean muy pocas las casas de altos, lo que nos permite ver el mar desde el balcón y, espléndidamente, desde la azotea. Como yo hacía en Matanzas, Terina se sube a la azotea para leer en paz, sin que nadie la interrumpa, por largas horas: me ha confesado que le estimula la sensibilidad el aire de mar.

Reanudo mis visitas a la acera del Louvre, sin eternizarme, porque hay quien no se despide hasta la medianoche. Yo suelo marcharme cuando suena el cañonazo de las 9. Entre los jóvenes más inteligentes, Max Henríquez, quien suele venir a casa con su hermano Pedro. Ellos y algunos más —sobre todo Tirso Mesa y Otto Bluhme— me preguntan por Terina y le mandan recuerdos. Me distrae esa charla ligera de los muchachos, aunque también me hace sentir que aquí todo, incluyendo la cultura y la moral, está prendido con alfileres. Ellos nos tildan de pesimistas a los que pasamos de los cincuenta. Los que frecuentan los portales del Inglaterra son de lo mejorcito. Hay mucha más frivolidad entre tanto nuevo rico que ha hecho su agosto entre buenas zafras, la lotería, negocios con los americanos y la generosidad del Tiburón que, como dice el dicho, "se baña pero salpica".

Aun entre los liberales "bien", se insinúa que con José Miguel "subió la cachaza". Los conservadores se congratulan hoy de que pasó a mejor vida el gallito liberal trepado en el arado. No se puede negar que el gallito les redituó a los liberales el apoyo de tantísima chusma aficionada a las peleas de gallos. Y hasta de los ñáñigos, que veneran al gallo y se identificaron con el emblema.

29 de mayo. - Subió Menocal. Me pregunto si va a manejar el país como el central Chaparra. Sus partidarios presumen de que es la plantación más grande del mundo. Ha sido un gran gerente de los intereses americanos, ni quien se lo discuta. Con razón lo sienten uno de los suyos. Con él está Varona. En torno al monograma que luce su papel de carta se lee un lema: "Me hundo en la arena y escribo en el viento". En italiano y citando a no sé quién. El escepticismo de nuestro filósofo no lo resguarda, sin embargo, de la tentación del "servicio público". Carlos reconoce que esa tentación es un canto de sirena. Él, que ha oído ya el canto de esas sirenas, tiene razones para saberlo.

15 de agosto. - Ferrara ha seguido presidiendo la Cámara pero Julito, quien por breves lapsos ha sido su secretario particular, vuelve al bufete. Parece que ya se ha puesto de acuerdo con Menocal, insistiendo en que abran las puertas del gobierno para hacendados, colonos y banqueros. Hasta ahora han predominado los abogados y los médicos. La República estrena su tercer presidente, ingeniero y graduado en Cornell, después de un maestro de escuela severo y de un

caudillo jovial, sabio en el arte de seducir al *popolo*.

1° de septiembre. - Julito viaja, por negocios de bufete. Esta vez había también otro motivo: en Maryland se reunía la generación que salió de Rock Hill en 1902. Viene entusiasmado de los reencuentros y los balances: algunos han tenido más éxito que otros y él se cuenta entre los afortunados. Lo disfrutó mucho y le vino bien para revivir aquellos días despreocupados, cuando los primeros vagidos de la república recién nacida ni siquiera le inquietaban. Por suerte, a pesar de estar metido en la baraúnda, sabe poner, entre el acontecer político y su persona, cierta distancia, gracias a una buena dosis de sentido del humor. Carlitos, ahora cónsul en Nueva Orleans, nos escribe encantado de la molicie sureña que tanto, dice, se parece a la nuestra. Su mujer, todavía más feliz de estar en su elemento. Nos invitan, a Consuelo y a mí, a pasar una temporada con ellos, y describen hermosos balcones de hierro forjado y parques rebosantes de azaleas, de camelias y de magnolias. A Consuelo es difícil moverla, como si el viaje desde El Ferrol le bastara y le sobrara para el resto de sus días. Pensar en desprenderse de La Habana no le produce ningún placer sino, al contrario, una ansiedad que, cuando más se aproxima la fecha de la partida, se vuelve muy angustiosa. Así hemos suspendido tres veces la visita a Carlitos. Sale poquísimo de casa, salvo para acompañarme al teatro, que es su única debilidad. Los mimos italianos, que hacen temporada en el Payret, le han gustado tanto que los hemos visto dos veces, aunque el programa no ha variado.

15 de octubre. - Una deliciosa tarde de sábado, boulevardeando por Obispo y San Rafael, en compañía de mi hija Terina, que adora irse deteniendo frente a cada vitrina y examinarla hasta el último detalle. Mientras Nena sale siempre con su lista, proponiéndose buscar ciertas cosas que tiene muy definidas en la cabeza, Terina sale de tiendas con la fantasía abierta, y con una disposición festiva a dejarse tentar. Nena casi nunca encuentra lo que esperaba y Terina vuelve a casa cargada de paquetes. Además, en el camino va juntando amigos, que se disputan el gusto de aligerarle el peso. Como todos frecuentan la acera del Louvre, y los conozco bien, no me cuesta seguirles la corriente. Hacía mucho fresco y la luna, llenísima, era un deleite. Como las tiendas abren los sábados hasta las diez, y no pasan coches para beneficio de los transeúntes, esas calles, llenas de comercios atractivos, se vuelven salones al aire libre, donde circula a pie toda La Habana elegante. Nuestra pequeña ciudad tiene duende y respira por todos los poros. Es risueña y parlanchina, como me imagino a Sevilla, con la ventaja que nos da, por añadidura, el mar. Mis mejores días son éstos: cuando me olvido de todo y me dejo llevar por el duende, me dejo envolver, no le opongo ninguna resistencia a la ligereza. De cuando en cuando hay que hacerlo: hay que entrar en el baile. Hay

que permitirse sentir y disfrutar La Habana.

8 de noviembre. - Lo bueno del año para quienes aprueban la mano dura: se han acabado los salteadores de caminos (a todos les aplican la ley fuga). Lo malo: niños que desaparecen, según *El Diario de la Marina*, por prácticas de negros brujos. Por lo demás, las señoras están de plácemes, porque nunca habían sido tan elegantes las fiestas de Palacio. Por fin, aprueban, hay un *gentleman* en la presidencia. Igualmente aplaudido su lema de "Honradez, Paz y Trabajo". Capablanca le ha ganado a Edmund Lasker el campeonato mundial de ajedrez. Por cierto que Ricardito, el único hijo de mi hermano Ricardo, anda noviando con la hermana de José Raúl, Clemencia. Como se la pasa bromeando, no deja de buscarle las pulgas a Carlos, presumiendo de que por fin vamos a emparentar con una gloria de Cuba. Varona se ha dado cuenta de que una cosa es hacer campaña política y otra gobernar. Su afán de no ensuciarse las manos lo ha llevado a abandonar la presidencia de los conservadores. Porque, argumenta, un partido debe pretender algo más que colocar en cargos públicos a sus paniaguados. Como nunca, en efecto, las oficinas se han llenado con amigos y parientes del presidente. La difusión que le da el *New York Herald* proyecta muchísimo sus opiniones. Ferrara se luce, debatiendo en la Cámara.

14 de diciembre. - Empieza a circular *El Heraldo de Cuba*, creación de Márquez Sterling. Ferrara anuncia crisis en las filas liberales. Y, por supuesto, se propone como componedor. Para no ser menos que las grandes potencias europeas, ya podemos presumir de anarquistas que anuncian, para el día 28, una asamblea en Güines.

24 de febrero de 1914. - Cosme ha sustituido a Varona. Ha muerto el marqués de Santa Lucía. Dos veces, en la Guerra Grande y en el 95, presidió a la República en armas. Muere siendo senador por Camagüey. Una reliquia de la vieja Cuba, "la otra Cuba" que también se va al panteón como dice, invocándola con nostalgia, Pedro Henríquez Ureña. Ya ni quien se preocupe, en la familia, por la parentela de papaíto Bernabé. Pero Cisneros y Betancourt eran los apellidos, por línea materna, de Salvador de la Torre y Luisa Boza, sus abuelos. Si mal no recuerdo.

25 de marzo. - Hay peste bubónica en La Habana; se clausuran varias manzanas de casas y un establo, en la calle Figueras, donde anidaron las ratas.

8 de mayo. - Hoy se habló en la Cámara a favor del divorcio y es la comidilla en la acera del Louvre. Unos se escandalizan: otros aplauden. Nos modernizamos. Carlos Manuel de Céspedes se va a representarnos en Washington: las cepas antiguas siguen en pie. A pesar de todo vuelve Desvernine, el amigo de Julito, a la Cancillería.

15 de julio. - Por desacuerdos con Menocal renuncia González

Lanuza, quien presidió la Cámara después de Ferrara.

18 de agosto. - Con Carlos a Matanzas, para los festejos del centenario de Milanés. Sus versos melancólicos, no lo olvidamos, seducían a mi padre.

29 de agosto. - Las instituciones son las personas. Quienes las crean, las encabezan, les dan substancia. Y aquí nada tiene *visos* de consolidarse y perdurar. Todo luce efímero. Malentendidos, intrigas, renuncias, crisis… Primero Lanuza, ahora Cosme de la Torriente quien, como hace poquísimo Varona, deja la presidencia del Partido Conservador. Y eso que presumen de ser los viejos puntales: las columnas sobre las que podría descansar la suerte de la república. Fragilidad por todas partes. *El Heraldo* esparce otro rumor: Menocal pactaría con Zayas para formar nuevo gabinete. ¿?

21 de diciembre. - Un norte, que devino tormenta, entró con ímpetu de huracán. Se llevó barriadas enteras de casuchas precarias.

10 de enero de 1915. - Varona, que sigue siendo vicepresidente a pesar de la renuncia a encabezar el partido, ha dejado caer palabras lapidarias en la Academia: "Cuba republicana parece hermana de Cuba colonial…" No hemos domeñado al monstruo, nos reclama, y acusa a los gobiernos —sin excluir a éste, del que forma parte— de incompetencia, nepotismo y corrupción. En el corazón de esta ciudad bulliciosa, señala con tono admonitorio, hay demasiadas fortunas improvisadas y demasiados palacios de nuevos ricos que ayer no tenían tras qué caerse. Lo dice con suma elegancia, la misma con que sabe pensar. Otra voz que seguirá clamando en el desierto. Los aludidos, impertérritos.

14 de enero. - Después del raz de mar, que inundó el Vedado, han inaugurado con bombos y platillos un hipódromo que se llamará "Oriental Park", quizá por nuestra afición a los lujos orientales.

20 de enero. - Comité reeleccionista de "amigos del general Menocal". Anarquistas españoles deportados.

10 de marzo. - Muertes de peste bubónica y crímenes de brujería.

8 de abril. - Visita de Julito y Lillie por el cumpleaños de Terina. Que no hay de qué preocuparse. Que los liberales de José Miguel y los de Zayas van a acabar por reconciliarse.

22 de abril. - Vuelve Ferrara a la Cámara, gracias al apoyo conjunto de los liberales de ambas facciones. Tenía razón Julito. Con él y su mujer, al estreno de Tita Ruffo, en el Nacional. El operístico napolitano nos incluyó, a Consuelo y a mí, en esa celebración de su vuelta al ruedo.

5 de mayo. - Hoy cumplo 59 años. Me siento lleno de vida. A Carlos le ha tocado la gloria. A mí, un papel discreto de observador, entre bastidores, que no me disgusta. Dice Carlos que es otra manera de ejercer la curiosidad científica. Me siento cómodo. La vida no me ha

tratado mal. Me paso las tardes con mis clásicos españoles y las noches con los franceses del fin de siglo, los que tanto compartía con Casal. El hijo de Martí, jefe del Estado Mayor. A su padre no lo leo tanto como quizá debiera. A veces disfruto mucho, cuando me caen en las manos ciertos artículos suyos sobre arte o sobre literatos de ambos mundos. Ferrara ha comprado *El Heraldo de Cuba.* Sigue mediando entre los liberales.

10 de junio. - Julito enfermo en Nueva York. Tos incisiva, ahora con sangrado. Ya aquí ha pasado por otros episodios semejantes, sobre todo cuando le acucian por un lado la política y por el otro el bufete, que es el pan nuestro de cada día. Ahora, malamente, el viaje no lo ha salvado de que le aflore el malestar. Lo está asistiendo su propio médico, Iglesias, al que convenció de que se tomara unas vacaciones con su mujer y lo acompañara a Nueva York. Ahora es él quien le aconseja que se tome unas vacaciones y no vuelva a La Habana sino ya recuperado. Terina me está convenciendo a mí de ir a hacerle compañía, un par de semanas, a Julito. La mujer, como es tan rara, y pretende curarse y curarlo con la lectura de la Biblia, no soporta que el médico le recete medicamentos y no hace más que interferir. Es el propio Iglesias el que insiste en que hace falta mi presencia para evitar que ella se imponga. ¡Es tan débil mi Julito! Tiene una delicada naturaleza, física y espiritualmente hablando. Con Lillie, prefiere ceder antes que hacer una escena y evita suscitar discusiones.

8 de julio. - Lo de Julito ya se ha prolongado demasiado y una junta de médicos que convocó Iglesias allá ha decidido operar. Será un cirujano que fue compañero de Iglesias cuando hacía su internado en Bellevue. Él estará presente. Me explica que ya es una práctica corriente intervenir para tratar cavernas tuberculosas. Nada festiva la ocasión para un primer viaje, pero aquí no se trata de escoger ni voy en ánimo de paseo. Irá Terina conmigo.

20 de julio. - Los amigos de la acera del Louvre me regalaron un cinturón de Jorbard, sabiamente calculado, al parecer, para que los intestinos no le hagan cosquillas al diafragma. Eso evita, dicen, las arqueadas y el vómito si hay mareo en alta mar. La verdad es que no estoy para bromas y esta gravedad intempestiva de Julito me trastorna. La Ward Line tiene salidas hacia Nueva York los miércoles y los sábados. Viajaremos el próximo miércoles. La agencia, cuyo gerente es amigo, me ha asegurado una inmejorable ubicación de los camarotes. Navegaremos cuatro días y medio en el *Olivette.* Terina, entusiasmada, piensa más en la aventura que en la enfermedad de su hermano.

Jueves 26 de julio. - Mucha gente joven a bordo, en compañía o no de parientes. Casi todos entusiasmados por *the scenery, so rich, of this delightful country*. Llueve. La travesía me devuelve, sobre todo cuando

estoy a punto de dormirme y cuando despierto, imágenes de aquella otra hacia Santiago, con papá, para visitar a los abuelos. Ahora es una hija mía la que viaja con su padre, y el padre soy yo. Me parece contemplar desde afuera mi propia vida y percibo, como pocas veces, el paso del tiempo. Yo tenía entonces menos de diez años; ella tiene, ahora, dieciocho. El capitán nos invitó anoche a su mesa. Una deferencia. Uno de los oficiales muy solícito con Terina. Hay un piano y se turnaron otro oficial y un pasajero americano para que los demás jóvenes bailaran.

Viernes 29. - Hay más vaivén de día que de noche. El oficial, nacido en Atlanta, dice que nuestra isla es *the sentinel of the Mississippi: the gem of the American Seas.* El mar, veleidoso, es una maravilla. En medio del océano uno también leva anclas. Es una delicia flotar en la intemporalidad: así el paso del tiempo, que se me viene a la mente con las imágenes de aquel otro viaje, no lo percibo como un agravio sino como un dato curioso. Terina me obliga a prometerle un viaje, el año próximo, a Europa. Volviendo a la experiencia del barco: uno se mece, literalmente, sobre una isla, libre de ataduras. Parece irreal la enfermedad, la operación. Y La Habana y sus pequeñeces políticas distantes y casi ajenas.

Sábado 30. - Mañana desembarcamos. Terina entusiasmada, ávida de caminar Manhattan. Anoche, su oficial interpretó "La bella cubana" de White y no dejó de buscarle, embelesado, la mirada. Ella halagada, se dejaba cortejar, con una sonrisa insinuante, de arcángel prerrafaelita. Los cubanos intercambiamos direcciones en Nueva York y promesas de no perdernos de vista. La operación, según cable que llegó ayer, todavía sin fecha.

Domingo 31 de julio. - Nos han servido a cuerpo de rey: ostras, entremeses, una cabrilla y un pargo finísimos, en la cena a las seis de la tarde. Cada amanecer, café o chocolate en el camarote, al despertar. Luego desayuno a las 10 de la mañana; lunch a la una, con ensaladas y alguna langosta o cangrejo moro y, siempre, muy buena *patisserie* y helados. Cuentan, los vapores de la Ward Line, con espléndido sistema de refrigeración. Las señoras y las muchachas, con blusas marineras por las mañanas y *canotiers* de pajilla para el sol, que pica mucho en alta mar. Para la cena, casi todas de gasa blanca o crema, a cual más elegante. La vida es bella, como le gusta decir, con absoluta convicción, a mi querida Terina. Ella que suele leer tanto, se reserva un par de horas para algunas páginas de *Thaïs* —le gusta mucho Anatole France— o de *Jean Cristophe,* que está a punto de terminar por segunda vez. Por lo demás, no hay modo de aburrirse abordo, entre los juegos en cubierta, la música y el *flirt.*

Lunes 10 de agosto. - Hemos atracado cerca del *France* y del *Aquitania*. Nuestros recientes amigos aseguran que no hay como un

paquebote francés para hacer la travesía del Atlántico; se come y se bebe espléndidamente. El único francés a bordo nos describió los encantos de un crucero a través del Mediterráneo en el *Pierre Loti*, que se ha ganado la reputación de transportar a una elite apasionada por las culturas antiguas y que, por primera, segunda o tercera vez, desciende en Palermo, en Alejandría, en Corfú, en Rodas, en el Pireo. Mi hija, ávida de mundo, me ha sacado todas las promesas. La tos no acaba de dejarme en paz.

3 de agosto. - Alojados en el Waldorf Astoria, en la esquina de la Calle 33 y la Quinta Avenida. Sorprendente ciudad, que lo atrapa a uno desde el primer momento. El *roof garden* del Waldorf, de noche, un sueño. Desde un jardín colgante, muy discretamente iluminado, entre cascadas y fuentecillas, uno puede contemplar la profusión de luces más impresionante del mundo. Lo dice el prospecto del hotel y, aunque no tengo puntos de comparación, no hay por qué dudarlo: la noche neoyorkina es mágica aunque, por supuesto, nos priva de las otras estrellas, las del firmamento. Pasamos buena parte del día al lado de Julito, quien no ha perdido el buen humor y no parece a punto de someterse a una operación. Insiste en que Terina se pasee y en que yo la acompañe. Con Iglesias, hemos almorzado en Delmonico y anoche autorizó a Julito a acompañarnos al Metropolitan para escuchar a Caruso, con Lucecia Bori, en *Martha.* Hemos caminado la ciudad de arriba abajo y de este a oeste y me siento un poco fatigado. Durante la función de anoche me vinieron molestos accesos de tos, que me obligaron a abandonar la luneta varias veces. De día hace tanto calor que uno suda mucho, si pretende caminar. Más que en La Habana. Dan ganas de tomar agua helada sin parar. Creo que me insolé esta tarde, durante la visita a la Estatua de la Libertad que, debo reconocerlo, merece el esfuerzo. Imponente, en medio del oleaje y con el escenario majestuoso que le sirve de trasfondo.

7 de agosto. - Todavía no programan la operación. Julito nos ha presentado a Sosthenes Behn, con quien anda en tratos Ferrara para una compañía telefónica. Muy simpático. Mi hijo parece recuperarse. Puede que ni siquiera tengan que intervenirlo. Nos ha recomendado Behn no perdernos varios edificios, como el Crown, el Edison y el del New York Central Railroad: tres de esos soberbios monumentos al dinero y a la técnica que denotan la avidez de esta ciudad-isla por apoderarse del cielo. Hemos cruzado el puente para contemplar de nuevo la imponente línea dentada de edificaciones que arañan la comba celeste. Una es la impresión a la llegada, un poco grandilocuente, casi sobrecogedora. Después de haberla explorado, y vista desde Brooklyn, casi parecería humana. Entre Brooklyn y la isla, el gigantesco puente con sus arcos góticos. Ha dejado uno detrás el hormiguero del Lower East Side, pero todavía resuenan en los oídos

lenguas y acentos insólitos que evocan la torre de Babel. Nos recomendó bien Sosthenes Behn no quedarnos con las sutiles exquisiteces del Waldorf y pulsar también, un poco, el otro Nueva York, el de los inmigrantes de ayer y de hoy. Dicen que a Ellis Island la llaman "la isla de las lágrimas" y que es lo más parecido al Juicio Final que alguien puede encontrarse en este mundo: allí se decide si esos cientos de hombres, mujeres y niños que han llegado de todos los confines de Europa tienen o no derecho a entrar en el Paraíso. Es una ciudad deslumbrante y cruel, jubilosa y oscura. Se me ha venido a la memoria una frase de una vieja lectura, algo de un autor norteamericano cuyo nombre se me escapa: "Somos los herederos de todos los tiempos y con todas las naciones compartimos nuestra herencia". Palabras más, palabras menos, aflora en el recuerdo algo que sólo hoy cobra sentido para mí. Recuerdo más: imaginaba un nuevo jardín del Paraíso donde habrían de reencontrarse todas las tribus del hombre. Un paraíso de acero y de ladrillo; de esplendor y de miseria, es verdad. Nos explica Julito que aquí desprecian a los católicos, irlandeses e italianos, por iletrados y por pobres. Los menosprecian, sobre todo, porque saben que han salido huyendo de alguna hambruna allende el océano. Parece que los irlandeses se han juntado con los demócratas, porque los republicanos no los toleran, y hoy se reclutan entre ellos los policías, pero también los políticos de Tammany Hall. Aunque se burlan de su acento, por lo menos hablan inglés.

Esta es una ciudad joven, al lado de nuestra vieja Habana: apenas en los 1600 remontó el río un tal Hudson, inglés a sueldo de los holandeses que, habiendo llegado antes, llamaron al lugar New Amsterdam. Había avanzado mucho el siglo XVII cuando los ingleses se apoderaron de la factoría y la llamaron New York. Julito dice que el lema de esta Isla de Manhattan es: *Trust in god and get rich.*

Hay que reconocer que la ciudad irradia una energía, acumulada en apenas dos siglos, que es sumamente contagiosa: se siente uno invadido, impregnado, por esa fuerza que desprende este conglomerado irrepetible de arrogancia y penuria, fealdad y belleza, todo en niveles superlativos. El calor es insoportable. También el frío, me advierten. Me gustaría volver en otoño, cuando el viento y la lluvia barran las calles de todo el polvo que ha depositado el verano. Hay demasiada gente en la calle y todos andan demasiado de prisa. Un dolor en la espalda me empieza a molestar. Ya lo tuve en otras ocasiones. Espero que pase pronto. Ayer volví a insolarme. También empieza a dolerme, mucho, la cabeza. Iglesias ha venido y me ha recetado.

9 de agosto. - No pude tomar la pluma ayer. No tuve ánimo. Llevo dos noches tosiendo, ahora con flemas espesas y amarillas. El jarabe

de amapola que recetó Iglesias apenas me alivia. He tenido fiebre alta y escalofríos y un dolor lancinante en el pecho, que se vuelve insoportable cuando intento toser, y no puedo dejar de toser. Hasta el punto de tener que levantarme, para oprimir el pecho con las dos manos, y darme el lujo de toser. Terina no se despega de mi lado. Sólo ha bajado un momento, para comprar en la farmacia de enfrente poción de Laennec, por indicación de Iglesias. No deja de refrescarme la frente con mis pañuelos, humedecidos en agua de colonia. Le he venido a aguar el viaje y me siento desolado. Julito, gracias a Dios, fuera de peligro.

Un prestigio fúnebre y el rumor de la vida
Nueva York, 12 de agosto de 1915-La Habana, 3 de octubre de 1920

"Mamá querida": Terina inicia una carta que no está segura de poder escribir. El servicio de pompas fúnebres ha preparado el cadáver para su traslado a La Habana. El rostro parece casi el de un hombre dormido. Hay algo irreal en esa muerte fuera de contexto. Escribe sobre la cubierta de piel roja de un escritorio de palisandro, en una salita anexa al vestíbulo del hotel, donde se siente a la vez en privacía y acompañada por el rumor del parloteo de huéspedes y visitantes. Huye de la helada soledad de la habitación, donde ha quedado clausurada la puerta que comunicaba con el cuarto de su padre, ocupado ahora por una pareja de alemanes a quienes nadie ha enterado de que el huésped anterior acaba de fallecer en un hospital.

Iglesias se ocupó de enviar dos cables: uno a Consuelo; el otro a Carlos. A Julito, delicado, lo operarán en tres o cuatro días. Ese acontecimiento, piensa, entra en otro orden de cosas, porque el lugar donde se encuentra colocada es el lugar de la muerte y todo lo demás sale sobrando. Un prestigio fúnebre, casi podría tocarlo, la rodea. Julito, nadie tiene que asegurárselo, no morirá en esa intervención. Un inexplicable rencor se apodera de ella, como si esa sobrevida del hermano se alimentara de la muerte del padre. Para conjurarlo, se obligará a hilvanar un relato minucioso de los últimos momentos: "La tos empezó en el vapor, pero luego desapareció. Volvió, sí, después de aquel viaje en ferry para visitar la Estatua. El sol aquí puede ser despiadado y papá había olvidado el sombrero. Pudo comprar uno antes de embarcar, pero ya saben ustedes lo cuidadoso que era con su aspecto y con su atuendo. Prefirió ir descubierto a usar el que le vendía un italiano, escandaloso en exceso y bastante desastrado, en el muelle. Fue esa noche cuando volvió a toser. ¡Qué incómodo se sintió en la Ópera, teniendo que levantarse a cada rato por causa de la tos! Él, que es tan elegante, tan atildado, tan cuidadoso con los buenos modales… Me doy cuenta de que no puedo escribir *era*. De vuelta al hotel sintió dolor en la garganta y le lastimaban las articulaciones. Se había pasado la noche tosiendo. Le puse el termómetro y tenía fiebre alta. Las flemas, primero espesas y amarillas, luego fueron rojizas, rayadas de rojo, sanguinolentas. Empezó a delirar. Me confundía con abuelita Rosa. Me decía mamaíta. Preguntó, varias veces, cuándo llegaría Carlos. Y repetía algo incomprensible: 'El pacto, yo lo he cumplido… yo lo he cumplido…' Me pidió su cuaderno y lo apretó

contra el pecho, con las palmas abiertas, como si fuera un libro sagrado. Pensé que las manos se le pondrían rígidas y no supe qué hacer. Quería quitárselo y rescatar para la vida algo tan suyo, eso que cada día necesitaba poner ahí, afuera de él, en palabras. Deseaba que no se perdiera y una voz me advertía que no tenía derecho. Pero pudo más el deseo de conservarlo. Me alegro de tenerlo aquí al lado, junto a mí, porque es una parte de él que se queda conmigo, con nosotros. Las he leído muchas veces. No sabía que a papá le interesara tanto la política. Miraba la puerta como esperando, o invocando, la aparición de alguien. De repente se le iluminó el rostro, tan pálido, con una sonrisa muy dulce y me tomó la mano y susurró, apenas: '¿Sabes, Albertina? Está nevando en la Plaza de Armas.' Esa mirada no voy a olvidarla nunca. Toda la ternura y la melancolía de papá, esa nostalgia que lo envolvía, de algo que ni siquiera sabía nombrar, de algo que quizá no estaba en ninguna parte, todo eso cabía en aquella mirada. Yo fui tú, mamá, fui su Consuelo y por primera vez, mamá querida, supe lo que tu nombre significa, lo que tú significabas para él. Julito entró en algún momento y lo reconoció, pareció reconocerlo, pero sólo dijo, mirando a través del espejo del *chiffonnier*, musitando: '…la fosforescencia del mar…' ¡Fueron tantos los que desfilaron por ese cuarto! Tío Federico y el negro Bruno; el señor Bonillon que había criado un caimán; tía Mariana y tía Magdalena; los baños de mar y la casa de Santa Lucía; el Santo Espíritu; Sabina y Susana y la botica de Céspedes y Teresita, la graciosa y la bonita… ¡Qué sé yo! No se me ocurrió, lloraba yo todo el tiempo, tomar nota de todo aquello… Dos o tres frases sí las recuerdo, quizá porque las repitió mucho: 'Las penas de mi alma, Consuelo… las penas de mi alma…' y otra: 'Adiós, mi vida, piensa mucho en tu Julio…' y otra más: 'La vida en un barco…la vida en un barco…'

A medianoche volvió en sí, como quien despierta de un sueño agitado. La fiebre había bajado y el delirio se desvanecía. Había sudado mucho. Tenía los labios amoratados. Dijo que se sentía mejor. Pero la tos recurrió. Cuando vine a darme cuenta eran las 3 de la mañana y seguía arrojando flemas. Expulsó, en eso, un coágulo grande y me asusté. Julito, en la butaca, parecía adormecido. Fui por la enfermera, que apenas acababa de salir. Trajo al médico de guardia. 'Hay que llamar al doctor Iglesias', insistía yo, sin que nadie me hiciera caso. Era imposible, ahora lo entiendo. Era, además, inútil. Se le perló la frente. Lo toqué y sentí un sudor frío. La respiración se le hizo más y más corta. Ya no pudo hablar. Como a las 4 o las 5, lo sé porque sonó casi enseguida la sirena de un barco —deben haber sido las 5— hizo un enorme esfuerzo por respirar: aspiró una gran bocanada. Julito y yo lo vimos morir. *It's all over, my dear*, oí que me susurraba la enfermera, cerrándole los párpados con un gesto

mecánico, sin ningún sentimiento. Yo pretendí abrírselos, como para confirmar que él era de mi propiedad y no de la suya, pero aquella mujer implacable me retiró la mano y sólo encontré dureza, disciplina, en sus ojos, como si su deber fuera evitar que yo cometiera un sacrilegio. La ventana se había entreabierto y supe que afuera llovía.

¡Es tan extraño sentir que, a pesar de un vacío semejante, todo sigue su curso, la vida, uno mismo! Algo ha contribuido, sin duda, ese joven apuesto de la legación china, con quien ha hecho amistad Julito, que procura consolarme. 'Esa lluvia', insinúo, 'fue un buen augurio: quiere decir que el camino que ha emprendido su alma será fluido y fácil, como el correr del agua.' Aquí cerca, en el lobby, la gente habla y ríe, y debo confesar que eso me alivia. El rumor de la vida, que al empezar esta carta casi me parecía un insulto, ahora lo siento como un bálsamo exquisito sobre la herida abierta. No quiero pensar en el viaje de regreso. No sé cómo podré soportarlo. ¡Es tan desconcertante lo que ha estado pasando…!"

El joven diplomático chino seguirá rodeándola de una atención reconfortante. Y ella se aficiona tanto a su hablar delicado y metafórico que hasta se le pasa por la cabeza, en una visión de abrazos apasionados junto a la barandilla de un vapor en alta mar, que podría enamorarse. La muerte del padre, la enfermedad del hermano, la operación pendiente, la lejanía del resto de la familia, todo eso configura una situación tan excepcional que hasta lo mas insólito se vuelve probable.

En esos tres días entre paréntesis, que preceden a la travesía de retorno, la jovencita de dieciocho años conocerá, por primera vez, la sensualidad. La ha bordeado muchas veces, en ocasiones propicias, en La Habana, en Varadero, en Madruga, en el vapor, pero nunca ha ido más allá del simulacro, del ensayo de una escena futura que no hay que precipitar. La piel de Cheng Chi Huan es tersa y mate, acariciable, y sus dedos largos, finos, de uñas tratadas con *polissoir*, prometen a la vez caricias sabias. Viste, con gusto impecable, trajes de lino o de seda cruda. Lleva bajo el brazo, por puro estilo, un bastoncillo de junco con empuñadura de marfil y, cuando se acerca peligrosamente para rozar con labios impacientes su mano derecha, despide un aroma varonil y embriagante, de maderas y *patchouli.*

Cuando embarca en el *Mascotte*, rumbo a La Habana, no la acompañan sólo Julito y Lillie, Ferrara y María Luisa. Cheng Chi Huan ha encontrado un magnífico pretexto para pagar, con cierta redundancia, deudas de amistad: su embajador se prepara para un próximo traslado a la Isla. Será una extraña travesía. Un mediodía, cuando todos duermen una siesta indolente, él y ella se dejan acariciar, acodados en la borda, por una chispeante brisa marina. El día es espléndido y el denso azul del mar luce un vasto despliegue de

crestas blancas. Él le oprime la mano con una intensidad inequívoca y le insinúa, buscando marearla con el poder de la mirada fija en la de ella: *I want to make love to you.* Ninguno de los muchachos que conoce se habría atrevido a decir esas palabras. Ella se siente, como sería de esperarse, mareada y empieza a imaginar un relato que partiría de ese preciso y memorable instante. Escribe mentalmente: "Ella se sintió desmayar y abandonó su mano, súbitamente ingrávida, en la de él." Y se oye decir en voz susurrante y un poco ronca, como si se reconociera por primera vez: *"I want you to"*. Luego se deja conducir, dócilmente, al camarote, resuelta a entrar, por fin, en la escena tantas veces pospuesta, mientras juega con las perlas del collar y a la vez, variando ligeramente la cadencia de la última palabra, con la frase: "I *want you too*…" Él la amará como quien conduce una ceremonia ritual y ella responderá a cada uno de sus gestos como *si* trajera la respuesta escrita en la piel. Esa noche, en el comedor, sus ojos se encuentran muchas veces, como los de dos cómplices, sobre el mantel blanco, la vajilla fileteada en oro, azul y rojo y los racimos de uvas azucaradas. "¡Adoro vivir! ¡Adoro vivir!", se escucha decir, aunque no dice una palabra. La invade esa molicie deliciosa que, acaba de descubrirlo, es el signo del amor. No importa nada lo que pueda suceder después. No hay después: sólo un presente puro y deleitoso, que se basta, y no requiere de pasado ni de futuro. Entonces, como una travesura, imagina a su padre asomándose desde ese sitio protegido donde de seguro se encuentra, a salvo de las peripecias de la vida, para decirle: "Te doy permiso." "No, papá, no", se apresura a responderle, "Esta escena me pertenece."

Cuando va subiendo las escaleras de la casa de San Lázaro despierta. Lo que ha ocurrido corresponde ya a otra dimensión, casi como si lo hubiera soñado. El traslado del ataúd desde el vapor, en una lancha grande, hasta el muelle de la Machina y luego en la carroza fúnebre halada por caballos enjaezados y con penachos inverosímiles, participó todavía de la atmósfera de irrealidad que rodeó, en Nueva York, la muerte del padre y, en el vapor, el episodio con Cheng Chi Huan. La realidad vuelve a enseñorearse, abruptamente, cuando todos en fila van subiendo lentamente los escalones, detrás del ataúd, y los empleados de pompas fúnebres cambian la posición de los muebles para instalar la capilla ardiente en medio de la sala. El piano queda en su lugar de siempre, en la esquina cercana al balcón, desde donde puede divisarse el mar. Cambiarán de sitio, en cambio, la campesina italiana de mármol, trepada en su columna color de rosa, y las butacas y sillones de mimbre, que serán distribuidos entre la sala y la saleta, para recibir a los que acudan al velorio.

Cheng Chi Huan llegará a las diez de la mañana del día del entierro. Será Julito quien lo presente a la familia. Ella lo saludará cortésmente,

como a un conocido reciente, amigo del hermano y nada más, evitando cualquier signo que delate intimidad. De parte de ambos habrá algo excesivamente ceremonioso en el saludo, algo sobreactuado. Cuando terminen las formalidades, ella lo observará curiosamente, deseando, y no, recuperar sensaciones. ¿Es el mismo de Nueva York? El mismo del *Mascotte*? Su padre, muerto, yace a unos pasos, tendido en un ataúd, con el rostro expuesto a curiosidades ajenas. No sólo es incómoda la situación: es casi obscena. Procurará mantenerse lejos, lejos de ambos, de los ojos para siempre perdidos del padre y de la mirada posesiva de ese hombre, que en ese lugar y en tales circunstancias, introduce la viscosa insinuación de otra realidad paralela, igualmente poderosa, pero clandestina. Querrá protegerse, al verlo, de que la emoción la traicione. Lo que sentirá enseguida será más perturbador: que la emoción predominante es el rechazo. Se concentrará profundamente, entonces, como cuando hace un acto de contrición, para pedirle al Sagrado Corazón que se lo quite de enfrente, que abandone un escenario que no le corresponde, que haga mutis cuanto antes el personaje de ojos rasgados y piel amarilla tan inoportuno, tan fuera de lugar.

Tres semanas habrán pasado desde la partida de La Habana. Todo parecía nuevo, con la aureola radiante de lo desconocido que, en el instante mismo de poner un pie en la lancha que los transportaría al vapor, empezaba a abrirse. ¿Tres semanas, tres meses, tres años? La niña consentida y romántica que salió de viaje, un viaje tan largamente anticipado, la niña despreocupada y un poco inconstante, ligera y veleidosamente coqueta, habrá hecho, a la vez que una doble navegación marina, una imprevista travesía de ida y vuelta al corazón de sus propias neblinas. La experiencia de la muerte y la experiencia de Eros, tan enigmáticamente próximas, habrán catalizado sentimientos apenas esbozados, vagamente entrevistos, atisbados hasta entonces desde el parapeto de la incuestionada protección del nido familiar. Mientras el padre Ponce celebra la misa de cuerpo presente, ella abre y cierra, al azar, dos devocionarios, uno español y otro francés, que le permiten seguir el rito en el latín original o, a su antojo, en una u otra de las versiones. Abril 8 de 1909 se lee en la página en blanco, al comienzo del *Saint Sacrifice de la Messe et de la manière d'y assister*, que la madre Artus, la más querida de las monjas del Sagrado Corazón, le obsequió un día de su cumpleaños, cuando estaba por abandonar, para siempre, las sombreadas aulas de Tejadillo. En la última página brilla una opulenta rosa dorada, un cromo de aterciopelado relieve, que alude a la belleza del alma inundada del puro amor de Jesús.

"C'est en votre nom, adorable Trinité, c'est pour vous rendre l'honneur et les hommages qui vous sont dus, que j'assiste au très sainte et très auguste

sacrifice…" La brisa invade de repente la sala, removiendo la fragancia de nardos con el penetrante efluvio del incensario del monaguillo. "No dulce, sino dulzón", le ha sugerido esa vocecilla interior traviesa con la que le gusta tutearse. Y se ha corregido: *"Douçeâtre:* dulzón y empalagoso". Mientras, para desplazarlo, se atraviesa un fuerte olor a mar transportado por la brisa. Nardos: flor de humedades, encierros y penitencias. Incienso: ofrecimiento de flores entre melodias de Liszt y de Schubert, mezclado con el tufo peculiar de hábitos monjiles. Pero ahora, también, aroma de sándalo en un pebetero oriental aderezado por manos masculinas, en la penumbra de un camarote propicio, de un espacio vuelto secreto por la magia de oficiante de un hombre desnudo envuelto en un kimono con crisantemos y dragones. Incienso: perfume de pecado.

El sacerdote inicia el confiteor y ella pronuncia dócilmente lo que le dicta el misal francés: *"Je m'accuse devant vous, ô mon Dieu, de tous les pechés dont je suis coupable." Y* repetirá: "Me acuso ante ti, Dios mío, de todos los pecados que he cometido…" Se detiene en seco. Le aflora, en un calorcillo que se percibe en las mejillas y que de seguro las tiñe de rubor, una sensación que no la habría perturbado tres semanas antes. "Ahora sí has pecado…", sentencia la vocecilla: "En pensamiento, en palabras, en acciones y en omisiones… Ahora sí sabes, por fin, lo que quiere decir la palabra pecado." Es en ese instante cuando sus ojos buscan, sin recato, los de Cheng. Inútilmente, porque el intruso se ha esfumado. ¡Qué no se haya ido, Dios mío, que no se haya ido! ¿Qué te pasa, Albertina? ¿Por qué invocas a nuestro Señor invocando, más que a Él, a quien te hizo pecar? "Dale, Señor, el eterno descanso, y alúmbrale la luz eterna… a ti vendrá a parar toda carne. Ofrecémoste, Señor, hostias y súplicas de alabanza; acéptalas por aquella alma, por la que hacemos hoy memoria… Hazla, Señor, pasar de la muerte a la vida." Pero si eso fue lo que hice: lo que pide el cura para el alma de mi padre, para todas las almas que han abandonado el cuerpo, para el alma de este fiel difunto tendido, entre sábanas de hilo, en el brevísimo regazo de una caja de caoba que será la morada de su cuerpo, ahora de su cuerpo y luego de sus despojos y todavía después sólo de sus huesos, hasta el día del Juicio Final. Eso es lo que hice: escoger la vida, sólo que para mi cuerpo, no para mi alma. Mi cuerpo y su cuerpo. El mío que recuerda el placer y desea. El suyo, inerte en ese estuche de caoba, en medio de esta sala donde me vio bailar y bailar, diciéndole a mi madre, mírala, está llena de vida, es pura alegría de vivir, en esta sala donde es reina y señora la brisa marina, ¡cómo me gusta la brisa marina, la brisa del mar!, ese mar por donde su cuerpo fue vivo y volvió muerto, de modo que ahora ya podemos pedir por su alma, su alma que tantas penas tenía, las penas de mi alma, Consuelo, las penas de mi alma… Pero, ¿de qué hablaba

papá? ¿Cuáles penas? ¿Cuál alma? ¿Acaso esa alma era la misma por la que ahora pide el padre Ponce? Si Julito no se hubiera agravado. Si yo no hubiera insistido tanto en el viaje. Si pudiéramos borrar las tres semanas y regresar el tiempo al punto en que empezamos a planear que viajaríamos. ¿Por qué viajan las almas, Jesús, dime, dondequiera que estés, dime por qué viajan y abandonan los cuerpos, y los dejan así tan solos, tan vacíos, metidos en catafalcos, al margen, ajenos, intocables, tan infinitamente solitarios en medio de los vivos?

"Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor… para que, al contristarnos la cierta condición de que hemos de morir, nos consuele la promesa de la futura inmortalidad… La vida se muda, no fenece, y deshecha la casa de esta terrena morada, se adquiere la eterna habitación en los cielos… *Hossana* en las alturas."

Consuelo madre, abroquelada en su incapacidad de llorar, recibe cada día los pésames rogando a Dios que la dejen sola lo antes posible, a solas con su Julio, que la espera impaciente, sin poder dar señas de vida, por ese entrar y salir de gente que habrá de durar, todavía, toda una larga semana. ¿Qué le importa que los parientes y los amigos pretendan compartir, desde el fondo del alma, el pesar que a ella y a los hijos les embarga? La veo leer, distraída, la carta que Max Henríquez Ureña le ha dirigido a Consuelo, hija, desde Santiago: "He recibido un golpe brusco con esta noticia. Usted sabe cuánto estimé y apreció a su padre. No pude jamás pensar que tan pronto nos abandonara."

Terina no sabe qué hacer con su tiempo, que desde el entierro le pesa como una losa funeraria. "En ese lapso", así gusta de referirse a las tres insólitas semanas, "me cayó el tiempo encima: fue como si hubieran pasado mil años sobre mí." Puede decirlo con cierto aire de presunción, puesto que apenas ha cumplido los dieciocho. Rememora, como quien otea horizontes insondables desde un belvedere recién conquistado, una afirmación de su padre: "Cuando se viaja, el tiempo se detiene: por el solo hecho de emprender una travesía, la muerte se pone entre paréntesis y uno navega a salvo, dentro de una burbuja irrompible." La muerte, contradiciéndolo, le ha jugado una mala pasada.

Su hermana Consuelo ha dado en sentarse al piano por las tardes, pasados los primeros días de luto, cuando las visitas se van espaciando, hasta que el parloteo de amigos se desvanece y se quedan solas, las tres, con un hueco que no saben cómo llenar. Terina la escucha desde el comedor, con un bordado en el bastidor, sentada frente a la copia de *La nevada* de Goya que Casal te regaló, Julio, y que acompaña, desde Peña Pobre, los sucesivos domicilios. Una de esas tardes percibe claramente que te acomodas a su lado, en la otra butaca de mimbre, y le dices en voz baja: "Albertina querida, aunque

tú no lo creas, está nevando en la Plaza de Armas." Es algo entre tú y ella y no se le ocurriría compartirlo con Consuelo hija y, menos, con Consuelo madre.

Nena, Consuelo hija, ha vuelto a sus clases del Conservatorio, donde hace dos años que dejó de ser alumna para hacerse cargo de los más aventajados, con excepción de los dos o tres que aún se reserva como discípulos dilectos el elegante músico holandés. También ella ha sido su discípula, tanto que le ha confiado la atención y el pulimento de todos los demás. Volviendo del Conservartorio ensaya en la casa por las tardes, antes de la comida, el Andante con Moto de un concierto brillante de Anton Rubinstein, el *Opus* 25, que está "poniendo" para una presentación en público. Repasa trozos más ligeros y, por fin, cierra invariablemente con el inicio del concierto para la mano izquierda de Ravel. Después de la comida llega Joaquín Rodríguez Lanza, para acompañarle ciertos fragmentos especialmente soñadores de Grieg. Una mañana de domingo, en el mes de septiembre, la Sala Espadero se abrirá para presentar, en interpretación de un cuarteto de cuerdas que el maestro de Blanck ha hecho venir de su Utrecht natal, *Las Siete Palabras* de Haydn.

Consuelo y su amigo invitan a Terina reprochándole, de paso, no ser tan "musical" como ellos. Al término del concierto, Consuelo llora. La hermana se la lleva al balcón y la regaña: ¿acaso le conmueve hasta ese punto la música? Ella parece alterada e incapaz de contenerse. Arqueando las cejas en un gesto característico, señala hacia una jovencita rubia que va saliendo de la sala, apoyándose mimosa en el brazo del acompañante, sumamente delgado, al que Terina reconoce enseguida. El vientre abultado de la joven señora anuncia un próximo alumbramiento. Terina no parece entender. La hermana tendrá que ser más explícita, haciendo un gran esfuerzo por detener el llanto: "Él y yo aprendimos al mismo tiempo a poner las manos sobre el teclado. Su padre nos ponía a tocar juntos, desde que alcanzamos los pedales, como ahora lo hacemos Joaquín y yo. Pero la prefirió a ella. Y va a tener un hijo suyo. Va a tener un hijo suyo." "¿Quieres decirme que te has enamorado de ese muchacho enclenque? Pero si tiene el mismo aspecto de Julito, igual de flaco, igual de enfermizo."

Nena, en efecto, está enamorada. Escuchando los pormenores de su congoja, la otra se limitará a interrumpirla, una que otra vez, para hacer alguna observación de sentido común, que la víctima del desamor le refuta con una lógica irrebatible. El amor es el amor y quien dice "Te quiero" reclama una respuesta equivalente, por lo menos un "Yo también" que le devuelva siquiera un eco, por precario que sea, de las únicas palabras que el enamorado no se cansa, jamás, de enunciar. El amor brotó, silvestre y atropellado, entre compases, y cuando las manos se rozaban en el teclado ella adivinaba señales que

luego se apresuraba a descifrar, en la soledad del cuarto, contemplando inquisitiva una fotografía que, por petición suya, él le había regalado. Le confiesa a Terina, ese mediodía después del concierto, que ha existido entre ellos, durante años, un código que les permite comunicarse sin palabras y que ella lee como una partitura. Terina, que la oye con curiosidad y sorpresa, porque siempre ha dado por descontado que la única capaz de sentir emociones de esa naturaleza es ella, se echa a reír, poniendo en duda aquel lenguaje mudo que, sospecha, no ha de ser más que una fantasía de su hermana. El recuerdo de Cheng y de la intimidad de las pieles, la memoria del placer grabada en la suya para siempre jamás, le da una indudable superioridad, que ni puede ni quiere evitar presumirle a quien habla de amor, sugiere burlona, "sin conocimiento de causa". Nena no puede creer, a su vez, lo que está oyendo. El episodio del vapor no ha de ser sino un engendro calenturiento de eso que a la hermanita le sobra, lo que el padre solía celebrar llamándola "la loca de la casa". Asomadas al balcón, alimentando ilusiones y desasosiegos con el ritmo reiterativo del movimiento del mar, se quedan un rato largo en silencio. Consuelo traslada lo que ve y lo que siente al lenguaje de una memoria musical amorosa y pacientemente cultivada. Terina revive los altibajos de sus emociones, segura de que el vaivén fluido e incesante del oleaje reproduce los latidos de su intranquilo corazón. Los destellos que enciende el sol en la inquieta superficie marina son los mismos que le encandilan los ojos, un mediodía audaz, robado al tiempo que transcurre, cuando los labios impacientes de Cheng se eternizan en un repliegue ávido de su cuello. Consuelo reconstruye mosaicos de sonidos y arpegios cristalinos, dejando que se le vaya deslizando el ritmo interior entre los trinos mordientes de *Una barca en el océano* de Ravel y la tumultuosa secuencia final de *El mar* de Debussy. "Papá le oyó decir al hermano de Max que el color de nuestro mar le evocaba el mar de Bretaña. Debussy contemplaba el mar de la Mancha en Jersey, que está en Bretaña, cuando compuso *La mer.*" Terina, distraída, asiente. A Nena le sirve esa manía de recomponer, en datos irreprochables, la confusa maraña de los deseos y de los sueños.

No se hablará más de Cheng ni del hijo del director del Conservatorio. Hasta el día en que toda La Habana se entera de que Huberto de Blanck, el hijo, se ha dado un tiro en la sien sobre la tumba donde hizo depositar, previamente, los restos de Ana María Menocal, su madre, y de Leopoldina Tamayo, su mujer, acompañados por los de una criatura que, muerta al nacer, se ha llevado consigo a la joven madre. Nena pasará por una crisis de sentimientos ambiguos, ambivalentes, inconstantes como la sucesión de arpegios de una composición impresionista. Su amado no ha muerto pero jamás

volverá a ver la luz del día. Ni a ella. El nervio óptico ha quedado fatalmente lesionado. El suicidio fallido la deja, súbitamente, desarmada. La animosidad contra el ingrato y su elegida se desvanecen y le cambia el destino: le ofrecerá al viudo desolado, al padre y esposo atribulado, el don de su persona y el consuelo al que su nombre la predispone.

Sin compartir esas visitas con nadie, ni siquiera con la hermana, empezará a acudir por las tardes al Cementerio de Colón. Nunca se dirige directamente a la Calle 9, situada a la izquierda de la Avenida Cristóbal Colón, entrando por la puerta norte y muy cerca de la plaza del este. Explora. Se detiene largamente en algunos monumentos, como *La dama pensativa o El ángel del silencio*, frente a un ángel andrógino recargado perezosamente sobre una columna trunca, o junto a otro, doliente y demasiado hermoso, que sostiene sobre un túmulo de mármol de Carrara, con las alas desplegadas sobre la urna cineraria, una antorcha invertida, símbolo de la vida que llega a su fin. Pasa de largo, en cambio, ante anclas y candelabros, pirámides, corderos y serpientes que se muerden la cola aludiendo, según el sacristán, a la eternidad que gira sin fin sobre sí misma. La columna recta y austera, de granito rojo, que luce en un medallón el perfil, surcado de arrugas, de un Máximo Gómez trasegado por los años y las ingratitudes, la remite, invariablemente, al diario de su padre, que tantas veces menciona, con simpatía, al anciano general. Y, antes de sentarse a meditar sobre la tumba donde Huberto guarda a su madre y a Leopoldina, y donde ha intentado volarse la tapa de los sesos —frase intrusa que recurre tantas veces como ella, indignada, la rechaza— deposita en la escueta sepultura de mármol blanco donde reposa su padre, adornada únicamente con una cruz latina que simboliza la fe y la esperanza y una profusión de rosas en altorrelieve, un ramo de rosas frescas, siempre amarillas. Le deja algunas monedas al negro viejo que llena de agua un recipiente en cuanto la ve entrar por la puerta norte, y completa el recorrido procurando impregnarse, con esa frecuentación lúgubre, de los motivos de Huberto.

No se despide de la necrópolis sin pagar un último tributo: echarle una mirada de complicidad a la bellísima madona de la cripta de los Aizpuru, alada, con los cabellos al viento y los ojos cerrados a la vida terrena y abiertos hacia la noche insondable. Esta tarde fría de febrero de 1917, piensa que la palabra noche merecería ser escrita en cursiva o con mayúsculas. A veces, tomando por otro camino, formula una plegaria, casi pagana, a ese ángel en postura de emprender el vuelo, dispuesto a oír ruegos de mortales y a transmitirlos a Dios en las alturas. Que le depare el amor de Huberto, ahora que el obstáculo fortuito de la advenediza ha desaparecido, es el ruego reiterado. Ha tomado, como de costumbre, un automóvil de alquiler y le ordena que

baje hasta el mar, para ver la puesta de sol desde el Malecón. Yo seré sus ojos. No los cerraré como la madona alada. Los mantendré muy abiertos para contarle todo: ese incendio del cielo que se apaga dulcemente en el agua y el apaciguado preludio del misterio nocturno, el resplandor de Venus y el creciente impecable de la luna, y las luces de las farolas que se encienden de pronto, como al conjuro de un mago: le describiré los amaneceres encendidos y los mediodías cegadores —¡qué palabra inoportuna!— y las tardes opalinas y por mí sabrá cómo la luz y la sombra se desploman sobre la orilla del mar y definen, con un trino de variaciones casi imperceptibles, lo que es del reino de la tierra y lo que es del reino del agua.

Le parecerá imprudente acercarse demasiado pronto y dejará que pasen semanas, meses, antes de buscarlo. Él se ha replegado y se mantiene en clausura, encastillado en una orgullosa ciudadela de silencio. Dicen que apenas cruza palabra con el sirviente de la casa paterna que han dedicado a servirle de lazarillo. Apenas si le permite auxiliarlo en las escaleras, porque prefiere irse reapropiando, sin ayuda ajena, del entorno. Lo ha visto ejercitando la destreza de los dedos, acostumbrados a despertar la música dormida en el teclado, para que aprendan a animar otra música, la que permanece agazapada en los objetos. Lo saluda de paso, y él le responde con cortesía, pero con distancia. Visita diaramente el Conservatorio porque la música le ayuda a soportar una sobrevida que se le impone como un fardo. Esa tarde lo ve entrar, del brazo de Jacobo, el lazarillo, a la sala de conciertos. Es fin de cursos y, después de las ejecuciones de un grupo selecto de alumnas, Consuelo ha tocado, con el corazón prendido en la yema de los dedos, un Nocturno de Blanck, un estudio de Hollander para mano izquierda y una sonata de Scarlatti en un arreglo de Granados. Él ha gritado un ¡Bravo! rotundo después de Hollander y ella ha entendido que la puerta de la clausura se le entreabre.

Conversan brevemente en el balcón, hacia donde se ha dejado conducir por ella sin objeción alguna. Será el preludio de encuentros sucesivos, siempre en el Conservatorio, donde él le pedirá que toque algo que desea muchísimo oír y ella le complacerá, para luego oírlo hablar de música, casi siempre, pero también de poesía, de la vigilia y del sueño, de la naturaleza y del infinito, cuidando siempre ella de no pronunciar la palabra *luz,* temiendo que la evocación de su resplandor ahuyente de su compañía a quien la tiene, para siempre, vedada.

No le es difícil ratificar que pertenecen a una misma familia espiritual ni aprender que la ceguera del amado lo hará más suyo y que la privación de ver hacia afuera le ensancha los horizontes interiores. El rostro demacrado, exacerbada la palidez por la reclusión, le parece otro signo de delicadeza de alma, y no de temperamento enfermizo, como supone Terina. Las tardes en el Conservatorio se

prolongarán muchas veces en largas veladas en San Lázaro, mientras Jacobo se va al Malecón a buscarse alguna mulatica para más tarde.

Él suele pedirle que le lea poesía. Ha dado en frecuentar a los románticos alemanes y extrae las ediciones, sin equivocarse, del anaquel superior de la biblioteca de su padre, cuyo ordenamiento se conoce afortunadamente de memoria. Coinciden: es más puro el mundo que yace, ignorado, en las almas. Abundan: puede ser más luminoso el universo interior que el sombrío universo de las cosas visibles. No hace falta "ver" las cosas para ser "vidente", aventura ella una de esas tardes intensas, para comprobar cómo el rostro mortecino de él se alumbra. Podrá hablar de la luz, entonces, sin cuidarse de ofenderlo.

La poesía devela lo invisible y hace aflorar el misterio. Él le confiesa haber buscado, como Brentano, extinguirse solitario, "como un canto de cisne moribundo": al otorgarle, a cambio, la ceguera, la Providencia le hizo entrega de una llave. Esa llave abriría un país singular, mucho más real que el mundo trivial de lo visible: le abriría, de par en par, las puertas de lo Real Absoluto.

"Yo quise hacer de Leopoldina", le confiesa, "una compañera para la Noche, como lo hizo el supremo Novalis de Sofía. Quise amarla en la muerte y desposarme de nuevo con ella, en ese túmulo donde también duerme mi madre, confundidos sus dos rostros, Consuelo, en el de una eterna y protectora Noche. Santa, inefable, misteriosa, la llamó Novalis. Busqué confundirme con la ceniza. Fracasé. Pero, fracasando, recibí el premio, el regalo de ti, dulce sol de mi noche oscura, y en tu presencia me ha traído un bálsamo: me moría cada noche, quise vivir en la Noche eterna y hoy me siento renacer. Tú, querida mía, me reconcilias con la vida."

Todo aquello termina cuando va penetrando en la sala la dulce noche habanera, estrellada, olímpica y transida de brisa, y ella le comunica que la noche de cada día ya está ahí y, acto seguido, se sienta al piano para confirmar lo que se han dicho con palabras en ese otro lenguaje que, como ninguno, identifica a las almas exaltadas.

Pasarán, de repente, de lo sublime a lo más familiar y doméstico, a contarse, mutuamente, la infancia y la memoria familiar. Él hablará mucho de su padre, "que se quedó arrebatado por nuestra tierra", le dirá orgulloso, "y la hizo su segunda patria". El abuelo se llamaba Wilhelm, y también llenó su vida de música: en Lieja, donde enseñaba, aprendió Hubert piano y solfeo y luego, en Colonia, armonía y composición." A los diecisiete años debutó en San Petersburgo. Conozco esa ciudad como si la hubiera recorrido: sus altísimas fachadas amarillas, sus cornisas blancas, sus frontispicios, sus columnatas, sus palacios asomados al río Neva, la estatua ecuestre de Pedro, cabalgando hacia Francia, conduciendo a sus boyardos hacia la

ilustrada Europa. Mi padre era un espíritu nómada y se propuso recorrer el mundo. En Varsovia se quedó un año, dirigiendo la sinfónica en un teatro llamado El Dorado que, con ese nombre titilante, lo incitó a irse en busca de otro Eldorado, cruzando el océano. Recorrieron todavía, él y su amigo Égremont, Alemania y Dinamarca antes de venir a dar a América: en Brasil fueron a parar a Manaos, en el corazón de la Amazonia, donde los contrataron en un inverosímil teatro suntuoso, construido a orillas del río, en medio de la selva. Era el año de 1880. El hotel tenía una huerta enorme, llena de monitos albinos, como los que cría en su quinta Palatino Rosalía Abreu. Tuvo miedo de que aquel sitio extravagante lo atrapara y se marchó a Nueva York. Allí enseñó muchos años. Hasta que un día desembarcó en La Habana, en una gira que habría debido conducirlo, de nuevo, a Sudamérica. Le cautivó la Isla, la luz radiante y el clima benigno, el refinamiento europeo entreverado de sensualidad tropical, y una mujer: mi madre, que era hermosísima, una criolla trigueña y efusiva, jovencita, que lo buscó, después de asistir a uno de sus conciertos, para que la iniciara en el arte del teclado. Él lo hizo pero, además, pidió su mano al abuelo Rafael y la abuela Rosario, que eran primos hermanos y se adoraban, y no se extrañaron nada de que la hija se enamorara, de un día para otro, de un holandés errante. Mi madre era bellísima, Consuelo, bellísima. Yo guardo un óleo prodigioso que le hizo mi tío Armando, que no lo terminó nunca y que tiene, por eso mismo, el encanto de lo inconcluso: una presencia etérea y a la vez intensa, envuelta en velos, sentada al piano, luminosa en el centro de un halo crepuscular, transfigurada la inocencia en pasión, por obra de la música. Tenerla así es conservar su espíritu. Dije mal, ya no la tengo… ya jamás volveré a verla…”

Consuelo lo atrae hacia sí con una ternura pródiga, almacenada pacientemente durante años y el pacto entre ambos queda sellado. Ella habla poco porque, le asegura, prefiere oírlo. También su madre y su padre se enamoraron muy jóvenes. Ella, una galleguita nacida en El Ferrol, de donde salió muy niña, siguiendo a una madre viuda y sin auxilio de parientes cercanos, obligada a emigrar para ganarse el sustento y lo suficientemente audaz como para emprender, con dos hijos pequeños, la aventura de ultramar: Consuelo madre acaba de perder al marido, la razón de su vida, pero es una mujer fuerte y estoica, una matrona romana. Así le decía, llenándosele la boca, su padre. Él, un criollo de cepa añosa, pero venida a menos, cuyo padre fue el primero de una larga estirpe obligado a elegir un oficio para fundar una familia. El abuelo Bernabé optó por la enseñanza, no de música sino de historia, educó a un par de generaciones y sembró en todos sus hijos la semilla de la curiosidad por el saber y la pericia para transmitirlo. Su padre no culminó la carrera de Derecho y fue, es

preciso reconocerlo, un escritor frustrado. Pero también un caballero: un hombre elegante, de modales gentiles y de ingenio fértil, amante de los libros y de la belleza, aficionado a rodearse de objetos hermosos y dueño de un excepcional don de gentes. Repartió entre sus hijos varones y su hija Terina casi todas esas cualidades y a ella le comunicó que le correspondía otra herencia preciosa, extraviada en el laberinto de las generaciones: la afición por la música de Luisa Boza, la madre del bisabuelo Bernabé que, después de adornar generosamente la soltería de la tía Mariana, no volvió a brotar hasta que ella, Consuelo, se amaneció una mañana con el anuncio de que sería pianista. El tío Carlos es la notabilidad de la familia y su aureola de sabio alcanza a cobijarlos a todos. *El Heraldo de Cuba* consignó, al morir su padre, que tan honorabilísimo caballero, miembro destacado de la Cámara de Comercio, y su hermano, el reconocido naturalista, procedían de una de las más antiguas familias asentadas en la Isla. "En esta familia nuestra", concluirá, "hay dos motivos de orgullo: el talento, en primerísimo lugar, y la cubanía, que nadie puede discutirnos, enseguida. Lo demás, es lo de menos. Hace tiempo que los azares de la fortuna nos enseñaron la futileza de los bienes materiales, lo huidizos que pueden ser, lo vano de presumirlos, lo que no significa que sea prudente despreciarlos, por supuesto." Juntos asistirán al homenaje al tío Carlos, el 15 de mayo de 1918, en la Sociedad Cubana de Historia Natural, cuando cumple los sesenta. Están allí todos, hijas y yernos, sobrinos y sobrinas y hasta un par de nietas. Nena y Huberto anuncian que pospondrán la boda un par de años, para contar con un capital suficiente para abrir una tienda de música como jamás ha habido otra en La Habana. El 3 de octubre de 1920 cumplirán su palabra.

Terina, para entonces, también se ha enamorado. El fugaz episodio de Cheng le ha conferido, a sus propios ojos, una aureola, no de santidad sino de misterio, que se transmite en un nuevo aplomo para sostener las miradas masculinas. Y se sabe capaz de encender pasiones. Es más, la palabra pasión cobra, en su vocabulario, un prestigio que recubre y trasciende al de la palabra poesía. Es algo que le ha pasado a un personaje que la habita, es decir, a una parte de ella que la otra parte es capaz de despertar y adormecer a voluntad. Ese personaje podría haber salido de las páginas de un libro para entrar en ella y lo mismo, imagina, saldrá de ella —si se lo propone— para empezar a vivir en páginas escritas. ¿Acaso no es alguien creado por su propio deseo, a su imagen y semejanza, pero con una libertad de albedrío que la vuelve capaz de la más insospechada autonomía? Habitada por ese personaje caprichoso se mueve, en las reuniones, como si participara en el juego con un as escondido bajo la manga. Todos le notan algo que nadie consigue definir. Y ella disfruta

sabiéndose interesante, encantada de sentirse recubierta, como por un perfume de fórmula exótica, por ese nimbo prestigioso. “Eso es la pasión: eso es la pasión”, se repite, como si acabara de descubrir el sentido de vivir. No es poca cosa haber aprendido tanto, en unos cuantos días, sobre el enigma de la muerte y el misterio de la vida. Un prestigio semejante al que irradia la palabra *pasión* empieza a investir a la palabra *misterio*. Y le gusta imaginarse que su pequeña figura vaporosa participa del efluvio de ambas.

En los diálogos que, en ciertas tardes, logra establecer contigo consulta, porque no quiere pecar de ingrata, si aprobarías un acercamiento al tío y padrino. Con tu anuencia se aproxima pues, sin temor a ser infiel, a quien en vida fue el más afín entre todos tus hermanos. Le gusta la casa bulliciosa del Malecón, que da hasta la calzada de San Lázaro, a una cuadra de la que tú alquilaste cuando Carlos dejó Prado 36. Allí vive un mundo de gente: Carlos y Nene; la abuela Marucha, que es la madre de Armando, el marido de la prima Cucú; Cucú y Armando y sus tres niñas, que por las mañanas siguen yendo al colegio que todavía tiene en el Prado María Luisa Dolz; Margot, la prima gorda y solterona y tía Rosita, con quien comparte el cuidado de las colecciones y los papeles de Carlos; Eugenia, por último, la otra solterona, hermana de Armando. Todos y todas llaman a Carlos por su nombre, porque no admite el “papá” ni el “tío”. La casa permanece abierta, al ruido y el fresco del mar y a infinidad de amigos y discípulos que llegan sin avisar y siempre son bienvenidos. Terina se escapa más y más del silencio de San Lázaro, donde Consuelo madre hace crochet junto al balcón, mientras *Prince*, el nervioso pomerania que le regalaste, da vueltas y vueltas hasta caer rendido a sus pies, en el mullido cojín que le fue destinado. En la casa de Malecón hay un patio muy grande lleno de arecas y de helechos, ¿te acuerdas?, lleno de las canciones de la abuela Marucha, que es andaluza y lo demuestra. No importa que Nene, tan circunspecta, no haya aprendido a reír y viva encerrada en su cuarto. La viejita de ojos azules se la pasa cantando y haciendo cuentos y el ambiente siempre es de fiesta. A Carlos le entran ganas, de repente, de irse a Varadero y se sube a la máquina y parte con Sanjurjo el chofer, para volver esa misma tarde. A Terina le encanta acompañarlo. A veces, ya lo sé, tú te cuelas sin que nadie se de cuenta.

Madruga les queda de paso, y hacen un alto para almorzar en El Copey, esa comida guajira divina que Carlos pondera como la más rica del mundo. En una de las idas a Varadero, pasando por Madruga, Carlos le cuenta el sueño del galeón. “En el sueño, que lo he tenido varias veces, voy navegando hacia España en un galeón, figúrate, que ha estado hundido cuatro siglos en el fondo del mar y se llama *Nuestra Señora de las Maravillas.* Visto levita y chaleco y traigo la leontina que

era de tu padre, con ese dije precioso, del rostro de mujer con el cabello adornado con chispitas de diamante. Hay en ese barco una señora muy elegante, pero el rostro lo tiene en blanco, como una máscara veneciana, y no dice una palabra, ni siquiera sonríe, y sin embargo yo sé que me escucha cuando le comento lo extraño de ese viaje, tan placentero, en un galeón hundido, en el fondo del océano, desde el siglo XVI. ¿Tú crees, Albertina, que esa señora sea la Muerte?" Terina se queda muy impresionada de que Carlos la llame como sólo tú solías hacerlo y la identificación del tío con el padre será, desde entonces, definitivamente entrañable. No tiene duda, por supuesto, de que la señora es La Muerte.

La tarde del homenaje, cuando Nena y Huberto anuncian su compromiso en la casa de Malecón, ella apenas registra la noticia porque el corazón se le aceleró, literalmente, en la ceremonia, cuando Armando le presentó a un joven andaluz de ojos claros y cabello oscuro y ensortijado con muchas ganas de conocerla. La ha visto varias veces, confiesa, asomada al balcón de la calle de San Lázaro, y otras sentada en el portal de Malecón, con las primas, y vino porque se enteró del homenaje y como conoce a Armando que frecuenta, como él, el Centro Andaluz… ¿Podrá visitarla alguna tarde? Por supuesto, no faltaría más. La madre y la hermana estarán muy contentas de recibirlo. Un delicioso cosquilleo, casi un escalofrío, le recorre los brazos. Una charla breve y él se despide. Ella lo ve irse, descendiendo demasiado de prisa las escaleras y se le abre un hueco en el medio mismo del estómago, casi, casi doloroso. Un sinsabor desconocido la paraliza. ¿Volverá?

Entonces lo de Cheng, ¿fue o no fue la pasión? Esa sensación de pérdida irreparable nunca la tuvo. En cambio ahora, cada vez que él se despide, ahí está ese miedo a quedarse mutilada, ese desgarramiento. La desazón se vuelve intolerable cuando él le anuncia que se irá a Nueva York a probar fortuna. Ella detesta la fortuna. Sólo lo necesita a él. "Es un tarambana": la hermana se está vengando de sus opiniones irreflexivas, cuando era la otra la que padecía por falta de amor. No está enfermo ni mucho menos. Esos días que se pasa sin visitarla, que a la enamorada se le hacen infinitos, los gasta por ahí con pirujas, frecuentando un tablao que acaban de abrir los andaluces. ¿Nueva York? Cheng reaparece. Una maraña confusa de sentimientos se le mezclan y ya no la habitará ningún otro personaje del que pueda desdoblarse a capricho, como si el amor fuera un juego de sombras. Está enamorada. Desde las entrañas. Imagina frases: "Albertina ha caído en la trampa y no puede ni quiere liberarse: está presa en las redes del amor". Qué vergüenza. Una desgracia tan grande y sólo se le ocurren lugares comunes. Siente que está enferma. Siente que no quiere, de ninguna manera curarse. Siente lo que no ha sentido nunca:

el deleite, absolutamente desconocido, de un dolor traidoramente placentero.

Al tío Carlos, que es tan sabio y que de seguro tiene del amor un conocimiento acrisolado en experiencias múltiples, se decide a preguntarle, aprovechando la puerta que le abre el relato del sueño, qué es eso, tan indefinible, que viene padeciendo desde la tarde en que a él le ofrecieron sus pares y sus discípulos los laureles de la gloria y a ella la atravesó, como un dardo envenenado, la flecha de Eros.

“El amor es una cacería sutil, tanto que nadie sabe quién caza a quién: quién es el cazador y quién la ninfálida dorada.” Ella lo mira con ojos dubitativos y asombrados, súbitamente humedecidos, y se repliega en un silencio cargado de emociones confusas el resto del viaje.

Todo tiempo futuro
La Habana, l° de diciembre de 1921-enero de 1924

Maltrecha anda la nacionalidad, según el diario *El Mundo*, cuando asume la rectoría Carlos de la Torre. Termina el año de 1921. El mismo en que murió de pulmonía doble en Nueva York, a mediados de junio, José Miguel Gómez. Seis años han pasado desde la muerte de Julio, también de pulmonía, también en Nueva York. Carlos sonríe, pensando en los comentarios que habría hecho el hermano, al leer la edición de esa mañana del periódico amigo, que no le escatima elogios: "Es el más puro de los hombres que conviven en nuestro desorientado ambiente". El cronista se hace eco de la ovación que le ofrecieron, de pie, los asistentes al festejo en su honor en el *roof garden* del Hotel Plaza. Ha propuesto levantar, con recursos privados, la Ciudad Universitaria. Cuenta, para empezar, con la filantrópica oferta de Rosalía Abreu, esa mujer que no sólo ama la naturaleza —innumerables totíes y chimpancés le hacen compañía en la Quinta Palatino— sino también la cultura, como lo atestiguaban los murales encargados al pintor Menocal que luce esa finca que acabará siendo legendaria.

A Terina le llena de orgullo y de sorpresa leer que el tío es enérgico y sutil, franco y diáfano como la luz meridional y, a la vez, severo y agudo como la atmósfera del norte. Enterarse de cómo lo perciben los de afuera le produce una retozona curiosidad, como si descubriera a un personaje desconocido. Pero, por más que procure colocarlo en diversas situaciones, no acierta a recomponer ninguna en la que se haya mostrado enérgico o severo, mientras que le sobran otras en las que ha hecho gala de franqueza y agudeza. ¿Lo conocerá mejor que ella el periodista? En sus oídos juguetean todavía las palabras del paseo en máquina: "El amor es una cacería sutil…"

Qué reconfortante sentirse cobijada, huérfana como está de la protección paterna, por la de un hombre que, al hablar en público, merece ser escuchado "en religioso silencio". Le ponderan, en suma, la sinceridad con que ha dicho cuanto tiene la autoridad suficiente para decir. Y de eso no hay que dudar: su sinceridad llega a no presumir de autoridad alguna en lo que le parece incierto. Como la naturaleza del amor, por ejemplo.

El 18 de diciembre de 1921, a eso de las 3 y media de la tarde, se asoma al balcón de San Lázaro cuando se empieza a oír el barullo, para verlo pasar en triunfo, en automóvil descubierto y seguido por una pequeña pero expansiva muchedumbre. La tarde está muy fresca y

el aire impregnado de olor a sal. Se ha encrespado el oleaje sobre los arrecifes y el viento del norte, alebrestado, se cuela por las bocacalles hasta San Lázaro. Los nubarrones grisosos no han desalentado a los entusiastas, que se disponen a recorrer lentamente el largo trecho hacia la Colina, precedidos por la Banda del Cuartel General, que los estudiantes le pidieron prestada al brigadier Herrero. A Carlos lo acompañan Nene y las nietas. Detrás de los jóvenes ruidosos y risueños va otro auto, con el capote igualmente plegado, conduciendo a las hijas. Terina baja corriendo las escaleras y anuncia que no se perderá la fiesta.

Se comenta alegremente que jamás llegó al Aula Magna de la acrópolis un cortejo tan festivo rodeando a un nuevo rector. Entre vivas y hurras, despliegan una manta sobre el frontón de la Facultad de Medicina, ¡Bienvenido el más sabio de los buenos y el más bueno de los sabios! El recinto está abarrotado y el maestro será conducido a su sillón, en hombros, por un tropel de estudiantes.

Luego se hace el religioso silencio que tanto pondera el periódico. Cuarenta años lleva al servicio de la patria en la investigación y en la enseñanza. Nada, sin embargo, le ha conmovido tan profundamente como esa recepción el día en que se cumple el ideal de su vida. La efusiva explosión de agradecimiento que le humedece los ojos sale evidentemente del corazón. Terina juraría que Julio, a su lado, toma notas para el diario. Pero es el joven andaluz, que se incorporó al séquito en el Parque Maceo, quien le pide permiso para ocupar un asiento vacío que ella parecería haberle reservado, poniendo allí guantes y sombrilla. Compartir con él las palabras de Carlos será empezar a volverlo, un poco, parte de la familia.

La modernización de la enseñanza es su sueño. Hace falta una formación metódica. No bastó la inspiración del poeta a quien se la encomendaron en los tiempos de la primera intervención para luego tener que llamar a Fry. Tampoco la sabiduría autodidacta de un filósofo ilustre, como Varona. Intervino la política con su obra perniciosa: capricho y antojo hacen y deshacen cátedras y escuelas con poder discrecional. Necesidades electorales y vanidades infecundas motivan, malamente, decisiones académicas.

Definir y obtener la deseable autonomía es la gran meta. Por feliz coincidencia ocupa la primera magistratura Alfredo Zayas, con quien compartió, en los comienzos de la república, la tarea de formar el Partido Nacional Cubano: ninguna organización política ha alcanzado tal dimensión. Y está en la Secretaria de Instrucción Pública Francisco Zayas, antiguo y querido camarada de aulas universitarias en tiempos de Felipe Poey. Gracias a ambos, que se han comprometido, la Universidad podrá manejar sus asuntos con plena independencia. Una auténtica autonomía le devolverá dignidad al doctorado, convertido

en patente de corso para encontrar empleo, cuando sólo deben ostentarlo quienes lo merezcan por investigación y trabajos originales. Hay que garantizar, por otra parte, la alta calidad del profesorado mediante un sistema impecable de ingresos y ascensos.

Como al conjuro de una lámpara de Aladino habrá de brotar una ciudad universitaria donde los jóvenes, gracias a la vida en común, ganen en espíritu de solidaridad y convivencia el sentimiento de amor conciudadano que tanta falta está haciendo. A la juventud universitaria le tocará la tarea de regenerar a la patria cubana.

El tío Carlos frota, entusiasmado, la lámpara. Hay que crear una Asociación de Graduados con el espíritu que reina en Harvard y en otras instituciones semejantes, engrandecidas por el apoyo de quienes, con nieve ya en las sienes, no dejan de velar por su Alma Mater. Salvando los tiempos, las generaciones se darán la mano para encaminarla hacia el cumplimiento de su misión rectora en la sociedad cubana.

Porque imagina una universidad a la vez rigurosa y práctica, de excelencia, vinculada a los órdenes más diversos de la vida nacional y capaz de difundir la cultura a todas las clases sociales. Una universidad con el ímpetu para vigorizar el espíritu cívico y el nacionalismo de la juventud: "Una Universidad moderna de una república moderna, enclavada por la mano del destino entre las dos Américas y la entrada del Golfo, para ser el foco a donde converjan todos los resplandores de la civilización americana". La fantasía de una isla utópica y predestinada ha aflorado. Los jóvenes asumirán el legado precioso de los libertadores y la Universidad será, real y verdaderamente, una Universidad Nacional. Así, cuando le llegue a su vida el momento de declinar, como lo hace el sol en el ocaso, podrá contemplar regocijado su propia obra y dormirse blandamente en su seno.

En Malecón 93 habrá ruido y música hasta muy tarde y Aurelio será acogido, efusivamente, como si ya fueran novios. Las muchachas han llevado músicos y la fiesta se arma en grande, con sones, danzones y foxtrots, entreverados con *Siboney* de Lecuona, interpretada por Nena, y *I'll see you in Cuba* de Irving Berlin, estrenada por Gutiérrez Lanza. Huberto se ha quedado en una butaca de mimbre, cerca del piano, y si no fuera por los espejuelos negros, nadie supondría que no ve. No falta quien se acerque para felicitarlo por la designación de Willy su hermano en la delegación cubana que, encabezada por Cosme de la Torriente, ha partido hacia Ginebra. Él se muestra muy complacido. Aunque sus vidas se parezcan tan poco, es el más querido de sus hermanos. Nena, que no baila, lo deja solo de cuando en cuando para sentarse un poco al piano y él permanece muy atento, con las manos cruzadas, sin perturbarse. Las niñas se le acercan porque lo fantasean

como personaje de novela, arropado en un aura romántica, y él les cuenta historias de su infancia en Nueva York, en tiempos de la emigración, cuando vivían en la penuria porque el padre donaba para la causa lo que ganaba dando conciertos y un día tuvo que vender un anillo, con un gran rubí, que le había regalado el Káiser; de la ópera *Patria,* compuesta y estrenada en Nueva York y dirigida luego en el Tacón de La Habana por el holandés acriollado; del tío Armando, pintando la caída de Maceo en San Pedro sobre un fondo dramático de palmares tupidos, enhiestas las palmas como columnas monumentales, con fúnebres penachos de un verde tan oscuro que parece negro; de aquel otro lienzo, que acabó por sucumbir a la humedad, de Colón encadenado, conservado por la abuela Rosario cuando el tío se fue a la manigua. Habla de los colores como si pudiera apreciarlos y del pasado como si todo siguiera ocurriendo en un presente perpetuo. No es la primera vez que las nietas de Carlos escuchan esos relatos, pero al marido de la prima Nena lo rodea una paleta misteriosa de luces y de sombras. Aurelio será muy solicitado, en cambio, por lo bien que baila el danzón y el foxtrot y las niñas se lo disputan muchas veces a Terina. Quieren saber cómo ha ido a dar a Cuba y él les cuenta que La Habana lo encandiló desde siempre por tanto que le oyó decir a su padre, capitán de la marina mercante, que hacía regularmente la travesía entre Barcelona y La Habana.

Muchas veces salen los novios al portal esa noche, atraídos por el ir y venir del mar y las ráfagas olorosas a yodo y salitre. Son más de las diez cuando él le recuerda que Consuelo madre está sola en la casa de San Lázaro, sin otra compañía que la de *Prince*, el pomerania, y la vieja Socorro, ya casi sorda y, más que nunca, de pocas palabras. Luego le contarán que lo han visto salir del Centro Andaluz, pasada la medianoche, con una cantaora recién llegada de Cádiz. Con lujo de detalles le describen el paseo por el Prado, bajo los laureles, a la luz discretísima de las farolas, y la cena tardía en el café del hotel Telégrafo. Terina ya sabía del amor. Ahora empieza a descubrir los celos.

Mientras el noviazgo se va asentando, entre episodios tormentosos, escucha de lejos las peripecias, cada vez más enredadas, de la política. La admiración por Carlos le hace imaginar que, por muy deleznable que sea lo que está sucediendo abajo, allá arriba en la colina universitaria hay un hombre probo y visionario, velando por la república. De Zayas no se oye nada bueno: que su manga ancha tolera la corrupción y que, para ponerle un hasta aquí, Enoch Crowder no deja de mandarle memorándums que capotea con su proverbial astucia; que ha hecho traer los restos del hermano Juan Bruno, para enterrarlo con grandes honores en el Cementerio de Colón y desviar la atención del fraude de su hijo en la Lotería; que los afanes de Carlos

para despertar conciencia desde la Universidad, encuentran eco en movimientos cívicos como “El Grupo de los Cien” y la “Asociación de Buen Gobierno”, que sirven de plataforma a jóvenes empresarios e intelectuales armados del lema “Moralidad y Eficiencia”. Ferrara desde la Cámara y Julito desde el bufete mantienen distancia con un liberal que no tuvo reparos en darle la espalda al viejo José Miguel, muerto en el exilio neoyorkino.

La muerte del padre le dejó a Julito un agrio sabor de culpa. No puede dejar de pensar que su enfermedad fue la causante del viaje y el viaje de la pulmonía. Además, ha pasado por alto las persistentes advertencias de Julio y ha renunciado a la improbable neutralidad del bufete para rondar peligrosamente la política activa. La culpa se le acentúa pero no puede resistirse a una inercia que lo arrastra. Así va a dar a Washington, encabezando con Fernando Ortiz una selecta delegación de liberales que denunciará ante Sumner Welles, en el Departamento de Estado, el fraude electoral que, bajo el ala protectora de Menocal, le ha entregado la presidencia a Zayas. De esa visita surge la tutela de Crowder, un mal menor, supone, si con eso se logra evitar la corrupción. Ferrara vuelve a Cuba acompañando el cadáver del viejo de Villaclara y, acto seguido, se reincorpora a la política, combatiendo duramente al amigo de otros tiempos, desde *El Heraldo de Cuba,* una trinchera muy útil que supo adquirir a tiempo. A Gómez le advirtió que era imposible esperar nada de los americanos: incapaces de entender los problemas y la psicología de los cubanos, toleraron el triunfo dudoso de Zayas.

Mientras Consuelo, imbuida de una insospechada pericia práctica, inicia con el marido ciego una empresa montada en el conocimiento musical de ambos y en las conexiones que les proporciona el Conservatorio, Terina traduce cuentos para una revista que se propone demostrar que el corazón de La Habana late al unísono con el de las capitales culturales del mundo: se llama *Social* pero, como *La Habana Elegante*, entrevera frivolidades con cultura. Las dos hermanas van juntas al teatro, a conciertos y conferencias, a veces solas y otras en compañía de Huberto, que se empeña en hacer el simulacro de una vida normal. Aurelio los espera, casi siempre, a la entrada. El año de 22 se va volando, entreverado con un sabroso anecdotario político, que las hermanas reciben a través de Julito. Ya se cumple un año de la investidura de Carlos como rector cuando el Aula Magna vuelve a abrirse para recibir a un gran emisario de la autonomía universitaria procedente del sur. José Arce, rector de la Universidad de Buenos Aires, recibirá el doctorado Honoris Causa. Aurelio aplaude: “Los aires de libertad vienen ahora del sur y qué bueno. Ojalá que tu tío sepa montarse en esta racha.” Terina le recuerda que Carlos, hace un año, ha clamado en ese mismo recinto por la autonomía.

Nadie imaginaría que los acontecimientos van a precipitarse tanto. Mientras los amantes del teatro disfrutan la leve presencia en La Habana del comediógrafo Benavente, en la Colina se gesta una Federación de Estudiantes dispuesta a hacer mucho ruido y en Palacio empieza a soñar Zayas con la reelección. El 12 de enero del 23 Carlos llega optimista a la casa de Malecón, donde las hijas y las sobrinas esperan impacientes su regreso: en la Universidad ha estallado una huelga. Max Henríquez ha opinado: "Es admirable que los jóvenes hagan suyos los ideales y las virtudes de Martí y que quieran desalojar a los mercaderes del templo. Pero cuidado, porque me da la impresión de que estamos en Cuba escuchando a una gran orquesta donde, sin embargo, hay muchos que tocan instrumentos que no conocen." No dice que le toma la idea prestada a un artículo recién aparecido en *Alma Mater,* firmado por Lord Mac Partland. Tampoco dice que Julio Antonio Mella Mac Partland, el autor, es ya secretario general de la FEU, ni que la frase se la tomó prestada al rector de Buenos Aires, cuya reciente visita sirvió para prender la mecha.

"Me han dado un voto de confianza", les informa Carlos. "Por un momento creí que se me escapaba todo de las manos. Mella es impetuoso y habla como los jacobinos en las tribunas de la Convención. Presidíamos Varona y yo. Imagínense a un joven con perfil griego y cabellos ensortijados, apuesto como un discóbolo, pero de tez aceitunada y ojos flamígeros, que empieza un discurso en tono de arenga: 'Vengo a dejar que salgan las palabras de mi boca como brota sangre por la herida, porque sangre son mis palabras y herida está mi alma al contemplar la Universidad como está hoy'. Y, acto seguido, anuncia que pondrá al descubierto todas las lacras de la Universidad. Fue difícil no dejarse llevar, no contagiarse del desplante tribunicio, de la sinceridad, del ardor, del ímpetu juvenil. Tuve que hacer un gran esfuerzo para encaminar la asamblea desde la dignidad del Rector, desde la responsabilidad del guardián de los intereses supremos de la Universidad. Porque a la Universidad no podemos arriesgarla. Ellos saben bien que yo fui el primero en clamar por la autonomía. Hubo un escarceo verbal entre él y yo. Lo aprecio y lo respeto, hasta diría que me gustan sus desplantes, pero no podía yo permitir que se pusiera en riesgo a la institución. Expliqué, pues, que había sugerido ese recinto para la asamblea porque allí están protegidos los estudiantes y que, por primera vez, un Rector presidía un acto de la Federación en esa casa de los estudiantes y los profesores. Pero que no toleraría ofensas para nadie en mi presencia y que, si llegaran a formularse, me retiraría para dejarlos en plena libertad de expresarse, confiando en que sabrían respetar aquel recinto sagrado. Y sentí que debía hacerlo: advertí que si me faltaba el apoyo de los profesores, o de los alumnos, porque unos y otros integran la

comunidad universitaria, presentaría de inmediato la renuncia".

Terina entiende los calificativos de enérgico y severo que un periodista, hace un año, le atribuyó y siente orgullo de que ese personaje multifacético sea el hermano de su padre. Max, entusiasmado, quiere saber el desenlace. Carlos prosigue: "Mella me pidió entonces que le permitiera continuar en el uso de la palabra. Lo hice. Habló enseguida de su alma grande y su corazón noble, y yo creo que en efecto los tiene pero debo confesar que no me parece muy loable que alguien se jacte así de sus propias virtudes… Yo le respondí que mi alarma no se debía a que se hablara de ideales con los cuales estoy perfectamente identificado, caiga quien caiga y pase lo que pase, sino a que no era el sitio ni el momento para hacer acusaciones *ad hominem.* Mella dio su palabra de honor de que no pretendía ofender a nadie desde esa tribuna y propuso reorganizar a la Universidad para desde allí, reorganizar a la Patria. Retomaba mi discurso inaugural, si mal no recuerdo."

El optimismo de Carlos se irá mellando muy pronto. Le dieron, en efecto, un voto de confianza para realizar la reforma universitaria. Pero, junto a las demandas de autonomía, modernización, reforma de estatutos y representación paritaria en el Consejo se insiste en la renuncia de Rafael Menocal a la cátedra de fisiología. Sus más de sesenta años empiezan a pesarle. Zayas no responde a las expectativas porque, con su flema proverbial, confía en que el rector y los estudiantes se cansarán antes que él. El mes de enero se le va al rector en arduas negociaciones con dirigentes estudiantiles que le refrendan la confianza pero redoblan, día con día, las exigencias y con un presidente que dice que sí pero no dice cuándo. Los acontecimientos van acelerándose y, a pesar de que se resiste a reconocer el desgaste físico y anímico, se siente, con alarmante frecuencia, muy fatigado. Sin embargo, se dispone a recorrer a pie el 24 de enero, al frente de sus muchachos, el largo camino desde la Colina hasta Palacio. Es magna la manifestación y en un orden irreprochable. El Rector entregará al Presidente un proyecto de autonomía y de reformas de fondo. Zayas, que nunca ha dicho abiertamente que no, promete y promete. La larga caminata a pleno sol, aunque es un sol benigno de fines de enero y una señora de tantas asomadas a los balcones le hace llegar, compadecida, un sombrero de jipi, lo dejará muy debilitado. "No me quiero dar cuenta, Nene, de la edad que tengo. Sólo cuando me canso tanto como me he cansado hoy tengo que aceptar que empiezo a envejecer. Acabo de lograr que el Consejo apruebe la decisión del Claustro de reformar los estatutos, pero la Universidad que yo he imaginado, la autonomía que yo he buscado están lejos, ahora empiezo a darme cuenta, y no estoy seguro de que estos muchachos, tan jóvenes, tan arrebatados, tan llenas las cabezas de

fantasías, quieran la reforma universitaria: Quieren mucho más, quieren transformar el mundo… Te confieso que también a mí me seducen con su apasionamiento, con su fervor romántico. Pero a la vez me asustan un poco: desconfío de los redentores, de los que pretenden hacer tabla rasa y empezar de cero. Y ésta es una generación mesiánica que quiere convertir esta isla nuestra, siempre al garete, en la Isla de Utopía."

Un mes después pedirá licencia por enfermedad. La autonomía, aprobada en la Cámara, no se ha traducido en hechos. Las presiones estudiantiles desbordan al nuevo rector, que pretende disciplinarlos a golpes de autoridad. Mientras Pau Casals toca en el Auditorium, La Habana es un hervidero: en el gran salón de la Academia de Ciencias, donde homenajean a una poetisa uruguaya, trece jóvenes iracundos encabezados por el poeta Martínez Villena hacen oír una protesta indignada contra un decreto de Zayas que autoriza la compraventa del viejo Convento de Santa Clara.

Carlos, cuya vieja amistad con Zayas se ha enfriado, recibe esa tarde en la casa de Malecón a algunos de los protestantes: Mañach, Marinello, Lizaso y los dos poetas fogosos, Tallet y Martínez Villena. "Muchachos", les advierte, "esta casa siempre estará abierta para los universitarios. Y este viejo profesor siempre estará dispuesto a escuchar sus agravios, a celebrar su valentía y a recomendarles parsimonia y prudencia… Es mi deber hacerlo aunque bien sé que, a la edad de ustedes, el mundo sólo tiene dos colores: blanco y negro. O rojo y negro, si ustedes lo prefieren".

Ese año se irá con Nene y con Margot, la soltera, a pasar con el hijo Carlitos, que está en Washington de secretario de la embajada, la mitad del verano y todo el otoño. Cucú, su marido y las nietas los alcanzarán en octubre, después de una breve estancia en Nueva York, donde Armando ha visitado a clientes del bufete. Sin cansarse demasiado, y dándose tiempo para paseos, teatro y conciertos, disfruta como hace años que no lo hace, el Museo de Historia Natural y el intercambio con colegas de la Smithsonian. Allí sabrán que el ministro de Cuba en Londres, que es hijo de Calixto García, hace campaña contra el gobierno en plena Habana y organiza, contra Zayas, el movimiento de Veteranos y Patriotas, mientras que Pancho Zayas, el otro viejo amigo, deja la Secretaria de Educación para irse a París de embajador. "Iremos a visitarlo la próxima primavera. Ojalá que siga siendo el Pancho de siempre ahora que, sin haberse atrevido a dejar a tiempo la política, la política lo está dejando a él." En diciembre Carlos solicitará, por fin, la licencia definitiva, sabiendo que no podrá abstenerse de volver a la cátedra pero convencido de que la aventura de la rectoría habrá sido su última incursión en el resbaladizo terreno de los tratos con el poder. Ese mismo día Alfredo Zayas, en la finca

que lleva el nombre de su mujer, acepta “el insigne honor” de buscar la reelección, sin preocuparle que viejos como Varona y Sanguily y jóvenes como Marinello y Villena enarbolen contra su administración venal la bandera de la honestidad, advirtiendo una vez más: “La patria está en peligro”. Menocal, mientras tanto, regresa de Europa para aceptar, de nuevo, la postulación de los conservadores.

Cuando Carlos se entera, tardíamente, de que en septiembre ha muerto en la plaza de toros de Bayona Carlitos Aguirre, alcanzado por un estoque proyectado hacia los palcos del tendido por un súbito desplante del toro, su reacción parecerá desmesurada. Se trata de un sobrino de la mujer de Julito y de la mujer de Ferrara, pero esos parentescos a él no le tocan. Sin embargo se conmociona, presintiendo que es el augurio de algo que no alcanza a precisar, pero que le tocará muy de cerca. Revisando periódicos acumulados de varios meses registra noticias para ponerse al día. Sigue pensando, con Hegel, que la lectura de las gacetas es la oración cotidiana del hombre pensante. Así va a descubrir un vistoso titular: “Todo tiempo futuro tiene que ser mejor”, proclama, y es, ni más ni menos, el lema del Primer Congreso Nacional de Estudiantes que ha presidido, en octubre, Julio Antonio Mella. “¡Caramba!”, exclama, “semejante optimismo no deja de ser refrescante. Hace unos cuantos años apenas, también yo lo habría suscrito. Hoy lo pensaría dos veces”. Sin embargo, hay que reconocerlo, los estudiantes tienen motivos para imaginarse dueños del futuro: han vencido todas las resistencias del Presidente, han hecho expulsar a la mayoría de los profesores objetados, han obtenido una Comisión Mixta, que Mella encabeza con el profesor Hernández Cartaya, para reformar estatutos y preparar un proyecto de autonomía, y para enero, se constituirá la tan deseada Asamblea Universitaria, integrada por estudiantes, maestros y graduados. El apolíneo atleta del Vedado Tennis Club tiene buenas razones para suponer que el futuro le pertenece.

La turbulencia del amor
La Habana, 8 de mayo de 1926-24 de diciembre de 1931

8 de mayo. - Releyendo los diarios de mi padre, he sentido este impulso. Es, quizás, una manera de devolverlo a la vida, haciendo mío un ritual que fue tan suyo. ¡Me hacen tanta falta su voz, sus palabras! Has vuelto a irte a Nueva York. Un día como este, hace cinco años, recibí una postal tuya donde me hacías saber que acababas de instalarte en Church Street. Volviste. Estabas aquí cuando murió Carlitos mi primo, en Washington, y en La Habana Carlitos mi hermano. Tan inesperado que no lo podíamos creer: los dos casi al mismo tiempo y por efecto de la anestesia, en dos operaciones semejantes. Los hombres se van yendo y las mujeres nos vamos quedando solas. Te rogué que no volvieras a hacerlo. Dices, chiquillo, que quiero tenerte pegado a mis faldas. Yo creo que te asusta un sentimiento como el mío, tan profundo y tan intenso. Querer así, estar enamorada, es una enfermedad, un padecimiento del cuerpo y del espíritu, ya lo sé, pero no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Me muero porque te amo, pero esta angustia, esta locura, me mantiene viva y no sabes el miedo que siento de quedarme deshabitada de este amor que no me deja vivir y que me mataría si dejara de habitarme. Porque tú me colmas, amor mío, y eres como un árbol cada vez más grande que me ha ido creciendo adentro. Tengo las raíces de ese árbol metidas en el corazón y con tu lejanía es como si hubieras arrancado una raíz y el corazón me duele muchísimo. Empecé a escribir un diario y estoy escribiéndote una carta: voy a copiarla y la tendrás, porque es para ti. ¿Sentirás tú los mismos deseos de hablar conmigo? ¿Sentirás los mismos celos?

12 de mayo. - Fui esta tarde a una conferencia de Vasconcelos. Habla como un iluminado, como un profeta, aunque el profeta, dice él, fue Madero, al que asesinaron para acallar la voz histórica y milenaria de una raza cósmica, que él imagina portadora de una energía insospechada. Habla de destino, de misión, del interés de la humanidad. Carlos opina que refleja, a la mexicana, el espíritu de esta época. Dice que el mundo es otro después de la guerra: todo se tambalea. Se han caído en Europa las casas reales, hay una revolución en Rusia y otra en México, y por todos lados surgen personajes que pretenden cambiar al mundo con sus ideas, llámense Lenin o Primo de Rivera o Mussolini, o Kemal Ataturk. En La Habana nunca ha habido tanta efervescencia. No me dices nada de los pañuelos con iniciales que te mandé con Julito, aprovechando que pasaría por Nueva York.

Por cierto que tuvo mucho éxito en Washington: Calvin Coolidge, que tiene fama de hermético, le celebró sus *brilliant and spirited remarks* y felicitó a Machado por tener cerca a un hombre tan inteligente. El candidato de mi hermano era Mendieta, pero los liberales acabaron por cerrar filas para derrotar a Menocal y el que tenía todas las de ganar era Machado, que es más simpático y más populachero. Machado ha inaugurado una estatua de Zayas en el parque que está detrás de Palacio. Los estudiantes habían atacado a Zayas, pocos días antes, desde el pedestal que él mismo había hecho levantar para su estatua. Y él, con su flema, comentó sin inmutarse: "Hoy me lanzan insultos, me tiran piedras: mañana serán flores. Yo he permitido las críticas más despiadadas porque creo en las libertades publicas. Y eso que tuve que gobernar en la cuerda floja. Y eso que he gobernado, acosado por el procónsul, una república asediada, con 400 *marines* en Camagüey." Julito se muere de risa imitando al "chino" Zayas, cuando se precia de no ser un aristócrata como Menocal, que le dejó veinte mil dólares en facturas sin pagar, "de faisanes y de rosas".

20 de mayo. - Hoy tomó posesión Machado y develó la estatua de Zayas. Hay buen ambiente y todos le aplauden que haya prometido solemnemente no reelegirse y que en cuatro años pedirá la abolición de la Enmienda Platt.

5 de junio. - Encontré una de tus postales de hace seis años que había yo guardado dentro de un libro de Amado Nervo. Hablas de un desengaño que avivaba tus recuerdos y tus melancolías, haciéndome una confidencia a medias, como si hablaras contigo mismo y no midieras mi sufrimiento. Una confidencia de algo que te había dicho una mujer, algo que suponía intimidad, y me lo decías como si fuera tan natural que yo recibiera tus confidencias con tolerancia maternal. Ya sé que la culpa la he tenido yo, que no puedo dejar de dispensarte esa especie de complicidad que tienen ciertas madres con los hijos que no se la merecen. No me importa reconocer esa debilidad porque no me interesa presumir de nada frente a ti que, en cambio, te la pasas presumiendo de experiencia y eres tan soberbio y tan suficiente. He decidido mandarte cada página de mi diario, no sólo las que me salen, sin que me lo proponga, dirigidas a ti, porque así me hago la ilusión de que convives conmigo.

23 de junio. - Julito en México, para negociar una concesión del servicio de larga distancia para la International Telephone, la compañía que preside Sosthenes Behn, al que conocimos en Nueva York, y de la cual es abogado. Acababa de regresar de España, a donde fue también por asuntos de la compañía. Ferrara ha dejado el bufete y Julito ocupa ahora el primer lugar en la firma. Sus éxitos compensan un poco a mamá de la pérdida de Carlitos, a quien ella quería tanto, quizá por lo mucho que se le parecía. Tan robusto y saludable, con esa

complexión de hierro. Y ya ves… Mamá le perdonó sus dos divorcios y estaba encantada de que, por fin, encarrilara su vida con una buena muchacha cubana. Le duró poco el gusto, sin embargo. No le dejó ningún nieto. Tampoco se los ha dado Julito, hasta ahora. Ni mi hermana Nena. Julito se ha hecho cargo de nosotros, sabiendo que papá nos dejó algo, pero no demasiado. Le ha regalado a mamá, por su cumpleaños, acciones de la Cuban Telephone. Mamá lee, en alta voz, la entrevista que le hacen en *El Heraldo* al único varón que le queda. Él explica las gestiones que hizo ante el gobierno de México para obtener la devolución de la planta, que había sido incautada desde 1915. Se refiere a la trascendente obra de reconstrucción nacional que ha emprendido Plutarco Elías Calles, el actual presidente, y augura días de prosperidad y riqueza para un país que sólo necesita de una paz perdurable para convertirse en una de las naciones más ricas y poderosas de la tierra. A mamá se le llena la boca con las palabras de su hijo y yo no puedo evitar que me dé un poco de risa ese tono solemne y afectado, sin nada del *sense of humour* que tanto le elogió Coolidge. Sirvió para enterarnos de que tenemos en La Habana el centro telefónico mayor del mundo y 40 mil teléfonos, mientras que México, con 15 millones de habitantes, apenas cuenta en todo el país con 50 mil. Prefiero al Julito que se sabe la vida y milagros de todo el mundo. Apenas acababa mamá de leer la entrevista cuando él iba subiendo las escaleras y, con desenfado, se acercó a darle un beso y a quitarle el diario de las manos. “Tengo algo mejor que contarles”, nos dijo, mientras le pedía a gritos a Soco que le trajera una jarra de limonada con mucho hielo. “Figúrense que Catalina Lasa se ha enamorado de Juan Pedro Baró y los dos se han fugado sin pedirle permiso a nadie. Dicen que Pedrito Estévez está inconsolable.” Luego añadió que el amante de Catalina Lasa es el nieto, o acaso el bisnieto, del Pedro Baró que se casó con Rosita Cuní, la prima de papá y de Carlos. “¡Las vueltas curiosas que da el mundo!” agregó. “A papá le oí contar más de una vez que a Carlos le encomendaron, cuando se fue a estudiar a Madrid, a un Pepe Baró que era hijo de la prima Rosita y de Pedro Baró, que había heredado de un industrioso catalán que fue su padre la línea marítima donde viajaron. Pocos años después, Carlos se haría cargo de la educación de Pedrito, el hijo de Marta Abreu. Pero me temo que descuidó la educación sentimental del hijo de su benefactora o, a lo mejor, no había materia prima propicia, porque todos sabemos que al tío Carlos siempre le han gustado mucho las mujeres y dicen que Catalina va a ir a ver al Papa, para pedir la anulación del matrimonio y, si se la dieran, toda La Habana juraría que fue un matrimonio blanco…” Excuso decirte la poca gracia que le hizo la historia a mamá que, tú la conoces, no tiene ningún sentido del humor y menos para esas cosas. Lo llamó irreverente y lo dejó con la

palabra en la boca. Yo, en cambio, le reproché la frivolidad de contarlo con ese tono, aunque no hay como él para poner una cara tan seria y decir cosas tan cómicas y, a la vez, tan agudas. “En este país”, me respondió, “no se pueden tomar las cosas más que a la ligera. Ligereza: ese es el *genius loci* de esta ciudad donde nacimos.” Ahora que me he quedado sola me he puesto a pensar en ella, en esa mujer enamorada, y me parece admirable que haya tenido el valor de amar demasiado, de amar por encima de todas las conveniencias y de arriesgar su reputación, su “buen nombre” como diría algún cursi, para atreverse a querer con pasión. Te imagino pensando en lo ilusas que somos las mujeres y diciéndote que yo no sé de que estoy hablando, o a lo mejor, si te entraran celos —¡cómo me gustaría darte celos!— temeroso de que tu novia, a la que abandonas a cada rato, pueda caer en la tentación. Celos: unos celos fieros me muerden a veces las entrañas. Me has dicho que por ninguna mujer sentiste el amor que por mí sientes, pero eso no me tranquiliza: creo que me pones en un nicho y así te sientes libre de jugar con tus deseos y me atormenta pensar en los que hoy, en este momento, tan lejos de mí, puedan acometerte.

5 de agosto. - Me dices que tu empleo podría peligrar y te confieso que no lo lamento, porque eso te devolvería a La Habana y Julito te ayudaría, yo te lo aseguro, a abrirte paso. Aunque me mandas una fotografía donde posas, con aire reflexivo y un dedo en la sien, reclinado en uno de los leones de la escalinata de la biblioteca de la 5a Avenida, yo te veo rodeado de *flappers* que fuman y bailan charleston y, enseguida, prendiéndole el cigarrillo a una muchacha en traje de baño que se pasea con un grupo de amigas igualmente desvestidas y desenvueltas a la orilla del mar. *Beside the sea is where I’d like to be, there are lots of girls beside the sea*… He visto una fotografía de Atlantic City, donde una banda de chicas arrastran hacia el mar a un montón de muchachos tirados en la arena, encantados de la vida aunque gritan y simulan resistirse, y nada me cuesta imaginarte en una escena parecida. La noticia de que has entrado a un equipo de football inglés me da gusto por aquello de *mens sana in corpore sano,* pero mi fantasía te rodea de chicas *It,* como Clara Bow y de criaturas irresistibles, como Louise Brooks. En pocas palabras, *I picture you amongst all kind of dangers,* léase *pleasures*, porque tienes una cabeza muy trastornada y eres loco y eres egoísta y luego me vienes con que tú eres el que más sufres y me dan ganas de estrujarte. Lo peor es cuando me despierto y, todavía medio dormida, tu vida se me va apareciendo como en un cine y te veo baila que te baila, fuma que te fuma, ríe que te ríe, con pantalones de franela y chaquetilla marinera, con traje blanco de dril y *canotier*, siempre de punta en blanco, presumido y chicoleando niñas y luego te veo desencajado, lleno de deudas, sin trabajo y yo, que le

tengo tanto miedo a la muerte, preferiría que me llegue antes de verte pasando necesidades. Ya ves si eres egoísta, que no piensas en mis torturas, en mi angustia por ti, que eres lo que más quiero en el mundo. ¿Cómo decírtelo para que lo entiendas? Lo único que importa en esta vida, lo único que vale la pena, aunque haga sufrir como a mí me hace sufrir —perdóname que no crea en que tu también sufres— es el amor y este sentimiento mío tiene de todas las ternuras y de todos los apasionamientos que esta alma mía, dulce y ardiente al mismo tiempo, encierra.

13 de septiembre. - A veces pienso que no me quieres tanto como tú dices. De otro modo, ¿cómo explicarme tus faltas de juicio? Luego se me ocurre que los sentimientos varoniles son absolutamente diversos a los nuestros (pienso, chiquillo, en todas las mujeres). Ustedes, cuando quieren, quieren sin esos pequeños detalles y matices del alma que hacen toda la diferencia. Te confieso que los nuestros, nuestros sentimientos, los matices de nuestra alma, son más delicados y más perfectos. Cuando fui descubriendo esa diversidad yo sufría todavía más pues, tonta de mí, llegué a creer que no me querías bastante. Ahora, que he tratado de educar mi comprensión, siento a veces esos resquemores, pero acabo reconociendo que no es capaz tu alma masculina de sentir como la mía. Releo un cuaderno de cuando todavía estabas acá. Uno de esos días te esperaba yo en una banca del Prado. Tardaste mucho. Al llegar, me besaste como distraído, te sentaste, sacaste la pitillera y me ofreciste un cigarrillo. Entonces sentí que no estabas conmigo sino con alguno de tus amigotes (hoy creo, más bien, que venías de estar con alguna amiga, de esas que hoy abundan, aficionada al vicio). Otro día nos habíamos encontrado en un concierto. Era una mañana de domingo. Venías con poquísimas ganas de hablarme y, mientras empezaba el concierto, te dedicaste a devorar las páginas de un librito de García Lorca que, después, me ordenaste leer enseguida porque tenías que devolverlo. No hice ningún gesto de molestia, ni de sorpresa, y procuré pensar en un lago sereno para serenarme yo y sentirme feliz de esa victoria sobre mi excesiva sensibilidad. No todo lo que aparece consignado en el cuadernillo es de ese jaez. También hay lágrimas dulces, de esas que llegan con la emoción y el dolor, delicioso, de amar. Ese día me miré en tus ojos y la emoción fue tan honda, tan dulce, tan intensa como jamás la había experimentado: escribí, Aurelio, que este amor mío se iba perfeccionando, purificando, volviéndose cada día más sutil, porque se iba enriqueciendo con lo más hermoso y más tierno que hay en mi ser.

9 de marzo de 1926. - Julito, de cuando en cuando, viene a hacerme confidencias. A veces me habla de sus dificultades con Lillie, por ese carácter tan áspero que ella tiene, o de su salud, siempre tan frágil, o

de sus negocios. Una que otra vez viene a hablar de política. Hoy me pidió discreción y estas líneas se quedarán conmigo. Si él estuviera aquí, mi Aurelio, me costaría trabajo no hacerlo partícipe, pero uno nunca sabe la suerte que puede correr una carta. Machado le pidió que invitara a almorzar a Ferrara y María Luisa. Parece que había entre ellos cierta frialdad. Queriendo romperla, el propio M. pasó por la oficina de F. , entró sin hacerse anunciar y saludó, a diestra y siniestra, a telefonistas, mecanógrafas y abogados. "Te vengo a buscar", le dijo, "para que vayamos a almorzar a casa de Julito de la Torre. María Luisa está avisada, y nos alcanzará allá." Cuando terminó el almuerzo, las mujeres se quedaron conversando en el comedor, y los hombres subieron al despacho, en el piso alto. M. habló largamente del Partido Liberal: muchos candidatos (Vázquez Bello, Carlos Miguel de Céspedes, Zayas Bazán) para una sola presidencia. No tendría más remedio que aceptar, al cumplirse su periodo, la reelección. Ni J. ni F. se lo esperaban. F. lo interrumpió: "¿Cómo? ¿Antes de terminar el año piensas ya en la reelección, que es la peor de las enfermedades de América Latina?" M. habló de su plan ambicioso de obras públicas, de empréstitos que querría pagar antes de dejar el poder, de su compromiso con la oposición conservadora, de mantener unidos a los liberales. El énfasis, dice Julito, lo puso en otro argumento: el pueblo cubano, está convencido, tiene más confianza en él, como persona, que en su gobierno. Julito estaba perplejo. F. insistió: "Las elecciones, aunque sean un fermento de inquietud, son el menor mal posible: cualquier otra cosa es peor y, si alguien goza del fervor popular, no debe rehuir el demostrarlo en comicios. Sin elecciones no hay democracia: hay dictadura, tiranía, despotismo." Julito me ha confesado: "Me desagrada profundamente que esta conversación haya tenido lugar en mi casa. Yo tampoco creo en la reelección y en esta democracia nuestra tan inmadura, tan precaria, no quiero pensar en lo que podría traernos."

31 de mayo. - A Machado le dieron el doctorado Honoris Causa en Derecho Público. Carlos se alegra de no estar en la rectoría. Julito tuvo que asistir.

21 de octubre. - El ciclón más fuerte que yo recuerde entró en La Habana por la mañana de ayer. El mar se enfureció y muchas casas de Malecón se inundaron. Por suerte, hace ya unos meses que la familia se fue a vivir al Vedado. Si papá viviera, también nosotros nos habríamos mudado. Aquí en San Lázaro, a pesar de las trancas de hierro, se cimbraban las ventanas. Dicen que en el barrio de Jesús María una lámina de zinc decapitó a un hombre. A pesar de que ahora tengo plena conciencia del peligro, los ciclones siguen fascinándome, como cuando era niña. Me acuerdo cuánto disfrutaba entonces de los preparativos, del acopio de velas, de provisiones y de la atmósfera de

expectativa que empezaba a instalarse en la casa. El ciclón rompió los vidrios de la tienda de Nena y Huberto y todo lo que estaba en las vitrinas, partituras, instrumentos, todo, se echó a perder. No volveré a decir que me gustan los ciclones: Nena me ha fulminado con la mirada. Me conformaré, en lo sucesivo, con las tormentas. Miguel Mariano, el hijo de José Miguel, nuestro nuevo alcalde. Machado, molesto. Julito clama por los viejos tiempos, cuando ningún liberal habría sido visto como enemigo por otro liberal. Y, con un dejo de tristeza, me advierte: "Papá quiso preservarme siempre de la política precisamente por eso: porque el poder lo envenena todo, incluyendo la amistad. Hace apenas unos años todos éramos amigos. Ahora…"

21 de diciembre. - Ferrara y María Luisa empacan para mudarse a la Embajada en Washington. Julito, encantado, porque uno de sus mejores clientes, Warren Brothers, construirá la Carretera Central.

20 de marzo de 1927. - Mientras Varona ha sacado un manifiesto para protestar por la interferencia de los americanos en Nicaragua y para repudiar, de paso, la Enmienda Platt, el viejo amigo de Julito anuncia que aceptaría ser reelegido.

21 de abril. - Hace demasiado tiempo que no dejo constancia en estas páginas de nada que me conmueva, que nos toque de cerca a ti y a mí. Y no es porque me falten motivos, que me sobran, sino porque se trata de cosas tan íntimas, tan nuestras, que no me atrevo a dejarlas volando en estas páginas, por temor de que mi pequeño cuaderno negro vaya a caer en otras manos que no sean las tuyas. Tú tan lejos y yo procurando que el tiempo se me vaya pronto e intuyendo, a la vez, que es la vida la que se me escapa sin vivirla como yo quisiera, al lado tuyo, chiquillo mío. Lo que siento es sólo para ti: tú eres el dueño de mis ideas y de mis sentimientos, como lo eres de mi cuerpo, y me repugna sospechar siquiera que otros ojos, que no sean los tuyos, ojos intrusos, pudieran violar nuestra intimidad, esa intimidad vergonzante, que por ahora no es más que de palabras, y sólo existe cuando yo la invoco en este cuaderno o cuando tú, que eres tan avaro con la pluma, necesitas invocarla y te decides a escribirme. Y es que nuestro amor sólo parece real cuando lo ponemos en palabras: hasta hoy no es nada más que un engendro de la imaginación (más de la mía que de la tuya) puesto en palabras que van y vienen cruzando el mar. He arrancado una primera cana de los ricitos que tanto dices adorar y la tengo guardada para dártela: un copito de nieve en el ardiente volcán, ¿qué te parece? ¿Vendrás, como lo prometiste, antes de que termine el año?

2 de junio. - El calor de la estación también caldea los ánimos. Han sacado otro manifiesto los "minoristas" que, aun sin ser explícito, condena las veleidades de reelección. Me simpatizan esos jóvenes, aunque no comulgue con todas sus ideas. En el Malecón, gran

recibimiento a Machado, que vuelve de Washington y anuncia que pidió renegociar el Tratado Permanente y la Enmienda Platt. Fuimos por curiosidad Nena y yo porque llegaba Julito que, como abogado consultor, lo acompañó de nuevo. Incómodo como está, por el cariz que van tomando las cosas, nunca debió aceptar. Me parece estar viendo la cara de papá, que estaría confirmando, una vez más, la debilidad de carácter de mi hermano. Llueve mucho, mientras que en Londres disparan a las nubes para provocar lluvia. Nueva York debe estar ardiendo. En días como éstos le dio a papá la pulmonía. Han pasado doce años. Apenas si han hablado los diarios del vuelo de Lindbergh. El *Spirit of St. Louis,* que cruzó el Atlántico, les pareció menos noticia que las del patio, como decía papá, las de "Cubita bella".

30 de septiembre. - ¡Has visto a la Pavlova! Y me anuncias que ya tienes tickets —¿quién te acompañará?— para los *Ballets Russes.* No podemos presumir de Bronislava Nijinska en *Le train bleu* pero, en cambio, Martha Graham vino a deslumbrarnos con su danza, que a Nena y a mí nos fascinó. ¡Qué desgracia lo de Isadora Duncan! Algo en mí se ha disminuido con esa muerte. Jamás podré ser partícipe de su prodigio, de la incandescencia, en el espacio, de ese cuerpo ingrávido en el que había encarnado el espíritu de la danza y que, por un azar estúpido —¿habrá que llamarlo destino?— se consumió en un instante, asfixiado, estrangulado por una *echarpe* vaporosa, color malva y melocotón. ¡Qué frágil es el hilo que nos mantiene en vida! Te mando una foto en la que estreno un vestido que me trajeron las primas de Palm Beach, donde veranearon. La saya, plisada, es de rayas azul pálidas y el saco, con mangas de kimono, tiene ribetes azul marino claro. El talle bajo me sienta mucho. Busqué, y encontré, unas medias tornasoladas y una *casquette*, acampanada, del mismo tono. Aunque todo lo verás en tonos sepia, espero que mi descripción te alcance para imaginar el efecto y aprobarlo. Me insistió el fotógrafo en que no a todas les queda el corte a la *garçonne.* Aunque Nena siempre siente culpa por dejar a Huberto en la casa, me acompaña al cine dos veces por semana. Nos pareció magnífica Lillian Gish en *Orphans of the Storm,* un título que me atrajo especialmente por mi fascinación por las tormentas. Ninguna como ella logra tal intensidad trágica. Quizá no sólo sea el talento —que lo tiene— sino el contraste entre la mirada tan dulce y el óvalo tan perfecto del rostro con la intensidad de las emociones que viven esos personajes que se le dan tan bien. En *The Thrill,* un paisaje turbulento es el marco de una historia apasionada. La costa inglesa, cerca de Brighton, evoca el desgarramiento de los páramos de Yorkshire. Estoy releyendo *Cumbres borrascosas.*

7 de octubre. - Si vieras cuánto me desagrada que me pregunten,

¿Cuándo te casas? ¿Por qué no te casas? ¡Qué les importa!, les respondo bajito, mientras explico que estás a punto de regresar de Nueva York, donde trabajas en el distrito financiero… Hoy fue una compañera de colegio que un día te presenté, Hortensia Scull, a la salida de misa. El padre había hablado del ardiente amor al prójimo, simbolizado en el lirio blanco. Yo le respondí para mis adentros: "No es verdad. El amor, dueño y señor del mundo, es un trémulo lirio rojo. Y quien lo cultiva en su jardín, se abrasa cada día tocando sus pétalos ardientes." Lo iba pensando cuando, de sopetón, ella, que me deja muda con su pregunta.

15 de noviembre. - He ido al estudio de Wharton, en O'Reilly, a hacerme una secuencia de fotografías. Me hizo posar en más de una docena de posiciones, de frente y de perfil, apoyada en un *paravent* chino, sentada sobre una consola, recargada en una mampara, abrazando un manojo de rosas, sosteniendo entre las dos manos una sola, con peineta y mantilla, primero negra y luego blanca, vistiendo siempre ese vestido de gasa que tanto te gusta, con el collar de ámbar verde y el color naranja, y el de azabache, y el de grageas de cristal color amatista… Todo en tu honor, chiquillo. No importa que no se distingan los colores. Me los puse, igual, para ti.

3 de noviembre. - Que no vendrás para Pascua. Eso me has comunicado, en una postal que parece un cable. Qué crueldad la tuya, cuando me muero por verte, por besarte, porque me susurres algo amoroso al oído. El año a punto de terminar, otro más, y yo con esta sensación de no querer resignarme a que la vida nos deje a un lado y pase de largo. A mí, al menos, porque tú haces tu vida, bien o mal acompañado, como si yo no existiera y, aunque yo creo que la malgastas y la despilfarras, tú te haces la ilusión de estar disfrutando de tu libertad sacrosanta.

18 de enero de 1928. - Carlos opina que es grave la falta de respeto que está mostrando M. por la Universidad, abriéndola y cerrándola a su antojo. Mientras inaugura la escalinata, imponente, no deja de presionar al rector y al Consejo. No le interesa, dice, una auténtica disciplina, generada por consenso, entre alumnos y profesores que se respeten mutuamente: le molesta que los estudiantes se asocien y sólo piensa en desalojar de la Colina a quienes se atreven a hacerlo. Estábamos en la tertulia de Souza, que los viernes por la tarde junta a sus amigos en el consultorio de Malecón, con Juan Gualberto. Se señaló que hubo más libertades públicas en tiempo de Zayas. Juan G. dijo que empieza a oler a dictadura.

12 de febrero. - Lindbergh sobrevoló La Habana. Julito fue de los pocos invitados: volar con el héroe que atravesó el Atlántico en 30 horas ha sido, dice, una de las experiencias más gratificantes de su vida. Se lo comenté a Carlos en la tertulia de Souza y él bromeó: "Dile

a Julito que más le vale bajarse a tiempo de ese avión, que podría acabar estrellándose, en el momento menos pensado." El avión al que se refería no era el de Lindbergh, por supuesto. La ciudad desde el aire, me cuenta J. , es un mosaico compacto, en verde, naranja y blanco, lamido por el azul cobalto del mar y toda ella resplandece, brilla, echa destellos. ¡Qué ilusión me habría hecho volar con Lindbergh sobre nuestra pequeña Habana! Sin M. por supuesto.

10 de mayo. - A M. le autorizan (la Convención Constituyente) a reelegirse por seis años. Sólo una voz, la de Hernández Cartaya, se alzó para oponerse, y eso que fue su secretario de Hacienda. También se opuso antes al afán de Céspedes de gastar y gastar en obras cuando era un disparate endeudarse tanto. Julito desconoce al amigo de ayer en el personaje engreído de hoy, que se hace designar Ciudadano Eminente y se marea más cada día con los aplausos y las genuflexiones. Ha venido a confiarme que busca el momento para alejarse sin caer en desgracia, porque una retirada drástica sería imprudente y hasta peligrosa. Él sabrá por qué lo dice. Por lo pronto, Rogerio Zayas Bazán ha renunciado a Gobernación.

1° de septiembre. - Los periódicos ni lo mencionan, pero se rumora que en Isla de Pinos han amanecido muertos un anarquista español y un tabacalero sindicalista. Nadie le discutirá el triunfo a M. , puesto que será candidato único: hasta los conservadores de Menocal y los populares de Zayas se han unido al coro de las alabanzas.

15 de octubre. - Día de mi santo. Vuelven las primas, con Carlos, de Europa. Las envidio, lo confieso. El viaje de ida, desde Nueva York, fue en el *Île de France,* que hacía su travesía inaugural. Han vuelto en el *Berengaria* (¿precioso nombre, no te parece?), después de una temporada en París y un paseo por Italia —Venecia, Florencia y Roma — y más de dos semanas en la Provenza, que encontraron llena de lavandas. Viajar con Carlos debe ser un deleite. De seguro no deja uno de aprender y de disfrutar, porque se la pasa enseñando, pero sin ningún alarde, y todo él irradia un entusiasmo contagioso. Ni pizca de la melancolía de abuelita Rosa, que papá heredó, le tocó a él. Cómo me hubiera gustado ir en ese viaje. Tú sabes que Carlos es, para todos nosotros, una persona especial. Viajar en su compañía, me imagino, es como ir leyendo un libro. "Fue muy divertido: todo el tiempo nos iba haciendo un cuento. Tú ves esa montaña, nos decía, pues hace miles de años era el fondo del mar. Y nunca nos aburrimos, ni siquiera en los museos." Eso comentó Concha y su madre, mi prima Cucú, indulgente, añadió: "En el barco él se bajaba a la segunda, por la música, para oír todas las noches a Rita Montaner, que se ponía a cantar…" A Nene, por supuesto, la dejaba en el camarote, o conversando en primera con señoras muy emperifolladas y aburridas. ¿Tú te imaginas lo que ha de haber sido ese matrimonio? Carlos tan

amiguero, tan sociable, tan simpático, con esa curiosidad insaciable, con esas ganas de vivir. Y Nene que no se interesa por nada, tan triste, tan callada, tan arrinconada. ¿Por qué la habrá escogido así? Y peor desde que murió Carlitos, el hijo mimado, que para ella era Carlos redivivo…

2 de noviembre. - Parece que M. se regocija de haber sido electo "por unanimidad". Julito ha tenido un recrudecimiento de su viejo mal, que últimamente no le había dado demasiada guerra. Ahora se alebresta de nuevo, despierta del letargo, se reactiva. En casa de Carlos, la otra noche, se comentó que la enfermedad es un pretexto excelente para poner distancia. Estábamos todos, incluyendo a Nena y Huberto. Armando, quien extraña las partidas de golf en el Country, que Julito ha tenido que interrumpir, fue concluyen te: "Es ahora o nunca. Julito tiene que mandarle la renuncia. Ya le ha dado bastante de su inteligencia. No podemos permitir que le dé la vida." Yo ya me había preguntado si esta crisis no vendrá, precisamente, de ese tironeo horrible en el que ha venido haciendo equilibrios. La influencia de su mujer es nefasta, porque para ella y sus hermanas Ferrara es un dios y él, desde Washington, las va capoteando, sin mancharse las manos. De nuevo me parece estar oyendo a papá. Tantos años muerto y no deja de hablarnos.

5 de diciembre. - Éste ha sido un año árido y vacío, en el que he tratado de hacer como si no me importaras tanto, como si nada fuera a pasarme si tú desaparecieras del mapa. He escrito muy poco, exclusivamente para tus ojos, en estas páginas. He volteado a mirar hacia afuera y, aunque nada de lo que veo es edificante, me distrae y no me deja melancolizarme. Ahora, chiquillo, te ha dado por recomendarme lecturas, como ese libro de Álvarez del Vayo sobre la Rusia de los soviets. ¡Tú no sirves para comunista, chiquillo! Tú eres, yo siempre lo he sabido, un anarquista. Pero un anarquista al que le gusta el confort más de la cuenta. Tú allí no encajarías. Por un lado, no me negarás que están pasando las negras y las maduras. Y, encima, aquello es una dictadura. Una dictadura que mata por completo la libertad individual. Y a ti acabarían por fusilarte por indisciplina, querido mío. Sin embargo, he estado leyendo ese libro, que me ha hecho meditar en lo admirables que son esos rusos y me ha hecho reconocer que, en medio de las atrocidades cometidas por la revolución, hay grandes aciertos y hechos de envergadura. Eso, aunque no esté de acuerdo con los procedimientos de ojo por ojo y diente por diente. Me impresionó la descripción que hace ese señor de los horrores y miserias en que sucumbieron tantos seres humanos y llegué a estremecerme de espanto. ¡Qué inconsciencia tan tremenda ésta en que vivimos! ¡Cuánto derroche, Dios mío! Me he puesto a pensar en la paz interior que debe proporcionar el poder remediar la

miseria material, el poder socorrer a tanto desgraciado. Qué dulzura tan divina debe experimentar el que dedica su vida a otras vidas… Siempre he deseado estar entre pobres, frecuentarlos, dejar comodidades y egoísmo y dedicar un poco de mi tiempo, tan estéril, a hacer algo por los demás, pero eso es caridad cristiana y nada tiene que ver con esas ideas tuyas, tan avanzadas, de ahora. Si yo te lo pido, ¿me dejarás dedicarme un poco a algunos pobres? ¿Me dejarás hacer algo más que leer devotamente la *Imitación de Cristo,* que un día me regalaste por presumir de devoto? Me gustaría ponerla un poco en práctica.

11 de enero de 1929. - Ayer, en la tertulia de Souza, se habló mucho de Mella. Lo han asesinado en la ciudad de México. A Carlos, que tuvo que ver con él en sus días de rector, se le agolparon los recuerdos. "Me dio dolores de cabeza", dijo, "pero siempre me simpatizó aquel muchacho impetuoso, que ni siquiera cumplía veinte años. Estaba lleno de sueños, era joven y apuesto como un Apolo griego y desbordaba energía. No le bastaba con improvisar discursos inflamados, con agitar en la Universidad y luego irse a la calle a adoctrinar obreros. Le sobraba fuego y tenía que irse a remar hasta agotarse. Y ahora lo han matado, como a un perro rabioso, en plena calle. Es repugnante." Pensé en cuántos personajes distintos hay encerrados en cada uno de nosotros. Casi todos los que nos habitan no pasarán de ser esbozos, bocetos inacabados, de otras tantas vidas posibles. Mella estuvo casado con Olivín Zaldívar, prima de ese muchacho Freyre que está enamorado de la más chica de las hijas de Cucú. Pero el día que lo mataron lo acompañaba otra mujer, una fotógrafa muy bella, comunista, que fue su último amor. En tan pocos años, ese muchacho vivió y quemó muchas vidas. Esperó demasiado del futuro y, mucho antes de cumplir su propio tiempo, se quedó congelado en el camino: se ha vuelto pasado. El futuro, del que según Carlos él lo esperaba todo, le hizo una mala jugada. El futuro lo traicionó. Lo dejó olvidado en un recodo.

20 de mayo. - Hoy se hizo proclamar presidente M., por segunda vez, con felicitaciones de Zayas y de Menocal, en un Capitolio todavía sin terminar, que ha hecho a imagen y semejanza del de Washington. Ostentoso edificio para tan poca substancia porque los días de los grandes tribunos han pasado. Julito, no sé si decir por fortuna porque en este caso esa palabra equivale a enfermedad, se ha quedado en su casa. No sale a ninguna parte y, cuando se desespera, revisa asuntos del bufete. Enflaquece y lo veo cada día más pálido. Le llevo libros para distraerlo. Volvemos, con frecuencia, sobre aquellos días en Nueva York cuando él estaba a punto de someterse a cirugía para suturar las cavernas. Yo procuro hablar de otra cosa, pero él vuelve sobre sus síntomas, como si eso le diera cierto placer. Recuerda la tos

seca de los primeros tiempos, los dolores en el pecho, los sudores nocturnos, la pérdida de apetito y aquella hemorragia cuando le dio por tomar clases de canto. Luego vinieron los estertores y empezó a adelgazar. Cuando le detectaron que había cavernas, la tos era mucho más frecuente y con flemas. Siempre tenía el pulso acelerado y la fiebre se hizo cotidiana. Dos años después de muerto papá por fin lo operaron. Mejoró. Pasó una temporada en las islas Madeira y luego en un sitio muy afamado, en las cercanías de Nápoles, que le recomendó Ferrara, y hasta en Enghien, por las aguas sulfurosas. Le prescribieron una vida activa, pero sin excesos. Le recomendaron el aire libre y no le prohibieron el golf, que tanto disfruta porque se presta, dice, al diálogo con el contrincante, a la conversación inteligente. Sin embargo, no debía abusar, no debía hablar demasiado. "Conversar es la savia de la vida, hermanita, si no converso es como si ya estuviera muerto." Se restableció y hasta ganó peso, de tanto que le dieron de comer: caldos de cebada endulzada con azúcar y aromatizada con agua de flor de naranjo; consomé de carne y carne de carnero y de vaca a toda hora y huevos y leche y frutas y vinos dulces, de Málaga y de Oporto, y vinos de Burdeos. "Estar enfermo te da cierto prestigio, Albertina (cuando quiere ser cariñoso, me dice como me decía papá), como si la ronda de la muerte te concediera algún privilegio, algún ascendiente sobre los demás."

11 de junio. - A la nieta de Patria Tió también le ha dado por escribir. ¡Pero qué tonterías, Dios mío! Lleva dos o tres domingos disertando sobre el amor en el *Diario de la Marina.* La tesis que pretende demostrar su sesuda cabecita es que la pasión sensual, el deseo, no es amor. Textual: "Cuando al influjo de la naturaleza dos cuerpos se funden, el amor huye avergonzado y queda la pasión, la voluptuosidad, sólo la carne. Pasada la embriaguez del deseo, cuando la carne, rendida de deleite y placer, se adormece, el amor vuelve calladito a las almas que separó un instante la materia." Yo me pregunto cómo podría huir el amor de un sitio donde no está presente y, además, si el amor fuera sólo efluvio espiritual, entonces de qué son fruto los hijos. Y esa señora tiene un hijo. ¿Cómo lo concibió? ¿Acaso, como la Virgen María, por obra y gracia del Espíritu Santo?

Junio 22. - Voy a darme un baño para salir de paseo, en automóvil, con mamá. Preferiría quedarme en casa pero siento que se lo debo, que de cuando en cuando tengo que dedicarle algún tiempo a ella y no sólo a ti que, aun lejos como estás, me absorbes toda, porque escribo para ti, leo para ti, me arreglo para ti, lloro y me río por causa tuya, en fin, estoy perdidamente enamorada.

15 de agosto. - Te quejas del horrible calor de Nueva York pero, a la vez, haces la apología de esa ciudad, de la que por lo visto no puedes desprenderte. ¿Será la ciudad o será una mujer? Soy celosa, ya lo

sabes, y como nunca has dejado de darme motivos… “Aquí se vive”, me dices, “una época dorada. Abunda el trabajo y todos quieren comprar: casas, automóviles, radios, ropa, buena comida, distracciones. Las fábricas producen más y más y esta prosperidad no parece tener límite.” Por lo que me cuentas, esta Nueva York ya no es la de 1915 y hay rascacielos como palacios florentinos y otros con pisos escalonados como el Paramount Building y ése que piensan terminar el año que viene, el Chrysler, al que le pondrán escamas de acero en el remate, como algo de otro planeta. También me pintas el reverso, es verdad, y reconoces que hay un lado oscuro y en unos cuantos días hará dos años que electrocutaron a Sacco y Vanzetti, a pesar de que hasta el Vaticano intervino a su favor y unos personajes tenebrosos se cubren de túnicas y capuchas para linchar negros. No en Nueva York, es verdad. Carlos, que tanto los admira, está indignado porque, en Tennessee, han condenado a un profesor por enseñar en su cátedra la doctrina de Darwin.

7 de septiembre. - El *Graf Zepelin* acaba de darle una vuelta al mundo y desde el balcón de Souza pudimos verlo, por un largo rato, pasando por encima del Morro y luego dirigiéndose lentamente hacia el horizonte, en busca del sol poniente. Es una portentosa ballena voladora.

29 de octubre. - Dios sabe que no suelo alegrarme de los males ajenos pero, amor mío, esta vez las desastrosas noticias del jueves negro me han llenado de alegría. No, no soy una malvada ni una irresponsable. Pero, aunque todavía no recibo señas tuyas, sé que lo que ha sido una catástrofe para tantos a mí va a traerme la felicidad. La felicidad de volver a tenerte conmigo, cerca de mí, aquí en La Habana, al alcance de la vista, al alcance de mis besos. Y sólo como dato pintoresco te añado: el día del derrumbe de Wall Street, el presidente de Cuba se dejaba condecorar por el embajador de Mussolinni con las órdenes de San Mauricio y de San Lázaro (no sé si por aquello de Changó: dicen que M. pertenece a una secta secreta, que le asegura el poder por muchos años). También dicen que se jacta de saber disciplinar a los cubanos, “estos italianos de América”. Julito jura que nada de eso se debe a Ferrara, pero yo tengo mis dudas.

2 de noviembre. - Compré, en La moderna poesía, un libro sobre la filosofía del amor. Cuando se ama, y se ama con locura, se busca entender, comprender, complacer al amado. Yo, si pienso en la palabra amor, pienso en la palabra infinito. Por eso nada puede ser suficiente. Frente a esa avidez de amar y ser amada, la insatisfacción, el desaliento son inevitables. Y, sin embargo, una convicción profunda que no sé de dónde me viene me inclina a identificar la experiencia de amar con lo sagrado, con la naturaleza misma de lo divino. Tú me amas, pero sé que soy yo la que ama más y eso, extrañamente, me

complace. Lo dice el autor, alemán, de este libro: en toda pareja siempre hay uno que ama y otro que es amado. Abrasarse en amor es un privilegio: no amar demasiado es pecado mortal. Todo esto viene a que ayer viví los tres cuartos de hora más desesperantes de mi vida, después de la conversación que tuvimos por teléfono. Dijiste que te arrepentías de haber vuelto y me colgaste el teléfono, como sueles hacerlo cuando te enfadas. Llegué a casa de Nena en un temblor. Te sentí tan distante, tan ausente, como si hubieras salido de mi vida para siempre. Todo se volvió opaco a mi alrededor: nada, sin ti, tiene para mí sentido. A veces creo que tú ni siquiera sabes de qué te estoy hablando. Pero nos reconciliamos y la zozobra se extinguió en un instante y el mundo volvió a recomponerse alrededor mío y es una delicia decirte que te quiero, que te deseo, que estoy dispuesta a irme contigo si eso es lo que quieres, si la idea de casarte te repugna tanto. Lo que me parece inhumano es este sacrificio que exiges de mí, esta abstinencia, este tormento de no poder tocarte, porque temes perder el control y no quieres comprometerte.

5 de noviembre. - ¡Si pudiera yo convertirme en musa inspiradora! Si fueras más constante, si te lo propusieras en serio… Tienes talento, chiquillo, pero te falta empeño, persistencia, determinación… ¡Me gustaría tanto que te pusieras a escribir en serio!

8 de noviembre. - La tertulia de Souza más animada que nunca. Allí se da uno cuenta de que La Habana es un cruce de caminos, una rosa de los vientos. Puesto que todo el que pasa por aquí la conoce por referencias, siempre hay algún forastero notable que se añade a la lista, sabiendo que uno u otro día aparecerán Varona, Montoro, Juan Gualberto Gómez, Chacón y Calvo, Nicolás Guillén o Alfonso Hernández Cata. El propio Souza atrae muchísimo, por esa jovialidad suya, esa simpatía agreste con la que parece disculparse por tanta sabiduría científica y tanta erudición histórica. Ahora recopila materiales para una vida de Máximo Gómez, al que admira muchísimo desde niño, cuando la columna invasora acampó en el ingenio Mi Rosa, del cual era administrador su padre. Cuenta la invasión como si un meteoro en llamas hubiera atravesado la isla y los ojos le echan chispas. Souza nos lee pasajes de lo que va pergeñando y propios y extraños se entusiasman. Gran médico, gran amigo, gran espíritu, como dice Chacón y Calvo. Hoy nos leyó su relato del desencuentro entre Gómez y Martí, provocado por el talante autoritario del viejo y por la desconfianza de Martí ante cualquier perspectiva de caudillaje personal.

10 de noviembre. - Me alegro tanto de que empieces a encaminarte, de que estés asistiendo puntualmente a la Escuela de Comercio, de que empieces a sentar cabeza… Ahora traigo siempre conmigo un álbum, que llevo a la tertulia de Souza para que los asiduos o los que sólo

atraviesan por allí como estrellas fugaces me dejen algún testimonio. Hoy me ha escrito S. C. : “Los álbumes son melancólicos, enervantes, desoladores. Me parecen cementerios. Las ideas que mueven su amarilla cabecita en los álbumes son fantasmas, son muertos que no resucitarán. Todos los álbumes tienen un fin triste. Llegará un día en que este álbum te oprima el corazón: ese día quémalo sin piedad, y acuérdate de mí que los odio. Quizás el único que ame sea este, por la sencilla y sublime razón de que es tuyo.” Y M. A. : “Lo mismo en la alegría que en el dolor, es usted una de las criaturas más exquisitas que yo he conocido! ¡Sobre todo en el dolor! ¿Y, no es acaso el dolor lo que da la medida de las almas?” La enfermedad de Julito me devuelve a los días de Nueva York y todo lo que pasó allí se me viene a la memoria en escenas fragmentadas, sobrepuestas, desafocadas, como en un cuadro cubista. También Cheng.

7 de diciembre. - Parecería que Julito no puede adelgazar más pero sí, y día por día. Se va extinguiendo como papá, sólo que más lentamente. García Lorca ha estampado en el álbum un extraño teorema, “de la mujer que se come a la Luna”, advirtiendo que le sirvió de modelo Teresa de la Parra. Me hubiera gustado que me dibujara a mí. Él y Guillén, a cual más ocurrente en la tertulia de Souza. Lo del teorema me ha hecho pensar. ¿Queremos la luna las mujeres? ¿Deseamos siempre lo imposible?

17 de enero de 1930. - Tenerte aquí en Pascua fue una fiesta. Anticipé un año nuevo absolutamente radiante. ¡Te quiero tanto! Por eso te mandé ese recado, que era mi regalo de Pascua, y que repetía no se cuántas veces, todas las que cabían en la postal, una sola frase: “Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero…” Pero a veces siento que cuanto más te tengo cerca menos te entiendo (será porque cuando estás lejos puedo inventarte mejor, a mi gusto). Me habían convidado a ir al cine esta noche y había dicho que no, aunque se trataba de algo tan excepcional como la exhibición, en tres pantallas, del *Napoleón* de Abel Gance y sabes que no hay otro personaje histórico que me seduzca tanto. Tú mismo me has regalado el pequeño busto de mármol que tengo aquí enfrente, sobre mi escritorio. Pues a pesar de todo eso dije que no porque prefiero no ir de noche a ningún espectáculo donde no pueda estar a tu lado. Hablamos por teléfono y me dijiste que por qué no iba, que tú irías por tu lado, con un par de amigos. ¡Pensar que estaríamos en el mismo lugar sin estar juntos! A ti no te afectaba nada: a mí sí. Te pedí entonces que fueras a otra parte, a otro cine, porque mamá vendría conmigo y, si te veía de lejos, le ibas a proporcionar un mal rato. Me contestaste, de pésimo modo, que tú irías a donde te diera la gana, me dijiste adiós y me colgaste el teléfono. Me quedé sin respiración. Esos prontos tuyos me hacen y me harán sufrir mucho. Lo sé y no puedo alejarte de mí, no puedo

alejarme de ti. Aquí me tienes, pasando una noche tristísima, sin haber gozado esa película que por ratos, cuando pude ponerle atención, me pareció maravillosa. Esta mañana me desperté angustiada, en medio de un sueño muy extraño. Figúrate que Isabel Faura, tu parienta andaluza, estaba casada contigo y, sin embargo, yo era novia tuya. Ella me decía: "Se le ha metido en la cabeza hacer un viaje y va a quedarse sin trabajo." Había venido a casa, a verme, y yo le había preguntado por ti. "Se va esta tarde", me informaba. "Tiene la cabeza muy dura y muy mal genio. No lo conoces bien… No te hagas ilusiones. De nada sirve ser dulce y cariñosa." Mamá, que estaba presente pero callada, empezó a hacerle eco: "Yo se lo he dicho muchas veces, que no tiene remedio, que es muy vicioso, que cada día será peor …" Yo les pedía, por favor, que se callaran pero ellas hablaban sin parar, como si yo no estuviera presente. Me desperté muy asustada. Muy confusa.

17 de enero de 1930. - Octavio Averhoff, dueño de la casa de Malecón donde vivió Carlos, es desde hoy Rector. Carlos no lo censura: lo compadece. El médico de Julito habla de las montañas, del aire y el sol de las alturas. Pero todos sabemos que no podría resistir un viaje. Él acaricia la idea, porque le ha entrado una avidez de vivir que no cabe en el espacio cerrado de esa habitación impregnada de olor a medicinas (he notado las miradas acariciantes a la enfermera de día, joven y bonita). Lo que ocurre afuera le importa cada vez menos. Desde el *chaise-longue* donde "está varado" contempla el jardín y se chancea de sí mismo por haberse aficionado demasiado al *dolce far niente*.

2 de marzo. - Julito acababa de cumplir cuarenta y cuatro. Tuve muchos veces la certidumbre de que se iba deslizando, día a día, hacia la muerte y que él consentía, sin oponer resistencia. Nunca supuse, sin embargo, que no lo traicionarían los pulmones sino el estómago. Inés nos describió el desenlace. Un dolor intenso de cabeza, a eso de las nueve de la noche. Pidió una aspirina. A los pocos minutos, dolor agudísimo en la boca del estómago. Llamada al médico que recetó magnesia. Se adormeció, pero el sueño fue inquieto, con sobresaltos. Muy temprano, antes de que amaneciera, despertó con náuseas. Dijo que le zumbaban los oídos. Fue al baño. Se quejó de un fuego en el vientre y se fue en sangre. Estaba muy agotado. Inés llamó a Iglesias. Nos llamó a nosotros. Vómitos, espumosos, oscuros, como con pozos de café. Mareos, yendo y viniendo de la cama al baño, del baño a la cama. Sudaba frío. Respiraba, pero no se le sentía el pulso. Llegamos y todavía nos reconoció. Luego entró en un sopor. Se iba ausentando. Se iba yendo minuto a minuto. Sudaba, sudaba, como si lo soltara todo, como si fuera soltando el alma. Tenía los ojos cerrados. Las facciones se le habían compuesto, ni un rictus. Me pareció que sentía un alivio

de que lo abandonara el ruido, todo el desorden de afuera. Llegó Iglesias. Nos avisó lo que ya sabíamos, que agonizaba. Pero no era agonía, era apaciguamiento, como encontrándose a sí mismo, como haciendo la paz con algo de sí que hacía mucho que se le habría perdido.

4 de marzo. - Detesto el aroma de nardos.

1° de abril. - Martínez Villena, tísico, buscará en el Cáucaso la salud que perdió en Cuba. Espera el permiso para embarcar en la Embajada de México, donde se refugió al fracasar la huelga.

29 de mayo. - Juan Gualberto, procesado con Mendieta por los sucesos de Artemisa. Hace seis meses me dejó dicho, en el álbum, que su pluma envejecida sólo sabía escribir lo que pensaba su cerebro y lo que sentía su alma. Recordaba, enseguida, que me conoce y me quiere desde que era yo niña, y luego me llenaba de elogios: "Encantadora como mujer; ejemplar como hija y hermana; leal en tus afectos; devota del culto a la Inteligencia y sacerdotisa de la diosa Bondad…" ¿Qué nos está sucediendo, Dios mío? Muy excepcional tiene que ser este hombre para que, a pesar del color de la piel, todos se enorgullezcan de contarlo como amigo. Y el que lo mete a la cárcel se dice amigo de mi hermano muerto y acompañó a mamá, y la abrazó, cuando llegó el momento de despedir el ataúd.

28 de septiembre. - La policía ha disparado a los estudiantes y hay heridos. Los encabezaba el nuevo Directorio Estudiantil y se dirigían a casa de Varona, para celebrar el cincuentenario de su consagración a la enseñanza. Me preocupa Aurelio que, además, ni siquiera ha arreglado su carta de ciudadanía. Por suerte, no estuvo entre los manifestantes. Trataré de ser prudente y de no pedirle que se cuide, que se mantenga al margen, porque sería capaz de hacer todo lo contrario.

10 de octubre. - Después de la muerte de Trejo, el estudiante de Derecho tiroteado frente a casa de Varona, una atmósfera ominosa se ha instalado en La Habana. M. ha suspendido las garantías y Miguel Mariano da asilo en su casa a estudiantes perseguidos.

12 de noviembre. - Aurelio me ha llamado por teléfono para pedirme que no salga al balcón cuando haya alguna algarabía. Se está rumorando que en esta misma calzada, cerca del Prado, le alcanzó una bala a una muchacha de familia conocida que se había asomado en medio de una refriega entre policías y estudiantes. La Habana de siempre ya no es La Habana de siempre.

18 de noviembre. - En casa de Souza, un intermedio en lo ominoso, con Pedro Corominas. El hombre es como una saeta, sugirió, y la mujer como una estrella. El hombre parte veloz en una sola dirección. La mujer irradia luz en todos sentidos y está prendida de la múltiple variedad de los encantos del mundo. Toda su argumentación fue un

elogio de la mujer, que parecía dirigido a mí porque yo era la única presente. Aparte de que me miraba, procurando seducirme, insinuando: "La mujer es tan varia y rica que a un tiempo se consume en el placer y siente el dolor de haber querido." Abela se entretenía, mientras tanto, dibujando uno de sus "bobos" en mi álbum, quitándose el *canotier* mientras enarbola una rosa y se la ofrece a una Terina imaginaria. Esta tarde volví a casa con el ánimo levantado.

20 de noviembre. - Me tortura el miedo a envejecer. El corazón se me desborda y siento correr por las venas el ardor del deseo por mi chiquillo adorado pero, de repente, me aterra que vaya a apagarse todo esto, que mi cuerpo pierda elasticidad y encanto, que mis ojos ya no brillen de pasión, que la mirada se fatigue, y me invade la tristeza, y me encuentro repitiendo en alta voz aquellos versos admirables de Juana de Ibarbourou: "Tómame ahora que aún es temprano y que llevo dalias nuevas en la mano. Tómame ahora que aún es sombría esta taciturna cabellera mía… ahora que calza mi planta ligera la sandalia viva de la primavera… " Hoy y no más tarde. Hoy y no mañana. Antes que anochezca, vida mía, antes que anochezca. Yo también, como Julito, estuve enferma. También yo, tú lo sabes, tengo los pulmones débiles. Pero la enfermedad remitió y me he recuperado y tengo, como nunca, ánimo, fruición, fervor por la vida. Ya no me aguanto las ganas de ir recorriendo los días, uno a uno, juntos los dos en alma y cuerpo, la vida cotidiana, que contigo se suavizarán las asperezas, los sinsabores, infinitamente, porque el amor, cuando es así de inmenso, recubre hasta lo más opaco de un polvillo dorado.

15 de diciembre. - Carlos, preso en La Cabaña. M. ha clausurado la Universidad, que está llena de soldados y tiendas de campaña. Se habían reunido más de 300 profesores y Carlos leyó un manifiesto instando a los universitarios a hacer un solo frente para derrocar al tirano. ¿Qué habría sentido Julito? Se murió para desentenderse de todo esto. Creo que la vergüenza y la impotencia lo habrían matado. Fue mejor así, después de todo.

20 de diciembre. - Barbour y otros hombres de ciencia han presionado al Departamento de Estado que, a su vez, ha presionado a Machado. Carlos salió de La Cabaña y lo mantienen en arresto domiciliario. Puede recibir visitas de familiares. Estaremos todos, para Pascuas, que no serán muy felices este año. Me siento muy orgullosa. Papá, a pesar de su escepticismo, lo habría aplaudido.

24 de diciembre. - Por gestiones del embajador Guggenheim, han retirado los guardias que habían puesto frente a la casa de la calle L. Carlos brindó por la decencia, el honor y la libertad, con un optimismo que desmiente sus setenta y dos años.

7 de enero. - Tres días de norte y de lluvia. El año se inicia tan gris y lluvioso como aquél en que nos conocimos. El agua me pone

melancólica y soñadora y, por añadidura, sucumbí al embrujo de esa danza peruana tan enervante. Estoy encantada con la esclava que me diste por Pascuas, porque la siento mucho más que la otra, la que perdí. Ésta es más "esclava" y sentirla así, todo el tiempo, me comunica la voluptuosa certidumbre de ser tuya, de ser de tu propiedad… como una esclava que se deleita en el yugo. Y del perfume qué decirte… Lo uso día y noche. Ninguno de los que hasta ahora había probado es tan exquisitamente turbador y penetrante como éste siendo, a la vez, tan sutil y delicado y con la deliciosa cualidad de impregnarse a la piel y persistir por largas horas. Estoy escuchando, en el radio, música de tu tierra, de Andalucía. Aunque a ratos parece alegre, está saturada de una misteriosa melancolía, de un sensualismo enervante. ¿Por qué recurrirá esta palabra, que se me sale de la pluma sin querer? Me detengo para encontrar las palabras adecuadas y quiero escribir: estoy enfermando de nostalgia por eso que apenas me diste a probar, de nostalgia y de deseo. Nunca había sentido, como hoy, un vértigo tan infinito al mirarme en tus ojos, entre la llovizna, el viento oliendo a salitre y el efecto de aquella danza. Te quiero más y más, chiquillo de mi alma, y ya no sé cómo expresártelo porque me parecen pobres las palabras de este idioma nuestro tan hermoso para la medida de mi amor. Pienso a cada rato en Catalina Lasa.

2 de febrero. - ¡Por fin! Sin darle mayor importancia, como si se tratara de cualquier comentario, has anunciado que nos casaremos este año, que ya te sientes capaz de mantenerme, que aceptas vivir en esta casa con mamá, que estás dispuesto, en aras de lo nuestro, a ganarte la vida con esos números tan prosaicos, con ese oficio que te repugna, con esos conocimientos de contabilidad que has tenido que ir adquiriendo a tu pesar. ¡Ya sé cuánto te irrita tener que asumir la realidad! Pero también sé que no hay otra manera de casarnos, de vivir juntos. Cuando te encarriles, estoy segura de que podrás escribir. Tienes talento, pero te ha faltado la constancia. Quiero creer que la vida ordenada y el calor de familia te darán fuerza para cumplir tu verdadera vocación. Estoy tan feliz que me dan ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Y creerían que estoy loca, porque todo lo que está ocurriendo es para llorar. ¡Gracias, Señor, por regalarnos este espacio privilegiado en medio de tanta sombra, de toda esta violencia!

24 de febrero. - Como si nada estuviera pasando, inauguran el Capitolio y la Carretera Central. Pero la verdad es otra: más de noventa profesores universitarios procesados, atrocidades de Arsenio Ortiz en Oriente y el colmo de la indecencia: una porra de mujeres, que desnuda a las muchachas que se manifiestan con los estudiantes. A Zayas lo acusaban de corrupción, pero éste es mucho peor: es un déspota y un asesino. ¿En qué país vivimos, papá? El poder lo ha

ensoberbecido y se hace llamar “el Titán”, “el Egregio”, “el Supremo”… ¡Me alegro tanto de que Julito no haya alcanzado a ver hasta dónde estamos llegando!

9 de agosto. - Falta una semana para la boda. Carlos, que iba a ser el padrino, ha tenido que embarcarse. Viajaron él y Nene a Key West, en el mismo vapor que Miguel Mariano. Fracasó el intento de Menocal y Mendieta, que salieron del Yacht Club para levantarse en armas y fueron apresados en Río Verde, cerca de la costa de Pinar del Río. A otros más los capturaron en Gibara. Ahora son Menocal y Mendieta los que están en La Cabaña y Carlos, como hace poco más de treinta años, en el exilio. ¡Quién se lo hubiera dicho entonces! Me apesadumbra no entrar con él a la iglesia. Sin él, vuelvo a sentir la orfandad de hace quince años. Souza ha aceptado ser el padrino y de testigos, por mí, irán Juan Gualberto, Pedro Manuel Souza y Armando Rosales. Cucú me ha bordado el vestido, que es muy vaporoso y Rosita mi tía me ha prestado el velo de encaje que usó abuelita Rosa y que era de doña Nicomedes, su madre. Será en Monserrate. Después de desearlo tanto, parece lo más natural del mundo.

24 de diciembre. - Tantos meses sin dejar constancia. No me ha hecho falta. Mientras no estuvo él, las palabras me lo traían. Ahora que lo tengo conmigo, las palabras sobran. Releo lo que he escrito y me parece convencional, mentiroso. La verdad es que resulta muy incómodo compartir la casa con mamá o, más bien, hacer de su casa la nuestra. Y a mamá es difícil pasarla por alto. Ahora, Aurelio trabaja de día y va a la escuela de noche. Tanto que hice fantasías de lo que sería nuestra vida en común y ahora tener que vivir este extraño *menage à trois.* Y con el temperamento de Aurelio, con sus prontos… Vendrán esta noche Nena y Huberto que, ellos sí, tienen su propia casa. El embarazo ya empieza a notárseme y me siento ajena a mí misma, traviesa y avergonzada de que se haga ostensible, de esta manera, la intimidad de dos cuerpos, la turbulencia del amor.

En un abrir y cerrar de ojos
La Habana, en el torbellino de los treinta

Es un alumbramiento laborioso. Los dolores la sorprenden desprevenida. La criatura tiene prisa. Sin embargo, se hace esperar. Está muy duro el vientre cuando la palpa María Richard, sobre la cama, y notando que es demasiado blanda, dispone que la coloquen sobre la mesa del comedor, después de cubrir el mantel con dos sábanas de hilo. Son las cuatro de la mañana y no ha dormido en toda la noche. Está muy fatigada. Tiene miedo y, a la vez, una enorme curiosidad. Le llega el olor a alcohol de caña y ve, con aprensión, como colocan las tijeras, ya esterilizadas, sobre una bandeja cubierta con gasa. Él la ha cargado para depositarla sobre la mesa y un mar de agua se derrama por el suelo. Se le escapa un quejido débil, apagado. Los dolores se hacen punzantes, pero le aterra perder la noción de lo que está sucediendo. Rechaza los algodones con cloroformo que le acerca María. Ella la anima: "Está a punto de salir. Está a punto. Tienes que pujar. Aquí tengo ya la cabecita. Tienes que pujar. Tienes que pujar." Procura concentrarse en las formas de la lámpara de contornos geométricos, que pende sobre la mesa, agradeciendo la luz lechosa, matizada, que dejan pasar los cristales esmerilados. Mientras la mujer, diestra y afectuosa, manipula entre sus piernas, se escucha claramente el llanto. La criatura está naciendo. Grita. Reclama su derecho a entrar en el mundo.

"Es una niña, peloncita y rosada", anuncia María Richard, mientras limpia el cuerpecito resbaloso con una perilla de goma y la piel color de rosa va quedando al descubierto. Amarra el cordón con un hilo blanco, grueso, como de mechero, mientras la abuela espera, impaciente, con los fajeros y la camisita que ha cosido y bordado.

De lado, sin fuerzas para levantar la cabeza, sudorosa y todavía jadeante, ella alcanza a seguir, azorada, la secuencia de movimientos ajenos en la que su cuerpo, traqueteado, extenuado, ha dejado de ser sujeto para prestarse dócilmente a todas las manipulaciones. "¿Está bien? ¿Qué es?", preguntará en un susurro. "Está bien. Duérmete. Es una niña", dirá su madre, con ese tono de cariño imperioso que en otras circunstancias le hubiera provocado rebeldía e irritación. "Está bien. Descansa, hija", va a repetir, mostrándole apenas un bultito que no alcanza a distinguir, antes de depositarlo en la cuna. Mientras se va quedando dormida, una sensación de extrañeza la invade: alguien más, definitivamente suyo pero inexplicablemente ajeno, acaba de entrar a un escenario donde, hasta ese momento, ella se ha sentido

protagonista.

Mientras María Richard retira la gelatina acuosa que se ha deslizado sobre la sábana, lava la entrepierna y coloca un apósito, va entrando en una ensoñación plácida, reencontrándose, después de tantos meses, a solas con su cuerpo. La jarra blanca en manos de la comadrona, la luz lechosa que pende sobre la mesa, la bata almidonada de su madre, los tules y los encajes que visten la cuna de hierro pintada de blanco, toda esa blancura que la rodea la irá engullendo golosamente y ella se dejará deslizar hacia el espacio, improbable, de los deseos colmados. No sabrá si es en ese lugar novísimo donde va penetrando o en este otro, donde yace sobre una superficie dura como un manjar expuesto al apetito de imprevisibles comensales, no sabe si es aquí o allá donde escucha vibrar el canto de un gallo y multiplicarse al infinito el sonido remoto de una sirena de barco. Del brazo de su padre, sonriente y pulcro, emanando bonhomía y recibiendo aplausos de admiradores que lo confunden, en Nueva York, con el juez Hardy de las películas de Mickey Rooney, entra en la maternidad.

No son tiempos amables en La Habana, donde un desagradable olor a pólvora se infiltra entre las callejuelas de la ciudad vieja, repta entre los laureles del Prado, compite con las fritangas de los chinos que venden bollitos y los efluvios de café recién colado que salen de los zaguanes. Se ha desatado el terrorismo y por todas partes estallan bombas.

Happy days are here again… es, en cambio, una tonada cotidiana a unos cuantos kilómetros, o millas, de La Habana —según desde donde se cuenten— del otro lado del Estrecho de la Florida. La gente tararea, por doquier, la musiquilla y el slogan que acompaña a Franklin Roosevelt en su recorrido de campaña. El *New Deal*, promete el candidato, sacará al país del marasmo de la Depresión, de la penuria del Desempleo, de la rabia del Desengaño, del abatimiento de la Desesperanza. Carlos celebra en Nueva York, con los demás integrantes de la Junta Revolucionaria que preside —incluyendo a Menocal y a Mendieta, a salvo en el exilio— otro aniversario de la fundación de la república. ¿Cuándo podrá entonarse en Cuba una canción parecida?

Haciendo rodar hacia atrás la película de su vida, se ve recorriendo las calles próximas a la Plaza de Armas, para comprobar la impecable apariencia de los arcos y los balcones, engalanados para recibir a Estrada Palma y a Máximo Gómez el 20 de mayo de 1902. Levanta muchas veces el sombrero de pajilla para saludar a señoras conocidas y, al divisar a Úrsula Urbach, asomada a un balcón de la calle de San Ignacio, le da un vuelco el corazón y acompaña el gesto con un guiño travieso y una juguetona reverencia. Aunque hay ventiladores de techo en el salón Jefferson del hotel Roosevelt, empieza a sentirse

ahogado y con ganas de dar una vuelta por el East River, deseando que algún airecillo fresco le quite los pesos de encima. Le cruza la memoria, una frase sumamente remota, sepultada hace años en el olvido: "Pero no sé… no sé… no sé… no sé si nació para triunfar o para inmolarse…" Revive la ambivalencia de su primer y último encuentro con Martí y procura, con denuedo, pensar en otra cosa. La verdadera vida, se dice, no se la encuentra uno en las encrucijadas de la historia: casi siempre pasa por otra parte. Albertina, como mi hermano Julio solía llamarla, lo sabe mejor que yo. Una vez me preguntaste, susurra cerrando los ojos, que es eso que llaman amor, y yo, presumiendo, te respondí: "El amor es una cacería sutil, tanto que nadie sabe quién caza a quién…" Tú, estoy seguro, lo sabes mejor que yo. ¿Verdad, querida sobrina?

Happy days are here again… La frase prometedora se mimetiza espléndidamente a la pegajosa musiquilla y es difícil no hacerla propia. Sin embargo, quizá porque está en Nueva York y presiente que por algún lado va a aparecérsele su hermano Julio, un incómodo talante melancólico le impide contagiarse de aquel optimismo. "En Miami y en Palm Beach la vida es una eterna regata", le dicta una voz que se parece demasiado a la de Julio, "y en los mejores bares de Nueva York la juventud dorada bebe Gimlets y Tom Collins. Pero a lo largo del camino entre el McGrory y el Roosevelt, rostros famélicos y chozas patéticas te contaron otra historia. ¿O acaso no fue así?"

Entre Miami, Nueva York y Washington pasará, mal que bien, el lento verano, que habría parecido interminable sin el trasiego de trenes, maletas y profusión de viejas y nuevas amistades. De La Habana llegan noticias y quienes le ponen enjundia a las escuetas o sesgadas informaciones de los diarios. Mientras a Ferrara lo hacen secretario de Estado, en junio, para negociar con los americanos y evitar una intervención, la policía descubre por la infidencia de un jardinero, una bomba disimulada en una sorbetera, en una casa de Miramar donde se espera la visita del Presidente.

Nene se mece y se abanica en una mecedora del porche del McGrory, reviviendo otro verano tórrido, hace treinta años, en Chihuahua. Carlos comenta, con cierta alteración en la voz: "Ha tenido suerte Mariana mi prima. Acaban de indultarla. Primero le conmutaron la pena de muerte por catorce años de prisión. La ha salvado una amiga de colegio que encabeza a las damas *for peace and freedom.* Ella convenció a los Spanish War Veterans de marchar uniformados hacia la cárcel, previo viaje a La Habana: se llama Virginia Lee Boone y, por supuesto, es sureña. Tú sabes que en La Mejorana, el ingenio que heredó Manuel de José Agustín, se encontraron Martí, Gómez y Maceo después del desembarco, en aquella famosa entrevista, que más bien fue un desencuentro, en mayo

del 95. Mariana siempre fue la antítesis de su padre, figúrate. Manuel, pilar de los integristas, y ella, simpatizante de la causa, admiradora de Martí."

Mariana llega al Hamilton, donde la visitan una tarde, a fines de agosto. "El vía crucis no ha terminado. Mi hijo Ignacio sigue preso y, aunque lo defiende el hijo de Ricardo Dolz, que es un gran abogado, ese perverso es sangriento. Tenemos que movernos o es capaz de matarlo." Ignacio González de Mendoza, educado por los jesuitas, se sabe bien su padre Mariana y, por añadidura, es intrépido. Urdió, con un par de amigos, un insólito recibimiento y despedida al tirano, que acudiría a una fiesta en casa de su madre. Mariana, que heredó no sólo La Mejorana sino el temple de las abuelas principeñas y ha sido, desde jovencita, audaz, impulsiva e impetuosa, apenas hace un intento, muy poco convincente, para disuadirlo. La delación del jardinero no sólo salvaría al destinatario de la sorbetera mortífera sino, seguramente, a los propios anfitriones y a varios invitados.

"Mariana me simpatiza, no puedo negarlo. Pero no se me oculta que era una cosa muy loca y que esa locura empieza a infiltrarlo todo por allá. No sé hasta dónde vamos a llegar." ¿Cuánto tiempo hace de la excursión a Maisí con Fermín Valdés, cuando me tropecé con el entierro de Manuel al pasar por Santiago? Se murió en París ese año, creo que era el 1890, o sea que han pasado ya otros cuarenta. No lo puedo creer. ¡Cuarenta años! Manuel, que se había ido a Madrid, de senador, el año en que se casó Julio con Consuelo, el año en que yo empecé a visitar la casa de los Yarini… ¿Quién le hubiera dicho que su hija iba a encontrarse un día en semejante tesitura? Esa tarde invitará a Nene a comer ostiones y cangrejos en el Bellevue, un restorancito construido sobre el muelle, muy frecuentado por la vista hacia las puestas de sol. Si estuviéramos en Key West, se le ocurrirá comentar, podríamos ir hasta el Southernmost Point y veríamos cómo se encienden las luces en Cuba. "Tú sabes que no se ven", responderá su mujer, siempre tan realista. Él la mira con cierto reproche, añorando la compañía tanto más cómplice de Úrsula Urbach y se le pasan por la cabeza los versos del soneto que le dedicó, ¿cuándo?, el hermano de ella, Federico. Sonríe, mirándose al espejo donde se refleja el mar, con una mezcla de sentimientos acerca del paso del tiempo, reconociendo que sigue siendo el más indescifrable de los enigmas. ¿Por qué no acaba de aceptar el hecho de que envejece? Le extrañan, como si no fueran suyas, las arrugas en la frente, la flacidez del cuello, los surcos profundos, los bigotes blanquísimos. No se corresponde ese rostro de un hombre de setenta años con el corazón joven que persiste en inquietar al cuerpo avejentado. He vivido, se dice, y no puedo quejarme: he tenido la fortuna de conocer el amor. ¿Qué más puedo pedir? Y sin embargo.

Se encuentra en Washington, clasificando en el Museo ejemplares de moluscos de las West Indies, cuando se sabe del atentado contra Vázquez Bello, poco después de la renuncia de Márquez Sterling a la embajada en México. "Vázquez Bello, la sombra de Machado, el poder detrás del trono. El único conciliador, ahora que Ferrara se eterniza en Londres. Los conservadores se entendían mejor con él que entre ellos mismos." Que los abecedarios hayan sembrado de bombas el cementerio de Colón, para liquidar de una vez al gobierno entero, le parece el colmo de esa locura de violencia que contamina por igual al gobierno y a quienes lo combaten. ¿Habrá modo de salir de esa espiral de insania? La furia de la naturaleza, empeñada en competir con la de los humanos, arrasará en noviembre, con el ciclón y el raz de mar más devastador que se recuerde, la costa sur de Camagüey. ¿Cabría interpretarlo como un augurio de lo que puede ocurrirle al régimen bochornoso de Machado?

La hija mayor y las nietas llegan para pasar las Pascuas. Las niñas sueñan con la nieve. Todos, incluyendo a Margot, la devota hija sorda, gorda y solterona que le sirve de secretaria, abordan el Eastern Star para pasar las fiestas en Manhattan y disfrutar el enorme árbol navideño que se prende cada noche, para deleite de los paseantes, en plena Quinta Avenida. Entre las inmensas columnas de mármol verde que orientan la mirada de los huéspedes hacia los frescos estilo Renacimiento del cielo raso, en el elegante hotel de Madison y la calle 45 bautizado en memoria de Teddy Roosevelt, todo tiende a hacer olvidar y a envolver la estancia de los huéspedes en una burbuja cristalina flotando, prodigiosamente, entre copos de nieve. Cuba, conforme van pasando los días, se desvanece en lontananza.

El intervalo delicioso de unas Navidades con chimenea y *bonhommes de neige* como dicen las nietas reacias al inglés, les durará todo enero, aunque Cucú, Armando y las niñas vuelven a La Habana a principios del mes. A él, sobre todo. Nene, que jamás ha sido locuaz, habla menos que nunca: "Mamá no ha vuelto a mover una pestaña desde que Carlitos murió", se le quejó Cucú, "Ni el revoloteo de mis hijas la anima a quitarse el luto." Pero se ha acostumbrado hace tiempo a prescindir de las palabras de su mujer y a bastarse con las que le sobran a él para ir llenando los huecos del mundo. La gran virtud de Nene fue siempre hacerle sentir que estaba ahí para servirle de espejo y de eco. Ni cuenta se da de cuánto contribuye a ensimismarla todavía más el relato memorioso de experiencias vividas con otra mujer que él, olvidadizo y distraído, afirma haber compartido con ella. Cuando acaba de extinguirse el fuego de la chimenea del Roosevelt y los episodios del pasado dejan de asaltarlo estará bien avanzado el mes de marzo y, entre el trajín de cubanos que van y vienen y cartas de La Habana, el deseo de regresar empieza a hacerse imperioso, a pesar de

lo sombrío de las noticias.

"Querido Carlos…" Las cartas de la sobrina le traen la ciudad que, paradójicamente, añora *in crescendo*. "Querido Carlos: Los periódicos hablan más de Barberán y Collar, de cuyo aeroplano, en vuelo hacia México, no hay ni rastro, que de lo que sucede en las calles, donde se enfrentan, sin tregua, policías y estudiantes, y muchos se mueren, mientras el embajador de Roosevelt (dicen que la Junta que tú presides aceptó la 'mediación') trata de cumplir su cometido contra viento y marea, es decir, a pesar de la resistencia del Directorio y de los más radicales. ¿Para qué te cuento lo que debes saber mucho mejor que yo? Dan ganas de salir corriendo y no ayuda sentir que el mar nos rodea por todas partes." "Querido Carlos: A veces logro hacer como si afuera no estuviera pasando nada, como si nuestra ciudad luminosa y leve, frívola y habladora, no oliera a sangre. La niña, que tanto deseé, que me llegó como un presente divino, crece sin saber de todo esto y qué daría yo por no darme por enterada. Me digo que todo va a terminar el día menos pensado, pero ¿y si no fuera así? Mamá sí que no se da por enterada, salvo que antes no esperaba nada de A., al que consideraba un tarambana, y ahora dice que hay que darse de santos de que hay un hombre en la casa. A la tertulia de Souza sigo yendo, seguimos yendo casi todos, porque es un ritual tranquilizante. *Social* sale todavía y, mientras mamá duerme a la niña con alguna de esas canciones gallegas tan dulces que no sé por qué no me aprendí nunca, me distraigo traduciendo para la revista fragmentos de un libro que salió hace cuatro o cinco años, pero que no ha aparecido en español. Me distraigo y me divierto, viéndonos, desde afuera, con ojos ajenos: 'No querría estar presente cuando los balcones sean definitivamente abandonados… Lamentaría profundamente la pérdida de esas atalayas tan graciosamente alineadas a lo largo de las brillantes fachadas de La Habana. Porque en ninguna otra ciudad son los balcones tan universales, tan variados, tan seductores… Los balcones del Malecón miran, por encima de la marea ininterrumpida del mar por las tardes, cuando hace buen tiempo, hacia una mágica extensión de indefinible azul… En medio de los grandes desastres que sacuden al mundo, de la loca confusión de injusticia y de rebeldía, la serena pulcritud de La Habana, su almidonada formalidad, ofrece una inapreciable quietud. Es, a la vez, estática y móvil, un sitio de incontables estados de ánimo que se mezclan al doblar de una esquina… Nunca pedante, es una ciudad más para las emociones que para el intelecto… Sus monumentos y sus estatuas, aun las más ingenuamente inocentes de pretensión artística, se armonizan con el tono de una atmósfera vívida como los flamboyanes, como el inconcebible azul de su mar.' San Cristóbal de La Habana, según Joseph Hergesheimer. Me complazco en esta visión y me acomodo en

ella, cancelando el horror que se ha ido instalando subrepticiamente entre los intersticios de nuestra exuberancia, querido, querido Carlos…"

"Querido Carlos: Dice mi marido que esto es una revolución. Supongo que sí. Hay peleas campales en las calles, entre la policía y los choferes de ómnibus, los de automóviles de alquiler, los conductores de tranvías. La huelga se esparce. Machado, que andaba de pesca, ha tenido que volver a su oficina y debe estar muy preocupado porque ha mandado a llamar a Ferrara, que ya ha vuelto de Londres, pero dicen que Welles le tiene desconfianza y no lo acepta como interlocutor. La Habana, desierta, en suspenso." 11 de agosto: "Querido Carlos: Sumner Welles ha conseguido que los oficiales abandonen a Machado." 14 de agosto: "Querido Carlos: Machado voló a Nassau. El hijo del Padre de la Patria se ha hecho cargo, dice mi marido, de una república desquiciada. Lillie, mi cuñada, ni siquiera llamó por teléfono para despedirse. Nena mi hermana, que cerraba las puertas de la tienda por miedo al vandalismo, la vio pasar por la calle Reina, en el automóvil donde iba Ferrara. ¡Qué tragedia hubiera sido todo esto, para nosotros, Dios mío, si Julito viviera!"

Carlos escuchó la versión de Ferrara por boca de Miguel Mariano quien, a pesar de la enemistad política y en aras de la inveterada amistad de su padre con el *condottiero,* quiso mostrarle aprecio en aquella tesitura desgraciada. Él mismo redactó la dimisión de Machado, lo acompañó a su automóvil al salir de Palacio para siempre, un palacio en grima, abandonado ya hasta por la servidumbre, y desde entonces no para de anotar observaciones en su cuaderno de apuntes con miras a futuras memorias. "Me tropecé con Céspedes cuando me dirigía al Arsenal para tomar el hidroavión. Nuestros autos se cruzaron. Bajó la vista para no saludarme. Iba impecablemente vestido de blanco. También yo. Me apena, pero sé que no podrá con eso: es un cordero entre las garras de un montón de tigres hambrientos."

Nene, muda como de costumbre, escucha: "Céspedes no se parece en nada a su padre. Es un tibio, un timorato. Sumner Welles, que ni pizca de idea tiene de nuestro temperamento, cree que esto va a quedarse en revuelta de palacio. Ninguno de los dos percibe el mar de fondo." Que ese mar de fondo es turbulento parece cada día más evidente y, con esa certidumbre, Carlos saldrá de Miami con su mujer y su hija Margot para llegar a tiempo al Aula Magna y presidir el acto solemne que reabrirá la Universidad y restaurará la autonomía. Al día siguiente irá a verlo Polita, la sobrina de Ramón Grau, para que le consiga el permiso del tío para casarse con uno de los muchachos más aguerridos del Directorio. El novio va a irrumpir con la noticia de que, mientras Céspedes inspeccionaba en Isabela de Sagua los desastres de

otro ciclón, los sargentos se apoderaron de Columbia, encabezados por uno de ellos llamado Fulgencio Batista. Las ansias de la joven pareja tendrán que esperar. Es 4 de septiembre y una pentarquía, incluyendo al tío Ramón, se instalará en Palacio. En los centrales de Camagüey y de Oriente, obreros y guajiros fraternizan con los soldados. En La Habana, las decisiones se festinan y el mapa de fuerzas se recompone día con día. "Cuidado, muchachos, cuidado", recomienda el hombre que fue seleccionado por su prudencia para encabezar la Junta en el exilio. "No vayamos a incubar un pequeño Bonaparte tropical, con todos los vicios de nuestros caudillos agrestes y pocas de las virtudes del corso." Pero los muchachos y el tío Ramón, decano todavía de la Facultad de Medicina, no parecen tener prisa por volver a las aulas y prefieren seguir gritando, al son de los sargentos, "¡Viva la República!".

En menos de una semana Grau será Presidente y Batista Coronel. A la izquierda del Presidente, un ministro de Gobernación radical e impulsivo improvisa decretos en 24 horas para granjearle el aplauso de las multitudes, que ya embriagan al médico adicto a la política. El Coronel mueve los hilos, a la derecha, desde su cuartel.

Carlos seguirá advirtiendo: "Hemos cumplido una misión y podemos estar orgullosos. Pero la Universidad no puede, no debe seguir en este forcejeo de posiciones políticas. Ha cumplido su propósito: hemos liberado a Cuba de la férula de un régimen nefasto, por fortuna caído para siempre. Volvamos ahora a nuestra misión legítima, a las tareas docentes y académicas. Hay que romper el colapso de tres años de inculta tiranía. No caigamos, ahora que hicimos la revolución, en el bárbaro retroceso intelectual que nos obligó a hacerla…"

El bufete de Armando, su yerno, se está volviendo tan próspero como antes lo fue el de Julito y, aun antes, el de Ferrara. Por Chicho Maciá lo conoció Cucú, cuando era escribiente en el bufete de su tío Barraqué. Carlos lo pastoreó, impulsándolo a presentar, en dos años, todas las asignaturas de la carrera de abogado. Ahora le sirve de interlocutor para articular y redondear argumentos que luego habrá de esgrimir en la palestra pública.

En el portal de la calle L, a la caída de la tarde, la brisa que sube del mar es estimulante y desvanece, como por ensalmo, los rigores veraniegos de septiembre. Armando insinúa: "Hemos tenido una clase alta sin cohesión, sin columna vertebral. Los abuelos tenían casta, pero la guerra del 98 acabó de diezmar a las viejas familias. A los retoños les sobra ambición pero les falta lo mero principal, como diría un mexicano."

Carlos esboza un gesto aprobatorio con su proverbial sonrisa: "El gran problema de Cuba es un problema de educación. Somos un país frágil, una sociedad endeble, vapuleada por ciclones chicos y ciclones

grandes. Pero la verdad es que no hace falta ningún ciclón. Cualquier ventarrón nos zangolotea. Y, entretanto, ensalzamos y vituperamos a los que se destacan de la medianía, y ni qué decir a los que se trepan en el poder, con la misma volubilidad: vivimos, caro Armando, entre apoteosis e iconoclastias."

"No hay que olvidar eso, querido suegro: en medio de tanto ruido no sobra, de cuando en cuando, una frase lapidaria." Terina, alarmadísima porque la ola de chovinismo desatada por el decreto del 50 por ciento amenaza con hacerle perder el empleo a su marido: "No puedes imaginarte hasta dónde están llegando las cosas, Carlos: parecería que todo lo que han estado reclamándoles a los americanos van a pagarlo los españoles." En dos o tres días, con la misma premura que se cocinan los decretos, obtiene el tío la carta de ciudadanía para el marido de la sobrina.

"Tienes que hacerte oír, tú que no tienes aspiraciones personales ni pasiones partidarias", insistirá el yerno. "Los que hoy están en el timón son los que ayer te llevaron a presidir la Junta de Nueva York": habla el novio de la nieta Conchita, que es Varona por la mamá y nació en Camagüey. "Nadie como tú tiene la fuerza moral…", sugiere el marido de Caridad, la mayor de las tres, cuyo padre estuvo activísimo en la cruzada anti-corrupción en época de Zayas y, emparentado con los Sánchez Griñán, también es primo de Mariana de la Torre. Y Miguel Cosío, Boza por línea materna y casado con Nenina, la mediana, rompe esa discretísima reserva que suele mantenerlo a salvo del desbordamiento criollo: "Eres el ex-Rector con más prestigio: el único con prestigio, para ser precisos. Tienes todo el derecho a hacer uso de ese prestigio. Y tienes todo el deber de hacerte oír, como dice Armando."

"Lo haré, lo haré, pero como Carlos de la Torre, sin otro título. Quiero ser sereno. Quiero ser imparcial. Ahora que todo es ruido, estruendo, vocerío, ahora que parece rondarnos el poeta más conocedor de la condición humana que haya habido en todos los tiempos, soplándonos al oído aquellas palabras sabias: *Life is but a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing,* ahora voy a atreverme a pedirles sosiego, sensatez, ahora voy a ir a decirles que tienen que hacer una pausa y reflexionar."

Lo hará. Otra vez en el Aula Magna, allí donde dio a respetar, tantas veces, la autoridad del Rector y, sobre todo, la primacía de la inteligencia. "La Universidad de La Habana, de la que son ilustres componentes el señor Presidente provisional y los miembros del Directorio Estudiantil…" El asesinato brutal de un hijo de esa casa obligó a oponerse a quien prorrogó indebidamente el mandato del pueblo. Fue una pelea ruda y todos, incluyendo al doctor Grau, expusieron la libertad y la vida. Latrocinio, crimen y dominio espurio

fueron las lacras de ese poder infame. Fue el primero en suscribir aquel manifiesto en apoyo a la causa estudiantil que provocó la conversión vergonzosa de la Universidad en cuartel. Las fuentes de la cultura nacional, cegadas por tres años consecutivos… Un retroceso de civilización de más de medio siglo… "Levantamos monumentos y derrumbamos ídolos con la misma efusividad, con idéntica despreocupación: somos país de súbitas apoteosis y de viscerales iconoclastias…"

Lo hace, pero es como clamar en el desierto. Ninguno de los que anuncian que la república ha llegado a su mayoría de edad están dispuestos a renunciar a "la inmensa tarea patriótica" de salvarla desde el poder para entregarse al esfuerzo modesto y callado de irla consolidando desde las aulas. "Quizá soy un iluso", le confesará a Nene esa nochebuena, cuando todos se han ido a sus casas y Margot, cada día más sorda, cabecea en un sillón de la saleta. "Pero creo que ahora sí puedo decir que jamás volverá a moverme la ambición política, ni el celo partidario, ni la emulación por la gloria…"

Mientras Grau se desgarra, tratando de complacer, a la vez, a las multitudes y al procónsul, todos emulan con diversos diapasones sus veleidades mesiánicas: todos discursean. Cuando no se pronuncian arengas para la historia, se circula a toda velocidad, por la ciudad alebrestada, en autos cargados de ametralladoras. Todos se reúnen a toda hora y todos se desencuentran. Se pondera a Batista como "el alma de la Revolución" y se le vitupera como "el verdadero dictador de Cuba".

"El poder de Batista crece tanto como disminuye el de Grau. Ramón no ha sabido ejercer la autoridad y va a acabar defenestrado. Para los estudiantes, su afán revolucionario es vacilante y para Batista y el embajador su radicalismo es imprudente, aunque se manifieste más en las palabras que en los hechos." Es un comentario de Armando, el yerno, después de un almuerzo, con hombres de negocios americanos, en el Yacht Club.

Terina no deja de darle gracias a la Virgen, y a Santa Rita de Casia, por haberle concedido lo imposible: esa maternidad tardía que disfruta con tanta fruición como antes disfrutó los sinsabores del amor. Mientras afuera "la política" señorea con su habitual arbitrio imprevisible, invadiendo las calles con el desenfreno de un raz de mar, ella se entrega a la maravilla cotidiana de la felicidad doméstica, de seguir paso a paso la eclosión de la vida incipiente que portó nueve meses en su vientre. Ese vientre que, por la piedad de la Inmaculada de Murillo que pende en un cromo sobre su cama matrimonial, se tornó prodigiosamente fértil y pródigo. Tras la caída del tirano se pregunta, todos los días, qué será más atroz, si el horror silencioso y subrepticio de la dictadura o las atrocidades de una turba azuzada por

quienes buscan cobrarse ojo por ojo y diente por diente.

Deseando con toda su alma que la exasperación se extinga de un día para otro, como por encanto, ordena que las persianas de la sala permanezcan cerradas para aislar a la niña, en la penumbra aletargada de un seno materno infinitamente protector, de la estridencia de afuera. A la abuela le disputa el cuidado de la criatura, que no han confiado a ninguna manejadora, y a la que llenan de mimos y de precauciones. La abuela ha abandonado gustosamente las túnicas de gasa negra que cubrieron por tantos años sus batas blancas, suavemente almidonadas, y ha dicho con el temple voluntarioso que guarda para las grandes ocasiones: "Nunca volveré a estar de luto: esta niña me ha devuelto a la vida."

Algo que no alcanza a definir le impide a la sobrina de Carlos, sin embargo, desentenderse de la otra vitalidad, confusa, amenazante y agitada que bulle en La Habana. La abuela, encantada, se apropia de la niña. Ella va a asomarse a la tertulia de Souza, que le queda a apenas una cuadra de la casa. Y, cuando no puede aguantarse las ganas de interrogar al tío, toma el tranvía que la acerca, en menos de veinte minutos, a la casa de la calle L. Algunos de los asiduos persisten pero "la fauna", como bromea Aurelio, es mucho más variada. Hay muchachos presumidos, engominados y con corbata de lacito, que salpican sus iracundas opiniones con agudos comentarios en impecable inglés. "Ni para poner bombas se despeinan estos abecedarios: son deportistas, bien educados, encantadores", comenta, por lo bajo, un humorista impenitente. "Los que van llegando son otro cantar: su caballito de batalla es el anti-imperialismo y se dejan matar por Toni Guiteras."

Unos sentencian: "Seamos realistas. Nuestra economía no es nuestra. Una fatalidad nos determina. La isla es demasiado pequeña y la república demasiado joven. Estamos en la órbita de los Estados Unidos *and that's that."* Otros contradicen: "Todo lo que dicen y lo que hacen ustedes es ambiguo: quieren y no quieren caer en brazos de los americanos. Proponen grandes cambios y ahora les tienen miedo a los obreros y a los negros. ¿Quién va a votar aquí si no votan los analfabetos? ¿No es a eso a lo que le tiran? ¿Y qué es eso de un congreso corporativo? A mí, señores, me suena a *fascio."*

Tercia entonces Paco Ichaso: "La generación del 95 fracasó. Ahora, el ABC es la esperanza de Cuba. Somos la primera generación de inconformes. Nos mantuvimos al margen por asco, por desconfianza. Yo no fui de los que pusieron bombas, pero sin las bombas no estaríamos aquí para contarlo. Fuimos la vanguardia de la revolución: sin nosotros no habría caído Machado." Y le riposta Marinello: "Lo malo de ustedes es que le tienen miedo al pueblo y, en el fondo, lo desprecian. Son demasiado elitistas y les repugna el populismo de

Grau. Pero son maniobreros y, con remilgos y todo, aceptaron la mediación. Si siguen por ese camino van a quedarse sin sustento. Oigan lo que yo les digo: sus bases están mucho más a la izquierda que ustedes."

"Dan grima esos oficiales que se han parapetado en el Hotel Nacional", opina un profesor todavía anónimo, pero con pretensiones de hacer carrera: "A eso ha quedado reducida la vieja Cuba: asediada en un hotel de lujo por los que hasta ayer fueron sus caballerangos y hoy sólo se distinguen del resto de la chusma porque llevan uniformes." Un clubman venido a menos, que no tiene nada que perder, le hace eco: "Aquí está subiendo rápidamente la cachaza. Para eso ha servido la revolución. Todos gritamos ¡Abajo Machado! y ahora los arribistas toman por asalto a la república. El domador del circo viste uniforme de coronel y son muchos los que creen que van a ayudarlo a llenar, rápidamente, el vacío de poder."

Carlos suele guardar silencio, sin ocultar cierta pesadumbre. Esa noche sólo va a añadir, cuando se quedan en familia: "Esos muchachos creen que están gobernando el país, que están en el poder, porque a Grau lo manipulan. Pero el que manda de verdad está en Columbia. El gobierno flota en el vacío, despilfarrando su único capital: la simpatía popular."

Cuando Grau se escapa a Miami, satisfecho de poder presumir de perseguido y exiliado, Carlos empezará a referirse a él, haciendo gala de buen humor, como "el tío de Polita": "Por lo menos la sobrina sólo aspira a querer y a que la quieran, pero Ramón no cejará hasta llegar otras vez a Palacio. ¿Y quién soy yo para reprochárselo?"

Carlos Mendieta, a quien le tocó la lotería presidencial cuando el galeno seductor y temperamental hizo éxit del balcón de Palacio para subirse en el hidroavión que lo condujo a Key West, le ha propuesto al viejo amigo, cargado de prestigio, que lo acompañe en la improbable aventura de encauzar la revolución, presidiendo el Consejo de Estado. Carlos se tomará un fin de semana para pensarlo. "Tienes que…", le ha insistido Rosales. "Sé muy bien que estoy cometiendo un error", responde, "pero mi tocayo está muy solo y no hay que permitir que Batista monopolice el poder. O logramos respeto a la autoridad civil, o nos estaremos entregando, atados de manos, a un régimen castrense. ¿Para eso se sacrificaron tantos muchachos? ¿Para eso hicimos la revolución?"

La abolición de la Enmienda Platt prende fuegos de artificio y hasta cierta esperanza. Willy de Blanck, quien viaja a Ginebra para representar a Cuba en la Liga de las Naciones como Subsecretario de Estado, lo abrazará conmovido en una recepción ofrecida por el Presidente al cuerpo diplomático, en el Salón de los Espejos. "Mi hermano Huberto, que desconfía tanto de los americanos, está de

plácemes", le ha susurrado al oído, sin cuidarse demasiado del embajador Jefferson Caffrey, quien posa para la foto con ellos, junto a Mendieta y a Cosme de la Torriente, titular de la Cancillería.

Las cenas se prolongan en la casa de la calle L, donde el optimismo se irá apagando con el avance del año y el retroceso de las expectativas. Cunden, por todas partes, el desorden, la confusión y el caos, alimentados por una proliferación desarticulada de activistas de innumerables denominaciones que insisten en apropiarse una exclusiva legitimidad "revolucionaria". Estallan huelgas y explotan bombas. Por decreto, se disuelven sindicatos. Desde Columbia se reprime y, en la calle y en las aulas, alternan los más radicales la oratoria inflamada y el gatillo alegre. La ciudad se entrega con una incontenible efusividad al dispendio de sus escasas reservas de cordura y sensatez, en una borrachera de contagiosa disipación. En Columbia se practica el tiro al blanco sobre estudiantes inermes, para escarmiento de quienes, en la Colina, almacenan armas. "Mendieta se ha dejado secuestrar por ese sargento astuto que se jacta de tener bien puestas las botas para pisotear garantías. Y los que antier se jugaron la vida para expulsar a un tirano hoy incuban a otro con el desbocamiento irresponsable de sus rivalidades, sus odios y sus pequeñas rencillas. No hay nada qué hacer. No quiero ser cómplice de la sevicia de unos ni de la temeraria vocación suicida de los otros. Dejo el Consejo y dejo la Universidad. Me voy a mi casa. Uno tiene que saber cuando le llega el momento de retirarse de la vida pública. Ni un minuto menos, ni un minuto más."

"Cuba es un accidente geográfico: no nos queda más remedio que reconocerlo", declarará el Coronel en octubre al *New York Times*, orondo de haber pasado en el breve lapso de un año del anonimato de los cuarteles a los titulares de todos los periódicos. Coincide con los abecedarios, quienes lo reclutaron en sus rangos menores durante el machadato y que por el momento lo respaldan: es un "realista", que habla de enseñarles a las masas las ventajas de una democracia disciplinada y de la armonía entre el capital y el trabajo.

En febrero, la algarabía del carnaval y el contoneo de las negras en las comparsas se mezcla con el estruendo sorpresivo de un montón de bombas que, colocadas estratégicamente, pretenden mostrar presencia opositora sin dañar a nadie. La huelga, que estalló de inmediato, se fraguó en la colina universitaria pero se extiende como reguero de pólvora, desde las aulas, hacia las oficinas burocráticas, los comercios, los transportes, viajando en tren hasta los más remotos centrales de Oriente. "En este país hace falta orden o nos lleva el carajo. Hace falta salud. Hace falta educación. Pero también hace falta cuero: la letra, con sangre entra. A esto hay que ponerle, sin contemplaciones, punto final." Eso ordena el Coronel. Lo más álgido y sangriento de la

represión se dará en La Habana, donde los soldados vuelven a ocupar la Universidad como en tiempos de Machado y se declara, en la ciudad entera, estado de sitio. Se escuchan tiros por todas partes y los heridos se confunden con los muertos en las calles que rodean a la Colina, convertidas en campo de batalla.

A Carlos irán a buscarlo a su gabinete, donde disfruta con el placer de siempre el reencuentro con sus caracoles y sus mariposas, para inmiscuirlo de nuevo en lo que ahora llama con amargura "el barullo de la política".

Pretenden que "concilie" a los revolucionarios, reacios a hacer a un lado sus desencuentros. "Cuando el Manifiesto de 1930", les refresca la memoria, "todos sabíamos que había que canalizar tanto esfuerzo disgregado en una sola acción, conjunta y firme, y así surgió aquella famosa Junta Revolucionaria. Fue el mayor galardón de mi vida pública y de eso me enorgullezco. Hoy la revolución se ha atomizado y está en peligro: la reacción puede eclipsarla. Todo esto me llena de estupor. Somos la tierra de los viceversas. Lo que está pasando hay que impedirlo a todo trance, por espíritu de conservación. Contrajimos un compromiso con aquella juventud temeraria y no queremos que se suicide, ni siquiera heroicamente. La revolución no puede ser caos, muerte, barbarie, desorden. Es, debe ser, una postura mental: un cambio radical de ideas y de prácticas: un régimen de honradez, eficiencia, cultura, bienestar popular."

A Guiteras, que pasó del Ministerio de Gobernación con Grau al liderazgo clandestino de Joven Cuba, acaban de matarlo en una escaramuza con soldados, cuando pretendía embarcarse hacia México. "La historia se repite", comentará esa noche, parando en seco los comentarios, no siempre atinados, de la familia. "Recuerdo la impresión de mi padre cuando fusilaron en El Príncipe a José Antonio Guiteras, el hijo del director de La Empresa, que debe haber tenido la misma edad. Antonio siempre fue un nombre de familia."

Luego reflexiona: "Grau se fue a Miami, satisfecho en el fondo de sentirse heroico, perseguido. Ahora debe sentirse émulo de Martí, fundando ese Partido Revolucionario Cubano Auténtico. Dicen que su modelo es el APRA, de Haya de la Torre. Guiteras se quedó, quizá buscando una muerte heroica, y ya no está aquí para discutir nada: la muerte es el único episodio irreversible de la vida." Y añade: "Yo ya estoy viejo para el juego político que, para mi gusto, se parece demasiado a la guerra. También estoy viejo para empezar a ser acomodaticio y el oportunismo me produce una repugnancia visceral. No apruebo los métodos del coronel. No voy a sancionar nada con mi presencia. No dejaré que me usen para darle al poder militar un cariz de legalidad, de seriedad. Le haré a Mendieta una última propuesta, en el entendido de que yo voy a mantenerme al margen, de que yo no

entro en el juego."

La propuesta será crear un gabinete administrativo, integrado por técnicos, para atender las necesidades esenciales de educación, salud, obra pública, comunicaciones. Otro gabinete, exclusivamente político e integrado por el abanico de los sectores revolucionarios, prepararía la convocatoria a elecciones y a una Asamblea Constituyente. Un Consejo de Estado, constituido por veinte representantes de todas las corrientes, reglamentaría las propuestas de ambos gabinetes y allanaría el camino hacia una nueva y plena legalidad. "Acaricio la visión de que tendremos una Constituyente gloriosa, que emulará las grandezas y triunfos de la de 1901. Así ha de ser la Asamblea que estructure a la nueva República, sobre bases inconmovibles de justicia, de honor y felicidad para este pueblo que ha sufrido tantas desventuras…" Es su mensaje al Presidente en medio de la incertidumbre y sólo le queda insistir en que la presencia de antiguos machadistas en esa conciliación que está proponiendo sería inadmisible: se trata, precisamente, de consolidar el triunfo definitivo de la revolución. Imagina una lucha parlamentaria ordenada y pacífica, donde se discutan programas y principios, lejos de emboscadas pérfidas y de encrucijadas sangrientas.

"Eres un utopista irremediable", le dicen el yerno y los maridos de las nietas. "Más bien me resisto a que este país se vuelva un cementerio de ilusiones: a mí nunca me han gustado los cementerios." Mendieta no alcanzará a instrumentar nada de ese utópico proyecto de reconciliación y, mientras Menocal anuncia que contenderá con el hijo de José Miguel Gómez por la presidencia y Batista trata de evitarlo posponiendo las elecciones, el todavía Presidente nominal va a traerse a La Habana como consejero, en un gesto desesperado, al de la Universidad de Princeton.

"Me asusta esta atmósfera viscosa, de cinismo y frustración que hemos dejado crecer", insiste el viejo científico, viendo cómo de "la gran ilusión" del 95, reflejada en el espejo de "la gran ilusión" del 33, no queda más que un tiradero desperdigado de buenos deseos frustrados. Los signos de los tiempos le son ajenos y, con su ambivalencia de siempre, procura poner distancia sin acabar de resignarse. Tanta revoltura descarnada seguirá girando sin derrotero, reflexiona, procurando desentenderse. Mirando hacia atrás, su vida se le aparece por retazos, en un torbellino vertiginoso, como un rompecabezas de impresiones gratas y de desencantos. "Los jóvenes acabarán por encontrar el camino", se atreve a aventurar, sin poder abstenerse de observar a los que siguen en el juego con una curiosidad de entomólogo, advirtiendo que, por pequeño y oscuro que pueda parecer un comportamiento, refleja todo el universo de la condición humana.

Mientras el pequeño Miguel Mariano hace lo indecible por no parecer un títere de Batista sino un digno heredero de José Miguel, el tablero político se recompone, siguiendo la mecánica turbia del entrecruzamiento de todas las ambiciones. A Grau suele verlo Carlos en frecuentes visitas a Miami, amenizadas por las canciones y la guitarra de Polita, que entona *Mamá Inés, El Manicero* o *La Mulata Rumbera*, para avivarle al tío las urgencias del retorno: allá se le ha quedado el novio y no ve las horas del reencuentro. "No vengo a verte a ti", le advierte, "sino a Polita la cantadora, que es mucho más simpática y no aspira a la presidencia."

"Vuelve a la ciencia, Ramón", "vuelve a la ciencia", le aconseja, siempre entre bromas y veras, al viejo compañero de andanzas. "Todo lo demás es minúsculo y transitorio, efímero, intrascendente…" La sonrisa de su hermano Julio ronda las charlas, puntuadas por el rasgueo de la guitarra y el ronroneo de un oleaje que tiene mucho que envidiarle al de La Habana. Una noche se sueña con el hermano mayor, en la azotea de la casa de la calle del Río, tentados a dar el salto para dejarse llevar por el fluir fascinante del agua, por su verdor tan extraño que, de repente, se torna en el verdor de muchas copas de árboles, recortadas bajo un cielo premonitorio, en un atardecer prodigioso contemplado, desde un balcón del Plaza, en Nueva York. Se sobrepone un cuadro que siempre le ha impresionado: *La tempestad* de Giorgione.

¡Nueva York! Esta mañana, despertando, ha decidido escaparse a Nueva York. Necesita recargarse de energía, recuperar aquella sensación embriagante de estar en el centro del mundo, en el sitio donde el universo entero se concentra. Nueva York: alfa y omega, punto de llegada y punto de partida, probeta de todas las amalgamas: "Siempre, siempre sentiré por esta ciudad bella y terrible una fascinación muy turbadora. Hay un lirismo inquietante en su movimiento perpetuo, en esa extraña alquimia que transmuta la fealdad en belleza. Amo ese lugar de soledades y de multitudes infinitas, sobrevolado por pájaros nocturnos, por vampiros transterrados. Hay algo de locura aquí, lo sé, pero es una demencia genial que emana de tanta energía desbordada. Cuando estuve entonces, en medio de la Depresión, los rascacielos inacabados parecían habitados por miradas furiosas, que lanzaban reproches y amenazas a los transeúntes desde tantísimas ventanas huecas. Los pobres hacían cola para la sopa en pleno Times Square. La gente dormía en los pisos de los bares y en los andenes del tren subterráneo. Dormían sobre colchones de periódicos. Y, sin embargo, cerré los ojos y me introduje en el otro regazo de la ciudad: en la burbuja deslumbrante."

Terina relee la larga e inesperada misiva del tío, con la inquietante

sensación de estar escuchando al padre. Se le cruzan imágenes del novio posando, pensativo y *nonchalant*, junto al león de bronce de una escalinata, y de Cheng, con el saco de shantung y el bastoncillo con empuñadura de marfil, acodado voluptuosamente sobre la barandilla del vapor. Qué ganas de sentirse subyugada, de nuevo, por la excitación indefinible de lo desconocido. Tiene que reconocer que añora algo. Que la domesticidad del matrimonio no le ha traído, como tanto lo fantaseó, la felicidad colmada. Desea otra vez. Desea, con la intensidad desbordada que siempre ha puesto en las emociones, volverse partícipe del estrépito centelleante, de la ciudad otra, nerviosa, esquiva y resplandeciente.

En un abrir y cerrar de ojos todo se le concederá. El ruido hostil de afuera se irá amortiguando. Los balcones volverán a animarse, las fachadas volverán a ser brillantes, se instalará de nuevo la pulcritud serena, la graciosa elegancia, la quietud palpitante, y todo levitará, como antes, como siempre, entre el azul imponderable del mar y la versatilidad vibrante de la luz. En un abrir y cerrar de ojos.

A su lado la niña, ensimismada, hojea un libro de cuentos. La mira con una dulzura apasionada, ávida de comunicarle su sueño, la magia del deseo. La niña le devuelve la mirada, como quien se mira en un espejo. Ella juega con los ricitos dorados y empieza a entonar, como si la meciera en la cuna, como si todavía no intuyera que esa cuna, como todas las cunas, se mece sobre un abismo: “La señora luna le pidió al naranjo un vestido verde y un velillo blanco: la señora luna se quiere casar con un pajarillo de plata y coral”.

La Cuba secreta
La Habana, 15 de agosto de 1938-8 de noviembre de 1956

La vigilancia protectora de Nene sobre su preciada y preciosa cotidianidad se ha ido debilitando con los años, como los deseos de vivir que empezaron a abandonarla desde la muerte prematura de Carlitos. Un día de agosto del 38, la discreta sombra que acompañó su ya larga vida acaba de apagarse. Nene comete la imperdonable indiscreción de dejarlo en orfandad, como si no supiera lo que va a costarle valerse por sí mismo. Las hijas se apresurarán a devolverle ese arropamiento femenino que siempre le ha hecho tanta falta. Cucú, el ordenado y tranquilizador cobijo del impecable orden doméstico: el sigilo de las criadas en horas de la mañana, para no despertarlo antes del mediodía; los salmonetes y la hueva de lisa dos veces por semana; los caimitos en temporada; Sanjurjo pendiente de cualquier impulso repentino de salir en el automóvil a dar una vuelta por La Habana o de irse a pasar la tarde, como antes, en Varadero. Margot, la asiduidad silenciosa o parlanchina, dependiendo de un talante imprevisible, en el arreglo de la mesa de trabajo, de los papeles revueltos, de las pilas de libros alrededor del sillón, de la cama y de la mesa, de las gavetas de caracoles y de mariposas que, últimamente, él olvida devolver a su lugar.

Alrededor de las cuatro se reúnen las mujeres en el comedor para tomar café con leche y tostadas, aunque suele haber té, por si llega Terina, que lo prefiere, con tostaditas de canela y azúcar. Los primeros bisnietos hacen travesuras y él desvía con su inveterado sentido del humor, siempre oportuno, los respingos severos de la tía Caridad y la distraída adustez de Nenina, recomendándoles con condescendencia el festivo imperio que sabe ejercer Concha: “En esta familia”, repite entre bromas y veras, “las mujeres son temibles: siempre dicen la última palabra. No abusen, no abusen de esas criaturas. Si se estuvieran quietos sí sería cosa de preocuparse. La curiosidad es la que mueve el mundo…”

La curiosidad ha sido la constante de su vida y le encanta cultivarla a su alrededor. Disfruta la de los sobrinos —Ricardo, Salvador y Alfredo— que le traen casi todas las tardes una pregunta, una inquietud o una expectativa. La paleontología, la entomología y la geología son aficiones que le deben: primero las despertó en tres de sus hermanos que, a su vez, las transmitieron a los hijos. Él ejerce sobre todos un peculiar patriarcado, jovial y nada autoritario, que ninguno ha osado disputarle. Nene no sale del cuarto, porque ya le

molesta mucho el ruido, cuando, en octubre del 38, la casa se llena de naturalistas americanos, trasladados desde Tampa en el *Florida*, para el primer congreso de malacólogos que se celebrará en La Habana. Algunos son sus amigos de muchísimos años y otros aspiran a serlo. Celebrará los ochenta rodeado de viejos y de jóvenes que, en tres o cuatro lenguas, hablan su lenguaje.

Esa tarde, el sobrino Salvador le hace un regalo que habría bastado, por sí solo, para iluminarle el cumpleaños: "En la bahía de Matanzas me lo encontré, después del huracán de noviembre. Lo he disfrutado mucho: ahora quiero que sea tuyo." Es un rarísimo ejemplar, con una gran quilla que sostiene con los extremos de dos tentáculos calcáreos a manera de brazos, como un rey a punto de coronarse. "Ahí él mismo deposita sus huevos", les explicará a los bisnietos. "¡Figúrense!… Durante años he ansiado tenerlo. Tiene una concha tan delicada, tan fina. ¡Es una belleza!" Y, señalando al joven Salvador: "Éste empezó a coleccionar antes de aprender a caminar. A su padre le encantaba la genética, la biología pura, pero él se me fue pegando y se aficionó a los caracoles, aunque prefiere las mariposas. Por eso, no crean que por otra cosa, es que ha podido desprenderse de este ejemplar. No sé cómo se las arregla, a la vez, para andar ganando competencias de remo y mariposeando entre las muchachas, abusando de sus ojitos azules… Aprendan, niños, aprendan…"

La hija de Terina se deja llevar, embelesada con los caracoles y las mariposas pero, sobre todo, con las palabras que el tío abuelo desgrana con tanta soltura: ¿a lo mejor también las palabras pueden coleccionarse? "Se llama El Argonauta", continúa, "quizá porque en esa concha parece que porta algo en triunfo: el vellocino de oro que se robó Jasón, después de vencer al dragón con la ayuda de la astuta, pero perversa, Medea." Todos los héroes griegos, concluye, iban y venían entre las islas, en los tiempos en que las habitaban todavía los dioses. "Y Cuba es una isla, ¿verdad?", le responden los niños a coro. En el trayecto a la casa de San Lázaro, ella espera ansiosa cada bocacalle, pidiéndole a la madre que, al bajarse del tranvía, la lleve a ver el mar. "Estamos en una isla", le informa con aire de suficiencia, "rodeada de mar por todas partes."

Terina accede. A ella le estimula el mar. Verlo cada día es el más deseable de los privilegios. Caminan de la mano, dándole la espalda al Morro, hacia la puesta de sol. Luego, al llegar al parque Maceo, se dan media vuelta para volver andando hasta el Prado. A medida que avanzan va apareciendo más gente que, quitándose de encima la incandescencia y el calor del día como un vestido sudado, se acerca, imantada, al Malecón. Terina evoca a ese americano amigo suyo enamorado de La Habana: la atmósfera de La Habana no se parece a ninguna otra. De noche la ciudad se transforma con los vientos que se

encrespan en el mar y atraviesan, de una orilla a otra, la isla. La niña, curiosa y entusiasmada, quiere oír más. “La luz del sol es una tiranía que nos sofoca y nos oprime de día: de noche, cada noche, nos liberamos. Por eso tanta gente sale a la calle a esta hora. A la ciudad hay que disfrutarla por las noches, ¿sabes?” La niña no lo sabe pero está dispuesta a aprenderlo todo. ¡Y qué bonito habla mamá!

Esa noche va a sacar el cuaderno apaisado de su “Diario Íntimo” del baúl del último cuarto, donde convive hace años con mantones de Manila, vestidos de gasa rebordada, *écharpes* entramadas en plata, boas de pluma de avestruz, bastones, sombrillas, un sombrero de copa, guantes de cabritilla y sombreritos pasados de moda. Escribe, olvidando consignar la fecha: “He llevado a J. a ver un barco, todo iluminado, que acababa de entrar a la bahía. Le dije: ‘Viajar es maravilloso: todo puede pasar en un viaje.’ Ella me preguntó: ‘¿Qué puede pasar, mami, qué puede pasar? Cuéntame, cuéntame.’ Yo me reí: ‘Es un secreto que descubrirás cuando seas grande, porque estoy segura de que vas a viajar mucho. Ya verás. Para los que llegan en ese barco, La Habana es el lugar donde todo puede pasar: una ciudad imaginaria, una silueta de cornisas y balaustradas que parecen de mármol, penetrada por el azul índigo más intenso del mundo, que serpentea sinuosamente, y todo incrustado en un verdor oscuro, espeso y denso, y salpicado con tantísimas palmas reales y con tantísimas columnas…’ Me asusté cuando la vi tan entusiasmada, tan sobreexcitada y me la llevé a tomar un helado. Ahora soy yo la que siento un hormigueo extraño, como si quisiera estar en La Habana de viaje, ser una pasajera en el *Alexandria*, a punto de desembarcar, a punto de entrar en una Pompeya tropical, a punto de dejarme mecer por la música, entre Offenbach y Wagner y danzones, que saldría de tantísimos cafés, de ser una de esas mujeres ‘caras’, bajando al comedor del Inglaterra en el elevador, expuestas en cada piso a miradas golosas, ávidas de cazar siluetas deseables entre la fragilidad de los chifones y la iridiscencia de las perlas. Me gustaría ser la pasajera, la eterna viajera, la siempre deseada. Me gustaría sentarme, con estudiada indiferencia, en una mesa cercana al portal, entre arecas, escoltada por un caballero mayor de aire atildado, sólo que no sería en Nueva York, como en aquel viaje con mi padre, no sería en Nueva York sino en esta ciudad todavía inexplorada, que yo fantasearía suntuosa y voluptuosa y procelosa, como el mar, ondulante, oscilando entre la gracia y algún imprevisible y fatal destino. Desde otra mesa, un hombre joven, de tez aceitunada, me estaría buscando la mirada, y yo lo sabría pero fingiría esquivar la suya, hasta rendirme al asedio de su invitación insinuante, al encanto de su indefinible mezcla de melancolía y de orgullo. Él se acercaría para entregarle a mi padre su tarjeta y brindarse para mostrarnos

cuanto hay que ver en La Habana que, lo diría sin jactancia, es un galeón de maravillas. Nos recomendaría los cangrejos moros, en vez de la langosta desabrida, y pediría el consentimiento de mi padre para enviarnos una botella de champagne. Diría luego algo, vago pero suficientemente sutil, acerca del *spirit of place* y, juzgando todo ello un tanto excesivo para un encuentro fortuito, aun en una ciudad tan seductora y misteriosa, y sabia para dispensar los pequeños y los grandes placeres de la vida, volvería parsimoniosamente a su mesa, esperando que el caballero y la señorita aceptaran, *while the night is still young*, un paseo en automóvil descubierto por el Malecón, que a esa hora, entre la dicha de la brisa, el rumor estimulante del oleaje y los diamantes de la comba celeste, brindaría el anticipo más perfecto de la magia habanera."

Guarda apresuradamente el cuaderno en las profundidades del baúl, después de correr al último cuarto a toda prisa, cuando escucha el ruido familiar del llavín del marido abriendo la reja de la escalera, un poco avergonzada de que el hombre a quien dedica asiduamente las intimidades de su corazón pueda sorprenderla en un ejercicio clandestino de escritura. La sospecha de que él, tan susceptible de enamoriscarse, esté volviendo a casa a deshoras por motivos *non sanctos* no la salva, sino al contrario, de la sensación de ser sorprendida en culpa.

Esa noche se reencuentran con la misma intensidad de aquellas tardes espaciadas, infrecuentes, de los largos años de noviazgo que él prolongó al infinito, con el argumento inobjetable de no poder ofrecerle los gustos a los que el padre primero y los hermanos después la acostumbraron. Hacen el amor en el *chaise-longue* de la saleta, entre los libreros y la campesina italiana que desmiente, con una mirada cómplice, la frialdad del mármol de Carrara. Desde la pared de enfrente, una Elsa de Bravante afligida y a la vez iluminada, cae de rodillas en oración, mientras contempla la ligera barca, arrastrada por un cisne, que conduce al que ha de demostrar su inocencia: el misterioso Lohengrin, entrevisto en sueños. Desde el escritorio, la penetrante mirada de águila de Napoleón parece sancionar la escena.

La niña despierta de un sueño confuso, en el que bordea, patinando, una incierta neblina con olor y sabor a mar. Llama, pero no la escuchan. Se desliza entonces, como tantas noches, al cuarto contiguo, separado del suyo únicamente por una mampara. Ya va a acomodarse, hecha un ovillo, junto a la madre, cuando descubre que no hay nadie en esa cama. Y sabe, sin saber por qué, que los encontrará del otro lado de la mampara que comunica el cuarto de ellos con la saleta. También intuye que no debe interrumpir y regresa de puntillas a la cama, escuchando mientras procura adormecerse la voz de su madre, extrañamente amplificada como la oyó el día en que entraron las dos,

con el tío Carlos, a las cuevas de Bellamar. "¡Viajar es maravilloso! Todo puede pasar en un viaje." La voz retumba, potenciada, en un sin fin de ecos. A la mañana siguiente no estará segura de si toda aquella escena la vivió o la soñó, cuando se va despertando al son del tintineo de la campana del tranvía y le parece adivinar, muy a lo lejos, la sirena de un barco.

Pasan los años en que la abuela la viste de holán blanco, con florecitas bordadas en *beauvais*, y la madre le pone zapaticos de charol para bailar el *tap*. Los años en que la llevan a visitar al niño Jesús en la Iglesia del Cristo y, el día de Navidad, se levanta entre regalos, con papá y mamá a cada lado, como San José y la Virgen, lo que la hace sentirse igualita al niño Dios. "Esta niña es un torbellino", le escucha decir a la madre, "cuando está despierta no le da a uno tiempo ni para respirar. Pero es tan deliciosa, tan viva, tan encantadora, tan zalamera…" Los años de los juegos en el portal de Malecón, con las nietas de Souza. Los años en que la casa de la calle de San Lázaro ocupa el centro del mundo y "los mayores" se prestan a representar los personajes que ella les reparte, sobre el telón de fondo del mar, que todavía se distingue desde el balcón porque no han construido altos sobre el taller mecánico de enfrente, donde un muñeco llamado Michelin, hecho todo de ruedas blancas, recibe a los clientes.

Para Terina ha sido un alivio el alejamiento de Carlos de la política. La familia ha quedado en su lugar y el remolino afuera. La presencia de la niña le ha devuelto a las cosas su orden natural, quebrantado abruptamente por la muerte prematura de dos varones sin descendencia. Consuelo hija ha entendido pronto que tampoco ella será prolífica. Consuelo madre no se cansa de repetir cuán inescrutables pueden ser los designios de un Dios Padre que se desentiende con tanto descuido de la suerte de sus criaturas. ¿Por qué le arrebató al marido primero y luego a los dos hijos, en la flor de la edad, con tanto por vivir todavía? ¿Por qué en casa de Carlos se suceden las bodas y los bautizos, la efervescencia de la vida, y en casa de Julio una pérdida tras otra hablan sólo de muerte? Ver nacer y crecer a la niña lo cambiará todo y, cantadas entre sonrisas, hasta las tristes canciones gallegas suenan a castañuelas. La felicidad de volver a mecer una cuna pone las cosas en su lugar: el reloj de oro de Julio, al que no se le da cuerda desde el día del entierro, vuelve a marcar las horas, metido en su capelo, sobre el *chiffonnier* de arce americano del cuarto de la niña y la abuela se dispone a confeccionar con toda la paciencia del mundo, como si tuviera mucho tiempo por delante, una sobrecama de encaje, de diseño muy elaborado, copiada del magazine de *Blanco y Negro*, añadiendo con virtuosas puntadas pequeñas muestras de Valenciennes y de Alençon, de Bruselas y de Brujas, de Canarias, de Puntaïres y de Arenys del Mar, que languidecen y se

amarillean en las gavetas de los baúles del último cuarto.

Así van pasando los años, entre lentos y apresurados. Terina se maravilla de que el tío, porfiando al paso del tiempo, se obstine en conservar el ánimo joven. “La memoria es una criba paciente”, le advertirá una de esas tardes en que va a buscar, en su compañía, sostenes para sus pequeñas cuitas domésticas. “Haber amado es lo que a mí me mantiene vivo. Hay quienes se mueren sin saber lo que es el amor. ¿Te das cuenta del privilegio que hemos tenido quienes, por lo menos una vez en la vida, lo hemos conocido?” Luego le hablará de Úrsula Urbach y de Nene: “Fueron, para mí, los dos rostros del amor: la pasión y el sosiego sereno. Todo en mi vida ha sido un vaivén ambivalente: el cariño apacible y el vértigo apasionado. Quizá pequé por demasiado lúcido, por demasiado prudente. Quizá me equivoqué. Siempre estuve jaloneado, en el amor y en la vocación. Por eso he sido muy vulnerable. Nunca pude desprenderme de la alharaca vocinglera y, a la vez, tuve que ir en busca, una y otra vez, de esa sensación prodigiosa de descubrir un orden que desmintiera el caos. Me repugnó la ambición, la falta de escrúpulos de los políticos, pero no pude resistirme al centelleo de sus espejismos. Por fin los años me están obligando a ser espectador pensante y no actor a medias, como siempre lo fui. Quizá cometí otro pecado: interesarme más por el orden del cosmos que por las penas y las alegrías de los humanos. Quizá todos los que nos jactamos de ser ‘hombres de ciencia’ pasamos por la vida con ese déficit. Somos un poco, o un mucho, egoístas. En estos días me pregunto, a cada rato, de dónde me vino este afán de conocer, de apropiarme de las cosas a través del saber. Y de dónde me llegó la certidumbre, que siempre estuvo ahí rondándome, de que el juego por el poder es trivial. Celebro, te lo aseguro, no haberlo buscado con demasiadas ganas. ¿Sabes? Julio y yo hablábamos, de cuando en cuando, de Bernabé nuestro padre, y del otro Bernabé, el abuelo, de su rebeldía frente a la autoridad del bisabuelo, de cómo se desvaneció, en esta rama nuestra de la familia, el deseo de tener y empezó a habitarnos el deseo de saber. A los Zayas les quedó, y creo que no ha sido para bien, el deseo de poder. Hace poco ha venido a verme un muchacho joven, que anda enfrascado en bucear archivos para el Conde de Jaruco, ese hombre que se ha dado a la tarea ímproba de reconstruir genealogías, y me cuenta que la primera entrada del primer tomo, que está a punto de aparecer, registra a los Agramonte, y que la rama de Ignacio viene de un Juan Salvador casado con una Eugenia de la Torre, hija del capitán Pedro de la Torre Sifontes, de quien se dice que era poeta. A estas alturas de mi vida, te confieso que por primera vez eso de los antepasados me da cierta curiosidad y me imagino a Jaruco acumulando huesitos para armar su esqueleto de nuestra prehistoria, como me pasó a mí con los huesitos

del *Megalocnus*. Parece que el capitán poeta tenía un hermano llamado Gregorio, que casó con la hija de un alarife llamado Calona, de no muy buena fama, que construyó La Fuerza y solía explorar el mapa del firmamento. A lo mejor, figúrate, de aquel remoto personaje con quien, te confieso, me encantaría conversar en el otro mundo, nos viene en la sangre el gusanito de buscarle los tres pies al gato del conocimiento. Me imagino a Calona oteando en el cielo indicios del paraíso que lo rodeaba aquí abajo, en el suelo, en esta tierra que debe haberle parecido de promisión, una Nueva Jerusalén, un lugar de Utopía…"

Caminando por la calle de Obispo, entre el padre y la madre, él de bufanda y ella de boina, en tardes de norte, la niña disfruta la ciudad como una euforia perpetua. Hacen paradas obligadas: en la Casa Stein para que el padre examine franelas y *tweeds* ingleses, que se empeña en usar a la menor señal de cambio de clima, y en la Casa Wilson, donde la madre elige papel de carta, plumas y cuadernos y ella *scrap books* y cromos para decorarlos, persiguiendo la lógica de pequeñas historias que se van inventando solas, sólo con armar como rompecabezas los motivos de esas estampas de colores brillantes donde florecen guirnaldas, navegan vapores, duermen gatitos en canastas, crecen jardines en miniatura alrededor de cabañas de cuento de hadas y señoras elegantes, provistas de pequeños maletines de mimbre, suben los escalones de algún tren a punto de partir.

En el consultorio de Souza, y en casa de Cucú y Armando, con quienes vive Carlos desde la muerte de Nene, se habla de política. "El mundo está mal hecho y no falta quienes pretenden convencernos, a cada rato, de que van a componerlo." Es la opinión de Aurelio, a quien nadie toma en serio cuando anuncia: "Todos los gobiernos son y serán malos: he sido, soy y seguiré siendo anarquista."

Hay que darle a Grau, apunta Carlos en cambio, el beneficio de la duda. "Ramón no volverá a la ciencia como tanto le recomendé, pero ya volvió a la Isla y es, hoy por hoy, el único capaz de ofrecer civilismo y democracia".

Lo confirma Guillermo de Zéndegui, quien frecuenta las dos tertulias mientras redacta el programa del Partido Auténtico: "Batista dice que está con el pueblo y los comunistas le aplauden. A Grau lo buscan él y los comunistas: quieren neutralizarlo. Pero lo que desean los cubanos es lo que tú estás diciendo: civilismo y democracia y eso sólo él sabe cómo dárselo a este pueblo. Honestidad y desplazar a los militares: tan sencillo como eso. Una Asamblea Constituyente con lo mejor de Cuba y se abrirán los horizontes. Que haya coexistencia, armonía civilizada. No hay que enfrentar, hay que acercar. La clase media tiene mucho que decir…"

Carlos sigue siendo crédulo. Cuatro años de Batista en el poder, bajo

la sombra legitimadora de la Constitución del 40 y en medio de una simpatía generalizada hacia los Estados Unidos y sus aliados, con relativo respeto a las libertades individuales, es un buen síntoma. Cuba está cada día más madura para la democracia. Sólo falta que gane con votos la presidencia el hombre que, en su criterio, sigue encarnando los principios de la revolución. Gana. Sólo que el general se irá encantado a Daytona Beach, dispuesto a tomarse unas bien ganadas vacaciones y a disfrutar, desde la Florida, de los desaciertos del "médico demagogo" que, tras la "gloriosa jornada" que lo ha llevado al balcón de Palacio, disfruta de las delicias de la popularidad y de un ejercicio personalista, arbitrario y nepotista del poder. Alrededor del 46, la credulidad no se sostiene: "Anunció un *welfare state,* pero ya demostró que está lejos de ser un Franklin Delano Roosevelt. Hace años yo tuve la fantasía de que lograríamos una Constituyente gloriosa, que emularía las grandezas y los triunfos de aquella de 1901. Ahora volví a creer que mi amigo podría estructurar la nueva república, sobre bases de justicia, de honor y de felicidad para este pueblo que ha sufrido tantos sinsabores. Seguía sintiéndome revolucionario y creí que ellos seguían creyendo en la revolución. Me imaginé que ahora sí el país se encauzaría por las vías pacíficas y ordenadas de la lucha parlamentaria. Me equivoqué: Diez años después volví a equivocarme."

El pasado se cuela, una y otra vez, en el presente. Reaparece en las conversaciones, de cuando en cuando, Ferrara. Mientras Huberto permanece en silencio, con las manos cruzadas, ausente y rumiando sus propios recuerdos, Nena pone al tanto a la hermana: "A Ferrara no le ha ido mal. Figúrate: resulta que hace más de veinte años puso cuarenta mil dólares en unas tierras cerca del Orinoco, incluyendo unas minas cerradas. Pues ahora tuvo la suerte de que aquellas minas las compró la Bethlehem Steel y le han ofrecido, graciosamente, 120 mil dólares por esos terrenos de los que ni siquiera se acordaba. ¡Tres veces más de lo que puso entonces! Con eso, y unos bonos cubanos que compró muy a tiempo, cuando decidió vender el ingenio María Luisa y otros dos que tenía cerca de Vueltas, tienen con qué vivir en el Ritz y hasta para invertir en la Bolsa." Después, sin transición alguna, sienta a la niña a su derecha, en el banquito del piano, "para que le vaya perdiendo el miedo", y se pone a tocar, olvidándose del mundo, el Concierto de Ravel para la mano izquierda. "Hay que imaginarse a la orquesta", les advierte, "a los bajos que hacen surgir música de las profundidades más sombrías, a los cornos que anuncian un clímax, antes de volver al tema inicial, para que el solista le responda con esta melodía: escuchen." Huberto vuelve en sí, haciendo evidente que eso sí vale la pena escucharlo. "Oye", le susurra a la niña, "es una melodía llena de nostalgia y, a la vez, de premonición." La va guiando: "En

estos acordes, que tienen ritmo de jazz, tienes que imaginarte a las trompetas." Nena hace una pausa. Él sugiere: "La orquesta entra en un torbellino que luego se desvanece: al final, una cadenza espléndida va a resumirlo todo. Oye. Oye y aprende."

Ella se resiste a aprender. Sabe que nunca tendrá talento para el piano. Le gustan las explicaciones del tío porque pone la música en palabras y las palabras sugieren historias. Le gusta la tienda llena de pianos, de violines, de guitarras, de mandolinas, de anaqueles que protegen del polvo las partituras, detrás de cristales esmerilados; le gustan las vitrinas, donde siempre se conmemora algún aniversario, algún centenario, y donde la tía compone "naturalezas muertas" con instrumentos y flores, fotografías y grabados, procurando evocar la atmósfera que rodeó la vida de Mozart o la de Wagner, la de Bach y Ana Magdalena, la de Alma y Gustav Mahler. La tienda es un remanso. Y, a la vez, una réplica de *otros mundos* a donde uno puede irse en barco, atravesando el mar, en uno de esos viajes en los que, según dice la madre, cualquier cosa podría ocurrir. Se diría que Huberto posee algún don especial para leer con las yemas de los dedos, que le permite sacar exactamente la partitura precisa de los anaqueles, sin equivocarse jamás. Así como la tienda está llena de instrumentos y los anaqueles de partituras, él está lleno de aconteceres remotos que, evocados desde la ceguera, se hacen extrañamente palpables, casi visibles. "Ahí vienen Mimí y Rodolfo", le avisa cuando hacen su aparición Aurelio y Terina, que llegan a buscarla. Es una broma secreta entre ella y el tío, que alguna vez los comparó, por sus vaivenes de celos y reconciliaciones, con los amantes de *La Bohème* de Puccini.

Aurelio suele traer noticias de un "afuera" que al tío no le importa demasiado. Y, poniendo énfasis en que no entiende por qué los cubanos son tan vehementes cuando se ponen a discutir de política (que es siempre que se junta un grupito en la barbería, en el café o alrededor de un banco en el parque) incita a Huberto, que se resiste, a entrar precisamente en una discusión de política. "¿Qué tienen de auténticos los 'auténticos'? No está en juego una sola idea. Ni entre los patronos ni entre los obreros. Esos votan hoy por los auténticos y mañana por los comunistas: todo depende de a quién le toca ofrecer que pagará más. Todos quieren ir a lo seguro: unos tienen miedo a perder el empleo; los otros, a arriesgar demasiado su dinero. Ahora están a partir un piñón auténticos, comunistas e industriales. Vamos a ver qué pasa cuando se acabe la guerra. Y, ¿qué me dice de la Universidad? Está perdida: es una tierra de nadie, en manos de gangsters y no hay quien tenga autoridad, ni los profesores ni los estudiantes que quieren estudiar, que también los hay, no lo niego."

A lo más que llega el tío es a sugerir: "Aquí lo que hace falta es

conciencia moral. Todo esto empezó cuando cayó Machado y no se hizo justicia y empezaron a tomársela en propia mano. Aquí lo que ha habido desde entonces es anarquía, y perdóneme usted que se declara anarquista, pero la anarquía sólo es el reino del caos, de la violencia y la venganza."

Nunca se han hablado de tú el padre y los tíos, como si el *usted* salvaguardara, para las buenas maneras de la convivencia civilizada, un territorio neutral y reconfortante en medio de la obscena baraúnda que se obstina en prevalecer afuera. La tienda, fundada al principiar los veinte en una Calzada de la Reina de portales amplios y limpias fachadas neoclásicas, pulcra y concurrida por gente bien vestida, es ahora una reliquia excéntrica en una avenida abigarrada que ha empezado a perder empaque, a aceptar puestos de fritangas y vendedores ambulantes, tiendas de ropa barata y un público de escasos recursos que va apropiándose, como un hormiguero en expansión, las calles adyacentes. Consuelo lo resiente mucho y, aunque hace lo posible por guardarse su disgusto no siempre lo consigue y entonces, frotando los zapatos uno con otro en un tic incontrolable que es signo de impaciencia, le comunica al marido ciego:"¡Qué bueno, después de todo, que no puedas ver cómo nos está invadiendo la chusma!"

Cuando Consuelo madre empieza a dejar de tejer porque se le confunden los puntos del *crochet* y deja de buscar en el *Diario de la Marina* las cotizaciones de la Compañía de Teléfonos porque, a pesar de que la han operado de cataratas, asegura que cada día ve menos, las hijas no imaginan lo que está por venir. Tardan en percibir el adelgazamiento, siguen comprándole vestidos y batas que cada día le quedan más holgados y pretenden estimularle el apetito con golosinas que ya no le llaman la atención.

La credulidad de Carlos no tiene remedio. A pesar del desastre de Grau, le queda una reserva para depositarla en uno de sus muchachos del Directorio, dispuesto a suceder al médico demagogo: "Hegel definió al Estado como la hermosa totalidad y a mí fue eso lo que me tentó, la ilusa ilusión de volver a la política Historia, de acercarla a algo que ya sé, por fin, que no puede darse en esta tierra: la bella perfección de lo Absoluto. Y no puede darse porque tocar el Absoluto es tocar la muerte." Se conformará, pues, con menos, con un clima de libertades civiles, con un poco menos de corrupción y un poco menos de cinismo. Le durará poco la esperanza. "Este país se está deshaciendo", empieza a ser el *ritornello* en las conversaciones de sobremesa. "¿Cómo es posible que la revolución del treinta, en la que pusimos toda la esperanza, sólo nos haya dejado gangsterismo y venalidad? Ya nadie cree en nada. Pero la gente necesita creer. Los universitarios, los profesionales, no se resignan y siguen buscando 'un

buen gobierno'. También a mí me simpatiza ese muchacho miope que está haciendo de la escoba un símbolo. Ojalá que no resulte miope también para la política. Yo no soy un puritano, pero entiendo. Entiendo que, en medio de este vacío, un puritano, un moralista, aunque no tenga nada más que ofrecer, pueda magnetizar a la gente." Terina y su hija han ido a visitar a Carlos cuando Eddy Chibás anuncia por radio, en el programa más oído, que dará "un último aldabonazo", a las nueve de la noche de un domingo de agosto de 1951, clamando por despertar a los cubanos de su letargo. El ruido del disparo no se escucha porque ya ha entrado en onda un programa musical cuando el adalid de la política como moral se dispara un tiro en el estómago. Quince días después morirá en una cama de hospital y el comentario será: "Aquí confundimos la vocación patriótica con la de volverse mártir. Eso de que 'morir por la patria es vivir' nos lo hemos tomado muy en serio. Quizá sea lo único que en este país nos tomamos en serio." Le han hecho un entierro espectacular.

Esta noche, mientras caminan un largo trecho hacia la casa de San Lázaro porque tomaron, por distracción, el tranvía equivocado, se entera de lo que es una angina de pecho. Otras veces el padre se ha detenido de repente, como si le faltara el aire, para recuperar luego el paso como si nada. "Es como un calambre, aquí en medio del pecho, ¿sabes?, es una opresión…" Luego, por primera vez, le pone nombre a la pequeña pastilla que extrae de una cajita de plata que guarda en un bolsillo interior del saco, hecho a propósito. "Nitroglicerina: es un explosivo potente, que sirve para fabricar dinamita. También sirve, curiosamente, para dilatar las arterias. Paradójico, ¿verdad?" Querrá saber más.

Carlos va a ser preciso. "Tu padre padece de *angina pectoris*, una enfermedad artera con un bello nombre. Cuando yo era muy joven y estudiaba medicina tuve que escoger: me fascinaba el milagro y la fragilidad de la condición humana y, no sé si por evadir esas honduras, me tentaba el misterio del cosmos. Escogí los caracoles y las mariposas, esos prodigios de belleza donde parecería reflejarse una inteligencia divina, porque en la naturaleza no hay jerarquías. Observarlos y coleccionarlos, clasificarlos, fue una manera de rescatar lo efímero, lo aparentemente mínimo, y protegerlo en un lugar seguro: en el saber, la contemplación y el deleite de los vivos. Ahora que estoy viejo, siento que contribuir a mantener viva la vida, como médico, me habría dejado a estas alturas una satisfacción más íntima. Ahora pienso con frecuencia en la muerte. La causa universal de la muerte es, ¿sabes?, la falta de oxígeno. Cuando al corazón no le llega sangre no le llega oxígeno y se muere de inanición. La médula ósea sigue produciendo células por un lapso breve. Suele ocurrir que, mientras tanto, las bacterias pululan y proliferan. Los riñones y el hígado dejan

de limpiar al cuerpo de sustancias tóxicas. Cuando la presión sanguínea no alcanza a mantener la función del cerebro la vida cesa. Creo que no eres demasiado joven para saberlo: hay que aprender a aceptar serenamente la muerte, porque es la garantía de la vida. Cada uno de nosotros muere para que la especie sobreviva."

Ha sido una conversación perturbadora. La abuela duerme en el cuarto inmediato, separado del suyo apenas por una mampara con volutas y vidrios esmerilados. Ha cumplido ochenta y nueve. Su figura robusta, opulenta, se ha ido enjutando y ha empequeñecido. Lo primero fue el paso, que dejó de ser firme, cuando empezó a deslizarse, casi sin levantar las plantas del suelo, en las muy gastadas pantuflas de franela. A veces la ha sorprendido con los ojos cerrados y la boca abierta, sentada en el balancín, y se le ha acercado para susurrarle: "Abuelona, no saques la lengua". La abuela hace como que no oye, como si cada día la opinión ajena le importara menos. La piel le cuelga del cuello, en una papada flácida. La piel de la cara, tan sonrosada, se ha vuelto cetrina y arrugada —"como una pasita"— y, aunque toda ella se va achicando, los ojos se le ven inmensos. Se le olvida guardar lo que saca del escaparate y la hija se impacienta con el cuarto desordenado. Siempre fue voluntariosa: desde que "eso" ha empezado contesta de mal modo si le reprochan algo y cada día se hace más irritable y más intemperante. Casi no sale del cuarto, salvo para ir al comedor, y después ni siquiera porque pierde el apetito y hay que disponerle una mesita cerca de la ventana para el caldo, algún puré y una manzana asada. Desde allí mira con lejanía las plantas que sembró y cuidó por años. A la tía Nena hay que sugerirle que no la aturda con noticias que ni entiende ni le interesan. Ella ha aprendido a descubrirle un ligero destello en la mirada, a lo mejor una sonrisa, cuando, en ratos de lucidez, habla de "hace muchos años" cuando pasó esto o lo otro y se deja untar una pomada, para el reuma, en las articulaciones. Pero un deterioro tan lento impacienta a todos.

El viejo Souza ya no hace visitas y casi no practica en el consultorio. Ha recomendado, pues, a un médico joven, que una vez por semana sube las escaleras con su maletín negro y una sonrisa estereotipada. Un día le detecta, en el lugar del estómago, una masa dura, y como nadie le pregunta qué es se abstiene de ponerle nombre. Así empieza la enfermedad de la abuela, sin que en la casa se hable nunca de un cáncer. Dos monjitas, una de día y otra de noche, la cuidarán a partir de ese diagnóstico que no hay que mencionar en alta voz. Las mandan del asilo Santovenia, al que ha contribuido durante años con donativos modestos pero constantes, y donde oye con toda la familia, cada 24 de diciembre, la Misa de Gallo.

Un día el médico habla de uremia, septicemia, y otras palabras enigmáticas. Anuncia que quizá no tardará en entrar en estado de

coma, aunque todavía es capaz de obedecer instrucciones, cuando la monja le extrae flemas de la garganta con una cucharita, que evidentemente le hace daño. Encima de todo tiene pulmonía. Traen un tanque de oxígeno. Ya no puede tragar ni beber. Al médico se le dificulta mucho encontrarle una vena para aliviarle con suero la sensación de sequedad, "si es que todavía siente". Tiene los ojos cerrados y la boca muy abierta, como si la sed fuera infinita. La nieta se arrepiente de haberse burlado de ella cuando sacaba la lengua.

Evita pasar por el cuarto de la abuela para ir al comedor, pero cuando llueve no hay más remedio. Entonces se acerca de prisa, le da un beso en la sien y a veces le acaricia los cabellos ralos. Lleva cinco días inconsciente. Hoy se le ha amoratado la cara y han llamado a Nena y Huberto. Ella debe "distraer" al tío, en la saleta. El tío escucha en silencio su relato. Luego va dejando caer las palabras, como con cuentagotas. "Ni tu madre ni tu tía quieren reconocer que tu abuela se está muriendo. Dicen que ella no sabe, pero yo creo que sí. Por lo menos, hasta que perdió el conocimiento. Ojalá que no lo recupere. Sería peor. No sabes cuánto me arrepentí de haberle ocultado a Leopoldina que estaba a punto de morir: de haberla engañado. Todos hicimos como si no estuviera pasando nada grave. Luego no pude con aquel sentimiento de culpa, de haberla dejado tan sola con la muerte. Por eso quise seguirla, ir a hacerle compañía cuando ya no era tiempo. Dios me castigó y me dejó ciego." ¿Qué va a hacer con semejante peso encima? Es peor lo que le oye decir al cura, que llega por la noche para administrarle los santos óleos: "Dios la tiene crucificada, hija mía, la está santificando para que se vaya más pronto al cielo cuando le llegue el momento."

Ese "cuando le llegue el momento" va a perseguirla todo el día siguiente, con la imagen insoportable de la abuela crucificada. Su padre se la lleva al cine, a ver una película que cuenta la historia de amor de una princesa y un rey, entre castillos de cuentos de hadas y batallas donde los caballeros se mueren con elegancia, como si todo fuera un ballet.

Al día siguiente la tienden en la sala, en el mismo lugar que al abuelo, dicen, entre cirios y flores blancas. Llueve y es domingo. Detesta los domingos. "Por fin Nuestro Señor la recogió", musita Sor Ángela. "Ya su alma voló al cielo". Durante meses va a hostigarla la inexplicable certidumbre de haber matado a la abuela y de nada servirá la evidencia de haber estado, a la hora en que "eso" ocurrió, en el balcón del cine Fausto, junto a su padre, sintiéndose Vivien Leigh en brazos de Lawrence Olivier.

"¿De qué murió abuelita?", se ha decidido a preguntarle, por fin, a Carlos. "Tu abuela murió de vejez, como voy a morir yo uno de estos días. ¿Para qué ponerle etiquetas? Seguramente murió de muchas

cosas a la vez. ¿Qué más da? La naturaleza hace su obra, como tiene que ser. Hace más de tres mil años había en China un médico sabio. Se llamaba Chi Po. El emperador amarillo le pidió que lo instruyera sobre la muerte. Él le respondió: 'La vida humana alcanza su límite cuando una persona ya no puede vencer a las enfermedades que su propio cuerpo ha dejado crecer. Entonces le ha llegado el momento de morir.' Es natural que tu abuela haya muerto. Y que tu madre y tú la sobrevivan. Lo antinatural fue que Julito y Carlitos se murieran antes de tiempo. Como murió tu abuelo. Tu abuela era una mujer fuerte. Jamás se había enfermado. Sobrevivió a Julio muchos años y te aseguro que los pasó reviviendo lo felices que fueron. Julio la quiso mucho. También ella, aunque siempre fue tan púdica con sus sentimientos. Vivió lo que tenía que vivir. Yo puedo decir lo mismo. La muerte es parte de la vida. Mi maestro Poey, y mi maestro Montaigne, me lo enseñaron. Lo que la ciencia registra lo confirma la filosofía: hay que dejarle sitio a los que vienen detrás, como nuestros padres y nuestros abuelos nos dejaron sitio a nosotros. La verdad es que los poetas lo supieron antes que nadie. Ya lo sabía Homero. La raza de los hombres es como la de las hojas: unas se caen para que otras, verdecitas y tiernas, puedan brotar."

Carlos ya no se extraña de los signos de la vejez. Mira con curiosidad las manchas y las arrugas de sus manos de dedos largos, con las venas demasiado resaltadas y la piel casi transparente. Observa las enormes bolsas debajo de los ojos y una protuberancia en el párpado superior que le desagrada especialmente. Se pregunta cómo le llegará la muerte. Los honores siguen lloviendo sobre su figura venerable, término que todos usan para referirse a él y del que suele burlarse, con el humor que acostumbra para evadir solemnidades. Todavía acude, en Washington, a un congreso de expertos en conservación de flora y fauna, hace un elogio de Poey en la Academia Cubana de la Lengua, asiste a otros dos congresos, en Filadelfia y en Maine, y recibe al rey Leopoldo de Bélgica, aficionado a la malacología, que hace un viaje a La Habana sólo para buscarlo. Ha cruzado la línea de los noventa y no se resigna a abandonar las exploraciones ni deja de publicar, de cuando en cuando, monografías sobre moluscos, sobre todo para rectificar alguna clasificación inexacta. A la Sociedad Cubana de Historia Natural le entrega una minuciosa monografía sobre *Polymitas,* incluyendo once láminas que encarga a un joven zoólogo que lo admira y se le ha arrimado, deseoso de recibir las últimas luces, bromea, del sol poniente. Que ese joven tenga el talante y la sensibilidad estética de los naturalistas de antaño le llena, a él mismo, de entusiasmo juvenil y se complace, como niño con juguete nuevo, con los preciosos dibujos de "sus" caracoles.

La muerte del yerno más querido, veinte años más joven, le mueve

el piso: se encerrará en el gabinete a trabajar con una prisa inusitada y sólo saldrá un rato cada tarde, cuando el solecito es más benigno, para pasear sobre las adelfas y los crotos una mirada de botánico amateur, palpando una que otra hoja con "manos sacerdotales, preparadas para la caricia del libro sagrado de la Naturaleza" según lo describirá, en una revista de mucha circulación, un devoto cronista.

Por las noches, después de una merienda muy ligera, se queda otro rato en la mesa del comedor, sosteniendo el bastón de siempre con la mano izquierda, para dejarse libre la derecha, que maneja con la maestría expresiva de un director de orquesta. Es el único momento de la jornada en que distrae la atención del quehacer que se ha propuesto concluir antes de morirse: preparar tres colecciones de *Polymitas*, una para la Universidad, otra para Washington y otra para Harvard. Eso, y dejar en orden el archivo. Le repunta entonces, inexplicablemente, la curiosidad, que había jurado extinta, por la política. "Batista ha tomado el poder sin ninguna dificultad porque este país está desintegrado: un pueblo desmoralizado no tiene con qué resistir un golpe militar. Ni siquiera los ortodoxos tienen con qué. Van a hacerse pedazos. Es verdad que a todos nos tomó por sorpresa. Pero lo peor es la apatía. ¡Qué mal síntoma!" "Grau quiere jugarle al opositor leal y los comunistas lo apoyan con el oportunismo de siempre." "Cosme de la Torriente y Pepe Miró siguen instalados en el pasado con su Sociedad de Amigos de la República. Ni siquiera a mí se me habría ocurrido y eso que mi hermano Julio me consideraba un ingenuo. Él se apoya en sus mercenarios, de la policía y del ejército, y en la corrupción de todos, y en la indolencia. Se siente tan fuerte que no quiere mediadores, se da el lujo de una amnistía y saca a esos muchachos que atacaron un cuartel en Santiago." Los maridos de las nietas lo ponen al día: "La gente de la SAR organizó un mitin, pidiendo un gobierno constitucional y libertades civiles. Pero en medio de los discursos se dejó oír otra demanda. Hubo quienes gritaron, sin amedrentarse: '¡Revolución! ¡Revolución!'."

A la nieta de Julio, que se despide para irse a estudiar a París, le pone en las manos varios ejemplares de una revista que circula poco: "Ha venido a verme, con Chacón, un poeta extraño, obsesionado por la insularidad. Dice que hay que rescatar esencias, que por ahí está latente una infinita posibilidad histórica de lo cubano. Que, entre tanta incoherencia y tanta vocinglería, y tanta frustración, hay que sumergirse en lo más remoto, en nuestros orígenes. Dice que nuestra historia ha sido una marcha hacia la desintegración y que él, y unos cuantos poetas que lo rodean, conciben lo poético como el encuentro con la otra historia, la verdadera, la profunda, la secreta. Tiene la ilusión de que todavía podemos volver a empezar, la ilusión de empezar otra vez, de empezar siempre…" En el avión, volando hacia

Nueva York, la nieta de Julio lee un texto de María Zambrano publicado en el número 20 de *Orígenes*. Es un texto muy hermoso, que pretende asediar, como quiere Lezama, a "la Cuba secreta": en medio de tanta vida aparente, la verdadera Isla yacería en un letargo silencioso, en espera de ser despertada, ¿acaso por un príncipe enamorado?, como La Bella Durmiente. "Tú, que eres curiosa, no dejes de indagar. Pregúntatelo todo. Busca y encontrarás." Las palabras del tío abuelo se le mezclan, en el semisueño del vuelo, con las del padre: "Tú puedes. No tengas miedo. *Tutto e possibile*. Puedes irte a Europa. Puedes descubrir el mundo. Atrévete. Siempre atrévete."

Llegar a París será descubrir el mundo. Y hacerse todas las preguntas. ¿Quién tiene razón, Martí o Lezama? ¿Se podrá encarnar la poesía en la historia o habrá que desencarnar la historia en la poesía? Imaginará como nunca la había sospechado, desde la lejanía, a la Isla. Una Cuba con nombres y apellidos la rodea en París por todas partes como allá, en lontananza, el mar asedia a la Isla: las nietas de Souza, que le reviven los años de Malecón y San Lázaro; la hija y las nietas de Carlos, que le acercan a su madre; Ferrara y María Luisa, instalados en el Meurice, que remiten a una Cuba de oídas, adivinada entrelíneas en el lenguaje cifrado de madre y tía.

Las primas apresuran el viaje de regreso: ha llegado un cable. Carlos ha tenido varios desmayos, le tomaron un electrocardiograma y le recetaron digital. Tres semanas después recibirá una carta de la madre: "Su amigo Otero le echó los caracoles. Mientras él buscaba un ejemplar de *Cylindrella Torrei* y le mostraba, de paso, el Argonauta, explicándole cómo nada en la superficie del mar, alzando la concha como un velamen, Otero tomó de una gaveta un puñado de *Cypreas monetas*, o *Cauris* de África, y los esparció sobre la mesa, preguntando si viviría los cien años. Me lo contó Margot. Los caracoles cayeron 'vivos', con las conchas hacia abajo. Carlos se quedó muy confiado. Ya sabes cómo era. A Otero le acababa de decir, lo oyó Margot: 'Siempre he sido un vencedor. No recuerdo ninguna frustración. Siempre logré cuanto me propuse.' Poquito después, cuando llegaron las que estaban en París, volvieron los desvanecimientos, pero el médico opinó que no había peligro. No inminente. Se durmió temprano. Margot, que estaba inquieta, no podía dormirse. Salió a la terraza. Sintió el relente. Dice que el cielo estaba nublado y la atmósfera un poco pesada. De repente hizo aire. No era brisa, era casi viento. Lo nublado empezó a abrirse y el cielo se fue poniendo de un azul intenso, como lapislázuli, y se vieron las estrellas. Margot sintió como un buen augurio una estrella fugaz, que no veía desde niña, y más cuando saltó otra, de oriente a poniente. Enseguida, no podía creerlo, hubo un chisporroteo de luces, fuegos artificiales en racimos, en cascadas. Carlos le había descrito, alguna vez, una lluvia de estrellas. Sintió que le daba un vuelco el

corazón y no quiso que él se lo perdiera. Abrió la puerta del cuarto sin saber si se atrevería, o no, a despertarlo. Le pareció que estaba demasiado pálido. Vio el reloj: eran las tres de la madrugada. Dormía profundamente. Le contaría mañana: le describiría a su padre el aguacero de estrellas. Ya iba a cerrar la puerta para volver a la terraza cuando sintió un ronquido breve, extraño, y tuvo el presentimiento. Dice que no se podía mover. Que pensó que si no volvía a oírse nada sería que no pasaba nada. Pero volvió a oírse: no un ronquido, un estertor. Yo, que lo quise tanto, casi tanto como a papá, siento que si le hubieran dado a escoger hubiera elegido esa manera de morirse."

Las arenas del naufragio

Cuba y la noche. Una, la noche de Martí. Otra, la noche de Fidel. Y tú, como todos, empeñada en narrar la Isla. Abriéndote paso en la neblina. Con una ambición infinita. Queriendo dar testimonio. De tantas y tantas voces. Escritas en el libro del tiempo. Revueltas en la arena del naufragio. Revueltas en el vaivén del oleaje. El vaivén del oleaje que mece a la Isla. Gritos y susurros que hilvanaron los siglos. Noche de siglos: noche de los tiempos. Mater Dolorosa. Nocturna isla. Espuma en tinieblas. Memorial de la desmemoria. Nacer aquí. En una isla invisible. Lo dijo Gastón Baquero. En medio de la mar violeta: Lezama *dixit*. De la mar que añora el nacimiento de los dioses. Nuestra Señora de las Maravillas. Rosa de los Vientos. Llave del Golfo. Antemural de las Indias. Y tú, persiguiendo a la memoria. No la memoria hechizada. No la que entrevió María Zambrano. Pero igualmente atrapada. Componiendo un nocturno para una isla. Un nocturno marino. Queriendo apropiarte de la estrella. De una estrella solitaria en medio de una Isla. Con mayúscula. Solitaria en medio de la Noche. Navegante de la Noche. Para siempre jamás. Por los siglos de los siglos. Tú, componiendo un réquiem. ¿O componiendo una oda? Al verano perpetuo. Remendando los rotos. Parchando los huecos. Penélope retejiendo la tela. Viviendo, a tu pesar, el hechizo. Enhebrando jirones de olvido. Corriendo detrás de los muertos. Para prenderlos, como a mariposas fugaces, con un alfiler. Cazando a la Memoria. Sí. Otra vez con mayúscula. La tuya y la de todos. La de tu madre. Que murió adentro, atrapada en la neblina. La de tu padre, que la enterró. La de tu tía, que enterró a tu padre. Que enterró a su marido. Tu tía. Que se murió sola. Sin nadie de su sangre que pudiera enterrarla. Tres días tumbada sobre el teclado. La cabeza aplastándole la mano izquierda. La mano que tocaba el concierto de Ravel. La memoria de los que se quedaron. Que acosa a los que se fueron. La memoria de los que se fueron. Que ronda a los que se quedaron. La memoria de los vivos. La memoria de los muertos. La memoria que tiene nombres y apellidos. La memoria anónima. Terca memoria. Tejiendo su red de cocuyos. En una eternidad de tinieblas. Disipando la neblina. Ganándole terreno a la grisalla. Despejando el horizonte. En el vaivén del oleaje empieza a fluir la melodía. Es el vaivén de un oleaje que no deja de mecerla.

Tú en Madrid, un día de 1990. Recuperando el hilo. Disponiéndote a desandar el dédalo. El dédalo oscuro de los años. Saliendo de la Plaza Mayor. Siguiéndole el rastro en Valladolid. En Simancas.

Volviendo a la Iglesia de la Santa Cruz. Dejándote conducir hasta Sevilla. Viéndolo sumergirse en el océano. Viéndolo reaparecer en archivos horadados por el comején. Desteñidos por la humedad. Resistiéndose a acabar de desvanecerse. En la Calle de los Oficios, en La Habana. Todo empezó en un libro y ha de terminar en un libro. Los libros te persiguen. Para que los leas. Para que los escribas. Todo empezó en un libro de genealogías. Francisco Xavier de Santa Cruz y Mallén lo había escrito. Te persiguió quince años. Te resistías a visitarlo. Era como visitar un cementerio. Era un osario de apellidos. No podías abrirlo. Tú, que ni siquiera te habías atrevido a hacer grabar su nombre en la tumba de tu madre. Tu madre. Tu madre que en 1915, a bordo del *Mascotte,* acompañaba el cadáver de su padre desde un muelle de la isla de Manhattan hasta el Muelle de Luz, en la bahía de La Habana.

Tú, que sólo estás para dar cuenta. Para poner oídos. Para desenredar la maraña confusa de las voces. Para andar a tumbos entre la neblina. Tú, pequeña Scherezade criolla. Rebobinando ansiosa la madeja de los años. Dándole una vuelta tramposa a la cinta. Para que aflore lo que se escondía adentro. Jugando a trazar, con palabras, un dibujo mágico. Un garabato. El dibujo de un eterno retorno. En una cinta de Moebius hecha exclusivamente de palabras. Para engarzarte en ese engañoso, pero impecable, malabarismo. El malabarismo que, entre páginas escritas, ofrece un simulacro de infinito. El único que nos es dable disfrutar. Tú, escuchando y transcribiendo. Porque algo, escrito en el libro del tiempo, te conmina a poner atención. Tú, pretendiendo desafiar a la más antigua, sabia y tenaz, de todas las tenacidades: la tenacidad de la muerte. Tú jugando, una vez más, a aplazar la condena. Tú, sirviendo de amanuense al vocerío. Al vocerío de la desmemoria. Para que la voz imperativa, la voz que encanta serpientes, se vaya desvaneciendo. Para que no siga perpetrando su engañosa seducción. Tú, recubriendo de follaje fresco el vetusto árbol de Jesé que te heredó tu madre. Tú, registrando que el destierro siempre estuvo marcado en tu linaje. Tú, consolándote tontamente con el mal de muchos. Diciéndote que el destierro es la suerte de todos los linajes. Que el único exilio inevitable es el destierro de este mundo: el destino al que cada generación está fatalmente condenada.

Un día de junio de 1990. Ochenta años antes, tu tío abuelo entraba, de la mano de Gonzalo Sifonte, en las casimbas de Las Llanadas. Lo esperaban, allí, las pezuñas del gran perezoso. Eres tú la que escarbas, ahora, en la turba de los años. Él, rearmando el esqueleto del *Megalocnus.* Tú, poniéndole carne y sangre al esqueleto de tus fantasmas. Empeñados, él y tú, en reconstruir la osamenta de la Isla. Escribirás ese libro porque no te queda otra. Porque te hace guiños el oscuro objeto del deseo. Porque también a ti te atraviesa un mandato.

Porque te sale al encuentro la interrogación insaciable. La que sembraron, en tus días infantiles, sus palabras sugestivas. Que salían por torrentes. Entre guiños de complicidad y francas carcajadas. De aquellos labios muy finos, semiocultos por el bigote espeso. Brujuleando tu imaginación, entre mariposas y *Polymitas*. Haciéndote "bojear" el *Megalocnus* como Nicolás de Ovando y Sebastián de Ocampo bojearon la isla. Invitándote a viajar, en un galeón de maravillas, entre el Jardin des Plantes y la Exposición de Chicago, la Academia Leopoldina de Halle y la Alhambra de Granada, el Museo de Historia Natural de Washington, una universidad de la brumosa Alemania con nombre de poeta, el Liceo Francés de Chihuahua y la Exposición Universal de París. Alternando escalas en otros sitios enigmáticos: Toa y Jatibonico, San Juan de los Remedios y Cojímar, Yara y Yumurí, los cangilones del río Máximo y los mogotes de Viñales.

Un día de junio de 1991, en Madrid. Recuperando el hilo. Un día de junio de 1491, en Carrión. Cabalgando Juan de la Torre, camino de Granada. Topándote, de manos a boca, con el umbral del principio. Topándose él, de manos a boca, con su destino. Un día de agosto de 1563, en Sevilla. Embarcándose María de la Torre. Imaginando la Isla. Un día de junio, de 1993, en la Cartuja del Paular, imaginando tú a María de la Torre imaginando la Isla. Diciéndole: "Ninguno, de todos los que van despertando entre la neblina, lo sabe mejor que tú, María. Tú, que les heredaste el apellido, que les auguraste un destino afortunado, que los viste desfilar en una larga y segura caravana, que tanto aprendiste de lutos y de amores. Tú, que andas por ahí agazapada. Mirándonos nacer y mirándonos morir. Tú, que me guías la mano y me obligas a irlos inventando. Tú, que me los dictas. Tú, que me dices: Todos estamos de viaje. Hacia la eternidad, que es como decir hacia la noche, o hacia la nada. Pero ese viaje, mientras dura, es la vida." Entonces una urgencia, que de repente se vuelve inaplazable, te pone la pluma en la mano derecha y te dice: escribe.

Escribe tú. Tú que no usas, como los hijos de María de la Torre, el apellido materno. Pero que lo llevas troquelado en cada uno de los huesos. De los huesos que irán a hacinarse, un día, en las pilas de un osario. Tú que ya vislumbras resplandores y penumbras, fragmentos de cielo y de océano, troncos de ceiba y penachos de palmas reales, un sol implacable, olores de orégano y cundiamor, las raíces voraces de un jagüey, gestos y voces lánguidas y desplantes impetuosos, acaloradas somnolencias y despertares favorecidos por una brisa leve, aguaceros incipientes y lluvias torrenciales, la turbulencia omnipotente del huracán y la vibración perfecta de esa luz irrepetible que impregna el aire y las cosas y pone a levitar la Isla: el infinito azul. Tú, que vas a sumergirte en honduras submarinas para ir

sacando a flote, uno por uno, tesoros arrimados con baratijas, sartas de perlas y esmeraldas y servicios de plata repujada, confundidos con clavículas y rótulas, mandíbulas y cráneos desorbitados, todo revuelto en la arena del naufragio. Tú, que ya apenas distingues entre las voces de los vivos y las voces de los muertos. Porque igual rebotan los ecos, que quieren repetirse al infinito, en la oquedad de caverna sumergida que ha ido construyendo el tiempo. Tú que tocas fondo. Tú que intentarás, a destiempo, dar meticuloso testimonio. Tú que harás el recuento. Tú que vas a registrar los días, los meses, los años y los siglos sin cuyos avatares, duelos, quimeras, azares, dolores, peripecias, quebrantos, amores, batallas, carnavales, procesiones, banquetes, alcurnias, pleitos, ceremonias, celosías, lucernarios, lechos, procesos, tablados, crepúsculos, traiciones, liturgias, caricias, tormentas, oraciones, celos, ejecutorias, suspiros, legajos, navegaciones, versos, no se habrían mezclado los arroyuelos de la sangre hasta llegar a la que recorre todavía tu cuerpo que, en este día, sostiene una pluma en la mano y escribe.

Tú, que sólo escribes. Que no cabalgas entre ralos olivares, ni comercias con corsarios, ni fundas capellanías. Que no compras ni vendes hatos ni construyes fortalezas. Que no sacas a relucir la espada ni sueñas con entrar a un convento. Que no te enamoras de tu primo en medio del océano ni amas a un poeta enamorado de la Muerte. Que no te alzas en armas ni te fusilan. Que no ganas ni pierdes pleitos. Que no coses vestidos de novia ni transmites, en la cocina, guisos familiares. Que no interpretas, con la mano izquierda, un concierto de Ravel. Que no descubres, cazando mariposas, cuán bella y efímera es la vida. Tú que no escarbas en la turba de barrancas escarpadas sino, apenas, en la turba de los años. Tú que, en la Cartuja del Paular, te avienes a dejar que fluyan las palabras este día, del mes de octubre de 1990, cuando algo innominado te asedia. ¿O acaso te desborda? Tú que descubres que tienes más recuerdos que si cumplieras mil años. Y que basta bajar la guardia para que te habiten las palabras.

Corriendo detrás de la memoria. Quince años después del día en que muere tu madre. Del día en que tu padre la despide, antes de que un extraño cierre el ataúd, cubriendo su cuerpo muerto con un sudario de rosas frescas. Idénticas a las que ella abraza, un poco melancólica, en una fotografía sepia fechada en 1915. Para alebrestarla. Para despertarla. Para no dejarla a ella tan sola, extraviada entre sus muertos y los muertos de sus muertos. Para sacarla, a la memoria, de su letargo. Para sacarte, a ti, de tu letargo. Para sacar a la Isla de su letargo. Para reconciliar al presente con su desmemoria. Para reconciliarte, tú, con el pasado. Oyendo su reclamo desde el osario de apellidos. Desde la maraña de genealogías. Apiladas con maniática perseverancia por el sobrino bisnieto de la Condesa. Porque también

ella se propuso narrar la Isla. Ella, Mercedes Santa Cruz. Una habanera casada con el ayudante de campo de José Bonaparte. La misma que recibió en sus salones de París a George Sand y a María Malibrán. La misma que escribió sobre *L'esclavage aux colonies espagnoles.* La que evocó los recuerdos de su infancia cubana. La que dio cuenta de su retorno a aquella isla, que amaba sin saber por qué, desde una alcoba situada en la galería superior de una casa frente a la bahía, en la esquina de Cuba y Cuarteles. Una casa construida alrededor de 1780 por Mateo Pedroso, viudo ya de su primera mujer, aquella bisnieta de Diego de Zayas llamada Teresa. Teresa, más que tataranieta de María de la Torre. Teresa, cuya alma en pena vagaba entre tantas columnas, arcos foliados y azulejos, agobiada por el pesar de no haber danzado en tan espaciosos salones visitados por la brisa marina, que graciosamente caracoleaba entre columnas y palmas del patio para luego rozar apenas el entresuelo de los esclavos y darse vuelo allá arriba, entre la petulancia, la alegría, el abandono y el delirio que reinaba en los salones cuando los describió, en 1840, la Condesa de Merlín.

Tú que fuiste a dar, en Miami, con Juan de Zárraga. Viviendo en Amalfi Road. Que te llevó de la mano al otro sobrino bisnieto de la Condesa. A su manía de desenredar hilos genealógicos. Una extraña manía. Una manía de caballeros provincianos. Como el hospitalario don Alcides Betancourt. Aquél que allá por el mes de diciembre de 1915 buscó, inútilmente, hacer partícipe de su adicción al sabio naturalista que fue tu tío abuelo. Sin entender que no le daba por ahí. Que a él le tentaban otras urdimbres secretas. Las que aquí abajo remedan a las de allá arriba. Que sabía, como Hermes Trismegisto, que todo lo que está arriba está abajo. Que creía en las correspondencias. Que leía en cada mariposa, en cada caracol, la escritura del cosmos. Sabiendo que lo que está escrito está escrito. Por ahí, en alguna parte, se asoma don Alcides. Te hace un guiño de complicidad. Se complace en haber sembrado una semilla que germinó en un árbol, que germinó frutos, que germinaron semillas, que germinaron un libro. Un libro que, como todos, remite al Libro. Mateo, I. Libro de la generación de Jesu Cristo. Hijo de Josef. Hijo de Jacob. Hijo de David. Hijo de Abraham. Abraham, que engendró a Isaac. Isaac, que engendró a Jacob, el primero, que engendró a Judas, que engendró a Fares, que engendró a Esron, etc. etc. Hasta Jesé, que engendró a David el rey, que engendró a Salomón. De manera que todas las generaciones, desde Abraham hasta David, son catorce generaciones, y desde David hasta la pasada de Babilonia son catorce generaciones, y desde la pasada de Babilonia hasta Cristo, son catorce generaciones. Amontonados en el osario de apellidos esperaban los abuelos y los nietos de María. Desesperando de mirarse un día, de

nuevo, en algún socorrido espejo. Soñando con atravesarlo. Con ponerse a departir a gusto, sin las prisas del tiempo que transcurre, con sus pares. Advirtiendo que todo lo que ha sido sigue siendo. Hasta que un día el azar te llevó a Madrid. A Madrid, donde nacieron los hijos de Juan de la Torre. Donde nació María, la primera de tus abuelas que soñó la Isla. El azar te devolvió al punto de partida. A representar un papel que no era el tuyo. Porque el tuyo, como el de tantos de tu estirpe, es el de dar testimonio. No el de dar recepciones en una Embajada. Y te condujo a Hortaleza. Un suburbio moderno, con escasa memoria. Donde se ubicaba la filial, que querían encomendarte, de una empresa editorial mexicana. Y te puso en el camino a alguien que amaba los archivos y las caligrafías ilegibles. ¿Acaso no son, destino y azar, gemelos divinos?

Hace demasiado frío en este jardín austero, al pie de la Sierra, y te propones escribir la crónica de un largo, perpetuo, verano. Un verano que desea, y sueña, la nieve. Releer la bitácora de la extensa navegación que precedió al naufragio. Decir que todos estamos de viaje. Hacia la eternidad. Que es como decir hacia la noche. Hacia la nada. Un viaje que, mientras dura, es la vida. La fascinante y abigarrada vida. La feroz y dulce vida. ¿Van a entrecruzarse las voces, en un coro, con la de una narradora que, apenas, las invoca? ¿Te cuenta tu madre la historia de un galeón llamado *Nuestra Señora de las Maravillas*? ¿Un galeón naufragado, la Isla? ¿Aparecerá, recurrente, el miedo y la seducción de lo Otro? ¿De lo *Unheimlich?* ¿De lo que horroriza y, horrorizando, fascina? ¿Hay algo que sitia a la Isla, desde afuera y desde adentro? ¿Estará ahí el desorden de los bucaneros? ¿El abismo del mar lleno de tesoros? ¿Los refugios enmontados de cimarrones fugitivos? ¿Todo lo que saben los negros de las yerbas del monte? ¿La lujuria que acecha y brinca por todas partes? ¿Un presentimiento ominoso? ¿Vas a contar el paso del tiempo? ¿Vas a escenificar el paso del tiempo? ¿Qué es lo que pretendes? ¿Acaso una amplia descripción de la vida, cabalgando sobre el tiempo? ¿Cabalgando sobre el espacio? ¿O más bien navegando? ¿Ocurrirá todo a bordo de una isla que navega al garete, cortejada, asediada por el mar? ¿El ciclo siempre repetido? ¿El ciclo siempre sorprendente? ¿El ciclo de nacimientos, maduraciones y muertes? ¿La incesante melodía del tiempo? ¿Del tiempo que se extingue? ¿Del tiempo que renace? ¿Una crónica? ¿Una saga? ¿*Guerra y paz* al ritmo indolente de las West Indies? ¿No es demasiado catorce generaciones? ¿Habrá capítulos? ¿Habrá actos, como en una obra dramática? ¿Cómo en una ópera? ¿Cómo en una tragedia? ¿Cuál será el peso del amor? ¿Cuál será el peso de la muerte? ¿Todo empezará en una fantasía? ¿La fantasía de un amor incestuoso? ¿Has pensado en un personaje que se obstinaría en persistir a lo largo de toda la novela? ¿Se llamaría María

de la Torre? ¿La imaginas agazapada, escondida entre otras vidas, anidando silenciosamente en el alma de sus hijos, de sus hijas, de sus nietas, de sus nietos? ¿Se va abriendo paso su voz? ¿Es otra la voz que empieza a contar la historia, una historia de la que ella misma forma parte? ¿De quién es la voz que dice: "Alguien vendrá un día y pronunciará las palabras"? ¿Va a reencarnar? ¿En un personaje contemporáneo? ¿Son las mujeres de la familia las que transmiten su voz? ¿Habrá un personaje entrañable que, cuatro siglos después, desde el exilio de Miami, tendrá su mismo talante, repetirá sus palabras? ¿Es masculina o femenina la voz narrativa? ¿Alguien hablará desde la tercera persona? ¿No está ya muy gastado eso del narrador omnisciente, que está arriba y afuera, como Dios en todas partes? ¿Habrá dos voces, hablando desde una primera persona a una segunda, diciendo *tú?* ¿Una de esas voces femeninas, que dice *tú,* le habla a Julieta Campos? ¿La mano de quien habla con esa voz le lleva la pluma? ¿También María de la Torre dice *tú*, induciendo a la narradora, al narrador, a convocarla, a hacerla entrar en el coro? ¿Habrá un "revés" de la historia contada por un narrador masculino, omnisciente? Esa voz, femenina, ¿le dará la vuelta de tuerca al relato? ¿Va a conferirle esa "otra luz" que esparce sobre el mundo la mirada de las mujeres? ¿Habrá subtemas? ¿La voz de mujer que, al principio del relato, "no puede dar testimonio", acabará siendo la voz narrativa que da testimonio de todo? ¿Habrá cambios en la voz narrativa? ¿Varias voces irán abriendo otras perspectivas, desde diversos miradores, sobre la historia? ¿Buscarás, con ello, darle densidad a la narración? ¿Habría, eventualmente, un "nosotros", que participaría como un coro? ¿Usarás el pretérito indefinido para escindir el pasado del presente? ¿O preferirás el presente histórico, como si todo lo que ocurrió siguiera ocurriendo? ¿La voz que dice "tú" habla en presente? ¿Contará la voz narrativa masculina los acontecimientos vistos desde afuera? ¿Las voces femeninas contarán la huella que las cosas que pasan van dejando en las almas? ¿No necesariamente? ¿Puedo suponer, pues, que habrá mudas en el nivel de realidad y no sólo cambios del narrador en el espacio y de la voz narrativa en el tiempo? ¿No sería la muda más drástica que María no viviera sólo en sucesivas mujeres de su descendencia sino también en algunos de los varones? ¿Más que *Guerra y paz*, un *Orlando* demasiado prolijo? ¿Habrá una historia matriz que contendría a las demás? ¿Una historia dentro de la historia? ¿Se reflejaría en esa historia la historia de quien lleva la voz cantante, quiero decir, la voz narrativa? ¿No será bueno introducir una "visión especular", un juego de espejos a partir del presente? ¿No te parece que habría que acentuar ciertos "nudos dramáticos"? ¿Introducir un espíritu burlón? ¿Evitar el tono sentencioso? ¿Huir del pastiche? ¿Acentuar, por encima de todo, el "toque moderno"?

Hace demasiado frío en este jardín austero, al pie de la Sierra Nevada. Te encaramas en la proa de un improbable galeón de maravillas y alguien, a lo lejos, susurra: "El viento sopla como si saliese de un horno." Buscas, a tientas, las palabras fundadoras. Se te enciman, en cambio, multitud de voces indistintas que chillan por abrirse paso. Folios y más folios te persiguen. El murmullo que permanecía adormecido en los archivos se va volviendo ensordecedor. ¿Cuántos folios habrá que escribir para exorcizarlos? No te engañes. No hay tal "verdadera historia", por más que se te insinúe y te tienda trampas. Esa pretensión hazla a un lado. Buscas a ciegas. Las palabras que se dijeron, las "verdaderas", están irremediablemente perdidas. Por más que te afanes, no se volverán más audibles. Son otras las que buscan filtrarse por el extremo de esa pluma que te obstinas en preferir, con juguetón anacronismo, al ordenador electrónico. Hazme caso. Rechaza papel y pluma. Atente a la computadora. Las palabras que te buscan no han sido dichas jamás. De ti depende que encuentren el camino. Muchos narradores, que no son tú, buscarán imponerse. Se abrirán paso a tu pesar. Querrán y sabrán decir lo que tú no podrías ni sabrías decir. No te engañes. No vayas a caer en tu propia celada. Si te seduce demasiado entrar en el juego haz como que juegas. Haz como que sirves de correa de transmisión. De vehículo. De instrumento. Para que cada historia encuentre el modo de engarzarse detrás de la otra. No me engaño. Michelet lo sabía. Ese movimiento, ese murmullo que sale de los viejos papeles, no es un murmullo de muerte: es un murmullo de vida. Para escucharlo, sólo hay que poner un poco de orden en el caos. *Doucement, messieurs les morts*… Procederé con orden. No le temeré a la lentitud. A la morosidad. Goethe, tan caro al tío abuelo, dijo bien que la novela es el género de la lentitud, de lo despacioso, de la duración morosa. Busco en el María Moliner, y me tropiezo con *lenteza* y *lentura*. Hermosas palabras que hemos olvidado. Goethe se las merece. Me complace rescatarlas. *Lenteza*: forma arcaica de decir *lentitud. Lentura:* flexibilidad de árboles y arbustos. Juego. Me digo: las hojas del libro se desprenderán, con *lenteza*, de la *lentura* propicia de un vetusto árbol genealógico. El único tema es el tiempo. Nuestra pequeñez frente al tiempo. Nuestro desamparo frente al tiempo. Nuestra grandeza frente al tiempo. La pertinencia de no olvidar que mañana empezó hace mil años. Faulkner *dixit.* En el libro, dos progresiones de tiempo van a entrecruzarse en una bisagra. La expedición a la Sierra de Cubitas. El año: 1910. En una, corre el tiempo hacía 1991. En la otra, que se desdobla y remite, súbitamente, al principio, corre el tiempo desde 1491. La figura de un ocho. De una cinta de Moebius. La representación del infinito. La cinta del tiempo se pliega y muestra su dorso, su cara oculta. ¿Para qué insinuar que se trata de algo así como un estado de trance? Sugiere, si te preguntan,

que un tumulto de voces exigentes te escogió, al azar, para dar testimonio. Voces hartas de permanecer amordazadas. Voces impacientes. Voces queriendo silenciar, por fin, a la otra. A la voz infatigable, ronca, imperativa y meliflua que les negó tanto tiempo el uso de la palabra. Te llamas Julieta Campos. Te llamas María de la Torre cuando, el 17 de junio de 1563, despiertas, mecida por el vaivén del oleaje, en medio de la bahía de San Cristóbal de La Habana. En el vaivén del oleaje empieza a fluir una melodía. Imaginemos. Imaginemos la melodía.

LA FORZA DEL DESTINO
D. R. © Julieta Campos, 2011
De esta edición:
D. R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac No. 274, Col. Acacias
México, D.F. 03240, Teléfono 5420 7530
www.alfaguara.com/mx

ISBN: 978-607-11-1833-2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Aguilar es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosaguilar.com

Argentina
www.librosaguilar.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.librosaguilar.com/bo
Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.librosaguilar.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.librosaguilar.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.librosaguilar.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.librosaguilar.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.librosaguilar.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.librosaguilar.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.librosaguilar.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.librosaguilar.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.librosaguilar.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Av. Río Mixcoac 274
Colonia Acacias

03240, México, D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.librosaguilar.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.librosaguilar.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.librosaguilar.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.librosaguilar.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.librosaguilar.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.librosaguilar.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.librosaguilar.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51